

Para comprender

Juan González-Anleo
Juan María González-Anleo

la juventud actual

verbo divino

Para comprender

LA JUVENTUD ACTUAL

Juan González-Anleo Juan María González-Anleo



Editorial Verbo Divino
Avenida de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra), España Teléfono: 948 55 65 11

Fax: 948 55 45 06

www.verbodivino.es

evd@verbodivino.es

Diseño de cubierta: *Francesc Sala*

© Editorial Verbo Divino, 2008

Fotocomposición: NovaText, Mutilva Baja (Navarra) Impresión: Gráficas Lizarra, Villatuerta (Navarra)

Impreso en España - *Printed in Spain*

Depósito Legal: NA. 2.180-2008

ISBN: 978-84-8169-821-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Presentación	9
I. El nuevo protagonismo de la juventud.17	
1. El perfil sociodemográfico de los jóvenes españoles y latinoamericanos	17
1.1. La población juvenil en España y Latinoamérica	17
1.2. El protagonismo negativo de la juventud	19
1.3. De la juventud rural a la juventud urbana	22
1.4. Las migraciones internacionales de los jóvenes	25
2. La juventud prolongada y el síndrome de Peter Pan	27
3. El protagonismo juvenil en el intercambio con los adultos	32
3.1. Los jóvenes en el plano económico 33	
a) Dependencia económica juvenil y empleo	33
b) Consumo juvenil y gastos privados	35
c) Explotación de los jóvenes como carne de cañón o de sexo	36
3.2. El intercambio jóvenes-sociedad en el plano político	37
3.3. El intercambio jóvenes-sociedad en el plano social y cultural	39
4. Un protagonismo simbólico: el estilo de vida juvenil	44
5. ¿Una juventud feliz?	45 Anexo:
Bailando con números	48
II. La difícil identidad de la juventud	53
1. Pubertad, adolescencia y juventud	53
1.1. El juego de las ambigüedades	53
1.2. La pubertad, largo umbral de la adolescencia	54
1.3. La adolescencia, tránsito difícil y turbulento	56
2. La juventud: perspectivas y teorías	61
2.1. El nacimiento científico del concepto «juventud»	61
2.2. Perspectivas teóricas y criterios conceptuales	63
a) La juventud como categoría social 63	
b) La perspectiva funcionalista: juventud como grupo de edad	64
c) La perspectiva conflictivista	65
d) La juventud como subcultura 66 e) Una propuesta metodológica: la juventud como itinerario hacia la emancipación	69
3. Imágenes y definiciones de la juventud 70	
3.1. Los sociólogos buscan una definición	70
a) Dependencia frente a autonomía 71	
b) Subordinación frente a tendencia igualitaria	72
c) Transitoriedad frente a permanencia	72
d) Idealismo frente a realismo	73
3.2. Hablan los jóvenes	73

3.3. Se preocupan los adultos; informan y desinforman los MCM	74
4. La compleja identidad de los jóvenes ..	78
4.1. La identidad como problema sociológico	78
4.2. La identidad como desafío para los jóvenes	79
4.3. La identidad juvenil como imagen, representación y proyecto	82
Anexo:	
Todo el mundo habla de la juventud	84
III. Las claves del fenómeno social «juventud»	
..... 1. La música que aman los jóvenes, su mente y su sensibilidad	87
1.1. Música como signo de identidad juvenil	87
a) Jóvenes del mundo entero, ¡uníos!	87
b) «Sympathy for the Devil»: la rebeldía siempre renovada	89
1.2. La música como hecho social juvenil.....	91
a) Significación de la música para los jóvenes	93
b) La música como fuente de socialización y de identificación	94
2. Jóvenes y consumo	97
2.1. Consumo juvenil: más allá de los objetos	99
a) Consumo relacional	99
b) Consumo de autonomía	100
c) Consumo de identidad	102
d) Consumo de deseo	103
2.2. Los valores del consumo	104
3. El cuerpo	109
3.1. Cuatro tendencias en la reconstrucción del cuerpo de los jóvenes en la cultura consumista-narcisista	109
a) Cuerpo objeto y sujeto: el cuerpo como capital físico	110
b) De placeres y autocontención	111
c) El cuerpo como medio de comunicación: entre la sumisión y la rebeldía	112
d) El cuerpo transformado: tatuajes y perforaciones	114
3.2. Juventud y sexo	116
a) La permanente reivindicación de la libertad sexual	117
b) Pareja, amor y sexo	118
c) Virginitad y primeras experiencias.....	121
d) Comportamientos de riesgo y ante el riesgo	122
4. Jóvenes y ocio	124
4.1. El ocio de los jóvenes	127
4.2. La marcha y la noche, reinas de corazones del ocio juvenil	130
4.3. Drogas, la cara oscura del ocio nocturno juvenil	134
5. Los valores de los jóvenes	140
5.1. Sacrosanta libertad y autonomía ..	142
5.2. Rebeldía y descontento	143

5.3. Proxemia y pragmatismo	145
5.4. La amistad salvadora	148
5.5. Solidaridad y ecologismo: ¿valores emergentes?	149

Anexo:

Música joven	151

IV. Los jóvenes y la sociedad

1. La dialéctica de las generaciones	157
1.1. Juventud y generación joven	157
1.2. La lucha de generaciones en la historia	159
1.3. La herencia y el legado de las generaciones	160
2. La generación joven, ante la sociedad de la globalización y del riesgo	162
2.1. Riesgo social y juventud	162
2.2. Globalización y juventud: relaciones ambiguas	165
3. La generación joven frente a la sociedad	167
3.1. El contexto político y cultural de la nueva sociedad	168
3.2. Ciudadanía juvenil y derechos humanos	172
3.3. El déficit juvenil de participación ..	173
3.4. La deserción juvenil de las instituciones	175
3.5. Los jóvenes, el asociacionismo y los nuevos movimientos sociales ...	180
4. Los jóvenes y la política	184
4.1. El nuevo contexto político de los jóvenes	184
4.2. Importancia de la política para los jóvenes	185
4.3. La desconfianza en el gobierno y en los partidos políticos	186
5. La generación joven y el mercado de trabajo	188
5.1. Los jóvenes y el trabajo	188
5.2. Problemas y valores en el mundo del trabajo	189
6. El comportamiento antisocial de los jóvenes	192
6.1. La amplitud del concepto «conducta antisocial»	193
6.2. Variables explicativas del comportamiento antisocial juvenil	195
a) Genética y rasgos individuales ..	196
b) La familia	197
c) El grupo de iguales	199
d) Medios de comunicación social .	201
6.3. Grupos y escenarios antisociales ...	203
a) Pandilleros y maras en América Latina, la violencia de la exclusión	203
b) Movimiento antiglobalización y okupas: «otro mundo es posible» .	206
c) Skinheads, ultras: la caza del otro	208
d) Violencia escolar	210

Anexo:

Para internarse en el laberinto de las actitudes juveniles ante la sociedad	215
1. Política, no; causas justas, sí	215
2. Los números de la crisis	216
3. «Una generación hipotecada»	217
4. ¿Cómo prevenir la violencia desde las	

relaciones que se establecen en la escuela?	218
<u>V. La difícil socialización de la juventud: la familia y la escuela</u>	221
1. La socialización de los jóvenes	221
1.1. Los cambios en la socialización: de la adaptación a la experimentación	221
1.2. Etapas y riesgos de la socialización	223
1.3. La transmisión de valores y creencias.....	225
1.4. Agentes y etapas de la socialización	226
2. La familia como agente de socialización	227
2.1. Cómo es hoy la familia que transmite valores, normas y modelos	228
2.2. La desestructuración de la familia y la nueva cultura familiar	234
2.3. La convivencia familiar	236
2.4. Éxito y fracaso de la socialización en familia	240
3. La escuela como ámbito de convivencia y agencia de socialización	242
3.1. La enseñanza a comienzos del siglo XXI	242
3.2. La prolongación de la escolaridad: libertad o reclusión	247
3.3. La convivencia en la escuela y la socialización	250
<u>Anexo:</u>	
Para recordar a los clásicos y ampliar ideas	253
1. Rousseau: el proceso de socialización en la adolescencia	253
2. Los grandes dilemas en la socialización familiar de los hijos	254
3. El capital humano de los países latinoamericanos	256
4. «Los niños son más listos que nunca»	257
<u>VI. La religión, la Iglesia y los jóvenes</u>	261
1. ¿Una juventud a la deriva religiosa?	261
1.1. Las problemas de la religiosidad juvenil.....	261
1.2. La identidad religiosa de los jóvenes	262
1.3. El paisaje espiritual de los jóvenes	264
2. La socialización religiosa de los jóvenes.....	266
3. ¿Creyentes pero no practicantes?	268
3.1. El deterioro de las prácticas religiosas.....	268
3.2. ¿En qué creen los jóvenes hoy?	271
3.3. Los jóvenes españoles no religiosos	272
4. ¿Un paisaje espiritual sin iglesias y sin misas?.....	273
4.1. El descenso general de la práctica religiosa	273
4.2. Por qué no van los jóvenes a la iglesia	274
4.3. El reducto privado de la espiritualidad: la oración	277
5. Los jóvenes y la Iglesia: ¿una generación eclesialmente perdida?	277
5.1. La imagen juvenil de la Iglesia católica	277
5.2. El compromiso de los jóvenes con la Iglesia y con sus obras	279

5.3. La vocación a la vida consagrada . 281

Anexo:

<u>Respuestas al desafío eclesial de la socialización religiosa juvenil</u>	<u>281</u>	<u>1.</u>
<u>Para una mejor socialización religiosa de los jóvenes</u>	<u>281</u>	<u>2. Mensaje</u>
<u>del Concilio Vaticano II a los jóvenes (1965)</u>	<u>283</u>	<u>3. Juan Pablo II a</u>
<u>los jóvenes</u>	<u>284</u>	

Presentación

L

os jóvenes aparecen hoy por todas partes. Y desaparecen de otras muchas, en particular de las instituciones y los espacios sociales creados por los adultos –padres, maestros, sacerdotes y religiosos, políticos bienintencionados– para entretenerlos, protegerlos, educarlos y encuadrarlos en la vida social. Instituciones y asociaciones formales se quejan y se asustan de la falta de candidatos: las fuerzas armadas, los seminarios, los noviciados, los movimientos religiosos y apostólicos de antaño. Hay quizás, proporcionalmente, menos jóvenes que hace cincuenta años –al menos en los países que han realizado la transición demográfica y envejecen tristemente–, pero los que hay se mueven más, ocupan más sitios, actúan con mayor libertad e insolencia, hacen mucho más ruido, hablan sin parar, cantan poco, menos que las generaciones precedentes, pero escuchan mucha música y nos la hacen escuchar, voluntaria o involuntariamente, a los adultos.

Algunos van más lejos, crean su propia música y triunfan mundialmente con sus creaciones. El planeta de la música *pop* es absolutamente juvenil, tanto en su creación como en su disfrute, aunque son las grandes empresas discográficas las que se quedan con la mayor parte de los beneficios.

Y en el mundo de la informática, adolescentes y jóvenes nos sorprenden, admiran y dan envidia con sus aportaciones, inventos, mejora de las técnicas y, no pocas veces, con sus pillerías, sus vandalismos y sus piraterías. Los jóvenes aparecen en la televisión, en el cine, copan y arrasan en la publicidad y en muchas series televisivas con su alegría de vivir, con su plenitud física y sus cuerpos jóvenes, infatigables, esbeltos y hermosos. Los jóvenes ocupan un tiempo creciente en los noticiarios y en las crónicas de sucesos de los medios de comunicación como protagonistas de violencias activas y pasivas, de vandalismos sin sentido. Está tristemente confirmado que algunos jóvenes graban en sus móviles sus gamberradas, violencias y agresiones, y juegan a organizar concursos y competiciones a todo lo largo y lo ancho del mundo virtual. Y está también tristemente confirmado que niños, adolescentes y jóvenes son miserablemente explotados por adultos en las guerras, en los talleres clandestinos, o menos clandestinos, de muchos países más o menos desarrollados, en casas de «placer» de medio mundo, en las redes de los pedófilos de Internet...

Este libro es un empeño intelectual y esforzadamente humanista, honrado y sincero, de «comprender a los jóvenes» sin enloquecer en el intento, sin perder la calma y la serenidad del científico, que, como proponía Peter Berger, tan sin igual en su magisterio y en su sentido del humor, debe conjugar en su noble tarea de sociólogo la honestidad del científico, que persigue y analiza datos y los acumula ordenadamente con insobornable objetividad, con la pasión del soñador, del «utópico» que no renuncia, porque no puede ni quiere renunciar, a la utopía posible de una sociedad más justa con todos, más armónica, más cercana al Evangelio de las bienaventuranzas.

¿A qué jóvenes se refiere este libro? A los jóvenes españoles y a los jóvenes hispanoamericanos, desde México hasta Argentina y Chile, pasando por Centroamérica, el Caribe y los grandes y pequeños estados de América del Sur. Los datos disponibles no son de la misma calidad y actualidad en todos los casos. Han sido buscados y utilizados los mejores, a la espera de estudios sectoriales, regionales y, sobre todo, globales que permitan una exposición más completa, afinada y homogénea.

En la *primera parte* se analiza, a manera de introducción, el protagonismo creciente de la juventud, tanto el positivo como el negativo, el conformado por los aspectos desfavorables y nocivos de un cierto y minoritario estilo de vida y de acción juvenil: delincuencia, radicalismos de diversa índole, vandalismos urbanos, bandas salvajes, etc. El protagonismo juvenil se inscribe en el marco de la teoría del intercambio social entre el joven y la sociedad; intercambio político, económico, social y cultural. La importancia de este intercambio ha aumentado vertiginosamente en las últimas décadas, porque igualmente vertiginoso ha sido el crecimiento del actor clave, la juventud, como el volumen de lo intercambiado, dado el ascendente poder de la juventud en esos cuatro ámbitos, especialmente en el económico *vía* consumo.

La juventud aumenta en los países latinoamericanos y se estanca o disminuye en España, pero en todo caso está cobrando una importancia creciente en la sociedad por su mayor nivel educativo, superior en muchos casos al de sus propios padres, su entusiasta participación en la esfera social no gubernamental y en los movimientos de protesta, tanto locales como internacionales, y su voz decisiva en el ámbito del consumo, especialmente el de ingenios electrónicos de toda índole, que le sirven, adulan y complacen como geniecillos dotados de vida propia y puestos a su servicio por el hada mágica de la industria informática.

Los adolescentes y jóvenes cobran también un protagonismo negativo, ya mencionado, y son obligados a jugar un siniestro papel en las redes de prostitución y pedofilia, sin olvidar la explotación laboral a que son sometidos muchos de ellos, a menudo compelidos por las necesidades de supervivencia de sus propias familias, especialmente en el ámbito rural y en las zonas marginadas de las grandes metrópolis.

La *segunda parte* aborda el tema siempre polémico del discurso público sobre la juventud. Sobre los jóvenes se han vertido torrentes de calificativos de todo género, especie y colorido, desde el «divino tesoro que se va para no volver» del poeta, hasta ese «derecho a equivocarse impunemente cuando se creen superiores a los adultos», que Ortega y Gasset definía como el gran y exclusivo privilegio de los jóvenes. La «juventud», como tantos otros conceptos que se manejan a diario sin la menor preocupación por su sentido, pues todo el mundo presume de bien enterado, es un término de laboriosa gestación social en el que han participado filósofos, psicólogos, antropólogos, pedagogos y, lógicamente, sociólogos.

«Juventud», «pubertad» y «adolescencia» son términos emparentados entre sí y cuyos rasgos precisos y límites cronológicos han ido variando al compás de los tiempos. Los avances higiénicos y alimenticios han adelantando el comienzo de la pubertad, así como las transformaciones de la vida familiar, educativa y laboral han prolongado en el

tiempo la juventud, hasta el punto de que en bastantes censos se fija en los 30 años el comienzo propiamente dicho de la madurez.

No es fácil definir la juventud, término favorito de los poetas, que no se pondrían jamás de acuerdo con el austero y neutro lenguaje de los sociólogos cuando éstos hablan de «fundación de una familia propia», de «entrada en el mundo laboral» y de «duro inicio de la autonomía económica y territorial». Los jóvenes, cuando y si se les consulta, no emplearían las exaltadas palabras de los poetas ni las apacibles y algo secas de los científicos sociales. Los medios de comunicación de masas y la publicidad tercián en el asunto: con sesgos mercantiles y consumistas ésta –la juventud belleza, fuerza, pasión, encanto...– y con intenciones políticas aquéllos: los jóvenes como innovación más o menos arriesgada, como amenaza incluso y como riesgo para una sociedad sosegada y algo envejecida, que ama la tranquilidad, el orden y el mantenimiento de las tradiciones. La sociología tiene también su palabra –¿la última palabra?–, y habla de «transición», «subcultura» e «inserción» sociolaboral.

Este segundo capítulo da cuenta de estas cuestiones preliminares, sumamente convenientes para la mejor comprensión de los capítulos siguientes.

La *tercera parte* es la piedra angular del libro *Para comprender la juventud actual*. Para adentrarse en el mundo de los jóvenes no es suficiente, a veces ni siquiera aconsejable, acumular estadísticas, números, tablas y gráficos sobre sus opiniones, actitudes y comportamientos. El camino más seguro para llegar a una comprensión más profunda y genuina de la realidad social «juventud» es observar, «sentir» y analizar las claves fenomenológicas del mundo juvenil. En el mundo de las ciencias sociales lo «esencial» de un fenómeno se establece por referencia a los «valores» o esferas valorativas del mismo, pues sólo por referencia a esos valores –los hemos llamado «valores clave»– se puede colorear la parte del fenómeno histórico real que interesa, de forma que adquiera unidad, sentido y relevancia cognoscitiva.

Desde esta perspectiva, el capítulo tercero intenta profundizar en seis fenómenos que hoy aparecen indisolublemente unidos con la gran mayoría de los jóvenes, especialmente con los jóvenes urbanitas de los países más desarrollados, aunque no de éstos de una forma exclusiva. Se trata, ante todo, de la *música* que aman los jóvenes y que ama a los jóvenes y configura su sensibilidad y, en cierta medida, su misma alma. El *consumo* surge en segundo lugar, como atmósfera algo opresiva en muchas ocasiones, pero también como una nueva forma de «religión invisible» que al parecer euforiza y da sentido a las grandes masas juveniles que invaden los mercadillos, los supermercados y las grandes superficies en todo el mundo. En tercer lugar despliegan todo su encanto y esplendor los cuerpos adolescentes y juveniles, bellos, ágiles, atractivos y de irresistible reclamo en manos de vendedores de toda laya. Y con la belleza de los cuerpos juveniles, el *sexo* a todo grito, en una rebelión clamorosa que arrancó en la década de 1960, aunque sin duda sus raíces son tan antiguas como las de la misma humanidad. Música, consumo y sexo demuestran todo su poder en los grandes espacios del *ocio juvenil*, con múltiples recovecos, luminosos los más, oscuros y no demasiado fiables otros. Y, finalmente, los auténticos protagonistas de este gran concierto ensordecedor del mundo joven: los

amigos y los grupos juveniles

—pandillas, bandas, tribus urbanas, *maras*, etc.— ocupando las calles y plazas de las grandes y pequeñas ciudades, y haciéndose dueños de la *noche*, la mágica conjuradora de tantas aventuras y desventuras de chicos y chicas.

Los valores más específicamente juveniles son el objeto del capítulo final de esta parte. Los valores son el núcleo último de toda cultura; en ellos se inspiran las normas y los modelos, y constituyen por ello, junto con las claves, un elemento esencial para penetrar en el laberinto que para los sociólogos representa hoy el mundo juvenil. En ese laberinto, como se verá en la parte siguiente, se enfrentan, por un lado, la integración de los adolescentes y jóvenes en las instituciones y en la sociedad, y, desde la orilla opuesta del gran río de la dinámica social, los conflictos, protestas y rebeldías que mantienen a las aguas en movimiento. Y son los valores y contravalores, en su constante hostilidad, los que permiten desentrañar ese juego de integración y desintegración que inquieta a los jóvenes y vuelve locos a los padres, los profesores y los políticos.

Si es operación arriesgada hacer un repertorio de los valores de una sociedad, lo es aún más cuando se trata de una sociedad joven, con el ojo avizor y el oído alerta a los últimos vaivenes de la cultura joven, los nuevos movimientos de protesta o de reivindicación y, por qué no, los más recientes dictámenes de los estilos de vida y de consumo lanzados a los cuatro vientos por las redes de amigos y conocidos, Internet y la sinfonía infinita de millones de móviles o celulares. Este capítulo tratará el tema de los valores característicos de los jóvenes del mundo hispánico, deteniéndose en la libertad y la autonomía juveniles, valores sacrosantos e intocables; la rebeldía, protesta y descontento frente a un mundo globalizado e injusto y una sociedad que no convence a nadie, joven o adulto; la emergente solidaridad, como valor central de miles y miles de asociaciones de voluntariado; el mágico compromiso con la madre naturaleza; la amistad salvadora en un contexto muchas veces agresivo y de interés sobre todo para los hombres que dirigen la vida política y religiosa, los valores, estrechamente relacionados, del pragmatismo y la proxemia.

La *cuarta parte* de *Para comprender la juventud actual* aborda, desde una cierta perspectiva de culpabilidad de los adultos, la actitud de los jóvenes ante la sociedad y las instituciones. «Culpabilidad» porque esa sociedad y esas instituciones no han sido construidas por los jóvenes, sino por nuestra generación. La sociedad que les ha tocado vivir a los jóvenes es una sociedad increíblemente nueva. La globalización, el choque de civilizaciones, real o supuesto, las amenazas del cambio climático y de la misma habitabilidad del planeta, las grandes migraciones, sin paralelo en la historia por su velocidad y su volumen, las nuevas tecnologías de la comunicación, alborozadamente recibidas por los niños, adolescentes y jóvenes, la larga sombra de la biotecnología, como promesa y como riesgo, las luces y sombras de una etapa poscristiana, etc., configuran un mundo en el que los jóvenes tendrán que hacer frente a situaciones inéditas en la historia y a desafíos nunca imaginados.

Los jóvenes, perpetuando la tradicional lucha de generaciones, se enfrentan con las generaciones que les preceden —y les dominan y a veces oprimen—, reclaman una

ciudadanía plena y una participación leal y completa, pero, entretanto, desertan de las instituciones, desconfían de la política y, sobre todo, de los políticos, recelan de las asociaciones tradicionales pero se abren con cierto optimismo a los nuevos movimientos sociales y a las ONG que con frecuencia los encarnan. En el mundo del trabajo se acentúan el desaliento y la frustración juveniles ante las duras condiciones del mercado laboral y la falta de «trabajos para hombres» que lamentaba Goodman.

El tramo final de esta quinta parte se adentra, con respeto y cierta angustia, en un terreno especialmente comprometido: el de los comportamientos juveniles antisociales, la rebeldía, protesta y marginación o exclusión de los jóvenes, situaciones todas nacidas del conflicto de intereses y valores que oponen entre sí a la generación joven con la sociedad. Los jóvenes se sienten incómodos en una sociedad que no pone a su disposición los medios legitimados para alcanzar los objetivos socio-económicos enaltecidos por esa misma sociedad. Formar una familia propia, a «imagen y semejanza propia», acceder a una vivienda adecuada a esa familia y a los gustos y el estilo personal, y, como base imprescindible, arribar al puerto seguro de un trabajo plenamente humano –seguridad, dignidad, creatividad– constituyen objetivos que hoy alcanza sólo una privilegiada minoría.

El conflicto de la generación joven con la generación adulta, al que tanta palabra y tanta letra dedicaron ilustres pensadores españoles y no españoles, ha cedido el paso al conflicto entre los jóvenes y el sistema. Los jóvenes españoles e iberoamericanos intuyen que la generación de sus padres y mayores no es ya el enemigo, sino que el enemigo no tiene rostro, país de origen ni nacionalidad, y se llama «sistema» o «pensamiento único», aunque tenga representantes y cómplices menores en todos los países y en no pocas instituciones. La incomodidad, el disgusto vital y la rebeldía contra el sistema y contra el pensamiento único degeneran fácilmente en manifestaciones perversas de los conflictos juveniles que, al acentuar el temor y la desconfianza de los adultos hacia los jóvenes, retroalimentan el secular conflicto jóvenes-mayores.

No puede decirse, sin embargo, y a pesar de la relevancia del «sistema» y del «pensamiento único» en la génesis de la mayor parte de los conflictos juveniles de la actualidad, que hayan desaparecido totalmente los tradicionales conflictos intergeneracionales. El capítulo sexto dedicará una atención suficiente a este punto, para consagrarse a continuación a analizar conflictos de mayor calado, como los que enfrentan a los jóvenes con algunas instituciones tradicionales y la alarmante desestructuración de las familias, foco contagioso de no pocos de los problemas de los adolescentes y jóvenes.

Muchos grupos juveniles han sentido en carne viva la exclusión social a la que determinados poderes económicos, sociales y políticos los tienen condenados, opresión que se manifiesta en pérdida de identidad y de integración en la sociedad, perniciosa anomia social e inaceptables condiciones de vida y de espíritu. Los jóvenes emigrantes figuran en muchos casos con pleno derecho en este ámbito de exclusión y marginación social. Las llamadas «sociedades insoportables», corroídas por la prepotencia, la desigualdad social, la injusticia y la corrupción, han contribuido a la transformación de

esos grupos en bandas peligrosas, de vandalismo fácil, en tribus urbanas propicias al desorden, en *maras* paradelincentes o delincentes y criminales de pleno derecho. Y todo ello en un clima de gran permisividad con las drogas, el alcohol, el sexo salvaje y la violencia más o menos gratuita.

La *quinta parte* del libro presenta las transformaciones que ha experimentado en nuestros días ese proceso en el que tanto han confiado, generación tras generación, padres, educadores y políticos para conseguir la integración óptima de los jóvenes en la sociedad: el proceso de socialización, de educación formal, de oferta de modelos de pensamiento y vida a los niños y a los adolescentes para, primero, integrarlos en la sociedad y, segundo, convertirlos en ciudadanos bien pertrechados para el quehacer vital y social. Ya apenas se discute que ese modelo ha sido fuertemente erosionado, debido, muy en especial, al debilitamiento de la autoridad a raíz de la rebelión juvenil de los años sesenta y el primer rechazo masivo a la política de un gran país desde dentro de ese mismo país, contando con la simpatía y la complicidad de muchas *autoridades* académicas, intelectuales, mediáticas y sociales, en general. Fue la repulsa popular a la guerra del Vietnam, dicen los entendidos, lo que prendió la mecha de la explosión que hizo saltar por los aires el almacén de las autoridades formales: política, académica, religiosa, familiar y demás. Se puso de moda la objeción de conciencia, el rechazo del servicio militar, la objeción fiscal, la toma de decisiones assemblearias en diversos ámbitos, incluidos los aprobados escolares por votación y las tesis doctorales realizadas en equipo.

Si los «de arriba» –directores, jefes, maestros, padres, obispos...– encontraban difícil el ejercicio de su denostada autoridad, un feroz competidor apareció además en escena, reclamando también autoridad e influencia. O mejor, varios competidores: los agresivos medios de comunicación de masas, las diversas industrias especializadas en el consumo cultural juvenil, los grupos de amigos, bandas y pandillas de todo género, imbatibles agentes de socialización, y los mismos hijos en la sala de espera del proceso de socialización que los iba a convertir en, primero, jóvenes y, enseguida, adultos, pero con una indiscutible superioridad sobre sus padres y sobre no pocos adultos, derivada de un mayor nivel de estudios, en muchos casos, y con un precoz y milagroso dominio, casi biogenético, de las grandes antenas de nuestro mundo para captar señales, datos y mensajes: las nuevas tecnologías de la información.

La familia actual continúa siendo el principal agente de socialización de los hijos, pero, como se ha indicado en el párrafo anterior, sus feroces competidores le disputan palmo a palmo el alma de los niños, adolescentes y jóvenes. La misma familia, en muchos casos, no tiene claras las líneas de la socialización, los valores, modelos y objetivos a proponer a sus hijos, y carece de los instrumentos necesarios para el ejercicio cumplido de esa tarea fundamental. Y la escuela se enfrenta con dificultades parecidas, debido a las contaminaciones varias del clima en el que tienen que ejercer su misión.

Ante estas dificultades para la socialización de los hijos, la educación de los escolares y la integración social de los jóvenes en general se quejan los padres, los profesores, los directivos de los grupos y movimientos juveniles, los representantes de

las diversas instituciones sociales, los agentes de pastoral juvenil, etc. A todos ellos –a quienes dedicamos este trabajo– les podrán ser especialmente útiles las siguientes reflexiones sobre los cambios en el proceso educativo y de socialización, la intervención educativa

–o deseducativa– de diversas instituciones sociales, la acción socializadora de los grupos organizados y el gravísimo problema de la socialización y formación religiosa de los jóvenes. De este último punto se ocupa la parte final del libro.

La *sexta parte* de *Para comprender la juventud actual* estudia un tema doloroso para los educadores cristianos, para los agentes de pastoral, para muchos profesores y padres de familia: la quiebra de la socialización religiosa de los jóvenes y sus inevitables secuelas: el deterioro de las creencias religiosas de los jóvenes, la pérdida de «musicalidad» religiosa en muchos de ellos, la desmemoria religiosa que ha borrado en tantos los valores y principios que alentaron la vida y el quehacer de incontables generaciones, el olvido del camino de la Iglesia, la insensibilidad, en resumen, ante su triple mensaje de sentido, salvación y comunidad moral.

Bibliografía general

(*Nota:* los libros aquí citados son de carácter general, pero contienen una elaboración tan completa de todos los temas tratados en esta obra que pueden ser provechosamente utilizados como lectura complementaria y enriquecedora para cada una de las seis partes de *Para comprender la juventud actual*).

1. Para el estudio de la juventud española, las publicaciones del INJUVE, del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, constituyen una base de datos de inestimable valor, debido sobre todo a su continuidad desde finales de los años sesenta del siglo pasado, cuando se iniciaron las encuestas de la juventud, en las que han participado los sociólogos más conocidos del mundo académico español. Además de sus estudios monográficos, sobre los temas más diversos –deporte, ocio, consumo, empleo y paro, relaciones familiares, valores y creencias, etc.–, el trabajo por excelencia del INJUVE ha sido la colección de informes generales sobre la juventud, basados, como se ha insinuado, en las encuestas de juventud, de carácter nacional. En las seis partes de este libro se cita sobre todo el último, el estudio del año 2005, presentado por Leire Iglesias Santiago, directora general del Instituto de la Juventud, en el que han participado seis sociólogos y sociólogas de diferentes regiones de España y con cargos en Universidades y en la Administración Pública:

JUVENTUD EN ESPAÑA, INFORME 2004 (2005): INJUVE, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Madrid, 864 páginas.

2. Los Informes de la Juventud Santa María no ceden en importancia a los estudios del INJUVE. Presentes en la literatura sociológica española desde 1982, se han publicado en total siete, correspondientes a los años 1982, 1984, 1989, 1994, 1999, 2002 y 2005. Se caracterizan estos Informes por su continuidad, su fiabilidad y su objetividad científica. Han participado en ellos sociólogos de las universidades españolas de mayor relieve, entre ellas la Universidad Complutense de Madrid, la Autónoma, igualmente de Madrid, la de Deusto, la de Zaragoza, la de Comillas, la Pontificia de Salamanca... Los

temas cubren prácticamente todos los aspectos del mundo juvenil: identidad, valores, actitudes ante las instituciones y la política, familia, escuela, religión e Iglesia, ocio, drogas, violencia, etc.

El último Informe es el del año 2005:

JÓVENES ESPAÑOLES 2005 (2005): Dirigido por Pedro González Blasco, Fundación Santa María, SM, Madrid, 428 páginas.

3. De carácter general es también la publicación del Dr. Tomás Calvo Buezas, antropólogo especializado en América Latina, quien realizó en 1997 una valiosa investigación sobre los valores de los jóvenes iberoamericanos: españoles, portugueses y latinoamericanos. Su base la constituyó una encuesta aplicada a 43.816 escolares de 21 países, con la colaboración de instituciones, directores de centros educativos, profesores y colaboradores varios. El temario abarca puntos de gran interés: valores, actitudes juveniles ante las instituciones, la familia y la religión, influencia de la televisión, sexo, droga y alcohol, etc.

T. C ALVO BUEZAS (1997): *Valores en los jóvenes españoles, portugueses y latinoamericanos. Problemas y esperanzas de los protagonistas del siglo XXI*, Ediciones Libertarias, Madrid, 648 páginas.

4. Uno de los escasos tratados de sociología de la juventud publicados en español, frente a la frondosidad de literatura sociológica en lengua inglesa, francesa o alemana, es el siguiente:

K. ALLERBECK y L. ROSEN MAYIR (1979): *Introducción a la sociología de la juventud*, Kapelusz, Buenos Aires.

5. Para hacerse una idea correcta del cambio generacional que han experimentado las juventudes de todo el mundo es de gran utilidad el trabajo del sociólogo Amando de Miguel sobre las actitudes, valores y comportamientos de los jóvenes españoles de dos generaciones de excepcional interés: la de los años sesenta, cuando se iniciaba el cambio económico, social y cultural de España, y la de finales de siglo, treinta años después.

A. DE MIGUEL (2000): *Dos generaciones de jóvenes 1960-1998*, INJUVE, Madrid, 446 páginas.

I El nuevo protagonismo de la juventud

E

El nuevo protagonismo de la juventud viene marcado, en gran medida, por un hecho elemental y palmario: los jóvenes de los países occidentales, con diferencias evidentes, representan cada vez más una mayor proporción de la sociedad, están mejor educados, al menos formalmente, tienen un fácil acceso a todo tipo de bienes y servicios; poseen, por consiguiente, un poder de compra inimaginable hace muy pocas décadas; los nuevos vientos de libertad les han proporcionado una autonomía rara vez alcanzada, y su intervención en movimientos de protesta y contestación de los poderes políticos e institucionales los ha convertido en un nuevo poder, no siempre con voto, pero siempre con voz, y con voz airada y combativa.

Esta acumulación de rasgos, inédita en la historia de los jóvenes, aconseja abordar el tratamiento de la juventud trazando ante todo su perfil sociodemográfico, que permitirá saber desde el primer momento de qué jóvenes estamos hablando.

1. El perfil sociodemográfico de los jóvenes españoles y latinoamericanos

El perfil sociodemográfico de los jóvenes en la sociedad es un tema complejo, con sus luces y sus sombras. Los jóvenes representan la fuerza y la potencia futuras de la sociedad, y desde este punto de vista, la sociedad española con estrecheces, y con más desahogo la latinoamericana, en general, pueden confiar en su futuro demográfico. Pero los desplazamientos geográficos y sociales producidos por las migraciones plantean problemas serios de identidad, arraigo y cohesión. Un problema más hondo y grave es el planteado por el abanico de riesgos, a veces mortales, que las condiciones de vida –marginación, exclusión, desarraigo, pobreza, desestructuración familiar, etc.–, hacen gravitar sobre muchos jóvenes, sobre todo en las zonas urbanas.

1.1. La población juvenil en España y Latinoamérica

Comencemos por la juventud española. Los *jóvenes españoles* alcanzaron su máximo histórico, numéricamente hablando, en 1950, cuando llegaron a representar el 27,7% de la población total. En la actualidad son, aproximadamente, 9 millones, de 15 a 29 años, el 21% de la población de España, estimada en 43 millones de habitantes. España es un país que culminó la llamada transición demográfica –mínimo de natalidad y mínimo de mortalidad– ha

Tabla 1

Evolución de la población juvenil española desde 1900 a 2020

Años	1900	1950	1960	1970	1981	1991	2001	2010	2020	(a)	(a)	(b)	(b)	(b)	(c)	(c)	(c)	(c)
15-19	1.559	2.688	2.434	3.634	3.264	3.340	2.320	2.202	2.449									
20-24	1.558	2.672	2.268	2.942	2.943	3.237	2.941	2.518	2.322									
25-29	1.415	2.379	2.447	2.538	2.538	3.104	3.658	3.238	2.572									
Total	4.532	7.739	7.149	9.114	8.745	9.681	8.919	7.958	7.343									
Población española	18.619	27.977	30.777	34.042	37.682	38.872	42.935	45.312	48.664									

% de jóvenes 23,3 27,7 23,2 25,7 23,2 24,8 20,8 17,1 15,2

Fuente: (a) *Estadísticas Básicas de España 1900-1970*, CECA, Madrid 1975, pp. 21-22.

(b) *Informe Juventud en España 1988*, Madrid, INJUVE, 1989;

(c) INE: *La Población de España*, Censo 1991, Madrid 1992.

ce ya varias décadas. Dada la baja natalidad que se está registrando en el país desde hace casi dos décadas, y el creciente retraso del año de entrada en el matrimonio juvenil –de 24,3 años entre las jóvenes y 26,8 para los jóvenes, en el año 1975, a 29,2 para ellas y 31,2 para ellos, en el año 2004–, se calcula para el año 2010 un fuerte descenso en el número de jóvenes, hasta 7.700.000, que representarían el 11,1% de los 45 millones largos de habitantes con los que se piensa que contará España ¹.

La tabla 1 da cuenta de la evolución numérica de los jóvenes españoles de 15 a 29 años, desde 1900 hasta los comienzos del presente siglo, con proyecciones hasta el 2020.

El número de *jóvenes latinoamericanos* de 15 a 29 años empequeñece los números españoles, pues eran unos 160 millones, aproximadamente, en el año 2000. La evolución de la juventud de Latinoamérica y del Caribe se inscribe en un proceso de transición demográfica que está afectando ya a ciertos países en forma de envejecimiento de la población, debido al aumento de la esperanza de vida al nacer, que ha pasado de 50 años de promedio a mediados del siglo XX a 70 a finales de siglo, y al descenso de la fecundidad de seis hijos por mujer, también a mediados del siglo XX, a tres a finales de

¹ INE, en *El País*, 24-mayo-2006.

siglo. Estas dos estadísticas se han traducido en un marcado descenso de la población menor de 15 años, un crecimiento moderado y posterior estabilización de la proporción de la población entre 15 y 59, y un notable aumento de los adultos mayores.

La transición demográfica no sigue un ritmo idéntico en todos los países latinoamericanos y del Caribe. Es avanzada en Argentina, Chile, Uruguay y Cuba; plena, con natalidad moderada y mortalidad moderada o baja, en Brasil, Colombia, Ecuador, Perú, Costa Rica, Venezuela, México, El Salvador, Panamá y otros países caribeños, e incipiente, con alta natalidad y mortalidad alta o moderada y, por lo tanto, crecimiento natural elevado, en Bolivia, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Paraguay y Haití.

Aunque la población joven latinoamericana sigue creciendo, no lo hace así la infantil, y por ello la tasa de crecimiento juvenil se ha ralentizado. Al comenzar el último cuarto del siglo XX la tasa de crecimiento era del 3,4%, y ha pasado al 1,4% al finalizar el siglo. Se salvan, de momento, países como Guatemala, Honduras, Haití, Paraguay y Nicaragua, cuya transición demográfica ha sido muy lenta o tardía. Para el conjunto, se calcula que en los próximos dos o tres quinquenios la tasa de crecimiento será muy baja, incluso negativa.

Los jóvenes representan más de la cuarta parte de la población de los países latinoamericanos, el 28%, a finales de siglo. Para el año 2020 las proyecciones demográficas del CEPAL cifran en el 24% el peso de los jóvenes en la población total. De nuevo aparecen las diferencias según el ritmo de la transición demográfica. En los países de transición avanzada el peso relativo de la juventud oscila entre el 22 y el 26%;

en el resto de los países, más jóvenes demográficamente, los porcentajes varían entre el 27 y el 30%.

El impacto del crecimiento de los jóvenes en los diferentes sectores sociales de los países latinoamericanos ha sido muy notable en el último tercio del siglo XX. Entre 1970 y 2000 el número de jóvenes se ha duplicado, pasando de 72 a 144 millones. Este explosivo aumento ha supuesto una fuerte presión sobre el sistema educativo, el sistema de salud, el mercado de trabajo, la demanda de viviendas e infraestructuras básicas, de oportunidades recreativas y culturales, y de una gran variedad de actividades, bienes y servicios. A partir del 2000 el panorama se ha modificado drásticamente. Pero con diferencias significativas entre los tres tipos de países ya mencionados, según su ritmo de transición:

1. En los países de transición avanzada, con escaso crecimiento del número absoluto de jóvenes y una amplia cobertura educativa, del sistema de salud y de la infraestructura de servicios básicos, se ha experimentado un retroceso de la presión juvenil como grupo social. Se abre para éstos –Argentina, Chile, Cuba, Uruguay...– un horizonte prometedor de mejoramiento de la calidad educativa y sanitaria, de ampliación de la disponibilidad de recursos humanos, y de ampliación igualmente del abanico de actividades sociales, políticas, culturales, recreativas y solidarias. Los políticos, la sociedad civil y las iniciativas individuales tienen la palabra.

2. En los países de transición plena –México y Brasil, sobre todo– con un discreto aumento de la población juvenil, al menos hasta la primera década del presente siglo, el horizonte es igualmente prometedor, y su sistema educativo, de reconocida amplitud, puede sin embargo ampliarse, tanto en los niveles básicos como en la enseñanza media y, muy en particular, en los sectores más rezagados, afectados por las peores secuelas de la pobreza y el abandono escolar.

3. En los países de transición moderada o incipiente, se espera que el descenso absoluto en el número de jóvenes no empiece antes de 2040, debido al alto potencial de crecimiento implícito en su estructura de edades, expresado en el gran número de mujeres en edad fértil. Estos países, encabezados por Bolivia, El Salvador, Guatemala, Honduras y Paraguay, tienen en común una población rural importante, abultados porcentajes de analfabetismo y bajas coberturas en el sistema educativo y de salud. Se enfrentan, es evidente, a múltiples desafíos sociales, no siendo el menor la urgente incorporación de los jóvenes de los sectores sociales más pobres y grupos indígenas.

Una observación de interés: en los países donde la fecundidad aún está disminuyendo, los jóvenes de estratos sociales más pobres son los que cargan con las tareas reproductivas, es decir, son los que se encargan de la reposición generacional de su sociedad. Los jóvenes de hogares con mayores recursos, que acceden a elevados niveles de calificación y logran una inserción más exitosa en el mundo laboral y en la sociedad, participan escasamente en la reposición demográfica.

La situación de la sociedad latinoamericana registra una novedad importante: con el avance de la transición demográfica los jóvenes van a insertarse en sociedades cada vez más «viejas», es decir, sociedades en las que van a predominar de forma inequívoca los

adultos, adultos mayores y ancianos, con una proporción cada vez menor de niños y, lógicamente, de jóvenes. ¿Qué significado tiene esta novedad? Que la sociedad va a depositar probablemente en la juventud unas expectativas y demandas diferentes a las del pasado, les va a confiar roles distintos, con un protagonismo social superior, al que irán aparejadas responsabilidades mayores a edades más tempranas.

1.2. El protagonismo negativo de la juventud

El que podríamos llamar *protagonismo negativo o siniestro* de los jóvenes –nuevas formas de vandalismo y de delincuencia, conductas temerarias, como los excesos de velocidad y la irresponsabilidad en el manejo de automóviles y máquinas, fácil acceso en algunos países a las armas blancas y de fuego, uso y abuso de drogas, etc.– hace imprescindible tocar un tema que antes hubiera podido parecer irrelevante y hasta ridículo, dada la distancia biológica entre la juventud y la muerte: la *mortalidad juvenil*.

Comparada con la de otros grupos de edad, infantes y gente de la tercera edad, la mortalidad de los jóvenes es baja. Pero en el mundo juvenil ha irrumpido la violencia, además del juego de los factores mencionado en el párrafo anterior. Así, mientras que en algunos países la mortalidad juvenil muestra una proporción de defunciones inferior al 2%, similar a la de, por ejemplo, Canadá y Estados Unidos, y tal es el caso de Argentina y Uruguay, en otros el porcentaje oscila entre el 8% y el 10%, como en El Salvador y Colombia, por efectos de la endémica violencia callejera de estos países. En Ecuador, Panamá, Perú y México los porcentajes oscilan alrededor del 5%.

Los *accidentes mortales* se ceban en el mundo juvenil como consecuencia del mencionado protagonismo negativo de los jóvenes, arriba mencionado. En España gozan del triste honor de ser la indiscutible causa primera de la mortalidad juvenil. En 1989, del total de fallecidos en España por accidentes mortales, el 20% eran jóvenes entre los 15 y los 24 años, y del total de jóvenes por todo tipo de causas, endógenas y exógenas, el 69% lo fueron por ésta: accidentes mortales, de moto y automóvil, sobre todo. Y el 81% de los fallecidos eran varones ². Gracias a Dios, las mujeres no han reclamado la igualdad en esta rúbrica...

Entre los jóvenes de los países latinoamericanos la situación es muy similar, es decir, las causas exógenas o externas son las predominantes. Las tasas de fallecidos por accidentes, aunque en declive desde comienzos de los años noventa, indican la prevalencia de los comportamientos de alto riesgo, tres o cuatro veces superiores entre los varones que entre las mujeres. Las conductas asociadas a mayor riesgo son el tabaquismo, el consumo de bebidas alcohólicas y de drogas, y las relaciones sexuales tempranas indiscriminadas y sin protección adecuada, que conducen a la adquisición de enfermedades de transmisión sexual o embarazos prematuros y no deseados, muchas veces en precarias condiciones de higiene y sin infraestructura sanitaria.

Las *tasas de suicidio* se han elevado en los últimos años entre los jóvenes españoles y latinoamericanos. Y el suicidio, coinciden los científicos sociales, es un síntoma claro de malestar de la cultura juvenil. Bien sea por el vacío de normas, como aseguraba Durkheim (anomia), bien por el aumento de jóvenes que no tienen fácil acceso a los medios consagrados por la sociedad para alcanzar los objetivos (éxito, prosperidad,

prestigio, etc.), como formuló Merton para la sociedad norteamericana de los cincuenta y sesenta, las cifras no mienten: crece la tasa de suicidios, que en la sociedad española han pasado de 3,29 por 100.000 entre los varones y 0,94 entre las mujeres, en 1976, a 10 y 2,03, respectivamente, en 1992 ³. La evolución ha sido irregular en los países latinoamericanos, aunque partiendo siempre de una base más elevada, y sin que esté asegurada la fiabilidad de la metodología empleada. Así, por ejemplo, la tasa de suicidios por 100.000 jóvenes era del 6,5 en Colombia en 1980 y de 8,2 en 1990, para los hombres; en México, igualmente para los hombres, la tasa había ascendido de 4,3 en 1980 a 8,2 en 1990. En Argentina y Chile apenas había variación, aunque se partía de unas tasas iniciales bastante elevadas, en torno al 9 por 100.000 para los hombres. Venezuela registraba las tasas más altas, siempre para los hombres: 11,6 en 1980 y 13,7 en 1990. Las tasas de las mujeres eran siempre bastante menores que las de los hombres ⁴.

Hay que tener en cuenta que las comparaciones entre las tasas de suicidios de diferentes países son muy delicadas. Jack D. Douglas (1969) hizo notar, desde una perspectiva etnometodológica, que las comparaciones interculturales olvidan a veces que la definición de suicidio varía de sociedad en sociedad, de cultura en cultura e, incluso, de forense a forense.

¿Por qué se suicidan los jóvenes? Las respuestas de los psicólogos y de los sociólogos, amén de no

² M. Juárez y otros, «Población, estructura y desigualdad social», en *Informe V FOESSA sobre la situación social en España*, FOESSA, Madrid 1994, p. 178.

³ F. Alvira Martín y Andrés Canteras, *El suicidio juvenil*, Instituto de la Juventud, Madrid 1997, p. 20.

⁴ CEPAL, División de Población-CELADE.

FACTORES DE RIESGO DE SUICIDIO

SOCIEDAD FAMILIA

- Normas y pautas sobre el suicidio
- Pautas negativas sobre valor sagrado de la vida
- Grandes cambios socioculturales
- Competitividad exacerbada
- Dificultades para la adaptación
- Fracaso socioeconómico
- Desestructuración familiar
- Violencia y abusos intrafamiliares
- Antecedentes de depresión y suicidio en la familia
- Deprivación económica
- Familia caótica
- Expectativas familiares asfixiantes
- Ausencia del padre

ESCUELA

- Matonería (*bullying*)
- Competitividad extrema

- Desigualdad del estatus personal con el estatus del medio (*décalage*)
- Fracaso académico

GRUPO DE AMIGOS

- Superyó colectivo coercitivo
- Aislamiento
- Baja autoestima
- Apoyo grupal al suicidio

TRABAJO

- Desempleo y empleo precario
- Acoso sexual
- Acoso moral
- Fracaso
- Competitividad extrema

OCIO

- Abuso destructivo del alcohol
- Abuso destructivo de las drogas

YO → SUICIDIO

- Trastorno mental
- No tolerancia a estrés
- Soledad radical
- Crisis en el manejo de agresión: hacia fuera → delincuencia; hacia dentro → suicidio
- Depresión y desesperanza
- Pocas razones para vivir

coincidir, no arrojan demasiada luz sobre el asunto. André Haim se disculpa alegando la debilidad de las encuestas oficiales y su pobreza de información; los trabajos clínicos, añade, son más ricos, pero, como es lógico, limitados a grupos no representativos de la población suicidaria. En todo caso, la conclusión del investigador francés señala como factor principal la desestructuración de la familia, la falta del padre, por abandono, fallecimiento, etc. Entre los factores socioeconómicos se hace hincapié, no excesivo, en los fuertes contrastes entre el medio o nivel social del joven y el medio social (escuela, amigos, tiempos de ocio...) en que se inserta, lo que valdría también para los fuertes contrastes culturales de pertenencia familiar y de inserción social. El grupo de amigos juega un papel importante, aunque no suficientemente estudiado. Parece que los jóvenes suicidarios viven más aislados o pertenecen a microgrupos en una especie de «soledad compartida», o forman parte de grupos caracterizados por un superyó colectivo muy marcado ⁵.

En conclusión, no hay certezas sobre las causas reales del suicidio juvenil o, mejor dicho, sobre la concatenación de factores que desembocan en un suicidio o en una tentativa de suicidio. Se dice con frecuencia que muchas tentativas de suicidios y de suicidios frustrados no son sino «gritos de socorro», de petición de ayuda psicológica y moral (*cry for help*). Serían una especie de parasuicidios, más frecuentes que los consumados. Lo más prudente es apuntar de una manera ordenada los factores

suicidógenos, tanto psicológicos como sociales, y abstenerse de precisar cadenas causales que siempre se enfrentarán con un problema metodológico insalvable: los suicidas consumados no pueden dar cuenta, *a posteriori*, de la repercusión real de aquellos factores en su fatal resolución de quitarse la vida ⁶.

⁵ A. Haim, *Les suicides d'adolescents*, Payot, París 1969, pp. 63-70.

⁶ Las cartas de suicidas son, por lo general, muy escuetas, de orientación legal más que real y personal, y redactadas en un momento de estrés y de confusión mental que las hace poco fiables.

1.3. De la juventud rural a la juventud urbana

Una de las transformaciones que mayor impacto ha tenido en la juventud de los países, no sólo de los occidentales, ha sido el torrencial éxodo de la población rural a las grandes ciudades, que, en el caso de España, ha coincidido con la llamada «meridionalización» de la población, que se ha ido asentando con preferencia en el sur y en el Mediterráneo. En los países iberoamericanos las tendencias migratorias a las zonas urbanas han sido igualmente notables, con diferencias importantes según el grado de urbanización de cada país. Así, naciones como Chile, Cuba, México, Uruguay y Venezuela registran las menores tasas netas totales de transferencia rural-urbana, en tanto que países menos urbanizados, como Bolivia y Honduras, presentan las mayores transferencias desde las zonas rurales a las urbanas.

La distribución espacial de los jóvenes es una de las claves de comprensión de sus estilos de vida. Aunque en bastantes países las condiciones de vida rural y urbana se han ido aproximando aceleradamente en las últimas décadas, debido a la mejora de las comunicaciones, a la agresiva ocupación del campo por las grandes urbanizaciones residenciales y por las ciudades dormitorio, a la mayor movilidad de la población en general, y a la elevación del nivel de vida de los pueblos y aldeas, con una mejor dotación de infraestructuras y servicios, todavía el hecho de vivir en una gran ciudad, ciudad media, pueblo grande o pequeña aldea marca decisivamente mentalidades y formas de vida.

No es fácil abordar con éxito el detalle de esas influencias del hábitat rural o urbano en los estilos vitales de los jóvenes. Una caracterización elemental puede verse en el intento de comparación siguiente ⁷, que no hace justicia –no puede hacerla, pues exigiría un estudio completo, sin cabida en este libro– a la infinita variedad que las diferencias nacionales y regionales, la presencia de las comunidades indígenas, las desigualdades de desarrollo, etc., introducen en esta tentativa de caracterización.

⁷ J. González-Anleo, *Introducción a la sociología*, CECA, Madrid 1975, pp. 86-88 y 94-99.

JÓVENES RURALES

1 1. Pobreza de pensamiento debido a la rutinización de la vida cotidiana y de su actividad, coexistente a veces con:

12. Gran riqueza imaginativa que rara vez encuentra cauces adecuados.

13. Déficit en la información y en la comunicación.

14. Fragmentación en su modo de pensar. 15. Intensa dependencia de tradiciones y de ritos seculares.

1 6. Fatalismo vital debido a su percepción y sentimiento de manipulación y

explotación por los de «arriba» y, muy en especial, por parte de los mandatarios de la ciudad.

1 7. Cierta pasividad y resignación al no ver relación entre esfuerzo personal y progreso individual y social.

18. Fuerte predominio del control social externo sobre el control interno.

1 9. Ubicación en la llamada «periferia social», con escasa participación en la toma de decisiones políticas y sociales.

10. Una gran valoración de la experiencia, con una doble consecuencia.

11. Recelo de ideas y teorías que pretenden imponerse desde fuera.

12. Desconfianza del forastero, del señorito de la ciudad.

13. Pausa de la doble moral sexual con notable discriminación de la mujer.

14. Religiosidad teñida de cierto cosmovitalismo y muy orientada a la religión o catolicismo popular y cósmico.

JÓVENES URBANOS

1 1. Pensamiento más crítico y analítico debido a que la ciudad es en general centro de información y de producción y difusión cultural.

12. Masificación y despersonalización como rasgos más generales.

13. Disminución del sentimiento de identidad y de la autoposesión personal.

14. Actitud regresiva de consumismo.

1 5. Inercia y actuación por hábitos, favorecidas por la exposición más intensa a los medios de comunicación de masas.

16. Marginalidad y privatización de baja calidad.

1 7. Desigualdades sociales más visibles que en las zonas rurales, lucha por el estatus y en consecuencia:

1 8. Grado notable de frustración, como producto de sus aspiraciones al ascenso social.

1

9. Exceso de competitividad.

10. Neurosis debida a la abundancia de conflictos relacionales.

11. Desorientación social y fuerte relativismo moral en los sectores marginales de la gran ciudad. Como secuela:

12. Alto nivel de delincuencia infantil y juvenil.

13. Predominio de los controles indirectos o internos.

14. Secularismo en cuanto ausencia frecuente de símbolos y signos religiosos.

Los jóvenes españoles habitantes de zonas rurales son cada vez menos, situación relacionada, lógicamente, con el envejecimiento de la población rural, medido por el porcentaje de mayores de 65 años sobre la población total. La tasa nacional de envejecimiento, según el censo de 1991, era de 13,8%, pero la tasa media de los municipios menores de 21.000 habitantes se situaba en el 22,7%. Por encima de la media se encontraban, entre las comunidades más destacadas, Galicia, Asturias, Aragón y Castilla-León. Por debajo, Murcia, Madrid, Canarias y el País Vasco, entre otras.

El envejecimiento de las comunidades apunta a un déficit serio de población joven,

pero una agricultura dinámica y el florecimiento de agrociudades puede aliviar ese déficit e incluso inducir un cierto rejuvenecimiento, como sucede en el valle del Ebro y en el valle del Guadalquivir. Como tendencia de futuro puede señalarse que los territorios centrales de baja densidad están abocados a mantener el retroceso histórico, especialmente intenso en la Meseta norte, Aragón, y algo menor en la Meseta sur, aumentando la desertización y el envejecimiento de la España interior.

El Censo de Población de 1991 cifraba el número de jóvenes de 15 a 29 años residentes en municipios menores de 10.000 habitantes en 2.232.352, con una ligera superioridad numérica de los varones sobre las mujeres. Algo menos de la cuarta parte de los jóvenes, el 23%, podía ser calificada de juventud rural. En siete comunidades autónomas, encabezadas por Andalucía, Cataluña y CastillaLeón, el número absoluto de jóvenes «rurales» superaba los 200.000, mientras que Madrid, la tercera comunidad por número total de habitantes, sólo contaba con unos 57.000 ⁸.

En general, en esta huida de las zonas rurales hacia las urbanas se constata un predominio de la población femenina joven, lo que se refleja en bajos índices de masculinidad entre los inmigrantes a las grandes ciudades. Tal ha sido el caso de mu

⁸ J. M. García Bartolomé, «Reflexiones sobre la situación de la juventud en la sociedad rural», en *Revistas de Estudios de Juventud, Juventud Rural*, INJUVE, Madrid, marzo 2000, pp. 10-11.

chos países latinoamericanos. La llamada aventura de la «colonización interior» o movimientos de población dirigidos a las fronteras internas ha sido protagonizada en gran medida por jóvenes (CEPAL, 1995), aunque en varios países han sido los conflictos internos y los desastres naturales los que han provocado los desplazamientos masivos de familias enteras, como respuesta estratégica y racional frente al desafío de la subsistencia en un medio social y económico inestable (Lattes, 1996). Los datos de CEPAL para cinco países latinoamericanos seleccionados muestran claramente el protagonismo de los jóvenes de 15 a 29 años en esa aventura migratoria, con porcentajes en torno al 50% en relación con el total de la población emigrada:

Tabla 2

Porcentajes de jóvenes en el total de la población emigrante, a mediados de los noventa

País ^{Ciudad} *Ciudad* *Pueblo* *Campo* *Total* _{principal}

Bolivia 52 57 54 52 54

Brasil 44 45 40 47 44

Colombia 53 48 48 54 52

Rep. Dominicana 45 50 47 53 49

Perú 48 52 55 56 51

Fuente: CEPAL, División de Población-CELADE.

Una consecuencia inmediata de este protagonismo juvenil en las corrientes migratorias ha sido su mayor representación en el medio urbano que en el rural. En el año 1990, según estimaciones del CEPAL, el 27% de los jóvenes latinoamericanos eran jóvenes rurales, 4 puntos por encima del 23% de los jóvenes españoles. Pero las mismas estimaciones del CEPAL pronostican un caída de este porcentaje hasta el 20%,

aproximadamente, para el año 2010. Y como una constante desde hace varias décadas, la mayor transferencia de las mujeres jóvenes a los espacios urbanos. Véase la tabla 3:

Tabla 3

Porcentajes de población joven en Latinoamérica

Años Hombres Mujeres Total

1970	58	62	
1980	67	70	
1990	72	75	
2000	76	78	
2010	79	81	
60	68	73	77 80

Fuente: CEPAL, División de Población-CELADE y Boletín Demográfico, año 32, n° 63, Santiago de Chile, marzo 1999.

Más de las tres cuartas partes de los jóvenes latinoamericanos viven en ciudades, pero más allá de este dato estadístico interesa el grave problema, común también en muchos países fuera de Latinoamérica, de la segregación espacial intraurbana. La segregación residencial presenta dos aspectos diametralmente opuestos. Para los estratos de clase media o media alta y alta, la segregación residencial representa una oportunidad para ejercer sus opciones y decisiones de movilidad y de ubicación residencial en búsqueda de comodidad, estatus y seguridad, logrando minimizar los desplazamientos respecto de sus actividades laborales, de consumo y de ocio, lo que contribuye a una inserción social ventajosa. Pero otros estratos sociales carecen de esta libertad de opción y decisión, dada la política de vivienda y los abusos del mercado inmobiliario. El resultado es parecido en todos los países: dificultades para la integración social de los jóvenes y para su emancipación y autonomía personales. Los más afectados son aquellos con baja calificación educativa y profesional y con precaria inserción laboral, rasgos que refuerzan su exclusión, favorecen prácticas delictivas y violentas, y hacen fácil el camino a la drogadicción, deteriorando, como es frecuente, su propia autopercepción.

1.4. Las migraciones internacionales de los jóvenes

La emigración juvenil es, y lo ha sido siempre, un arma de dos filos, tanto desde una perspectiva individual como desde una perspectiva societal.

– Desde el punto de vista de la sociedad emisora, significa muchas veces pérdida del sector potencialmente más calificado y un posible envejecimiento, a menos que sea compensado por corrientes migratorias que llenen el vacío producido. Pero puede y suele suponer, por otra parte, el envío de remesas monetarias que alivian la situación económica de las familias que han permanecido en el país de origen, y constituye para el país unos ingresos de cuantía nada despreciable. En México, por ejemplo, las remesas de todos sus emigrantes en Estados Unidos, jóvenes y adultos, se han convertido en la segunda fuente de ingresos, por encima del turismo.

– Desde el punto de vista del emigrante como individuo, la emigración ofrece también una doble cara: el desplazamiento puede contribuir a favorecer un dinamismo

social ausente en condiciones menos estimulantes, y convertir a los jóvenes emigrantes en actores sociales relevantes y capaces de un protagonismo nacido del desafío de las nuevas condiciones de vida. Pero es quizás más frecuente que el desplazamiento haga a los jóvenes más socialmente vulnerables, más frágiles e indefensos ante las amenazas del nuevo medio. No hay que olvidar que los jóvenes emigrantes no siempre se trasladan al país de acogida de forma voluntaria, sino en compañía de sus padres, que son los que toman las decisiones.

En general, la emigración a otro país depende de cuatro factores clave: las experiencias personales de emigración, la necesidad urgente de mejorar las presentes condiciones de vida, la información sobre las posibilidades económicas, educativas y profesionales en el país receptor, y las expectativas de inserción, mejora y ascenso social en el país anfitrión. En el imaginario colectivo juvenil tiene una gran relevancia la desesperanza sobre las posibilidades de mejora en el propio país. Así, entre los jóvenes emigrantes que en mayor proporción acuden a España, convertida desde hace una década en país receptor, juegan dos elementos fundamentales: la renta per cápita española es, por ejemplo, siete veces superior a la marroquí —la brecha no cesa de ensancharse—, y las encuestas entre jóvenes estudiantes de Marruecos ponen de manifiesto que la gran mayoría de los estudiantes proyectan venir a Europa: el 82% de los estudiantes de bachillerato, el 54% de los universitarios y el 94% de los menores de 30 años sin trabajo estable (encuesta de la Asociación de Amigos de Víctimas de la Inmigración Clandestina, en *El País*, 18 de junio de 2002).

En relación con la información sobre las condiciones de vida del país receptor para los emigrantes potenciales, juega un papel fundamental la presencia «sobre el terreno a conquistar» de familiares, amigos y vecinos. Esta coincidencia explica la acumulación en una misma ciudad o un mismo pueblo y barrio de emigrantes procedentes del mismo lugar. Es un efecto «llamada» que explica concentraciones poblacionales de otra forma inexplicables, como las que se dan en Estados Unidos con grandes grupos de emigrantes salvadoreños, mexicanos, guatemaltecos, etc.

El estudio cuantitativo de las migraciones de jóvenes en España y en Latinoamérica es muy difícil y complejo no sólo por la falta de datos actuales, sino sobre todo por los múltiples aspectos del fenómeno migratorio. Para una mayor claridad conviene dividir este tema en los siguientes puntos:

a) *La emigración de los jóvenes latinoamericanos a la vieja «Madre Patria»* contrasta con la práctica desaparición de la emigración juvenil española, en el marco general de la emigración, que, según datos de 1992, ascendió a 9.149 españoles que partieron para Europa y otros destinos, frente a 25.326 que retornaron a su viejo país⁹. En 1996, interrogados los jóvenes españoles sobre su disposición a viajar y establecerse en algún país de la Unión Europea, el 65% señaló su disposición a un viaje y estancia temporal (estudios, vacaciones, aprender idiomas...), el 13% dijo que no estaban dispuestos a establecerse en ningún país de la UE, y sólo el 16% declaró que estarían dispuestos a fijar su residencia de forma permanente en países de la UE. Se puede hablar del «fin de la aventura» o del espíritu aventurero de los jóvenes españoles. O, quizás, de

lo confortable que se ha vuelto vivir permanentemente en España¹⁰. Aunque no en todas las regiones de España por igual. En la última década, 17 provincias han perdido habitantes, produciéndose el mayor despoblamiento en el noroeste de Castilla-León, Orense, las zonas interiores de Lugo y Asturias, Huesca y

⁹ Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, *Anuario de Migraciones 1993*, Madrid 1993, p. 27.

¹⁰ M. Martín Serrano y O. Velarde Hermida, *Juventud en cifras 1996*, Instituto de la Juventud, Madrid 1997, p. 25.

Teruel, e incluso Guipúzcoa y Vizcaya. Los jóvenes, ya escasos, tienden a abandonar estas zonas de la Península, pues no ven expectativas. La brecha demográfica entre la España interior, sobre todo la noroeste, y la pujante costa mediterránea y Madrid, con su zona de influencia, se ahonda. Una España se vacía, otra se llena. Y los jóvenes acentúan esta tendencia.

En contrapartida, España se ha convertido en polo de atracción de emigrantes de países del Este de Europa, de toda África, especialmente del Magreb, y de los países latinoamericanos. En el 2005 vivían en España dos millones largos de extranjeros con residencia *legal*, pero el padrón aprobado en enero de 2003 cifraba el número de extranjeros residentes en España en 2.672.596. De ellos, 1.031.807 eran procedentes de América Central y del Sur, el 43% más que en el año 2003. Los países latinoamericanos con mayor número de representantes eran Ecuador (390.119), Colombia (244.570), Argentina (109.390) y Perú (55.812). No es fácil calcular el porcentaje de jóvenes latinoamericanos que han enriquecido la desfalleciente pirámide demográfica española, pero los datos oficiales nos dicen que el aumento de alumnos extranjeros en España ha sido del 182% en el período 2000 a 2003, y un cálculo aproximado sobre el total de población latinoamericana emigrada para el 2003 cifra el número de jóvenes de 15 a 29 años en unos 275.000.

b) *Las migraciones latinoamericanas internas*, dentro de la gran región, experimentaron un fuerte aumento en los setenta, se duplicaron hacia 1980 y se atenuaron en la década siguiente, debido a la crisis económica, a los subsecuentes programas de reforma estructural y a la planificación y redemocratización conseguidas en varias naciones. Hacia 1990 el *stock* de jóvenes procedentes de emigraciones intrarregionales alcanzaba una cifra superior a los 350.000, con notables diferencias entre los países emisores y los países receptores:

Países más emisores Países más receptores

Argentina	Colombia	Paraguay	Uruguay	34.843	Argentina	98.288	94.002	México
19.693	25.450	Paraguay	42.521	24.430	Venezuela	104.226		

c) *La emigración latinoamericana juvenil al sueño norteamericano* tiene dimensiones muy superiores a la emigración latinoamericana intrarregional, de volumen bastante reducido, como acaba de verse. Excepto en los casos de Venezuela, Argentina, Colombia y Paraguay, los jóvenes latinoamericanos se muestran poco atraídos por los países hermanos, a los que, por lo general, sólo les impulsa una grave situación económica y política de su propio país, y no tanto el desafío de la aventura migratoria. Estados Unidos es otro cantar. Según los censos norteamericanos de 1980 y 1990, el

número de jóvenes nacidos en países de la gran región latinoamericana y residentes en los Estados Unidos era, respectivamente, 1.900.000 y 1.600.000, magnitudes equivalentes al 22 y el 20% del total de inmigrantes latinoamericanos en ambas fechas. En 1997 la población joven nacida en Latinoamérica y residente en los Estados Unidos ascendía a algo menos de dos millones, de los cuales la gran mayoría procedía de México:

México 1.422.000

Centroamérica 338.000

América del Sur 185.000

La gran aventura migratoria de los jóvenes latinoamericanos está por escribir, y será sin duda una obra fascinante. Pero no es éste su momento.

2. La juventud prolongada y el síndrome de Peter Pan

La juventud se prolonga cada día más ¹¹. O, mejor dicho, el abandono de la edad juvenil se retrasa. Pero no es fácil definir esta edad y, por consiguiente, su *delimitación* cronológica plantea de entrada una dificultad mayor. Los límites de las edades de la vida son arbitrarios; no hay ninguna indicación de tipo oficial o administrativo, y tradicionalmente «adolescencia» y «juventud» se han utilizado casi como equivalentes. Hasta que intervinieron, primero, una serie de transformaciones sociales, sobre to

¹¹ A. Cavalli y O. Galland (dirs.), *L'Allongement de la Jeunesse*, Actes Sud, Poitiers 1993, pp. 12 y ss.

do de tipo ocupacional y escolar, y, en segundo lugar, una revolución conceptual. La transformación social fue la prolongación de la escolaridad, exigida por los cambios tecnológicos en la producción, y que puso en escena una nueva figura, la del «estudiante». La revolución conceptual procedió de una ciencia nueva, la psicología, que a partir de la investigación científica de personalidades adolescentes acabó por imponer esta categoría etánea y proporcionar a los educadores y a los padres los medios pedagógicos para enfrentarse con esta fase inédita de la vida.

El concepto de adolescencia, fundado sobre criterios fisiológicos y psicológicos, dominó hasta mediados del siglo XX. Se aceptó que la entrada en la adolescencia correspondía a la aparición de la función sexual, cuando la pubertad, y que su final, más impreciso, coincidía con la culminación de la fase de reorganización de la personalidad puesta en marcha por la maduración de la sexualidad.

En la segunda mitad del siglo XX intervino una disciplina más joven que la psicología pero que jugó un papel similar en la delimitación del binomio adolescencia-juventud. La sociología provocó una revolución conceptual similar a la introducida en su momento por la psicología cuando «emancipó» a la adolescencia de la infancia. La sociología no maneja datos fisiológicos ni psicológicos, su «lenguaje» y su marco conceptual son diferentes, y prefiere utilizar dos nuevos conceptos: el de ciclos vitales y el de ejes institucionales. La entrada en la vida adulta se puede representar como una transición que se efectúa sobre dos ejes principales: el eje escolar-profesional y el eje familiar-matrimonial. Al ir traspasando las fronteras de la edad e ir ingresando en nuevos espacios –escolaridad, inicios de la vida profesional, «abandono del nido» y

matrimonio—, se van asumiendo nuevos roles y abandonando los antiguos. En el modelo tradicional de entrada en la vida adulta reina una intensa sincronía: el final de la escolaridad casi coincide con la entrada en la vida profesional, que desencadena rápidamente a su vez el abandono del nido parental y el matrimonio propio. No hay prácticamente espacios intermedios y reina la homogeneidad de las definiciones de edad según criterios que delimitan categorías fácilmente identificables.

Pero el modelo tradicional no servía de forma idéntica para todas las categorías de jóvenes. Los contrastes más significativos se encontraban entre la juventud masculina y la femenina, y entre la clase popular y la clase burguesa. La juventud femenina seguía en su inserción en la vida de matrimonio y de formación de su familia un calendario más precoz, pues las mujeres se establecían en el mundo adulto por el matrimonio, y así se podían «saltar» la etapa profesional. Más de un estudio ha mostrado, en esta línea, cómo hombres y mujeres usan diferentemente la edad y cómo ellas asignan características positivas a un cónyuge de mayor edad y hacen un elogio positivo de la «madurez» de los hombres, mientras que ellos se preocupan mucho más de la edad de las mujeres. ¿Razón de esta divergencia? El estatus de la pareja depende tradicionalmente más del estatus del hombre que del de la mujer.

El contraste entre el modelo burgués y el modelo popular es fácil de entender. La inserción o instalación del obrero en el mundo adulto se caracteriza por la gran simultaneidad de los tres umbrales más importantes: el abandono del nido familiar, la entrada en la vida profesional y el matrimonio. Esta simultaneidad se explica por el carácter irreversible del ingreso en la vida adulta obrera. El modelo burgués —Cavalli lo denomina «modelo de diletantismo»— se caracteriza por:

- La extrema laxitud de los umbrales de entrada en la vida adulta.
- El carácter no lineal de los itinerarios.
- La amplitud que se deja a los actores, en cuanto que franquear una etapa nunca tiene valor definitivo.

En otras palabras: en el esquema tradicional la juventud como categoría social es un privilegio al mismo tiempo de la masculinidad y de la burguesía. La época actual se caracteriza por la «democratización» de este privilegio, que ha dejado de ser exclusivo de los hombres y de las clases altas y medias altas. Esta «democratización» aconseja una redefinición de la juventud, que ha dejado de ser una etapa de «diletantismo» para convertirse en un período con un peso funcional específico en la organización de los ciclos vitales. La prolongación de la juventud no es ya simplemente una consecuencia de la prolongación de la escolaridad, aunque ésta haya jugado un papel fundamental en la redefinición de esta etapa vital.

La juventud puede ser concebida como un segundo crecimiento. El primero, en la infancia, es de carácter biológico, interno; el segundo, en la juventud, es externo, social, y consiste en la adquisición o conquista, penosa y violenta a veces, del espacio social externo, cuyos parámetros son la formación para trabajar, el empleo como dedicación del tiempo y de las habilidades formativas personales para la obtención social de recursos, la formación de la pareja de convivencia, y el domicilio autónomo. «En estas dos últimas

décadas –afirman Garrido y Requena– el retraso medio que los jóvenes han sufrido de entrada a la primera ocupación supera los dos años, pero si se tiene en cuenta la influencia del paro y de la temporalidad, se puede afirmar que los jóvenes han pospuesto su integración laboral un mínimo de seis años... Casi tres años son atribuibles a la extensión de la formación, que se ha convertido en el sinónimo de la juventud»¹².

El rasgo central de esa juventud es ahora la presencia de espacios o situaciones intermedias en el eje familiar y en el eje profesional, lo que implica una intranquila ambigüedad social, pues esas situaciones fronterizas, en las que la definición de joven no depende totalmente ni de los roles adultos ni de los roles de adolescente, se pueden prolongar durante años. Esta situación intermedia entre la dependencia adolescente y la autonomía adulta es el rasgo que mejor caracteriza a la juventud de los países occidentales. Aunque, conviene no olvidarlo, sigue habiendo diferencias notables entre la juventud rural y la juventud urbana, que pueden ser incluso abismales si entra en juego la variable minoría étnica en algunos países latinoamericanos.

Algunas veces, pensando sobre todo en Europa, se opone el *modelo mediterráneo* al modelo nórdico. El primero se caracteriza por (a) la prolongación de la escolaridad, al margen del rendimiento de esa escolaridad; (b) una fase más prolongada de precariedad profesional al final de los estudios, coincidiendo a veces con una fase de exploración ocupacional; (c) la prolongación de la cohabitación en el hogar familiar, con los padres, incluso aunque se disponga de estabilización económica propia. En España y en Italia esta fase está asociada con una muy fuerte autonomía juvenil en varios aspectos: política, religiosa, sexual, de ocio, etc. El informe «Jóvenes españoles 1999» confirmó esta «espléndida» autonomía juvenil: en torno al 90% declararon que se sentían plenamente libres para ejercer sus opciones en el terreno de las elecciones religiosas, políticas, sexuales, de ocio y diversión y de estudio.

¹² L. Garrido y M. Requena, *La emancipación de los jóvenes en España*, INJUVE, Madrid 1997, pp. 239-243.

Entre los jóvenes españoles el matrimonio tiene lugar rápidamente después de finalizar la cohabitación con los padres. Relativamente pocos jóvenes viven solos o en parejas no casadas, aunque este último punto está cambiando deprisa, a medida que aumentan la permisividad sexual y la secularización moral y religiosa. Lo que dicen las estadísticas es que la edad media de los españoles al entrar en el matrimonio era de 24,29 para las mujeres y 26,83 para los hombres en el año 1975, y 30 años después, en 2004, era ya de 29,17 para las mujeres y 31,24 para los hombres (INE: *Anuario Estadístico* 2006). En 30 años la vida matrimonial ha perdido en torno a cinco años, en general los más prolíficos. También es cierto que se ha prolongado por el otro extremo, dada la mayor expectativa de vida. Y se ha fragmentado, teniendo en cuenta el aumento de divorcios y separaciones. Habrá que esperar para determinar los efectos de estos cambios, en absoluto inocuos, sobre las formas de vida de los jóvenes.

Predomina, en síntesis, el *síndrome de Peter Pan*, del niño que no quería crecer o al que no le dejaban crecer. Ha caído en desuso la pauta de la precocidad, del incorporarse a la vida adulta lo antes posible, en cuanto lo permitía la autonomía económica. ¿Razones? La prolongación de los estudios, el paro, la maldición de los trabajos

precarios, la escandalosa inaccesibilidad a la vivienda propia... El resultado es que, según *Eurostat*, los jóvenes españoles presentan los porcentajes más abultados de convivencia con los padres, el 56%, frente al 41% de media de la Unión Europea, y los porcentajes menores del Reino Unido (27%), Francia (29%) y Holanda (31%)¹³.

Hay que señalar, por otra parte, el hecho, constatado por numerosos estudios, de que los jóvenes se encuentran, en general, muy a gusto en el hogar paterno. Al síndrome de Peter Pan habría que añadir el *complejo de niño mimado*, especialmente en España, donde abundan los hijos únicos, que concentran todas las atenciones y mimos de los padres, y donde la rápida elevación del nivel de consumo permite ese rodear a los hijos, al hijo, de todo el confort posible, material y psicológico.

El modelo nórdico, en oposición al mediterráneo, se centra en tres puntos clave: el abandono relativamente precoz del nido familiar, el matrimonio y los nacimientos tardíos. Es precisamente en los países en los que triunfa este modelo en los que aparece una fase prolongada, sea de vida en pareja, más o menos efímera, sea de vida solitaria, y, con mayor frecuencia, de una combinación de las dos formas. Y el modelo nórdico, con algunas correcciones, parece estar llamado a imponerse en toda Europa. En España, a mediados de los años noventa, aunque el 77% de los jóvenes de 15 a 29 años vivía habitualmente con los padres, y la gran mayoría se encontraba a gusto –el 53% llega a afirmar que «se llevan estupendamente», según el Informe Jóvenes españoles 1999– hay ya una mayoría a los que les gustaría vivir independientes.

En el imaginario juvenil la emancipación ocupa un lugar de honor, como la meta más o menos claramente percibida del proceso de maduración. Los requisitos, aspectos o subetapas de la emancipación juvenil son cuatro: la culminación del proceso formativo para un trabajo o profesión (un título, un diploma...), la obtención de un empleo de cierta consistencia, la formación de una familia, del tipo que sea, y un domicilio autónomo. De estas cuatro etapas la más decisiva, signo patente y condición necesaria para la consumación del proceso de emancipación en su forma social típica, es la separación definitiva del hogar familiar (Valles, 1992).

¹³ D. López de Lera y A. Izquierdo Escribano, «Transformaciones demográficas y nuevas formas de convivencia», en *Sociedad y Utopía*, 6, 1995, p. 157.

¿Hay un modelo latinoamericano? Es difícil decirlo, pero la opinión más extendida es negativa. Prima la heterogeneidad. En los sectores sociales más cercanos a un estilo de vida moderno, es decir, en las zonas más desarrolladas, predomina el modelo de familia urbano-industrial, caracterizado por la vigencia de núcleos familiares bigeneracionales, pocos miembros, relaciones domésticas tendencialmente democráticas o simétricas, y división funcional de roles no tajante. Al lado de este modelo, «importado» de Europa, coexisten pautas culturales típicamente latinoamericanas, con familias de estructura asimétrica, roles muy diferenciados según la edad y el género, prejuicios y estereotipos machistas, comportamientos convencionales, etc. En las comunidades indígenas, en las que se han conservado las viejas tradiciones, pueden encontrarse modelos que hacen todavía las delicias de los antropólogos. Son muy frecuentes, por último, sobre todo en zonas urbanas deterioradas, las familias marginales

y desestructuradas, en las que los jóvenes no encuentran referentes significativos y tienden a buscarlos en los grupos de pares, en las bandas y pandillas, en las maras, etc.¹⁴.

El retraso de la emancipación juvenil tiene un alto coste, que políticos, padres de familia y psicólogos tienen muy en cuenta (o deben tenerlo): (1) una sobrecarga económica y emocional para los padres de doble signo: complacencia o fastidio, según la «filosofía» de aquéllos y su capacidad de aguante psicológico y financiero; (2) una muy probable disminución de la nupcialidad y un retraso seguro de la misma, con repercusiones negativas sobre la natalidad; (3) un retorno a la pauta, que se creía rota, de la emancipación tardía de las mujeres hasta su matrimonio; (4) un fuerte impacto sobre la formación del sentido de la responsabilidad, al postergarse indefinidamente la toma de decisiones por parte de los jóvenes en diversas áreas vitales; (5) el aumento palpable de la permisividad familiar debido a un *mecanismo de sustitución*: los jóvenes abandonan el sueño de una autonomía plena, que saben, en muchos casos, inalcanzable, y la reemplazan por la exigencia (hoy las cosas no se piden ni se solicitan ni se demandan, sino que se exigen...) de libertad en determinadas áreas de especial significación para ellos: salidas libres los fines de semana y en vacaciones, relaciones con los amigos, opciones políticas, religiosas y culturales, estilos personales de indumentaria, etc. Otro coste que a menudo pagan los hijos y sus padres es el conflicto, mayor o menor, nacido de la frustración de los primeros por tener que plegarse ante las inevitables exigencias del orden doméstico.

Un coste destacado del retraso de la emancipación juvenil consiste en la dificultad para que emerja en los adolescentes y jóvenes el *sentido de la responsabilidad*. Se ha podido afirmar con toda justicia que el «hecho de que no se asignen a los niños y jóvenes deberes, tareas y responsabilidades es, desde el punto de vista cultural, algo nuevo en nuestra sociedad. Ninguna tradición cultural registra el hecho de que el ser humano alcanzase la edad de 25 años sin haber aprendido a desempeñar una tarea que fuera de utilidad o provecho para los demás, incluida la asistencia a ancianos, enfermos o niños. Vivimos un cambio cultural tan drástico que ha situado a la mayoría de los niños y jóvenes en una perspectiva de espectador, en lugar de hacerles participar activamente»¹⁵.

Esta ausencia de compromisos juveniles con los demás –con las honrosas excepciones de los voluntarios de las ONG y similares– es un tremendo zarpazo a su condición y estatus de ciudadano. Sin compromiso no hay ciudadanos, sino sólo consumidores, más o menos disciplinados. Escribe Handy:

«Sin un compromiso con alguien o algo, no hay sentido de la responsabilidad, y sin sentido de la responsabilidad no hay moralidad [...] “Pago mis impuestos, ¿no?” fue la respuesta del presidente de una empresa cuando le preguntaron qué responsabilidad sentía hacia los miles de empleados que acababa de enviar al paro. Los impuestos, ahora, se consideran el medio de librarnos de nuestras responsabilidades hacia el resto de la comunidad»¹⁶.

¹⁴ A. Undiks y otros, *Juventud urbana y exclusión social. Las organizaciones de la juventud poblacional*,

Humanitas, Buenos Aires 1990, pp. 41-42.

¹⁵ *Revista de Estudios de Juventud*, n° 13, abril 1964. ¹⁶Ch. Handy, *El espíritu hambriento*, Apóstrofe, Barcelona 1997, p. 82.

Los jóvenes, en general, no pagan impuestos, pero la mayoría estudian y se preparan para ejercer un oficio o una profesión. Los «estudios» son a menudo sus «impuestos», la perfecta coartada para no ejercer responsabilidades hacia los demás en una sociedad donde las miserias, exclusiones y necesidades, desde las materiales y económicas hasta las psicológicas, morales y espirituales, son incalculables.

Si los estudios son los «impuestos» de los jóvenes a la sociedad, hay que decir que los jóvenes pagan cada vez más «impuestos», es decir, más tiempo vital, energía, paciencia y dedicación. En efecto, una característica común a la juventud de los países desarrollados es el alto nivel de escolaridad que las transformaciones políticas, económicas y sociales han ido promoviendo a lo largo del siglo XX, con diferencias notables entre los mismos países que hoy se pueden considerar de pleno desarrollo. En los países que luchan por incorporarse a esta plenitud, la escolaridad ha rescatado a los niños y los jóvenes de la plaga tan frecuente en el siglo XIX y el mismo siglo XX: el analfabetismo, y con grandes esfuerzos los va sentando en los bancos de la escuela secundaria y en las aulas universitarias. En 1960, recuerda el trabajo ya citado de Undiks y sus colaboradores «Juventud urbana y exclusión social», el analfabetismo afectaba al 22% de la población latinoamericana, en 1970 sólo al 14,25%, y en 1980 era residual, persistiendo en Perú, con el 6,6%, y en Brasil (15,7%) ¹⁷. En España el analfabetismo era todavía una vergüenza a comienzos del siglo XX, con el 45% de analfabetos. La situación evolucionó rápidamente: 17% en 1950, 9% en 1970%, 7% en 1982, y 1,9% de varones y 4,6% de mujeres en los noventa.

La matrícula escolar en los países latinoamericanos es muy dispar, como puede observarse en la tabla siguiente, en la que aparecen los datos de UNICEF y del Banco Mundial con los porcentajes de estudiantes en relación con la población en edad escolar. Se trata de la tasa bruta de escolaridad, por lo que la tabla incluye estudiantes con edad superior a la normal:

Tabla 4

Tasas de escolaridad en América Latina en los noventa

Primaria Primaria Secundaria Secundaria Terciaria

hombres mujeres hombres mujeres

Argentina

Bolivia

Brasil

Chile

Colombia

Costa Rica

Cuba

Ecuador

El Salvador

Guatemala

Honduras
 México
 Nicaragua
 Panamá
 Paraguay
 Perú
 Rep. Dominicana Uruguay
 Venezuela

110 108 73 81 47
 99 95 40 34 25
 100 96 31 36 14
 104 102 72 78 34
 103 103 70 75 20
 109 108 47 50 31
 97 97 78 85 19
 99 98 53 55 18
 94 94 30 35 18
 100 89 26 24 8
 96 98 29 37 13
 107 117 64 64 18
 101 104 45 53 12
 106 102 60 65 33
 113 110 42 45 10
 123 121 72 67 29
 93 93 34 47 23
 113 110 77 92 35
 90 93 33 46 28

Fuente: UNICEF, Estado Mundial de la Infancia 2002; para la «terciaria», Banco Mundial, World Development Indicators 2002.

Los datos españoles coinciden con esta prolongación de la escolaridad reflejada en la tabla 4. A finales de la década de los noventa la escolarización era total en el nivel primario, como en la gran mayoría de los países latinoamericanos; se aproximaba al 90% en la etapa de 14 a 18 años, y rondaba el 40% para el grupo juvenil de 18 a 24 años¹⁸.

¹⁷ Undiks y otros, o. c., p. 38.

¹⁸ J. González-Anleo, «La realidad actual de la educación en España», en *Ponencias del Quinto Congreso de Educación y Gestión*, Ediciones SM, Madrid 1999, p. 15.

Una novedad de creciente importancia es la presencia de alumnos latinoamericanos, hijos de emigración de alumnos latinoamericanos, hijos de emi 2005, según datos del Ministerio de Educación, en los niveles no universitarios estudiaban 459.291 alumnos extranjeros, de los cuales el 45% procedían de países latinoamericanos, muy por encima del 19% originarios, ellos o sus familias, de países africanos, Marruecos en cabeza. Para muchas escuelas españolas, en imparable declive debido a la baja natalidad desde hace

dos décadas, la presencia de alumnos latinoamericanos, muy similares a los españoles por su cultura, religión y, sobre todo, lengua, ha supuesto una verdadera revitalización.

3. El protagonismo juvenil en el intercambio con los adultos

«Protagonista» es, etimológicamente, el primer actor, el primer luchador en un combate, aunque se trate de un combate no necesariamente violento. El protagonismo de los jóvenes en la sociedad puede ser entendido así, provechosamente, como un enfrentamiento jóvenes-adultos, como un «tú a tú». Desde esta perspectiva, a la que no es ajena la lucha de generaciones que tanta tinta hizo correr en los años sesenta y setenta, a raíz de Mayo del 68, la teoría sociológica del intercambio social parece la más adecuada para abordar la cuestión del protagonismo juvenil que muchos jóvenes reclaman a los adultos, y que muchos adultos tienden a entender sólo como una usurpación, y el sociólogo debe intentar aclarar y explicar a todos, jóvenes y adultos, que el protagonismo juvenil es inevitable, que está ya ahí, pero que se trata de un protagonismo compartido. El prefijo «proto» puede entenderse así: en el intercambio jóvenes-sociedad adulta, el poder, que está en la base del intercambio, corresponde a quien más aporta en la relación, y la dependencia es la situación a la que es reducido el que menos contribuye. En otras palabras, la relevancia –primer sinónimo de «protagonismo»– pertenece por derecho propio al que más aporta.

La teoría del intercambio individualista, la que aquí parece más fecunda para el tema en cuestión, se inspira en principios económicos, desde un ángulo utilitarista e individualista, compartido por la teoría de la elección racional, de que la gente es intrínsecamente hedonista y de que sus comportamientos están regidos por el interés y el beneficio propio. Interés y beneficio que, de acuerdo con la teoría tan cercana de la *elección racional*, se rigen por el criterio de la *optimización* (maximización de los beneficios y minimización de los costes). Los seis beneficios fundamentales que intercambiamos en nuestras relaciones son los bienes materiales, servicios, dinero, estatus, información y amor. La evaluación racional de nuestros intercambios no implica necesariamente el egocentrismo o cualquier otro comportamiento antisocial. La reciprocidad, elemento clave del intercambio social, explica el altruismo, las conductas cooperativas y la génesis de las ideas de justicia e igualdad.

¿Qué pueden intercambiar los jóvenes en su relación con la sociedad adulta? Para responder a esta seria cuestión hay que añadir una nota a la descripción de la teoría del intercambio social. En ocasiones, una de las partes sólo puede ofrecer «bienes futuros» o, al menos, una de sus grandes ofertas es un «bien futuro». Lo hacen los políticos en sus programas antes de las elecciones. Lo hacen las Iglesias cuando ofrecen la salvación del alma y la unión con un Ser trascendente. Y lo hacen los jóvenes, aunque no sean tan conscientes de ello.

Los beneficios que esperan recibir los jóvenes de la sociedad adulta son éstos:

- Cobertura de sus necesidades puramente materiales.
- Sostenimiento económico para sus gastos de todo tipo, incluidos los de ocio.
- Seguridad y cuidados relacionados con la salud.

- Formación cultural.
- Preparación para el ejercicio de un trabajo, de una profesión.
 - Aceptación personal y cobijo afectivo. *Oferta de la juventud a la sociedad adulta:*
 - En el plano económico: compromiso y dedicación al proceso formativo para un buen rendimiento económico en el futuro; aportación al crecimiento económico del país a través de su consumo juvenil.
 - En el plano político: aceptación del sistema democrático, de los derechos consagrados en el ordenamiento legal y jurídico de la nación; sumisión a las autoridades y a las normas sociales.
 - En el plano social y cultural: vida de acuerdo con el estatus familiar; interiorización del sistema de normas y valores; desempeño adecuado de los roles correspondientes a su estatus de hijo, alumno, trabajador...

3.1. Los jóvenes en el plano económico

En la sociedad occidental, más o menos desarrollada, el protagonismo juvenil se ha hecho notar de forma muy destacada en el plano económico y del consumo. Miles de industrias –de locomoción, textiles, de cosméticos, discográficas, editoriales, de producción de aparatos de todo tipo basados en las TIC (móviles, celulares, ordenadores, videoconsolas, etc.), de ocio y vacaciones, bares y discotecas, etc.– dependen de forma creciente del consumo juvenil. Y no debe olvidarse el enorme «negocio» de la educación, tanto la formal y reglada como la menos sujeta al ordenamiento legal y al sistema educativo de cada país: academias de canto, ballet, idiomas, informática y pintura, cursos de lenguas en el extranjero, etc.

En las sociedades desarrolladas interesa más que el consumo estrictamente económico, común a todas las sociedades en todas las épocas, el llamado «consumo simbólico». Es decir, interesan más las funciones simbólicas del consumo que las económicas, más su capacidad de realización de deseos y de expresar la personalidad que su poder de satisfacción de necesidades. Podría decirse que hoy interesan sobre todo las ideas de Simmel, Weber y Veblen, más incluso que las de Marx. Pero la idea de alienación (Marx) y cosificación (Lukacs y Adorno) cobran hoy un especial relieve para el estudio del consumo juvenil, que corre el riesgo de convertir en «mercancía» y en «cosa» el amor, el sexo, el ocio y la amistad, claves del imaginario juvenil, y de esa forma llevar el virus de la alienación al corazón mismo de la cultura juvenil.

a) Dependencia económica juvenil y empleo

En el mundo juvenil cobra un especial relieve como criterio de distinción, válido también a veces en otros contextos sociales, el criterio de dependencia económica, en cuanto que va a condicionar la importancia que los jóvenes conceden a tal o cual tipo de consumo. El criterio en cuestión divide a los jóvenes en tres grandes grupos: los absolutamente dependientes de la ayuda familiar, los absolutamente independientes, pues viven exclusivamente de sus propios ingresos, y un grupo mixto, no totalmente independiente, formado, sobre todo, por jóvenes que trabajan a tiempo parcial en empleos precarios de escaso rendimiento o en pequeñas empresas familiares. La situación mayoritaria de dependencia económica condiciona buena parte del consumo

juvenil, mientras que el consumo de los jóvenes que ya han accedido al mercado de trabajo en condiciones laborales normales se diferencia poco del de los adultos, sobre todo si ya han formado su propia familia.

En el mundo juvenil español de mediados de los noventa la situación económica de dependencia era la siguiente:

- Viven exclusivamente de sus propios ingresos 29%
- Viven principalmente de sus ingresos, pero con ayuda familiar 16%
- Viven principalmente del dinero que les dan en casa, con ingresos propios 12%
- Viven exclusivamente del dinero que les dan en casa 41%

Atendiendo a la fuente principal de los ingresos, los jóvenes españoles pueden dividirse en jóvenes autosuficientes, aunque su autonomía no sea completa (41%), y jóvenes dependientes, en cuanto dependen parcial o totalmente de la familia (54%) ¹⁹.

¹⁹ F. Conde Gutiérrez del Álamo y J. Callejo Gallego, *Juventud y consumo*, Instituto de la Juventud, Madrid 1994, pp. 14-15.

Desde la perspectiva de la independencia económica cobra una gran importancia el problema del *empleo juvenil*, primera y fundamental demanda juvenil en el plano económico. Un puesto de trabajo dotado de cierta estabilidad y abierto a una profesión, oficio o carrera a la altura de la formación y de los títulos conseguidos es el medio básico para rematar con éxito la etapa juvenil e insertarse en la adulta, proyectar el propio futuro, ser útil y valioso para la sociedad y ponerse en camino de la autorrealización personal.

La mayor parte de los jóvenes españoles entre 15 y 29 años está trabajando, siendo la edad media de inserción en el mercado laboral los 18 años. El principal cauce para encontrar el primer empleo son los amigos o conocidos. La situación socioeconómica influye decisivamente a la hora de la inserción laboral: a mayor nivel social, más tarde se incorporan al mercado laboral, según datos de la *Encuesta de la Juventud 2004* del INJUVE. El género es determinante, a pesar de la creciente igualdad. Los varones trabajan sobre todo en la construcción, industria manufacturera, el comercio, la hostelería y la agricultura. Las mujeres, en el comercio, la hostelería y los servicios sociales y actividades de los hogares. Persiste también la desigualdad en los salarios: el salario medio de los varones es de 785 euros al mes; el de las mujeres, un 27% más bajo.

En el ámbito del trabajo el hombre actual, al menos en los países desarrollados, valora sobre todo un alto grado de seguridad económica (ingresos y empleo), espacios satisfactorios de tiempo libre y ocio, la presencia de compañeros agradables y la garantía de que contribuye al desarrollo de la persona ²⁰. La postura personal de los jóvenes introduce algunos matices significativos en este marco general:

- Los jóvenes de 15 a 24 años ordenan los valores del trabajo otorgando el primer lugar a los in

²⁰ M. Ayerbe, «El trabajo», en *España 2000. Entre el localismo y la globalidad*, Fundación Santa María, Madrid 2000, pp. 167-174.

gresos, seguidos por la seguridad en el empleo y los compañeros de trabajo.

– Los aspectos lúdicos –fines de semana libres, vacaciones y trabajo sin agobios– atraen de forma especial al grupo joven. La década 1990-1999 ha concedido un mayor relieve a estos aspectos lúdicos del empleo, aunque sigan primando los ingresos y la seguridad.

–El «desarrollo personal» en y por medio del trabajo realizado es igualmente más valorado por los jóvenes que por los adultos.

– La satisfacción con el trabajo es en general bastante alta, con un índice de 7,3 sobre el límite máximo de 10. Parece que a medida que aumenta la edad de los trabajadores, aumenta la satisfacción.

Una nota característica del empleo juvenil es la temporalidad. Más de la mitad de los jóvenes asalariados tiene un trabajo temporal. Puede afirmarse taxativamente que la sociedad hace a los jóvenes una oferta «envenenada»: trabajos precarios, sin futuro, incapaces por lo general de convertirse en la base sólida de la soñada autonomía económica que permita la emancipación definitiva y la realización del proyecto personal de familia y de vida. Peor aún que la precariedad en empleos de escasa consistencia es la situación de paro a la que se ven abocados millones de jóvenes en España y los países latinoamericanos. La tasa general de desempleo juvenil en España en el año 2004 era del 11%, lo que equivale a 900.000 jóvenes. Un tercio de los parados busca su primer empleo, los otros dos tercios han trabajado con anterioridad, durando la búsqueda media de empleo en torno a diez meses. *Nota importante:* a mayor nivel de estudios, menos tiempo en paro.

El paro representa para los jóvenes la ausencia de una agenda vital, necesaria para mantener la tensión existencial, la pérdida o no adquisición de redes relacionales que protegen, vivifican y enriquecen a la persona, el sentimiento de no «servir para nada» en una sociedad a la que «no apporto nada», la frustración por la inutilidad de los estudios realizados, y, sobre todo, la clausura, temporal al menos, de proyectos de familia y territorio y vida propios.

b) *Consumo juvenil y gastos privados*

En situación de independencia o dependencia económica, los jóvenes pueden invertir su dinero de muchas formas. Es necesario recordar, ante todo, una distinción sencilla pero fundamental entre el consumo juvenil y el consumo adulto: el primero se orienta a la adquisición de bienes que producen un placer inmediato y de escasa duración (ropa, revistas, conciertos, bares, discotecas, música, etc.). Por el contrario, los adultos invierten más dinero en alimentos, vivienda, electrodomésticos, muebles, lo necesario para un género de vida estable y duradero, «temporalidad» y «permanencia» que corresponden simétricamente a la caracterización general del estatus del joven frente al estatus del adulto, transitorio el primero, estable y permanente el segundo.

Esta distinción entre el consumo juvenil y el adulto, que hoy parece absolutamente obvia, no lo era hasta que en la década de los cincuenta el Dr. Abrams reveló, para

asombro del mundo de los adultos, que los adolescentes, hasta entonces un grupo social sin relevancia económica alguna, habían gastado nada menos que 800 millones de libras esterlinas, *enteramente a su antojo*, al cabo de un año. Semejante revelación los convirtió en tema respetable de conversación y de estudio para economistas y sociólogos, no digamos para los hombres de la industria y del *marketing*²¹.

A un nivel más profundo y analítico, los jóvenes pueden invertir sus ingresos en cuatro tipos de bienes y servicios, siguiendo el conocido esquema de Bourdieu²²: *capital económico* (patrimonio, rentas, riqueza), *capital simbólico* (prestigio, estatus), *capital formativo/cultural* (currículum académico, adscripción cultural) y *capital social* (lazos sociales, relaciones, etc.).

Además de los factores clásicos que intervienen en la preferencia juvenil por tal o cual tipo de consumo (edad y sexo, sobre todo), el nivel de auto

²¹ P. Laurie, *La rebelión de la juventud*, Ariel, Barcelona, pp. 12-13.

²² *Ibid.*, pp. 11-13.

mía es el factor fundamental. Las diferencias son claras:

- Los jóvenes con independencia económica tienden a establecer su estrategia de consumo en la acumulación de *capital económico* (ahorro, vivienda y su equipamiento elemental) y de *capital simbólico* (automóvil de prestigio, título en una escuela prestigiosa).

- Los jóvenes con dependencia económica orientan su estrategia de consumo a la acumulación de *capital cultural/formativo* (estudios, cine, libros...) y de *capital social* (discotecas y salas de baile, bares, meriendas y fiestas fuera del hogar, excursiones y salidas de fin de semana).

El consumo habitual más extendido entre los jóvenes es el relativo a las bebidas fuera del hogar, a los bares en sus diversas variantes, en cuanto que se trata de un consumo capaz de integrar estrategias de acumulación de capital social –se va al baile para hablar con los amigos, para establecer nuevas relaciones, para conocer gente interesante– y de capital simbólico, en cuanto que esta actividad marca el tránsito de «adolescente» a «mayor responsable», sobre todo si estos encuentros son a partir de ciertas horas. Las vacaciones en un país extranjero son también polivalentes, en cuanto que pueden servir a la vez para la acumulación de capital simbólico (da más prestigio ir a Estados Unidos, por ejemplo, que a un país vecino), de capital social (establecer relaciones entre familias) y de capital cultural.

El predominio en los jóvenes de la dependencia económica de su familia plantea la delicada cuestión de la *importancia económica de la niñez y juventud* en la sociedad actual. Ellen Key proclamó que el siglo XX sería el siglo de los niños, y gradualmente se fue imponiendo la ideología de la separación de los niños y sus actividades de la sociedad adulta –los niños y adolescentes a su casa y a la escuela–, la psicología propuso nuevas definiciones de la niñez, y se puso el énfasis en el valor emocional de los niños sobre su valor económico y material. Los niños fueron «sacralizados» y «sentimentalizados», y se fue introduciendo lo que Wolfenstein llamó «la moralidad del divertimento» (*fun morality*). El resultado de esta idea clave del niño como factor de

coste y carga material ha sido la drástica reducción del número de niños en buena parte de los países occidentales.

La demografía histórica y comparada confirma la hipótesis de que el estatus material y económico del niño está siendo continuamente degradado. La fertilidad es mayor en aquellos países en los que se da una transparente reciprocidad de igualdad en el flujo de riqueza entre generaciones, es decir, cuando los padres no sólo invierten en los hijos, sino que recuperan su inversión, bien mientras sus hijos son aún menores, bien cuando ya se han hecho mayores. Desde una perspectiva no local sino macroeconómica, los niños no pierden su valor, pero éste pasa del nivel familiar al nivel social: es la sociedad la que recibe la inversión realizada por los padres. Los cálculos apuntan a que los padres cubren más de las dos terceras partes de todos los gastos de criar y educar a los niños, a pesar de las ayudas públicas, pero la retribución (*payoff*) va a la sociedad como un todo, incluyendo desde luego a los padres.

Lo que ha sucedido en las sociedades modernas es que se ha producido una brecha cronológica entre la adquisición por parte de los niños y jóvenes de los conocimientos y habilidades y el momento en que se hacen productivos y revierten económica y socialmente a la sociedad. Es decir, los niños y los jóvenes están integrados diacrónicamente en el ciclo económico. Además de esta brecha, el cambio decisivo ha consistido en que la reciprocidad entre la inversión de los padres en sus hijos y la «devolución» por parte de éstos del capital invertido se ha quebrado: la «devolución» del capital invertido tiene un nuevo destinatario: la sociedad. Los padres reciben un mínimo rédito de su inversión, pero sólo en cuanto miembros de esa sociedad, no directamente en cuanto padres, como ha sucedido durante muchos siglos.

La inversión de los padres en sus hijos es de imposible cuantificación, sobre todo en un ámbito tan amplio como el de la juventud española y latinoamericana. La inversión familiar en la crianza, sanidad, educación, mantenimiento y gastos privados de los niños y de los jóvenes alcanza, sin duda, cifras astronómicas, proporcionales al nivel de vida y riqueza de cada país y de cada sector social.

Las investigaciones españolas de los últimos años han explorado con insistencia este último punto: los gastos privados de los jóvenes, que alimentan su consumo personal. El informe *Jóvenes españoles 99* cifró en 1.320 euros anuales el dinero medio disponible del joven español, con notables diferencias entre los aproximadamente 20 euros semanales de los jóvenes estudiantes y los 46 euros del joven que trabaja por cuenta propia ²³. No debe extrañar que la industria juvenil en todas sus ramificaciones haya cobrado la importancia que actualmente tiene. Los 9 millones de jóvenes españoles dedican aproximadamente 12.000 millones de euros al año a sus gastos privados. Por algo se califican a sí mismos como «consumistas», rasgo al que conceden el primer puesto entre todas las características propias de la juventud. En el informe *Jóvenes españoles 2005* el 58% de los chicos y el 61% de las chicas así lo reconocían ²⁴.

c) *Explotación de los jóvenes como carne de cañón o de sexo*

Los jóvenes poseen también hoy en algunas sociedades un valor económico execrable como carne de cañón y de explotación sexual. En no pocos países envueltos en

guerras, guerrillas y conflictos permanentes entre «señores de la guerra» –algunos latinoamericanos han figurado o figuran entre ellos– han sido y siguen siendo utilizados como mano de obra barata y abundante para nutrir las filas de combatientes. El caso de Colombia es paradigmático. En todo el mundo se calcula que desde 1979 hasta hoy han muerto en combate más de dos millones de «niños de la guerra», y 10 millones sufren todavía los traumas de su participación en el conflicto en el que han vivido.

La globalización de la criminalidad ha generado una nueva dimensión económica en el universo ju

²³ P. González Blasco, «Relaciones sociales y espacios vivenciales», en *Jóvenes españoles 99*, Fundación Santa María, Madrid 1999, p. 247.

²⁴ J. A. López Ruiz, «Ocio y tiempo libre», en *Jóvenes españoles 2005*, Fundación Santa María, Madrid 2005, p. 379.

venil: la explotación sexual de niños y adolescentes, el tráfico de menores, el consumo sexual en masa de los niños y adolescentes, tanto en su carne como en su imagen, a través de la nueva industria globalizada de la pornografía y la prostitución infantil. Según datos del I Congreso Mundial contra la Explotación Sexual de los Niños, reunido en Estocolmo en 1996, por iniciativa de UNICEF, millones de niños y adolescentes se han convertido en mercancía sexual en todo el planeta: 800.000 en Tailandia, 500.000 en la India, 300.000 en Brasil, 200.000 en Perú... El caso de Brasil es estremecedor: el negocio de la prostitución suele alimentarse de niños vagabundos abandonados de las favelas.

El negocio de la prostitución infantil siempre ha florecido. Lo absolutamente inédito es el consumo industrial de masas de niños en sus diversas formas: a) la prostitución en el propio país, en burdeles bien nutridos de niños y adolescentes nativos; b) el turismo sexual procedente de países ricos: Alemania envía unos 200.000 turistas anualmente; c) la prostitución virtual vía Internet, de bajo coste, carácter masivo, riesgo y represión legal casi nulos, asegurados por el anonimato y con el aliciente de una posible interactividad; d) el aumento de la pedofilia, de la que se calcula que hay en el mundo unos 500.000 fervientes partidarios, que en algunos países desarrollados –Holanda, Estados Unidos, Suecia...– pugnan por alcanzar legitimidad social e incluso representación política.

La pedofilia, asegura una tesis ampliamente difundida, se ha incrementado en los países más desarrollados debido a la combinación de diversos factores: 1) el aumento y diversificación de la oferta, en manos actualmente de las redes mafiosas que operan con gran impunidad; 2) las facilidades tecnológicas para conectar a través de Internet la oferta y la demanda, favorecida la primera por los millones de niños y adolescentes sumidos en la miseria y la ignorancia; 3) el ascenso social de la mujer, el incremento de su independencia y su nueva capacidad de iniciativa desalentarían el apetito sexual de no pocos hombres que echan de menos la tradicional «debilidad» femenina y buscan en otras criaturas el encanto de la fragilidad; 4) el temor al sida impulsaría a algunos hombres a dirigirse a menores, supuestamente vírgenes. El niño, afirma Vicente Verdú «se iza como un símbolo de incontaminación, el ideal ecológico en una transparente esfera ecológica».

3.2. El intercambio jóvenes-sociedad en el plano político

En el ámbito político, los jóvenes esperan el reconocimiento de sus derechos como ciudadanos de pleno derecho, aunque en la «sala de espera» por algunos años. Junto con ese reconocimiento, los jóvenes exigen un cierto grado de participación en las decisiones que más les afectan —estudios, política de vivienda, relaciones laborales...— y una política general más próxima y más abierta a sus preocupaciones y valores. La sociedad hace a los jóvenes en este plano una oferta rica y variada:

- Formar parte de una nación con historia —glorias, luces y sombras— e identificarse con ella, con su pasado, su presente y su futuro, con su protección en el entorno regional y mundial.

- Pertenecer a un sistema político caracterizado por la democracia y los derechos humanos, y en el que el ciudadano puede intervenir por medio del ejercicio del voto en elecciones libres y a través de sus representantes en los distintos ámbitos de la Administración: del Estado, de la región, del municipio.

- Disfrutar de un elenco de libertades en diversos terrenos esenciales para el pleno desarrollo y autorrealización de la persona: libertad de asociación, expresión, conciencia, religión, etc.

- Usufructuar una serie de instituciones que sirven de cauce de la acción política, laboral, profesional, cultural y demás. Instituciones como los partidos políticos, los sindicatos, los colegios profesionales, las iglesias y demás grupos y movimientos religiosos, las asociaciones culturales, etc.

En general los jóvenes aceptan el envite de la sociedad: participan en las elecciones, colocan la democracia por encima de los demás sistemas políticos, alientan sentimientos de pertenencia a su país, nación o comunidad nacional, disfrutan plenamente de las libertades que el sistema político les concede, etc. Su actitud ante las instituciones es más reticente y, en ocasiones, hostil, como se verá más detalladamente en la parte IV del libro. Pero, al margen de estas reticencias y de la existencia de grupos extremistas de signo izquierdista o derechista, el análisis de las opiniones y actitudes de los jóvenes españoles y latinoamericanos llega con frecuencia a una preocupante conclusión: la apatía política domina todo el panorama juvenil.

La «era del vacío», que tan agudamente diagnosticó el ensayista francés Lipovetsky, en ningún sector de la sociedad se percibe con tanta intensidad como en el mundo juvenil, y en ninguna parcela de la vida social con tonos tan llamativos como en la política. En la lista de los valores que suelen utilizar las encuestas, la política ocupa invariablemente el último lugar en las preferencias juveniles. Y en algún país la apatía va más lejos y se cierne sobre la dimensión patria, que para algunos jóvenes ha perdido todo sentido. En el último Informe *Jóvenes españoles 2005* se descubrió que los jóvenes españoles de 18 a 24 años tienen más vivo el sentimiento de pertenencia a la localidad en la que viven y a la comunidad autónoma que a España, a la que sólo menciona el 49%. La «marca España», comentaba un diario nacional, (*El País*, 14 de mayo de 2006), «pierde entre los jóvenes, y cuando lo español es un valor en alza fuera de las fronteras españolas, el desapego crece entre las nuevas generaciones». No parece probable que en

los países latinoamericanos la cuestión de la identificación juvenil con su país presente el arriscado perfil que presenta en la España actual.

Las razones de la apatía política de los jóvenes, cuyos efectos sobre el dinamismo social del país es perfectamente imaginable, son las siguientes:

Primera: el *vacío de una ética ciudadana y pública*, y, en el fondo, el riesgo de la desaparición del sentido del bien común, o bien público, como prefieren decir los anglosajones. Este vacío ético, al que no es ajeno el declive de los fundamentos religiosos de la ética en países más secularizados y con tendencias laicistas en el gobierno y en las élites intelectuales y culturales —el caso de España es paradigmático—, ha sido tierra fértil para una permisividad ética de notables proporciones que, directa o indirectamente, se ha doblegado ante la corrupción de todas sus formas: política, económica, administrativa, etc. Los jóvenes perciben perfectamente este alto nivel de corrupción, lo que les hace perder el respeto a las instituciones políticas y económicas, al mismo engranaje político del país y, muy especialmente, a «los que mandan». De ahí su desinterés por un juego político en el que la trampa y el fraude parecen consustanciales.

Segunda: esta desconfianza en los políticos y en las instituciones que representan, se alimenta de dos valores que diversos estudios han puesto al descubierto en la axiología juvenil: el pragmatismo y la proxemia²⁵. El *pragmatismo*, valor típico de la sociedad moderna, no tanto de la posmoderna, exige resultados prácticos, palpables, inconfundibles, de la actividad política. Programas, promesas, discursos, palabras, parlamentos..., todo esto ha perdido sentido para la mayoría de los jóvenes, pragmáticos y recelosos de las «grandes palabras» como pocas otras generaciones juveniles en la historia. Los jóvenes se enfrentan hoy con un problema clave: la exclusión social, bien sea provocada por el desempleo o el empleo precario, bien por otras fórmulas ya abordadas en un punto anterior: su aparcamiento en la escuela y en la universidad, formas de amable reclusión que para algunos pueden tornarse en auténticas prisiones, sus espacios de ocio en condiciones de segregación y exclusividad, sólo para determinadas edades (ni que decir tiene que los jóvenes agradecen y a veces exigen esta separación horaria y espacial del mundo de las «personas mayores»), el proceso de seducción vía consumo juvenil, que las manos pródigas de los adultos derraman sobre ellos para tenerlos felices, contentos y dóciles, la prolongación de la juventud, forzada en la mayor parte de los casos, en el nido familiar, etc.

Tercera: la *proxemia*, el amor a lo cercano, a lo próximo, a lo abarcable por mí mismo, amor o preferencia que en esta circunstancia significa nada más y nada menos que la resurrección, en este siglo XXI, de la primacía de la comunidad, de la *Gemeinschaft*, sobre la sociedad, la *Gesellschaft*, cálida, pequeña, cercana y familiar la primera, grande, distante, fría y anónima la segunda. Los jóvenes están preocupados por lo cotidiano, viven intensamente el presentismo, sus problemas tienen nombre, apellido y domicilio, las claves de las soluciones están cerca, no en el lejano Parlamento o en la sede del Gobierno. Vicente Verdú ha señalado con acierto que la proliferación de los *cafés philo* en Francia es una creación peculiar de la generación actual, preocupada no por los sistemas conceptuales, sino por los *porqués de los problemas concretos* (racismo,

desempleo, medio ambiente), y *en circunstancias determinadas*, como el caso de las manifestaciones en Seattle, en Washington o en Davos. En vez de afrontar lo local mediante una acción con aspiraciones trascendentes, se interviene en lo contingente para tratar de transformar el todo. Pero parece más bien que en España y en la mayoría de los países latinoamericanos los jóvenes están situados todavía en una etapa anterior, la de la generación apolítica, que desprecia a los «que mandan» y siente una profunda aversión hacia la política, una generación sin sentido de la historia y sin elaboraciones propias, escéptica, pródiga en acusaciones contra el orden económico, la globalización, las falsas democracias, las partitocracias, contra el funcionamiento de la justicia y de tantas otras instituciones, pero sin ofrecer alternativas.

²⁵J. Elzo, *Jóvenes españoles 99*, Fundación Santa María, Madrid 1999, pp. 431.

Cuarta: el *presentismo*, como valor clave en el imaginario juvenil, goza de un gran predicamento en las generaciones jóvenes, posee un enorme potencial movilizador, impulsa a los adolescentes y jóvenes a vivir el día a día con pasión. Se ha dicho que el símbolo por excelencia del presentismo juvenil es la noche y la calle (García Roca). No el ágora o el foro, donde se habla del presente y del futuro de la polis, sino la calle, reino de lo banal y cotidiano. Y la noche, que «limpia» la ciudad de adultos, permite al joven un mundo propio, facilita la trasgresión por el gusto de la trasgresión, ya ni como protesta o ataque a la sociedad adulta, y tiene algo de misterio, magia y libertad frente a la rutina y la banalidad del día, que es, esencialmente, trabajo y estudio bajo el dominio de los adultos. El presentismo trae consigo un triple mensaje, devastador para la política: el futuro es amenaza, la política es mentira, hay que congelar las utopías y «vivir a tope».

Quinta: la *privatización* como norma general de la vida. Los jóvenes se refugian en su «madriguera lúdica» (Leavitt), en el cerrado círculo de su familia, sus amigos, sus aficiones, sus móviles o celulares, su Internet, sus diversiones, y rara vez salen de ella. Las ONG y los grupos juveniles de voluntarios constituyen la maravillosa excepción. La norma de la privatización implica la separación de lo individual/familiar y lo colectivo/público como un imperativo tajante. Interesa menos lo que le ocurre al conjunto, a la colectividad, que lo que me «pasa a mí» y a los míos. Se busca la realización personal y quizás la del grupo familiar –la de la familia en su florida y variada tipología actual–, pero no a través de lo colectivo.

3.3. El intercambio jóvenes-sociedad en el plano social y cultural

La sociedad ofrece a los jóvenes, ante todo, una formación básica que les permite insertarse plenamente en la cultura, en sus valores y normas, y enriquecerse con las creaciones culturales de su país, con su lengua, su arte, su literatura, su producción científica, etc. Les ofrece, igualmente, marcos de referencia y de significados, una filosofía práctica y una ética de lo cotidiano. En estrecha relación con los marcos de referencia y de sentido, la sociedad propone a los jóvenes modelos de vida, no tanto modelos o ideales utópicos –sólo la Iglesia interviene en este íntimo y delicado asunto, y con resultados bastante dudosos–, sino una forma de vivir y convivir, de estudiar y trabajar, de participar en la vida política y social, de relacionarse con los demás, de

divertirse, de consumir, de gastar el dinero, etc. Finalmente, puede señalarse entre las ofertas culturales de la sociedad, el abigarrado mundo de las fiestas, los entretenimientos, las diversiones, las «movidas», un mundo de pura diversión que los jóvenes pueden con frecuencia imaginarse que es algo que les pertenece, creado incluso por ellos mismos, sin sospechar quizás la poderosa intervención –y manipulación– de la industria cultural juvenil.

Las investigaciones sobre actitudes y valores de los jóvenes coinciden en la ausencia de marcos de referencia y de sentido con fundamento sólido puestos por la sociedad a disposición de los jóvenes. Las agencias tradicionales de socialización y, por consiguiente, de transmisión de sentido, valores y una visión coherente del mundo, se han debilitado de forma extraordinaria, con la excepción de la familia.

– La transmisión de valores, modelos y normas ha corrido tradicionalmente a cargo de la escuela, pero la escuela, en muchos países y en grado diverso, ha perdido increíblemente su capacidad para esa transmisión. Los jóvenes le atribuyen un papel muy secundario como fuente inspiradora de visiones del mundo y de la vida. El relativismo cultural ha ganado la mente de buena parte de los profesores y sus alumnos no confían en ellos cuando se trata de encontrar claves para enfrentarse con los problemas de la existencia juvenil.

– Algo similar sucede con los *libros*, antaño una poderosa guía donde los adolescentes y jóvenes saciaban su sed de saber sobre la vida y sobre el mundo. Los datos oficiales, con mayor o menor optimismo, informan sobre la frecuencia de lectura entre los jóvenes. Pero no dicen nada sobre los libros que apasionan a los adolescentes y jóvenes, sobre los contenidos. El destino de la Biblia ha sido paradigmático. La Biblia, afirma Allan Bloom para los Estados Unidos, encabeza esta lista de «desaparecidos»: ha dejado de ser la lectura familiar que cautivaba el corazón de los niños y de los mayores con la Historia Sagrada del Pueblo de Dios en busca de su liberación y de su Reino, con sus modelos de hombres y de mujeres, traidores a la causa de Dios o fieles hasta la muerte, en un fresco grandioso de personajes inolvidables en los que todas las grandes pasiones aparecían retratadas –el amor, el odio, el sacrificio, la abnegación, la envidia, la lucha, la fortaleza, la prudencia...–, y todo encajado en un gran relato. Los grandes clásicos de la literatura universal, a otro nivel, ofrecían también gloriosas síntesis de la lucha del hombre a lo largo de la historia para superarse a sí mismo y trascenderse a sí mismo. Y todo ello sin ocultar miserias, bajezas, violencias y sangre. En otros países menos amantes de la lectura de la Biblia, por razones diversas, la literatura ha presenciado en general la *muerte del héroe*. Las obras maestras, o no tan maestras, de los escritores contemporáneos ofrecen hoy a sus lectores jóvenes o adultos una galería de «antihéroes», de fracasados, de seres fragmentados, sin esquemas sólidos y valiosos de comportamiento, como potenciales modelos para la imaginación y la sensibilidad juveniles.

– Los *MCM* han continuado esta faena de acoso y derribo de grandes valores y grandes ideales, de grandezas humanas. Con la excepción del valor de la tolerancia y de la *ecología*, voceado a los cuatro vientos por los canales televisivos, el resto de los

grandes valores –solidaridad, compromiso, igualdad, justicia, libertad, trascendencia, heroísmo– apenas aparecen en las pantallas de las televisiones del mundo occidental. En su lugar, violencia, dinero, sexo, consumismo, canonización de los «demonios» que llevan hoy al éxito –la competitividad, la apariencia, la seducción, la fuerza, la agresividad, la belleza física, el fraude...–. Las series o culebrones de los países latinoamericanos y de España no predicán otra cosa. Y, por debajo de este espectáculo cotidiano, la banalidad y el vacío de la vida, sólo aquietado o incluso colmado con la colaboración de aquellos «demonios». Glucksmann, a propósito de la televisión, habla de la «misa negra» de las noticias de las 8 de la tarde con su ración invariable del triunfo del mal en el mundo y de la «tercera muerte de Dios»: las matanzas, crímenes, pequeños o grandes genocidios, torturas y muerte por miseria o abandono, explotación de niños y de mujeres... Hay canales excepcionales, documentales magníficos y profundamente educativos, pero no abundan. Y, probablemente, no despiertan una afición juvenil exagerada.

Frente a este panorama algo desolador de la ausencia de marcos de referencia para guía y estímulo de los jóvenes, la familia y los amigos aparecen sobresalientemente calificados como fuentes de inspiración y foros donde se escuchan las «cosas importantes» sobre la vida y el mundo. Las secuencias temporales construidas por los informes sobre los jóvenes españoles desde 1989 permiten confirmar esta afirmación: se mantiene la familia como fuente más citada, después de su asombroso ascenso de 1989 a 1994, tiende al alza de forma acelerada el grupo de amigos, se mantienen en un tercer puesto no disputado los MCM, conservan algo de su pasada influencia la escuela y los libros, desciende hacia la influencia cero la Iglesia, y han desaparecido los partidos políticos como foro donde se reciben las grandes influencias. En 2005 aparecen dos nuevos «foros», la calle, probablemente asociada con «el grupo de amigos», lo que no hace más que confirmar la creciente importancia de este «foro», que puede llegar a convertirse en una instancia totalizante, e Internet, que probablemente inicia en estos años su lento e irresistible ascenso como foco de lo que se han llamado anteriormente «grandes influencias». Véase la tabla 5:

Tabla 5

Dónde se dicen las cosas más importantes sobre la vida y la interpretación del mundo (jóvenes españoles, 1989-2005)

1989 1994 1999 2005

En casa, en la familia 23 51 53 50

Entre los amigos 31 35 47 39

En los medios de

comunicación de masas 34 31 34 37

En los centros de enseñanza 14 21 24 21

En los libros 28 20 22 21

En la Iglesia 16 4 32

En los partidos políticos 16 4 – – En la calle – – – 17

En Internet – – – 5

Fuente: *Jóvenes españoles 1999*, Fundación Santa María, Madrid 1999, p. 320.

Para 2005: Tablas del Informe *Jóvenes españoles 2005*, Fundación Santa María.

Si la gran cultura –cosmovisiones, valores, modelos de vida, normas supremas, sentido del bien y del mal, pautas de convivencia, etc.– encuentra cada día más obstáculos para ser transmitida a las jóvenes generaciones, bien sea por fallos de la socialización y por el mutismo o silencio de los tradicionales «grandes transmisores», en especial la escuela y la Iglesia, bien, simple y crudamente, porque en la posmodernidad no hay gran cultura sino relatos» fragmentados, flotantes y a menudo contrapuestos, y un gran relativismo y escepticismo ambiente, no debe extrañar que la llamada subcultura o cultura juvenil haya ido captando a los jóvenes, del mundo occidental sobre todo, de una forma envolvente e irresistible. Dos cuestiones previas llaman aquí la atención de los especialistas:

Primera: ¿se puede hablar realmente de cultura o subcultura juvenil, o ésta no es más que un gran pastiche, con fines publicitarios o mercantiles, o de fácil halago a los jóvenes, ya que las diferencias entre las ideas, estilos de vida y comportamientos habituales de los jóvenes apenas difieren de los de los adultos?

Segunda: esa cultura juvenil ¿no será en el fondo sino la versión juvenil de la denominada *macdonalización* o *cultura mac*, dominante en el mundo occidental?

Existe realmente una *subcultura juvenil*, no una cultura en sentido pleno, aunque sus diferencias con determinados parámetros fundamentales de la cultura general o «cultura anfitriona» no sean excesivas. La subcultura tiene unas características sociológicas que la convierten en el artefacto ideal para expresar lo que tiene de característica la forma de pensar, vivir y actuar de la mayoría de los jóvenes en el contexto social de la sociedad posmoderna. Se verá mejor este complejo de semejanzas y diferencias, de «préstamos» culturales y de «originalidades» juveniles, en la siguiente exposición de los rasgos de la subcultura juvenil:

–«Toda subcultura» se define inicialmente como una respuesta o solución colectiva a problemas generados por el bloqueo de aspiraciones de un grupo en el seno de la gran sociedad, o por la ambigüedad de su posición social en ella.

– La subcultura así originada es distinta de la cultura general, pero toma prestados de ella símbolos, valores y creencias. A veces, incluso, los exagera, como ha sucedido en la juventud actual con el concepto de libertad de expresión, a la que muchos jóvenes han incorporado la *transgresión*, fáctica o simbólica, herencia celosamente conservada de la contracultura juvenil de los sesenta.

– Siguiendo de lejos una idea de Cohen sobre la subcultura delincuente, puede decirse que la subcultura juvenil se alimenta de los problemas de la frustración de estatus. Cohen inscribió esta frustración en el marco de las aspiraciones de los jóvenes de clase obrera, a los que se inculcó en la escuela los valores y expectativas socioeconómicas de la clase media, mientras que sus posibilidades reales y sus recursos estaban limitados por la estructura de oportunidades de la clase obrera. Pero en la juventud actual este contexto limitado ha saltado por los aires. Ya no son sólo los hijos de los obreros los que experimentan una frustración de sus aspiraciones. Son los jóvenes,

en general, la gran mayoría, los que ven frustradas sus aspiraciones de éxito socioeconómico en una sociedad que los enfrenta con la gran contradicción: la estructura socioeconómica les obliga a competir y luchar duramente para triunfar –buen empleo, buenos dineros, buen futuro profesional, éxito y prestigio– y al mismo tiempo la cultura general posmoderna, con su desprecio por los valores de la fortaleza, la austeridad y el sacrificio, les incapacita para esa lucha sin cuartel a que están obligados si quieren triunfar.

El apotegma del león y la gacela, propuesto ritualmente a los alumnos de una famosa escuela española de negocios, ilustra perfectamente la necesidad imperiosa de esta «lucha sin cuartel», de esta «carrera a muerte».

EL APOTEGMA DEL LEÓN Y LA GACELA

El león se despierta todas las mañanas sabiendo que si quiere comer tiene que alcanzar a la gacela. La gacela se despierta todas las mañanas sabiendo que si quiere sobrevivir tiene que ser más veloz que el león. Seas león o gacela, desde que te despiertas sabes que tienes que correr más velozmente que el otro, si quieres sobrevivir.

– Ante la falta de oportunidades legítimas, los miembros de la subcultura –jóvenes de clase obrera o jóvenes de toda «nación, raza y lengua»– comprenden que su estatus sólo puede ser alcanzado en una subcultura de valores expresivos, no utilitarios, hedonistas y de oposición a la cultura dominante.

– La subcultura juvenil, más allá de sus referencias a la cultura de la clase obrera o de los sectores delincuentes, se va a caracterizar por un cierto talante bohemio (los «bobos» actuales = *bohemian*+*bourgeois*), por ser el escenario de la resistencia cultural contra la cultura dominante mediante «ritos de resistencia», y por la importancia atribuida al estilo.

– La subcultura puede también nacer como forma de resistencia simbólica en el interior de instituciones sociales –la cárcel o la escuela– o como una red de redes que proporciona medios para afirmar el sentido de diferencia, como sucede con los homosexuales.

– La subcultura se convierte en contracultura cuando se emplaza en oposición directa a la cultura dominante de la sociedad a la que pertenece, rechazando sus valores y normas más importantes, y haciendo propios los opuestos. La cultura *hippy* de los sesenta es el caso paradigmático.

El intercambio jóvenes-sociedad en el plano cultural se proyecta hoy en la contraposición entre la cultura «general» y la subcultura juvenil, y los préstamos que recíprocamente se hacen la una a la otra.

Se dibuja así el perfil de una juventud un tanto solitaria –muchos conocidos, pocos amigos de verdad– y orientada a sí misma, plural en una sociedad plural, narcisista y algo autista social, poco vertebrada y culturalmente perpleja, buscadores individuales con escasa fe y reducido entusiasmo, y, en buena parte, producto lógico del mundo cultural que domina en la actualidad. Los jóvenes españoles y latinoamericanos, como se ha dicho, encuentran en la familia, en los amigos y en los MCM sus referencias más influyentes para la orientación de sus ideas, de sus visiones del mundo y de sus

actividades cotidianas. Algo menos en los libros, muy poco en la Iglesia, y nada o prácticamente nada en la política. No parece haber proyectos políticos sugerentes y atractivos –a pesar de la sobreabundancia de desafíos pendientes: desigualdad social, pobreza, racismo, inmigración, destrucción del medio ambiente...– que sirvan a los jóvenes como fuentes de ideas clave y de inspiración. La mayor parte de los jóvenes están inmersos en la cultura posmoderna de instalarse, como algo perfectamente normal, que se da por supuesto, en lo efímero, lo consumista y lo lúdico.

La subcultura juvenil, tal como aparece en investigaciones españolas y latinoamericanas sobre el tema, arranca de la gran contradicción entre la estructura socioeconómica y la cultura posmoderna, problema vital ya examinado, y se despliega en cuatro direcciones fundamentales: la flexibilidad normativa, el deseo como fuente de derecho, la permisividad, y el culto a la diferencia.

– La *flexibilidad normativa* frente a la obligación propia, la responsabilidad personal frente al deber impuesto por la ley o por la autoridad, la autonomía frente a las normas y las sanciones. Así, plazca o no plazca a los mayores, piensa y actúa hoy el mundo juvenil, seducido por un tipo de identidad basada en el cambio y en la adaptación al versátil entorno cultural, y enamorada de la circunstancia, de la polivalencia e incluso del reciclaje. Los jóvenes viven intensamente una ética situacionista y subjetivista, desde la cual, para empezar, la distinción entre el bien y el mal es perfectamente borrosa, y la gran mayoría está de acuerdo en que no hay líneas directrices absolutamente claras entre el uno y el otro, y de que lo malo y lo bueno dependen completamente de las circunstancias del momento. Aceptar normas que vienen de fuera cuesta un trabajo inmenso, la heteronomía es la norma suprema, «mis» normas proceden de «mi experiencia» y mis deseos, en todo caso de los que «son como yo», mis amigos, que ya se vio, son tan valorados como fuente de las grandes influencias.

– El *deseo personal como fuente de derecho*: «Deseo, luego tengo derecho», es el nuevo imperativo categórico de los jóvenes actuales, habitualmente sin el necesario correlato de deberes personales. Yankelovitch lo resumió en el silogismo del *entitlement*: «Veo algo en mi entorno inmediato que me atrae, lo deseo vivamente, me pregunto por qué no puede ser mío, luego tengo derecho a ello.» El *entitlement* está en la base del consumismo desaforado de muchos jóvenes en los países más prósperos, y explica muchos conflictos de los jóvenes contra los que teóricamente tendrían que satisfacer ese «derecho»²⁶. Rota en muchas familias la vieja asimetría que sometía totalmente a los hijos, éstos exigen «cosas» que sus padres no tuvieron de pequeños y sinceramente quieren que sus hijos tengan y disfruten.

– La *permisividad y tolerancia* es una nota destacada de los jóvenes en su vida personal y en sus relaciones con los otros. La permisividad se entiende hoy en los estudios sociológicos como la tendencia a jus

²⁶ Es significativo en las noticias de prensa el empleo abusivo del término «exigir» cuando se informa sobre las demandas de todo tipo de bienes y de servicios –polideportivos, zonas verdes, hospitales, guarderías, subvenciones para tal o cual activi

tificar y legitimar, incluso a aplaudir, comportamientos que en un pasado muy cercano eran considerados como pecado por los teólogos, como delitos por los hombres

del derecho, y por los sociólogos como actos desviados de la norma mayoritariamente consensuada. La permisividad es el fruto maduro y lógico de la explosión de los derechos humanos que ha caracterizado a la sociedad en los últimos años. Una «explosión moralista» que, acompañada por el relativismo cultural y la característica tolerancia de la mayor parte de los países occidentales, ha cuajado en un confortable clima de permisividad, con el que se enfrentan diariamente las autoridades, los padres y los educadores. La revolución contracultural de los sesenta, piensa Caplow, al deslegitimar a las instituciones y a las autoridades –del Estado, Iglesia, enseñanza, familia, etc.–, ha creado en el mundo occidental vastos espacios de comportamiento en los que el individuo puede moverse a sus anchas sin tabúes, carteles de «se prohíbe» y cuadros de sanciones. En el trasfondo, el rechazo de todo tipo de represión institucional, entendida como fuente de todos los males psíquicos y sociales que padecen los individuos.

LA PERMISIVIDAD TIENE DOS CARAS

La permisividad, al menos en España y en la mayoría de los países europeos, padece una extraña enfermedad: es más bien baja, estricta, en relación con comportamientos de menor gravedad, como la correcta disposición de la basura doméstica o el uso de un automóvil ajeno (no el robo), en tanto que alcanzan cotas muy altas conductas de más que dudosa moralidad, como el aborto, el adulterio, la prostitución o la eutanasia.

Los jóvenes son los más afectados por esta epidemia.

dad, espacios de aparcamiento, paradas de bus...– que los vecinos, jóvenes o mayores, las asociaciones, los sindicatos, los habitantes del municipio Z o los trabajadores de la empresa X presentan rutinariamente a la Administración local o central o al mismo Gobierno. No se limitan a «pedir», «solicitar», «rogar», «demandar»..., sino que *exigen*, porque supuestamente tienen todo el derecho del mundo, que les es injustamente negado.

– El *culto a la diferencia* impregna todos los espacios de la subcultura juvenil. Los jóvenes hoy –hay excepciones, sobre todo en las filas de grupos radicales y fanáticos, tanto política como cultural y religiosamente– beatifican el derecho a ser diferente, no sólo el «otro» con su ideología, sexualidad, comportamiento o estilo, sino los grupos sociales, los pueblos y las culturas. No hay minusválidos físicos, psíquicos o morales, sólo «variantes». Los jóvenes han interiorizado perfectamente este código, con las excepciones señaladas. Una creencia alimenta este culto: todos los productos naturales o culturales –ideas, individuos, estilos, civilizaciones o religiones– son igualmente valiosos. «Un par de botas, siempre que lleven la firma de un gran diseñador, valen tanto como una tragedia de Shakespeare», afirmaba Finkelkraut²⁷. Los jóvenes aceptan todo tipo de identidad, todo tipo de conducta, incluso las de los que hasta hace poco tiempo podían ser consideradas aberrantes, odiosas, rechazables: prostitutas, ex presos, gente con sida, homosexuales, *okupas*... Suelen los jóvenes hacer una excepción con los drogadictos, los neonazis, los cabezas rapadas, sobre todo cuando asusta su proximidad, es decir, cuando podrían formar parte de sus círculos íntimos: familia, *peer group*, lugar de estudio o de trabajo, etc.

4. Un protagonismo simbólico: el estilo de vida juvenil

El rostro risueño, escandaloso, vociferante, de la subcultura juvenil, el que le ha dado popularidad y aumentado el protagonismo de los jóvenes, ha sido el *estilo de vida* que,

como un tsunami gigantesco, ha inundado las calles, plazas, lugares de fiesta y diversión, viviendas familiares y habitaciones de jóvenes y adolescentes, y un sinfín más de espacios sociales, sin olvidar el mismo cuerpo juvenil y su indumentaria o escasez de ella.

Un estilo de vida significa, de entrada, las formas alternativas de vivir que se transparentan sobre to

²⁷A. Finkelkraut, *La derrota del pensamiento*, Anagrama, Barcelona 1987, pp. 115-117.

do a través de sus actividades de la vida cotidiana, del consumo y del ocio (Simmel). Tarde introdujo una precisión necesaria: se trata de las actividades de la gente cuando está libre de las restricciones del trabajo y puede establecer relaciones sociales y hacer algo con sentido en sus vidas. Aparece como el resultado global del sistema de valores y actitudes de un individuo. Weber lo presentó como la forma privilegiada de expresar el estatus o posición social de los miembros de un grupo. Veblen, en su reflexión sobre el «consumo ostentoso», completó la idea de Weber: el estilo de vida –consumo ostentoso y actividades expresivas– forma parte de un esfuerzo consciente para expresar la posición social. El concepto se popularizó a partir de los años sesenta gracias a los estudios comerciales que aplican escalas psicográficas en las encuestas, identifican los valores de la gente y elaboran tipos sociales, conformando así una descripción global de la sociedad. Bourdieu llegó a construir un campo de estilos de vida por el que optan los individuos según su ubicación en un espacio social y de acuerdo con sus *habitus* o conjunto de pautas de pensamiento, acción y gustos adquiridos por el individuo en el juego o interacción social ²⁸.

El estilo de vida de los jóvenes ha adquirido una cierta importancia como instrumento para profundizar en su forma de ser, sobre todo a raíz de dos fenómenos que han influido profundamente en la vida juvenil ²⁹. El primero, el proceso de individualización social, que parte de una constatación que nadie discute: la vida social está sometida hoy a un cambio rápido y radical. Los jóvenes ya no siguen los pasos de sus padres, sino que se encuentran más libres para escoger la vida que quieren y así crear sus propios estilos de vida. El segundo fenómeno ha sido la aparición de una *nueva clase media*, formada por jóvenes mayores con buena formación y empleados en el sector profesional o de servicios: publicidad, MCM, ocio, turismo... Estos jóvenes tienden a ser urbanos y fuertemente orientados al consumo y a la diversión. En su momento, esta nueva clase media estuvo bien representada por los llamados *yuppies*. Para los jóvenes, en general, pero muy en especial para los que se encuentran aún en un período de formación preuniversitaria o universitaria, se han convertido en muchos casos en grupos de referencia privilegiado.

²⁸ El *habitus* es un concepto nuevo cuya originalidad consiste, según su creador, Bourdieu, en que sirve de vínculo entre la acción social y las estructuras sociales.

²⁹ B. Reimer, «Youth and modern lifestyles», en J. Fornäs y G. Bolin, *Youth Culture in Late Modernity*, Sage, Londres 1995, pp. 120-123.

Los estilos de vida juveniles están estrechamente relacionados con su forma de vivir el tiempo libre, el ocio, siguiendo la idea clave de Tarde sobre la ausencia de

restricciones laborales –o estudiantiles– en la formación y vivencia de un estilo de vida propio. El ocio se convierte así en el espacio y el tiempo más libre y más informal, tiempo sin control, autónomo, donde el joven dicta sus propias normas, no admite las de los mayores y puede así expresarse con toda espontaneidad.

El estilo de vida juvenil, desde los presupuestos culturales y sociales conocidos – individualización, permisividad sexual, influencia de la industria cultural juvenil, familia más democrática, menos autoritaria, presupuesto más elevado a disposición de los jóvenes, autonomía juvenil y debilitamiento de los controles externos en los espacios urbanos–, se caracteriza por una extrema homogeneización, hasta el punto de que se ha dicho con justicia que es el ocio lo que hoy une a los jóvenes. Sobre todo, el ocio orientado al placer, no tanto el ocio cultural. Además de la homogeneización y uniformidad, sólo alterada débilmente por el género y la pertenencia a la clase trabajadora o la clase profesional y funcionarial de los padres, tienen una relevancia notable los siguientes rasgos:

- Ha desaparecido prácticamente el ocio en familia, al menos desde los inicios de la adolescencia. El estilo de vida juvenil es extrafamiliar en un grado extremo. El grupo de amigos ha impuesto su ley. Los adolescentes y jóvenes se divierten solos, en casa, con su videoconsola, su televisor propio, su ordenador o su música enlatada, o se divierten fuera de casa con los amigos.

- El placer en sus diversas formas orienta la mayor parte del tiempo libre juvenil, desde el erotismo puro y duro hasta la gratificación y el disfrute del cuerpo, de su belleza, de su fuerza y vigor, de sus sentidos.

- Muy concorde con el síndrome del narcisismo, destaca en el «planeta» juvenil «la infinita complicación del rito del regalo». Los regalos más apetecibles son los que favorecen la comunicación con los demás y la presentación del yo en la vida cotidiana: ropas, músicas, viajes, bebidas, cosmética, drogas... (Amando de Miguel).

- La omnímoda presencia de la música en todas las actividades y diversiones juveniles, y no sólo en las diversiones, sino en la vida más reglada, siempre que «el tiempo lo permita».

- El debilitamiento del ocio «cultural», que, aunque no desaparecido, palidece frente al ocio «relacional», el ocio «amical» o el ocio de la «marcha», de la pura diversión.

- Debilitamiento igualmente del ocio deportivo, sobre todo en las mujeres, aunque esta especificación no constituye ninguna novedad.

- Ascenso lento pero seguro de la «ludomanía», no tanto las tradicionales partidas de cartas o juegos similares, sino las facilitadas por las nuevas tecnologías: las videoconsolas, los juegos de ordenador, etc.

Cierra este catálogo el síndrome de la opulencia y la irresponsabilidad, fruto del ambiente en que los adolescentes y jóvenes están siendo educados hoy, y amenaza de futuro cuando tengan que enfrentarse con las duras leyes del mundo del mercado laboral y del empleo.

5. ¿Una juventud feliz?

Todos los datos nacionales e internacionales coinciden en que los jóvenes españoles

son los más felices de Europa y que los jóvenes latinoamericanos son tanto o más felices que los españoles. De ahí el título de este apartado. Los problemas con los que se enfrentan hoy los jóvenes son serios, sus limitaciones y cortapisas también, las «trampas» que les tiende la sociedad adulta, muy en especial el sector explotador de esa sociedad, son malignas –trabajos «forzados», drogas, prostitución, guerrillas...– e incluso, a veces, letales, pero el conjunto de los jóvenes se declara feliz...

Nadie duda de que el nivel de desarrollo social y económico y la prosperidad material ejercen una influencia decisiva sobre la felicidad, tanto objetiva como subjetiva, de las sociedades. Desde esta premisa, las diferencias en la felicidad declarada de los jóvenes españoles y latinoamericanos pueden ser muy notables y los contrastes muy duros. Pero las cosas no están tan claras. La exaltación del lucro y la competitividad, rasgo típico de las sociedades dionisiacas, frente al cultivo de una felicidad tranquila y estable, característica de las sociedades apolíneas (Ruth Benedict), pone grandes trabas a la consecución de la felicidad. Este contraste u oposición se ha traducido hoy, en diferentes términos, en la ambigua relación entre el desarrollo económico y el bienestar subjetivo o felicidad. Dos datos pueden servir de contraste:

Primero: los hallazgos de la Encuesta Mundial de Valores de 1991 descubrieron una relación directa entre el desarrollo económico y la felicidad en los países occidentales. En el mundo «feliz», los países nórdicos, centroeuropeos, Estados Unidos y Canadá, y a una pequeña distancia, España, Japón y las dos Irlandas. En el mundo «desgraciado», caracterizado por bajo PIB y población más bien insatisfecha, los países ex comunistas de Europa, India y otros³⁰.

Segundo: pero en más de uno de los países del mundo «feliz» funciona el círculo infernal del hedonismo (Brickman y Campbell): a medida que el crecimiento económico hace crecer el nivel de renta, se acrecienta también paralelamente el de consumo y aún más el de la «necesidad» individual de consumir. La gente llega incluso a «percibir» que su renta personal es inferior a la realmente recibida.

Algunos científicos sociales³¹ sostienen la hipótesis de que ante la reconocida impotencia para solucionar sus problemas académicos, laborales y pecuniarios, los jóvenes han decidido excluirlos de la

³⁰ J. Díez Nicolás y R. Inglehart, *Tendencias mundiales de cambio en los valores sociales y políticos*, FUNDESCO, Madrid 1994, p. 96.

³¹ L. Rojas Marcos, «Jóvenes felices», en *El País*, 20 de octubre de 2005.

lista de factores que determinan su grado de felicidad. Es decir, *despreocuparse* de ellos. Además de esta «ceguera» voluntaria, otros factores decisivos de felicidad aparecen en el escenario juvenil español y latinoamericano:

FACTORES EXPLICATIVOS DEL ALTO NIVEL DE FELICIDAD JUVENIL

–Tolerancia de la sociedad adulta, permisiva y complaciente, ante los problemas de los jóvenes: emancipación tardía, fracasos académicos, desempleo.

– Abandono juvenil de las grandes metas y grandes ideales en función del postmaterialismo que caracteriza a la joven generación.

– Revalorización del ocio juvenil, potenciado por la poderosa industria del

entretenimiento, que hace la vida juvenil placentera y despreocupada.

– Presencia vigorizante de redes de amigos y conocidos, de compañeros y compañeras, de pandillas y de parejas, fuente de alegría y de ayuda.

– Alta cohesión familiar.

– Amplia oferta de cauces de voluntariado social, de expresión de la solidaridad, de proyectos humanitarios.

La gente tiende, en general, a considerarse feliz porque suele responder a las impertinentes cuestiones sobre la felicidad personal desde la perspectiva del balance total de sus vidas. Respuestas diferentes se obtienen cuando se les interroga sobre cómo se sienten felices *ahora o en las últimas semanas*. En este caso, el problema de los achaques de la edad, la soledad y la falta de perspectivas da ventaja evidente a los jóvenes. Los estudios de Putnam han mostrado que el nivel de satisfacción vital y felicidad personal está estrechamente relacionado con el factor que Durkheim hubiera denominado «densidad moral» y Putnam entiende por «capital social»: implicación personal en actividades sociales y cívicas intensas, relaciones sociales y familiares, orientación y ayuda de las redes de amigos y conocidos, etc. Los jóvenes poseen este capital social en abundancia. De ahí, aparte de la influencia de su plenitud biológica, el mayor nivel de felicidad declarada de los jóvenes.

No puede descartarse otra hipótesis explicativa del elevado nivel de felicidad de los jóvenes: el amplio margen de libertad de que disfrutan, libertad de elección o, mejor dicho, libertades entendidas como oportunidades o posibilidades reales de elección, como derechos o *entitlements*, a las que en principio corresponde la existencia de ofertas reales de la sociedad ³².

Los jóvenes atribuyen su felicidad a diversos factores. Un estudio de 1987 dirigido por Carlos Malo de Molina halló que los jóvenes españoles ordenaban las razones para ser feliz de una forma bastante convencional: la salud en primer lugar, sobre todo por parte de las mujeres; el afecto y el amor, en segundo lugar, con predominio, de nuevo, de las chicas; los buenos amigos, sin distinción apreciable entre ellos y ellas; el trabajo, también bien equiparado entre hombres y mujeres; las «aventuras emocionantes», bastante más señaladas por los chicos, y, muy distantes ya en las preferencias de los jóvenes, el prestigio y «una vida moral».

En la ribera opuesta, las causas de infelicidad tienen mucho que ver con la insatisfacción de sus deseos. El Informe de los Jóvenes españoles de 2004 del INJUVE halló que los jóvenes lamentan, sobre todo, el no poder viajar, el no tener acceso a una vivienda propia y el no tener un coche o una moto. Curiosamente pocos echan de menos la independencia. Quizás porque la que tienen les satisface plenamente.

Los niveles de felicidad evolucionan por lo general al compás de la edad, que va robando, lenta pero seguramente, perspectivas, familiares, amigos y tareas satisfactorias. Un estudio del CIS de comienzos de siglo confirma esta tendencia (véase la tabla 6).

Un factor fundamental de la felicidad es, sin duda alguna, la percepción social de libertad, seguridad y justicia. Las diferencias de país a país en este terreno son muy notables en el ámbito latinoamericano, pero no parecen influir de forma demasiado

significativa en la expresión personal de felicidad, salvo en el caso de los jóvenes de Bolivia, Perú, Ecuador y de los países centroamericanos, con alguna excepción, como Guatemala y, sobre todo, Costa Rica.

Los datos son muy positivos: la mayoría de los jóvenes españoles, el 72%, y americanos, el 64%, se sienten «muy felices» o «bastante felices». Sólo uno de cada 5 adolescentes iberoamericanos se reconoce «poco feliz». Y «nada feliz» es una respuesta que sólo una minoría, el 6% de los latinoamericanos y el 4% de los españoles, acepta como propia. Según el grado de felicidad declarado esté por encima o por debajo de la media de jóvenes que se declaran «muy» o «bastante felices», el 65%, los países se podrían distribuir convencionalmente en dos grupos ³³:

Tabla 6

Grado de felicidad de los españoles según edad

Grado de felicidad Total 18-24 25-34 35-44 45-54 55-64 65 y más

Muy y bastante feliz 74,6 76,7 81,5 75,8 74,9 67,9 68,4 Ni feliz ni desgraciado 23,7 23,3 17,4 21,8 22,4 30,5 28,7 Bastante y muy desgraciado 1,4 -0,2 1,3 1,4 0,9 0,2

Fuente: M. J. Campo Ladero, *Relaciones interpersonales: Valores y actitudes de los españoles en el nuevo milenio*, CIS, Madrid 2003, p. 19.

³² R. Dahrendorf, *En busca de un nuevo orden. Una política de libertad para el siglo XXI*, Paidós, Barcelona 2005, pp. 16-19. ³³T. Calvo Buezas, *Valores en los jóvenes españoles, portugueses y latinoamericanos*, Ediciones Libertarias, Madrid 1997,

Por encima de la media Por debajo de la media

Costa Rica Uruguay

Paraguay Portugal

Argentina España

México

Chile

Panamá

Guatemala 75% Brasil 64% 74% Colombia 63% 73% Venezuela 62% 73% Rep. Dominicana 62% 72% Honduras 61% 72% El Salvador 60% 72% Nicaragua 56% 71% Ecuador 54% 68% Perú 43% 67% Bolivia 38%

El alto nivel de felicidad confesado por los jóvenes no es un dato más para el florilegio en que suelen consistir las arengas de los políticos y de los hombres de Iglesia cuando hablan de los jóvenes o a los jóvenes y la promesa de futuro que representan. Con palabras de Rojas Marcos: «Los altos grados de felicidad y esperanza de los jóvenes [...], además de reflejar un buen presente, son los indicadores más seguros y fiables a la hora de pronosticar el buen futuro. La razón es que los ciudadanos que se sienten razonablemente satisfechos y optimistas confían en su capacidad y competencia, resisten con firmeza las adversidades, apuestan por el progreso y eligen como mejor negocio el bien común.»

Un trabajo reciente de Javier Elzo ³⁴, elaborado minuciosamente sobre los datos de los numerosos informes sobre la juventud realizados en España en la última década, ha

explorado los factores que influyen directa o indirectamente sobre la felicidad de los jóvenes. Los resultados más relevantes pueden sintetizarse así:

p. 258. La muestra estaba formada por 43.816 escolares de todos los países latinoamericanos, incluido Puerto Rico, y de España y Portugal, concentrados en una mayoría de 14 a 19 años, el 73%, una minoría de mayores de 19 años, el 4,5%, y el resto, el 22%, del grupo etáneo de 13 y 14 años.

³⁴J. Elzo, *Los jóvenes y la felicidad*, PPC, Madrid 2006, pp. 207-214.

–Las mujeres, las chicas, se muestran más felices que los chicos, quizás porque están más insertas socialmente, son más solidarias, se perciben viento en popa en los estudios y en la autoestima personal, y la feminidad es un valor en alza.

– La justificación y la permisividad ante lo moralmente incorrecto o condenable en el terreno de la ética económica y cívica –violencia, terrorismo, vandalismo callejero, fraude en los impuestos, no pagar en los transportes públicos, etc.– se correlaciona negativamente con la felicidad subjetiva.

– Pero no sucede así con la permisividad ante otros comportamientos relacionados con la biopolítica: el aborto, el divorcio y la eutanasia. Aceptarlos no resta un ápice al sentimiento de felicidad. Con otras palabras: la presunta inmoralidad de estas actitudes no hace a sus partidarios menos felices.

– No hay relación entre política y felicidad: se sitúan al parecer en planos totalmente distintos.

– Con la religión el asunto es más complejo. No se puede decir, sin más, que la religiosidad personal aumente la felicidad. La «catolicidad» o fidelidad a los ritos y normas de la Iglesia católica no parece influir en el nivel de felicidad personal. Sí influye positivamente, en cambio, la apertura a la trascendencia y una reflexión personal seria sobre la cuestión religiosa, como la de no pocos agnósticos y ateos. Los menos felices serían, desde esta hipótesis, los no creyentes en Dios, junto con los indiferentes y los católicos no practicantes, los puramente nominales.

Anexo:

Bailando con números

A lo largo de las páginas de esta parte del libro sobre el perfil sociodemográfico de la juventud española y latinoamericana se han confirmado o ilustrado con datos procedentes de censos, estudios e informes, algunos de los puntos más relevantes y que mejor se adecuaban al tratamiento estadístico. En este anexo al capítulo se pueden leer tablas y cuadros más completos sobre la situación sociodemográfica de la juventud.

Tabla 7

Evolución proyectiva del grupo juvenil (15 a 34 años) en Latinoamérica

Países 1990 2000 2010 2020

Argentina 33 32 33 31

Bolivia 34 34 35 36

Brasil 36 36 34 31

Chile 30 32 32 30

Colombia 36 36 34 32

Costa Rica 36 35 36 33

Cuba 23 33 27 25

Ecuador 40 36 35 34
 El Salvador 41 37 36 34
 Guatemala 32 33 35 36
 Honduras 45 35 37 37
 México 39 37 35 32
 Nicaragua 47 36 38 31
 Panamá 35 36 33 32
 Paraguay 42 34 35 32
 Perú 38 36 36 34
 Puerto Rico 32 32 Rep. Dominicana 37 36 Uruguay 30 30 Venezuela 36 35

*América Latina
 y el Caribe 36 36*
 30 28

35 32
 30 29
 35 33
 34 32

Fuente: ECLAC, Statistical Yearbook for Latin America and the Caribbean, 2005.

El grupo juvenil, algo extendido en la tabla 7, pues abarca desde los 15 a los 34 años, representa en torno a un tercio de la población total de los países latinoamericanos e hispanos del Caribe, lo que apunta al vigor demográfico de estas naciones. Pero las diferencias entre los países son muy notables. Las menores proporciones de jóvenes corresponden a países que ya han realizado la transición demográfica y que, en general, se encuentran en un grado superior de desarrollo económico y social: Chile, Argentina, Uruguay y Puerto Rico en cabeza. El caso de Cuba es un reflejo de la peculiar situación social y económica del país, y el ligero contraste de Guatemala, en comparación con el resto de los países centroamericanos, puede ser una secuela de la guerra civil de más de 30 años.

Hay que señalar, finalmente, que las proyecciones hasta el año 2020 sugieren un cierto descenso del peso del grupo juvenil en el total de la población.

Tabla 8

Participación de jóvenes de 15 a 24 años en la actividad económica en Latinoamérica, en 2004

Países Hombres Mujeres

Argentina (zonas urbanas) 61 45
 Bolivia 51 39
 Brasil 78 48
 Chile 40 31
 Colombia 61 51
 Costa Rica 59 35
 Ecuador 50 44
 El Salvador 55 36

Guatemala 71 42
 Honduras 63 40
 México 61 37
 Nicaragua (2001) 72 40
 Panamá 60 39
 Paraguay 67 51
 Perú (2003) 56 45
 Rep. Dominicana 64 49
 Uruguay 61 44
 Venezuela 65 42

La tabla 8 describe la incorporación de los jóvenes de 15 a 24 años al mercado laboral. En teoría, y como ocurre en los países más desarrollados económica y socialmente, estos jóvenes podrían estar asistiendo ya a cursos de enseñanza superior, bien en las diversas modalidades de la formación profesional y técnica, bien en la universidad.

Esta precisión puede ayudar a leer esta tabla con el adecuado rigor: mientras menores son los porcentajes de participación en el mercado laboral, mayor puede ser la proporción de jóvenes que, cursados los estudios de nivel primario y secundario, continúan aún en el sistema de enseñanza.

La comparación entre los porcentajes de incorporados al mercado laboral en Chile y los jóvenes correspondientes a Nicaragua, Guatemala y Paraguay ilustra perfectamente el principio asentado en el párrafo anterior.

No debe olvidarse que, en determinadas ocasiones, estos jóvenes que no «participan» en ninguna actividad económica, se pueden encontrar en situación de paro y, por lo tanto, fuera del sistema de enseñanza y, al mismo tiempo, estar fuera del mercado laboral. Puede ser la situación de los «desertores» de la escuela o de los que, concluidos sus estudios, no encuentran un empleo.

La tabla 9 es un buen complemento de la anterior. presenta las tasas de desempleo juvenil (15 a 24 años) y su evolución entre 1990 y 2000. A pesar de las deficiencias estadísticas y de la ausencia de algunos países, la tabla ofrece tres hallazgos destacados:

- La tasa de desempleo juvenil es alta, con diferencias notables entre los países, desde el 36% de Colombia, el 31% de Uruguay y el 29% de Panamá, hasta el 4,4% de México, el 7,3% de Honduras y el 8,5% de Bolivia.
- La evolución desde 1990 ha sido negativa, y los países más castigados han sido los que ya tenían tasas altas de desempleo.
- Las economías más desarrolladas –Chile, Argentina, Colombia, Uruguay...– son también las que adolecen de mayores tasas de desempleo, con la excepción de México.

Tabla 9

Tasa de desempleo juvenil de los jóvenes entre 15 y 24 años en países latinoamericanos, 1990-2000

Países 1990 2000

Argentina (Gran Buenos Aires) 13,0 25,9

Bolivia 4,5 5,5
 Brasil 6,7 18,3
 Chile 13,1 19,8
 Colombia (7 ciudades principales) 27,1 36,3
 Costa Rica 8,3 11,0
 Ecuador 13,5 13,5
 El Salvador 4,7 12,8
 Honduras 10,1 7,3
 México 5,4 4,4
 Nicaragua 11,1 9,1
 Panamá 30,9 29,0
 Paraguay 15,7 11,9
 Perú 15,8 13,6
 Puerto Rico 31,3 20,5
 Rep. Dominicana 34,0 23,1
 Uruguay 24,9 30,7
 Venezuela 19,4 24,3
América Latina y el Caribe 17,9 23,2

Fuente: ECLAC, Statistical Yearbook for Latin America and the Caribbean, 2005.

Lecturas recomendadas

ÁLVAREZ, R., AZOFRA, M^a J., y CUESTA, M., *Economía y juventud*, INJUVE, Madrid 1999.

CONDE GUTIÉRREZ DEL ÁLAMO, F., y CALLEJO GALLEGOS, J., *Juventud y consumo*, INJUVE, Madrid 1994.

ELZO, J., *Los jóvenes y la felicidad*, PPC, Madrid 2006. FALCÓN, E., *¿Cómo ven el mundo los jóvenes?*, Cuadernos de Cristianismo y Justicia, Barcelona 2001.

GARCÍA ESPEJO, M^a I., *Recursos formativos e inserción laboral de los jóvenes*, CIS, Madrid 1998, 158.

J UVENTUD RURAL, n° 48 de la *Revista de Estudios de la Juventud*, INJUVE, Madrid, marzo 2000.

PRIETO LACACI, R., *Asociacionismo juvenil*, INJUVE, Madrid 1992.

R UIZ DE OLABUENAGA, J. I. (dir.), *La juventud liberta. Género y estilos de vida de la juventud urbana española*, Fundación BBV, Bilbao 1998.

U NDIKS, A. (coord.), *Juventud urbana y exclusión social: las organizaciones de la juventud poblacional*, Editorial Humanitas, Buenos Aires 1990.

II La difícil identidad de la juventud

1. Pubertad, adolescencia y juventud

1.1. El juego de las ambigüedades

El concepto común y cotidiano de la «juventud» no plantea grandes dificultades, aunque los límites de edad no estén bien precisos. Se trata de un grupo que ha dejado ya la niñez, que no ha alcanzado todavía la posición de adulto, que estudia o está empezando a trabajar, que está despertando a la sexualidad o que la vive ya con mayor o menor plenitud, que dedica una parte considerable de su tiempo, más que las personas mayores, a divertirse de mil maneras, algunas bastante ruidosas, que ocupan las calles por la noche... Pero es tal su fuerza evocativa y axiológica que nuestra sociedad, especialmente cuando quiere alabar a alguien, dice que «es un *joven* político lleno de promesas», o un «*joven* investigador con gran futuro», o un *joven* empresario de gran talento»... de 40 años, o un cardenal «demasiado *joven*», a los 60 años, para ser elegido papa...

El concepto tiene contornos muy difusos, y no sólo en el plano de la edad. Se trata de un período de la vida en el que se entrecruzan las prohibiciones y permisos, lo que oscurece su perfil: se estipula legalmente el momento en el que es lícito hacer contratos y sacar el permiso de conducir, se legisla en los códigos civiles la edad para poder contraer matrimonio y para poder votar activa y pasivamente, se exige el permiso de los padres para que una adolescente acuda a una clínica abortista y reciba la píldora X o la Y, en algunos países se fija la edad exacta para realizar el servicio militar... Es decir, el proceso por el que la sociedad otorga al joven su pleno estatus de adulto es irregular y gradual, y no se alcanza hasta el último paso o trámite legal.

Esta indefinición cronológica y legal se complica aún más cuando intervienen dos ciencias como la biología y la psicología, que se preocupan por lo que sucede en el individuo cuando aparece la sexualidad y se hace apto para la reproducción. Se entrecruzan entonces con facilidad los rasgos biológicos con los psicológicos, y ambos con las precisiones, medidas y sanciones legales. Pubertad, adolescencia y juventud se disputan un territorio que al hombre de la calle le parece bastante bien deslindado. Aparecen, finalmente, la antropología y la historia, que introducen con autoridad el parámetro del «espacio» y del «tiempo» en la polémica.

La antropología nos describe detalladamente sociedades, comunidades y tribus del pasado –y del presente– en las que no existía la adolescencia, o era desconocido el período de la juventud, o se pasaba directamente de la niñez a la vida adulta a través de los ritos de iniciación y de pasaje.

La historia traza con mano maestra la evolución de la niñez y de la juventud –como han hecho, por ejemplo, Ariès y Mitterauer– y nos hace vivir épocas de la sociedad europea en las que el niño «era invisible», «desleído» en el mundo de los adultos, frente a otras en las que se convertía en un bien precioso e inestimable, sacralizado y «sentimentalizado»; la adolescencia glorificada por el atractivo de su belleza y

sexualidad incipientes, o denigrada por sus confusiones y contradicciones típicas; y la juventud, que durante siglos se confundía prácticamente con la edad adulta, porque se trabajaba en el mundo laboral desde que se tenían fuerzas para ello, incluso antes, y el matrimonio temprano, tempranísimo, estaba a la orden del día, y en la casa o granja de la gran familia patriarcal extensa convivían hasta tres generaciones.

El objetivo de este primer apartado es, precisamente, proponer algunas distinciones y algunos rasgos propios de la pubertad, adolescencia y juventud indispensables para distinguirlas en la medida de lo posible.

1.2. La pubertad, largo umbral de la adolescencia

El comienzo y el desarrollo de la pubertad están determinados biológicamente por la aparición y desarrollo de los caracteres sexuales primarios y secundarios. En torno al sexo se van a organizar casi todos los hechos afectivos y representativos que, más tarde, van a configurar la adolescencia. El término «sexualidad», precisa Galland, aparece en 1859 como característica de lo que es sexuado, pero sólo a fines del siglo XIX se inicia la «historia de la sexualidad», coincidiendo con el debilitamiento del «amor romántico», la construcción de una ciencia de la sexualidad y la aparición de un comportamiento amoroso nuevo en los jóvenes, el *flirt*, que pretendía, no siempre con éxito, conciliar la virginidad, el pudor y los imperativos del deseo. Como lo pretendió también el noviazgo, con mayores concesiones a los imperativos eróticos.

Un obstáculo bien conocido que impide una mayor precisión en las fechas de comienzo y de terminación está constituido por las diferencias entre ambos géneros y por la misma variación individual. Los datos sobre los momentos de aparición, desarrollo, aceleración y lograda maduración de los caracteres secundarios en chicos y chicas –vello púbico, desarrollo de senos, primera menstruación, crecimiento y aumento de la masa corporal, maduración genital, etc.– varían con cierta rapidez, por lo que quedan enseguida obsoletos. Allerbeck y Rosenmayr, por ejemplo, señalan que la fecha de la primera menstruación estaba fijada en 1850 en torno a los 16 años, se percibió un adelanto hacia 1920, y ya en los años setenta aparecía a los 13 años..., un adelanto de seis años en un siglo ¹.

Mitterauer completa estos datos con los cambios de las fechas de la primera menstruación en Alemania, Francia, Inglaterra y Suecia. Son llamativos, sobre todo, por el corto período en el que han tenido lugar ²:

- Alemania 1808 - 16,8 años 1981 - 12,5 años
- Francia 1830 - 15,3 años 1979 - 13,0 años
- Inglaterra 1832 - 15,7 años 1972 - 13,0 años
- Suecia 1844 - 16,2 años 1976 - 13,1 años

Un dato curioso del mismo trabajo de Mitterauer nos ilustra sobre otra característica sexual secundaria de gran importancia para el mundo de la música coral: el momento del cambio de voz. En la época de Haydn los chicos tenían que dejar los coros de niños, de gran importancia en las iglesias, capillas y palacios de aquella magnífica época musical, a los 18 años. En tiempos de Schubert los «despedían» del coro a los 16; cuando Bruckner, a los 15; actualmente, a los 13 o 14.

¹ K. Allerbeck y L. Rosenmayr, *Introducción a la sociología de la juventud*, Kapelusz, Buenos Aires 1979, pp. 20-38.

² M. Mitterauer, *A History of Youth*, Blackwell, Oxford 1993, pp. 1-34.

Intervienen también factores de clase social y factores socio-médicos, como la alimentación, la higiene, el ejercicio físico, aún poco estudiados. Parece también ejercer cierta influencia en la maduración física el comienzo de contactos activos entre niños y niñas en la escuela y en el juego, pero no puede establecerse un nexo causal entre la maduración física y el adelanto en las relaciones entre chicos y chicas. Lo que sí parece indudable es la presencia de un conflicto típico de la sociedad industrial: por una parte se anticipa la madurez física del individuo debido a la acción de determinados factores sociales –medicalización de la sociedad, práctica del ejercicio físico y de deporte, mayor higiene, mejor alimentación...– y, por otra, esa misma sociedad exige la prolongación de los años de formación y aprendizaje, lo que en cierta medida dificulta un tipo de vida –autonomía, matrimonio, trabajo...– que la madurez física alcanzada propicia y, hasta cierto punto, exige.

La ciencia psicológica se ha interesado más por la pubertad que la sociología, que la suele fundir, o confundir, con la adolescencia. Los rasgos de la pubertad más destacados por la psicología son sobradamente conocidos, por lo que la lista del recuadro de la derecha pretende tan sólo recordarlos.

La sociología no va mucho más allá de estos análisis de su hermana la psicología. Giddens recuerda la llegada más tardía de los niños a la pubertad y el dato comprobado de la diferencia física entre varones y mujeres: los niños tienen un 10% más de tejido muscular que las niñas y una proporción más alta de fibra muscular, asociada con la resistencia física. Es posible que esta superioridad varonil se deba al ejercicio físico. A este respecto, y en aras de uno de los grandes temas de nuestra época, la igualdad entre los hombres y las mujeres, enfatiza Giddens que las diferencias biológicas que parecen predisponer a los hombres a trabajos más activos y más duros son mínimas. Así, la llamada «eficacia mecánica» (fuerza que el cuerpo puede producir por minuto para una unidad dada de consumo energético) es la misma en los hombres y en las mujeres³.

³ A. Giddens, *Sociología*, Alianza Universidad, Madrid 1989, pp. 191-192.

RASGOS DE LA PUBERTAD

1. Desarrollo de funciones genitales y aparición de características sexuales secundarias.

2. Fase de transición-estadio «genital», según Freud, que da al niño su forma corporal adulta.

3. Se afirman en su forma definitiva las pulsiones sexuales.

4. Es una fase muy importante para la formación de la afectividad adulta armónica.

5. Los trastornos endocrinos afectan al desarrollo físico e intelectual y producen con gran frecuencia humor inestable.

6. Aparecen las operaciones formales del pensamiento.

7. Destaca la actitud de «oposición», de llevar la contraria, como forma de «afirmar el yo vacilante», para la formación de la personalidad. En el niño la «oposición» se

dirige a los padres y hermanos; en el púber, a los padres, los hermanos, las ideas y, con frecuencia, a la sociedad en su conjunto.

8. Desde los 12 años, Freud *dixit*, vuelven a ocupar un lugar importante las emociones de origen sexual, adormecidas (estado de latencia) de los 6 a los 11 debido a que el niño va a la escuela y sus intereses se intelectualizan más.

La pubertad, se puede concluir, es una etapa de maduración sexual del niño, de una duración de entre tres y cuatro años, y que al coincidir cronológicamente con la primera adolescencia se puede considerar formando parte de la misma. Aunque los cambios que durante ella tienen lugar son primariamente biológicos, la influencia de los factores sociales no es desdeñable. Sucede también en otras etapas de la vida, como de forma muy visible últimamente en la vejez, modificada también de manera casi drástica por algunos cambios sociales que en algún aspecto coinciden con los que han afectado a la pubertad: las mayores expectativas de vida, las mejoras en la alimentación y en la higiene, la irrupción de la geriatría, la industria del ocio para la tercera edad», las universidades para mayores o «*seniores*», etc.

1.3. La adolescencia, tránsito difícil y turbulento

Debido en gran parte a la implantación y desarrollo de la escuela secundaria de masas, que desembocó en la creación del estatus de bachiller o de aprendiz, fue cobrando relieve en los países europeos y en Estados Unidos el estudio de la adolescencia como etapa separada de la juventud. El estudio de la adolescencia estuvo influido desde sus orígenes por Stanley Hall (1903), fundador de la psicología de la adolescencia, que entendió este período como una etapa de profundo cambio de la personalidad, rasgo central que la diferencia de los demás períodos, que se caracterizan más bien por un cambio en la posición social, un cambio de estatus, acompañado o no por transformaciones biológicas, como sucede en el tránsito a la tercera edad. Stanley Hall no aplicó este concepto a las chicas, a las que supuso marcadas por la estrechez de horizontes, menos capacidad de vincularse a objetos impersonales –ideas, doctrinas, sistemas, teorías, etc.– y depositarias recalcitrantes de algunos rasgos de la mentalidad infantil. El umbral de la adolescencia sería la pubertad, con su carga explosiva de sexualidad.

La visión tradicional de la adolescencia, que aún perdura en no pocos ambientes, debe mucho a la idea primordial de Stanley Hall sobre el alcance de los cambios de personalidad durante los primeros años de la adolescencia, que equivaldrían a un «segundo nacimiento», a una desaparición de los rasgos indeseables, adquiridos durante la infancia, y a la emergencia de una persona nueva, con rasgos más estimables y valiosos. Los nuevos rasgos se deberían a la maduración sexual, y la nueva fase del ciclo vital, una etapa de «tormenta y estrés», correspondería a un individuo errático, impredecible y emocionalmente inestable, debido a la rapidez e intensidad de los cambios ocurridos.

«HUMANISMO CAMPESINO AFRICANO»

«La sociedad africana tradicional era agraria, a pequeña escala, organizada en tribus y no a través de una identidad nacional. Los antepasados comunes unificaban la vida

social del poblado, y el pretérito asumido era un factor fundamental en la creación de una identidad social.

La sociedad local cuidaba de los jóvenes a través de sus diversas instituciones y personas [...] Los adultos eran “intercambiables”; cada persona mayor tenía el derecho a participar en la educación de los niños. Al mismo tiempo, el grupo de edad proporcionaba a los jóvenes una educación colectiva que consistía esencialmente en un aprendizaje para la independencia.

El trabajo confería rango social y, una vez concluido el aprendizaje de un oficio, los jóvenes iniciaban su vida “independiente” en la sociedad. La forma que adaptaba dicha independencia consistía en una especie de declaración social en la que se reconocía el papel del joven dentro de la comunidad. Pero la sociedad ni favorecía ni permitía una verdadera independencia [...]

El sistema de valores orientaba a los jóvenes en el papel social que debían desempeñar y establecía los deberes con la sociedad. Todos los jóvenes estaban disponibles, y sus servicios podían ser contratados de cualquier modo por cualquier adulto o grupo de adultos. El servicio público era para los jóvenes parte integrante de su vida.

Estos atributos –la costumbre de convivir con otros adultos, la disposición de ayudar, la identificación de uno mismo con sus antepasados, el compromiso con su oficio, la aceptación de los valores sociales y la conciencia de pertenencia y de identificación con el grupo– configuran un tipo social que Ly califica de «humanismo campesino» (Boubakar Ly, citado por Per Uno Frank, *Revista de Estudios de la Juventud*, nº 13, abril 1984).

La investigación empírica ha desautorizado estas hipótesis de Stanley Hall, «padre de los estudios de la infancia» en los Estados Unidos. Si «la tormenta y el estrés» fueran generados biológicamente, serían universales, se encontrarían signos de estas turbulencias en las adolescencias de todas las civilizaciones, lo que no es cierto. Son las condiciones económicas y sociales las responsables de las dificultades por las que tiene que atravesar el individuo en su tránsito de la infancia a la adolescencia. En las culturas primitivas y en las antiguas civilizaciones no se dieron esas condiciones, que han dificultado la creación de un «hogar», un lugar con significado para los adolescentes.

RASGOS «CLÁSICOS»

DEL ADOLESCENTE EN LA PSICOLOGÍA

– Sentimentalismo e idealismo.

– Intolerancia y dogmatismo en la defensa de las propias ideas, no en búsqueda de la verdad objetiva.

– Contradicción entre las aspiraciones y el itinerario de la vida real.

– Posible frustración social.

– Exceso anárquico de sentimientos, energía e idealismo en todos los dominios de la vida.

–Versatilidad de sus opiniones.

–Torbellino de emociones interiores.

- Obsesión por el sexo.
- Personalidad en ebullición.

La adolescencia es una edad muy peculiar ⁴. El arte y la literatura del siglo XIX hicieron de ella un uso marcadamente romántico, exaltando unas veces su vocación a la desesperación, otras su rebeldía frente al mundo, para cambiarlo, redefiniendo radicalmente sus principios éticos y estéticos, o para huir de él. En el siglo XX, el romanticismo cedió el paso al énfasis en la interioridad: el adolescente sería un ser movido por un «sueño interior», por un panteísmo sentimental, por un idealismo que desemboca casi inevitablemente en la melancolía, la insatisfacción y la frustración, al comprobar que «la vida soñada no puede ser realmente vivida». Este desencanto encuentra su nicho ideal en un individuo sometido a una fuerte tensión por el desencaje transitorio entre su mundo interior y el mundo real. De ahí los rasgos con los que se ha descrito al adolescente, al menos al adolescente en el mundo occidental:

Se ha apuntado con frecuencia que la descripción de los rasgos de la adolescencia debe incluir la llamada «infelicidad adolescente» –muy diferente de la infelicidad del hombre adulto o mayor–. Esta infelicidad sería el factor clave para entender los episodios de depresión, desmotivación y huida que se observan más de una vez en el mundo adolescente.

La raíz de estas actitudes definitorias de la adolescencia se encuentra no tanto en la explosión de la sexualidad y los cambios de personalidad a ella asociados, sino sobre todo en lo que Lewin denomina «posición de una persona durante el tránsito de una *región* a otra». El estudio científico de la edad y de la adolescencia tiene contraída con Kurt Lewin una deuda impagable. El gran psicólogo orientó en los años cincuenta el estudio de la adolescencia en el marco de la «teoría de campo» (*field theory*). La teoría del campo, influida por la *Gestalt Theory*, ve la conducta individual determinada por la situación total del individuo, su campo psicológico o espacio vital, definido en función del *ego*, con su contenido específico de metas, necesidades y percepción del entorno. Lewin piensa que no tiene mucho sentido discutir si la adolescencia es un producto biológico o psicológico, sino que es preferible pensar en términos de «cambio de espacio». Su argumento es extremadamente sencillo ⁵:

⁴ O. Galland, *Sociologie de la jeunesse*, Armand Colin, París 1997, pp. 37 y ss.

⁵ K. Lewin, «The Field Theory Approach to Adolescence», en Jerome M. Seidman (ed.), *The Adolescent. A Book of Readings*, Holt, Rinehart and Winston, Nueva York 1960, pp. 34-42.

- El hecho básico a considerar en la situación de la adolescencia puede ser representado como la posición de una persona durante su tránsito de una *región* a otra. Esto implica (1) la ampliación del espacio vital (geográfica o socialmente), desde el punto de vista social y temporal, (2) el carácter cognitivamente no estructurado de la nueva situación.

- De forma más específica: el adolescente tiene una posición social entre el adulto y el niño, similar a la de un miembro marginal de un grupo minoritario desfavorecido.

- Hay más factores específicos implicados en la adolescencia, tales como las nuevas experiencias con el propio cuerpo, que pueden ser representadas como el cambio

desconcertante desde una región central del espacio vital establecido.

Desde esta representación se pueden deducir conceptualmente cinco efectos que definen el perfil de la adolescencia:

1. La timidez del adolescente, su sensibilidad y agresividad se deben a la falta de claridad e inestabilidad del nuevo terreno que pisa.

2. Surge un conflicto más o menos permanente entre los diversos valores, actitudes, ideologías y estilos de vida.

3. Resulta una tensión emocional derivada de estos conflictos.

4. Aparece una predisposición muy característica a adoptar posiciones y emprender acciones extremas, así como a cambiar radicalmente la posición propia.

5. El grado y tipo particular de conducta adolescente dependen del grado de comprensión de la estructura y de la pujanza de las fuerzas en conflicto. Es importante, sobre todo, el grado de diferenciación y de separación entre los adultos y los niños en una cultura determinada, así como la intensidad con la que el adolescente se considera a sí mismo como hombre marginal.

Más allá de la clarificadora aportación de Lewin, la adolescencia puede ser estudiada desde dos perspectivas, la *esencialista*, que Mitterauer denomina a-histórica, y la *histórica*, caracterizada por el énfasis en la influencia del contexto social y de las variables a él asociadas: tipo de sociedad o comunidad, clase social, género, familia, etc. La primera presenta la gran ventaja de su carácter universalista y el inconveniente de no poder ser aplicada *stricto sensu* a épocas y sociedades concretas. La segunda, más pegada a la realidad, es válida sólo para tiempos, sociedades y grupos sociales concretos. El enfoque histórico insiste en que, en condiciones sociales no complicadas por la civilización en cuanto progreso, modernización, desarrollo económico, etc., la pubertad, el torbellino emocional de la adolescencia y la rebeldía juvenil no aparecen como tales. Emociones y rebeldías adolescentes serían sólo síntomas y expresiones de un contexto social determinado. Los antropólogos, en general, no pueden estar más de acuerdo.

A pesar de las valiosas aportaciones de los antropólogos sobre el relativismo de los conceptos de «adolescencia» y «juventud», la perspectiva esencialista y forma de pensar a-histórica han seguido influyendo en el tratamiento científico de la adolescencia. Mitterauer lo atribuye a la influencia de la psicología evolutiva y a la del psicoanálisis.

La psicología evolutiva ha continuado con su presentación clásica de los rasgos de la adolescencia *wanderlust* (amante del turismo y la aventura), como un mecanismo de desarrollo endógeno de los jóvenes, tendencia al idealismo, fuerte sistema de valores y de sentido de la justicia, actitudes rebeldes, rechazo de los padres, entusiasmo, afición a la introspección, tendencia a la soledad y a «filosofar»... Pero en la mayor parte de tales presentaciones el sesgo es obvio: se trata de una abstracción de los rasgos de las actitudes y estilo de vida de la clase media urbana europea. Observa Mitterauer que ya los medievalistas habían cometido el mismo «pecado» al presentar el *wanderlust* como un rasgo típico de la juventud de aquellos tiempos, sin tener en cuenta factores y condicionamientos importantes: (1) el género –sólo los varones, no las mujeres–; (2) las condiciones de trabajo –sólo los jóvenes con un oficio, no los campesinos–; (3) las

oportunidades educativas y la posición familiar –sólo los jóvenes herederos, con exclusión de los no herederos...–.

FASES DEL DESARROLLO DEL PROCESO DE MADURACIÓN DE LA PERSONALIDAD Fases

VIII Madurez Integridad del yo frente a desesperación

VII Edad adulta Capacidad procreadora frente a estancamiento

VI Edad adulta Intimidad frente a aislamiento

V Pubertad y adolescencia Identidad frente a confusión de funciones

IV Latencia Rendimiento frente a complejo de inferioridad

III Locomotora genital Iniciativa frente a sentimiento de culpabilidad

II Muscular anal Autonomía frente a vergüenza y duda

I Oral-sensorial Protoconfianza frente a desconfianza

El psicoanálisis ha influido también en la persistencia del a-historicismo en el estudio de la adolescencia. La teoría de Erikson es reveladora a este respecto. Erik Erikson sigue obedientemente a Freud cuando arranca de la premisa de que el desarrollo de la identidad y de las diversas etapas por las que atraviesa depende en primer término de la maduración sexual del individuo. Es clásico el cuadro (ver arriba) de las ocho etapas de desarrollo de la infancia a la vida adulta, clave de uno de sus libros más influyentes, *Infancia y sociedad*⁶.

Desde la perspectiva de Erikson a la última fase de la etapa infantil, caracterizada por la adquisición

⁶ E. H. Erikson, *Childhood and society*, W. W. Norton, Nueva York 1950, cap. 7.

ción de habilidades y conocimientos en el hogar y, sobre todo, en la escuela, sucede la quinta fase, en la que el adolescente adquiere gradualmente su identidad conformándose a códigos propios o elaborados por grupos, pandillas y similares, que acentúan su diferencia con los otros. La crisis típica de la edad adolescente no sería más que una *estrategia de emancipación* de las cadenas mentales y sociales en el «campo de batalla» de la confianza de los demás, la confianza en sí mismo y los proyectos de futuro.

Estos contrastes tan exagerados entre las fases o edades de la vida, basados en las teorías psicoanalíticas, no les parecen de recibo a los antropólogos, que rechazan la universalidad de esta configuración de la adolescencia. Margaret Mead, basándose en centenares de comparaciones interculturales, denunció los exagerados contrastes entre algunos de los rasgos de la niñez y de la adolescencia propuestos por la escuela psicoanalista:

Pretendidos rasgos de la niñez

Pretendidos rasgos de la adolescencia

1. Ausencia de sexualidad

2. Necesita protección contra los aspectos feos de la vida

3. Debe obedecer

1. Valora su sexualidad por sus actividades sexuales

2. Se enfrenta a los aspectos feos de la vida
sin catástrofe psíquica

3. Debe mandar

Se plantea aquí la vieja cuestión sobre la existencia de sociedades en las que estos fenómenos de crisis y fases de maduración no fueron conocidos o, al menos, no tuvieron el relieve que la literatura psicológica les ha asignado con frecuencia. Concretamente, ¿se puede hablar de pubertad sin adolescencia y juventud? Abundan los argumentos a favor:

– La antropología confirma la existencia de sociedades sin un período definido de adolescencia, en las que el niño era tratado como un niño hasta que era cualificado para ingresar en el estatus de adulto, pasando para ello los ritos de la pubertad o iniciación, que conducían a un tránsito brusco, casi un salto, de la edad inmadura a la edad madura.

– No hay en tales sociedades una imagen específica de la adolescencia como grupo aparte, como factor importante en la vida total del grupo o de la tribu, con ideas que enaltecen el hecho de ser joven.

– La investigación ha demostrado que en muchas sociedades primitivas no existe la juventud como una «edad del ciclo vital», en el sentido que tiene en las culturas avanzadas. La transición de minoría a mayoría de edad sucede bruscamente mediante *tests* o ceremonias y mediante la celebración del matrimonio, determinado por parientes que, además, controlan el aprendizaje en el trabajo.

– Las llamadas «casas de jóvenes», centros de actividad erótica y sexual (*nurias* de la India y *wagawaza* de Nueva Guinea), eran sólo una prueba de transición a la edad adulta y no desembocaban en una subcultura juvenil.

– El «segundo nacimiento» en algunas sociedades primitivas, del que habla König, convertía al individuo en miembro pleno de la sociedad, pero lo hacía de forma repentina y rápida, estaba enmarcado en representaciones mágicas y religiosas, era un acto solemne que reunía a toda la tribu, iba acompañado a veces por la institución de «casas de hombres» y sociedades secretas. En este contexto la circuncisión era concebida como un acto de matar y resucitar al hombre entero, representado por el miembro viril.

El caso de Europa merece una atención especial, por su importancia histórica, su influencia en el resto de los países occidentales y su resonancia en la literatura, las artes y las ciencias sociales. Arès defiende la tesis de que durante la Edad Media y después, hasta el siglo XV, el niño era un adulto pequeño desde el momento en que era capaz de valerse por sí mismo. En consecuencia, era tratado como un adulto, compartía el trabajo y los juegos de los adultos y no había período de transición. Sólo a partir del siglo XV empezaron a emerger en Europa los grupos de edad. Pero el fenómeno «juventud» no aparece hasta el siglo XVIII.

Esta tesis ha sido criticada o matizada, incluso enriquecida, por diversas aportaciones. En la Europa de los primeros siglos hubo un período transitorio con tareas específicas para los adolescentes, tales como el ensayo de roles de hombre adulto, el flirteo o galanteo, la preparación para el matrimonio, el acondicionamiento del futuro hogar. Es decir, la «mayoría de edad», vinculada en aquellas épocas a la madurez sexual,

no bastaba para completar la transición al rol de adulto. Arès se fija demasiado en la semejanza de juegos, ropas y trabajos de niños y adultos durante la Edad Media europea, pero no presta suficiente atención a los cambios en la dependencia respecto a los adultos y en el incipiente ejercicio de la autoridad de los salidos de la niñez. Aunque no se usaban términos diferentes para las fases sucesivas de maduración del niño en su tránsito a la adultez, es poco verosímil que en una época en que la fuerza física tenía tan gran importancia, sobre todo en las labores campesinas y en el arte de la guerra, la gente no fuera consciente de que de la niñez a la condición de adultos la fuerza física atravesaba fases bien distintas y características.

En conclusión: (1) la frecuente confusión terminológica entre adolescencia y juventud, (2) la imprecisión de los límites entre ambas fases, (3) los vaivenes culturales según las épocas, y (4) la misma falta de precisión de autores tan reputados como Stanley Hall (llama «juventud» a la etapa de 8 a 12 años, fase maleable, monótona y de amplias oportunidades, anterior a la adolescencia, e identifica a ésta con la etapa que hoy llamamos juventud), Mitterauer, Allerbeck, König o Galland, que a veces emplean indistintamente ambos términos, aconsejan representar a la adolescencia como una primera fase de la juventud, anterior al ingreso en los estudios superiores o en el mercado de trabajo. El término sería, por tanto, más deudor para su caracterización de la psicología que de la sociología, cuya aportación es fundamental, en cambio, para penetrar en el significado real de este término.

2. La juventud: perspectivas y teorías

Para el científico social, un concepto es más que una definición, por rigurosa y acabada que sea. A fin de poder utilizarlo en la investigación empírica de los fenómenos sociales, y nadie puede dudar a estas alturas de que la «juventud» es un fenómeno social cargado de sentido y preñado de futuro, su concepto exige lo que en la jerga sociológica se denomina operacionalización. «Operacionalizar» un concepto es traducirlo a sus referentes empíricos, a términos observables para su utilización en la observación empírica. No se puede confundir el concepto con las operaciones elaboradas para su traducción a la *empíria* –la inteligencia no es, evidentemente, lo que miden los *tests*–, y hay que tener siempre presente que la traducción de un concepto o constructo a indicadores es siempre indirecta y no agota dicho concepto. La «religiosidad» de una persona no se agota en sus prácticas devotas, sus creencias o los ritos de índole religiosa en los que participa. Ningún creyente serio aceptaría este reduccionismo.

2.1. El nacimiento científico del concepto «juventud»

El nacimiento empírico del concepto «juventud» ha sido una difícil tarea. Múltiples factores han intervenido en este accidentado recorrido:

- La plasticidad de la misma etapa «juventud», debida a los cambios sociales que han «estirado» las fases de acceso a la madurez, como se ha visto en el primera parte del libro.

- La «juvenilización» de la sociedad, debido a que la juventud es un valor en alza que otras edades desean apropiarse. Además, la proliferación de técnicas, medicamentos, cirugías menores, cosméticos y espejismos médicos para prolongar la juventud o para

«recobrarla» han complicado aún más la tarea de los científicos sociales y de los investigadores que pretenden acotar el espacio «juventud» para sus estudios y sus análisis. Una prueba palpable es la cuestión de la edad de los jóvenes que los sondeos y las encuestas incorporan en sus muestras. *La Encuesta Mundial de Valores* fija en los 18 años el límite para iniciar los «interrogatorios», y la misma pauta sigue los *Estudios de Valores Europeos*. En España, las dos instituciones que más y desde hace más tiempo se dedican al estudio del fenómeno juvenil siguen senderos algo diferentes: el Instituto de la Juventud extiende sus muestras desde los 15 a los 29 años; la Fundación Santa María, entre los 15 y los 24.

– La operacionalización del concepto y la consiguiente búsqueda de indicadores válidos para la obtención de datos con sentido revelan que en el estatus «juventud» el género introduce diferencias significativas que no siempre son tenidas en cuenta, aunque estas diferencias vayan decayendo a medida que chicos y chicas viven los mismos espacios vitales, se exponen a las mismas influencias mediáticas y participan por igual o casi por igual en el trabajo, el estudio y la vida pública. Aun así, muchas operacionalizaciones se han orientado preferentemente a indicadores juveniles más adecuados a los chicos que a las chicas. Ha influido quizás una cierta «masculinización» de la sociología norteamericana de la juventud –tan influyente en todos los países–, debida probablemente al enfoque del mundo juvenil como una subcultura autónoma cercana a la delincuencia o instalada en ella, y, en todo caso, mucho más poblada por varones que por mujeres.

– Muchos estudios dan por supuesto que el límite inferior de la juventud es la pubertad, lo que implica que el comienzo de la juventud no puede señalarse con exactitud. Y ya se ha visto en el apartado anterior que otros autores amalgaman la adolescencia con la juventud e incluso hablan indistintamente de adolescencia y juventud. La inadecuación de la cronología a la hora de fijar los límites de la juventud es patente.

– El final o límite superior de la juventud es cada vez más problemático en las sociedades avanzadas, pues aumentan las dificultades para señalar inequívocamente cuándo se otorga al adolescente su estatus y plenos derechos de adulto. Tradicionalmente se consideraban criterios de adultez, sobre todo, el empleo fijo y el matrimonio. Pero el trabajo se caracteriza hoy por la inestabilidad, la temporalidad y la precariedad, y el matrimonio corre el peligro de difuminarse en una nebulosa de uniones inestables, parejas no convencionales, aparte del destacado retraso experimentado en la edad de contraer el matrimonio, como se ha visto en la primera parte.

En conclusión: aumenta en las sociedades desarrolladas el número de personas «jóvenes» que, según la definición clásica de la adolescencia y de la juventud, no serían ni adolescentes ni jóvenes porque cumplen unos requisitos de pertenencia pero no otros. Son en su mayor parte los «jóvenes adultos» (Allerbeck), con un empleo fijo pero solteros, o casados, y trabajando, pero no en «territorio» propio, sino en la casa paterna, o, más complicado aún, casados e incluso con niños pero viviendo cada cónyuge en el hogar de sus padres y conviviendo sólo de tiempo en tiempo.

En la sociedad actual, el paso de un estatus de edad a otro no es brusco, como hace relativamente poco tiempo, sino escalonado y continuo. La desaparición del servicio militar obligatorio en muchos países, que funcionaba como una especie de rito de pasaje que marcaba la entrada en el estatus adulto, ha contribuido más de lo que se piensa a enredar las cosas. Las personas adquieren su identidad mediante una combinación de roles de adolescente, de joven, de adulto, no prescrita por la sociedad, sino articulada por la misma persona, aunque no siempre coherente. Este enredo se deja sentir también en las expectativas que la sociedad proyecta sobre los diferentes roles que el joven debe asumir en su tránsito de un estatus a otro, expectativas que pueden ser contradictorias.

La paternidad del concepto juventud con sentido de edad distinta y distintiva es cuestión polémica aunque de poca monta. Los franceses piensan en Durkheim y en Rousseau; los alemanes, en Goethe, con su *Werther*; los americanos, más prácticos, en la sociología norteamericana de los cincuenta, con Hollinshead en cabeza.

a) En el amplio y difuso campo de la *filosofía*, en particular el trabajado por los que en Francia denominan *philosophes*, a medio camino entre el «filósofo» en sentido clásico y el ensayista profundo, Rousseau fue el inventor del «joven», afirma Musgrove, invento que coincidió con el de la máquina de vapor de Watt, en 1765. Parece como si «juventud» y «sociedad industrial» fueran de consuno, lo que no debe extrañar, pues la industrialización acabó por introducir cambios profundos en la educación, dadas las nuevas necesidades de formación de trabajadores especializados y de lo que Saint Simon, pocos años después, denominaría «la nueva clase industrial», grupos ambos recluidos más años en la escuela.

El «joven» de Rousseau, tal como aparece retratado en su *Emilio*, es innatamente bueno en sus sentimientos elementales, por lo que en su educación se deben obedecer seis principios dictados por esa bondad innata: prescindir de la cultura y de los valores establecidos; inculcar el amor a la naturaleza y educar en ella; formar a cada persona por separado, huyendo de los grupos y comunidades; no forzar ideas morales, evitando así la corrupción que proviene de las normas sociales; no obligar a razonar, ya llegará él por cuenta propia; suprimir la religión de la enseñanza y descartar los castigos corporales⁷.

b) En el ámbito de la gran *literatura* fue Goethe el que inauguró con su *Werther* (1774) la aventura de la adolescencia-juventud como etapa contradictoria de turbulencia y melancolía, euforia y disforia, egoísmo y altruismo, soledad y suspiro por la amistad y la vida grupal.

⁷ S. Giner, *Historia del pensamiento social*, Ariel, Barcelona 1967, pp. 300-301.

c) Ya en la *sociología*, Durkheim fue ciertamente el primero que, en 1922, en su libro *Educación y sociología*, introdujo el término «juventud», al definir la educación como «la socialización metódica de la joven generación». Constituir en cada uno de nosotros el «ser social», el que se debe incorporar al «ser individual», conformado por todos los estados mentales que no tienen referencia más que a nosotros mismos y a los sucesos de nuestra vida personal». El «ser social» es «un sistema de ideas, de sentimientos y de hábitos que no expresan en nosotros nuestra personalidad, sino el grupo y los diferentes grupos de los que formamos parte [...] Es necesario que por las

vías más rápidas se añada al ser egoísta y asocial que acaba de nacer, otro ser capaz de vivir una vida social y moral. Tal es el quehacer de la educación y la razón de su grandeza»⁸.

Pero si Durkheim otorgó un cierto estatus a la juventud al convertirla en el objeto de la sagrada educación –para el maestro francés así lo era, sagrada–, hay que reconocer que no abrió el camino a una auténtica sociología de la juventud, pues negó toda realidad sociológica y casi humana a la personalidad infantil y juvenil –«tabula rasa», afirma de ellas– y así dejó libre el camino para que la psicología entrara con todos sus bagajes en el campo de la pedagogía⁹.

d) Fueron los sociólogos norteamericanos los que en las décadas de los cincuenta y sesenta del siglo pasado aportaron más elementos al concepto de juventud. En 1949 Hollingshead publica su *Elmtown's Youth*, donde aparece su definición ya clásica, en la que todavía, hay que tenerlo en cuenta, se emplea indistintamente «adolescencia» y «juventud»:

«Sociológicamente la adolescencia es el período en la vida de una persona en el que la sociedad en la que ella actúa deja de considerarla como un niño y no le concede el estatus pleno de adulto, sus roles y funciones»¹⁰.

⁸ E. Durkheim, *Éducation et Sociologie*, PUF, París 1968, pp. 41-42.

⁹ O. Galland, o. c., pp. 40 y ss.

¹⁰ A. B. Hollingshead, *Elmtown's Youth*, Science Edition, Nueva York 1949, p. 6.

Los tres conceptos clave que integran la definición de la «juventud» son ya rigurosamente sociológicos: «estatus», «rol» y «funciones». De ellos se servirán generosamente los sociólogos, incluso los que no comulgan con la escuela estructural-funcionalista en la que tales conceptos son fundamentales.

2.2. Perspectivas teóricas y criterios conceptuales

El concepto «juventud» se enmarca en cuatro ámbitos conceptuales más amplios de las ciencias sociales, y sobre cuál debe ser el ámbito privilegiado no han cesado las discusiones: el grupo de edad, la clase social, la subcultura y la categoría social. La filosofía tradicional hablaría del género al que pertenece el concepto específico «juventud» y buscaría la diferencia específica. La sociología ha ensayado múltiples interpretaciones sobre esa elusiva «*diferencia específica*»: la «espera», «el tránsito», «el conflicto», «la rebeldía», la «cultura», «la generación», «la biografía»... y estos ensayos han desembocado con mejor o peor fortuna en diversas perspectivas, emparentadas con las corrientes sociológicas de moda en cada momento.

a) La juventud como categoría social

La categoría, en sentido amplio, denota una clase de cosas, acciones o relaciones que suceden con suficiente uniformidad y frecuencia, hasta el punto de convertir a esa clase en un sujeto útil de predicación. Cuando es rigurosamente definida y ubicada en un sistema de clases, se convierte en una *categoría científica*. Aunque las categorías de la ciencia social basadas en la investigación estadística son las más útiles para la investigación científica, las categorías cualitativas, si están rigurosamente definidas, son también de mucha utilidad.

La categoría social se refiere a una pluralidad de personas que no están organizadas en un sistema de interacción social (y por tanto no forman un grupo) pero tienen similares características y estatus. Las «mujeres trabajadoras», los «mayores de 65 años», los «adolescentes», los «discapacitados», los «cien hombres más ricos del mundo», etc., son buenos ejemplos de una categoría social. Las personas pueden ser identificadas como pertenecientes a una categoría social determinada sin tener conciencia de pertenecer a ella. Cuando los miembros de una categoría social desarrollan un sentido de identidad y conciencia comunes, puede emerger el liderazgo y la categoría puede convertirse en una sólida base para la formación de un grupo. Pero la mayor parte de las categorías sociales no devienen grupos.

La juventud posee todos los atributos necesarios para ser una categoría social, aunque denominarla así es sólo una lejana y vaga aproximación, pues en sí mismo el término aparece vacío de contenido. Es por tanto necesario analizar cuáles son esos rasgos comunes que convierten a millones de jóvenes en la categoría social «juventud». Éste es el objeto de los próximos apartados.

b) *La perspectiva funcionalista: juventud como grupo de edad*

La perspectiva funcionalista es el marco natural del enfoque de la juventud como etapa del ciclo vital. Los jóvenes no constituyen un grupo social en sentido estricto. Muy probablemente muchos no se consideran pertenecientes al grupo «juventud», y es dudoso que los demás, los adultos, los consideren como tal grupo. Falla también un criterio fundamental: los jóvenes no interaccionan entre sí como se espera de los miembros de los grupos sociales. Pero se puede en cierta forma hablar de la juventud como «grupo de edad», si se acepta una concepción de la edad no estrictamente cronológica, sino como una etapa precisa en el ciclo vital, con sus responsabilidades o ausencia de ellas, sus logros, sus roles, sus pautas y su posición social.

La edad puede ser concebida como un marco social que trasciende los grupos puramente biológicos, representativos de tal o cual tramo de edad. Como marco social, la edad se impone como un sistema normativo, más fuerte mientras la sociedad es más débil, y eventualmente asociada a un sistema de valores por medio del cual la sociedad se asegura su continuidad y su reproducción. En definitiva, más que una fuerza, la edad es una norma social construida históricamente, desarrollada socialmente e interiorizada psicológicamente.

Los grupos de edad se desarrollan cuando la familia o el grupo parental no constituyen la unidad básica de la división del trabajo y no garantizan el acceso a un estatus social de pleno ejercicio. Entonces la pertenencia a los «grupos de iguales» puede servir de fase de transición entre el mundo de la infancia y el mundo adulto. Galland señala a este respecto una paradoja: el desarrollo de organizaciones específicas de jóvenes está asociado al debilitamiento del papel de la edad y, muy en particular, del papel de la juventud, como criterio de atribución de roles.

La definición sociológica de la edad «juventud» es muy compleja. Einsenstadt, en su teoría sobre el *age-group*, considera a los grupos juveniles como una esfera intermedia entre la familia y la sociedad, necesaria para integrar a los nuevos sujetos en el sistema

social. Estos grupos tendrían especialmente la función de desarrollar el sentido de solidaridad social, así como la adquisición de un estatus universalista, superando el estatus particularista propio de la familia. No harían otra cosa que completar y perfeccionar la función de la familia de proponer y hacer que los futuros sujetos-agentes de la sociedad interioricen los rasgos culturales reconocidos como valores e impuestos como normas. Son, en definitiva, un constitutivo importante de la identidad de una persona, de su autopercepción, de sus necesidades psicológicas, de sus aspiraciones.

Al grupo de edad corresponde un subsistema funcional de roles, de su lugar en la sociedad y del sentido último de la vida. Los elementos básicos de la imagen arquetípica de la juventud son 1) la transición de la niñez y adolescencia a la edad adulta; 2) la moratoria en la atribución de roles; 3) la cristalización de la identidad personal, entendida como la unión de procesos psicológicos, histórico-culturales y sociales; 4) el aprendizaje de la conformidad a un rol social.

En la transición a la siguiente etapa del ciclo vital, la edad adulta, hay que señalar la importancia de *los ritos de pasaje*, tan valorados por la antropología cultural. En la sociedad urbana actual, determinados comportamientos juveniles anómalos, en el terreno de la protesta pública, de la violencia, de las primeras experiencias sexuales, de los ensayos con las drogas, del vandalismo callejero y de los enfrentamientos con la autoridad, han sido considerados como los modernos ritos de pasaje y de iniciación de la juventud (Morin).

Desde la perspectiva funcionalista, la juventud ha sido presentada muy frecuentemente como un compás de espera, un vacío de responsabilidades, una ausencia de profesión –fundamental en el capitalismo industrial para la adquisición de prestigio y «valor» social–, una sexualidad inestable y por lo tanto disfuncional para la estabilidad y el futuro de la familia, un gasto económico sin reintegro para la familia. De ahí su más que frecuente evaluación negativa por parte de los adultos, que la han percibido como amenaza y riesgo para el orden social, la tranquilidad ciudadana y los valores seguros, «de toda la vida».

c) *La perspectiva conflictivista*

El funcionalismo tuvo que competir en la década de los sesenta con un nuevo paradigma sociológico: el *conflictivismo* o teoría del conflicto, de raíces marxistas. Los defensores de esta teoría se apoyaron en los escritos de Max Weber y de Marx para arrebatarse la supremacía al entonces –en las décadas siguientes a la II Guerra Mundial– paradigma dominante. El conflicto se originaba bien en la lucha de clases (Marx), bien en la disputa por el poder (Weber). Dahrendorf añadió un matiz sumamente interesante para entender el conflicto entre generaciones: el fallo del funcionalismo no es tanto que sea erróneo, sino que es parcial, pues concibe al poder o la autoridad en un sistema social como factor integrador, aunque a veces es también divisivo cuando se tiene que imponer sobre intereses en conflicto.

En la gran corriente conflictivista aparecen nuevos enfoques en el estudio del fenómeno social «juventud». Se habla, y algunos siguen hablando, del «conflicto generacional» o ruptura de generaciones como una lucha entre «lo nuevo» y el

«progreso», representado por los jóvenes, y lo «viejo y tradicional», asignado a los adultos. Una variante de esta lucha sería la oposición entre la «anomia» juvenil y la persistencia y seguridad de los valores de la generación mayor. A partir de los años sesenta tomó cuerpo la hipótesis de la juventud como nueva clase oprimida, reemplazo feliz de la clase obrera, aburguesada e incapaz ya de abanderar la revolución. Abandonado este enfoque, se hizo notar la importancia de las subculturas juveniles contestatarias, deudoras unas del narcisismo como reafirmación juvenil frente a la acusación funcionalista de irresponsabilidad, y con carácter otras de alternativa más o menos utópica y radical. La «nueva condición juvenil» aparece, finalmente, como un renacimiento de la idea del narcisismo con dos notas inéditas: creatividad e individualismo. La juventud sería, más allá de las disputas funcionalistas y conflictivistas, una forma positiva de vivir la subcultura juvenil como una etapa permanente y creadora.

La idea de la juventud como nueva clase social ascendente surgió en los años sesenta entre los intelectuales europeos y norteamericanos. Los científicos sociales buscaban una explicación de las revueltas y desórdenes estudiantiles de los sesenta, y creyeron haberla encontrado en la explotación a la que, se decía, estaban sometidos los jóvenes. Se llegó a comparar el conflicto estudiantil de Mayo del 68 con la lucha de clases en el siglo XIX, y se pensó que era en la Universidad donde estaba naciendo la nueva conciencia proletaria. La verdad es que los intelectuales de izquierda buscaban «desesperadamente» un reemplazo a la clase obrera, aburguesada ya y escasamente combativa. Uno de los grandes «gurús» de aquella revuelta década, Paul Goodman, definió a los estudiantes como la nueva clase explotada. «Por fortuna, se ha dado cuenta de ello y empieza a despertarse» (Byrd). Había aparecido un cuarto estado, el del «proletariado intelectual».

El nuevo proletariado intelectual, se denunció la paradoja, es una «*intelligentsia* sin ideas». Está constituido por los trabajadores intelectuales puestos por la sociedad al servicio del consumo —estudiantes de *marketing*, publicidad, ocio y tiempo libre—, y los trabajadores intelectuales encargados de la manipulación y mistificación de las masas para que trabajen hasta el límite máximo y vivan plácidamente en un sistema económico irracional, de consumo y desperdicio. Se les exige pensar y crear, pero se los encierra en un «complejo autoritario», dirigido por una burocracia autoritaria y sin participación personal: la Universidad. La consecuencia última es la percepción del sistema educativo como una máquina productora de alienación, en la que la única opción personal de los estudiantes es decidir qué grado de subordinación están dispuestos a imponerse para ser aceptados y avanzar ¹¹.

Los jóvenes eran explotados por una «sociedad cínica». Pruebas:

- El rol de los jóvenes es indefinido, no son ni niños —protegidos— ni adultos jóvenes, independientes y capaces por sí mismos. Los adultos lo reglamentan todo, y de esa forma infantilizan a los jóvenes, que ansían y tienen derecho a la autonomía.

- La inseguridad de estatus se debe a su misma inconsistencia: los adultos ven al estudiante no como un privilegiado por su acceso a la Universidad ni como un futuro profesional, sino como un irresponsable.

–El empleo futuro no estaba en absoluto garantizado, sobre todo para las carreras humanistas. Los estudios humanistas –Filosofía, Letras, Humanidades, Políticas, Sociología...– se habían convertido en una enorme cantera de descontentos.

Uno de los líderes estudiantiles más influyentes de la época, Rudi Dutschke, culminó la discusión, al menos para los estudiantes radicales, afirmando que los estudiantes son una nueva fuerza revolucionaria: «Por encontrarse fuera del opresivo ámbito laboral de las fábricas y de la administración, los estudiantes cuentan con las condiciones necesarias para reflexionar sobre las posibilidades de la sociedad y para hacer realmente un enjuiciamiento crítico de la misma»¹².

La tesis de la juventud como clase social, explotada y potencialmente revolucionaria, dispuesta a tomar el relevo de la lucha social contra la opresión, no prosperó. Los argumentos de mayor peso fueron los siguientes:

– Si la juventud es una clase social, ¿a qué clase pertenecen los no jóvenes? No pueden constituir una clase social, pues sus enormes dimensiones impiden considerarlos en su totalidad como una clase. El considerar al conjunto de trabajadores y capitalistas una sola clase en virtud de su edad, opuesta a la clase joven, no se conforma con la realidad.

–Las diferencias de clase fundadas en la posesión o carencia de los medios de producción afectan por igual a los jóvenes que a los adultos.

– Los trabajadores *pueden salir* de su clase en virtud de la movilidad social ascendente; los jóvenes *tienen que salir* de una clase que es sólo temporal, transitoria.

– Los jóvenes de nuestra sociedad industrial, recuerda Fouchard, tienen conciencia de pertenecer a una categoría social al margen del mundo actual, se encuentran en posición de espera y de disponibilidad transitoria, no de oposición, están fuera de los circuitos obligatorios de los adultos, ven cómo se hace el mundo sin tener voz en su construcción. Es decir, no son una clase social¹³.

d) *La juventud como subcultura*

El enfoque de la juventud como subcultura ha sido, en cambio, una perspectiva teórica de enorme éxito. Por eso mismo, aunque en rigor se adscribe a la perspectiva conflictivista, merece los honores de un tratamiento aparte. Hay que tener muy en cuenta las diferentes versiones de la «subcultura juvenil». Se puede, en efecto, hablar de ella con diversos sentidos: 1) como una *subcultura alternativa* en el seno de la cultura general de una sociedad, pero con rasgos y estilos de vida propios; 2) como una cultura desarrollada por *grupos de jóvenes desviados sociales o delincuentes*, tema muy popular y debatido en la literatura sociológica de los años sesenta y setenta, debido a su difusión en Estados Unidos y el

¹¹ R. Blackburn, *Student Power*, Penguin Books, Baltimore 1969.

¹²K. Hermann, *Los estudiantes en rebeldía*, Rialp, Madrid 1968, p. 132.

¹³ G. Fouchard y Maurice Davranche, *Enquête sur la jeunesse*, Gallimard, París 1968, p. 32.

Reino Unido, sobre todo, y la consiguiente alarma social; 3) como *estilos de vida*, más que de subculturas propiamente dichas, característicos de grupos juveniles marcados por su identificación con una moda musical.

Ahora bien, ¿se puede hablar realmente de cultura juvenil? El término *subcultura* sería más exacto, como se ha visto en la primera parte de este libro, pero está algo viciado por las connotaciones negativas generadas por su frecuente asociación con grupos y bandas delincuentes, sobre todo en Estados Unidos y en Inglaterra. Se ha dicho más de una vez que el término no es más que un gran pastiche creado con fines mercantiles o publicitarios. ¿Son tan grandes las diferencias entre la cultura general de una sociedad y la subcultura juvenil que nace y crece en su seno para justificar el término «subcultura»? ¿Hay espacio social entre la familia y la sociedad para una subcultura juvenil?

Schelsky afirmó en la década de los cincuenta (su libro sobre *La generación escéptica* fue publicado en 1957) que no había ningún ámbito entre la familia y la sociedad donde colocar una subcultura juvenil, y que la generación joven de la posguerra era una generación apática, escéptica pero integrada en el sistema. Bastantes sociólogos americanos estaban también de acuerdo: la juventud presentaba una *excesiva* facilidad de adaptación a la sociedad industrial, se integraba en ella aunque fuera pasivamente, no se podía hablar de subcultura juvenil.

Por el contrario, otros autores de reconocida autoridad, como Parsons y Coleman, afirmaron la existencia de una cultura juvenil como período transitorio antes de la ruptura de los hijos con su familia de origen. Los rasgos característicos de la cultura juvenil serían la *lealtad* con sus coetáneos y la *gratuidad* comportamental, es decir, la ausencia de criterios económicos en su comportamiento, opuesta a la *responsabilidad* de los adultos, que tienden a valorar económicamente sus propias acciones.

Puede decirse que en la actualidad existe realmente en los países del mundo occidental una subcultura juvenil, no una cultura distinta en sentido pleno, aunque las diferencias con ella en cuanto a los grandes principios y el marco general de derechos y obligaciones no sean significativas. La subcultura tiene unos rasgos sociológicos que la convierten en el artefacto ideal para expresar lo que tienen de propio, característico y exclusivo: las formas de vivir, pensar y actuar de la mayoría de los jóvenes en el contexto de la sociedad posmoderna.

La subcultura así entendida puede tener una base *tradicional*, típica de etnias diferenciadas de la sociedad general por su historia o procedencia (gitanos o inmigrantes de culturas foráneas en España, grupos étnicos desplazados en algunos países latinoamericanos), o haber surgido como producto de *choques culturales fuertes*, como sucedió con las revueltas de estudiantes en la década de los sesenta, y está sucediendo hoy por factores ya analizados en la primera parte: juventud y escolaridad prolongadas, relativismo cultural, globalización y localismo (*glocalismo*), etc.

Como producto del «pensamiento único», de la globalización y de la propagación de los modelos culturales norteamericanos a través del cine, la TV, Internet y la poderosa expansión comercial de la industria juvenil, que no conoce fronteras, la subcultura juvenil se ha ido homogeneizando en gran parte de los países occidentales, invadiendo incluso, en sus aspectos menos profundos, a juventudes fuera del ámbito occidental. La juventud rusa, china, africana o islámica bebe Coca-Cola, adora la música *rock* o *pop* o

de cualquier otro estilo de origen anglosajón, devora cine y series televisivas procedentes de Estados Unidos, viste vaqueros y camisetas decoradas, chatea por Internet...

Una atención especial merecen las subculturas juveniles, en plural, marcadas por el sello de la desviación social e, incluso, de la delincuencia. El contexto, afirmaron los sociólogos norteamericanos, era la creciente importancia de la escuela en el proceso de socialización y transmisión de los valores y pautas de clase media más destacadas en dicho proceso, pautas de difícil aceptación por parte de los chicos de clases bajas. Pueden citarse las siguientes:

- La valoración de la competitividad al servicio del éxito académico y profesional, objetivo primordial del *ethos* de la sociedad norteamericana.
- La ética de la responsabilidad individual y no de la colectiva.
- La pauta de la satisfacción diferida, típica de la clase media educada en la moral calvinista del ahorro, con vistas al éxito futuro.
- La valoración de la racionalidad, de la cortesía, de las buenas maneras, del respeto a ciertas convenciones del lenguaje y del comportamiento.
- El autodomínio y el control personal de la agresión física y de la violencia.
- El respeto a la propiedad.
- La obediencia y la docilidad.
- El trabajo duro y el sacrificio.

Merece la pena señalar que la *Encuesta Europea de Valores*, en sus diferentes aplicaciones, desde 1959 a 1999, ha estado incluyendo en su cuestionario la mayor parte de las pautas o cualidades de esta vieja lista, vigente en las familias y en las escuelas de los niños y jóvenes de la posguerra. Pero entonces, como ahora, muchos chicos y chicas, sobre todo de las clases obreras, no se identificaban con estos valores y pautas, bien sea por falta de formación «adecuada» en sus hogares, bien por falta de modelos en su entorno próximo, bien por una débil motivación familiar para el éxito. La pauta de la «gratificación inmediata», como típica de las clases bajas, el fácil recurso a la violencia física, el ambiente desmotivador del barrio o del pueblo para los estudios serios y prolongados, hicieron difícil para muchos jóvenes la integración en el cuadro de valores y pautas de las clases medias, que por aquel entonces dictaban el «deber ser» de la sociedad juvenil.

Sobre esta hipótesis, quizás no correcta en un 100 por 100 para otros países, se fueron elaborando estudios e investigaciones diversas, algunas de gran mérito. En 1955 William F. Whyte, en su conocida investigación *La sociedad de la esquina de la calle*, dividió a los adolescentes de clase baja en dos tipos: los *college boys*, que en virtud de su promoción social se identificaban con los valores de los jóvenes de clase media, y los *corner boys*, apegados a su comunidad local y a su barrio, y que se complacían con su estilo de vida popular.

En el *corner boy*, que interioriza valores de clase media, aparece la ambivalencia entre las dos moralidades: la del *corner boy* y de la del *college boy*, desajuste que los chicos resolvían o bien convirtiéndose plenamente en *college boys*, empresa muy difícil, o bien conservando la forma estable de la vida de barrio. De esta forma evitaban la

ruptura radical con los adultos de clase obrera, no renunciaban a la movilidad ascendente que la universidad les ofrecía y expresaban su preferencia por el ambiente ya conocido, sin los riesgos, incertidumbre y coste moral implicados en las respuestas del *college boy* y del joven delincuente.

En el *corner boy*, que optaba por la respuesta delincuente, se combinaban el rechazo explícito y total de las pautas de clase media, y la adopción de su antítesis, a fin de escapar de una situación humillante.

En definitiva, el problema del ajuste a la ambivalencia de las dos moralidades es la raíz de la subcultura delincuente juvenil. La cultura *corner*, la cultura de barrio bajo, no es *per se* una cultura delincuente.

La presión de la ambivalencia y la difícil elección de una de las dos moralidades no es razón suficiente, opinaron Cloward y Olin (1961), como tampoco lo es la búsqueda de un prestigio antitético al que otorga la conformidad con las normas y modelos de la clase media (la «respuesta simbólica» de Cohen). Se trata de una respuesta eminentemente práctica: alcanzar una posición económica más elevada por medios ilegítimos, ya que la vía de los medios legítimos está cerrada a los jóvenes de clase baja. Inspirándose en la célebre tipología de Merton sobre la anomia en la sociedad contemporánea, Cloward y Olin propusieron su propia tipología:

AB Orientación Orientación a pertenencia a mejora de
a la clase media
la posición económica

Tipo I + Tipo II + Tipo III – Tipo IV – + → «College»
– → «College»
+ → Respuesta delincuente
– → «Corner boy»

Los tipos I y II son los *college boys* de la tipología de Whyte, aunque el tipo II concede mayor importancia a la posición social que a la mejora económica. Muchos estudiantes de magisterio y escuela secundaria, al menos en Estados Unidos, representan a este tipo. El tipo III se orienta a la mejora económica sin querer cambiar su estilo de vida y, desde luego, sin adoptar los valores de la clase media. Corresponde plenamente a la subcultura delincuente. El tipo IV es el clásico chico de clase baja, el *corner boy* de Whyte.

e) *Una propuesta metodológica: la juventud como itinerario hacia la emancipación*

El enfoque biográfico del estudio de la juventud parte de la definición de ésta como un proceso social de emancipación que implica aspectos económicos (posición y adscripción a una clase social) y familiares (emancipación de la familia). En la base de este enfoque está el análisis de itinerarios (*pathways*), de sus diversos tipos y de los factores que influyen en su trayectoria. La descripción y análisis de los itinerarios y de las trayectorias constituyen un instrumento sumamente útil para la formulación de políticas de juventud ¹⁴.

La juventud es un tramo de la biografía que transcurre desde la pubertad hasta la emancipación familiar y está construido por las elecciones y decisiones del individuo

bajo la influencia de su familia y su clase social de adscripción, de su entorno social próximo y de la estructura social, cultural y simbólica de su contexto más amplio. La lectura y análisis del tramo biográfico ha de realizarse desde el contexto del pasado (la singladura) y las expectativas de futuro (rumbo).

El rasgo más característico del itinerario juvenil es la apertura y la incertidumbre, que a veces provoca en el joven una huida de la toma de decisiones o, mejor dicho, la «decisión de no tomar decisiones». Esa incertidumbre está estrechamente rela-

¹⁴ J. Casal y otros, «Aportaciones teóricas y metodológicas a la sociología de la juventud desde la perspectiva de la transición», en *Papers. Revista de Sociología*, 79, 2006, pp. 29-40 y 45-46.

cionada con las diferentes velocidades del tránsito y los diferentes tipos del mismo: de éxito y de fracaso, sencillo y complejo. Se dibujan así dos ejes que delimitan un espacio en el que se ubican los itinerarios: el eje del tiempo de transición a la emancipación (precoz o con retraso) y el eje del ajuste de expectativas (simple o complejo). El espacio resultante aparece dividido en cuatro cuadrantes en los que se ubican seis modalidades de transición:

- *Trayectorias de éxito precoz*: rapidez en la adquisición de titulaciones de máximo nivel, en la inserción profesional y en la emancipación familiar.

- *Trayectorias obreras*: inserción laboral rápida tras formación escolar y profesional cortas, con un techo profesional muy definido y bajo; pautas de emancipación familiar precoz.

- *Trayectorias de adscripción familiar*, en las que la transición está muy ligada a la familia; suponen todo lo contrario a la elección personal. Son escasas y se encuentran en minorías étnicas segregadas, pequeñas empresas familiares, como el comercio al detalle, y lugares de cultura rural dispersa.

- *Trayectorias de aproximación sucesiva* orientadas desde el principio al éxito, que demanda la toma de decisiones e itinerarios de formación prolongados, pero con demoras y ajustes en las situaciones de estudio y de trabajo. El proceso de emancipación familiar se ve frecuentemente atrasado por razones económicas o de empleo.

- *Trayectorias de precariedad*, propias de jóvenes de formación y calificación profesional bajas, en un mercado laboral muy precario, que también puede afectar a jóvenes con titulaciones altas que han tenido que asumir ajustes a la baja.

- *Trayectorias erráticas o de bloqueo*, típicas de jóvenes que han quedado fuera del circuito de formación o de trabajo durante muchos años por razones diversas. Son frecuentes en estas trayectorias el trabajo en la economía subterránea, el paro crónico y la baja ocupabilidad.

Es evidente que los itinerarios varían sustancialmente según la historia, el territorio y las culturas. En todos los casos, la juventud tiende a concluir con la emancipación familiar plena.

3. Imágenes y definiciones de la juventud

El apartado anterior ha examinado las peripecias y andanzas del concepto de juventud, su azaroso alumbramiento científico, las propiedades o criterios del concepto mismo, y los conceptos afines con los que a veces se confunde. Este apartado 3 pretende

profundizar en el contenido conceptual y la representación social de la juventud desde tres perspectivas: la sociológica, la de los mismos jóvenes, y la de los adultos y los MCM. La inclusión de esta última perspectiva se debe al protagonismo que los jóvenes han adquirido recientemente en los «medios», muy en especial en la televisión y en la publicidad, que han irrumpido con auténtica voracidad en la «construcción social» de la juventud.

3.1. Los sociólogos buscan una definición

Han prevalecido durante mucho tiempo las definiciones de la juventud de signo negativo: «El joven ya no es niño, pero aún no es adulto». O, como intenta precisar Niehard: el joven ya ha alcanzado la madurez sexual biológica, pero al carecer de empleo y matrimonio no posee los derechos generales y privilegios que le permiten una participación responsable en los procesos fundamentales de la sociedad ¹⁵. Como persiste el cariz negativo, es imperativo explorar otros territorios en busca de una definición de la juventud. Kenneth Kenniston es, probablemente, uno de los sociólogos que con mayor fortuna se ha aproximado a un concepto satisfactorio, tanto por su comprensividad o contenido como por su dilatada validez, al menos para las sociedades desarrolladas ¹⁶.

En la juventud, comienza Kenniston su caracterización, la norma es una *ambivalencia omnipresente hacia sí mismo y hacia la sociedad* que no deriva necesariamente hacia el rechazo de la sociedad o hacia el activismo político, pues puede también orientarse hacia la transformación personal me

¹⁵ M. Mitterauer, o. c., 1993, p. 17.

¹⁶ K. Kenniston y Youth, «A new stage of life», en Ralf E. Muuss: *Adolescent Behavior and Society*, Random House, Nueva York 1975, pp. 43-51.

dianete alguna de las vías culturalmente disponibles en cualquier época histórica: las drogas, el trabajo duro, la conversión religiosa, la introspección, etc., pero siempre tras un sondeo cauteloso del mundo adulto y de sí mismo y de su propia fuerza, vulnerabilidad, integridad y posibilidades. Es un sondeo que, a diferencia de los ensayos adolescentes, suele conducir a compromisos más duraderos.

Fenomenológicamente, la juventud es una etapa deslumbrante, mezcla de enajenación y de omnipotencia, enajenación nacida de la desilusión con la sociedad y del sentimiento de incongruencia entre sí mismo y el mundo adulto; omnipotencia o sentimiento de absoluta libertad, de vivir en un mundo de puras posibilidades, en el que el yo es a veces experimentado como arcilla en las propias manos, capaz de total transformación, y el mundo, el no-yo, es maleable en grado sumo, abierto a la utopía y a la creación de una sociedad nueva.

La característica central de la juventud es su *tendencia al rechazo de la socialización* en cuanto transmisión de roles, de pautas, de cultura, de historia. Emergen, en contrapartida, nuevos roles y nuevas identidades, específicamente juveniles, y por esta razón condenados a la temporalidad, aunque pueden durar meses o años e inspirar profundos compromisos, que a veces perduran y reflorecen en la adultez.

Los jóvenes conceden gran valor al cambio, al movimiento y al desarrollo personal,

lo que condiciona su visión del adulto, el «carroza», cuya desaceleración del cambio personal es motejada de parálisis.

Rasgo final: los jóvenes se asocian a veces con otros jóvenes en contraculturas o subculturas, marcadas por su deliberada distancia del orden social existente o, incluso, por incursiones más o menos graves y permanentes en el terreno de la delincuencia.

Si fenomenológicamente la juventud es una etapa deslumbrante de enajenación y omnipotencia, estructuralmente ha de ser visualizada dentro de una compleja red de relaciones sociales como producto o construcción social determinada por el lugar que ocupa en la estructura jerárquica de la sociedad, por las relaciones que establece con las demás instancias y categorías sociales, por su condición ingénita de proyecto social estrechamente ligado a los designios de los adultos, que le asignan como tarea esencial la preparación para la vida activa y el trabajo y un estatus incompleto, casi marginal, negándole en mayor o menor medida la participación y el protagonismo sociales.

Aun a riesgo de repetir rasgos de la juventud ya sugeridos anteriormente, hay que añadir a la caracterización de Kenniston algo fundamental: el joven no ha ingresado todavía en la clase de edad adulta, a la que se llega por la asunción de una cuádruple responsabilidad:

- *Productiva*: asignación de un estatus ocupacional o laboral estable.
- *Conyugal*: constitución de una pareja sexual estable.
- *Doméstica*: adquisición de un domicilio autónomo y propio.
- *Parental*: formación de una familia con hijos.

Mientras esta cuádruple responsabilidad no haya sido asumida en plenitud, el joven tiene que conformarse con un estatus y un rol marcados por la transitoriedad y una cierta incoherencia funcional, en cuanto que el joven posee quizás algunos atributos de la edad adulta pero la falta de otros le impide el juego normal de adulto en la escena social. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que dos datos nuevos –la prolongación de la juventud y el progresivo aumento en el mundo juvenil de la vida en pareja, más o menos estable– han permitido a muchos jóvenes participar casi plenamente de la vida de adulto sin haber asumido en plenitud las cuatro responsabilidades mencionadas.

El estatus-rol del joven ha sido así frecuente y provechosamente utilizado como el instrumento más adecuado para el análisis sociológico de la juventud. Se han propuesto cuatro características definitorias del estatus del joven, presentadas en forma de cuatro oposiciones radicales ¹⁷:

¹⁷ J. R. Torregrosa, *La juventud española: conciencia generacional y política*, Ariel, Barcelona 1972, pp. 27 y ss.

Dependencia frente a autonomía

Subordinación frente a tendencia igualitaria Transitoriedad frente a permanencia
Idealismo frente a realismo

a) *Dependencia frente a autonomía*

La dependencia nutritiva y afectiva de los primeros años de la vida se amplía en el período juvenil a la dependencia económica y educativa. Ya se ha visto en la primera parte que los jóvenes de 15 a 24 años continúan señalando a la familia como el foro por excelencia en el que se reciben las ideas más importantes sobre la vida y la interpretación

del mundo, lo que quiere decir que la dependencia juvenil se infiltra también en zonas más profundas del imaginario de los jóvenes.

Socialmente, esta nota de la definición implicaría la idea del joven como materia prima muy moldeable, plástica, que ha de adquirir progresivamente forma, en interacción con personas ya formadas, representantes del mundo adulto establecido. No parece que el concepto actual de socialización esté muy de acuerdo con esta pasividad de los adolescentes y jóvenes que pueblan hoy aulas, calles y talleres y lugares de diversión. Pero existe, a pesar de todo, una profunda dependencia cultural de los jóvenes en relación con los adultos, aunque no en los aspectos más superficiales que remiten al «estilo de vida»

—prácticas de ocio, aficiones artísticas y musicales, indumentaria, etc.— en el que los jóvenes han alcanzado una independencia y autonomía totales.

La tensión entre dependencia y autonomía es hoy mayor que en cualquier otro período de la historia reciente de la juventud. Pero los jóvenes no piden ni esperan una independencia total: saben que es inalcanzable y engañosa. Desde una perspectiva psicológica la autonomía implica la posibilidad de ser el centro desde donde emanan las propias acciones y el sentido que se confiere a las mismas. Este sentirse a sí mismo como origen del propio comportamiento resulta indispensable en el proceso de autoafirmación de la propia personalidad. Muchos de los comportamientos juveniles anómalos e incomprensibles para los adultos no son más que incursiones aventuradas en busca de la identidad personal (Torregrosa).

El consumismo de los jóvenes y su protagonismo absoluto en la nueva industria de bienes y servicios juveniles ha creado en ellos una nueva dependencia de tipo económico —pagan muchas veces los padres—, pero al mismo tiempo ha reforzado en la juventud, algo paradójicamente, una autonomía que va en contra de la dependencia tradicional de la generación mayor. Se imponen los gustos y preferencias juveniles, que a veces, incluso, influyen en los mismos padres y adultos. De nuevo reaparece la juvenilización de la sociedad como prueba del actual protagonismo de los jóvenes.

El casi milagroso dominio adolescente y juvenil de las TIC (ordenadores, móviles y todo tipo de ingenios o geniecillos al servicio de la comunicación interpersonal y del disfrute de la música) se ha revelado como una fuente importante de autonomía juvenil, sobre todo teniendo en cuenta la obsolescencia de los conocimientos y habilidades adquiridos por la generación mayor, que se encuentra aquí en clara desventaja. Es posible que en una misma sesión de «trabajo», los padres ayuden a los hijos durante la primera hora a superar un problema matemático o lingüístico, y durante la segunda hora tomen el timón los hijos para guiar a sus padres y sacarlos de un atolladero con el ordenador, con el móvil o con el nuevo aparato de música. Los papeles de maestro y discípulo se intercambian entonces en una alegre camaradería.

b) *Subordinación frente a tendencia igualitaria*

La misma estructura de la acción social dicta que la dependencia y la subordinación vayan estrechamente unidas. En todas las sociedades conocidas la juventud ocupa una posición de subordinación frente a los grupos de edad superior, en una relación

asimétrica, posiblemente justificada en la mayoría de las sociedades, aunque los cambios recientes de la sociedad han suavizado esta asimetría, como ha sucedido en la mayoría de las instituciones.

La elevación del nivel de escolaridad de las jóvenes generaciones, el dominio juvenil de las nuevas tecnologías, la urbanización creciente que ha reunido en millones de hogares a padres campesinos «jubilados» con hijos urbanitas, las tendencias igualitarias en el seno de la familia, que han erosionado de forma drástica la autoridad de los varones frente a las mujeres y de los padres frente a los hijos, todos estos cambios y algunos más explican el debilitamiento de la vieja asimetría y, por consiguiente, de la clásica subordinación.

Los adultos, por su parte, han ido perdiendo autoridad de estatus a medida que se han ido imponiendo en la sociedad actual una mayor movilidad intergeneracional, una mayor competitividad y una minusvaloración del criterio de «antigüedad» y de la «seniority», fenómenos puestos de manifiesto por la dificultad de los mayores de 50 años para encontrar empleo.

c) *Transitoriedad frente a permanencia*

El estatus del joven es definido en todas las sociedades como transitorio pero de duración indefinida y muy variable, y con subperíodos también diferentes. Estas diferencias existen no solamente entre las sociedades, sino incluso entre las clases sociales, debido al distinto momento de acceso de sus miembros a un empleo más o menos fijo.

La gran novedad en la sociedad actual es que esa transitoriedad se ha vuelto casi permanente. La causa última es el amplio dominio de conocimientos, habilidades y técnicas que se exigen hoy en los oficios y profesiones de la sociedad tecnocrática. Estas exigencias –que en algunos casos no pasan de ser una excusa de la sociedad adulta para ocultar o justificar el cúmulo de obstáculos (acceso a la vivienda, contratos laborales precarios, etc.) levantados ante el joven para que no se integre como adulto con plenos derechos en la sociedad– alargan la preparación académica de la juventud más allá de la madurez psicológica e incluso social alcanzada.

Musgrove (1965) piensa que una función latente de este alargamiento del período juvenil es la de mantener fuera de la vida ocupacional activa y del mundo adulto dominante a gran número de personas que, al menos potencialmente, constituyen una amenaza para la seguridad de las posiciones adquiridas de los adultos. No se puede descartar, desde esta perspectiva, que la definición social de la juventud, más que obedecer a una situación social real de la juventud, sea una respuesta defensiva y autoritaria de la generación adulta dominante para mantener su situación de privilegio, tanto en el plano de las relaciones interpersonales entre las generaciones como en el de la normatividad institucional.

d) *Idealismo frente a realismo*

El idealismo juvenil, más allá de las consideraciones filosóficas o los arrebatos literarios, puede ser entendido como una expectativa y como una renuncia. Expectativa de que los jóvenes orienten su acción en términos de valores absolutos o cuasi absolutos:

justicia, solidaridad, verdad, igualdad, etc., independientemente de que esos valores sean realmente los vigentes y realmente actuantes en la sociedad adulta. Renuncia, en aras de la realización de esos valores, a las gratificaciones inmediatas de que disfrutaban los mayores.

Hay que reconocer que en la actual sociedad juvenil este idealismo con el que se ha caracterizado algo ingenua y bondadosamente a incontables generaciones de jóvenes ha perdido muchos enteros. Los jóvenes quieren «vivir a tope», el culto a la experiencia, sobre todo a la experiencia gratificante, y la idolatría de la diversión han arrasado los viejos idealismos, y el espectáculo poco edificante de los adultos, que los MCM han hecho obscenamente transparente, ha contribuido a que el idealismo juvenil haya quedado como patrimonio exclusivo de minorías juveniles ejemplares.

El *idealismo* juvenil tiene un enemigo implacable en la misma sociedad adulta, que lo reclama como rasgo fundamental e irrenunciable de la identidad joven, pero que al mismo tiempo espera de ese mismo joven una buena dosis de realismo en la esfera de las actividades instrumentales encaminadas al triunfo social y económico. Los MCM, al encaramar en la cima de la pirámide social de triunfadores sociales a políticos, hombres de negocios, artistas y «famosos» que no se han distinguido precisamente por su idealismo y que no pueden presumir de modélicos, se alían con los bienintencionados padres y educadores en propinar a los jóvenes esa «ducha fría» de pragmatismo realista que desacredita el modelo idealista que se propone a los jóvenes.

El resultado final dista mucho del perseguido por el mundo adulto, y ha sido puesto de manifiesto por diversas investigaciones sobre la actual generación joven. En una de las más serias se revela que los jóvenes siguen siendo idealistas en el terreno expresivo pero no en el terreno instrumental¹⁸. Es decir, estiman sobremanera los *valores finalistas* –la solidaridad, libertad, igualdad, justicia, ayuda al Tercer Mundo, etc.– pero desestiman en su vida personal el esforzado cultivo de los *valores instrumentales* –fortaleza, determinación, perseverancia, trabajo duro, sacrificio, abnegación– que los capacitaría para realizar los grandes valores e ideales de la mejor humanidad.

3.2. Hablan los jóvenes

Los jóvenes no hablan mucho de sí mismos, pero cuando se les interroga proponen algunas ideas sobre cómo se ven a sí mismos, qué cualidades o rasgos consideran más relevantes en su propia forma de ser, en qué se diferencian entre sí los chicos y las chicas, etc.

La imagen que los jóvenes se forjan de sí mismos se despliega en cinco espacios que el sociólogo español Martín Serrano delinea así¹⁹:

- Actividad primordial y cultura y conocimientos que la acompañan, según los estudios que están realizando o el empleo y trabajo en el que se han insertado.
- Estatus al que pertenece, que el joven visualiza sencillamente como estatus de rico o de pobre.
- Ámbito de responsabilidad, diferente en los casados y los solteros.
- Ideas y prejuicios políticos: los jóvenes tienen una ideología de derechas o de izquierdas.

– Género y cualidades diferentes y características de los varones y de las mujeres.

En esos espacios los jóvenes desarrollan unas cualidades o rasgos que configuran su identidad, al menos en un primer nivel fenomenológico. Los jóvenes ven esos rasgos de una forma muy diferente a como creen que los mayores se los representan, y esa divergencia es a menudo causa de malentendidos y conflictos menores. El perfil juvenil visto por los mismos jóvenes y el imaginado por ellos en la mentalidad de los mayores puede verse así según el estudio mencionado ²⁰:

¹⁸ J. Elzo, «Reflexiones finales», en *Jóvenes españoles 99*, Fundación Santa María, Madrid 1999, p. 432.

¹⁹ M. Martín Serrano, *Los valores actuales de la juventud en España*, Instituto de la Juventud, Madrid 1991, pp. 16-29.

Autopercepción Heteropercepción

–Contestatarios 56% 74%

– Complicados 49% 79%

– Inmaduros 48% 85%

– Sin prejuicios 48% 49%

– Tolerantes 45% 25%

La imagen que los jóvenes tienen de sí mismos no es demasiado halagüeña, pero todavía lo es menos la idea que se hacen de la imagen que de los jóvenes tienen los adultos. La gran mayoría, a juicio de los jóvenes, los juzgarían inmaduros, contestarios y complicados, difíciles de comprender, de tratar y de convivir. Pero, profundizando: si un joven no es inmaduro, contestatario y complicado, posiblemente no es un joven, sino un niño o un adulto. De alguna forma y en alguna medida esos tres rasgos forman parte de la identidad propia de la juventud, aunque no es imposible que el joven los perciba como negativos, y en no pocos casos deriven en una baja estima de sí mismo.

La baja autoestima de los jóvenes, en efecto, ha sido señalada por la investigación sociológica como un rasgo central de la juventud actual ²¹. En el Informe *Jóvenes españoles 2005* los jóvenes eligen como rasgos más identificadores de la juventud el «pensar sólo en el presente», el «egoísmo» y el «poco sentido del deber y del sacrificio». Y entre los rasgos menos identificadores la «madurez», la «generosidad», la «solidaridad», el «sentido del trabajo» y la «lealtad en la amistad». Existe la posibilidad de que la imagen que de los jóvenes tienen los adultos, y que los chicos cap

²⁰ *Ibíd.*, p. 48.

²¹ J. Elzo, «Valores e identidades de los jóvenes», en *Jóvenes españoles 2005*, Fundación Santa María, Madrid 2005, pp. 75-79.

tan perfectamente en su trato con los profesores y los miembros de su familia, se superponga a la imagen que los jóvenes tienen realmente de sí mismos.

Es digno de anotar que los estudios sobre la juventud realizados en España apuntan a una evolución negativa de la imagen que los jóvenes tienen de sí mismos. En la década 1995-2004 el autodiagnóstico juvenil se ha vuelto más pesimista: aumenta el número de jóvenes que se juzgan a sí mismos, en cuanto colectividad, como consumistas, egoístas, presentistas, poco trabajadores, inmaduros y escasamente solidarios. Y llama la atención que un rasgo clave de la juventud, la independencia, que hay que leer como autonomía y

confianza en la propia experiencia para valorar situaciones y orientar la acción personal, haya ido disminuyendo como rasgo juvenil autopercibido. En los estudios de la Fundación Santa María la proporción de jóvenes que se ven a sí mismos independientes ha descendido 20 puntos en la última década (1994-2004) hasta situarse en el 34%.

3.3. Se preocupan los adultos; informan y desinforman los MCM

La gente mayor –padres, educadores, políticos, la sociedad, en suma– tiene una idea sobre la juventud muy diferente a la que expresan los jóvenes cuando son consultados o en sus manifestaciones informales. Los MCM se hacen eco de esas preocupaciones, quejas y denuncias de los adultos, muy a menudo las amplifican e introducen sesgos más bien de tipo negativo. Y la publicidad utiliza a los jóvenes con propósitos lógicamente mercantiles, y tiende así a destacar los aspectos más risueños del mundo juvenil: alegría, belleza corporal, simpatía, etc. Entre todos –los padres y los educadores, los profesores y el hombre de la calle, los MCM y la publicidad– surge en los escenarios sociales una variopinta imagen de los jóvenes que tiene a veces poco que ver con la de los científicos sociales.

La sociedad adulta percibe a los jóvenes en términos de riesgo, lo que no es de extrañar en una sociedad a la que se ha definido como «sociedad del riesgo» (Beck). En la construcción social de los jóvenes como «portadores de amenazas» (Lozano) y «agentes del riesgo social», los medios de comunicación de masas, la televisión como líder absoluto, han jugado y siguen jugando un papel clave.

Los jóvenes, en primer lugar, aparecen públicamente como patrocinadores de todos los movimientos reivindicativos y enfrentados con el «sistema», –en los años setenta se hablaba despectivamente del «*establishment*»–. Ese orden –o «desorden» social– no lo han creado ellos, aunque algunos jóvenes, bien situados socialmente, se aprovechan de él. Tampoco han creado los nuevos movimientos sociales que pretenden derrocarlo, pero militan en sus filas con entusiasmo indisimulado. Son los pacifistas, los «okupas», las feministas radicales, los devotos del movimiento *gay*, los enemigos de la globalización, los antisistema, etc.

Los jóvenes, en segundo lugar, son presentados como una amenaza cotidiana contra el orden público por su frecuente vandalismo callejero, su consumo desenfrenado de alcohol y drogas en la calle, sus fiestas ruidosas y perturbadoras de la tranquilidad nocturna.

Tercera amenaza: los adolescentes y jóvenes se convierten en un riesgo para las tres instituciones que encarnan por antonomasia la transmisión de valores, modelos y normas de vida: la familia, la escuela y la religión. Aman a sus padres pero se desentienden de las tareas y preocupaciones familiares, se enredan con amigos poco recomendables, se exponen a incontables peligros, desde el embarazo de las adolescentes hasta la adicción a las drogas. Se encuentran satisfechos en la escuela, pero un alto porcentaje desertan o fracasan en sus estudios, y hacen difícil la convivencia con los profesores y entre ellos mismos con la indisciplina, la violencia y el matonismo (*bullying*). Han sido bautizados y participan en mayor o menor medida en la vida de la Iglesia católica o de otras Iglesias y sectas, pero se declaran poco interesados por la religión, su asistencia a las prácticas y

servicios religiosos ha caído bruscamente en las últimas décadas y su compromiso vital con la Iglesia es minoritario.

Finalmente, los jóvenes representan el adiós a no pocos valores e ideales que las generaciones en el poder vivieron en su tiempo y han intentado transmitir después a la generación joven, con dudoso éxito. El compromiso activo con la política, la lucha por programas y proyectos ideológicos de variado signo, el amor a la patria de siempre o a una patria de rostro más joven o expresada con un término más «progresista», el respeto a las reglas democráticas, todo ello, desde diversas visiones de la polis, entusiasmó a las generaciones adultas, ahora en el poder político, familiar, cultural o social. Los jóvenes son, como se verá en la cuarta parte, crudamente pragmáticos, privatistas, presentistas y, muchos, encerrados alegremente en su «madriguera»: yo, amigos, estudios, diversiones, y poco más.

Desde una perspectiva histórica, Galland ha estudiado la evolución de la imagen de la juventud en la sociedad a lo largo de los tres últimos siglos, distinguiendo cuatro períodos distintos²²:

– En el *Antiguo Régimen* la juventud era considerada y valorada desde la perspectiva de la filiación y de la herencia. Los jóvenes eran vistos, ante todo, como hijos, excluyendo totalmente la posible estimación de los jóvenes como una categoría colectiva con cierta autonomía. El joven estaba en expectativa de sucesión, lo que proyectaba sobre la imagen del joven dos rasgos clave: la *impaciencia* por devenir aquel al que su apellido destina, y la *frivolidad*, pues realmente no es necesario el aprendizaje de responsabilidades, porque la sangre y la herencia garantizan todas las cualidades requeridas por su estatus. Se podía engañar y calmar la impaciencia mediante el disfrute de todo tipo de placeres.

– En la *Ilustración* predomina la imagen del joven desde la perspectiva educativa, pues, poco a poco, para triunfar socialmente, el mérito, conseguido mediante una buena educación, triunfaba sobre la «sangre». El joven era, fundamentalmente, el «que aprende para ser» y no el que espera llegar a ser un día lo que virtualmente ya es. La juventud ha dejado de cultivar la frivolidad, es estudiosa y está estimulada para un ideal de autorrealización personal.

– El *siglo XIX* actualiza en parte ese ideal, pero produce una imagen nueva: la juventud como relación de generaciones. En la primera mitad del siglo, predominó la forma romántica, exaltada, rebelde, expresión del no conformismo en un mundo inquieto y poco seguro de sus propios valores. Se impuso el sentimiento sobre la razón, la generación joven se reveló ávida de absolutos y se rechazó la estrechez de la cultura burguesa. Pero en la segunda mitad del siglo triunfó la familia burguesa y el joven se volvió más conformista. La juventud fue encuadrada en la escuela, y la familia se comprometió con la educación de sus hijos. La cultura racional y científica, ampliamente difundida en la sociedad, alentó esta nueva representación de la juventud.

²² O. Galland, *Sociologie de la Jeunesse*, o. c., pp. 57-58.

– El *siglo XX*, en su primera mitad, contempló el triunfo de esa cultura racionalista, científica y burguesa, y la emergencia y consolidación de una representación e imagen

de la juventud como proceso de difícil maduración psicológica. La dificultad va a proceder de las fuertes pulsiones sexuales, de la tiranía del sentimiento y del latente idealismo. No había comenzado aún a extenderse la rebeldía como seña de identidad de los jóvenes y se trataba más bien de la inadaptación o desadaptación funcional, que no impedía que la juventud fuera vista por los adultos, sobre todo por los políticos, como un grupo o categoría social movilizable en apoyo, real o simbólico, de los nuevos movimientos sociales. En las últimas décadas del siglo se vuelve a insistir en la primacía de la socialización de los jóvenes. Lo exige la sociedad tecnocrática. Esta exigencia renueva la imagen de la juventud como transición, pero acentúa las nuevas condiciones sociales en las que se efectúa ese difícil pasaje.

Los dos medios más poderosos de comunicación social, la televisión y la prensa, responden a unas pautas narrativas propias. Los relatos de la televisión están orientados a la reproducción social de las normas, las organizaciones y las costumbres, sobre todo en el terreno de las interacciones personales y de los conflictos privados. La televisión sitúa a los niños y jóvenes preferentemente en escenarios lúdicos, y en tal caso suele reservar para ellos funciones de protagonismo o de cooperante con el protagonista, mientras que cuando trata temas de actualidad prefiere prescindir de ellos. Cuando la prensa aborda el mundo de los jóvenes, sus relatos se orientan más bien a temas más relacionados con cuestiones sociopolíticas.

En su presentación de la juventud, el esquema corporal predominante en televisión suele articular los siguientes rasgos: adultos jóvenes, de piel blanca, estatura alta (en la publicidad) o media (en las series y programas), y contextura física proporcionada. Sobre este esquema se construyen las imágenes del cuerpo de los jóvenes con los siguientes matices:

- A los jóvenes se los prefiere de género femenino en la televisión y de género masculino en la prensa.

- El cabello no es rasgo de distinción de la imagen juvenil, pero tanto en los jóvenes como en los adultos se utiliza para discriminar entre géneros: la mayoría de las mujeres tienen el cabello claro, y entre los hombres predomina el oscuro.

- Los jóvenes aparecen con ropas deportivas con más frecuencia que los adultos.

- La desnudez o semidesnudez de los jóvenes es más frecuente que la de los adultos, y más en los programas que en la publicidad, y está más asociada a las jóvenes mujeres que desempeñan funciones comunicativas profesionales en los programas.

- En los programas con participación del público, como los concursos y similares, son más frecuentes los primeros planos de las partes del cuerpo que pueden suscitar la libido de los espectadores; en ocasiones las imágenes pueden ser procaces o morbosas.

Más allá de la imagen corporal interesa sobre todo el cuadro de cualidades que los MCM atribuyen a los jóvenes; con otras palabras, el *modelo de joven*, de él y de ella, que transmiten al gran público, incluidos los mismos adolescentes y jóvenes. En el caso de los adultos, la imagen transmitida contribuye a reforzar o debilitar la visión del joven como amenaza y riesgo, o, más bien, como promesa y futuro. En el caso de los niños, adolescentes y jóvenes el problema es más serio, porque lo que los medios transmiten es,

con gran frecuencia, una sugestiva serie de modelos de jóvenes a imitar. El recuadro siguiente sintetiza los aspectos fundamentales de los modelos presentados reiterativamente por la televisión y la prensa²³:

²³ V. Baca Lagos, *Imágenes de los jóvenes en los medios de comunicación de masas*, INJUVE, Madrid 1998, p. 158.

Modelo de la televisión Modelo de la prensa

- Joven exitoso, atractivo, feliz e integrado
- Asiduo de espacios lúdicos
- Función narrativa: protagonista o coprotagonista
- Imagen corporal: jóvenes (ellos y ellas), altos y gráciles, con ropa deportiva, a veces semidesnudos o desnudos

- Cualidades más destacadas:

Positivas

Merecidas

No corporales

Alegre, divertido, vital

Atractivo físico y sexual

Ventaja en la comparación con los demás

- Roles sociales de grupo primario

Relativos al ocio y entretenimiento

- Acciones en los grupos primarios

Interacciones sexuales o de pareja

- Objetivos vitales: satisfacción de necesidades
- Joven conflictivo, con problemas de integración
- Lugares públicos, igual que adultos
- Víctima
- Jóvenes varones
- Cualidades más destacadas

Negativas

Antisociables

Arriesgado, atrevido, decidido

Tristeza y sufrimiento

Malos

Desventaja en comparación con los demás

- Roles sociales de grupos secundarios

Relativos al orden público

- Acciones en los grupos secundarios

Alteración del orden público

- Objetivos vitales: alteración del orden público y rechazo al sistema social

La televisión mantiene un pulso con la prensa sobre qué cualidades se pueden atribuir a los jóvenes. En la televisión predominan las cualidades positivas, especialmente si se trata de jóvenes, mientras que en la prensa ocurre todo lo contrario:

las cualidades negativas superan ampliamente a las positivas.

En los modelos que transmite la socialización e intentan inculcar los padres y los profesores, además de los rasgos característicos de los adolescentes y jóvenes, ocupan un lugar primordial los roles que se piensan más adecuados para ellos. En general, la televisión asigna a los niños y los jóvenes roles «sexuales y de género», «biodiferenciales», «amistosos» y «relativos al ocio personal, con la familia o los amigos». Los roles profesionales y de pertenencia a grupos secundarios son más propios de la prensa. Frecuentemente a la mayoría de los jóvenes se les atribuye en la prensa el desempeño de roles relativos a la alteración o el mantenimiento del orden públicos: los jóvenes como riesgo y amenaza.

En lógica consonancia con el tipo de roles que los MCM asignan a los jóvenes, las actividades más destacadas de los mismos son las siguientes: actividades familiares y domésticas, y los comportamientos relativos a la sexualidad, al «cuidado del cuerpo», al consumo y la diversión. Las actividades de tipo científico y educativo son más propias de los adultos, según la prensa.

Esta imagen de los jóvenes que lanzan al gran público los medios de comunicación de masas no siempre es acogida favorablemente por aquéllos. La ambigüedad de la relación entre los jóvenes y los medios ha sido puesta en evidencia por numerosas investigaciones. La de «Jóvenes 94» así lo confirma, entre otras ²⁴. Los jóvenes consultados reconocen ampliamente que los MCM tienen bastante influencia en la opinión pública, pero ponen en duda su objetividad, muy en especial en relación con la imagen que presentan de la juventud. Para la mayoría, la imagen que dan sobre ellos es poco o nada verdadera, una «falsa imagen» que, en su opinión, es utilizada sobre todo para vender y estimular el consumo juvenil de todo tipo de bienes. La mitad de los jóvenes piensa que la imagen de la publicidad los infravalora.

²⁴ J. González-Anleo, «Los jóvenes frente a las instituciones», en *Veintiuno. Revista de Pensamiento y Cultura*, verano 2002, pp. 67-68.

4. La compleja identidad de los jóvenes

Hace más de un cuarto de siglo afirmaba el gran patriarca de la sociología norteamericana de los años sesenta, el profesor de la Universidad de Harvard Talcott Parsons, que el rasgo más significativo de la cultura juvenil era, junto a la preocupación por el sentido de las cosas, el desasosiego y zozobra por las cuestiones de identidad. Desasosiego perfectamente comprensible a la luz de la anomia y ritmo de cambio de la sociedad y de la impotencia de la generación adulta para proporcionar a los jóvenes una orientación directa y una clara y detallada definición de su situación ²⁵.

Es posible que los jóvenes no hayan cambiado demasiado a lo largo de las últimas generaciones; sus rasgos definitorios básicos pueden seguir siendo muy parecidos, pero el desafío de los tiempos cambia con cada generación que se interna en la arena social y política. El consumismo o la globalización no fueron conocidos en la realidad por los jóvenes de los sesenta o setenta, y la gran amenaza del siglo XXI, la amenaza ecológica, era prácticamente ignorada por los revolucionarios de Mayo del 68. En la «sociedad del riesgo» que el siglo XXI ha heredado de la última década del siglo pasado, la actual

generación juvenil se enfrenta con el desafío de su identidad, construida, en última instancia, sobre un proyecto de vida adecuado a la sociedad que le ha tocado en suerte.

4.1. La identidad como problema sociológico

do, aparece como un sentimiento consciente de posesión de una individualidad única, pero en momentos de desasosiego personal reviste la forma de nostalgia, de aspiración a la continuidad de la experiencia vivida y a la solidaridad con los ideales de un grupo, una categoría social, una comunidad.

La identidad es, además, una garantía de mismidad y de persistencia en la biografía personal. Así lo vio Erik Erikson en su trabajo pionero sobre la pérdida y crisis de identidad de soldados en la II Guerra Mundial, que habían perdido traumáticamente su *yoidad* y continuidad psicológica. Desde su perspectiva de psico-historiador, Erikson pudo afirmar que la identidad o *self* o yo mismo se presenta o bien en forma de *concepto de sí mismo*, o bien en forma de *experiencia de sí mismo* ²⁶.

La sociología acepta este punto de partida y da un paso más, internándose en la jungla de la compleja trama social de reconocimientos y no reconocimientos, afiliaciones y controles sociales, clases y categorías ²⁷.

Para los sociólogos optimistas, el mundo moderno ha ensanchado el campo de identidades abiertas al hombre, regalándole una individualidad abierta y algo flotante. Este doble obsequio –identidad abierta y exaltación de la individualidad– permite al individuo dedicarse afanosamente al descubrimiento de su yo íntimo, de su *self*, libre de las imposiciones de la cultura, y a la personalización de su entorno inmediato desde – como recuerda Lipovetsky– el mínimo de austeridad y el máximo de deseo, con la menor represión y la mayor comprensión posible ²⁸, y le brinda flexibilidad y libre configuración del yo desde la valoración de las diferencias de todo género, desde las étnicas a las sexuales.

Para los *sociólogos pesimistas* ²⁹, europeos sobre todo, desde la concepción heideggeriana y sartriana

La identidad perseguida existencialmente por los jóvenes y conceptualmente por los psicólogos y los sociólogos, que no acaban de ponerse de acuer

²⁵ T. Parsons, «*Youth in the Context of American Society*», en *Youth: Change and Challenge*, Daedalus, invierno 1962, p. 109.

²⁶ E. H. Erikson, *Identity, Youth and Crisis*, Faber, Londres 1968, p. 180.

²⁷ P. L. Berger, *Invitación a la sociología*, Limusa, México 1989, pp. 143-144.

²⁸ G. Lipovetsky, *La era del vacío. Ensayo sobre el individualismo contemporáneo*, Anagrama, Barcelona, p. 6.

²⁹ J. González-Anleo, *Para comprender la Sociología*, Verbo Divino, 3ª ed., Estella 1994, pp. 225-226.

del rol como aniquilador de la espontaneidad, la emoción, el sentimiento y la vida, la sociedad actual de masas conduce sutil pero inexorablemente a la alienación o enajenación, a la emergencia de personalidades narcisistas, a la fragmentación, privación del hogar espiritual y tiranía del sinsentido.

La sociología, puede concluirse, no tiene un concepto claro de la identidad. El término suele ser utilizado en la literatura sociológica en su acepción más amplia, como el sentido del yo y de las ideas y sentimientos sobre sí mismo, identidad femenina o

identidad de clase, por ejemplo. Se presupone que la identidad personal proviene de las expectativas asignadas a los roles sociales que ocupamos e interiorizamos a través del proceso de socialización, con mayor o menor intervención activa del sujeto socializado, que puede limitarse a utilizar los materiales que la socialización le proporciona.

La perspectiva constructivista parte de una relación dialéctica entre el individuo y la sociedad, y establece que el mundo social se caracteriza por la interacción de tres procesos o momentos: la externalización (la sociedad es producida por la actividad de los hombres), la objetivación (la sociedad se convierte en una realidad objetiva e independiente de la conciencia de los individuos) y la interiorización (el hombre es un producto de la sociedad).

Desde esta perspectiva constructivista, la identidad de un grupo o categoría social, como la juventud o los ancianos, es un constructo social que emplea como materiales las actitudes, mitos, rasgos, valores, objetivos, leyendas y arquetipos, y los somete a los procesos de objetivación y de interiorización. Mediante el primero, se atribuye a este constructo subjetivo el carácter de objetividad, totalidad, continuidad y necesidad. Mediante el proceso de interiorización esa construcción aparece como un dato (*donnée*) o supuesto que permite a un grupo mantener en diversas circunstancias un mínimo reconocible que, por una parte, garantiza cierta estabilidad en las percepciones e interacciones entre los miembros del grupo y, por otra, los hace sentirse diferentes a los «otros» y a menudo superiores.

La «identidad» es, a fin de cuentas, una herramienta que inventamos entre todos para ordenar y entender la realidad otorgándole el carácter ontológico que no posee, para interaccionar e intermanipularnos, para reconocernos iguales a algunos individuos y diferenciarnos de otros, y todo ello desde una expectativa implícita: la reciprocidad y el intercambio con los demás.

En el uso cotidiano del lenguaje, la «identidad» puede entenderse como una *representación construida por la sociedad*, que actúa en cierta medida como una definición, sometida a menudo a influencias ideológicas externas a la juventud y que gradualmente se va convirtiendo en una categoría privilegiada a través de la cual, como se ha visto, se expresan los miedos y los fantasmas de la sociedad. Pero la imagen que una época ofrece de su juventud tiene siempre algo que ver con la realidad social, bien porque la refleja en parte, aunque sea deformada, bien porque la trasciende y de esa manera inaugura así una representación nueva que acabará por imponer nuevas y estimulantes formas de ser joven (Galland).

Conviene tener muy presente, incluso en el caso de los jóvenes y de su presunto rasgo de *autenticidad* frente a la *hipocresía* de los adultos, que el sujeto puede ocultar su verdadera identidad, o ausencia de ella, detrás de las diversas *máscaras* con las que se presenta en la vida social (Goffman).

4.2. La identidad como desafío para los jóvenes

La búsqueda de identidad por parte de los jóvenes está inevitablemente marcada por la situación social y cultural en la que viven. Los jóvenes españoles, por ejemplo, disfrutaban desde los años noventa de un capital educativo inimaginable hace un par de

décadas: escolarización primaria total, escolarización secundaria en torno 70%, y 1.500.000 universitarios, el 30% del tramo de edad entre 18 y 25 años; unas oportunidades muy altas de viajar, conocer países y culturas, estar informados, dominar las novísimas tecnologías, consumir productos y servicios, ocio y cultura; y unos ámbitos de libertad como jamás ha disfrutado juventud española alguna: libertad relacional, sexual, religiosa, expresiva e ideológica –a pesar de la sombría presencia y tiranía del «pensamiento único»—. Muchos jóvenes latinoamericanos viven y trabajan su identidad en un entorno similar, aunque las diferencias entre países, regiones y etnias son mucho más marcadas que en el caso de la juventud española, sometida hace años a un fuerte proceso de homogeneización social y cultural.

Muchos jóvenes, revelan las encuestas, o no saben en qué proyecto valioso invertir ese triple capital, o carecen de motivos, ideales o modelos sugerentes para utilizarlo y hacer algo merecedor del esfuerzo inversor, o carecen, sobre todo, de un puesto de trabajo sólido y estable, la plataforma imprescindible para ponerse en marcha. La consiguiente indiferencia y apatía juveniles han sido denunciadas muchas veces. Fischer ponía en boca del «estudiante» el siguiente alegato ³⁰:

«¿Que si me interesan los estudios? Más bien no [...] ¿Que si me satisface mi trabajo? Más bien no [...] Ustedes nos reprochan la indiferencia, la falta de interés y el conformismo. Pero yo, ahora, les pregunto qué quieren ustedes realmente. Fuera de las oficinas están por el humanismo, la autorrealización de la humanidad y otras preciosas antiguallas, pero durante los días de trabajo no quieren saber nada de todo eso y piden conocimientos técnicos, especialización y adaptación a la sociedad industrial moderna [...] El padre Estado y la madre Economía se quejan de que el retoño académico no está suficientemente cualificado y, en consecuencia, transforman las escuelas superiores en talleres para formar especialistas cualificados [...] No apelen constantemente a nuestro idealismo: ¿A pelan ustedes alguna vez al idealismo de la llamada economía?»

Debe recordarse aquí la idea, ya mencionada en la primera parte del libro, de que la juventud de muchos países está atenazada entre una estructura económica neoliberal que, por una parte, niega a los jóvenes un puesto digno y estable de trabajo (y la asunción de responsabilidades adultas con él vinculadas), o lo reserva a los jóvenes fuertes, competitivos y excelentes, y, por otra, una cultura posmo

³⁰E. Fischer, *Problemas de la generación joven*, Ayuso, Madrid 1975, pp. 177-180.

derna que, al enervar valores, enfriar utopías, exaltar el presentismo y menospreciar las virtudes de fortaleza, sacrificio y trabajo duro, incapacita a muchos jóvenes para la dura lucha que exige el acceso en condiciones óptimas al mercado de trabajo. La educación, tanto la escolar como la familiar, no prepara a los jóvenes para esa «dura lucha», como puede observarse en el siguiente recuadro, extraído de la Encuesta Europea de Valores de 1999, con las respuestas de los adultos españoles consultados, que no se distinguieron demasiado del resto de los europeos, excepto en la bajísima estima española al trabajo duro y la abnegación:

CUALIDADES A DESARROLLAR EN LOS NIÑOS EN CASA

1. Buenos modales 86%

2. Sentido de la responsabilidad 85%
3. Tolerancia y respeto a los demás 82% ...
7. Determinación y perseverancia 27%
8. Trabajar duro 21%
9. Fe religiosa 20%
10. Abnegación 3%

Fuente: Datos de la Encuesta Europea de Valores, España 1999.

Es desconcertante esta conjunción o coincidencia entre un sistema económico, gran generador de riqueza pero cruel e inmisericorde con el buscador de empleo, y una cultura permisiva y hedonista blanda, no sacrificial, incapaz de inculcar un espíritu de lucha, una fortaleza interior. Bell ya había comentado esta contradicción flagrante del capitalismo.

Lo paradójico es que esta contradicción se cebe en una generación juvenil tan bien dotada de recursos de toda índole y liberada en muchos países, como nunca hasta ahora, de las históricas maldiciones que durante tantos siglos han cortejado a los hombres y mujeres: la incultura, la pobreza, la precariedad, la estrechez de horizontes, la represión...

Los jóvenes son las grandes víctimas del paro, y, como suele acaecer, los más indefensos por su bajo nivel educativo o de clase son los más castigados por el azote del desempleo ³¹. Pero para todos, la conquista juvenil del espacio social exterior – formación para el empleo, puesto de trabajo, pareja y hogar autónomo– se ha retrasado notablemente como consecuencia del desempleo. Como se ha precisado ya en la primera parte, este retraso de la integración laboral juvenil puede cifrarse en unos seis años, tomando en consideración el impacto del paro, la temporalidad de los primeros empleos y la prolongación de la etapa de formación ³².

Esta situación de paro, coinciden los estudiosos del fenómeno, implica consecuencias de largo alcance para los jóvenes:

- La inactividad, aburrimiento y falta de objetivos, con la lógica des-identificación con la sociedad y con un incremento de la anomia juvenil ³³.

- La exclusión social con sus conocidas secuelas, que el Consejo Económico y Social denunció en su momento con estas términos: «[El desempleo] tiene efectos sociales muy graves, especialmente de exclusión social, que lleva parejos la falta de participación y reconocimiento, el aislamiento y la pérdida de autoestima, lo que puede derivar en delincuencia, drogadicción y xenofobia...; (en conclusión) el paro y el subempleo de los jóvenes no sólo representa un despilfarro en recursos humanos, sino que puede constituir una amenaza para la cohesión económica y social» ³⁴.

¿Coinciden los jóvenes con este diagnóstico? Ciertamente. La gran mayoría de los jóvenes reconocen que sufren las consecuencias económicas del paro no sólo a través de las concomitantes carencias y privaciones materiales, sino, sobre todo, como factor condicionante que afecta directa y negativamente a los proyectos juveniles de futuro, y a la libertad y autonomía. Esta actitud de derrotismo moral ayuda a entender la proliferación de ciertas actitudes y comportamientos desviados o delictivos, desde la delincuencia y el tráfico de drogas hasta la prostitución juvenil y adolescente, la ludopatía y la emergencia de grupos y bandas urbanas violentas.

No todos los problemas de los jóvenes ni todos los riesgos para su identidad plena proceden, sin embargo, del paro o del sistema capitalista neoliberal. El clima cultural, la cultura posmoderna, ha privado a los jóvenes de los marcos de referencia iluminadores, del «músculo moral», que la dura lucha por un puesto en la sociedad competitiva exige hoy, de la capacidad de abnegación, sacrificio, de la fortaleza interior siempre necesarias y hoy necesarias, imprescindibles y urgentes.

La posmodernidad –caracterizada por el triunfo de lo leve sobre lo grave y pesado, del deseo sobre el deber, y por la exaltación del hombre psicológico, del corazón, la emoción y el instinto sobre el hombre racional y sobre la lógica– ha calado hondamente en la cultura juvenil.

En esta línea Finkelkraut ha comentado el triunfo de la *cultura rock*³⁵, en la que la emoción prevalece sobre la idea y la palabra, el «estar colocado» y el sentirse a gusto sobre el diálogo y la conversación, y el ser joven y sentirse joven se convierte en un imperativo social de los adultos, la juvenilización de la sociedad adulta.

A la cultura *rock* corresponde una ética narcisista, crudamente descrita por Antonio Blanch en el *V Informe FOESSA* sobre la situación social de España³⁶. Y a la ética narcisista –moral del juego, guiada por los deseos y por la imaginación, búsqueda de la libertad más que de la identidad, incoherencia personal como situación moral aceptable e incluso encomiable...– corresponde el predominio de las *virtudes blandas*: de la tolerancia, la responsabilidad, los buenos modales y la imaginación, por encima del

³¹ J. González-Anleo, «Efectos sociales del desempleo», en *Corintios XIII*, nº 83, julio-septiembre 1997, p. 165.

³² L. Garrido y M. Requena, *La emancipación de los jóvenes en España*, Instituto de la Juventud, Madrid 1996, pp. 239-243.

³³ *Jóvenes españoles 1994*, Fundación Santa María, Madrid 1994, p. 69.

³⁴ *El País*, 16 agosto de 1997.

³⁵ A. Finkelkraut, *La derrota del pensamiento*, Anagrama, Barcelona 1987, pp. 130-138.

³⁶ A. Blanch, «Pensamiento español y fe cristiana», en *V Informe sociológico sobre la situación social de España I*, FOESSA, Madrid 1994, pp. 790-793.

sentido del trabajo duro y de la austeridad, y muy por encima de la fe religiosa, la perseverancia y la abnegación, como se ha visto en un párrafo anterior.

En el ámbito político-social, la posmodernidad pronuncia la defunción de las ideologías y utopías, los grandes proyectos nacionales, los viejos ideales del progreso de la humanidad, y cede el paso al presentismo, rasgo central de la cultura juvenil.

La generación joven es una generación identificada por el «miedo al entusiasmo» – así se la ha bautizado –, resignada ante la inevitabilidad del mal, casi el 40% declaran su voluntad de no luchar contra él³⁷, y partidaria unánime de las reformas frente a los cambios revolucionarios, incluso entre los jóvenes que se posicionan más a la izquierda³⁸.

La juventud se ha rendido ante los encantos del hedonismo narcisista que proclama el valor superior de una existencia sin imperativos categóricos³⁹, el reino de la permisividad, nacida de la victoria de la ética subjetivista, cuya máxima expresión es la

resistencia a reconocer líneas divisorias absolutas entre el bien y el mal, y la función esencial del deseo como fuente de derechos, como se ha visto en la primera parte.

4.3. La identidad juvenil como imagen, representación y proyecto

En el terreno práctico, y siguiendo una reciente propuesta metodológica ⁴⁰, la identidad puede concebirse como el producto psicosociológico de la representación o imagen que un grupo, comunidad o categoría social se forja de su propia condición, in

³⁷ P. González-Blasco y J. González-Anleo, *Religión y sociedad en la España de los noventa*, SM, Fundación Santa María, Madrid 1992, p. 121.

³⁸ *Jóvenes españoles 89*, Fundación Santa María, Madrid 1989, pp. 244-245.

³⁹ G. Vattimo, *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica de la cultura contemporánea*, Gedisa, Barcelona 1986, pp. 52-53.

⁴⁰ M. Martín Serrano, *Historia de los cambios de mentalidades de los jóvenes entre 1960 y 1990*, Instituto de la Juventud, Madrid 1994, pp. 17-33.

tegrando en ella valores individuales, objetivos vitales e imperativos de acción; y todo ello en función de la interpretación del mundo que le ha tocado vivir. Representación de uno mismo, representación del entorno social y proyecto de acción serían los constitutivos de la identidad social de un individuo o de un grupo o comunidad.

La actual generación joven ha sido bautizada de diversas formas: «generación silenciosa», «generación aislada», «generación Y», «generación de la madriguera», «generación del pasotismo», «generación neoestoica», «degeneración puntual», «jóvenes que se encontraron a sí mismos condenados a seguir siéndolo» porque el paro les bloquea su integración en la sociedad... Todos estos nombres y otros similares no son más que etiquetas o términos sensacionalistas que, en el fondo, apuntan a una misma e idéntica juventud con serios problemas de identidad, derivados de la abundancia de horizontes vitales desdibujados, de las falsas rebeldías, de las contradicciones e incoherencias y de los obstáculos institucionales a su autorrealización.

a) La primera representación o *imagen que de sí misma tiene esta juventud* es cruda, realista, poco halagüeña. Se ha visto claramente en un apartado anterior. Una investigación española a mediados de los noventa ⁴¹ destacaba los tres rasgos positivos que la juventud consideraba buenos definidores de su identidad: la tolerancia y ausencia de prejuicios (46%), la solidaridad y generosidad (44%), y la independencia, sobre todo (55%). Y frente a ellos, tres negativos: el consumismo (51%), el egoísmo y vicio (52%), y la carencia de sentido del deber y del sacrificio (34%). La rebeldía era mencionada por la mitad de los jóvenes, que seguían aceptando este tópico, tan romántico y, probablemente, tan carente de justificación en esa coyuntura de la vida española. Aún no se había despertado la conciencia antisistema y antiglobalización, y los clásicos adversarios de los jóvenes habían sido en cierta medida «domesticados»: los padres habían firmado solemnemente la paz con los hijos, aun a costa de una merma en la función de mantener las normas e inculcar determinados valores sociales, y la sociedad se había convertido a la permisividad y la complacencia con las nuevas costumbres juveniles.

⁴¹ *Jóvenes españoles 94*, Fundación Santa María, Madrid 1994, p. 11.

Ha sido el *consumo* el que ha ocupado esta plaza vacante, la de la falsa rebeldía, y se ha convertido, junto con la *independencia*, en seña de identidad de los jóvenes hoy. Con dos matices:

– *La independencia juvenil* no se identifica con la emancipación, tan erizada de dificultades, sino con la autonomía personal, que implica la defensa de la privacidad en cuanto espacio de creación del propio carácter y de nuevas formas de vida y experimentación ⁴². La independencia/autonomía de los jóvenes se traduce también en un recelo generalizado a la heteronomía respecto, sobre todo, a la familia y a la Iglesia. El único criterio aceptable es «lo que a uno le salga de dentro, sin hacer caso a lo que digan los demás». Así en tres ámbitos centrales de la vida: en política, en religión y en moral y costumbres.

– *El consumo*, que los jóvenes asocian con la autonomía y la autorrealización, fue rechazado por los jóvenes de los años sesenta como enemigo declarado, precisamente, de la tan preciada autonomía. En los años noventa se ha desarrollado un doble proceso: los jóvenes han aceptado axiológica y prácticamente el consumo, y la sociedad ha mitificado a los jóvenes en él. En la etapa anterior los grandes mitos y fetiches de la juventud habían sido, desde la perspectiva de los adultos, el sexo y la rebeldía y acción política.

Se afirma así una primera seña de identidad juvenil: el consumismo, sobre todo en el ámbito de la diversión y de las aficiones típicamente juveniles, la música en primera fila.

b) El segundo factor en la construcción social de la identidad juvenil es la *representación que los jóvenes se hacen del entorno social*, que perciben como oportunidad, riesgo o amenaza. Una «representación», en sentido durkheimiano, incluye percepciones y valoraciones, adhesión y participación. Los principales entornos representados por los jóvenes, o presentados por los MCM a su observación y dictamen, son la familia y los amigos, la política y la religión.

– La valoración de las relaciones familiares y de la familia misma como factor de felicidad es muy alta. Se percibe la familia como la fuente principal de felicidad, se reconoce la gratificación derivada del «estar en casa», por razones de apoyo y cuidados materiales y porque se los acoge bien ⁴³, pero aunque la mayoría de los jóvenes viven en casa de los padres, los más, sobre todo la segunda juventud, a partir aproximadamente de los veinte años, preferirían tener un hogar propio, con o sin pareja.

Una de las razones de ese sentirse a gusto en casa es que la familia que predomina entre los jóvenes es la *familia permisiva*, con la que el conflicto, si así puede ser designado, se reduce a discrepancias menores sobre el sexo y la política. Aunque en más de un caso se trata probablemente de discrepancias verbales más que sustanciales. En relación con la *política*, hasta hace pocos años un foco de discusiones, divergencias y hasta conflictos entre padres e hijos, la postura predominante de los jóvenes hoy es el desinterés: sólo una sexta parte confiesan que están interesados (*mucho o bastante*) por la política, y sólo una tercera parte que están bien informados de lo que pasa en política

⁴⁴.

No debe olvidarse que la familia es la principal donadora de sentidos, de ideas clave sobre el mundo y la vida, como han revelado encuestas diversas, tanto españolas como

latinoamericanas.

– Los amigos constituyen el entorno más cercano y cálido para los jóvenes después de la familia, y los que proporcionan mayor satisfacción vital y dicen las cosas importantes sobre las ideas e interpretaciones del mundo y sobre los problemas cotidianos, siempre, claro está, después de los padres.

Los amigos, el grupo, la pandilla, son el «alma» de la gente joven, el principio vital que hay que te

⁴²H. Béjar, *El ámbito privado. Privacidad, individualismo y modernidad*, Alianza, Madrid 1990, pp. 68-69.

⁴³ *Jóvenes españoles 94*, o. c., pp. 55-56.

⁴⁴ F. Andrés Orizo, *Sistemas de valores en la España de los 90*, Fundación Santa María, Madrid 1991, pp. 242-243.

ner siempre presente, activo, cerca, sin el cual no puede un joven imaginarse una actividad cualquiera, sobre todo el disfrute del tiempo libre.

–Los jóvenes se representan el *entorno político* con notable desinterés, pero con exigencias, reclamando el derecho irrenunciable a participar en política aunque sea casi inexistente la pertenencia juvenil a partidos políticos. Todos los jóvenes, prácticamente, se ubican en el espacio democrático, sin fisuras, y aparecen escorados ligeramente hacia la izquierda.

– Entre las representaciones juveniles del entorno, la de la *religión*, en cuanto tradicional y en otros tiempos omnipresente agencia de donación de sentidos, ocupa –en teoría– un lugar relevante. En teoría, porque la explosión de derechos y libertades, el rechazo de autoridades y tutelas y, sobre todo, la secularización han operado en un doble sentido, de deconstrucción y reconstrucción de la religiosidad juvenil. La deconstrucción de la religiosidad juvenil ha borrado buena parte de la memoria religiosa del universo juvenil: ritos y calendarios sagrados, oraciones tradicionales, figuras y acontecimientos del cosmos cristiano, etc. Ha minimizado, además, el papel de las instituciones religiosas clave: ciertos sacramentos, buena parte de las normas, sobre todo las de cariz biopolítico –sexo, cuerpo, vida–, pertenencias y fidelidades. La *religión light*, sincretista, algo blanda, poco amiga de las escatologías, amable y permisiva, podría ser en la sociedad actual una seña de identidad de la generación joven.

c) *El proyecto y la acción*. El tercer elemento constitutivo de la identidad juvenil es la representación del proyecto –fines– y de la acción –medios necesarios para la realización del proyecto–. Los jóvenes se perciben mediocrementemente interesados en ideales, *sin* proyectos o programas para transformar el mundo, sólo *con* planes más o menos puntuales, y con una firme voluntad: preservar sus «nichos de relación» propios. Hay minorías juveniles con proyecto y embarcadas ya en acciones de orientación social, benéfica y religiosa. Los jóvenes participantes en movimientos sociales, nuevos movimientos religiosos y ONG de variados objetivos e ideologías dan testimonio de su presencia.

Puede decirse, sin embargo, que en el mundo juvenil actual sigue prolongándose la «generación de la madriguera» (Leavitt), cuyos valores básicos son la democracia, la

prosperidad y el consumo, dados por supuestos por la mayor parte de los jóvenes, excepto en algunos países. De forma muy destacada y como objetivo primordial, el éxito socioeconómico. Y como muy destacada, la libertad y autonomía al servicio de la autoexpresión y autorrealización, que muchos jóvenes identifican con el «vivir a tope». Es decir, más la *libertad negativa* (Berlín) –el espacio libre de obstáculos e intervencionismos del Estado, y de todas las instituciones «encargadas» del control social, la Iglesia en primer lugar– que la *libertad positiva*, la posibilidad personal de desarrollar plenamente las propias potencialidades.

Anexo:

Todo el mundo habla de la juventud

Se han seleccionado para ilustrar este capítulo dos artículos de periódico recientes y de cierta resonancia. Se ha completado con una síntesis de la presentación a la prensa del informe *Jóvenes españoles 99*, dirigido por Javier Elzo. El contraste de opiniones y de valoración de los adolescentes y jóvenes es aleccionador.

Los *medios* construyen una imagen de la juventud interponiendo potentes filtros entre los hechos y la articulación y exposición de los mismos. Los filtros pueden ser ideológicos, políticos, moralistas o sensacionalistas, o, consistir, sencillamente, en un refrito de la última lectura del autor o de su penúltima experiencia personal con algunos niños, adolescentes o jóvenes, objeto de su pequeño trabajo literario. A veces, no demasiadas, la intuición e imaginación «poética» del autor le proporciona pistas y claves para una lectura más profunda de la realidad.

La *sociología* parte de teorías sólidamente contrastadas, de otras investigaciones empíricas y de interpretaciones de los hallazgos sobre la realidad juvenil y, desde estas premisas, busca sus propios datos, los somete a un análisis científico lo más exhaustivo posible y llega a conclusiones que ofrece al lector con prudencia y todas las reservas posibles.

La sociología es una ciencia muy joven y todavía algo inexperta. Sus instrumentos de investigación no son ni de lejos comparables a los de las ciencias naturales. Ni pueden serlo. Las muestras sobre las que se basan las recogidas de datos le suelen parecer con frecuencia demasiado pequeñas al mismo sociólogo que las ha diseñado. Pero los resultados a los que llega con su trabajo están siempre por encima de las opiniones personales, los rumores de un grupo, el «se dice que», el «todo el mundo piensa» o el «lo he sabido de buena fuente».

En su estudio clásico sobre el problema de la desigualdad educativa, Jenks (1972) confesaba con sinceridad: «El método que hemos utilizado puede contener considerables errores. En nuestra defensa sólo podemos alegar que el volumen de estos errores es ciertamente menor que si nos hubiéramos contentado tranquilamente con consultar a nuestros prejuicios, que parece ser la alternativa más habitual.»

El lector avisado hará bien en utilizar estas dos fuentes de conocimiento de la realidad social, y otras que su buen juicio le recomiende: el decir de los grandes maestros, las lecciones de su propia experiencia, el sentido común bien educado, los trabajos de los científicos sociales serios y no sometidos a ningún «ismo» determinado,

del pasado o del presente.

• *Un escritor, Antonio Gala, afirma: «Los jóvenes son inclasificables, las encuestas no sirven para nada». «Carta a los herederos» (El País dominical El País dominical 10-94)*

«Hoy os escribo de algo de lo que estáis hasta las narices: estudios y opiniones sobre vosotros. Siempre tenéis la sensación de que os falsean. O peor, de que llevan razón sólo en parte. [...] Las estadísticas y las encuestas os trocean: olvidan que cada uno de vosotros es poliédrico, contradictorio y posiblemente inclasificable. Se asegura que sois los sucesores de quienes en la postguerra fueron utópicos, y políticos clandestinos y férreos trabajadores. Y que sois herederos de quienes en la transición fueron dogmáticos y aspiraron a cambiar el mundo con sus programas racionales.

Vosotros, en cambio, se dice, –sois pasotas [...] sois los ausentes de la política; no creéis en los partidos–, ¿quién cree?, –y habéis vuelto la espalda a la utopía. Sois felices –se asegura– viviendo con vuestros padres, en cuyas decisiones participáis y con quienes sólo discutís por cuestiones baladíes o, en último término, por política o sexo.

Sois, ante todo –se insiste–, pesimistas: ni el éxito depende para vosotros de la constancia familiar, ni os obsesiona el prestigio; os conformáis con la estabilidad en el trabajo y un salario correcto. Ya no aspiráis a mejorar vuestro entorno, ni tenéis grandes proyectos de futuro, sino que os ceñís a actividades concretas.

O sea, sois espectadores, pero no protagonistas del espectáculo que montaron vuestros padres. [...] Habéis asumido en plenitud –se concluye– los objetivos de la sociedad de consumo y sois los beneficiarios del mayor bienestar material que ninguna generación ha tenido en la reciente historia de España... Eso dicen. Me gustaría saber si vosotros os reconocéis en semejante espejo.»

• *Un periodista, Eduardo Verdú, concluye un muy subjetivo artículo sobre la generación adolescente confesando su impotencia para comprenderla: «Los adolescentes son de otro planeta»*

«Desprecio adolescente» (*El País*, 8-3-2005)

«El adolescente se ha sentido siempre incomprendido, oprimido por una sociedad ajena que lo censuraba y adoctrinaba contra su voluntad. Hoy el desprecio es mutuo. Estamos ante la generación de quinceañeros más egocéntrica, maleducada, escandalosa y autodestructiva. [...] Los adolescentes se han transformado en una especie de tribu urbana totalmente desconectada no sólo de la generación precedente, sino de cualquier joven que supere los 25 años.

Es usual encontrarlos montando follón en las últimas filas de los cines, haciendo ruidosos comentarios jocosos sobre las escenas de la pantalla, gritando o riendo con el estruendo de un humor tan privado como elemental, vacilándoles a los chinos en tiendas de comestibles hasta que son expulsados con sus gigantescas bolsas de gominolas y su aliento a frutos secos. [...]

Los adolescentes no se identifican con el resto de los ciudadanos ni éstos con los adolescentes. Los quinceañeros no comprenden por qué tienen que volver a casa antes de los cuatro de madrugada, ni qué hay de malo en mostrar el tanga por encima de la minifalda. Sus padres tampoco entienden cuál es la causa de que sus hijos esnifen cada

vez más cocaína ni comiencen a beber a los trece. [...]

La falta de información o de diálogo entre padres e hijos es siempre la causa alegada para explicar el desfase de los adolescentes, pero ésta es la prole más aleccionada de la historia en asuntos de estupefacientes o sexo. Se “colocan”, sin embargo, como nunca antes y a edades cada vez más tempranas. O bien, la tasa de embarazos entre chicas de catorce a diecisiete años ha venido a duplicarse en la última década. [...]

El adolescente no muestra interés por escuchar ni dialogar. Es una actitud esquiva y desdeñosa la que le blindo frente a las advertencias de las campañas antidroga o a las torpes y desafinadas charlas de sus padres sobre marihuana o sexo a la hora de cenar. Los progenitores están seriamente preocupados [...] por la ascendencia de una nueva “estirpe” cada vez más encerrada en sí misma, enrocada contra la autoridad y contra el resto de reglas ajenas a su tribu [...]

Quizás la única alternativa de acercamiento entre los chavales y los demás sería asumir que no tienen un problema porque fumen porros o adoren la violencia en los videojuegos, sino que son así: extraños, distintos.»

estudiantes, hasta con sus profesores. Aunque consideren el paro como el principal problema, de hecho se nota que sienten ya menos angustia ante el futuro que los jóvenes de no hace más de cinco años. Además, ya sabemos que, dado el bajón de la natalidad española, hoy los jóvenes españoles son cada vez menos numerosos, en un momento de bonanza económica.

Se sienten y, cuando se les pregunta, se dicen libres, pero no están libres. Tienen fuertes ataduras con la familia de origen y viven muchos años, demasiados años, en la dependencia familiar, escolar, social, experimentando en lo que quieren, pero sin la responsabilidad de tener que dar cuenta de lo que hacen. Nunca tantos jóvenes han tenido tantas posibilidades de construir sus esquemas referenciales, sus propios valores, hasta sus propios proyectos de vida. Nunca estos proyectos han estado menos determinados por su familia de origen, lo que no quiere decir, en absoluto, que no estén muy condicionados por la impronta familiar.

Quiero significar que nunca generación alguna ha sido tan autónoma, con un horizonte menos predeterminado, más abierto. Ésta es su ventaja y su riesgo.»

Lecturas recomendadas

• *Un sociólogo, Javier Elzo, denuncia: «Nunca una generación ha tenido tanto» (rueda de prensa de Javier Elzo del 16 de febrero de 1999, para la presentación del Informe «Jóvenes españoles 99»).* Las palabras de Elzo traen a la memoria las ya lejanas de Albert Camus: «Pudiendo tanto, se atrevieron a hacer tan poco».

«Tienen unos equipamientos materiales como generación alguna ha tenido, unas posibilidades de estudio a bajo costo y con escasa exigencia, inéditas. Tienen consejerías, concejalías, institutos de la juventud y demás entidades específicas para la juventud, por doquier. Nunca se han construido más equipamientos juveniles que estos años. Tienen descuentos [...] en mil sitios y circunstancias. Para viajar, por ejemplo.

Se dicen razonablemente satisfechos, contentos con su familia, con la escuela, con sus amigos, y los

- A GUIRRE BAZTÁN, A. (ed.), *Psicología de la adolescencia*, Marcombo, Barcelona 1994.
- BACA LAGOS, V., *Imágenes de los jóvenes en los medios de comunicación de masas*, Instituto de la Juventud, Madrid 1998.
- LEVI, G., y SCHMITT, J. C., *Historia de los jóvenes, II La Edad Contemporánea*, Santillana-Taurus, Madrid 1996.
- ORTEGA, F., y otros, *La flotante identidad sexual. La construcción del género en la vida cotidiana de la juventud*, Instituto de Investigaciones Feministas y Universidad Complutense de Madrid, Madrid 1993.
- REVILLA CASTRO, J. C., *La identidad personal de los jóvenes. Pluralidad y autenticidad*, Entinema, Madrid 1998.
- RAMÍREZ GOICOECHEA, E., *De jóvenes y sus identidades. Socioantropología de la etnicidad en Euskadi*, CIS, Madrid 1991.
- SPRANGER, E., *Psicología de la edad juvenil*, Revista de Occidente, 6ª edición, Madrid 1966.

III Las claves del fenómeno social «juventud»

1. La música que aman los jóvenes, su mente y su sensibilidad

La música es el medio directriz de todas las culturas juveniles. La música les aporta la velocidad, el ritmo de la vida en sus escenarios, influye en su estado de ánimo y transporta su filosofía.

Klaus Farin

La música empapa todas las esferas de la cultura juvenil, hasta el punto de que se hace difícil, como se pondrá de manifiesto en las próximas páginas, abordar alguna de ellas sin hacer mención a su faceta o su expresión musical. En los últimos años, debido en parte a la miniaturización tanto de los reproductores como de sus precios, este fenómeno ha ido haciéndose cada vez más visible. Los jóvenes escuchan música en el metro, en el autobús, en el gimnasio, en el patio del colegio, en la biblioteca, paseando por la calle o tumbados plácidamente en el parque. Desde los coches, con las ventanillas bajadas, músicas de todos los estilos invaden el entorno urbano, en ocasiones demasiado estruendosa para el gusto de los adultos. Incluso en el trabajo, si no existe explícitamente ninguna norma en contra, los altavoces de los ordenadores de los más jóvenes suenan, desde las primeras horas de la mañana hasta el cierre, a volúmenes que varían según la tolerancia de los compañeros.

Éstos son solamente los entornos más visibles para aquellos que no cuentan con un acceso directo al mundo juvenil, sólo una muestra de cómo la música está presente en cada momento del día a día juvenil, convirtiéndose en una auténtica «banda sonora» de su quehacer cotidiano. Sin embargo, el alcance y la penetración de la música en sus vidas va mucho más allá de estos *momentos residuales*, ocupando un lugar central en momentos y espacios centrales en sus vidas, desde la propia identidad hasta el uso del tiempo libre, las relaciones de amistad o de pareja, el estilo en el vestir, la configuración del gusto estético o su peculiar relación con los medios de comunicación.

1.1. Música como signo de identidad juvenil

a) *Jóvenes del mundo entero, ¡uníos!*

Desde su aparición en los años cincuenta y sesenta del pasado siglo, el *rock*, el *pop* y todas las corrientes que hasta nuestros días se han ido desgranando de aquellas primeras *músicas jóvenes* son, ante todo, el signo de identificación juvenil por excelencia. La *música joven* ha sido durante los últimos cincuenta años, tanto para los propios jóvenes como para los adultos que contemplan a la juventud desde perspectivas menos implicadas, el elemento constituyente de la condición de *ser joven*¹.

El origen de esta alianza puede ser rastreado hasta las primeras manifestaciones del fenómeno en los años cincuenta, con la aparición del *rock'n'roll* en Estados Unidos. En aquellos años, tres grandes fenómenos confluyeron en la creación de una nueva realidad, distinta de cualquier fenómeno musical precedente. En primer lugar la emergencia, rápida difusión y éxito sin precedentes de esta nueva forma de música como resultado de los avances y las nuevas aplicaciones de la tecnología en la escena musical permitió un

cambio radical en las condiciones de producción, distribución, recepción e impacto². La música tradicional burguesa, como denomina Peter Wicke a la anterior al *rock*, estaba basada en una forma contemplativa de escucha, en salas de conciertos o en auditorios. Aunque ya existían gramófonos y receptores de radio, el criterio tradicional de la apreciación musical rechazaba la banalización de esta forma de escucha. Con los nuevos medios de recepción, la escucha de una pieza musical, podía variar en intensidad, desde una intensa que demandaba una alta concentración, hasta una parcial, repartida entre muchas actividades y contextos cotidianos.

Frente al anterior, los otros dos fenómenos están relacionados con las condiciones de la propia juventud de los años cincuenta. Acababa de ser acuñada por aquellos años, en primer lugar, la expresión «sociedad de consumo». Los jóvenes se encontraban, por primera vez, en una situación de bienestar económico relativo que les permitía explorar una situación en la que los ingresos eran cada vez mayores sin contar, a su vez, con las responsabilidades típicas de los adultos ni, por supuesto, con sus gastos. Como consecuencia, a comienzos de los años sesenta el mercado juvenil se encuentra ya en pleno funcionamiento y en búsqueda de mercancías culturales apropiadas para un nuevo segmento de potenciales consumidores³. La música *rock*, junto con todo el universo estético por ella generado, se convertirá en el primer producto estrella destinado a este nuevo segmento.

Asimismo, en tercer lugar, las transformaciones de las condiciones de vida y, más concretamente, el impacto de esta nueva condición en los valores sociales de trabajo y tiempo libre tuvieron un gran impacto en la forma de relacionarse los jóvenes con la música. La división del trabajo, típicamente fordista y taylorista, así como las crecientes dificultades generadas por este sistema de producción para el ascenso y la planificación de una carrera a largo plazo, remueven los pilares del sistema de valores del primer capitalismo. En este contexto, los jóvenes comienzan a percibir el trabajo como una simple actividad enfocada a la obtención de ingresos para las actividades de ocio, hacia las que se reorientan todos sus ideales de vida.

El aspecto *rebelde* de la nueva música, presente por lo demás en otras corrientes anteriores como el *jazz*, no tiene tanta importancia en un primer momento para su rápida expansión como el hecho de que comienza a ser tomada en serio por la nueva generación de jóvenes. Además, debido a su falta de poder social en aquellos años, «la música *rock* es desplazada a un contexto en el no se define en términos musicales, sino en términos políticos»⁴. La experiencia *rock* de finales de los años cincuenta se convierte, así, en su primera experiencia colectiva propia, transformándose poco a poco en una señal de identidad no ya de clase social o de una etnia concreta, sino de toda una generación.

Se hace conveniente recordar en este sentido que Elvis, para muchos el primer fenómeno generacional de masas, derriba la frontera étnica al usar

¹ I. Mejías Quirós y E. Rodríguez San Julián, *Jóvenes entre sonidos. Hábitos, gustos y referencias musicales*, INJUVE/FAD, Madrid 2003, p. 26.

² P. Wicke, *Rock Music. Culture, aesthetics and sociology*, Cambridge University Press, Cambridge 1990, pp. 8s.

³ D. Gaines, *Teenage wateland: suburbia's dead end kids*, Pantheon, Nueva York 1991.

⁴ P. Wicke, o. c., p. 105.

música hasta el momento *negra*, un fenómeno que se repetirá en siguientes estilos musicales. Paralelamente, la rápida difusión de los estilos a través de los nuevos medios de comunicación derriba las fronteras entre países. De esta forma, la música *rock* aporta un marco de experiencia que permite a los adolescentes y a los jóvenes sentirse una comunidad, por encima de todas las diferencias sociales y frente a la generación de los adultos, quedando establecido para las siguientes generaciones, como subraya Simon Frith, un interés por el *pop* no exclusivo de ningún país o clase, de ningún fondo social educativo, sino por primera vez directamente relacionado con la edad, «una relación concreta entre la música *pop* y la juventud»⁵.

Esta perspectiva histórica nos permite abordar la distinción, tan compleja como esencial, entre *música joven* y *música de los jóvenes*. ¿Realmente es posible hablar de una *música joven* que lleva ya cincuenta años *de gira* por el mundo, frente a otra *de adultos*? ¿Puede seguir considerándose joven una actuación de los Rolling Stones, en la que un Mick Jagger sexagenario se lanza al escenario con mallas y con el torso desnudo y vuelve a cantar *I can't get no satisfaction* ante cientos de miles de seguidores de veinte, treinta, cuarenta, cincuenta, sesenta años? Es probable que muchos jóvenes actuales consideren la música de décadas anteriores, la que marcó la identidad de sus padres y abuelos, música «de adultos». Los gustos en este campo evolucionan cada vez a mayor velocidad, hasta el punto de que no se hace extraño, como también sucede en el mundo de la moda, encontrar jóvenes de quince años que desconocen y miran con cierto desdén la música de sus hermanos apenas unos años mayores. La identificación generacional con diferentes estilos o corrientes musicales avanza, en ocasiones, mucho más rápido de lo que lo hace el relevo generacional.

Y, sin embargo, toda esta música, desde el *rock* y *pop*, puede seguir identificándose como música joven no solamente porque un gran número de los integrantes de las nuevas generaciones sigan escuchando y sintiéndose conmovidos por ella⁶

⁵S. Frith, *Sounds effects. Youth, leisure and the politics of Rock'n'Roll*, Pantheon, Nueva York 1981, p. 15.

(movidos en muchas ocasiones por los periódicos *revivals* y todo tipo de rentable reciclaje acústico), sino también por la ruptura que supuso esta música con la anterior, manteniéndose intacto desde aquel entonces y pese a las numerosísimas transformaciones, fusiones y cambios de estilos, el modelo o paradigma fundamental de aquella ruptura.

Además, los padres no han perdido totalmente su influencia sobre los gustos musicales de los hijos. Aunque en muchos casos los jóvenes mantengan la imagen romántica de que los padres no tienen ningún tipo de influencia sobre sus propios gustos (llegando incluso a negarlo con firmeza), varios estudios cualitativos han puesto de manifiesto un gran peso de éstos, lo que se hizo evidente a la hora de relatar sus trayectorias musicales⁷.

b) «*Sympathy for the Devil*»: la rebeldía siempre renovada

Como se ha analizado en el apartado anterior, tres grandes fenómenos *estructurales* confluyen en un determinado momento histórico y son fundamentales para comprender

la emergencia y fuerza con la que la música *rock* se alía con el mundo juvenil. Estos tres fenómenos siguen, sin embargo, sin poder explicar por sí solos el impacto tan profundo que tiene la música en los jóvenes. Falta el «alma» de la música, su relación con la «estructura del sentir»⁸ propia de una nueva forma de concebir la juventud vigente desde mediados del siglo pasado y que, quizá sólo por inercia, aún no ha caducado. Porque hablar de identificación entre jóvenes y música es una cosa, y otra muy diferente es hacerlo de la «explosión de entusiasmo musical» o «sentimiento religioso» con el que tan acertadamente identifica Allan Bloom esta relación. Para comprender un fenómeno de tales dimensiones, y de tan amplia extensión, es necesario sumergirse en una especie de «ética *rock*» y su relación con el espíritu del recién nacido concepto de juventud.

⁶ P. González-Blasco, «Relaciones sociales y espacios vivenciales», en *Jóvenes Españoles 99*, Fundación Santa María e Ignacio Megías Quirós y Elena Rodríguez San Julián, Madrid, o. c.

⁷ D. Laughey, *Music and Youth Culture*, Edinburg University Press, Edimburgo, pp. 132 y ss.

⁸ R. WILLIAMS, *Cultura y sociedad*, Nueva Visión, 1958.

Ya Max Weber, en su análisis sobre la evolución de la música anterior al siglo XX, apuntaba dos de las características de ésta que, a partir de la segunda mitad de siglo, desentonarán profundamente con el nuevo sentir de la juventud: su racionalización y, como consecuencia de ésta, la ausencia de la improvisación personal del intérprete. Miles Davis, uno de los gigantes del jazz, reflejará no sin cierta mofa esta carencia de la música clásica a la hora de describir los quebraderos de cabeza que le supuso *educar* a los intérpretes para que introdujeran, en la partitura original de Joaquín Rodrigo, algo propio, una pizca de improvisación, de rebeldía frente al pentagrama. Para Weber, la música occidental, al igual que sucedía con el resto de las artes, se había ido adaptando al creciente proceso de racionalización, sufriendo una suerte de matematización por la que el sentimiento y la inspiración del artista quedaban encorsetados en pentagramas cerrados, materialización musical de su famosa metáfora de la jaula de hierro. La ruptura con este modelo se convertirá en una de las características más destacables del jazz, alcanzando sus cotas más altas primero con el *bebop* en los años cuarenta y, más adelante, en los sesenta, con el *free jazz*.

Sin embargo, pese a su relativo impacto en ciertos grupos de jóvenes universitarios en los años sesenta, el jazz no llega a calar en el gusto de una masacrítica de jóvenes como para ser adoptada como símbolo generacional. Su rabiosa rebeldía innata, precursora de la que caracterizaría al *rock* y al *pop*, queda eclipsada para una gran masa de jóvenes por su complejidad melódica. Sin embargo, desde sus comienzos, el *rock* presenta ya características similares a las del jazz, quedando organizado de acuerdo con unos principios básicos de improvisación distintos tanto de sus precursores (la música *folk*, el *blues*, la primera música *pop* de baile) como de la música clásica y, además, sin la complejidad estructural del jazz.

A diferencia de un miembro de orquesta sinfónica, a un músico de *pop* y *rock* poco le interesa adaptarse a una imagen sonora determinada, sino que busca su sonido propio, individual, para el que no existen tanto criterios estéticos predeterminados como expresivos y emocionales. Frente a la racionalidad, el preciosismo y hasta la *melosidad*

clásica, el *rock* ofrecía sonidos duros y claros. Los instrumentos se volvieron expresivos, cargándose con *la voz de su amo* y rompiendo los filtros de reglamentos sonoros. La voz de los intérpretes, por su parte, exaltaba las asperezas e imperfecciones, que permitían, como nunca antes, expresar la individualidad del artista, ofreciendo gritos, quejas, acusaciones y lamentos que, para la sensibilidad de una generación que estaba comenzando a forjar su *autoconciencia de jóvenes*, resultaban más cercanos y *auténticos*.

Desde el comienzo de estas nuevas expresiones musicales hasta nuestros días, los estilos anteriores a la eclosión del *rock* son incluidos por parte de los jóvenes en la vasta categoría de *música de adultos*, y éstos, a su vez, responden creando una categoría, tan vasta como la anterior, de *música de jóvenes*, estruendosa, *feísta*, amoral y de dudosa calidad (atendiendo, por supuesto, a los principios estéticos convencionales). Esta contraimagen adulta explica, en parte, el tiempo que tardó la *música joven* en ser considerada en el ámbito académico como objeto de estudio serio y de interés. Como pone de relieve Joan-Elies Adell Pitarch⁹:

La música popular contemporánea puede plantear algún que otro problema a quien tiene como principal objetivo determinar su significado, sobre todo si tenemos presente que las herramientas metodológicas y la ideología dominante en la musicología tradicional resultan del todo inadecuadas y poco eficaces a la hora de realizar análisis críticos. La música popular contemporánea es una clase de música que no puede ser reducida con facilidad a una descripción estructural, como sí lo es la llamada música «clásica».

Este doble proceso de mutua exclusión por parte de jóvenes y adultos tendrá, en los siguientes decenios, un gran impacto en el desarrollo de nuevas formas musicales, así como en la manera en que la juventud se apropia de ellas. Lo que en un primer momento puede definirse como un acto de afirmación de la recién acuñada sensibilidad e ideología joven frente a una sociedad adulta, más adelante se convertía en una forma de hacer y sentir la música. La primera ruptura melódica se adentra, así, en todo un universo de experimentación acelerada en los años sesenta y setenta, en la que la búsqueda de la autoexpresión, individualismo y rebeldía alcanzará sus cotas más altas, reflejando perfectamente la cosmovisión de varias generaciones, de la que las siguientes ni podrán ni querrán desmarcarse: el joven rebelde, provocativo y marcadamente antisocial o, en su defecto, asocial.

⁹ J.-E. Adell Pitarch, «La música popular contemporánea y la construcción de sentido: más allá de la sociología y la musicología», en *Revista Transcultural de Música*, disponible en <http://www.sibetrans.com/trans/trans3/adell.htm>.

Los orígenes de esta cosmovisión se encuentran en el rechazo de la generación *beat* a las formas tradicionales de vida norteamericana. Escritores como Jack Kerouac o Allen Ginsberg mostrarán en sus escritos el lado oscuro de este estilo de vida (sexo, drogas, alcohol y, por supuesto, *rock'n'roll*), teniendo una enorme influencia sobre los nuevos movimientos juveniles, sobre sus contraculturas y, por supuesto, sobre los nuevos planteamientos de la música joven. Además, como señala Peter Wicke, a pesar de que la mayoría de los músicos de aquella época provenían de clases medias, sin haber

experimentado la vida cotidiana de los adolescentes y jóvenes de clases bajas, aprendieron a reflejar las inquietudes y el descontento de éstos, desarrollando, un sentido del artista individualista y anti-sistema que constantemente se expresaría en las pugnas con las discográficas ¹⁰.

Queda cerrado, así, el círculo de identificación. Durante generaciones se ha acusado al *rock* de ser un *mal maestro* de la juventud, de pervertir o de ser «comida chatarra para el alma» ¹¹. Llegan incluso a proliferar los libros que investigan la relación del *rock* con los movimientos satánicos, libros en los que se busca, hasta en canciones reproducidas al revés, incluso el más pequeño indicio de invocaciones satánicas, considerándolo, en palabras de Bacchiocchi, «un movimiento revolucionario “religioso” contracultural y anticristiano que utiliza su ritmo, melodías y letras para promover, entre otras cosas, una visión mundial panteísta/hedonista, un abierto rechazo de la fe y los valores cristianos, la perversión sexual, la desobediencia civil, la violencia, el satanismo, el ocultismo, el homosexualismo y el masoquismo» ¹². Nada más ni nada menos.

A la espera de pruebas fehacientes de esta relación, lo que sí se puede afirmar sin miedo a equivocarse es que estas acusaciones no han hecho más que servir de inspiración y reforzar, desde el exterior, la imagen misma de la música joven, incluso cuando su espíritu rebelde, o satánico si se prefiere, hacía ya muchos años que apenas era un mero signo de identidad, sin relación alguna ni con las letras de las canciones, ni con las melodías, ni con la propia juventud.

1.2. La música como hecho social juvenil

Escribir de música es como bailar de arquitectura. Frank Zappa

Un filósofo español describió la música como «el máximo de estremecimiento con el mínimo de materia». El sentimiento es algo difícilmente verbalizable o racionalizable y, por lo tanto, algo muy complejo de estructurar. Efectivamente, la música conecta con una parte del ser humano tan profunda, tan íntima y, se podría decir, tan *intransferible* que tratar de abordar los sentimientos que produce o crear clasificaciones sobre los significados que puede tener para las diferentes colectividades, en ocasiones puede parecer que no tiene mucho sentido. Este continuo empeño en sistematizar y organizar el sentimiento ha llevado a algún estudioso del tema a recordar que, en muchos casos, lo más obvio es precisamente lo que, en este tipo de análisis, con frecuencia es pasado por alto: la propia música.

¹⁰ P. Wicke, o. c., pp. 91 y ss.

¹¹ A. Bloom, *The closing of the american mind*, Touchstone, Nueva York 1987, p. 73.

¹² S. Bacchiocchi, *La música rock y el cristiano, un estudio acerca de los principios bíblicos de la música*, Bíblica, Perspectivas, Santiago de Chile 2000, p. 75.

Cuba África Jamaica Estados Unidos Otras

España África Jamaica/G.B. EEUU/G.B. España G.B./Francia/Portugal

Punto Trova Son Afro^{Spirituals} New Orleans Charleston Militar **1930** Guajira Bolero
Caribe Otras, Folk

Colombia Caribe, Venezuela Brasil Montuno Folk Blues Gospel

Big Band/Swing

Guaracha Mambo Modern Jazz **1950** RnB RocknRoll

Rocksteady Soul Latin Jazz **1960** Ska Modern Folk

1970 Nueva Trova Rock Salsa Reggae_{Funk}

1980

Songó_{Rap} Disco Pop

HipHop

1990 Timba Dancehall Swing Bomba, Plena, Merengue, Cumbia

Soca, Conga, Zouk, Bossa, Samba Novísima Trova Reggatón **2000**

Nota: «Afro» se refiere a varios géneros afro-cubanos, incluyendo rumba, comparsa y música religiosa.

Sin embargo, como ya en su momento demostraron los monumentales estudios de Theodor W. Adorno, existe una relación dialéctica entre la sociedad, sus estructuras y sus instituciones, por un lado, y, por otro, su música. Efectivamente, ésta constituye un hecho social innegable, ya que ha sido creada, a lo largo de la historia, con fines concretos que cumplir en la esfera pública, por y para grupos de personas que asumen papeles sociales diferentes respecto a ella y, por último, porque es des

La música me sirve de compañía 60,9 Me gusta que me divierta, me anime 60,3
Recuerdo situaciones o personas 52,6 Consigue modificar mi ánimo 52,1 Me gusta que me recuerde situaciones 44,4 Me gusta que sea pegadiza 43,9

Es importante que la pueda compartir 40,3

Me gusta que sea innovadora 40,3

Elijo música según el estado de ánimo 39,6

Es importante que la letra me diga algo 38,7

Me gusta la que tiene éxito, muy conocida 36

Me gusta que me haga sentir diferente 29

Es importante que esté cantada en mi idioma 23,9

Es importante que sea española 20,1

010 20 3040 50 6070 %

Fuente: I. Megías Quirós, E. Rodríguez San Julián,
Madrid 2003.

Jóvenes entre sonidos. Hábitos, gustos y referencias musicales, INJUVE, FAD,

tinada a una determinada audiencia, concebida como grupo social con gustos particulares asociados a sus rasgos culturales¹³.

a) *Significación de la música para los jóvenes*

En todas las épocas, el hecho de escuchar música ha respondido a una serie de necesidades fundamentales del ser humano¹⁴: crea una burbuja de quietud dentro de la actividad diaria, en ocasiones frenética; permite compensar frustraciones cotidianas o colmar deseos y sueños truncados, al tiempo

¹³ J. Hormigos y A. Martín Cabello, o. c., p. 261. ¹⁴ P. González-Blasco, o. c., 208.

que aporta la energía necesaria para seguir soñando o para volver a hacerlo cuando hace mucho que el mundo circundante amarra a un realidad demasiado áspera; abre una brecha de poesía en los muros invisibles que llevan, como asegura el dicho francés, del metro al trabajo y del trabajo a la cama... Asimismo, el poder de la música para rehabilitar

momentos del pasado, evocando recuerdos de gran trascendencia en la biografía personal, no puede ser comparado con el de ninguna otra forma de expresión conocida.

El significado otorgado por los jóvenes actuales a la música que escuchan no se desvía tanto de estas funciones señaladas, lo que se pone ya de manifiesto en las palabras utilizadas para describir lo que representa en sus vidas: placer, evasión, distracción, alegría, diversión, identidad, identificación, comunicación e independencia ¹⁵. En *Jóvenes entre sonidos*, Ignacio Megías y Elena Rodríguez exploran los elementos más valorados por la juventud española en relación con la música, permitiendo hacerse un mapa detallado de sus relaciones de significación.

El estudio revela que los elementos más valorados por los jóvenes son, fundamentalmente, de tipo instrumental y funcional, desde dos grandes perspectivas: en la primera, de carácter relacional, la música se convierte en un vehículo indispensable para la diversión y en un nexo de unión con otras personas, mientras que en la segunda, más íntima y personal, actúa como acompañante y medio evocador de recuerdos o sensaciones vividas. Así, como puede verse en el gráfico 1, los efectos que produce la música en los jóvenes son los de servir de compañía (ya sea en soledad o acompañados por los amigos, en la casa o en la calle), proporcionar diversión, alterar el estado de ánimo, evocar el recuerdo de personas o situaciones, etc. Los autores de este estudio destacan cuatro grandes espacios de interés según el análisis factorial de las anteriores variables ¹⁶:

- *Elementos emotivos*: es el grupo de elementos más extendido, resultando de gran importancia para uno de cada cuatro jóvenes. Este espacio conceptual incluye todos aquellos aspectos de la relación con la música que remiten a las sensaciones y vivencias personales vinculadas a la emotividad. En él se integran todas las afirmaciones sobre su importancia como memoria histórica y sentimental, su capacidad evocativa de las personas y situaciones. Se incluye dentro de este aspecto, además, la utilización de la música como instrumento para variar el estado de ánimo y su facultad para producir sensaciones que puedan modificarlo, así como la importancia de la función de acompañamiento de las letras de las canciones.

- *Elementos comprensivos*: incorporan todas las cuestiones relacionadas con la capacidad de interpretación y comprensión global, así como con su capacidad de provocar desde empatía hasta con-

¹⁵ A. M. Green (ed.), *Des jeunes et des musiques. Rock, rap, techno...*, L'Harmattan, París 1998, p. 109.

¹⁶ I. Mejías Quirós y Elena Rodríguez San Julián, o. c., pp. 100 y ss.

ción con la propia cultura. Es de gran importancia en este punto la comprensión de las letras de las canciones.

- *Elementos diferenciadores* expresan todo aquello que la música implica de cara a la cohesión y el reforzamiento grupal, bien en relación con un grupo más amplio (subcultura, estilo estético, etc.) o más reducido (grupo de amigos, pandilla, etc.). Dentro de este elemento es muy valorada su capacidad para servir de puente o de contacto con otros, para establecer puntos de encuentro que permitan diferenciar a los tuyos del resto.

- *Elementos indiferenciadores*: conviven sin aparentes problemas con los anteriores,

tanto en la práctica juvenil como en su discurso cotidiano, permitiendo al joven concebirse diferente frente a otros, sin dejar de tener, al mismo tiempo, interés por participar en movimientos o acontecimientos musicales en los que pueda sentirse uno más. Dentro de este elemento resalta, por lo tanto, el interés por la «música pegadiza», por la que «tiene mucho éxito» y la que «conoce todo el mundo».

b) *La música como fuente de socialización y de identificación*

El estudio del poder socializador de la música se remonta a las primeras observaciones sobre su relevante papel en las subculturas juveniles emergentes en los años cincuenta y sesenta. A comienzos de la década de los sesenta, David Riesman advertía ya del pulso que comenzaba a echar a las agencias de socialización tradicionales como la familia y la escuela. La música se estaba convirtiendo en un auténtico símbolo de búsqueda de identidad y autonomía, siendo usada como refuerzo de identificación con el grupo de iguales, como mecanismo para establecer una identidad separada de la de sus padres y como vehículo para canalizar la energía tan típicamente adolescente de rebeldía *contra mundum*. Para una comprensión correcta de este papel de la música es necesario, antes de nada, visualizar la esfera musical tal y como lo hacen los propios jóvenes, ampliando ésta a todo un conjunto de factores circundantes que están hoy en día tan integrados en el fenómeno musical juvenil que no puede hablarse propiamente de éste, como tampoco de su poder socializador, sin tenerlos en cuenta:

– *Las canciones*: en su doble dimensión, musical y verbal, aportan al joven una visión específica del mundo, de la sociedad, de las relaciones con sus padres, amigos o parejas, así como de su papel en todas esas tramas relacionales. Además, ofrecen a los jóvenes una priorización de valores a los que ser fiel e incluso por los que merece la pena sacrificarse o luchar. Aunque la letra de las canciones puede considerarse prioritaria en la transmisión de mensajes socializadores ¹⁷, no pueden pasarse por alto las numerosas formas en las que el componente musical *habla* al joven sobre un estilo de vida, sobre valores o sobre sí mismo, aunque su mensaje resulte más difícil de analizar objetivamente.

– *Ídolos*: algunos de los artistas, en su papel de ídolos musicales, desempeñan una función tan importante en el desarrollo de las visiones del mundo de adolescentes y jóvenes como la propia música por ellos interpretada. Su forma de vestir, su actitud vital (provocadora, infantil, seductora, ambigua, despreocupada, agresiva, individualista...), sus opiniones y sus declaraciones, su forma de vida (relaciones amorosas, incidentes con la policía, anécdotas de la vida del grupo, etc.), desempeñan un papel, en este sentido, tan relevante como la propia música.

– *Videos musicales*: los *videoclips*, surgidos en los años sesenta como forma de promoción de *singles* y de grupos musicales, alcanzan su máximo esplendor en los años ochenta a través de la mítica cadena MTV, que produce un cambio en la forma de acercarse a la música, de conocer a los artistas y de formar estilos ¹⁸, como nuevo modelo conductual e imitativo para numerosos jóvenes. Por un lado, el *videoclip* se consolida como canal privilegiado de acercamiento de los artistas, de su *look* y su estética a los jóvenes. Por otro, esta forma de unión imagen-música ofrece un lenguaje

estético-visual que se unirá a las letras de las canciones y a la música, proponiendo una nueva forma de transmitir velocidad, movimiento, historias fragmentadas y posmodernas. «El *videoclip* musical», escribe Lipovetsky, «no hace sino encarnar el punto extremo de esa cultura de lo *express* (...), nos hallamos ante los índices de I.P.M. (ideas por minuto) y ante la seducciónsegundo». De esta forma, independientemente del estilo musical concreto, el *videoclip* tiene un papel de gran relevancia en la socialización juvenil en los valores de la posmodernidad y de la sociedad consumista (hegemonía del presente, celeridad, inmediatez, etc.), convirtiéndose, en opinión del autor, en «la expresión última de la creación publicitaria y de su culto a lo superficial»¹⁹.

– *DJs y eventos musicales*: no conviene olvidar el papel de algunos *disc-jokeys* (DJs) y el gran protagonismo que éstos han alcanzado en los últimos decenios en el panorama musical no solamente por su función original de meros pinchadiscos (y, en consecuencia, de filtros musicales), sino también como organizadores de eventos y escenas musicales. Verdaderos nuevos héroes de la música, de la noche y de la marcha, los *DJs* se convierten en los sumos sacerdotes del éxtasis colectivo. Su destreza, su intuición y su olfato podrán arruinar una noche o convertirla en una obra de arte de la que, una vez creada, sería imposible volver a separar sus ingredientes: música, gritos, cuerpos, drogas, adrenalina, sudor, luces, sexo...

No menos importantes que los anteriores factores circundantes se revelan, a la hora de hacer una valoración completa del proceso de socialización, las diferentes *escenas* en las que éste tiene lugar, aportando un *mapa* de geografías musicales. Richard Peterson y Andy Bennett definen el concepto de *escena musical* como «los contextos en los que grupos de productores, músicos y *fans*, de forma colectiva, comparten sus gustos musicales comunes y se diferencian colectivamente de otros»²⁰. Este término fue utilizado por

¹⁷ E. Morín, «La industria de la canción», en *Sociología*, Tecnos, Madrid 1994.

¹⁸ A. M. Sedeño Valdellós, «Música e imagen: aproximación a la historia del vídeo musical», *Área Abierta*, nº 3, julio 2002.

¹⁹ G. Lipovetsky, *El imperio de lo efímero*, Anagrama, Barcelona 1987, p. 240.

²⁰ R. Peterson y A. Bennett, «Introducing Music Scenes», en A. Bennett y R. A. Peterson (eds.), *Music Scenes. Local, Translocal and Virtual*, Vanderbilt University Press, Nashville 2004, p. 1.

primera vez por los periodistas en los años cuarenta para caracterizar las formas de vida bohemias y marginales asociadas al mundo de la música *jazz*, extendiéndose a partir de entonces a una amplia paleta de estilos y subculturas (East Village, London Theatre, Gótica, Punkie, Hip-Hop, etc.). Aunque cada escena es única, pueden reconocerse, en su enorme dispersión, tipos distintivos que comparten entre ellos características comunes. Los anteriores autores establecen tres tipos generales de escenas en la actualidad, que pueden ser identificados como grandes áreas de la geografía musical juvenil:

– *Escenas locales*: son las que mejor corresponden a la noción clásica de *escena* al estar agrupadas en torno a un foco geográfico específico. La producción y difusión musical en ellas está estrechamente relacionada con cuestiones específicamente locales, como la situación socioeconómica de la región, ciudad o barrio, la camaradería, el deseo

creativo o la necesidad de escapismo espiritual. Pese a estar confrontadas en ocasiones múltiples expresiones de la vida musical (y estética), todas ellas reflejan de diferentes formas las sensibilidades locales, así como los antagonismos y preocupaciones de un espacio delimitado geográficamente. En este sentido, lo que caracteriza a estas escenas es la *relación orgánica* que se establece entre la música y la historia cultural de la localidad, así como la forma en que estas escenas utilizan el flujo musical transnacional para construir sus narrativas particulares sobre lo local.

– *Escenas translocales*: las diferentes escenas arraigadas en un entorno geográfico-temporal específico están en contacto regular con otras similares en lugares distantes, interactuando las unas con las otras a través del intercambio de grabaciones, bandas de música, *fans* y *fancines*, formando una red a escala nacional o transnacional. Mientras la interacción cara a cara característica de las escenas locales (en clubes u otro tipo de espacio urbano en el que se congreguen los miembros) tiene una gran importancia en la configuración de identidades, el continuo flujo entre escenas translocales es fundamental para la creación y rápida difusión de innovaciones estilísticas, lo que, a su vez, sirve para la creación de comunidades afectivas que trascienden la necesidad de relaciones cara a cara como requisito imprescindible para la pertenencia a una corriente musical. Un buen ejemplo actual de la fuerza de estas redes transnacionales lo ofrece la cultura *dance*, sostenida por el constante flujo de afinidades más allá de los límites nacionales y continentales, como se pone de manifiesto en eventos como el *Love Parade* en Berlín, meca de la música electrónica y *dance* desde 1989, así como en todas las ciudades que han clonado bajo el lema «One World, One Loveparade»: Santiago de Chile, Viena, Tel Aviv, México, San Francisco, etc. Este tipo de festivales han mostrado la fuerza de la interconexión entre escenas locales, reuniendo a devotos de todos los lugares del planeta y permitiéndoles vivencias musicales y personales de gran intensidad que se reflejan en la formación de un espíritu identitario.

– *Escenas virtuales*: el desarrollo en los últimos años de las tecnologías de la comunicación y su rápido calado en las costumbres comunicativas de los más jóvenes ha brindado a éstos unas herramientas de gran utilidad para la creación de comunidades virtuales centradas en sus gustos musicales. Los *chat-rooms* son un entorno de gran utilidad para estos contactos, por lo general mucho menos puntuales que los eventos translocales. En estas *habitaciones*, al igual que sucede en la escena local en los clubes, los conciertos y otros eventos, los *fans* se comunican vía internet, compartiendo experiencias y opiniones, y fortaleciendo así el sentido de pertenencia a una escena particular. Se diferencia de las anteriores, por el contrario, por la naturaleza de la interacción (cara a cara en el caso de las escenas locales, mediada en el caso de las virtuales), la limitación habitual de edad (con rangos más amplios en el caso de la virtual), la intensidad (mayor en el caso de las segundas) y el contenido específico de la interacción, que en el caso de las escenas locales integra un enorme abanico de variables, como el sexo, la edad o la etnia, de menor importancia en las virtuales²¹.

²¹ S. S. Lee y R. Peterson, «Internet-based virtual music scenes: The case of P 2 in Alt. Country Music», en A. Bennett y R. A. Peterson (eds.), *Music Scenes. Local, Translocal, and Virtual*, Vanderbilt University Press, Nashville 2004, pp. 191 y ss.

Es un error muy frecuente, por último, asumir como un hecho tanto la endogamia musical de la mayoría de los jóvenes como su identificación mayoritaria con el grupo a través de la música, imágenes éstas derivadas en muchos casos de la identificación que se hace entre la música y las subculturas juveniles. Muy pocos jóvenes en la actualidad admiten, por el contrario, poder ser identificados por la música que escuchan. En el estudio de Mejías Quirós y Rodríguez San Julián, algo menos de uno de cada siete jóvenes afirmaba poder ser identificado «bastante» o «mucho» con sus gustos musicales, el 8% admite gustarle ser identificado y sólo el 5% asume una relación directa entre su aspecto físico y sus gustos musicales, reconociéndose la gran mayoría seguidores de una pluralidad de estilos y definiéndose a sí mismos más por negación (lo que no les gusta) que por filiación.

El uso de la música como factor de autoidentificación sigue estando en estrecha relación con la fuerza reivindicativa y, se podría aún decir, antisistema de los estilos musicales, así como con las subculturas juveniles específicas. No es de extrañar, a la luz de los datos aportados por este estudio, que sean precisamente las músicas más reivindicativas o incluso socialmente *destructivas* (*heavy, rap/hip hop, punk/hardcore*) las que mayores cuotas de sentimiento de afiliación inspiran entre los jóvenes frente a músicas más cultas (*clásica, jazz*) o las de baile (*dance/disco, flamenco*), menos relacionadas con la rebeldía juvenil o con las subculturas.

Puede hacerse, en este sentido, una clara distinción entre aquellos jóvenes para los que la música es *un elemento más de sus vidas*, careciendo de vínculos profundos con su identidad personal o grupal, y aquellos para los que la música constituye un elemento central de ellas, proveyéndoles de códigos para su cosmovisión, su identidad social y sus relaciones sociales. Dan Laughey ofrece un esquema en el que presenta los tipos ideales de los que hacen un uso intensivo de la música y de los que hacen un consumo casual ²².

²²D. Laughey, *Music and Youth Culture*, Edinburg University Press, Edimburgo 2006.

Uso intensivo Consumo casual

Exclusión grupal basada en el gusto

Inclusión grupal basada en el gusto

Gustos alternativos Gustos populares Relaciones personales específicas

Relaciones personales amplias

Esfera pública Esfera privada Orientación masculina Orientación femenina

2. Jóvenes y consumo

Si los jóvenes son valorados como algo en la sociedad actual, ese valor reside en su papel como consumidores.

Steven Miles

La música, y junto a ella todo su universo simbólico, fue una de las primeras experiencias de consumo dirigidas a los jóvenes. De su mano, éstos comenzaban a entrar, sin ser muchos conscientes de ello, en la sociedad consumista. La diferencia entre la relación de los jóvenes con la música y su relación con el consumismo radica en que, mientras el espíritu joven de los años cincuenta y sesenta se dejaba caer sin resistencia en las nuevas formas musicales, permitiendo que llenasen sin ninguna objeción sus

cabezas y sus corazones, aceptándola y amándola como algo propio, el consumo compulsivo era rechazado en un primer momento por gran cantidad de ellos como algo ajeno, como parte del mundo adulto que se trataba de negar. Aquellos jóvenes no parecían conscientes de que la mansión del consumismo tiene muchas entradas, siendo el anticapitalismo y el anticonsumismo, en muchas ocasiones, una *puerta falsa* muy transitada. Se planteaba, de esta forma, la paradoja esencial del temprano consumo juvenil que José Castillo, pionero en el estudio de la sociedad de consumo en España, formulaba contundentemente a finales de los sesenta:

Los jóvenes (...) han invadido el escenario de la vida social, con el papel de protagonista, justo en la sociedad de consumo. Ésta les ha facilitado los medios: independencia de los padres, medios de subsistencia propios, movilidad geográfica y psicológica, objetos de consumo distintivos...; aunque también trata de someterlos a sus propios dictados: pretende convertirlos en reclutas del consumo. De aquí la postura ambivalente del joven y la diversidad de actitudes y conductas de los distintos sectores de la población juvenil. No obstante, lo que impresiona de modo indiscriminado al mundo adulto es la rebeldía de la juventud, su no aceptación de los preceptos y bondades de la sociedad opulenta²³.

¿Rebelión contra *el creador*? La sociedad consumista, que aporta a la juventud las bases materiales y simbólicas necesarias para su aparición como categoría social, es paradójicamente rechazada o simplemente despreciada por los jóvenes. En la actualidad, cuarenta años después de aquella primera toma de contacto, el panorama ha cambiado radicalmente: los jóvenes se saben perfectamente integrados en la sociedad de consumo, reconociéndose, sin recelo ni complejo alguno, como sus más aventajados reclutas. Así se pone de manifiesto en los últimos estudios de *Jóvenes Españoles* de la Fundación Santa María: la mayoría de los jóvenes (60%) reconoce hoy en día el consumismo como su seña de identidad más característica, por encima del resto de rasgos presentados: rebeldía, presentismo, independencia, egoísmo, solidaridad, tolerancia, etc.²⁴.

Las nuevas generaciones nacen hoy en una sociedad autoconscienciada y orgullosa de su ideología consumista y, más importante si cabe, en un ambiente familiar en el que aprenden a consumir con la misma naturalidad con la que aprenden cualquier otra habilidad social, moral o económica. Desde la infancia, el niño se ve animado por sus padres a participar en esa función, adquiriendo las actitudes y los conocimientos adecuados: los padres prohíben o dan luz verde a los deseos de compra de sus hijos, les instruyen en los pasos a dar durante el proceso de consumo, mantienen conversaciones con objeto de hacerles comprender mejor las decisiones que ellos mismos toman, les hacen participar en sus prácticas como espectadores y les otorgan una autonomía cada vez mayor para desarrollar sus propias experiencias o para influir en las de la familia²⁵.

Este proceso ha venido acompañado, además, de una apropiación de *lo joven* como categoría fundamental del consumo. Al mismo tiempo que se produce un progresivo envejecimiento de las sociedades occidentales, la sociedad consumista ha consolidado *lo juvenil* como un valor social de referencia, convirtiendo la resistencia frente al envejecimiento en una exigencia consumista que encuentra su proyección en un sinfín de

productos cosméticos, adelgazantes, antioxidantes, etc. No han faltado, de hecho, quienes han justificado el éxito de la sociedad de consumo «por su apoyo en la regresiva tendencia fáustica hacia una eterna juventud»²⁶. Desde esta segunda lectura de la relación entre juventud y consumismo puede constatarse cómo la sociedad de consumo completa su reclutamiento de los jóvenes con una usurpación de su imagen o, por lo menos, de su derecho a crearla por sí mismos, proponiendo lecturas simplificadas e idealizadas de la juventud que eclipsan su realidad cotidiana, al ofrecer una imagen de éstos como dinámicos, independientes, guapos, triunfadores, divertidos, despreocupados, sin problemas, etc.

Este fenómeno, sin duda, tiene consecuencias muy lucrativas. Si la juventud *necesita* definirse a sí misma, como ya se ha visto en capítulos anteriores, en contraposición a *lo adulto* y, a su vez, lo adulto trata de emular a la juventud, absorbiendo sus signos, el juego de desmarque e imitación se acelera. La cuestión ya no es solamente, por lo tanto, que la juventud se defina a sí misma frente a lo adulto, si

²³ J. Castillo Castillo, «Los jóvenes y la sociedad de consumo», en *Revista del Instituto de la Juventud*, nº 20, Madrid 1968, p. 17.

²⁴ *Jóvenes Españoles 99* y *Jóvenes Españoles 2005*, Fundación Santa María, SM, Madrid 1999 y 2006.

²⁵ J. Bree, *Los niños, el consumo y el marketing*, Paidós, Madrid 1993, p. 104.

²⁶ J. Callejo, «La lógica redmediática del consumo de los jóvenes», en *Sociedad y Utopía*, nº 15, Madrid, p. 193.

no que, para hacerlo, ha de huir de una auténtica *persecución simbólica*, necesitando constantemente una redefinición estética, lo que acelerará más aún el constante giro de la rueda de la emulación y de la moda.

apoyado en los medios de comunicación, constituyen la quintaesencia del consumismo juvenil.

a) *Consumo relacional*

2.1. Consumo juvenil: más allá de los objetos

Para comprender el consumo juvenil hay que trascender su *cesta de la compra* cotidiana y entrar de lleno en su naturaleza profunda, no comprensible sino como *tipo ideal* de la personalidad consumista. En este sentido, se hace necesario diferenciar entre las primeras sociedades de consumo, en las que las características más importantes son estructurales, y las sociedades consumistas propiamente dichas, en las que el consumo no solamente puede ser contemplado como una actividad generalizada, sino como una forma de vida. Habitualmente, el término *consumismo* es comprendido como exceso de consumo, en su forma más compulsiva o incluso patológica. Sin embargo, como apunta Steven Miles, este concepto no tiene tanta relación con la irracionalidad o la compulsividad, sino que ha de ser entendido como «la expresión y manifestación cultural del acto aparentemente ubicuo de consumir (...), como una expresión psicosocial de la intersección entre lo estructural y lo individual dentro del marco del consumo»²⁷.

El giro de las primeras sociedades de consumo, basadas en la adquisición en masa de bienes y servicios, a una *sociedad consumista* puede ser fijado en los años ochenta, en los que el consumo adquiere una función cultural desconocida hasta el momento, tanto por su función de mito como por su transformación en ideología dominante. Esto explica

por qué, en este segundo tipo de sociedades, el consumo juvenil es principalmente un consumo de imaginario: más que un sistema de objetos como tal, la sociedad consumista ofrece a los jóvenes un sistema de imágenes, de creencias, relaciones e identidades que,

Uno de los significados actuales de la juventud como período de edad reside en el hecho de ser el punto de partida en el que el ser humano entra en el círculo de producción, reproducción y consumo. A partir de este momento, el consumo será uno de los factores de mayor peso en la regulación del flujo de relaciones entre el joven y la sociedad, lo que lleva a numerosos estudiosos del tema a proponer éste como el acto fundamental de ciudadanía juvenil en la sociedad consumista²⁸.

No obstante, sería más conveniente considerar la juventud antes que como primera fase de ciudadanía, la antesala de ésta, una prefase de experimentación en la que el adolescente y más tarde el joven aprende las prácticas de ciudadanía en función del grado de emancipación que se mantiene respecto a los padres. No hay que olvidar, en este sentido, que la gran mayoría de los jóvenes se encuentran en una situación de dependencia. La ampliación de los períodos que los jóvenes dedican a completar su formación, así como su imposibilidad de emancipación, debida a la precariedad laboral (desregulación del empleo, múltiples formas de minicontratos, ETT o contratos basura), o las dificultades de acceso a la vivienda afectan directamente a esta fase, alargando su ciudadanía consumista. En sus empleos, cortos y eventuales, sin un hilván que revele una acumulación de saber profesional, los jóvenes reciben ingresos sustanciales, pero sin la regularidad ni en cuantía suficiente para pensar en la emancipación, por lo que poseen una considerable capacidad de gasto que se vuelca hacia el consumo ocioso y ostentoso²⁹.

En estos años, el consumo se convierte en la piedra angular de la inserción social y de la construc

²⁷S. Miles, *Consumerism as a way of life*, Sage, Londres 1998, pp. 5-6.

²⁸J. Urry, *The Tourist Gaze*, Sage, Londres 1990.

²⁹F. Conde y José Antonio Gómez Yáñez, «Los hijos de la regulación», en *El País*, 22 de enero de 2001.

ción de las relaciones sociales para los jóvenes. En este sentido, apunta Javier Callejo, esta dimensión relacional ha de ser interpretada como una forma de entablar relaciones y estar con otros, sin ser sinónimo de consumo grupal, ya que no es lo mismo consumir para estar con otros que consumir porque lo consumen otros con los que se quiere estar. Este tipo de consumo puede tener, de forma cada vez más diferenciada, varias versiones³⁰:

– *Consumo para la creación de redes de amistad*, enfocado a la creación y extensión de los amigos y conocidos, uno de los valores principales de la juventud (y del resto de la sociedad) en sociedades cada vez más *glocalizadas*. Este tipo de consumo relacional, el más básico, se concreta en todo tipo de actividades sociales, que pueden abarcar desde ir a discotecas hasta acampadas o viajes.

– *Consumo relacional en capital social*, dirigido a formar una red de relaciones que trascienden la mera amistad con la que facilitarse la integración en posiciones

estratégicas dentro de la sociedad (capital social). Este tipo de consumo se plasma en el consumo de discotecas VIP, clubes restringidos, terrazas de altos precios, seminarios, etc., y se rige por la lógica de la inversión. Como sucede con el protagonista del famoso libro *American Psycho*, el sistema de los objetos y el constante juego de marcas, modelos y estilos se convierten en preciosas tarjetas de visita.

– *Consumo relacional en clave de intercambio simbólico*, herramienta de gran utilidad para la creación de una comunidad diferenciada por el mero hecho de compartir una serie de objetos y servicios, un espacio determinado, una música y una estética.

b) *Consumo de autonomía*

El consumo proporciona al joven, además de un primer vehículo relacional, sus primeras experiencias con formas embrionarias de autonomía. La gran mayoría de los jóvenes no han salido de casa de sus padres y muchos de ellos siguen necesitando su apoyo económico tanto para estudiar como para sufragar sus gastos; algunos ya han comenzado a trabajar en los puestos de trabajo que menor capacidad de toma de decisión requieren dentro de la empresa o continúan estudiando, otro campo en el que la libertad de elección y la autonomía quedan muy restringidos. El consumo (y sus espacios), por el contrario, concede al joven el primer contexto en el que experimentar tanto una autonomía monetaria como la libertad de elección.

Con las primeras compras, los más jóvenes disfrutan administrando su dinero, eligiendo sus primeros objetos, guardados muchas veces hasta la madurez como símbolo precisamente de éstas primeras experiencias («el primer disco que compré», etc.). En este sentido, el consumo juvenil se revela como un rito de paso de tanta importancia como puede serlo fumar, beber o los primeros contactos con el mundo del sexo o de las drogas, siendo la autonomía adulta el elemento más importante de esta emulación.

No es de extrañar que, como rito de paso, este campo de experimentación de autonomía enlace con uno de los mitos más profundamente arraigados en la ideología de la sociedad consumista, el mito del rey consumidor o, como otros autores prefieren llamarlo, el mito de la libertad de elección: «La libertad de elección», escriben Gabriel y Lang, «se encuentra en el centro de la idea de consumismo, tanto como su emblema como su valor central»³¹. Así, lo que desde una primera perspectiva ha de ser interpretado como un entrenamiento en habilidades de consumo, desde el punto de vista de la ideología consumista ha de serlo como entrenamiento en sus valores. La idea de soberanía del consumidor, tal y como proponen los anteriores autores, supone que la autoridad última de la economía de mercado es el propio consumidor, que los errores y aciertos de aquélla son los de éste, sobreentendiéndose que el propio sistema de creencias, valores y normas

³⁰ J. Callejo, o. c., pp. 196 y ss.

³¹ Y. Gabriel y T. Lang, *The unmanageable consumer. Contemporary Consumption and its fragmentations*, Sage, Londres, p. 27.

que constituye la sociedad de consumo es decidido libremente.

Con independencia de si este valor refleja una realidad o de si se trata simplemente de un mito³², surgen en este punto las preguntas que probablemente mayores polémicas

han suscitado en el estudio de la sociedad consumista: ¿controla el joven el consumo como una herramienta con la que expresarse o ir formando su identidad, o es el consumo quien le controla a él, imponiéndole los caprichos de la moda y el estilo? ¿Pueden acaso los jóvenes prescindir del consumo, siendo éste solamente *una* de las posibles vías tanto para el desarrollo de su identidad como para el intercambio simbólico?

No pocos autores han apuntado la posibilidad de que, antes que una fuente real de poder, el consumo se convierte para los jóvenes en una vía de supervivencia en una sociedad en la que la cantidad de poder que queda disponible para ellos es cada vez más pequeña. También ha sido argumentado que, dado

³² Numerosos autores han tratado de desmontar el mito de la libertad de elección y del rey consumidor desde diferentes perspectivas. Por un lado, Baudrillard, y de la mano de él numerosos sociólogos y antropólogos, presenta la sociedad de consumo como una sociedad de producción de necesidades, símbolos y sistemas de objetos. Siguiendo la idea original de Marx, estos autores argumentan que, tras una primera fase en la que el sistema de producción estaba centrado en la producción de objetos y servicios, en la sociedad de consumo esta forma de producción, dados los grandes avances tecnológicos, deja de ser prioritaria para dar paso a la necesidad de producir consumidores, sobre la base de un conocimiento detallado de los resortes de manipulación y creación de necesidades a través del *marketing* y la publicidad. A su vez, otros autores se centran en las limitaciones lógicas del modelo de la libertad de elección. Gabriel y Lang resumen estas críticas en cinco: en primer lugar, la libertad de elección sin auténtica información no puede ser considerada una opción real. En este sentido, la publicidad no puede ser considerada una auténtica fuente de información. La publicidad fascina, conmueve, seduce, pero muy raramente informa. En segundo lugar, la libertad de elección entre opciones muy similares solamente puede ser considerada libertad de elección en un sentido marginal. En tercer lugar, la limitación de esta libertad para una gran parte de la población perjudica la de todos, ya que crea un sistema en el que algunos consumidores son mucho más soberanos que otros. Por último, estos autores argumentan que la superabundancia de posibilidades conduce al temor de equivocación y a una fuerte inseguridad a la que en muchas ocasiones no se puede hacer frente.

que la juventud es el grupo de edad que experimenta con mayor dramatismo cambios psicológicos, sociales y económicos, lo más importante es poder determinar hasta qué punto el mercado explota la necesidad juvenil de adaptarse a este tipo de cambios. Las interpretaciones de mayor aceptación en este terreno han sido las que han puesto el acento en el carácter especialmente vulnerable de la juventud, grupo *por naturaleza* persuadible sin mayor defensa frente a la poderosa maquinaria de creación de necesidades y de identidades. Nacidos en una sociedad en la que la ideología predominante es la consumista, y en la que ésta puede ser considerada como la metaideología de los medios de comunicación por encima de cualquier tendencia política o religiosa concreta, los jóvenes desarrollan su identidad sin las coordenadas de referencia tradicionales, sintiéndose perdidos y buscando amparo en las coordenadas establecidas por el consumismo. De hecho, se ha detectado una relación bastante fiable entre patrones compulsivos de consumo y desórdenes de personalidad (especialmente aquellos relacionados con la baja autoestima), desequilibrios en el desarrollo de la autonomía del adolescente y del joven y otro tipo de trastornos ³³.

Desde un punto de vista opuesto al anterior, no puede considerarse el consumismo como un sistema alienante, siendo necesario poner el acento en la capacidad que tienen las nuevas generaciones de transformar las políticas de consumo atendiendo a sus propios intereses y objetivos, utilizando lo que ofrece el consumo como materiales con los que expresar su propia personalidad y su creatividad. Afirma Steven Miles:

«El consumo es, en efecto, la arena en la que los jóvenes expresan su identidad. Los productos culturales son la materia prima, los catalizadores con los que los jóvenes conducen sus asuntos culturales. Lejos de ser consumidores pasivos de consumo de ocio, los jóvenes participan activamente y negocian con los bienes puestos a su disposición»³⁴.

³³ K. Udo Ettrich, «Werte und Konsumverhalten im Jugendalter», en *Zeitschrift für Kinder und Jugendschutz*, 9. Jahrgang, Ausgabe 01/2002.

³⁴S. Miles, *Youth lifestyles in a changing World*, Open University Press, Buckingham 2000, p. 118.

Merleau de Certeau, en este sentido, propone una imagen de los jóvenes (y del consumidor en general) como guerrilleros que combaten contra fuerzas estratégicamente más poderosas que ellos. Para este autor, los consumidores en general y los jóvenes en concreto son capaces de desafiar al orden de producción establecido a través del uso particular que hacen de los objetos. No se trata, para Certeau, de un desafío consistente en boicots o en una negación a comprar, sino en dar a los objetos sus propios significados, al ser utilizados de forma diferente, o incluso contraria, a la gramática establecida por el sistema consumista³⁵. Ponerse los pantalones vaqueros al revés es, para el autor, un claro ejemplo de esta creatividad, de esta forma de reelaborar los significados asignados y, por lo tanto, de rebelarse.

c) *Consumo de identidad*

Si lo adulto es entendido, incluso en la sociedad posmoderna, como un estadio vital en el que la identidad ha sido ya construida, la juventud es el proceso mismo de su construcción. Esto puede darnos una buena pista de por qué se propone la juventud, acorde con las necesidades del sistema consumista, como valor social de referencia. La identificación y reivindicación del consumo simbólico, que a los adultos puede parecerles banal, por lo menos de cara al público, son aceptadas y escenificadas por los jóvenes, que lo muestran como algo absolutamente cotidiano y normal.

Dentro de las nuevas coordenadas proporcionadas por la posmodernidad (de la falta de ellas, sería más conveniente decir en su caso), el consumo desplaza a otros *dadores de identidad* característicos de períodos anteriores, como la nación, la clase social, la religión o la afinidad política. La cuestión de la identidad cambia, en este contexto, radicalmente. El joven posmoderno se mueve entre fragmentos, deambula entre complejos juegos de lenguaje, sometido a una continua avalancha de informaciones y estímulos dispares difícilmente articulables. Los grandes relatos, fuentes inestimables de identidad anteriores a la posmodernidad, pierden su credibilidad y, con ello, su utilidad. En esta situación, el joven se ve empujado a vivir una identidad libre, flexible, pendiente siempre de ser reescrita. Paralelamente a la libertad de elección de objetos surge la libertad de elección de la propia identidad, así como la experimentación como precepto central. En este sentido, la identidad consumista da respuesta a las necesidades del sistema, permitiendo la circulación de modas y la proliferación de estilos: «El individuo, para hacerse a sí mismo comprensible en cada uno de sus “yoes”», escribe José Luis León, «necesita que todos ellos se exterioricen de algún modo (...). Es obvio que los objetos son un material de primera mano para que el individuo haga explícita la

definición de cada uno de sus “yoes” ante sí mismo y ante los otros individuos»³⁶.

Un joven demasiado anclado en un estilo, en un consumo específico, en una identidad, presentaría dos características que contrarían la lógica misma del consumismo: demasiado apego a un solo grupo de identidad y, por lo tanto, reducida flexibilidad para el cambio. La personalidad del joven ha de adaptarse, por el contrario, a los imperativos expuestos anteriormente de diferenciación y cambio. Esta fragmentación de la personalidad del joven se pondrá al servicio del sistema consumista a fin de multiplicar los objetos que expresen esas identidades. Pero este yo plural es sólo una de las caras de la moneda, la estática. La otra cara es la experimentación, la continua recreación del joven en la búsqueda de yoes ocultos, de otros posibles. El consumo se propone así a los jóvenes consumidores como un enorme juego de la identidad que, de funcionar correctamente, jamás encontrará su término. «Lo lúdico del consumo», afirma Baudrillard, «ha sustituido progresivamente a lo trágico de la identidad»³⁷.

El concepto de estilo de vida juega aquí un papel determinante. Entendido como manera en que

³⁵ M. de Certeau, «Making do: Uses and tactics», en Lee, Martyn, *Consumer Reader*, Blackwell Publishers, Oxford 2000, p. 165.

³⁶ J. L. León, *Los efectos de la publicidad*, Ariel Comunicación, Barcelona 1996, p. 45.

³⁷ J. Baudrillard, *La sociedad de consumo. Sus mitos, sus estructuras*, Plaza y Janés, Barcelona 1970, p. 270.

vive una persona o un grupo de personas, un estilo de vida incluye la forma en que se desarrollan las relaciones personales, la forma de vestir, las actitudes, los valores o la visión del mundo. La identidad, en este contexto, no surge por un solo criterio de identificación, como nacer en una familia concreta o desarrollar una actividad profesional concreta, sino por la inscripción a estilos de vida concretos que, exteriorizados y articulados desde opciones de consumo (de ropa, de música y de ocio), juegan un papel central en la navegación cotidiana de los jóvenes en un mundo en permanente cambio. A su vez, el consumo provee del espacio primario en el cual los estilos de vida de los jóvenes están cambiando³⁸.

Es sorprendente observar, a fin de comprender en toda su magnitud la omnipresencia del sistema de diferencias ofrecido a los jóvenes dentro de la sociedad consumista, que la opción del contraconsumo (o consumo rebelde, como a veces se ha dado por llamar), es integrada sin mayor dificultad dentro de este mapa de diferencias. El contraconsumo genera variedad, nuevos nichos de mercado que solicitan una oferta específica y una atención especial, volviendo rentable lo que se inició como una forma de rebeldía³⁹ y convirtiendo esta última, así, en una cantera natural para la creación de modas: se multiplican los comercios y revistas especializadas, los adornos y accesorios dirigidos a un consumo primero alternativo y, en caso de que funcione la fórmula, a un área de consumo más amplia, extendiéndose la oferta de ocio, bienes y servicios relacionados con este consumo alternativo.

Si el estilo de vida constituye el marco más amplio en la construcción de las identidades juveniles, el grupo constituye un marco más concreto y físicamente identificable, fruto en muchas ocasiones de la concreción local y física de un estilo de

vida particular. En este sentido, los objetos se convierten en signos (como elemento de un lenguaje) que permiten a los jóvenes dentro de un grupo dar prueba de unos valores y una identidad común. Como tal, el consumo permite dar salida a la buena cohesión grupal, materializando en un lenguaje palpable por los miembros del propio grupo y por los miembros de otros grupos la uniformación de las actitudes y de los comportamientos de sus miembros.

El grupo, además, es una fuente de gran importancia para el joven en el proceso de adquisición de habilidades consumistas y como orientador del gusto y de las preferencias. Se ha estimado que la edad a la que la familia comienza a quedar relegada a un segundo plano por el grupo de amigos en la socialización en el consumo ronda los siete u ocho años ⁴⁰. A partir de este momento, la identidad se amplía considerablemente. Mientras que el niño permanece esencialmente confinado en su universo familiar, su yo se limita al yo real (lo que verdaderamente es), y al yo proyectado (cómo le perciben los demás). A partir del momento en que se integra en un grupo, el niño asimila dos nuevas dimensiones, que tendrán una clara expresión en sus opciones compartidas de consumo: el yo ideal (lo que le gustaría ser) y la imagen de sí mismo (cómo se ve él mismo), intentando hacerlas coincidir sin escatimar esfuerzos.

d) *Consumo de deseo*

Yo me sentía emocionado y halagado, y notaba que tenía no poco poder al pensar que la mayoría de los fabricantes de artículos que estaban de moda en el mundo occidental me consideraban su objeto de mercado más deseable.

Generación X

El deseo es la piedra angular que sostiene el enorme edificio simbólico y de identidades juveniles dentro de la sociedad consumista. Para comprender esta peculiar arquitectura, por lo tanto, se hace necesario abordar la doble dimensión en que se manifiesta.

³⁸ S. Miles, o. c., p. 127.

³⁹ M. Margulis y M. Urresti, «Moda y juventud», en Mario Margulis (ed.), *La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud*, Biblos, Buenos Aires 1996.

⁴⁰ J. Bree, o. c., pp. 124 y ss.

La primera dimensión, ya sugerida en las anteriores líneas, surge de la transformación del joven consumidor a partir de los años cincuenta en centro de atención de toda una gigantesca maquinaria de observación y estudio. Nada más entrar en la economía de mercado, en su triple papel de héroes (edad de referencia de la sociedad consumista), nicho de mercado sin fondo y en constante expansión, y consumidores *de vanguardia*, explorando nuevos mercados, los jóvenes se convierten en el consumidor más deseado, observado y diseccionado, en los auténticos *reyes* de la sociedad de consumo.

La segunda dimensión hace referencia a la transformación de las necesidades en deseos en esta última forma de sociedad. Ya no puede hablarse de necesidades, ya que, en palabras de Bocoock:

El consumo se basa en una carencia, en desear siempre algo que no está ahí. Los

consumidores modernos y posmodernos, por lo tanto, nunca se sentirán satisfechos. Cuanto más consuman, más desearán consumir. En consecuencia, el deseo de consumir podría persistir durante períodos de recesión económica. Un día todo cambiará. Pero hasta entonces, los individuos que viven bajo la influencia de la cultura de consumo del capitalismo posmoderno seguirán deseando lo inalcanzable, es decir, la satisfacción de todos sus deseos ⁴¹.

Los deseos, argumenta este autor, no se forman en el inconsciente, ni en un vacío social y cultural: «El consumo moderno depende», por lo tanto, «de la publicidad y de la exposición de productos en centros y calles comerciales, en el sentido de que eso *crea* y saca al exterior los deseos» ⁴². La publicidad, en el sentido más amplio de la palabra, constituye la arena en la que se encuentran ambas dimensiones del deseo aquí tratadas. Nacida de la atenta mirada al nuevo objeto de deseo, el consumidor, la publicidad se convierte en un auténtico juego de seducción, haciendo surgir permanentemente el deseo.

Sin embargo, la relación de la juventud con la publicidad no puede ser analizada sólo desde la perspectiva de la seducción o, de hacerlo, habría que tener en cuenta los complejos procesos de atracción, rechazo y resistencia inherentes a cualquier forma de ésta. El estudio más exhaustivo hasta el momento sobre este tema, *Jóvenes y publicidad*, así lo destaca: el análisis que realizan los propios jóvenes sobre la publicidad, a pesar de asumir los aspectos más positivos de ésta (fundamentalmente la información y la estética), «resulta formalmente muy crítico con los valores consumistas que la sustentan. Pese a que todos reconocen estar inmersos en dichas dinámicas consumistas (que consideran inevitables en la sociedad en la que viven), nadie se sentirá engañado por las mismas: sé lo que pretenden y, aunque a veces lo consigan (creando necesidades que no existen, principalmente), yo tengo la última palabra, yo tomo la decisión» ⁴³.

El buen conocimiento que muestran los jóvenes del objetivo de la publicidad provoca en ellos una actitud que les conduce a desconfiar y estar constantemente alerta, sin perder en ningún momento de vista el punto del que parten los discursos: «La publicidad me puede gustar, me puede resultar atractiva y entretener, e incluso puede inducirme a comprar un determinado producto, pero en ningún momento me engaña» ⁴⁴. Este convencimiento de control provoca en el joven una sensación de protección frente a la manipulación, considerándose como el verdadero y único controlador de todo el proceso de seducción.

2.2. Los valores del consumo

Si atendemos al tiempo que los niños, adolescentes y jóvenes permanecen expuestos a los medios de comunicación en general (mayor que el que invierten los padres en alentar conversaciones o actividades en familia) y, al mismo tiempo, tenemos en cuenta la especial relación que establecen con la publicidad concretamente, se pone de manifiesto de inmediato el enorme poder socializador de ésta no solamente en patrones de comunicación e interacción, sino, además, en valores.

⁴¹ R. Bock, *El consumo*, Talasa, Madrid 1993, p. 103. ⁴² *Ibid.*, p. 137.

⁴³ L. Sánchez Pardo, I. Megías Quirós y E. Rodríguez San Julián, *Jóvenes y publicidad. Valores en la*

⁴⁴ Ibid., p. 104.

«Los medios de comunicación superan, como agentes socializadores, a los que generalmente se consideran como tales: familia, religión, educación» ⁴⁵, tomando una posición estratégicamente ventajosa en la transmisión de modelos y símbolos. Pero ¿qué ideología concreta se esconde tras ellos y transmite, a través de tan poderosos altavoces, su mensaje? Ya para Adorno y Horkheimer, a mediados de los años cuarenta, esta pregunta tenía una clara respuesta: los medios de comunicación se convertían en un instrumento de perfeccionamiento moral... capitalista. Lo que aquellos autores consideraban como los altavoces privilegiados de un primer capitalismo de producción, hoy puede serlo como los del capitalismo de consumo, de su ideología y valores.

La *socialización en el consumo*, bien sea dentro de los grupos primarios o secundarios, ha sido llamada el «plan de educación secreto» ⁴⁶ de los medios. Mieth se refiere, con la expresión «consumismo estructural», a la existencia de estos objetivos: «El consumismo estructural contiene la tesis de que nuestra sociedad no solamente es una sociedad constitucional [...], sino que también ha de reproducirse como sociedad económica y que por lo tanto ha de educar en un determinado comportamiento» ⁴⁷. Este *plan de educación* no opera, como es evidente, solamente en relación con los más jóvenes, y sin embargo, si este plan realmente existe, serán éstos, como siempre a lo largo de la historia, los más codiciados, al ser el grupo más maleable y dócil.

Esta socialización en los valores del consumismo ha tenido un poderoso efecto en la juventud. Como argumenta Fiona Stewart, en un mundo en el que el consumo es omnipresente, los jóvenes tienden a volverse convencionalmente conservadores en su aproximación cotidiana a los diversos aspectos de la vida ⁴⁸. Los jóvenes son así adoctrinados en y para el sistema de consumo, siendo incorporados

⁴⁵ P. González Blasco, o. c., p. 194.

⁴⁶ M. Supper, *Der «heimliche Lehrplan» in der Verbrauchererziehung durch Werbung und Medien*, Peter Lang, Frankfurt am Main 2000.

⁴⁷ D. Mieth, «Konsumismus oder: die abschüssige Bahn der Normalität», en K. Reinbold (ed.), *Konsumrausch: der Heimliche Lehrplan des Consumismus*, AGJ, Friburgo 1994, pp. 79-101.

⁴⁸ S. Miles, o. c., pp. 115 y ss.

a través de la fragmentación de estilos y modas en la corriente general y dejando fuera de ésta muy poco por lo que rebelarse, ya que hasta la misma rebeldía queda programada dentro del propio código consumista.

Tabla 1

Ranking de valores según su grado de presencia e intensidad en la publicidad dirigida a jóvenes

PRESENCIA INTENSA

Tener o consumir cosas (5,63) Experimentar nuevas sensaciones (5,54) Libertad física, actitudinal o mental (5,01) Disfrutar del tiempo libre (4,97) Romper los límites (4,9)

Hedonismo (4,64)

Independencia (4,33)
Identificación con otros jóvenes (4,30) Vivir el día (4,26)
Poder (4,22)
Transgresión (4,1)
Capacidad de elegir (4,04) Rebeldía (3,89)
Éxito personal o social (3,82) Seducción (3,66)
Riesgo (3,61)

PROMEDIO GENERAL (3,55)

Cuidado de la imagen personal (3,54) Atracción sexual (3,44)
Competitividad (3,33)
Amistad (2,99)
Esfuerzo personal (2)
Comportamientos éticos y normativos (1,74) Mantener y cuidar la salud (1,57)
Prepararse para el futuro (1,45) Solidaridad (1,45)
Armonía familiar (1,27)
Compromiso social (1,22)

PRESENCIA ESCASA

Fuente: L. Sánchez Pardo y otros, *Jóvenes y publicidad. Valores en la comunicación publicitaria para jóvenes*, FAD/INJUVE, Madrid 2004, p. 89.

Pero ¿cuáles son exactamente estos valores del consumismo? Una sistematización de los mismos es de gran utilidad tanto para entender y contrastar los valores actuales de los jóvenes como, en el caso de educadores y pedagogos, para ofrecer alternativas viables. Una mirada a los valores transmitidos por la publicidad nos da una primera idea de éstos. En la tabla 1 se recogen los resultados de la valoración general realizada por los expertos participantes en el estudio *Jóvenes y publicidad*, ya mencionado en este apartado. Estos resultados ponen de relieve la predominancia de los valores relacionados con lo aspiracional, la experimentación, la libertad y el disfrute del tiempo libre, quedando relegados a un segundo plano otros, como el esfuerzo personal, el compromiso social o la solidaridad.

Sin embargo los valores de la publicidad, por imperativo *marketiniano*, han de encontrarse siempre a mitad de camino entre los valores sociales vigentes (o, en su defecto, los valores *cliché* que se creen aceptados, como claramente sucede en el caso de la juventud) y los valores del consumismo, entendidos como aquellos que sustentan, dan forma y ayudan a la reproducción tanto del proceso de consumo, desde una perspectiva económica, como de la propia sociedad consumista. A continuación se propone, brevemente, una lista de los más importantes:

– *Neofilia*: la neofilia es el alma de la sociedad consumista. El vertiginoso reemplazo de unos objetos, sean de la naturaleza que sean, por otros (rasgo definitorio de lo que entendemos por consumismo) nos conduce directamente al amor casi místico por lo nuevo y a un rechazo patológico de lo de ayer.

No es casualidad que Lipovetsky tome la centralidad de la moda como principio vertebrador de la actual sociedad de consumo: «La moda ya no es un placer estético, un

accesorio decorativo de la vida colectiva; es su piedra angular»⁴⁹. La esencia de la moda y lo que marca su origen es, para este autor, el cambio sistemático. La salvación del capitalismo de las contradicciones que predominan desde 1930 y que, según David Harvey, vienen a hacerse periódicas desde 1973 no puede ser otra que la carrera hacia delante en los niveles tecnológico y organizativo, lo que implica la imperiosa necesidad de devaluación de mercancías, de la capacidad productiva y del dinero, acompañada de una «colosal destrucción». La necesidad de aceleración del ciclo de vida de éstos requiere unos mecanismos de obsolescencia planificada, concretamente *de función, de calidad y de atractivo (o psicológica)*.

– *Hedonismo y futuro presentizado*: la neofilia como valor conlleva un replanteamiento de la relación de los individuos con el tiempo. «No hay moda», escribe Lipovetsky, «sin un trastorno total de la relación respecto al devenir histórico y a lo efímero»⁵⁰. Numerosos autores localizan este tiempo del consumismo en el presente absoluto, que implica el hedonismo, el disfrute de los sentidos, de acuerdo con la génesis de este giro cultural: el redescubrimiento de lo terrenal y de sus placeres. Pérez Tornero plasma en el siguiente texto, refiriéndose a la moda, la esencia de esta postura: «El tiempo de la realización de un deseo es inevitablemente el presente; entonces la moda se expresará siempre con este tiempo verbal. Lo más importante, al observar un desfile sobre una moda del próximo verano, no es tanto esa proyección en el futuro, sino la *revelación* en el presente; no tanto el “será así”, sino más bien el “lo veo ahora”»⁵¹.

El hedonismo, a su vez, es el valor más asociado al consumo. En su relación con la cultura consumista cabe destacar dos dimensiones de este valor. En primer lugar, el hedonismo es, tal y como lo trata Daniel Bell en su famoso estudio *Las contradicciones culturales del capitalismo*, la «justificación moral» del capitalismo, el instrumento que nos ofrece éste una vez superada la fase en la que el acento se ponía en la producción, para poder alcanzar lo que en épocas anteriores no era sino un sueño: la felicidad terrenal, el deleite de los sentidos a través tanto de objetos materiales como de experiencias. En segundo lugar, esta felicidad terrenal y el estado asociado a ella, la euforia, se convierten en condición indispensable para excitar el gasto en el

⁴⁹ G. Lipovetsky, o. c., p. 13.

⁵⁰ *Ibíd.*, p. 67.

⁵¹ J. M. Pérez Tornero y otros, *La seducción de la opulencia, publicidad, moda y consumo*, Paidós, Barcelona 1992, p. 70.

consumidor, sincretizando, así, todas las figuras temáticas de la publicidad⁵². La relación con el objeto pasa así de ser una *relación de uso* a una de *deseo*, de una *relación de amor* permanente a una de constante *enamoramiento* fugaz. El tiempo del consumo es, por lo tanto, el tiempo del deseo, un futuro siempre *presentizado*, siempre al alcance de la mano, aunque nunca del todo.

– *Estética*: escribió Oscar Wilde que, después de todo, la moda no es, desde un punto de vista artístico, sino una forma de fealdad tan intolerable que nos vemos obligados a cambiarla cada seis meses. No le faltaba razón. En la sociedad consumista, la imagen y la estética invaden todo el terreno de lo social, desbancando a formas anteriores de

sociabilidad, rasgo definitorio del consumismo. Pero este valor no se refiere a la búsqueda en ningún caso de *un* canon de belleza, sino a la producción de objetos consumibles *bellos* según cánones vigentes y efímeros y dentro de estilos de vida concretos.

No es el valor de uso, sino la *promesa estética de la mercancía* la que atrapa el deseo del consumidor. Lo estético de la mercancía queda convertido, de esta forma, en objeto independiente, prescindiendo de la utilidad real de la mercancía. Como ya fue apuntado en el anterior apartado, la exaltación de la estética y la imagen es uno de los dos pilares que sustentan y permiten la aceleración del ciclo de vida de los productos y de las experiencias de consumo. «La frenética urgencia económica de producir frescas oleadas de artículos con un aspecto cada vez más novedoso (desde ropa hasta aviones), con tasas crecientes de productividad», escribe Fredric Jameson, «asigna ahora a la innovación y experiencias estéticas una función y una posición estructurales cada vez más esenciales. Estas necesidades económicas son reconocidas por todo tipo de apoyos institucionales disponibles para el arte más nuevo, desde fundaciones y becas hasta museos y otras formas de mecenazgo»⁵³.

– *Tecnología y poder*: la tecnología ha sido la compañera inseparable del capitalismo desde el origen de éste, tratándose, en opinión de numerosos autores (desde Weber hasta los más modernos estudiosos del tema), de uno de los elementos definitorios del mismo como sistema de producción. Con el paso del primer capitalismo de producción al capitalismo de consumo, la relación entre ambos se hace más compleja. Desde los años ochenta, el uso (y abuso) de la naturaleza en la publicidad ha desorientado a algunos teóricos sobre el papel de la tecnología en la era consumista. A su ya habitual exhibición, así como la *naturalización* y *ecologización* de los productos, parecen responder a un cambio de valores (tecnología-naturaleza) en la propia sociedad de consumo.

Sin embargo, la naturaleza y el ecologismo se transforman en la sociedad consumista en mero signo, operando de esta forma como elemento estético de connotación, fundamentalmente como privilegio de unos pocos y naturaleza-libertad. La tecnología, no obstante, es una de las dos columnas centrales en las que se apoya la obsolescencia planificada. En este sentido, hasta las más punteras y complejas tecnologías de la inteligencia artificial no tardan más que unos pocos años en acompañarnos en nuestro quehacer cotidiano.

Pero, además, la tecnología cumple nuevos papeles dentro de la producción de consumo, que también explican la exaltación de ésta como valor, siendo un mecanismo insustituible para la flexibilización de la producción, el proceso de individualización de las mercancías de consumo (customización), el estudio y *vigilancia* del mercado y el reencantamiento del mundo.

– *Exaltación del yo*: este valor aparece claramente dibujado en la publicidad que, en la hermosa expresión de Pignotti, propone «a la masa la imagen masificada del hombre que se sale de la masa»⁵⁴. No podía ser de otra forma, ya que, sin este valor, se anquilosarían tanto la circulación frenética de los objetos como la multiplicación *inútil* de éstos.

⁵² L. Sánchez Corral, *Semiótica de la publicidad, narración y discurso*, Síntesis, Publicidad y Relaciones Públicas, Madrid 1997, p. 47.

⁵³ F. Jameson, *Teoría de la posmodernidad*, Trotta, Madrid 1998, p. 27.

⁵⁴ L. Pignotti, *La supernada, ideología y lenguaje de la publicidad*, F. Torres Editor, Valencia 1976, p. 125.

Si por un lado la moda satisface la necesidad de «apoyo social», en cuanto que se fundamenta principalmente en la imitación, por el otro proporciona un instrumento de diferenciación con respecto a los demás: «Un verdadero campo de acción para individuos que son interiormente dependientes y necesitados de apoyo, cuyo sentimiento de sí mismos, por el contrario, necesita una cierta distinción, una cierta atención y singularidad» ⁵⁵. Pero esto no es suficiente. Sus objetos habrán de satisfacer sus necesidades y sus deseos, ajustándose, por otro lado, a *su* carácter, a *sus* gustos; habrán de marcar su individualidad y expresarla a los demás. Esta segunda función del consumo hace incompatibles necesidades y deseos comunes, y por lo tanto su realización *comunitaria*, propiciando de esta forma la reduplicación de los objetos. Además, un individuo demasiado anclado en un estilo, en un consumo específico, presentaría una reducida flexibilidad para el cambio. La personalidad ha de adaptarse a los imperativos de diferenciación y cambio. «Lo lúdico del consumo», escribe Baudrillard, «ha sustituido progresivamente a lo trágico de la identidad» ⁵⁶. Se refleja aquí la necesidad de una economía de consumo de nuevas formas de identidad más flexibles, más manejables y moldeables, de identidades, como las ha denominado Sygmunt Bauman, *líquidas*.

– *Dinero y prodigalidad*: todos los seres humanos, hombre o mujer, blanco o negro, alto o bajo, gordo o flaco, heterosexual u homosexual, niño o adulto, dependiente en una gasolinera o alto ejecutivo de una multinacional, son iguales frente al derecho a consumir. Si bien estas diferencias marcan los estilos de vida o las formas de gasto, la única llave para el mundo del consumo es el dinero. «Nunca otro objeto que sólo tiene valor como medio», escribió Simmel, «se convirtió con tanta energía, tanta plenitud y tanto éxito para la generalidad de la vida en un objetivo tan (en verdad y en apariencia) satisfactorio en sí» ⁵⁷.

⁵⁵ G. Simmel, «Zur Psychologie der Mode. Soziologische Studie», en Simmel, Georg, *Schriften zur Soziologie, Eine Auswahl*, Suhrkamp Taschenbuch Wissenschaft, Frankfurt am Main 1983, p. 134.

⁵⁶ J. Baudrillard, o. c., p. 270.

⁵⁷ G. Simmel, o. c., p. 88.

El dinero como valor es susceptible de adquirir, sin embargo, diferentes significados según la época y su ideología predominante. Otras funciones del dinero, como el ahorro o la inversión, valores en las primeras etapas del capitalismo, tal y como magistralmente analizó Weber en su obra *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, pasan a ser secundarias en esta forma de sociedad. Como valor instrumental, por lo tanto, el dinero no puede ser entendido sino por el fin para el que está determinado en una sociedad determinada. En la sociedad de consumo este fin es, claramente, la adquisición, la prodigalidad.

– *Libertad y ocio*: el valor de la libertad aparece como consecuencia inevitable de los tratados anteriormente. Todos ellos requieren la libertad para su asentamiento y *buen funcionamiento* ¿Cómo puede la neofilia, por ejemplo, asentarse como valor sino junto con la liberación de las necesidades y de los cánones estéticos, o la *exaltación del yo*, tal y como ha sido descrito, sin la liberación del individuo de los grupos primarios y secundarios y de sus normas?

Desde un punto de vista ideológico, el consumismo es legitimado desde dos perspectivas estrechamente relacionadas con este valor. En primer lugar, como fórmula maestra de la liberación del hombre del *Reino de la Necesidad*. Desde este punto de vista, la sociedad consumista se legitima como el último paso del ser humano por liberarse de las escaseces que lo han venido atormentando durante toda su historia, transformando un mundo de necesidades en un mundo de posibilidades. En segundo lugar, el consumismo se legitima a sí mismo como liberador de todas las constricciones, internas (moral, tradición, etc.) y externas (dictadores políticos, religiosos, ideológicos, etc.). Dicho en clave de *marketing*: es necesario derribar todos los posibles muros que se alcen entre el sujeto y el objeto de consumo. De esta forma se produce una fascinante simbiosis entre el libre mercado y la sociedad de las libertades, dando lugar a lo que Jean Baudrillard ha llamado el *humanismo del consumo* ⁵⁸.

⁵⁸ J. Baudrillard, *El sistema de los objetos*, siglo XXI, México 1997.

Por su parte, el ocio se convierte en las sociedades modernas en un símbolo de estatus. La sociedad consumista, a diferencia de la de producción, se caracteriza por necesitar cada vez en menor medida la capacidad productiva del individuo (debido fundamentalmente a los avances de las tecnologías de producción) y necesitar cada vez en mayor medida, por el contrario, su demanda de consumo. Este cambio explica la necesidad de mercantilización del ocio como explotación no de la fuerza de trabajo, sino de la *de consumo*. Convertido el consumo en el *trabajo* más importante del individuo, el tiempo de ocio se vuelve la ocasión óptima para manifestar su personalidad, originalidad y dinamismo. Zorrilla Castresana resume lo anterior en una simple e impactante ecuación: «Menos tiempo de trabajo, igual a más tiempo libre; más tiempo libre, igual a más consumo» ⁵⁹.

3. El cuerpo

Las características del consumismo y su repercusión sobre los comportamientos cotidianos y los valores de los jóvenes han dejado una profunda huella en el concepto, representación y forma que éstos tienen de vivir en y con sus cuerpos. Para un análisis de cómo se configuran las anteriores dimensiones, es necesario arrancar de una nueva sensibilidad, así como de un nuevo concepto del yo: la *personalidad narcisista*.

El narcisismo es un concepto psicológico relativamente bien definido. Como desorden de la personalidad, la patología narcisista se expresa a través de una serie de síntomas que incluyen un *sí-mismo* con ilusiones de grandeza, inflado e irrealista, unido a la incapacidad de empatizar con el otro e incluso a la tendencia de manipularle y explotarle ⁶⁰. Como característica arquetípica de las sociedades occidentales actuales, esta personalidad narcisista es descrita por Lasch como excesivamente autoconsciente,

caótica, dirigida por impulsos, crónicamente intranquila con su salud, temerosa de la edad y de la muerte, en constante búsqueda de defectos, imperfecciones y signos de decadencia, con un miedo a la dependencia emocional que hace sus relaciones simples, superficiales y profundamente insatisfactorias, intentando venderse a sí mismo y su personalidad como artículo de consumo ⁶¹. Como puede ya sospecharse de la lectura de este autor, la nueva cultura surgida en el seno de la sociedad consumista provee de una nueva forma de relación entre el cuerpo y el yo, en la que se otorga un gran énfasis a la apariencia, exposición y manejo de las impresiones.

Esto coincide con lo que el filósofo francés Lipovetsky denomina *proceso de personalización*, que es construido a través de un valor fundamental: la realización personal, el *derecho* a ser uno mismo y a disfrutar al máximo de la vida y de los placeres que ésta ofrece. Según este autor, la seducción toma el control de la sociedad posmoderna, constituyéndose como un poderoso mecanismo de destrucción *cool* de lo social a través de un proceso de aislamiento que se da, entre otros factores, gracias al hedonismo. La sociedad posmoderna, atravesada por innumerables corrientes de seducción, se muestra abierta, plural y preocupada por los deseos de las personas, a través de la invocación constante al individuo, a su libertad y sus placeres. El individuo narcisista surge, por lo tanto, como valor en sí mismo dentro de esta nueva forma social, como producto del proceso de personalización.

3.1. Cuatro tendencias en la reconstrucción del cuerpo de los jóvenes en la cultura consumista-narcisista

⁵⁹ R. Zorrilla Castresana, *El consumo del ocio. Una aproximación a la teoría del tiempo libre desde la perspectiva del consumo*, Servicio Central de Publicaciones, Gobierno Vasco, Bilbao 1990, p. 23.

⁶⁰ S. Vaknin, *Malignant self love. Narcissism revisited*, Lidija Rangelovska, Skopje 2003.

La juventud, a veces sin la necesaria protección contra la telaraña de seducción creada, se convierte en abanderada de los cambios que se producen en la construcción del cuerpo característica de la sociedad narcisista. A continuación trataremos de exponer de forma sistemática las tendencias que, dentro de esta nueva realidad, configuran la nueva corporeidad juvenil.

⁶¹ Lasch, *The culture of narcissism*, Norton, Nueva York 1979.

a) Cuerpo objeto y sujeto: el cuerpo como capital físico

El cuerpo, como fuente inagotable de deseos, necesidades y placeres, es colocado en la sociedad narcisista en el centro del escenario social. En él se encierran ahora desde las estrategias y utopías de salvación hasta la salvación misma, dejando de ser un simple vehículo (y ni que decir tiene un lastre o un impedimento) para la forja del espíritu o para la obtención de sus promesas futuras en el más acá o en el más allá y convirtiéndose en un fin en sí mismo. En este sentido, el cuerpo se posee, ante todo, como

«... una especie de capital físico que debe explotarse y transformarse, pero sobre todo apropiarse. La optimización de las fuerzas corporales es un referente esencial en la cultura joven, en la que se están desarrollando una serie de actividades orientadas a descubrir el propio potencial, a la autoconstrucción a la carta sin otro objetivo que ser más él mismo y valorar su cuerpo» ⁶².

El joven, en su calidad de abanderado de la posmodernidad, refleja con mayor nitidez que otras etapas de la vida una característica fundamental de la posmodernidad: la de que su cuerpo es algo diferente a él, algo que es necesario poseer como un objeto muy especial, rompiéndose así la identidad de sustancia entre ambos⁶³. Por un lado, el cuerpo se convierte, como cualquier otro objeto de consumo, en una propiedad, *indiscutiblemente* propia. En el caso de los jóvenes, esta representación de la corporeidad llega a tomar tintes de reivindicación y

⁶² J. García Roca, *Constelaciones de los jóvenes, síntomas, oportunidades, eclipses*, Cristianismo i Justicia, Barcelona 1994, p. 17.

⁶³ D. Le Bretón, *Antropología del cuerpo y modernidad*, Nueva Visión, Buenos Aires 1995.

permanente suspicacia contra todo tipo de intromisión, física o moral, que deje entrever una apropiación indebida por parte de cualquier tipo de autoridad de su *propiedad privada*. Esto explica, por ejemplo, por qué uno de los conflictos que aún siguen teniendo plena vigencia dentro de un sistema familiar actualmente democratizado y desproblematizado sigue siendo la autonomía sexual.

Al mismo tiempo, esta objetivización y apropiación del cuerpo trae consigo, como fenómeno paralelo, una responsabilización por parte del joven. Además de un campo para la experimentación y la expresión personal, esta nueva concepción implica una necesidad de protección y cuidado en la que se enmarcan los valores de la salud y de la optimización física.

Que la juventud no cuide las cosas, como tantas veces se le reprocha, no significa que no cuide las que son suyas. El cuidado del cuerpo en este sentido no difiere mucho del cuidado del otro objeto de consumo juvenil por excelencia, el coche, extensión (como ha sido sugerido en innumerables ocasiones) de la propia corporeidad. Los mimos y cuidados con los que miles de jóvenes rinden culto a su coche las tardes de domingo y la moda actual del *tuneado* pueden ser considerados como signos evidentes de este fenómeno de responsabilización. Tanto el propio automóvil como el cuerpo, signos de identidad en el intercambio simbólico cotidiano, vehículos ambos de hedonismo, de placer y de autoexpresión, son puestos a punto para sacar de ellos el máximo provecho, tanto físico como simbólico. La salud y, sobre todo, la estética física pasan así a convertirse en valores de gran importancia entre los jóvenes, que invertirán enormes cantidades de su tiempo, su dinero y sus esfuerzos en alcanzarlos.

Desde esta perspectiva, el cuerpo, aunque cada vez más propio, también será cada vez más ajeno, algo fuera de sí, con necesidades propias que habrán de ser satisfechas. Convertido ahora en sujeto independiente, habla al joven desde la distancia, a través habitualmente de la publicidad, dictándole aquello que éste necesita saber para mantenerlo «a punto». Así, en la sociedad consumista-narcisista, la publicidad no solamente sugiere los posibles placeres, sino también las necesidades del *vehículo* que servirá para alcanzarlos.

b) *De placeres y autocontención*

La capitalización del cuerpo trae asociados dos fenómenos históricamente contradictorios en apariencia, que no pueden ni deben ser abordados por separado: por

un lado, la ofrenda del cuerpo juvenil al hedonismo, a la búsqueda y experimentación continuas de placeres sensitivos (la cara más reconocida y comúnmente aceptada del proceso de transformación de la corporeidad dentro de la sociedad posmoderna) y, por el otro, la persistencia de una ética reformada de la autocontención y la disciplina corporal, la otra cara de la moneda de esa transformación que, a diferencia de la anterior, ha sido a menudo pasada por alto, si no incluso negada, dada la fascinación que causa la democratización de la primera como fenómeno histórico.

Hoy en día, tal y como argumenta Mike Featherstone, «la dieta y el mantenimiento físico son observados, cada vez en mayor medida, como vehículos para la realización de las tentaciones de la carne. Disciplina y hedonismo no son vistos ya como incompatibles (...) La cultura consumista no implica, por lo tanto, un cambio brusco de una cultura ascética a otra hedonista. Este cambio ocurre principalmente en el nivel de la imaginaria cultural. En realidad, demanda una buena cantidad de «hedonismo calculado» por parte del individuo ⁶⁴. En este sentido, la sujeción y contención del cuerpo por rutinas de sacrificio y de sufrimiento es considerada con mayor fuerza que nunca por la juventud como condición fundamental para la consecución de experiencias hedonistas. Veamos, por lo tanto, ambas *caras de la moneda*.

Sobre la reivindicación juvenil del cuerpo para el placer poco queda por decir que no se haya dicho ya tanto en la literatura especializada sobre el tema como a pie de calle. El hedonismo moderno, en contraposición al clásico, es herencia de la cultura del romanticismo que acuña en la cultura consumista su impronta, sustituyendo a la ética puritana, que haría lo propio con el capitalismo de produc

⁶⁴ M. Featherstone, «The Body in Consumer Culture», en M. Featherstone y otros, *The Body, Social Process and Cultural Theory*, Sage, Londres 1991, p. 171.

ción ⁶⁵. El cuerpo es proclamado y reivindicado por la juventud como vehículo de placeres estéticos y físicos; la moda exalta la estética corporal, resurgiendo siempre como tributo a la forma y la expresión corporales; y los bienes de consumo juveniles priorizan la experiencia sensorial, prometiendo máximo sabor, máxima experiencia táctil, olfativa... Es el reino de los sentidos, en el que éstos dejan de ser puertas permanentemente abiertas al pecado y a la degradación espiritual para convertirse precisamente en todo lo contrario, en las puertas de la experimentación y de la autorrealización personal (por descontado, no solamente física, sino también espiritual).

¿Desaparece, entonces, el *pecado*, la concepción del cuerpo como *plataforma* fundamental de pecado? Existe una tendencia muy común a pensar que así ha sido, dando por hecho que hoy en día somos testigos de una crisis de las sociedades disciplinarias. Sin embargo, el *pecado* no queda borrado del cuerpo, sino que sigue inscrito en él, trasplantado en las nuevas coordenadas de la cosmovisión juvenil. Puede plantearse, desde esta perspectiva, si el ancestral pecado capital de la gula, por poner el ejemplo quizás más evidente, ha perdido este carácter o si, por el contrario, ha sido *reciclado* en pecado estético.

Junto a la supuesta desaparición del pecado religioso es necesario replantearse la premisa de la desaparición de una sociedad disciplinaria. Es conveniente para ello

plantearse, como han sugerido algunos autores, no una desaparición de estas formas societarias, sino una transformación que llevaría desde una sociedad disciplinaria de corte clásico a una sociedad de control, en la que el poder de coacción se ejerce al margen de las instituciones, conformándose redes dispersas y laxas como mecanismos de control. En esta *sociedad de control*, el cuerpo del joven no es, en el sentido propio del término, disciplinado, sino que es domesticado a través de las imágenes⁶⁵. El joven, a su vez, asume la disciplina corporal como autoimpuesta y el *pecado* como fruto de una moralidad gestada en lo más profundo de sí mismo (acorde con las exigencias contra Kant sostenidas por Nietzsche en el *Anticristo*), sin más condicionante que lo que *él* ve y lo que *él* desea.

⁶⁵ C. Campbell, *The Romantic Ethic and the Spirit of Modern Consumerism*, Blackwell Publishers, Oxford 1995.

⁶⁶C. Piña Mendoza, «El cuerpo, un campo de batalla. Tecnologías de sometimiento y resistencia en el cuerpo modificado», en *El Cotidiano*, julio-agosto, año/vol. 20, n° 126, Universidad Autónoma Metropolitana, México.

El cuerpo sigue siendo, por lo tanto, un *cuerpo laborioso*. Aparecen en este sentido dos categorías básicas: el cuerpo interior y el exterior⁶⁷. La primera de ellas hace referencia al cuidado de la salud y al óptimo funcionamiento del cuerpo junto a la demanda de mantenimiento y reparación constantes de los abusos y el deterioro que acompaña (¡ya desde la propia juventud!), el proceso de envejecimiento. La segunda categoría, por su parte, hace referencia a la apariencia, a la gestión de la representación corporal en el espacio social. Detrás del nuevo discurso juvenil sobre la fatiga y los sacrificios puede ser detectada la metáfora del cuerpo como máquina, sujeto a las leyes de la termodinámica: el cuerpo ya no es medido atendiendo a los patrones «de sobriedad divina, sino a través de calorías y proteínas, de tal forma que la disciplina y la eficiencia pueden ser medidas con precisión y certeza»⁶⁸. En esta metáfora encontramos de nuevo la equiparación del cuerpo a otros objetos de consumo, como el coche, que requieren un cuidado y atención permanentes por parte del poseedor a fin de maximizar su eficiencia.

Según Bryan S. Turner, se puede establecer un paralelismo entre este discurso actual de la juventud y los del ascetismo religioso de comienzos del capitalismo. La finalidad del sectarismo protestante era proveer al naciente capitalismo de una fuerza de trabajo sobria y físicamente bien preparada. El interés de la burguesía por la higiene, la dieta y el ejercicio para los trabajadores a mitad del siglo XIX tenía, así, funciones ideológicas de gran importancia. En la nueva ética juvenil, por el contrario, la delgadez es asociada con el concepto mismo de juventud, energía, vigor, al igual que el cuidado físico es considerado signo de prudencia en cuestiones de salud. La actual manifestación de la anorexia y la bulimia, fenómenos alimenticios extendidos entre una parte nada despreciable de la juventud, pone en evidencia el giro que se ha producido en este sentido. Si se revisan las características personales y existenciales de los grandes ascetas y místicos de religiones cristianas y orientales, se pone en evidencia la estrecha frontera entre lo que puede ser considerado patología y normalidad en lo que concierne a la alimentación. El sentido fenomenológico de la enfermedad era similar al que más adelante manejaría el psicoanálisis: renuncia al cuerpo con caracteres seculares y, en

consecuencia, fuente de placer y atracción libidinal, en aras de conseguir una absoluta espiritualidad, un sentido de la existencia marcado por la penitencia, el sacrificio y la productividad intelectual o artística. La lista de *personalidades* históricas que entrarían en este cuadro clínico es muy extensa: Juana Inés de la Cruz, santa Catalina de Siena, santa Juana de Arco, Gandhi, Simone Weil, etc. Actualmente, el sentido de los trastornos de conducta alimentaria es radicalmente diferente al ascetismo de intelectuales y místicos de épocas pasadas:

... chicas adolescentes, muy influidas por una sociedad que prima en exceso la belleza y la imagen, partícipes de una civilización consumista, despilfarradora y superficial, en la que los referentes espirituales y las inquietudes trascendentales se han perdido en detrimento de otros valores que transmiten machaconamente medios de comunicación con un enorme poder, como la televisión. En nuestra sociedad occidental, la estructura familiar y sus tradiciones tienen un escaso poder contenedor frente a la insistencia subliminal y abierta de mensajes que identifican «cuerpo diez» con felicidad⁶⁹.

c) *El cuerpo como medio de comunicación: entre la sumisión y la rebeldía*

El cuerpo ha sido siempre un importante dispositivo de comunicación por el que el ser humano ha organizado y construido sus identidades y su rela

⁶⁷ M. Featherstone, o. c., p. 171.

⁶⁸ B. Turner, «The discourse of Diet», en Featherstone, M., y otros, *The body, social process and cultural theory*, Sage, Londres 1991, p. 167.

⁶⁹ J. San Sebastián Cabasés, «Aspectos históricos en la medicina sobre los trastornos alimentarios», en *Revista de Estudios para la Juventud*, diciembre 1999, p. 21.

ción con los demás miembros de la sociedad. Las *inscripciones corporales*, que abarcan desde los andares, los códigos gestuales o el lenguaje no verbal hasta las marcas físicas propiamente dichas, nos hablan de los sujetos, de sus valores, de su forma de ver el mundo y su lugar en él, su estilo de vida, sus sueños y sus pesadillas:

Como pone de relieve el minucioso análisis realizado por Michel Foucault sobre las sociedades disciplinarias, el cuerpo joven ha sido desde siempre objeto distinguido para la práctica de la escritura social, desde los primeros años en la familia hasta la escuela o el servicio militar. El joven, en estas sociedades, era disciplinado junto, con y a través de la domesticación de su cuerpo. De ahí la importancia concedida a la disciplina postural, los buenos modos, la sujeción del cuerpo a tiempos y espacios. Inscripciones y puesta en escena corporal quedaban subyugados al código social, reflejo de los poderes y prácticas institucionales. En este sentido, el cuerpo ha sido siempre un *campo de batalla* por el sometimiento y la resistencia en el que se enfrentan la escritura social, con sus códigos dominantes, y la autoexpresión⁷⁰.

En contraste con las anteriores formas sociales, en las actuales sociedades de control el acento se pondrá, como consecuencia del proceso de personalización, en la expresión personal a través del cuerpo. Su apropiación como conquista trae como consecuencia que la capacidad comunicativa de éste se ponga al servicio del joven, de su individualidad, su diferencia personal o grupal, convirtiéndose así en su medio de

identificación y comunicación por excelencia. En este tipo de sociedad, la autoexpresión se vuelve imperativo categórico: a través del cuerpo, de la moda y del resto de objetos de consumo que constituyen el *aura* personal, el joven *debe* expresarse, so pena de caer en el ostracismo. Es conveniente señalar en este punto que, como objeto de consumo juvenil por excelencia, el cuerpo cae plenamente en la lógica propia de la estetización de la mercancía. Al igual que ésta, se convierte en el mecanismo publicitario del joven frente a su entorno, informador del valor intrínseco a través del que

⁷⁰ C. Piña Mendoza, o. c.

ha de informar de su personalidad, de sus afiliaciones, gustos y estilo de vida, entrando en la corriente de mensajes visuales cortos y eficientes característicos de una geografía visual fluida.

Ahora bien, esta apropiación del cuerpo como medio de comunicación personal no es, como podría pensarse, una tarea fácil para el joven, pudiendo llegar a suponer para él un reto extremadamente arduo. El joven queda colocado ahora *frente* a su cuerpo como se coloca un artista frente al lienzo o a la piedra sin forma: a él le corresponde elegir los materiales, estudiar los códigos disponibles, sujetos siempre a la lógica posmoderna de la devaluación permanente, calcular la fuerza expresiva, adecuar la composición a una personalidad en permanente evolución y transformación, propia de los años de juventud.

Obviamente, el joven no se encuentra tan desamparado ante tan extenuante tarea. La sociedad de control, cuyo mecanismo de socialización predominante consiste en *proponer* imágenes, sale en su ayuda desplegando frente a él modelos estandarizados que le sirvan de inspiración o guía. La percepción del cuerpo en la cultura consumista está dominada por la existencia de una vasta variedad de imágenes visuales, dependiendo del cultivo de un apetito insaciable por consumirlas. Cambia, en esta nueva forma de sociedad, el dispositivo utilizado para escribir en el cuerpo del joven, como cambian, por supuesto, los códigos vigentes. Y sin embargo, no cambia el hecho mismo de escribir sobre ellos, como tampoco lo hace, desde la perspectiva de los propios jóvenes, el hecho de resistirse, de sublevarse a través de y por su propio cuerpo:

Hoy los cuerpos jóvenes se encuentran frente a la encrucijada entre –por un lado– el cuerpo objeto, en tanto cuerpo cosificado, capitalizado y puesto a rendir en la escena del consumo y de la moda, como efecto de la trama mediática promovida por el mercado y el tráfico de las imágenes (...) Y, por otro lado, el cuerpo sujeto, atravesado por una multitud espesa de fuerzas oblicuas e insumisas que se resisten a la programación serializada de la subjetividad capitalista, y que por lo mismo es capaz de producir agenciamientos colectivos que *encarnan* nuevas cartografías socioculturales, cuyos lenguajes y prácticas emergentes no suprimen el sistema de dominación, pero que en su despliegue local logran *figurar*lo micropolíticamente, poniéndole freno al imperio global de la racionalidad tecno-instrumental ⁷¹.

d) *El cuerpo transformado: tatuajes y perforaciones*

Aunque existen aún países y culturas en los que este tipo de transformaciones corporales siguen siendo relacionadas con una clase social de estatus inferior o, incluso, con la delincuencia, puede afirmarse sin peligro de exageración que hoy en día el

fenómeno del tatuaje y los *piercings* está tan extendido entre la juventud global que ha pasado a ser un signo distintivo de ella, un signo no relacionado con grupos o subculturas específicas, sino con toda una nueva generación joven. Rastrear los significados profundos que este tipo de práctica tiene entre los jóvenes nos permitirá ejemplificar los tres elementos expuestos hasta el momento sobre la relación entre el joven y su cuerpo: su apropiación, su función comunicativa y su nueva dimensión de sufrimiento.

Como es sabido, los orígenes de estas prácticas de transformación se pierden en tiempos prehistóricos, como claramente demuestran algunos huesos hallados en la cueva de Aurignac o la momia descongelada de un cazador de la era neolítica en cuya piel se encontraron ya marcas en la espalda y las rodillas. Se piensa que la palabra *tatuaje* puede proceder etimológicamente de la palabra polinesia *ta*, que significa «golpear», por la costumbre, aún vigente en aquellas islas, de dibujar el tatuaje golpeando un hueso contra la piel con ayuda de otro, o bien de la palabra *tatau*, de Taití, proveniente del sonido producido por los huesos al chocar uno contra otro. En términos generales, el tatuaje puede definirse como la práctica de grabar dibujos en la piel humana, introduciendo materias colorantes bajo la epidermis por punzadas o picaduras. A lo largo de la historia, sin embargo, esta práctica ha sufrido grandes modificaciones, tanto

⁷¹ R. Ganter Solís, «Cuerpos suspendidos: cartografías e imaginarios de la piel en los jóvenes urbanos», en *Polis, Revista de la Universidad Boliviana*, año/vol. 8, nº 011, Santiago de Chile, p. 444.

desde un punto de vista meramente técnico como en lo referente a los motivos y a los significados asignados por el individuo y la sociedad.

Un breve recorrido a través de la historia y la evolución del tatuaje permite reconocer que prácticamente ninguna cultura ha sido antes del siglo XX ajena a este tipo de prácticas. Los fenicios y los griegos acostumbraban a tatuarse con diferentes motivos religiosos y animales. Los romanos marcaban a los prisioneros y a los criminales, e imitaron más adelante a sus enemigos, al copiar los soldados los tatuajes que portaban las que habían sido sus víctimas en señal de respeto e incluso de admiración. Aunque el cristianismo prohibiría esta práctica, una de las primeras señales distintivas de los cristianos fue tatuarse una cruz en la parte interna de la muñeca, aun sabiendo que sus perseguidores romanos estaban al tanto del significado de esta marca y que, de ser descubiertos, implicaba la inmediata ejecución.

Con la expansión de los viajes en el Renacimiento, los marineros entraron en contacto con diversas culturas en las que el tatuaje era una práctica extendida. No obstante, la relación entre los tatuajes y los marineros, aun recordada por muchos, se producirá más adelante en las exploraciones del capitán Cook, quien, en 1769, describió la práctica y la técnica del tatuaje en Polinesia. Muchos de sus marineros encontrarán atractivos aquellos dibujos geométricos, renovados a lo largo de toda la vida, extendiéndose rápidamente entre ellos esta práctica. Por otro lado, a partir del año 1000, el tatuaje logra su difusión por medio de las rutas comerciales a la India, China y Japón. En este último país, por ejemplo, al igual que en Roma, el tatuaje quedaba reservado a los criminales y a aquellos que habían sido aislados de sus familias, a los que se negaba

la participación comunitaria; sin embargo, a partir del siglo XVIII comenzó a extenderse como práctica común entre las clases altas y bajas, para terminar siendo prohibida más adelante por el emperador Matsuhito a fin de no dar una impresión de salvajismo a los extranjeros, coincidiendo con el período de apertura a Occidente.

La práctica del tatuaje pasa a ser incorporada a la simbología juvenil en los años sesenta del siglo XX. En España, el fenómeno resurge primero en las zonas portuarias, comenzando una tímida difusión entre las capas medias de la sociedad a finales de los años setenta e instalándose definitivamente en los ochenta, con sus diferentes motivos y su amplia simbología, entre los grupos de jóvenes que militaban en las nuevas escenas culturales y las diferentes tribus urbanas (especialmente entre los *heavies*, los *rockers* y los *punks*), confirmando su poder como seña de identidad grupal. Como sucedió con gran número de los signos distintivos de las subculturas y contraculturas, el tatuaje quedó absorbido a comienzos de los noventa por el remolino mediático de imágenes y modas «rebeldes» que eran expropiadas por grupos que nada tenían que ver con estas tendencias, como simulacro de rebeldía y mero complemento decorativo.

Dada esta amplia evolución hasta aquí analizada, hoy en día puede encontrarse entre la juventud una amplia paleta de significados asociados al tatuaje y a las perforaciones, incluyendo, por supuesto, el meramente estético, como simple decoración corporal sin más fin que el de embellecerlo o exhibirlo. Pese a esto, muchos de los significados que ya podían encontrarse en pueblos primitivos, como el polinesio, el maorí o el japonés, siguen aún vigentes. Veamos los más destacables:

– *Toma de posesión del propio cuerpo*: antes que cualquier otro, el significado por excelencia tanto de tatuajes como de perforaciones es precisamente el dar un significado al propio cuerpo, tomar posesión de él a través de una marca. Podría compararse, salvando las distancias, con la extendida práctica de marcar la propiedad privada, ya fuesen animales o territorios, con un símbolo distintivo del propietario que la identificase para el resto. Incluso en los casos en los que solamente tienen fines decorativos, el joven afirma con ellos su cuerpo como algo propio, con una señal que expresa lo que en la práctica cotidiana muchos de ellos hacen con la expresión: «Mi cuerpo es mío y hago con él lo que me da la gana». Puede decirse, en este sentido, que este tipo de alteraciones corporales contemporáneas son una marca de poder, una marca personal, única e irremplazable⁷².

– *Tribalismo y sentido de pertenencia grupal*: el renacimiento de los tatuajes y de las perforaciones en los años en los que comienza a hablarse de «tribus urbanas» no es casual. Los jóvenes actuales tienen tendencia a ser *modernos primitivos*, expresión que, como señala Charac de Briceño, se basa en una paradoja: mientras las ideología occidental progresista separa en efecto lo moderno de lo antiguo, lo *desarrollado* y lo *subdesarrollado*, tanto la literatura como la cultura cinematográfica y televisiva exaltan un nuevo tipo de héroe que encaja a la perfección con los valores de la libertad y la rebeldía, un tipo de héroe *salvaje*, *primitivo*, instintivo y en ocasiones, cabe decirlo, algo *animal*. Esta reacción artística no es sino un reflejo de la necesidad actual de volver a los orígenes, a las raíces, y, de igual forma, a la comunidad y al grupo pequeño⁷³.

Frente al proceso de des-identificación surge como respuesta de los jóvenes la necesidad de renuclearse, de fortalecer los lazos primarios. Este proceso de *tribalización juvenil* se traduce en la toma de signos estéticos visibles que den fe de su pertenencia. No solamente los tatuajes llamados *tribales*, con formas similares a las encontradas en culturas primitivas, sino cualquier tipo de tatuaje puede marcar al joven como perteneciente a un tipo específico de subcultura. Un ejemplo muy conocido, sacado del mundo del crimen organizado, es el de los pandilleros, que se hacen tatuar el cuerpo (cara, espalda, brazos, pecho...) con el número de distrito que da nombre a su pandilla, así como con sus signos distintivos.

– *Rito de paso*: históricamente, uno de los significados otorgados a las transformaciones corporales en las sociedades primitivas era marcar, la transición entre diferentes etapas de la vida: de la niñez a la vida adulta, (que venía a implicar a su vez la aceptación del sujeto dentro de la tribu como miembro de pleno derecho), el matrimonio, el luto, el cambio de estatus o incluso la encomienda de una misión o de un cargo de funciones especialmente relevantes para la comunidad. Muchos jóvenes, en la actuali

⁷² R. Ganter Solís, o. c., p. 441.

⁷³ J. Charac de Briceño, «Adolescente, cuerpo, iniciación», en *Nuevo Milenio, Boletín Antropológico*, n° 49, mayo-agosto 2000, Universidad de los Andes, Mérida, p. 69.

dad, además de marcar momentos de gran trascendencia *cronológica* de sus vidas, comenzando por el paso de la niñez a la juventud hasta el final de la carrera, marcan momentos de cambio sentimental, psicológico o espiritual, fases que tienen bastante más importancia para ellos que las transiciones institucionales a la hora de identificar los estadios de su propia vida.

El tatuaje japonés, característico por la gran belleza de sus formas y colores, tiene en muchos casos como finalidad exteriorizar una lucha interna o un objetivo espiritual que se anhela alcanzar. Lejos de buscar esas formas o esos colores que tanto fascinan en el resto del mundo por su mero interés decorativo, el tatuaje ha de exteriorizar una fuerza interior, un compromiso. De modo muy similar, Rossana Requillo ⁷⁴ interpreta el tatuaje como una forma de comunicación que exterioriza campos de fuerza previamente instalados en la conciencia del joven. Una ruptura sentimental o una relación sentimental de gran intensidad, la firme decisión de un cambio en la trayectoria vital o el despertar espiritual pueden ser considerados como tensiones internas que *exigen*, dada la relevancia que tienen para el joven, una marca de eternidad que clame: «Yo soy esto».

Además, tanto la práctica del tatuaje como la de las perforaciones o la de las suspensiones confiere al joven la experiencia de lo táctil, del dolor como marca: «Algunos jóvenes, tanto modificadores corporales como usuarios», reflexiona Rodrigo Gater, «plantan el dolor como una conexión tan intensa con lo real que genera el efecto de despertarse» ⁷⁵.

3.2. Juventud y sexo

La sexualidad incluye nuestras preocupaciones cambiantes acerca de cómo debemos vivir y cómo debemos disfrutar o negar nuestros cuerpos.

Jeffrey Weeks

El acercamiento al papel que desempeña la sexualidad en el universo juvenil ha de trascender una visión meramente genital o instintiva que asuma sentidos biologicistas o universales. Será necesario, por lo tanto, abordar este aspecto desde una triple perspectiva que englobe las diferentes dimensiones del deseo sexual humano: su dimensión biológica y fisiológica, su articulación psicológica como disposición a la acción y, por último, su representación y escenificación sociocultural. Solamente incluyendo estas tres dimensiones se puede aspirar a una comprensión holística de la forma en que los jóvenes se encaran con su sexualidad, que necesariamente implica adentrarse en todo el complejo entramado de valores, expectativas, miedos y dudas que contribuyen a dotar de significado la forma en la que se establece tal relación ⁷⁶.

La revolución sexual ha sido probablemente uno de los hitos más destacables del pasado siglo, con la particularidad, además, de que gracias a la fuerza del proceso de globalización y a la difusión mediática de los nuevos patrones sexuales, esta revolución apenas ha tardado en extenderse por los cinco continentes. El origen remoto de esta revolución puede ser fijado entre los siglos XVIII y XIX, cuando el proceso de secularización transfiere la concepción de la sexualidad de la religión a la ciencia y la medicina. Entre finales del XIX y comienzos del XX se produce un cambio en la percepción de la sexualidad en Europa, que se hace más explícita, viviéndose una auténtica efervescencia erótica.

Asimismo, a medida que tanto las chicas como los chicos jóvenes fueron teniendo acceso a una educación más prolongada, la contradicción entre los ideales de abstinencia y la autonomía sexual va haciéndose cada vez más insostenible, creando fuertes tensiones culturales. No será hasta los años sesenta, sin embargo, cuando pueda hablarse con propiedad de revolución sexual, extendida tanto geográficamente como entre diferentes capas sociales. En España, no obstante, hubo que esperar has

⁷⁴ R. Requillo, *En la calle otra vez. Las bandas: identidad urbana y usos de la comunicación*, Ed. Iteso, México.

⁷⁵ R. Ganter Solís, o. c.

⁷⁶ I. Mejías Quirós y E. Rodríguez San Julián, *Jóvenes entre sonidos. Hábitos, gustos y referencias musicales*, INJUVE, FAD, Madrid 2003, p. 19.

ta la siguiente década para que ésta tuviera lugar, marcando un antes y un después en su representación colectiva ⁷⁷.

A mediados de los ochenta, el sida es reconocido como crisis global, sin que los intentos por restituir conductas más conservadoras consigan contrarrestar la fuerza con la que han arraigado las nuevas pautas sexuales. Muy al contrario, hoy en día podríamos llegar a describir el entorno en el que se desarrollan las sexualidades juveniles, con Brian McNair, como una *cultura del striptease* ⁷⁸ en la que se ha producido una *democratización del deseo*, y en la que el sexo, e incluso las formas más pornográficas y extremas de éste, han sido absorbidos y normalizados a través de los medios de comunicación, extendiéndose desde el mundo de la música hasta el de la política: «La cultura del *striptease* envuelve frecuentemente a gente común hablando sobre sexo y sobre su propia sexualidad, revelando detalles íntimos de sus sentimientos y de sus

cuerpos en la escena pública»⁷⁹.

Las implicaciones que tiene esta *cultura del striptease* para el desarrollo de la sexualidad del adolescente son tan importantes como difícil, un cálculo preciso de su repercusión. Biológica y fisiológicamente, la adolescencia se ha caracterizado siempre por ser una etapa de turbulencia e incluso, podría decirse, de estrés con respecto a su propio cuerpo y, más concretamente, a su sexualidad. Mientras las sociedades tradicionales exacerbaban esta tensión, al enfrentar este despertar contra el muro de la prohibición social, en las sociedades actuales el adolescente despierta a la sexualidad en un entorno hipersexualizado, en el que el erotismo es expuesto a través de los medios de comunicación más en forma de deseo, de incitación permanente, que como algo hermoso y natural. En las próximas páginas se tratará de sintetizar, en cuatro puntos, los aspectos más relevantes de la sexualidad juvenil actual.

a) *La permanente reivindicación de la libertad sexual*

Todo lo descrito anteriormente al referirnos a las nuevas relaciones entre el joven y su cuerpo puede ser ahora vertido en su relación con la sexualidad. Ésta es, en primer lugar, propia, coto vedado a los imperativos morales de cualquier tipo de institución, comenzando por la propia familia, la más cercana y apreciada, y terminando en instituciones que despiertan, según los datos ofrecidos por los propios jóvenes, poca o ninguna confianza, como las administraciones o la Iglesia católica.

Es interesante, en ese sentido, constatar cómo, en contra de la creencia más extendida, el tema de la sexualidad sigue siendo para una parte significativa de los jóvenes una cuestión íntima que no se puede o debe compartir. La sexualidad, además de ser uno de los temas en los que los jóvenes aprecian mayores diferencias a la hora de pensar con respecto a sus padres, es, junto a los amorosos y afectivos, uno sobre los que menos se habla y, consecuentemente, sobre los que menos se busca consejo en ellos⁸⁰.

A su vez, desde la perspectiva de los progenitores, aunque prácticamente todos creen que «algo» deben decirles a sus hijos (especialmente a fin de evitar que vivan situaciones adversas), muy pocos están dispuestos a profundizar, y mucho menos a pasar del plano abstracto de la sexualidad al de «tu sexualidad», encontrando como actitud más extendida un gradiente que iría desde el pudor extremo que a veces manifiestan las madres con los hijos varones o los padres con las hijas, a un tratamiento superficial y muy extendido que se limita a decir: ¡cuidado! La mayoría de los padres todavía obvian, eluden e incluso niegan la sexualidad de sus hijos e hijas, prolongando la niñez subjetiva de éstos contrariamente a lo que observan (y aceptan) en el conjunto de miembros de su generación⁸¹.

⁷⁷ I. Mejías Quirós, E. Rodríguez San Julián y otros, *Jóvenes y sexo. El estereotipo que obliga y el rito que identifica*, INJUVE, FAD, Madrid 2005, p. 15.

⁷⁸ B. McNair, *Striptease Culture. Sex, media and the democratisation of desire*, Routledge, Londres 2002.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 88.

⁸⁰ P. González Blasco, «Familia y jóvenes», en P. González Blasco, *Jóvenes españoles 2005*, Fundación Santa María, Madrid, p. 185-240. pp. 218 y ss.

⁸¹ OSM (2006): «La sexualidad de los jóvenes desde la perspectiva de los padres», pp. 14 y ss., disponible en

Este mismo fenómeno ha sido detectado por el INJUVE a la hora de realizar las encuestas de su Informe *Juventud en España 2004*, al constatar que una parte nada despreciable de jóvenes (35%) no aceptaba responder a las preguntas relacionadas con su sexualidad. «Se supone», escriben los autores, «que han aprendido a tratar el tema sin prejuicios y hablan de su sexualidad sin tapujos. Que uno de cada tres jóvenes, cuando se le da la oportunidad para elegir, se niegue a contestar las preguntas sobre sexualidad nos indica que la imagen abierta y poco convencional que se atribuye a la forma con la que los actuales jóvenes se enfrentan al tema de la sexualidad es poco exacta»⁸². Y esto sucede, como subrayan los autores, en un contexto histórico y social en el que, acorde con la tesis de la *cultura del striptease*, la sexualidad se ha convertido en un rasgo cultural central, omnipresente y recurrente. ¿Deben interpretarse estos datos como signo de la supervivencia de una cultura sexual mojigata, que se creía prácticamente extinguida, o deben serlo, por el contrario, como una resistencia más de los jóvenes a la *intromisión* de los adultos?

A lo largo de la historia, la sexualidad ha constituido uno de los campos de poder de mayor trascendencia en las tensiones entre el individuo y el control social. Las diferentes instituciones han tratado de regular, con mayor o menor grado de severidad, la sexualidad del individuo, de regular el deseo a través de controles legales sobre el matrimonio, la edad y la prohibición de prácticas de diferente naturaleza. Y, a su vez, la sexualidad también ha sido siempre un poderoso medio de emancipación⁸³. A partir de las fuertes tensiones que se produjeron en los años sesenta y setenta en torno a la cuestión sexual, ésta se ha convertido en una seña de identidad, así como la libertad sexual en un derecho inalienable. La historia sexual de cada joven parece reconstruir, en este sentido, la historia social de la sexualidad. El terreno de la sexualidad es uno de los primeros escenarios de libertad que el joven tiene oportunidad de conquistar. El deseo de explorarlo experimentarlo (y, paralelamente, de explorarse y experimentarse como cuerpo social dentro del entorno de relaciones del que el joven se está apropiando) hace de la sexualidad algo muy valioso para la construcción de su propia identidad. La conquista de este escenario de libertad será, durante la adolescencia, sinónimo del valor por antonomasia en la juventud actual, la libertad individual.

b) *Pareja, amor y sexo*

La importancia que adquiere la libertad en el terreno de la sexualidad juvenil tiene importantes repercusiones sobre la concepción y el desarrollo de la relación de pareja. Si bien ésta sigue siendo el entorno preferido por la gran mayoría de los jóvenes para desarrollar sus prácticas sexuales y llevar a cabo sus incursiones en la experimentación de placeres, la pareja ha sufrido una considerable transformación en las últimas décadas, produciéndose a mediados del siglo pasado una considerable desmitificación del amor romántico. El abuso de éste como *leitmotiv* de la gran mayoría de películas y canciones de aquella época, explica Hans Heinrich Muchow, llegó a crear, en los años sesenta, una «idea-cliché del amor, de tal forma que la palabra con frecuencia era utilizada ya impropriamente y con ironía por parte de los jóvenes»⁸⁴. A comienzos del siglo XXI,

cuando el amor romántico vuelve a ser el material preferido tanto de cantantes y directores de cine como de su público más joven, no puede afirmarse, sin embargo, que haya salido totalmente ileso de aquella crisis. La vieja y romántica idea del amor como elección de una pareja exclusiva «hasta que la muerte nos separe» se ha sustituido a lo largo del proceso de liberación individual, como magistralmente explica Anthony Giddens, por un amor *confluyente*, una relación que sólo dura en la medida en que satisfaga a ambos miembros de la pareja y en la que el permiso *para entrar* lleva implícito, en cuanto uno vea que no hay motivo para quedarse, un permiso *para salir*.

⁸² INJUVE, *Informe Juventud en España 2004*, Madrid, p. 116.

⁸³ A. Giddens, *La transformación de la intimidad: sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*, Cátedra, Madrid 1998.

⁸⁴ H. H. Muchow, *Sexualreife und Sozialstruktur der Jugend*, Rowohlt's Deutsche Enzyklopädie, Hamburgo 1959, p. 91.

Fases de la sexualidad del adolescente *Adolescencia temprana Adolescencia intermedia Adolescencia avanzada*

- Inicio de la identidad genérica y del rol sexual.

- Incipiente interés por el propio físico. Habituales comparaciones con coetáneos y preocupación por anomalías.

- Inicio de la orientación sexual.

- La masturbación se inicia o intensifica, unida generalmente a sentimientos de temor o culpa. Primeros contactos físicos superficiales y posibles primeras relaciones «pseudo-homosexuales», atracciones físicas o emocionales sublimadas hacia coetáneos del mismo sexo. Muy frecuente el enamoramiento de ídolos (cantantes, maestros, deportistas, etc.).

- Identidad y rol genérico completamente definidos. Sensación, convencimiento, satisfacción y comportamiento acordes con su sexo.

- Imagen corporal ya plasmada. Se trata de ser lo más atractivo posible recurriendo a cortes de pelo inusuales, *piercings*, tatuajes, etc.

- Orientación mucho más clara. La atracción hacia el propio sexo es impulsiva, intensa, erótica e impersonal. De darse, la atracción por el propio sexo se hace más franca, mostrando en ocasiones evidencias detectables.

- Disminución de los sentimientos negativos asociados a la masturbación, que se hace más elaborada e imaginativa. Relaciones sexuales, coitales o no, más intensas, impulsivas, impensadas y con poca reciprocidad. Aparecen los problemas asociados con la actividad sexual: ETS, embarazo no deseado, reacciones emocionales.

Fuente: Freyre Román, 2004.

- Identidad y rol sexuales maduros, de tipo adulto.

- Imagen corporal plena y definida. Quienes aún están descontentos con ella suelen ya haber aceptado su realidad física o estar próximos a lograrlo.

- Orientación heterosexual ya definida en la gran mayoría de los jóvenes. En los casos de homosexualidad o transexualismo puede demorarse el proceso de su reconocimiento y aceptación.

- Actividad sexual más responsable y recíproca, ligando lo erótico con lo sentimental o romántico. También es más específica, dirigiéndose hacia una determinada persona.

Suelen ser amores más duraderos.

En este sentido, las relaciones en pareja de los jóvenes siguen el patrón del *amor líquido* descrito por Zygmunt Bauman, según el cual las relaciones interpersonales, con todo lo que acarrean (amor, compromisos, derechos y deberes mutuamente reconocidos), son al mismo tiempo objeto de atracción y de aprensión, de deseo y de temor, sedes de duplicidad y de vacilación, de examen de conciencia y de ansiedad. Según este autor, en el *amor líquido* se tiene la «tendencia a aplanar a golpes nuestras relaciones amorosas al estilo “consumista”, el único en el que nos sentimos cómodos y seguros»⁸⁵. Este *estilo consumista* pide que la satisfacción sea, deba ser, instantánea, mientras que el valor exclusivo, el único uso de los objetos, es su capacidad para dar satisfacción. Una vez que cesa esta satisfacción, debido a la rutina o al aburrimiento, a la ampliación de la oferta, a su desgaste o simplemente a la novedad, «no hay motivo para atestar la casa con cachivaches tan inútiles»⁸⁶. El joven sigue viviendo, por lo tanto, el amor romántico (incluso la fidelidad), quizá incluso con mayor intensidad que en otras épocas, pero *fragmentado* dentro de una larga cadena de historias pasajeras y de parejas estables. Los datos empíricos constatan esta tendencia en sus dos vertientes. Por un lado lo pro

⁸⁵ Z. Bauman, *Identidad*, Losada, Madrid 2005, p. 138. ⁸⁶ *Ibid.*, p. 139.

Gráfico 3

Número de personas con las que se ha mantenido relaciones sexuales en los últimos 12 meses. España 90

80

70

60 Una

50 Dos Tres

40 Cuatro o más

30

20

10

0 15-17 18-20 21-24 25-29 15-17 18-20 21-24 25-29 Varón Mujer

Fuente: INJUVE, *Informe Juventud en España 2004*, INJUVE, Madrid 2005, p. 123.

pio o característico de la juventud es mantenerse soltero, quedando la convivencia en pareja o el matrimonio para fases más avanzadas de la juventud. Por otro lado, de aquellos que permanecen solteros, el 65% declaraban en el año 2004 haber tenido solamente una pareja sexual en los últimos doce meses el 14% dos; el 7%, tres y el 9,5%, cuatro o más⁸⁷.

Otro dato de sumo interés es la gran importancia que le conceden los jóvenes al sexo como requisito de peso para el buen funcionamiento de la relación de pareja. Tener relaciones sexuales es asumido en el discurso juvenil sobre sexualidad «como un hecho indisoluble, por tanto, de cualquier tipo de relación. No se conciben las relaciones de pareja (estables o no) sin sexo, pues se interpreta como algo natural y que forma parte de la condición humana»⁸⁸.

Esta relación pareja/relación sexual trasciende para los jóvenes, sin embargo, la mera naturalidad. Al ser preguntados por las condiciones que facilitan el éxito de un matrimonio, «tener una relación sexual feliz» aparecía, en la *Encuesta europea de valores*, como uno de los principales requisitos señalados por los jóvenes (71%), muy por encima de la importancia que le concedía el total de la población. Para los jóvenes entre 18 y 24 años, este factor superaba en importancia al resto de propuestas, como «hablar sobre intereses comunes» (59%), «pasar juntos el mayor tiempo posible» (46%), «compartir línea política» (10%) o «religiosa» (20%), quedando al mismo nivel que «estar dispuestos a compartir problemas» (74%)⁸⁹.

⁸⁷ INJUVE, o. c., p. 125.

⁸⁸ I. Mejías Quirós, o. c., p. 20.

⁸⁹ C. Valdivia, «La familia», en F. A. Orizo y J. Elzo, *España 2000. Entre el localismo y la globalidad. La encuesta europea de valores en su tercera aplicación 1981-1999*, Fundación Santa María, Madrid, p. 119.

c) *Virginidad y primeras experiencias*

Los datos ofrecidos en el anterior apartado dejan ya intuir el declive, por no decir la práctica desaparición, del significado estigmatizador que durante mucho tiempo tuvo la virginidad. El descenso de la edad a la que se mantiene la primera relación sexual no es un fenómeno que concierna solamente a unas pocas regiones en el mundo, sino que puede ser considerado un fenómeno global, extendido por amplias poblaciones y culturas. Así, como atestigua el informe realizado por la conocida marca de profilácticos Durex en 41 países de todo el mundo, la media mundial indica que los mayores de 45 años tuvieron su primera relación a los 18,2; la población entre 25 y 34, a los 17,9; entre 21 a 24, a los 17,5, y a los 16,3 el grupo comprendido entre los 16 y los 20⁹⁰.

Estos datos, sin embargo, no pueden ser estrictamente interpretados como una pérdida de significado o trascendencia de la virginidad para los jóvenes. En el discurso de los jóvenes puede constatar, por el contrario, cómo la pérdida de la virginidad «está muy lejos de haber perdido la categoría de rito iniciático, teñido de cierta trascendencia. Sigue siendo un momento entre ansiado y temido, lleno de expectativas y de miedo a la frustración de esas expectativas, que supone la posibilidad de un cambio de estatus y la posibilidad de una modificación de la propia manera de verse, y que precisa ser compartido desde miradas protectoras»⁹¹. Para los más jóvenes, la primera vez que se experimenta un contacto sexual completo posee un significado de cambio de estatus. La nueva posición a la que se siente haber accedido permite al joven construir una nueva percepción de la realidad, así como reafirmar su yo-adulto, diferenciándose de los sexualmente inmaduros.

Precisamente por la importancia que le conceden, el *cómo* y el *cuándo* han de ser decisiones tomadas por el propio joven. Sin embargo, esa libertad de decidir está sujeta a lo que se supone que es normal o, dicho de otra forma, a lo que los demás esperan de uno. En este sentido, el grupo de pares juega un papel de gran importancia: «Si en algo están de acuerdo los y las adolescentes es que, en lo referente al sexo, quien marca y finalmente dictamina lo que hay que hacer es el conjunto de compañeros y compañeras que componen el escenario, el guión y el público en el que el propio comportamiento se

representa»⁹². La sexualidad juvenil, sobre todo en las edades más tempranas, es por lo tanto una actividad *practicada* en grupo, en el sentido de que no puede ser plenamente entendida sin toda la labor de creación de mitos, de normalidades o de expectativas por parte de éste. A medida que pasan los años, este ejercicio de sexualidad grupal va dejando paso a una sexualidad más personal, más íntima, consecuencia del proceso de individualización que va haciendo al joven independiente con respecto a estas expectativas y reglas grupales. A diferencia de las opiniones del grupo, por el contrario, las de los padres y, en general, de los adultos, no son aceptadas como líneas directrices, sino como ataque a la propia autonomía corporal y sexual.

En esta primera etapa, además, la abstinencia sexual no es una norma aceptada, excepto en pocos grupos muy minoritarios de jóvenes. Al ser preguntados, destacan como razones de mayor importancia para la abstinencia el temor al embarazo (23,6%), al sida (11,3%) y, en el caso de tener pareja, la fidelidad a ésta (17,9%). Es significativo apreciar, en este contexto, la debilidad de las razones morales a la hora de decidir la abstinencia sexual, con mayor peso para las chicas, con el 6,2%, que para los chicos, con el 3,8%, muy lejos en ambos casos del resto de las razones esgrimidas⁹³.

La iniciación, como se ha visto, se presenta como algo muy significativo tanto para los chicos como las chicas aunque no lo sea, como subraya el estudio *Jóvenes y sexo*, por las mismas razones. Para ellas la iniciación sexual es planteada como la culminación de una relación afectiva satisfactoria, por lo que tal significación vendrá marcada como el cumplimiento de un ideal: se verán a sí mismas más maduras, pudiendo sentir y hablar desde un hori

⁹⁰ Durex, *Informe Durex 2005*, disponible en <http://www.durex.com/es/gss2005results.asp?intMenuOpen=8>.

⁹¹ I. Mejías Quirós, E. Rodríguez San Julián y otros, o. c., p. 190.

⁹² *Ibid.*, p. 189.

⁹³ INJUVE, o. c., pp. 140 y ss.

zonte de tranquilidad liberado de los miedos que albergaban antes de la primera relación completa y, al mismo tiempo, pudiéndose ocupar de una satisfacción sexual supeditada antes a otras prioridades.

Para ellos, por el contrario, la iniciación representa antes que nada la materialización de su propio «destino pulsional», el acto final de esa representación del deseo. La experiencia sexual es algo que han de buscar en todo momento, aunque esa prioridad exija dejar en el camino muchas exigencias. Así, tanto su propia autoestima como la aprobación por parte del grupo se verán incrementadas cuanto más *valiosas* sean las características de atractivo físico de la otra persona, pudiendo ser relegadas estas exigencias a un segundo plano cuando lo apremiante es haber pasado por la primera experiencia sexual completa. A diferencia de las chicas, la maniobra obligada para cumplir con el requisito grupal en materia sexual será contarle, y hacerlo de forma enfática, extensa y detallada. Las chicas también deberán hacerlo, pero ni de forma tan enfática ni a un auditorio tan extenso, centrándose por el contrario en personas más señaladas que estén en condiciones de entender todos los matices⁹⁴.

d) *Comportamientos de riesgo y ante el riesgo*

El análisis de la sexualidad juvenil quedaría incompleto sin un acercamiento a las prácticas sexuales de riesgo. Para la sociedad adulta, que puede ser identificada para este tema concreto con numerosos grupos, comenzando por los propios padres o los educadores y terminando por los partidos políticos o el sistema sanitario, el comportamiento sexual de los jóvenes es, desde hace ya años, un constante objeto de preocupación e incluso de alarma. De forma muy semejante a como ha venido sucediendo en los últimos años con el tema de las drogas, son muchos los que no dudan en manifestar su más que comprensible desconcierto ante la aparente insensibilidad juvenil frente a las innumerables campañas de prevención dedicadas a atajar los efectos no deseados de las prácticas sexuales. Y, sin embargo, sería un error presentar esta preocupación como algo que únicamente concierne a los adultos. El miedo es uno de los elementos que siempre se encuentran presentes en el discurso de los jóvenes sobre sus prácticas sexuales, sobre todo entre los más jóvenes. Como señala el ya citado estudio *Jóvenes y sexo*, éstos son miedos que se explicitan o que hay que adivinar, miedos muy definidos o más bien de perfiles difusos, que se comparten o que crecen en la intimidad, que tienen su origen en las fantasías o las exigencias de los otros o que se basan en una autopercepción vacilante... pero todo el discurso del sexo se presenta trufado de ellos⁹⁵. En este caso, la diferencia entre chicos y chicas ha de ser buscada en el contenido específico que toma para unos y para otros.

– *Para ellas*, los temores que más habitualmente se manifiestan son los relacionados con «no estar a la altura», no ser suficientemente atractivas o deseables, así como el miedo a que sus compañeros sexuales no cumplan sus expectativas, la falta de delicadeza o la infidelidad. El riesgo por antonomasia es el embarazo o, incluso, la posibilidad de no ser acompañada en esa situación por su pareja sexual. No le dan tanta importancia, por el contrario, a la transmisión de enfermedades, ya que, al existir una confianza afectiva con la pareja sexual, se diluye la percepción subjetiva de este tipo de riesgos.

– *Para ellos*, los temores están fundamentalmente relacionados con el imperativo del «tener que hacer» y el desconocimiento o la inseguridad de saber hacerlo bien. Los riesgos percibidos con mayor claridad son, a diferencia de lo que sucedía con ellas, los de las enfermedades de transmisión sexual, especialmente en las relaciones casuales, ya que mantienen la convicción de que si una chica se acuesta con un chico la primera vez que se ven, es decir, de forma casual, es porque ésa es su costumbre y por lo tanto «a saber con cuántos se habrá acostado antes»⁹⁶.

⁹⁴I. Mejías Quirós, E. Rodríguez San Julián y otros, o. c., p. 189 y ss.

⁹⁵ *Ibíd.*, pp. 170 y ss.

⁹⁶ E. Rodríguez San Julián, «Sexo y riesgo. La dialéctica entre el placer y la razón», en *Revista de Estudios de Juventud*, nº 63, Madrid, pp. 29 y ss.

Estos miedos, sin embargo, en vez de haber arrojado luz sobre la cuestión planteada en un principio sobre la ineffectividad de las campañas públicas contra embarazos y enfermedades de transmisión sexual, hacen probablemente el tema aún más oscuro e incomprensible. Si no puede explicarse este fenómeno por una falta de temor, ¿cómo entonces? Para explicarlo es necesario tener presente la interacción de varios elementos

que, en muchas ocasiones, confluyen en los comportamientos de riesgo: la incapacidad o falta de costumbre para calcular los riesgos, por un lado, y, por otro, un sentimiento de invulnerabilidad característico de la juventud⁹⁷. Los más jóvenes son, en ambos casos, los más afectados. Veamos ambos elementos con mayor detenimiento.

En el caso de la incapacidad o falta de hábito para calcular los riesgos reales, muchos adolescentes carecen del grado de pensamiento abstracto o incluso de la proyección en el futuro de sus actos necesaria para comprender la trascendencia de sus prácticas sexuales. Por otro lado, la información oficial proveniente tanto de padres y educadores como de autoridades sanitarias (percibidas muy frecuentemente como una intromisión «moralista»), se mezclan con mitos sexuales circulantes entre los adolescentes que, la mayoría de las veces, poco o nada tienen que ver con las prácticas sexualmente seguras. Por lo que se refiere al sentimiento de invulnerabilidad, muy característico de los más jóvenes (y no solamente en lo tocante a las prácticas sexuales de riesgo), el desconocimiento de casos reales, así como la idea de que ese tipo de cosas «sólo les pasan a los demás» (con comportamientos más promiscuos, menos listos, menos instruidos, o simplemente «los demás»), dan al adolescente la idea de que eso no va con él.

Pero no todo es o desconocimiento o sentimiento de invulnerabilidad. Incluso cuando el joven asume la responsabilidad como un comportamiento cotidiano, hay momentos en los que todas las consideraciones sobre posibles riesgos se ponen entre paréntesis. Es de gran ayuda, para comprender esta afirmación, constatar que existe una abrupta escisión para los jóvenes entre el sexo «entre semana» y el de los «fines de semana», su tiempo de ocio o, más concreto y más preciso, *su* tiempo. Los contextos de diversión nocturna son propicios para los contactos sexuales puntuales en los que el sentido de la responsabilidad, presente en gran medida el resto del tiempo como hábito, puede quedar diluido en una dinámica festiva en la que lo que prima es el impulso y la satisfacción inmediata de los deseos, ya que el momento de *marcha*, como se verá con mayor detenimiento en el próximo apartado, es un tiempo, usando la propia expresión de los jóvenes, de *desfase*: se desfasa con el alcohol y con las drogas, con el ligue y con la hora de regreso a casa. Difícilmente podría hacerse una excepción con la sexualidad. La *marcha* adquiere en este sentido las características que culturalmente han desempeñado el carnaval y otras fiestas propiamente de *desfase*: aliviar las tensiones producidas por las normas sociales reguladoras, que, de tiempo en tiempo, han de quedar en un segundo plano o incluso invertirse. Podría decirse que, en el caso de la juventud actual, cada fin de semana es carnaval, en el sentido de que la inversión de las normas se convierte en norma. Las reglas sexuales aplicables al resto de la semana no sirven, y lo atractivo, la verdadera seducción de ese tiempo, es una sexualidad de riesgo, de *desfase*. Esta situación se enmarca, además, en un contexto en el que el alcohol y otras sustancias adquieren una importancia clave, minimizando la percepción del riesgo, y más aún cuando su consumo está indisolublemente ligado al desarrollo de las noches de diversión en las que tienen lugar estos encuentros sexuales. En palabras de Mejías Quirós:

Los jóvenes, durante ese tiempo y ese espacio propios, representan un ritual en el que

el conjunto de símbolos y la dinámica de la interacción se sitúan en dos niveles: uno, externo o formal, y otro más profundo y emocional. De esta forma, en el ritual de acción, con la excitación social y con el impulso de estímulos asociados (la música, el baile, el alcohol y otras drogas) se genera un clima que favorece una contaminación emocional, y el símbolo sexo sufre, podríamos decir, un cambio de cualidad: las normas y los valores de la cultura predominante se diluyen y el impulso sexual más básico toma fuerza y se hace dominante ⁹⁸.

⁹⁷ ONU: *World Youth Report 2005, Young People Today and in 2015*, pp. 347 y ss., disponible en <http://www.un.org/esa/socdev/unyin/documents/wyr05part2.pdf>.

⁹⁸ I. Mejías Quirós, E. Rodríguez San Julián y otros, o. c., p. 21.

Además, la ausencia de espacios y recursos propios característica de los jóvenes que viven con sus padres, y los modelos de ocio desarrollados en recintos masificados y no adecuados para encuentros sexuales (muy pocos padres ven aún con buenos ojos el que su hijo o su hija lleven a su pareja a la habitación, y pocos jóvenes pueden permitirse una habitación en un hotel o un hostel), provoca que, incluso entre las parejas estables, las dificultades para preparar los encuentros sexuales sean mayores ⁹⁹. A esto se une que, en el caso del discurso masculino, el sexo sin control es un símbolo tanto de masculinidad como de rebeldía, por lo que la predisposición al control y la responsabilidad quedan aún más mermadas.

Es de especial relevancia a la hora de comprender en su justa medida los actos de irresponsabilidad, tener en cuenta el desajuste entre los deseos, expectativas y miedos de chicos y chicas y, a su vez, su puesta en escena en las dos situaciones ya expuestas, la relación de pareja y el acto puntual. Los chicos, apelando a su búsqueda incesante de nuevas experiencias esporádicas, encuentran argumentos para no usar preservativos cuando se presenta la situación en la que «no se puede decir que no». Aunque en las relaciones casuales consideran que deberían protegerse más, no suelen hacerlo, ya que la realidad apremia y, aunque salen con el objetivo de encontrar estas experiencias, no lo hacen preparados. En el apremio, además, parece evidente que el placer es incompatible con el uso de preservativos y, sin aceptar clara y directamente que no les agrada su uso, encuentran justificaciones de distinto calado, siendo las más socorridas el alcohol y la falta de disponibilidad. Cuando estas justificaciones son cuestionadas, se encuentran otras: «los preservativos de las máquinas no son de confianza», «las chicas son las que provocan», etc.

Cuando el contexto se traslada a la pareja estable, y dado que tras todas las anteriores justificaciones se encuentra el hecho de que no les gusta usar preservativo, la expectativa es que sean ellas las que usen otros medios. Las chicas, por su parte, que consideran ser las que realmente se arriesgan en este tipo de prácticas, se justifican por la presión ejercida por ellos para no usar preservativo, pudiendo ser ésta activa (negarse) o pasiva (se da por hecho que pueden negarse y se asiente para evitar tensiones). Ellas lo aceptan por temor a los riesgos afectivos (sus fantasmas más poderosos): miedo al rechazo, a que el chico se niegue a seguir la relación, se decepcione o simplemente a no poder proporcionarle el placer requerido ¹⁰⁰.

4. Jóvenes y ocio

Clásicamente se entiende por ocio aquel tiempo libre que resta tanto del tiempo de trabajo como de la satisfacción de necesidades básicas. Dumazedier propone una serie de características fundamentales para delimitar este concepto. El ocio, según este autor, se define como el resultado de una opción libre, no impuesta ni por elementos laborales ni por condicionantes biológicos, siendo, por el contrario, un tiempo caracterizado por la búsqueda de satisfacción en y por sí mismo, por lo que no puede estar regido por ningún fin material o social ni por un interés concreto, laboral, académico, comercial o ideológico¹⁰¹. El ocio, por lo tanto, es un tiempo informal enmarcado dentro del tiempo libre disponible, pero que se distingue de éste por estar inserto en un clima de libertad que rompe con los comportamientos institucionales, formales o autoimpuestos.

Partiendo de esta definición, algo amplia y difusa, el número de actividades que pueden quedar comprendidas es enorme, sin que exista ningún tiempo ni lugar en los que éste sea absolutamente inconcebible, pudiendo implicar prácticamente toda actividad dependiendo de cómo la experimente el sujeto. Por lo tanto, es necesario plantearse, una triple división del concepto de tiempo libre: tiempo de reparación (comer, descansar, etc.), tiempo libre dedicado a las actividades socialmente obligatorias (compromisos sociales, es

⁹⁹ I. Mejías Quirós y Elena Rodríguez San Julián, o. c. ¹⁰⁰ E. Rodríguez San Julián, o. c., pp. 33 y ss.

¹⁰¹ J. Dumazedier, *Sociology of leisure*, Elsevier, Amsterdam.

Gráfico 4

Tasas de IVE (interrupción voluntaria del embarazo). España 1990-2004 18

16

14

12

>20¹⁰ 20-24 8 25-29

6

30-34 35-39

4 40 y más 2

0

1990 1995 2000 2002 2004

Gráfico 5

Conducta declarada en la última relación sexual

90

80 Preservativo

70 Píldoras anticonceptivas

⁶⁰ Marcha atrás

50

«Otros métodos» 40

30

No está seguro del método

20 anticonceptivo empleado No usó método¹⁰ contraceptivo

0 15-16 17-18 15-16 17-18

Chicos Chicas

Fuente: Ministerio de Sanidad y Consumo, *La interrupción voluntaria del embarazo y los métodos anticonceptivos en jóvenes*, pp. 9 y 38.

tudios de apoyo) y tiempo para el ocio libre propiamente dicho ¹⁰².

En nuestras sociedades, el ocio es considerado como uno de los elementos centrales a la hora de definir la calidad de vida, fundamental para la satisfacción de las dimensiones sociales, hasta el punto de ser reconocido en la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948, además de en numerosas constituciones nacionales. Hoy en día no puede entenderse el ocio como un privilegio social reservado a unos pocos, sino como un fenómeno social universal, por encima de diferencias culturales, de clase o edad. Ahora bien, elevar el ocio al grado de eje vertebrador de la actual fase de nuestra civilización, como propone el propio Dumazedier, implica mucho más que su democratización. Supone aceptar, además, que éste ya no se define como una simple opción personal, pasando a ser un hecho social de fundamental importancia en la organización de la vida cotidiana de los individuos, en su forma de planificar sus vidas, sus ilusiones, sus momentos de autorrealización y sus proyectos personales.

Aunque el fenómeno del ocio no es algo exclusivo de nuestras sociedades, es a partir de la revolución industrial, y más concretamente desde el nacimiento de la sociedad de consumo a mediados del siglo XX, cuando tanto la distribución como la estructura y organización del trabajo posibilitan la extensión cuantitativa del tiempo libre y la reaparición del concepto de ocio como tiempo liberador en el que se puede desarrollar el individuo.

Reaparición, porque fueron ya los griegos los primeros en formular una concepción del ocio realmente desarrollada y consciente. Así, el término *skolé* (parar o cesar) terminaría adquiriendo el significado que le otorgaba Aristóteles de estar desocupado, de tener tiempo para uno mismo, para el placer y la felicidad personal. Resulta interesante observar cómo este autor relaciona el ocio con la sabiduría. Mientras el trabajo manual era considerado propio de los esclavos, incompatible con la nobleza de la mente, el caballero ateniense (*Kalós Kazagós*) debía dedicarse a la contemplación y al ocio.

En el siglo XVII, frente al ocio caballeresco, ostentador y exhibicionista, surgirá un nuevo concepto de ocio, vigente en ciertos sectores de la sociedad aún en nuestros días. Con la ascendiente burguesía y el puritanismo inglés como su máxima expresión, el trabajo se convierte en el valor supremo, y el ocio, su antítesis, en fuente de todos los vicios. Esta aversión se refleja perfectamente en el refranero popular, como muestran los siguientes ejemplos ¹⁰³:

A tu hijo dale oficio; que el ocio es padre del vicio. Mocedad ociosa tiene vejez vergonzosa. La ociosidad es madre de todos los vicios. El ocio abre la puerta y el vicio entra.

La carne ociosa siempre es lujuriosa.

Ociosos mozos y ociosas mozas,

no aumentan hacienda y causan deshonra.

Frente a esta concepción, muy útil aún hoy en día para comprender fenómenos como el propio recelo y preocupación del mundo adulto frente al ocio juvenil, nace y se extiende como la pólvora en los últimos decenios la idea de éste no sólo como antítesis del trabajo, sino también como su antídoto, como compensación e incluso razón de ser del tiempo de trabajo típicamente fordista y taylorista: fragmentario, insignificante y escasamente gratificante. En consecuencia, mientras el tiempo de trabajo comienza a ser vivido como un tiempo ajeno, «sacrificado», el ocio lo es como propio, como tiempo «ganado». Con la aparición de la sociedad de consumo y la nueva ética consumista, descrita por Cambell, la *fun morality* termina de legitimar el nuevo papel del ocio, tanto en la vida individual como colectiva, desbancando a la moralidad puritana de sacrificio y renuncia a la gratificación y el placer, y ensalzándolo como tiempo de autorrealización y disfrute por excelencia.

¹⁰² D. Comas Arnau, «Las experiencias de la vida: aprendizajes y riesgos», en INJUVE, *Juventud en España, Informe 2004*, Madrid 2005, p. 13.

¹⁰³ J. Trilla Bernet, «Ocio y tiempo libre en la historia», en Diputación Foral de Gipuzkoa, *Nuevas pautas de ocio de los jóvenes*.

4.1. El ocio de los jóvenes

No puede evitarse ver en la preocupación y alarma social ante el tiempo libre de los jóvenes en general, y sus formas de ocio en particular, la reminiscencia de los valores y la ética de trabajo y sacrificio descritos anteriormente, vigentes aún en los sectores más conservadores de la sociedad. Esta preocupación se verá incrementada a partir de la Segunda Guerra Mundial, como consecuencia del considerable aumento del tiempo libre objetivo de los jóvenes y el lugar prioritario que conquistará en sus vidas. A partir de este momento, el *problema* del tiempo libre de los jóvenes pasa a ser, así, el *problema* de la juventud. Este fenómeno es subrayado por el último *Informe de la juventud en el mundo* de la ONU: «En diversas regiones del mundo, las actitudes públicas, los medios de comunicación y las políticas reflejan la percepción de que la juventud es un problema que ha de ser resuelto, vista en términos más de sus déficits colectivos que de su potencial (...) Si bien es cierto que existen razones para preocuparse por el tiempo libre de la juventud, también las hay para contemplar el desarrollo de oportunidades de ocio positivo como parte de la solución a los problemas de ésta» ¹⁰⁴.

La tendencia a percibir el tiempo libre de los jóvenes como una amenaza *per se*, impide en muchas ocasiones tomar en consideración la enorme importancia que éste tiene para el desarrollo e integración en la sociedad. Si la cultura es un conjunto de normas, valores y pautas de conducta compartidas y característica de un grupo social, que sirve para adaptarse y desenvolverse socialmente, y el ocio, por su parte, es el espacio más personal y diferenciador de los jóvenes, este último constituye, sin duda, su práctica cultural fundamental ¹⁰⁵. Antes de un análisis pormenorizado del uso y las pautas de tiempo libre de los jóvenes, es conveniente examinar *cuatro tendencias generales* dentro de las que éstas se enmarcan:

1. *La importancia del tiempo libre y del ocio para los jóvenes es mayor que en el*

caso de los adultos a la hora de definir identidades individuales y colectivas. Existe, en este sentido, un amplio reconocimiento del hecho de que la cultura juvenil está fuertemente perfilada por su alejamiento, cada vez más claro, del ámbito del trabajo y del estudio, vividos ambos como imposiciones del mundo de los adultos, como *terrenos de sacrificio*. En este sentido, el ocio es percibido por los jóvenes como espacio de libertad y rebeldía, sus valores por excelencia. Cuando se observa el lugar que ocupa el ocio en la escala de valores de los jóvenes y su evolución histórica, se hace evidente cómo este interés es comparable «al que otras importantes dimensiones sociales, como la económica, la política o la religión, ocupaban en tiempos pasados en el imaginario colectivo»¹⁰⁶. De esta forma, el 92% de los jóvenes españoles consideraban el tiempo libre y el ocio como muy o bastante importante en sus vidas, proporción solamente superada, en pocos puntos porcentuales, por la familia, la salud y los amigos¹⁰⁷.

2. *Los jóvenes han de ser considerados antes como subclase que como clase ociosa propiamente dicha*, al no definir su ocio como algo opuesto al trabajo, ya que una parte nada despreciable de ellos carece de él. Aún más, buena parte de ellos no cuentan con un empleo en el mercado primario de trabajo, tratándose los suyos de trabajos precarios, inseguros y con escasa estructuración temporal, tanto de cara al futuro como de cara a la disponibilidad de ocio. Por esta razón, el ocio de los jóvenes aparece como un tiempo desestructurado, de «ir aquí» e «ir allá», algo que decidirán a última hora, un rasgo éste muy difícil de encontrar en el ocio adulto¹⁰⁸.

3. *Se han sustituido modelos lúdicos locales por modelos globales*, dado el carácter transnacional que ha adquirido el ocio en su relación con el consumismo y, en consecuencia, con las estrategias em

¹⁰⁴ ONU, o. c., p. 218.

¹⁰⁵ M. R. Martínez Arias y otros, «Patrones de ocio en la comunidad de Madrid. Conductas de riesgo: de Tomb Raider al botellón», en Consejo Económico y Social, *Colección Estudios*, nº 24, Madrid, p. 13.

¹⁰⁶ J. A. López Ruiz, «Ocio y tiempo libre», en González-Blasco, P. (dir.), *Jóvenes Españoles 2005*, Fundación Santa María, Madrid, p. 354.

¹⁰⁷ *Jóvenes españoles*, o. c.

¹⁰⁸ J. Callejo, «Consumo y ocio de los jóvenes: bailando lambada entre tiburones», en Diputación Foral de Gipuzkoa, *Nuevas pautas de ocio de los jóvenes*, pp. 87 y ss.

presariales y de los medios de comunicación, desde la televisión hace ya más de 50 años hasta la actual revolución digital¹⁰⁹. Los ritos, mitos, fiestas y juegos arraigados a una tradición cultural son paulatinamente sustituidos desde hace décadas por modelos de ocio vigentes en grandes zonas del planeta.

4. *El ocio juvenil se caracteriza por su proyección fuera de casa y en compañía de los amigos y conocidos*, siendo esta variable (dentro/fuera de casa) sin duda una de las más importantes a la hora de establecer la diferencia entre tiempo libre y ocio juvenil. Sin embargo, ésta es una característica particular de los países occidentales, así como de aquellos que entran en su zona de influencia. Por el contrario, la gran mayoría de las actividades de ocio de los adolescentes y jóvenes asiáticos se desarrolla en el hogar. Más interesante aún es la constatación de que, mientras en Europa, EE.UU. y Latinoamérica

el tiempo libre que se dedica a la familia sigue decreciendo, en otros continentes, como Asia, África u Oceanía, se mantiene constante ¹¹⁰. Es conveniente, en este sentido, hacer dos diferenciaciones para determinar con claridad el tipo y la calidad de ocio y tiempo libre desarrollada.

– La primera es la diferenciación entre *ocio individual* y *ocio relacional*. Aunque en bastantes ocasiones los jóvenes quedan en su casa con amigos, este es el ámbito en el que con mayor frecuencia se desarrollan las actividades de ocio individual: leer, jugar con el ordenador o con los videojuegos, escuchar música, etc.; mientras que utilizan el tiempo fuera de casa fundamentalmente para estar con amigos y, en general, para desarrollar sus relaciones de amistad, eróticas y afectivas. El tiempo pasado en casa (y el ocio individual) es percibido por el contrario más como una forma de descanso, de «matar el tiempo», que como una forma de ocio propiamente dicha, concepto reservado para las actividades con los amigos o con la pareja. Este traslado de las actividades

¹⁰⁹ I. Bofarull, «Adolescentes: entre el ocio comunitario y el ocio global», Congreso Luces en el Laberinto Audiovisual (Congreso Iberoamericano de Comunicación y Educación), Huelva, octubre 2003.

¹¹⁰ ONU, o. c., pp. 216 y ss., Joan Aboot-Chapman y Margaret Rebertson, «Youth, Leisure and Home: space, place and identity» en *Society and Leisure*, vol. 24, nº 2, otoño 2001.

de relación de los espacios privados a los espacios públicos refuncionaliza tanto el uso y el significado de las viviendas como el de los equipamientos urbanos. Son mayoría las personas jóvenes que comparten su dormitorio con otro familiar del mismo sexo y abundan quienes duermen en un cuarto que durante el día cumple otras funciones, tales como comedor o sala de estar. Así, en su propia casa, los hijos e hijas de la familia no están siempre preservados de la observación de los adultos para disfrutar de los gozos que ofrece la intimidad, y más si cabe tratándose de los sexuales o afectivos. Sin embargo, no es conveniente sacar de lo anterior la conclusión de que la preferencia por los ámbitos exteriores está determinada por esa falta de intimidad. Ni siquiera los jóvenes más afortunados, que disponen de habitación o espacio propios en casa de sus padres, prefieren su casa para satisfacer sus necesidades de ocio, buscando siempre que es posible espacios públicos para este tipo de actividades ¹¹¹.

– La segunda diferenciación se da entre los *días laborables* y *el fin de semana*. Al igual que ya se comentó sobre la sexualidad juvenil, se ha venido detectando una polarización subjetiva del ciclo semanal por parte de los jóvenes, quedando los días laborables para el trabajo, el estudio y el tiempo libre dedicado al descanso y al ocio individual, y el fin de semana para el dedicado al ocio relacional exterior. En los fines de semana, el trabajo y los estudios prácticamente desaparecen, concentrándose en ellos la gran mayoría de las actividades de ocio relacional, mientras que las actividades de ocio doméstico, como ver la televisión o jugar con el ordenador, se realizan preferentemente entre semana.

Un análisis más detallado de las actividades concretas realizadas por los jóvenes nos permitirá obtener una imagen completa de sus tendencias en la disposición y uso del tiempo libre. En España, el informe más detallado y actual, realizado por José Antonio López Ruiz en *Jóvenes españoles 2005*, revela que, sin contar las salidas con amigos

que, como actividad genérica, es algo que hacen todos los jóvenes de forma cotidiana, lo que más les gusta es escuchar música, ver la televisión, ir al cine, salir a

¹¹¹ M. R. Martínez Arias, o. c.

Gráfico 6

Gustos y aficiones de los jóvenes españoles

Escuchar música⁹⁷₉₈ Ver televisión

94 94 Ir a bares, cafeterías, *pubs* 90₉₃ Escuchar la radio⁸⁷₉₀ Ir al cine 87₉₄ Salir de compras⁷⁷₈₁ Ir a discotecas 76₈₂ Estar con la pareja⁷³₈₆ Practicar el sexo⁶⁸₈₂ Ir a conciertos o al teatro 67₈₅ Leer libros⁶⁵₆₉ Hacer deporte⁶⁴₇₉ Cuidar animales, mascotas⁵⁸₆₅

Jugar con el ordenador,

playstation, etc.⁵⁸₆₅

Jugar con juegos tradicionales 56₆₆

Visitar museos, exposiciones 34₅₆

Cuidar el coche 33₄₃

Dar clase de música, 25₅₀ otras actividades artísticas

0 20 40 60 80 100 120 %

Fuente: *Jóvenes Españoles 2005*, Fundación Santa María. Ediciones SM, Madrid. Practica

Le gusta

bares, cafeterías o *pubs* y escuchar la radio, actividades realizadas por la gran mayoría de los jóvenes y para las que existe un gran consenso, independientemente de las variables como la edad o el género. Inmediatamente después, pero rondando ya una proporción entre el 60 y el 80% de jóvenes, salir de compras, ir a discotecas, estar con la pareja, ir a conciertos o al teatro, leer libros o hacer deporte. Y quedan las últimas, con menos del 60%: el cuidado de mascotas, jugar con el ordenador o con juegos tradicionales como las cartas, los cuidados del coche o dar clases de música, pintura u otras actividades artísticas¹¹² (gráfico 6).

En comparación con los datos proporcionados por informes de años anteriores, puede apreciarse una pronunciada tendencia a la baja tanto de las actividades que implican un esfuerzo, las *activas*, como hacer deporte (–6% en sólo seis años, con un consecuente aumento de las pasivas o sedentarias, como ver la televisión, escuchar música, ir al cine y a bares), así como de las culturales y formativas, como la asistencia a museos (–10 puntos) o la lectura de libros (–2%). Es llamativo, además, como puede observarse en el gráfico, que estas actividades se encuentran entre aquellas en las que mayores diferencias se detectan entre lo que los jóvenes declaran como gustos y lo que en la realidad practican. Es destacable, asimismo, el hecho de que sean las actividades de tipo cultural, incluida la realización de cursos de música o pintura, las que con mayor fuerza marcan las diferencias de género, siendo ellas las que en mayor proporción practican este tipo de actividades, frente a ellos, que se diferencian por una mayor dedicación al deporte y a los

juegos de ordenador o los videojuegos.

¹¹² J. A. López Ruiz, o. c.

Detengámonos brevemente en dos de las tendencias a la baja que probablemente mayor preocupación suscitan entre padres y educadores: la práctica del deporte y la lectura de libros. Por lo que se refiere a la primera, se ha detectado, tanto entre la juventud como entre la población española en general, una brecha muy acusada entre *hacer deporte*, que en cinco años ha dejado de estar entre las diez actividades realizadas con mayor frecuencia por la población española, y *ver deporte*, que continúa manteniendo su posición entre ese grupo privilegiado de actividades, poniendo en evidencia que un rasgo característico de las sociedades contemporáneas es la atracción y espectacularidad que éste despierta, no así su práctica ¹¹³. Este dato nos permite contextualizar el descenso percibido de esta actividad para los más jóvenes y concluir que, realmente, se trata de una tendencia general de la población. Es el triunfo del *Homo videns*, característico de la era de la información. Asimismo, al igual que se detecta para el caso de los jóvenes, amplios segmentos de la población adulta desearían ocupar su tiempo libre, si sólo de ellos dependiera, en actividades más exigentes físicamente, como pasear o hacer deporte.

El descenso de la lectura apunta de igual forma que en el caso anterior a una predominancia del *Homo videns* en la sociedad actual. Como ya se comentó sobre la cultura juvenil del *videoclip*, los jóvenes se adaptan muy temprano a un código estético y visual muy diferente del que rige la letra impresa, un relato fragmentado, hiperbreve y predominantemente visual que, de no ser acompañado desde un principio por un aprendizaje de otros, difícilmente adquirible más adelante, se convierte en el código base para la interpretación textual.

También hace mucho la costumbre de leer: el hábito no hace al monje, pero sí a un lector asiduo. El último Informe *Jóvenes españoles 2005* solamente da fe, en este sentido, de lo que lleva ya muchos años siendo objeto de preocupación en la comunidad educativa: desde hace varias décadas, año tras año y pese a la creciente facilidad de acceso a los libros (ediciones baratas, bibliotecas públicas, campañas como libro-metro, etc.), la lectura de libros no cesa de disminuir entre la población joven. De aquellos entre 15 y 24 años, solamente la mitad de ellos ha leído algún libro por voluntad propia en el último año (no por obligaciones de estudio) y, de éstos, la mitad leyó menos de tres y una tercera parte entre cuatro y siete ¹¹⁴. Aquí podemos encontrar, sin embargo, el mismo fenómeno comentado para el caso del deporte. Una comparación de los datos anteriores con los hábitos de lectura de la población adulta sigue arrojando un saldo positivo para los jóvenes, que, incluso pese a carecer de este hábito, leen más y con mayor asiduidad que sus mayores ¹¹⁵.

4.2. La marcha y la noche,

reinas de corazones del ocio juvenil ¿Qué misteriosa atracción ejerce la noche sobre los jóvenes? La respuesta no es, sin duda, tan sim

¹¹³ M. García Ferrando, *Posmodernidad y deporte: entre la individualización y la masificación. Encuesta sobre hábitos deportivos de los españoles 2005*, Consejo Superior de Deportes y CIS, Madrid, pp. 38 y ss.

¹¹⁴ J. A. López Ruiz, o. c. ¹¹⁵ INJUVE, o. c., p. 103.

ple como en muchas ocasiones se pretende. Y es que, detrás de este misterio, se dan cita un gran número de factores, desde culturales hasta económicos, desde aquellos que pueden aplicarse a toda la población de los países más cálidos hasta los propiamente juveniles.

1. *La cultura de la noche juvenil en nuestros países no nace en un vacío cultural previo, sino que, por el contrario, hunde sus raíces en lo más profundo de ella.* Las culturas mediterráneas y, por extensión, las latinas han tenido desde siempre una predilección por la noche como tiempo privilegiado de ocio y diversión, predilección que, no está de más decirlo, ha atraído y hecho las delicias durante años de los turistas provenientes de latitudes más altas, junto con el sol y el carácter abierto y desenfadado de sus habitantes. Y, sin embargo, la relación entre la juventud y la noche es más compleja de explicar que atendiendo solamente a un patrón cultural meramente reproducido por las nuevas generaciones.

2. *Desde antiguo, en nuestra cultura la noche ha tenido fuertes referencias mágicas y contradictorias que, no por casualidad, han servido también para representar a la juventud.* La noche, como bien podría atestiguar cualquier publicista, está cargada de connotaciones de ensueño, ilusión y ambigüedad: deseable, prohibida, carnavalesca, misteriosa, atemporal, oscura, peligrosa. Es probable que, debido también a su ambigüedad, se tomen en préstamo estas mismas connotaciones para hablar de la juventud ¹¹⁶.

3. *Existe un conjunto de significados que convierten a la noche, a los ojos de la juventud, en algo diferente de lo que representa para los adultos* ¹¹⁷: los jóvenes consideran su noche como algo diferenciado respecto al día, un presente único que puede ser vivido sin dicotomías propias de adultos (como, sin ir más lejos, la que establece el día para trabajar y la noche para descansar). La noche es, además, un espacio rescatado del tiempo adulto: las cosas no se planifican ni se racionalizan, sino que quedan al margen del día, de la agenda y sus obligaciones, como tiempo dedicado plenamente al disfrute, al goce de lo improvisado, de las relaciones no formales y desestructuradas.

4. Además, en cuarto lugar, *la noche es un espacio no controlado socialmente, libre de la mirada de los mayores*, en el que pueden establecerse las normas por el propio grupo de amigos o conocidos y no, como por el día, por agentes sociales a los que se ignora e incluso rehúye. En este sentido, la noche puede considerarse como un primer campo de batalla en el que los adolescentes *luchan* por su independencia frente a los padres. Si, como ya se ha sugerido, ésta constituye el tiempo en el que desarrollan sus propias experiencias y su identidad en compañía del grupo de pares (además de una serie de habilidades sociales tan importantes como la seducción), ¿qué duda cabe que es un tiempo por el que merece la pena luchar? Y esta lucha, cabe apuntar, la han ido ganando año tras año los jóvenes o, más preciso, ha ido siendo *olvidada* paulatinamente por los padres: la hora de llegada a casa, por un lado, ha dejado de ser, en los últimos diez años, el principal motivo de discusión entre padres e hijos (a pesar de seguir estando en el *top ten* de la lista), al tiempo que era, año tras año, empujada hacia delante. Mientras en

1999 el 43% de los jóvenes declaraban llegar a casa entre las cuatro de la mañana y a la mañana del día siguiente, en el 2005 este porcentaje aumenta hasta el 47% ¹¹⁸. En el 2004 cerca del 60% de los jóvenes declaraba, además, estar sometido a poco o a ningún control por parte de los padres en lo que se refiere a sus hábitos de salir por la noche los fines de semana ¹¹⁹.

5. Completando las anteriores dimensiones del atractivo que ejerce la noche sobre la juventud hay que añadir una quinta, *la apropiación de un espacio social*. En este sentido, como han sugerido numerosos autores, la *marcha*, como forma de ocio por excelencia, supone «una conquista volátil del espacio público en el contexto de una tendencia contraria que es la retirada paulatina del mismo» ¹²⁰. Desde es

¹¹⁶ J. Pallarés Gómez y C. Feixá Pampois, «Espacios e itinerarios de ocio juvenil nocturno», en *Revista de Estudios de Juventud*, INJUVE, nº 50, Madrid, p. 32.

¹¹⁷ M. R. Martínez Arias, o. c., pp. 52 y ss.

¹¹⁸ *Jóvenes españoles 2005*, o. c.

¹¹⁹ INJUVE, o. c., p. 71.

¹²⁰ J. Pallarés Gómez y C. Feixá Pampois, o. c., p. 35.

Gráfico 7

Importancia que tiene salir de marcha

Compartir ⁶⁵ con amigos

Desconectar de ^{53,2} la rutina cotidiana

Vivir en un ambiente ^{35 37} especial/propio

Bailar ^{37 33 27,5}

^{32,8}

Escuchar música ^{32 34} de calidad

Beber alcohol/^{8,5 23} hacer botellón

Buscar pareja ^{8 20,5}

Buscar sexo ^{9,2 16,3}

Tomar drogas ^{4,3 6,8} Muy importante Bastante importante

010 20 30405060 708090 100 %

Fuente: *Jóvenes españoles 2005*, Fundación Santa María. Ediciones SM, Madrid.

te punto de vista la *marcha* sería una forma de reacción juvenil tanto a la tendencia general que implica la pérdida de peso del encuentro interpersonal en el espacio público como a su marginación (y, habría que decir también, automarginación) dentro de él. Por lo que respecta al primer factor, la privatización, regulación y configuración del espacio en manos de pocas personas o su especialización, han hecho que sean escasos los espacios colectivos. Además, los cambios que se han producido en las ciudades, dado el protagonismo concedido al coche, hacen que estructuras urbanísticas basadas en la plaza o en la calle desaparezcan como espacios de contacto, en detrimento de sus funciones socializadoras. El segundo factor hace referencia a la integración del joven en la estructura social. El retraso de la salida del hogar de los progenitores, la precariedad laboral y el consecuente incremento del tiempo de dependencia económica, así como el

rechazo por parte de la juventud de otras vías de inserción social (tanto en instituciones como la educativa como en redes de ciudadanía activa), hacen que el tiempo nocturno se convierta en el momento de socialización por excelencia. La noche permite a los jóvenes, de esta forma, la sublimación de la necesidad de un espacio y un territorio propios, concediéndoles *escenificar* una conquista del territorio, del tiempo y, en definitiva, de poder ¹²¹.

Las diferentes formas que ha ido tomando la *marcha* a lo largo del tiempo han estado influidas, al igual que los cambios en los ciclos de tiempo y en su percepción social, tanto por las transformaciones sociales como por los avances científicos. En el sentido apuntado, la reconfiguración de los espacios y de los itinerarios de *marcha* se han producido en paralelo al crecimiento y la modernización urbanas: «La acción de los jóvenes», apuntan Joan Pallarés y Carles Feixá, «ha servido para redescubrir territorios urbanos olvidados o marginales, para dotar de nuevos significados a determinadas zonas de la ciudad. A través de las rutas de ocio, diversas generaciones de jóvenes han recuperado espacios públicos que se habían convertido en invisibles, cuestionando los discursos dominantes de la ciudad» ¹²².

¹²¹ *Ibíd.*, pp. 40 y 41.

Estos autores proponen la emergencia de diversos espacios de ocio, cuya historia y cambios sintetizan la evolución de la cultura juvenil: el paseo, el baile, el guateque, la *boîte*, los vinos, los discobares y las macrodiscotecas. En España, el fenómeno de la *marcha* despegó fundamentalmente a partir de mediados de los años setenta, época en la que, coincidiendo con el principio de la democracia, diversos tipos de locales destinados a los jóvenes comienzan a proliferar en todas las grandes ciudades españolas: bares, *pubs*, discos, etc. Entrados ya los ochenta, los locales de ocio comienzan a especializarse según las diferentes corrientes musicales y estéticas emergentes, predominando el discobar, un modelo a caballo entre la discoteca y el *pub* típico de los setenta, que anuncia el surgimiento de los clubes de nueva generación característicos de los años noventa. A finales de esta década aparecerán, asimismo, las macrodiscotecas, locales polifuncionales que integraban en un mismo recinto diversos usos, músicas y ambientes. A su vez, la música *disco* es paulatinamente reemplazada en estos locales por la *tecno* (o *bakalao*), dando lugar a fenómenos como la famosa *ruta del bakalao*.

Sin embargo, el fenómeno de la *ruta del bakalao* no es sino un caso extremo de uno de los rasgos característicos de la *marcha* en los últimos años: su concepción como red de lugares y como ruta. A este fenómeno contribuye hoy en día, en primer lugar, el uso del teléfono móvil, que permite una movilidad y una interconexión desconocida hasta el momento de individuos y subgrupos dentro de una red mayor de interacciones. Por su lado, en segundo lugar, el uso del coche adquiere una importancia que va más allá de la mera utilidad que éste brinda para los desplazamientos. Símbolo por excelencia de la independencia juvenil ya desde los años cincuenta, éste se ha convertido en un elemento indispensable para la vida nocturna juvenil, así como en la primera *vivienda* del joven o, por lo menos, un experimento de ella: tanto en la carretera como aparcado en un garaje, el coche suele hacer las funciones de espacio de encuentro con amigos, un lugar

tranquilo, propio y relativamente apartado de las miradas curiosas de extraños en el que escuchar música, beber, charlar, fumar algún *porro*, practicar sexo, reponerse lo suficiente de una borrachera para poder seguir con la *marcha* o decidir el próximo destino de la noche.

Tenemos ya algunas ideas que nos permiten centrar el significado y comprender la importancia que tiene la noche para los jóvenes ¿Y la *marcha*? ¿Qué tiene que seduce tanto a la juventud? Una primera idea nos la aportan los propios jóvenes al ser preguntados por los elementos que adquieren importancia para ellos en el hecho de salir de marcha. Como muestra el gráfico 7, varias de las razones que más consenso alcanzan hacen referencia a estar con otros jóvenes y especialmente con amigos: «compartir con amigos», «vivir en un ambiente propio», «hacer botellón», etc.¹²³, haciéndose evidente que la vida en el grupo de amigos, fuera de los contextos de relación formales, constituye la quintaesencia de la *marcha*, junto a otros factores, como escuchar música, bailar, buscar pareja o sexo.

Estos grupos pueden tener diferentes dimensiones y albergar a más personas que las que se consideran propiamente como amigos próximos, fundiéndose bien con otros grupos, bien con redes afines en los lugares de encuentro. Aunque son los más jóvenes los que salen en grupos más numerosos, la noche de *marcha* es una actividad grupal para el conjunto de la juventud, siendo prácticamente imposible encontrar casos en los que se salga sin amigos y amigas. La actividad de socialización gre

¹²² Ibid., pp. 24 y 25. ¹²³ *Jóvenes Españoles 2005*, o. c.

garia es, en este sentido, más importante que el lugar o la actividad desarrollada.

Junto a la importancia central para el desarrollo grupal e identitario, se puede destacar otra razón de gran relevancia de la marcha: la sobreprotección de los padres y la reacción a ésta de los hijos ¹²⁴: Esta sobreprotección ha contribuido, en primer lugar, a que los padres toleren e incluso justifiquen el comportamiento de los jóvenes ante las salidas nocturnas y, a su vez, ha exacerbado la atracción de éstos por los comportamientos de riesgo, por los comportamientos arracionales vinculados al sentir el propio cuerpo, empujando estas experiencias sensitivas hasta sus límites como forma de ruptura generacional.

TRABAJO, ESTUDIOS, OCIO, SEXO, DROGAS... Y ROCK'N'ROLL

Allí te hacían muchísimas promesas. Se suponía que si te esforzabas lo suficiente tus méritos acabarían por ser reconocidos, que tu trabajo terminaría por traducirse en un reconocimiento en el estatus y el sueldo. Pero al cabo de un año abandonabas aquellas ilusiones infantiles, aquellas pretensiones ingenuas, y caías por fin en la cuenta de que no ascenderías nunca y de que jamás te subirían el sueldo. En cada nuevo ejercicio te negaban una revisión salarial aduciendo que el país en general y la empresa en particular atravesaban una crisis. Qué crisis ni qué niño muerto. Ellos llamaban crisis al descenso de beneficios, no a la falta de ellos (...)

Cuando hacías cuentas descubrías que cobrabas menos por hora que una asistenta. Yo me levantaba a las ocho de la mañana y llegaba a casa a las ocho y media de la noche, totalmente agotada, sin ganas de nada, excepto de cenar e irme a la cama. Dejé de

leer, dejé de

¹²⁴ M. Laespada y J. M. Pallarés: «¿Qué hacen?», en *Revista de Estudios de Juventud*, INJUVE, nº 54, pp. 59 y ss.

ir a conciertos, dejé de ir al cine. Los sábados por la noche estaba tan harta que me ponía los vaqueros y las botas de cuero y salía a la desesperada, a ponerme hasta las cejas de cubatas y de rayas para olvidarme de la mierda de vida que llevaba, y aquel año me agarré las peores cogorzas que me haya agarrado en todos los días de mi vida, y me follaba cualquier cosa, de verdad, a cualquier cosa, a cualquier elemento que se me pusiera a tiro a partir de las seis de la mañana, que era aproximadamente el momento en que mi estado etílico había alcanzado el nivel en que lo mismo me daba un ejecutivo de la Sony que un estibador de Mercamadrid. Luego llegaba junio y los exámenes, y me pasaba un mes entero a base de anfetaminas, intentando aprobar como fuera, y llegaba a la facultad atiborrada de chuletas y jugándome el expediente porque no disponía de tiempo material para estudiar las asignaturas con propiedad, y encima en el curro se mosqueaban porque faltaba a mi horario y me exigían un certificado firmado por mi profesor para probar que efectivamente había estado en un examen y no de cañas con mis amigos.

Lucía Etxebarría *Amor, curiosidad, prozac y dudas*

4.3. Drogas, la cara oscura del ocio nocturno juvenil

El consumo de drogas es una práctica que ha acompañado a los seres humanos desde sus orígenes. Es imposible encontrar, a lo largo de la historia, una sola cultura en la que el consumo de unas u otras de las sustancias que actualmente son englobadas bajo el epígrafe *droga* no cumpliera una función medicinal, ritual, comercial, mágica o religiosa. No está de más recordar, en este sentido, que «una de las razones por las que la palabra “droga” acabó asociada a la adicción a comienzos del siglo XX fue el hecho de que los médicos necesitaban un término de conveniencia que agrupase los distintos problemas que proliferaban a causa del abuso de sustancias»¹²⁵, haciéndose por lo tanto imposible trasladar, tanto el concepto en sí como la representación social que actualmente se tiene de su uso, sus significados, funciones o disfunciones sociales, a otras épocas o culturas.

La historia de las drogas se caracteriza por un constante proceso de enmarcación y demarcación cultural, lo que ha sido una de las razones más poderosas por las que terminaron convirtiéndose en un problema en nuestras sociedades (culturas por lo general de trasplante), al pasar de ser una práctica socialmente controlada en su contexto de origen, con usos enmarcados dentro de unos tiempos y unos rituales muy concretos de carácter comunitario, a ser sustancias sin ley, ahistóricas, sin un lugar o un tiempo específico de uso.

La época actual es, probablemente, la que presenta la gama de sustancias de este tipo más amplia jamás conocida de la historia, junto a la mayor proporción de adictos, y la más extensa variedad de formas y sentidos de uso. Además, a diferencia de épocas anteriores, lo característico del fenómeno de la drogadicción en la actualidad es su especial relación con la juventud: hoy en día, cuando se habla de drogas, se hace en

relación con ella. Hay una triple razón que explica este hecho:

– En *primer lugar*, porque si bien este grupo de edad no es el único que consume drogas, sí es el que en mayor medida lo hace, habiendo llegado a convertir estas sustancias en un signo de identidad generacional ya permanente.

– En *segundo lugar*, porque desde un punto de vista estadístico, si una persona no ha comenzado a consumir alcohol, tabaco o alguna sustancia ilícita durante este período, es muy improbable que lo vaya a hacer más adelante.

–Y *por último*, porque, como se ha ido constatando en diferentes estudios en todo el mundo, la edad de iniciación en el uso de estas sustancias se ha venido recortando en los últimos decenios, deviniendo un fenómeno no sólo joven, sino cada vez *más* joven.

La globalización cultural, específicamente aquella que atañe a los modelos de ocio de la juventud, ha tenido como consecuencia la homogeneización del consumo de este tipo de sustancias, pudiéndose hablar actualmente, en este sentido, de la existencia de una cultura juvenil global de las drogas (sin que por ello dejen de existir algunas variaciones entre culturas o países). Si desde finales de los años setenta las drogas con un consumo más extendido entre los jóvenes han sido el alcohol, el tabaco y el *cannabis*, en el caso de numerosos países en vías de desarrollo se han de añadir a esta lista los inhalantes como el pegamento, pintaúñas o *spray* para el pelo, que, dado su bajo coste y su utilidad para disimular el hambre y el frío, es especialmente atractivo para niños, adolescentes y jóvenes pobres, con especial impacto entre las poblaciones indígenas. Esta diferenciación entre países desarrollados y países en vía de desarrollo también es pertinente en el caso de la edad de iniciación al consumo, inferior en el caso de los primeros, pero con la tendencia general a la baja tanto en éstos como en los países en vías de desarrollo. Otras drogas, como el éxtasis, la cocaína o las metaanfetaminas, están más extendidas en los países desarrollados, especialmente en EE.UU., a la cabeza desde hace años ¹²⁶.

Algunos países europeos han experimentado un aumento espectacular en el consumo de algunas de estas sustancias, hasta acercarse e incluso sobrepasar el consumo registrado en EE.UU. Es el caso de España con la cocaína o el éxtasis, cuyo consumo en los últimos diez años ha evolucionado tan rápidamente que no sólo se ha puesto a la cabeza de Europa, sino, junto a EE.UU., del mundo ¹²⁷. Pese a la espectacularidad de los datos referentes a España, éstos no se alejan a grandes rasgos de las tendencias globales registradas tanto en Europa como en varios países de América Latina, como Ar

¹²⁵ D. Courtright, *Las drogas y la formación del mundo moderno. Breve historia de las sustancias adictivas*, Paidós Contextos, Barcelona 2002, p. 120.

¹²⁶ ONU, o. c., pp. 149 y ss.

¹²⁷ OEDT, *Informe anual 2006. El problema de la drogodependencia en Europa*, pp. 60 y ss., disponible en <http://www.pnsd.msc.es/Categoria3/coopera/pdf/Informe2006.pdf>.

gentina o Chile ¹²⁸. El último informe presentado en el año 2004 por el Plan Nacional sobre Drogas (gráfico 8) muestra que, para este año, las sustancias psicoactivas más extendidas entre los estudiantes de 14 a 18 años eran el alcohol y el tabaco, seguidas de lejos por el *cannabis*, la sustancia ilegal más popular, consumido alguna vez en su

vida por el 42,7% y en los últimos 30 días por el 25,1% (el doble en ambos casos que diez años antes). En cuarto lugar se situó la cocaína, con una prevalencia del 9 y del 3,8%, respectivamente, seguida de los hipnosedantes sin receta (tranquilizantes y pastillas para dormir) y, a continuación, las anfetaminas, alucinógenos, éxtasis e inhalantes volátiles, quedando en el último puesto de la lista la heroína. Ahora bien, aunque actualmente el consumo de esta última droga, la bestia negra de los años ochenta, es prácticamente irrelevante, su sombra sigue causando estragos, aunque sea de forma simbólica, al haber quedado tan fuertemente relacionada la imagen del drogadicto y las consecuencias de la adicción a ella, incluso para los más jóvenes, rebajando así la percepción subjetiva de peligrosidad del resto de drogas, con el efecto desacreditador que este fenómeno tiene para las campañas antidroga.

Es necesario apuntar que, aunque un análisis como el anterior, del consumo droga por droga, da una imagen bastante clara de su repercusión en la población joven, queda desvirtuada la imagen real de su comportamiento cotidiano respecto a este tipo de sustancias, al no tener en cuenta el fenómeno de la politoxicomanía, cada vez más extendido en este ambiente. Los consumidores habituales, cada vez con mayor frecuencia, no toman una sola droga, sino que realizan cócteles con aquellas que se encuentran disponibles en un espacio y un tiempo concretos, mezclando varias de ellas. Esta costumbre hace muy difícil predecir la naturaleza y la intensidad de sus efectos, especialmente cuando la pureza de las sustancias es incierta (lo que, no hay que olvidarlo, constituye más la regla que la excepción). Dependiendo de sus propiedades, el efecto puede ser aditivo ($1+1=2$), sinérgico ($1+1=3$) o antagónico, en cuyo caso pueden anularse uno o varios de los efectos entre sí. A esto se suma que expertos consumidores (o todo aquel que quiera buscar información en internet, ya que pueden encontrarse detallados libros de recetas) conocen bien la combinación de diferentes fármacos de uso cotidiano que, al ser mezclados entre ellos o con drogas ilegales, producen potentes efectos psicoactivos.

Las drogas que comienzan a consumirse a edades más tempranas son las de comercio legal, como el tabaco (13,2 años), bebidas alcohólicas (13,7 años) e inhalantes volátiles (14 años). Entre las de comercio ilegal, por su parte, se encuentran la heroína (14,4 años) y el *cannabis* (14 años), siendo más tardío el consumo de cocaína y alucinógenos (15,8 años). Si observamos, a su vez, la evolución de la edad media de inicio de su consumo, se aprecia que, entre 1994 y 2004, disminuye la del tabaco, el *cannabis*, el éxtasis y la heroína, se mantiene estable la de bebidas alcohólicas, cocaína y alucinógenos, y solamente aumenta la de hipnosedantes sin receta médica e inhalantes¹²⁹.

La decisión de probar y, más delante, consumir con cierta periodicidad una de estas sustancias conlleva, al contrario de lo que muchas veces se piensa, un acto evaluativo en el que se sopesan (de forma subjetiva, claro está) una serie de beneficios y de riesgos. Los jóvenes consumen estas sustancias, en muchos casos, por razones muy similares a las que impulsan a hacerlo a los adultos (aliviar tensiones, aumentar la diversión, etc.). Otra gran cantidad de razones, sin embargo, emergen directamente de necesidades y realidades propias de la adolescencia y la juventud: demostrar independencia y

autonomía, marcar su entrada en un nuevo estadio de vida, buscar nuevas experiencias psicológicas y corporales, satisfacer la curiosidad, etc.

¹²⁸ ONUDD y otros, *Jóvenes y drogas en países sudamericanos, un desafío para las políticas públicas. Primer estudio comparativo sobre uso de drogas en población escolar secundaria de Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Chile, Ecuador, Paraguay, Perú y Uruguay*, Tesis Graf, Lima.

¹²⁹ PNSD, *Encuesta domiciliaria 2005-2006*, pp. 65 y ss., disponible en <http://www.pnsd.msc.es/Categoria2/observa/pdf/Domiciliaria2005-2006.pdf>.

Gráfico 8

Evolución del consumo de drogas entre estudiantes de Enseñanza Secundaria 14-18 años. España 90

80 Alcohol

70 Tabaco

Cannabis 60

Cocaína

50 Hipnosedantes 40 Anfetaminas

30 Éxtasis

20 Alucinógenos

10 Inhalantes volátiles

Heroína 0 1994 2004 1994 Alguna vez

2004 Últimos 30 días

Fuente: PNSD (2006), *Encuesta domiciliaria 2005-2006*.

La inmersión, de la mano de diferentes autores, en los factores de influencia y los sentidos de las drogas para los jóvenes exige un recorrido por los diferentes entornos en los que éstos crecen, se mueven y desarrollan sus espacios de ocio. Comenzaremos este recorrido por el más amplio de todos, el entorno social actual en el que el joven crece y en el que hace su primera lectura del fenómeno, terminando por el más cercano y, probablemente, el que mayor influencia directa ejerce sobre el joven, el grupo de pares y los ambientes de marcha.

1. Atendiendo al primer nivel de análisis, el *entorno social y comunitario*, marco amplio de desarrollo del joven, lo primero sobre lo que se hace necesario llamar la atención es sobre el carácter «ansiógeno» de las sociedades actuales¹³⁰. El mundo de la permanente apertura de todas las opciones posibles para el individuo lleva a una generalización de la ansiedad. La falta de certezas y de grandes relatos interpretativos característica de la posmodernidad, el perenne *cuestionamiento* de uno mismo y del mundo, conducen fácilmente a este estado. En este sentido, la función de las drogas, como magistralmente reflejó Aldous Huxley en su antiutopía *Un mundo feliz*, es la de alcanzar en el estado de vigilia la supresión parcial de este estado ansiógeno. No hay que olvidar, asimismo, el hecho de que la cultura de las drogas no es ya algo nuevo en nuestras sociedades, sino que lleva arraigada en ellas bastante tiempo. Los jóvenes actuales nacieron y crecieron cuando el uso de las drogas comenzaba a extenderse o ya estaba plenamente asentado como fenómeno cultural en sus países, por lo que puede decirse que se trata de una generación acostumbrada a convivir con este tipo de sustancias, que ha crecido en una cultura que ha asumido y hecho propio este fenómeno.

Hablamos, en definitiva, de una generación que tiene un amplio conocimiento tanto del uso como de las consecuencias de estas sustancias, y para la que éstas no son algo exótico o marginal, sino una parte más de la cultura en la que crecen ¹³¹.

¹³⁰ I. de Rementería, «Prevenir en drogas: paradigmas, conceptos y criterios de intervención», en *Serie Políticas Sociales*, n° 53, ONU-CEPAL, División de Desarrollo Social, Santiago de Chile, p. 13.

2. El *entorno próximo al joven*, el lugar de residencia, el entorno familiar y el educativo, también constituyen marcos de influencia en el consumo de drogas.

– Por lo que se refiere al primero, el *lugar de residencia*, se constata que las zonas urbanas tienen mayor proporción de consumidores que las menos urbanizadas, tanto de drogas legales como ilegales, centrándose su consumo en las zonas deprimidas, los barrios marginales y aquellas poblaciones en las que se carece de servicios sociales, sanitarios o educativos imprescindibles. La falta de espacios recreativos adecuados para los jóvenes, así como de instalaciones preparadas para actividades deportivas o zonas verdes, acentúa la situación de marginación y pobreza, cerrando los cauces de desarrollo de actividades de tiempo libre sanas y transformando barrios enteros en focos de venta y consumo. Los barrios de clases sociales altas, por su parte, también muestran un mayor consumo, pero debido en este caso a su alto poder adquisitivo.

– Por su parte, el papel del *entorno familiar* para inhibir, reforzar o neutralizar la influencia de otros agentes es uno de los hallazgos que mayor consenso ha generado en las últimas décadas en la comunidad científica, destacándose como elementos de gran relevancia el conjunto de valores, actitudes y conductas que inculcan o apoyan los padres, así como el estilo de vida propuesto al joven. La carencia de vínculos afectivos en la familia se ha revelado también esencial como factor que incrementa la probabilidad de consumo entre los hijos, comprobándose, además, que una adecuada relación entre éstos, la falta de hostilidad o conflicto y la disponibilidad de canales de comunicación abiertos y democráticos previenen las adiciones de los hijos. Estas condiciones familiares, asimismo, refuerzan la autoridad de los padres, permitiendo ejercer la tarea de socialización en valores y en conductas.

– Por último, *el clima del centro educativo* constituye también un importante factor inhibitor o potenciador de estas formas de consumo. Un clima negativo, en el que predominan las malas relaciones entre el profesorado y el alumnado, la inexistencia de vías participativas a través de las que los alumnos colaboren en la gestión del centro, la excesiva falta de disciplina o su contrario, un autoritarismo extremo o una metodología competitiva, discriminante o no participativa, también constituyen un caldo de cultivo evidente de las conductas desviadas, entre las que se incluye el consumo de drogas ¹³².

3. Pese al considerable peso que tienen los anteriores entornos, *el grupo de amigos, y relacionado con éste, los tiempos y entornos de ocio nocturnos* destacan como los factores de mayor influencia en el consumo juvenil de drogas. El grupo de iguales supone un importante apoyo en el proceso de búsqueda de identidad del adolescente, al ofrecerle un sentido de pertenencia, seguridad y autoestima de gran valor para él. Sin embargo, este grupo puede suponer también un riesgo, en la medida en que una tendencia grupal excesiva o un deseo violento de ruptura con la etapa infantil empujen a

ello. El grupo puede inhibir la responsabilidad individual, favorecer la excesiva dependen

¹³¹ M. R. Martínez Arias, o. c., pp. 73 y ss.

¹³² F. Moradillo, «Adolescentes, drogas y valores, materiales educativos para la escuela y el tiempo libre», en *Revista Española de Salud Pública, CCS*, 2001.

cia y el conformismo, dificultar la toma de decisiones libre y personal o facilitar conductas inadecuadas, entre las que se incluye el consumo de alcohol y otras drogas ilegales. El sentimiento de pertenencia a estos grupos de iguales facilita el acceso a nuevas formas de relación y ayuda a tomar distancia del núcleo familiar y de su control. El adolescente que comienza a consumir en el grupo de amigos vive la sensación de acceder a algo prohibido, que escapa a la tutela de los padres o de otras figuras de autoridad, y que proporciona la posibilidad de compartir nuevas experiencias con sus iguales, en lugares y horarios que hacen propios ¹³³.

El papel desempeñado por las drogas en los ritos de paso entre la fase de la niñez y la completa incorporación del individuo a la sociedad adulta ha sido ampliamente documentado desde la antropología. En numerosas culturas, la ingesta de sustancias alucinógenas o de otro tipo de drogas era uno de los signos que con mayor fuerza representaba el paso a una plena participación en la tribu o el orden social establecido, con derechos y obligaciones propias solamente de los adultos. Sin embargo, como agudamente señala Felipe Ghiardo:

En el contexto cultural moderno, aunque no cambia el sentido del rito, sí cambia su forma y lo que representa. Al igual que en otros tiempos o en otras sociedades, el inicio de experiencias con drogas sigue teniendo una carga ritual-iniciática; pero salvando algunas excepciones, ya no tiene la forma de un rito que participa en la integración de la vida comunitaria. En tanto ritual hecho en ausencia del adulto, más que el paso a la adultez, señala el paso a un mundo otro, uno propio de los jóvenes; por eso el uso de drogas entre los jóvenes represente a la distancia que separa el mundo de lo juvenil y el de lo adulto ¹³⁴.

Frente al discurso sostenido por los adultos de vicio y mal camino, los jóvenes desarrollan un universo de significados, de sentidos propios que giran

¹³³ M. N. Herrero, «Adolescencia, grupo de iguales, consumo de drogas, y otras conductas problemáticas», en *Revista de Estudios de Juventud*, 2003, nº 62, INJUVE, p. 88.

¹³⁴ F. Ghiardo, «Acercándonos al sentido del uso de drogas y la prevención desde los jóvenes», en *Última Década*, nº 18, abril 2003, p. 135.

en torno a su propia identidad y a la rebeldía, subvirtiendo el sistema de valores y el orden social de los adultos y creando una contracultura juvenil. Además, como apunta el anterior autor, la transgresión de la norma adulta también abre paso a otros mundos. Probar una droga permite, en este sentido, *saber* de las cosas del mundo y los misterios de la vida, adentrarse de lleno en sus placeres.

No puede extrañar, por lo tanto, que los momentos preferidos por los jóvenes para el consumo sean aquellos que, como ya se vio, consideran su propio tiempo, aquel en el que pueden ser como quieren ser y compartir experiencias con otros jóvenes: la noche (y la *marcha*). Ahí es donde diferentes drogas adquieren su pleno significado, entrando en

un juego más grande al pasar a formar parte de una amplia red de prácticas y usos:

En el centro de la «fiesta» hay una experiencia ideal o idealizada que resulta de una interacción de factores en tiempo real: una experiencia total, dirigida a todos los sentidos, mediante la combinación de sensaciones que persiguen la hiperestesia y la sinestesia en la que colaboran la música, las luces, proyecciones y hologramas, el flujo humano en el que se sumergen los actores y que en conjunto provoca disociación y trance ¹³⁵.

El ideal es la fiesta interminable, la *non-stopparty*: durar hasta que el cuerpo aguante. Alargar lo máximo posible el no-tiempo de la noche puede llegar a convertirse en un fin en sí mismo, y las drogas pueden ser de gran ayuda para ello. En este contexto pueden ser explicadas aquellas cuyo consumo ha aumentado con mayor fuerza en los últimos años y que, en consecuencia, más preocupan hoy en día a los expertos: el éxtasis, junto con el resto de drogas sintéticas o de laboratorio, la cocaína, etc., además del gran éxito de las bebidas energéticas (o *inteligentes*, como también se las ha llamado), como el Red Bull, considerada como droga en numerosos países, que proveen al joven de *marcha*, entendida ésta aquí como energía para *tirar* el resto de la noche o del fin de semana.

¹³⁵ J. Gamella y otros, «La “fiesta” y el “éxtasis”, drogas de síntesis y nuevas culturas juveniles», en *Revista de Estudios de Juventud*, nº 40, 1997, INJUVE, pp. 17-36.

5. Los valores de los jóvenes

El estudio de los valores ha sido probablemente uno de los campos más pantanosos en el ancho mundo de las ciencias del espíritu, desde la filosofía hasta la sociología o la psicología social. Se trata de realidades tan abstractas e intangibles que muchos teóricos han preferido poner en duda su existencia fuera de las mentes de los analíticos sociales, ávidas de abstracciones y simplificaciones. Y, sin embargo, el tema de los valores sigue siendo, de acuerdo con lo que escribiera Ortega y Gasset en el primer tercio del siglo pasado, «una de las más fértiles conquistas que el siglo XX ha hecho y, a la par, uno de los rasgos fisiognómicos que mejor definen el perfil de la época actual» ¹³⁶.

Paralelamente a la crisis que sufre el concepto de valor desde perspectivas teóricas, el tránsito de una sociedad basada en la reproducción cultural lineal a otra basada en la espontaneidad creativa del sujeto ha producido la implosión del universo de los valores, especialmente entre los jóvenes, para los que los conceptos clásicos de solidaridad, igualdad, libertad o deber ya no tienen una aplicación tan estricta como antes, lo que en numerosos círculos es interpretado como una crisis de valores o, incluso, su pérdida definitiva.

Cabe preguntarse, sin embargo, cómo entender la siempre socorrida crisis de valores y cuál es su verdadero alcance, siendo llamativo cómo se viene haciendo alusión a ella de forma ininterrumpida, como si más que tratarse de un fenómeno constatable, se tratase de una *sensación* perpetua, atribuible más a un sistema de percepción que a un fenómeno real (comparable, como se ha propuesto en alguna ocasión, a la sensación de estar viviendo en una permanente situación de crisis económica) ¹³⁷.

Dejando a un lado la explicación más fácil de un derrumbe de valores, ¿cómo puede explicarse la situación actual? Será necesario, para ello, recurrir a un modelo que tenga

en cuenta un eje de coordenadas más amplio (en especial el fuerte descalabro de las grandes utopías del siglo XX, el impacto que la posmodernidad ha tenido en el plano axiológico, la flexibilización y creciente inestabilidad del entorno cultural globalizado), así como los cambios acaecidos en los modelos de socialización y aprendizaje de los jóvenes actuales, más amplios, sincréticos y mestizos que los disponibles en épocas anteriores. En los últimos años se ha pasado a un modelo de socialización multicultural, en el sentido más amplio de la palabra, en el que la regla es la ausencia de reglas, y en el que la naturaleza, la dirección y la cantidad de información y conocimientos han quebrado la reproducción lineal tradicional:

Esta especie de multisocialización provocada por la simultaneidad de múltiples criterios de racionalidad dispares ha menguado, de modo ostensible, la credibilidad en los referentes morales que daban sentido a la tradición y a la personal existencia y ha traído consigo una importante «relativización» de las ideas, creencias y valores que sostenían el sentido y la moral de nuestra comunidad. Ideas, creencias y valores, antes incuestionados y comúnmente compartidos, son ahora incesantemente contrastados con otras realidades, con «otros mundos», «otras significaciones», otros modos de entendimiento igualmente legítimos y plausibles ¹³⁸.

¿Y los jóvenes? ¿Qué tienen ellos que decir sobre *su* crisis de valores? El primer dato relevante en este sentido es el que hace referencia a su interés declarado por recibir una educación en valores: siete de cada diez jóvenes (67%) consideran de alto interés recibir educación en valores, mostrando el tercio restante (32%) un interés medio ¹³⁹. Otro dato importante lo encontramos al preguntar a los jóve

¹³⁶ J. Ortega y Gasset, «¿Qué son los valores?», en *Obras completas*, vol. VI, Alianza, Madrid 1983, pp. 315-335.

¹³⁷ Á. Rodríguez, «Los valores de los jóvenes y su compromiso con las instituciones y con la transformación social», en A. Canteras Murillo (coord.), *Los jóvenes en un mundo en transformación, nuevos horizontes en la sociabilidad humana*, INJUVE, Madrid 2004.

¹³⁸ A. Canteras Murillo: «La diferenciación de sentidos en las sociedades complejas: creencias y valores de los jóvenes», en A. Canteras Murillo (coord.), *Los jóvenes en un mundo en transformación, nuevos horizontes en la sociabilidad humana*, INJUVE, Madrid 2004, p. 144.

¹³⁹ A. Canteras Murillo, *Sentido, valores y creencias en los jóvenes*, INJUVE, Madrid 2003, p. 160.

nes por el grado de importancia que conceden a diversas cualidades personales. Aunque no todas ellas son, lógicamente, valoradas con el mismo grado de importancia, lo primero que llama la atención es el gran peso otorgado a valores como la tolerancia, la honradez, la responsabilidad, la lealtad, el dominio de sí mismos, o la independencia, todos ellos con más de ocho puntos sobre diez. El gráfico 9, además de proporcionarnos una primera aproximación a las preferencias de los jóvenes, nos permite su comparación con las que manifestaba, diez años antes, la población general a la hora de educar a sus hijos. Como puede apreciarse, excepto para los tres primeros valores (tolerancia/respeto, honradez y responsabilidad), la valoración de estas cualidades hecha por los padres era bastante inferior a la de los jóvenes.

Dada la naturaleza misma del tema que aquí abordamos, los valores de los jóvenes, es comprensible que puedan encontrarse rastros de ellos diseminados por todo este libro,

en cada una de las dimensiones de la juventud actual en él tratadas, operando y a su vez siendo forjados desde y en cada una de ellas. De no ser así, se mostraría pertinente un replanteamiento tanto del concepto gene

Gráfico 9

Cualidades a inculcar entre los niños y su grado de importancia para los jóvenes como cualidades personales 10 70

⁹ 60

8

7

50

Importancia otorgada 6₄₀ por los jóvenes

⁵ Cualidades 4

³⁰ a inculcar en los niños 3 20 según los adultos 2

₁ 10

0 0

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos presentados en F. Orizo (1996), *Sistema de valores en la España de los 90 (cualidades que se pueden desarrollar en los niños, preguntadas a la población general)*, y A. Canteras Murillo (2003), *Sentido, valores y creencias en los jóvenes (grado de importancia otorgada a diversas cualidades personales, preguntadas a jóvenes de 15 a 19 años)*.

ral de valor, desde un punto de vista teórico, como una revisión de la posibilidad de que los jóvenes actuales carecen de unos valores que vertebran su acción social.

5.1. Sacrosanta libertad y autonomía

Un buen ejemplo de lo anterior lo encontramos en el valor de la libertad como, podría llegar a decirse, *eje vertebrador* de prácticamente todas las dimensiones hasta aquí tratadas: música, consumo, cuerpo, sexualidad, ocio, noche, drogas, etc. El papel central que juega este valor en el mundo juvenil, entendida ésta como lo hace Isaiah Berlin, como voluntad de «ser sujeto y no objeto, ser movido por razones y por propósitos conscientes que son míos» ¹⁴⁰, es perfectamente comprensible desde una perspectiva de desarrollo individual del joven. Tanto la adolescencia como la juventud pueden ser entendidas, desde este punto de vista, como los períodos en que el niño comienza a desarrollar su libertad de acción y de pensamiento dentro de los marcos de socialización establecidos por la familia y el resto de las instituciones. Dentro de este proceso, y durante estos años, el chico desarrolla un sentido de la identidad propia, así como la capacidad para pensar y actuar de forma independiente. Adolescencia y juventud pueden ser consideradas, por lo tanto, como las fases vitales en las que se aprende a ser libre y autónomo, experimentando el entorno cercano, tanteándolo desde la propia libertad de elección, comprendiendo y aprendiendo su naturaleza y sus límites.

Ahora bien, esta característica *natural* de la adolescencia y la juventud como fases vitales de conquista de libertad no puede explicar ni mucho menos por sí sola, la importancia central adquirida por este valor entre la actual juventud. Ya se analizó, en el

apartado dedicado a los jóvenes y el consumo, el importante papel que jugaba el valor de la libertad dentro de la sociedad consumista, como legitimador y sustento del mito del rey consumidor. La importancia de este valor ha de ser buscada, al mismo tiempo, en otras transformaciones de las sociedades desarrolladas que, aunque indirectamente relacionadas con la sociedad de consumo, no pueden ser reducidas exclusivamente a su influencia. Para ello es necesario hacer una breve referencia al giro que han experimentado las sociedades desarrolladas, y que comienzan a experimentar aquellas en vías de desarrollo, desde los valores materialistas a los posmaterialistas.

Esta transformación fue inicialmente identificada y comprobada sobre los resultados obtenidos en la *Encuesta mundial de valores* por Ronald Inglehart a finales de la década de los setenta. Según la teoría de este autor, las sociedades actuales tienden a un progresivo abandono de lo que denomina valores materialistas (como mantener el orden del país, luchar contra la delincuencia, mantener una economía estable o una alta tasa de crecimiento económico) por valores posmaterialistas (libertad de acción y de expresión, mayores oportunidades en la participación política y comunitaria, ecologismo, etc.). La prosperidad económica experimentada por las sociedades desarrolladas, sumada a la estabilidad proporcionada por el desarrollo en el contexto democrático y por otros elementos que aseguran la estabilidad sociopolítica, ha permitido a sus poblaciones evolucionar hacia necesidades (y por lo tanto valores) prioritariamente vinculadas con las relaciones sociales y la autorrealización.

Los jóvenes actuales, al carecer de experiencias de penuria económica, en comparación con edades más avanzadas, son considerados por Inglehart los abanderados de este giro desde los valores materialistas a los posmaterialistas, junto a los grupos con niveles de estudios superiores y las clases pudientes. Así, en la última aplicación de este modelo en el ámbito europeo (reflejada en la *Encuesta europea de valores*), el porcentaje de los que elegían respetar la libertad individual como prioridad que debía asumir el gobierno descendía desde el 58,9%, en el caso de los jóvenes entre 18 y 24 años, hasta el 25,9% para la población mayor de 65 años ¹⁴¹.

¹⁴⁰ I. Berlin, *Cuatro ensayos sobre la libertad*, Alianza, Madrid 2000, p. 231.

¹⁴¹ F. Andrés Orizo y J. Elzo, *España 2000, entre el localismo y la globalización. La encuesta europea de valores en su tercera aplicación, 1981-1999*, Fundación Santa María, Madrid, pp. 29 y ss.

Echando una rápida mirada a la historia no tan lejana de España, poco podría sorprender que muchos de aquellos que la vivieron en primera persona se preguntasen algo escandalizados: «Pero ¿es que los jóvenes no se sienten libres?». La percepción subjetiva de la libertad de la que disfrutaban los jóvenes es más que positiva. Una gran mayoría de ellos, cerca de tres de cada cinco, considera su nivel de libertad «bastante adecuado», frente a sólo un 9% que lo considera insuficiente. Es llamativo, en este sentido, que, entre 1999 y 2005, el porcentaje de aquellos que consideran disponer de un nivel aceptable de libertad ha disminuido, aunque no para sumarse a los que lo consideran insuficiente, sino para engrosar el grupo de los que consideran que tienen «más libertad de la que deberían tener», que pasa, entre estos años, del 22 al 31%. Ahora bien, ¿libertad para qué? El contexto en el que menos libres se sienten es, como era de

esperar, el de las opciones de trabajo. En todo lo demás, opciones religiosas, políticas, sexuales, formas de diversión y de estudio, hay, por el contrario, acuerdo casi completo de que gozan de amplia libertad de elección ¹⁴².

A su vez, esta libertad se refleja en la autonomía juvenil, aunque, como es comprensible, dado el alto porcentaje de jóvenes que viven con sus padres y que no poseen un trabajo y un salario que les permitan ser autónomos en el pleno sentido de la palabra, ésta sea una autonomía precaria, casi por completo proyectada en el plano de la libertad para escoger opciones, estilos de vida y, sobre todo, sus propias normas morales. Como consecuencia de la necesidad del joven de simultanear una heterogeneidad de marcos culturales y normativos, sin suficiente hegemonía moral como para exclusivizar su capacidad de legitimación, por un lado, y, por otro, del importante papel que juega la libertad en su concepto de sí mismo, disminuye la legitimidad de los otros en pro de la autolegitimidad, la capacidad y la necesidad del joven para establecer por y desde sí mismo sus propias opciones y normas morales ¹⁴³.

Más que de autonomía plena, que los jóvenes saben inaccesible en ese momento de sus vidas, lo que

¹⁴² *Jóvenes españoles 1999*, 2005, o. c. ¹⁴³ A. Canteras Murillo, 2003, o. c., p. 88.

aparece es una demanda de libertad en determinadas áreas de gran significación, como los fines de semana, los amigos, las relaciones, el espacio propio en el hogar, los viajes, etc. Autonomía, por lo tanto, no como capacidad de vivir y mantenerse por uno mismo, sino como rechazo visceral a toda norma procedente «de fuera» (de profesores, políticos, sacerdotes, padres incluso), y, sobre todo, a las normas que tienen que ver con sus cotos vedados: el sexo, las relaciones de amistad, el ocio y la diversión.

5.2. Rebeldía y descontento

La rebeldía juvenil es, sin duda, uno de los tópicos más recurrentes en nuestras sociedades, hasta el punto de que un cierto «estar en contra de lo establecido» llega a ser considerado una *saludable* y necesaria tendencia, asociada al propio concepto de juventud, una tendencia achacada incluso a causas biológicas, como condición natural de la adolescencia y la juventud que, «si todo marcha por el camino de la normalidad», irá pasando junto con la propia juventud.

Un simple vistazo a los periódicos de las últimas décadas sirve, sin embargo, para desconfiar de estas supuestas raíces biológicas. Datos más sistemáticos y omnicomprensivos que los que encontramos en un diario, como los presentados por el INJUVE o la Fundación Santa María relativos a la participación juvenil en manifestaciones o movimientos antiglobalización, ponen en clara evidencia que la rebeldía juvenil, de existir en el plano público, es meramente circunstancial y emocional, guiada más por corrientes sociales puntuales y, habitualmente, tan fusionada con la sociedad consumista y del espectáculo que apenas sí puede ser reconocida como algo diferente a ellas. Es la era de las manifestaciones *rave*, de maratones televisivos y protesta de botellón, en la que la implicación, el sacrificio y todo lo sospechoso de representar un plan estructurado para el futuro tiene cada vez menos relevancia. El hecho mismo de que la rebeldía aparezca, en *Jóvenes españoles 2005*, como la segunda señal de

identidad generacional autorreconocida por los propios jóvenes, justo por detrás del consumismo, da ya mucho que pensar. ¿Es posible ser rebelde asintien

LA FIGURA DEL REBELDE EN LA SOCIEDAD ACTUAL

PASCAL BRUCKNER

Resulta curioso ese atractivo de la figura del rebelde, frecuente entre artistas, periodistas, intelectuales, escritores y políticos. Sin duda, estamos ante un valor refugio del narcisismo contemporáneo, en una época donde el consenso uniformiza individuos y ámbitos. Rebelar también la nostalgia de un tiempo en que el hombre de letras, el pintor, el sabio, el músico, estaban orgullosos de entrar en conflicto con los poderes establecidos. En aquel entonces, el genio solitario se enfrentaba a la estupidez de sus contemporáneos y producía obras maestras en medio de la reprobación general; formulaba teorías escandalosas, que surgían auspiciadas por la clandestinidad y la persecución. Crear era siempre atentar contra el orden del mundo, romper los moldes del lenguaje, la representación, la armonía, abrir una brecha en un universo impregnado de certezas para «hacer avanzar el carro recalcitrante del pueblo» (Kandinsky).

El rebelde reconcilia dos imágenes valoradas: el hombre excepcional que está por encima de la masa y el hombre de bien que pone sus talentos al servicio del prójimo y se sacrifica por su felicidad. Reúne elitismo y santidad, y convierte la perseverancia de una fuerte personalidad en oblación a toda la humanidad. De ahí que los auténticos sediciosos sean tan escasos: hace falta un temple especial para soportar la calumnia, la reprobación, el desprecio, la prisión. Es preciso rozar la locura, poseer la certeza orgullosa de tener razón contra el mundo entero. La modernidad ha erigido en regla de oro la religión de la desobediencia porque su acto fundacional, la Revolución francesa, instauró una ruptura radical entre lo viejo y lo nuevo (...) A diferencia del despotismo o la monarquía, la democracia es un régimen que se nutre de sus enemigos, aun a riesgo de poner en peligro su propia continuidad. Incorporada la crítica como elemento nuclear del sistema, la oposición se ha convertido en un servicio, una reacción casi refleja, una actitud mundialmente compartida (...) Si nuestra época invierte grandes cantidades en celebrar la figura del reprobado y a la par adula a quienes la denigran públicamente, no es por puro masoquismo, sino porque encuentra en esta contradicción un carburante esencial para su propia transformación. Estar en contra es de buena educación.

Proliferan las transgresiones estandarizadas: críticas publicitarias de la publicidad, críticas mediáticas de los medios de comunicación (¡qué placer hablar mal de la *tele* en la pequeña pantalla!), críticas espectaculares del espectáculo. Escupir en la sopa es el argumento lucrativo por excelencia: para vender cualquier producto se debe incluir, junto al modo de empleo, su propia crítica. Se propaga un academicismo de la subversión. La cultura de la más ácida provocación se convierte en la cultura oficial y se promueven, dentro del discurso detractor, fuentes de ingresos marginales, perversas, «en la onda», excéntricas, excelentes (...).

Ser un rebelde profesional es una pura contradicción, pues hace cotidiano un estado excepcional, pero se trata de un mecanismo de autopromoción muy valorado en una sociedad donde todos queremos ser únicos. Pasar por un proscrito otorga cierto prestigio,

por ello se busca el aura tenebrosa de los malditos, a ser posible sin los peligros inherentes a dicha condición (los auténticos condenados no desprenden una luz especial, son más bien lamentables, a veces repulsivos, su tenacidad roza la demencia, su compañía nada tiene de elegante). Demasiadas personalidades de las artes, el periodismo, la universidad y la política juegan a ser renegados (...) Instalados pero radicales: el pequeño burgués resucita bajo los harapos del guerrillero; la honda se convierte en un producto de consumo popular, casi un complemento de moda; el conformismo se extiende a actitudes que eran antes un signo de marginación, vicio o crimen. La rebelión es sólo una variante de la multitud de conformismos que sufrimos. ¿do y disfrutando plenamente (o deseando hacerlo) del sistema vigente?

¿Qué fuerza extraña, entonces, hace que la rebeldía siga siendo no solamente un valor, sino una seña de identidad fundamental de la juventud actual? Para entender este complejo fenómeno se hace necesario abordarlo desde una doble perspectiva, que corresponde con un doble proceso de transformación, tanto de la función social que ha pasado a cumplir la rebeldía en las actuales sociedades consumistas como de la propia redefinición de este término, es decir, de la forma en que la rebeldía es concebida y practicada por los jóvenes.

En primer lugar, la rebeldía como icono juvenil, especialmente en su expresión estética y lúdica, se ha mantenido como necesidad cultural en las actuales sociedades consumistas. ¿Qué duda cabe de que la situación del mundo sugiere razones de sobra para la rebeldía? La expresión «rebelde sin causa» mal podría ser utilizada en el caso de la juventud actual, por lo menos si entendemos la rebeldía como lucha contra el sistema establecido y bajo el lema, popularizado en los últimos años, de «otro mundo es posible». Sin embargo, la rebeldía juvenil hace años ya que se ha transformado en una pose, una mera necesidad estética. De acuerdo con las teorías de Jean Baudrillard sobre la cultura del simulacro, esta rebeldía se convierte en un signo que borra (asesina) su referente, operando en todos ámbitos del sistema consumista en los que el concepto de joven cumple una función específica, como el de la moda o la publicidad. Junto al imperativo estético, además, la rebeldía surge como figura mítica de este tipo de sociedades, estrechamente ligada a las propias necesidades internas del sistema: el consumidor rebelde es aquel que no duda en romper con la moda vigente, con los gustos estéticos y las preferencias de ocio establecidas.

Esta redefinición de la rebeldía dentro de la sociedad consumista es solamente un marco general en el que se insertan significados más específicos, realizados tanto por los propios jóvenes como por el resto de la sociedad. Veamos algunos de ellos:

– *Como crítica a la sociedad vista como un todo, sin definir en ella ni manifestaciones ni las causas específicas de descontento*, y que podría expresarse con la expresión «la sociedad es inservible, todo es basura». En este sentido parece que la juventud, invirtiendo la máxima marxiana, tuviera más necesidad de comprender un mundo cada vez más complejo y sumergido en una corriente de sobrerrevolucionada transformación, que de cambiarlo.

– *Como cuestionamiento a los adultos, es decir, como seña de identidad frente a*

otras generaciones, especialmente frente a sus códigos normativos. En esta dirección pueden interpretarse los datos relativos tanto a la fuerte defensa de la autonomía a la hora de elegir los propios valores como aquellos referentes al desdén hacia las normas sociales y, especialmente, al recelo a las grandes instituciones. Rebeldía, en este sentido, como cuasi-revolución institucional de la juventud, muy diferente a la protagonizada por la generación de los sesenta. Mientras esta última optaba por el enfrentamiento, las nuevas generaciones parecen decir: «Dejadnos en paz, no tenéis derecho a inmiscuirnos en nuestras vidas». Sin el menor atisbo de entusiasmo colectivista, las nuevas generaciones plantan cara volviendo la cara, convirtiendo su indiferencia y abandono en una forma, su forma, de revolución antiinstitucional.

– *Como rechazo a cualquier otro sector joven que no viva dentro de su propia subcultura juvenil*, causa de muchos de los actos considerados rebeldes tanto por los medios de comunicación en concreto como por la sociedad adulta en general: rivalidades, peleas entre pandillas y grupos de jóvenes, etc.

5.3. Proxemia y pragmatismo

Que la rebeldía juvenil haya sido arrancada del proyecto social y de las utopías colectivas para ser trasplantada, en su versión *light*, al plano individual, no puede sorprender tanto si se tiene presente que desde hace ya tiempo ambos territorios han sido literalmente abandonados por los jóvenes en pro de lo cercano y lo práctico.

La expresión «fin de la sociedad» no es, en este sentido, nueva. Y sin embargo, nunca hasta los últimos decenios comienza a ser tomada en serio como

Gráfico 10

Rasgos que caracterizan a los jóvenes. España 2005

Consumistas Rebeldes

Pensando sólo en el presente

Independientes

Egoístas

Poco sentido del deber 1994 Leales en la amistad

2005 Poco sentido del sacrificio

Solidarios

Tolerantes Generosos

010 20 30 40506070 %

Fuente: *Jóvenes Españoles 1999, 2006.*

algo más que un clamor apocalíptico. El paso de la sociedad industrial a la postindustrial, junto con la paralela transformación cultural de la modernidad a la posmodernidad, es acompañado por un deterioro acelerado de las condiciones sociales. Es, en la expresión de Fukuyama, «la gran ruptura» social: se debilitan los lazos sociales, los valores comunitarios se deshacen y comienza a emerger un nuevo orden social basado en el individualismo instrumentalista, siendo los protagonistas indiscutibles de este proceso, generación tras generación, los más jóvenes.

Sin embargo, esta desertización social no implica un individualismo radical en el que todas las formaciones sociales quedan barridas de un plumazo. El grupo pequeño, por el

contrario, las comunidades de sangre, de lugar y de espíritu (como las denominó Tönnies ya a finales del siglo XIX) recuperan vitalidad entre los jóvenes actuales en una *estrategia de enroque* frente a una sociedad que, a la vista de cómo se está desarrollando en ella el proceso de globalización y neocapitalización de las relaciones, parece corresponder más que nunca con la idea que Tönnies tenía en mente a la hora de acuñar el término. Veamos, brevemente, algunos de los indicadores más representativos de esta tendencia:

– *Desconfianza en los demás*: los sentimientos de confianza interpersonal adquieren una importancia decisiva en la formación tanto de proyectos colectivos como de las actitudes políticas que hacen posible una conducta participativa. En el caso de España, donde todo hacía pensar que se elevarían los niveles de confianza social con el paulatino abandono de un pasado de intolerancia, intransigencia ideológica y rigidez normativa, los datos recabados indican precisamente la tendencia opuesta, detectándose a mediados de los años ochenta un considerable aumento del porcentaje de jóvenes «recelosos» frente al de «confiados»¹⁴⁴. En el 2003, quince años más tarde, ya el 53% de los jóvenes hacía propia la frase «es mejor no confiar demasiado en la gente»¹⁴⁵.

– *Abandono institucional*: como se verá con mayor detenimiento en capítulos posteriores, los jóvenes ni confían ni, coherentemente, toman parte en la vida institucional. En el 2005, solamente cinco de las dieciséis instituciones propuestas para evaluación a los jóvenes en España aprueban en el grado de confianza depositado en ellas, quedando incluso ocho por debajo del 40%, lo que claramente puede verse reflejado en los datos relativos al índice de participación en la gran mayoría de los movimientos sociales¹⁴⁶.

Esta acelerada pérdida de confianza social, sin embargo, corre en paralelo a la revitalización de los dos grupos comunitarios por excelencia, la familia y el grupo de amigos, que se mantienen desde 1994 en el primer puesto del *ranking* de grandes importancias de los jóvenes, aumentando año tras año el porcentaje de aquellos que los consideran «muy» o «bastante importantes» frente a otros aspectos como el trabajo, ganar dinero, los estudios, la política o la religión.

– *Abandono de los ideales y la acción colectiva*: el aumento de la desconfianza hacia la sociedad y hacia las instituciones hace reflexionar sobre la relación que tiene este indicador con la ausencia de criterios morales compartidos y de utopías colectivas, ya que, cuanto más se tiende a pensar que la sociedad comparte criterios morales básicos (que tienden a cristalizar en proyectos sociales compartidos), más se confía en la gente. Martín Serrano propone, para el caso español, una evolución desde 1960 según la cual la juventud atravesaría tres etapas axiológicas: en la primera, que el autor sitúa entre 1960 y 1968, los jóvenes aportan proyectos idea

¹⁴⁴ M. Requena, «Juicios morales y prejuicios sociales», en M. Martín Serrano (dir.), *Historia de los cambios de mentalidades de los jóvenes entre 1960-1990*, INJUVE, Madrid 1994.

¹⁴⁵ A. Canteras Murillo, *Sentido, valores y creencias en los jóvenes*, INJUVE, Madrid 2003, p. 83.

¹⁴⁶ *Jóvenes españoles 2005*, o. c., pp. 123, 126 y ss.

les para la transformación del mundo, con una consecuente tendencia al utopismo.

En la segunda etapa, de 1969 a 1982, la capacidad de convocatoria de las grandes causas internacionales llega a su máximo histórico. Se pasa de una época marcada por el utopismo a otra centrada en la ejecución de los programas políticos. El ascenso de los movimientos ciudadanos y políticos orienta a la mayoría de los jóvenes hacia prácticas de resistencia más activas y hacia estrategias para reclamar sus libertades. Por último, la tercera etapa axiológica, entre 1983 y 1991, destaca por la lenta muerte de los proyectos políticos, que van cediendo protagonismo a actividades más puntuales, como la lucha contra el sida, las drogas, la OTAN, etc. Es una generación de padres demasiado juveniles que ocupan la mayor parte del espacio social, incluidos aquellos que tradicionalmente se reservan a los jóvenes. Se impone el escepticismo como cosmovisión juvenil y, junto a ella, un pragmatismo que poco o nada tiene que ver con la imagen tópica de los jóvenes: en el 2003, el 55% afirmaba que «de nada sirve creer en cosas que no te resuelven problemas concretos»¹⁴⁷.

– *Glocalismo*: en las encuestas de valores se viene detectando, desde comienzos de los años ochenta, una reconfiguración del llamado «espacio de identificación primordial» del joven, el contexto geográfico con el que se siente identificado. Desde aquellos años, el ámbito local (localidad, pueblo o ciudad en donde vive) ha ido aumentando su importancia para los jóvenes, en detrimento de categorías intermedias (España) o *globales* (Europa, el mundo entero). No es difícil percibir un paralelismo entre esta evolución del sentido de pertenencia y el fenómeno anteriormente analizado de alejamiento social y *enroque* en lo próximo, siendo aquél, probablemente, un reflejo en el plano geográfico de éste.

El nuevo *espíritu tribal* parece haber extendido su significado en el mundo juvenil más allá del neotribalismo detectado en determinadas subculturas (y engendrado en torno a símbolos, gustos y afinidades estéticas), englobando ahora a todos aquellos que están más próximos, incluida la familia, algo impensable desde la perspectiva maffesoliana. Parapetado sentimental e instrumentalmente en su pequeña *tribu*, el joven vive y convive en la más vasta sociedad como turista social, moviéndose a través de los espacios en los que otros viven y experimentando su extraterritorialidad como un privilegio, no como una exclusión¹⁴⁸.

¹⁴⁷ A. Canteras Murillo, *Sentido, valores y creencias en los jóvenes*, o. c., p. 83.

5.4. La amistad salvadora

La amistad tiene, dentro de esa burbuja y de esa *estrategia de enroque*, un lugar privilegiado. Junto a la familia, los amigos ocupan uno de los primeros puestos en las «grandes importancias de la vida»; siendo considerados además, de nuevo junto a aquélla, el ámbito donde se dicen las cosas más importantes en cuanto a ideas e interpretaciones del mundo, a gran distancia de los centros de enseñanza, la política o la Iglesia. Asimismo, a la hora de tener que escoger entre las cosas que realmente llenan sus vidas, el 78% coloca antes que cualquier otro aspecto, como el triunfo en la vida profesional, ganar dinero, poder comprar todo lo que les gusta e, incluso, antes que al amor, «la amistad, el tener amigos que me comprenden, me ayudan y con los que siempre puedo contar»¹⁴⁹.

La relevancia de la amistad para el joven no es nueva, pudiéndose encontrar ya en las capas más profundas de nuestra civilización indicios de su importancia tanto para el propio joven como para el conjunto de la sociedad. Ya en la antigua Grecia puede encontrarse cómo los lazos tejidos entre los jóvenes en la llamada *camaradería homérica* sustituían a los vínculos de sangre, creando nuevas solidaridades que forjaban la unidad del grupo de los *cúroi*, su cohesión y autonomía como guerreros ¹⁵⁰. A partir del desarrollo de la burguesía y de la expansión del sistema edu

¹⁴⁸ Z. Bauman, *Postmoderne Ethik*, Hamburger, Hamburgo 1995, p. 361.

¹⁴⁹ *Jóvenes españoles 2005*, o. c.

¹⁵⁰ A. Schnapp, «La imagen de los jóvenes en la ciudad griega», en G. Levi y J. C. Schmitt (dirs.), *Historia de los jóvenes, I. De la antigüedad a la era moderna*, Taurus, Madrid, pp. 29 y ss.

cativo, estos lazos comienzan a estrecharse y fortalecerse, apareciendo el *peer group* propiamente dicho.

Y sin embargo, pese a la larga y exitosa trayectoria recorrida por esta formación primaria en la vida de los jóvenes de todas las épocas, su relevancia no encuentra su punto álgido hasta nuestros días. «La orientación al grupo de iguales», escribe Klaus Hurrelmann, «está claramente más establecida hoy que hace una o dos generaciones. Los jóvenes se vuelven antes maduros para la amistad, desarrollan más rápido que sus padres las competencias sociales necesarias para la relación con el grupo de iguales y tienen también mayor necesidad de estos contactos para apoyarse mutuamente en sus experiencias y acciones emocionales y sociales» ¹⁵¹.

Al analizar este fenómeno, es preciso tener en cuenta que el desgarrón de sentido y la falta de suelo ontológico experimentados por muchos jóvenes puede exigir la añoranza de ofertas de sentido claras y estables, de una mayor sensación de *hogar social* ¹⁵². En este sentido, la oferta de la amistad es doble: desde un punto de vista instrumental, el grupo de amigos provee al joven de una red social basada en la confianza y la reciprocidad necesarias en un mundo *fluido*, cada día más inestable y precario. Desde un punto de vista afectivo, por otro lado, el grupo de amigos ofrece al joven la posibilidad de desarrollar su identidad, proponiendo códigos, símbolos, estilos, y ofreciéndole, al mismo tiempo, estructuras normativas y de valor claras.

Ambos elementos podrán ser claramente identificados en los tres grandes valores que sirven a los jóvenes, según ellos mismos declaran, para diferenciar entre «colega» y «amigo»: «confianza», «sinceridad» y «fidelidad». «Los verdaderos amigos están “para lo bueno y para lo malo”, mientras que los colegas o conocidos sólo están para “lo bueno”» ¹⁵³.

¹⁵¹ K. Hurrelmann, *Lebensphase Jugend. Eine Einführung in die sozialwissenschaftliche Jugendforschung*, Juventa, Weinheim/München 2004, p. 127.

¹⁵² W. Ferchhoff, *Jugend an der Wende vom 20. zum 21. Jahrhundert. Lebensformen und Lebensstile*, Leske/Budrich, Opladen 1999, p. 183.

¹⁵³ E. Rodríguez San Julián, I. Mejías Quirós y E. Sánchez Moreno, *Jóvenes y relaciones grupales. Dinámica relacional para los tiempos de trabajo y de ocio*, INJUVE, Madrid 2007, pp. 29-30.

5.5. Solidaridad y ecologismo: ¿valores emergentes?

Frente a este desolado panorama social y de acción colectiva, no faltan quienes

opinan que la tendencia de desrebelión juvenil o, lo que es lo mismo, de docilidad ante el sistema y de olvido del otro tampoco han de ser exageradas, hasta el punto de considerarse características definitorias de la juventud actual. Sucesos como la plataforma del 0,7 a comienzos de los noventa, la participación masiva de los jóvenes contra la guerra de Irak en numerosos países o la emergencia de los llamados nuevos movimientos sociales globales que han venido a cubrir el vacío ideológico abierto tras la caída del Muro de Berlín, mantienen vivas las esperanzas de muchos en una juventud activamente comprometida con un mundo diferente. Lamentablemente, los datos sociológicos parecen resistirse a darles la razón.

Las nuevas formas de tribalismo juvenil, así como el desarrollo de las tecnologías de la información, traen consigo una reconfiguración del concepto de individualismo. Actualmente somos espectadores, en palabras de Ulrich Beck, de una «rebelión individualista», una «desbandada de los individuos» como respuesta a la corriente globalizadora y la obsesión economicista ¹⁵⁴, presente no solamente en los países occidentales, sino muy extendida también por Latinoamérica, en donde la máxima «haz de tu vida lo que quieras» parece ser sustituida por «arréglatelas como puedas» ¹⁵⁵. Sin embargo, si atendemos a la definición de individualismo como reflejo de un sentimiento de descontento ante el colapso de los sentidos de pertenencia que dejan a los individuos atrapados en lazos sociales fugaces, es necesario plantearse un retoque de este modelo, debido, en primer lugar, a la importancia que están adquiriendo los grupos primarios en la *estrategia de enroque* juvenil y, en segundo lugar, a la reconfiguración del es

¹⁵⁴ U. Beck, *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*, Paidós, Barcelona 2003.

¹⁵⁵ M. Arnold-Cathalifaud, D. Thumala y A. Urquiza, «La solidaridad en una sociedad individualista», *Teoría*, 2006, vol. 15 (1), p. 13.

pacio social como consecuencia de la utilización de las TIC, en especial Internet (*chats, e-mail, etc.*) y los móviles.

Ambas han contribuido a un nuevo tipo de individualismo, tribal por un lado y, por otro, comunicado o incluso sobrecomunicado. ¿En qué medida puede afectar esto a las relaciones de los jóvenes con su comunidad más extensa y, más en concreto, a su solidaridad? Esta pregunta es, sin duda, difícil de contestar, dado el poco tiempo transcurrido desde que estas tecnologías han aparecido en la escena mundial. Es cierto que los nuevos movimientos sociales están, fundamentalmente, anclados en este nuevo tipo de relacionismo y que tanto las ONGs como la gran mayoría de las organizaciones que ofertan voluntariado activo han echado mano de estas tecnologías para incrementar tanto su impacto mediático y sus labores de concienciación como sus actividades de voluntariado, llegando incluso a crearse la figura de *voluntario virtual*.

Sin embargo, si atendemos a la información recogida en las encuestas, estos cambios apenas parecen haber afectado a la participación juvenil. En el caso de España, los datos referentes a la aprobación juvenil de los movimientos sociales y de voluntariado, así como los referentes a su participación en ellos, confirman esta tendencia. Por un lado, todos los movimientos y grupos sin excepción, incluidos aquéllos dedicados a los

derechos humanos, contra la discriminación racial o de apoyo y acogida de inmigrantes, pierden aprobación por parte de los jóvenes. Por otro, el compromiso activo juvenil prácticamente se desvanece en 2005, año en el que se registra el menor índice de participación de los últimos quince años, perdiendo no solamente las asociaciones deportivas, sino, además, las juveniles, educativas y las benéfico-sociales. Para este año, la participación juvenil en estas últimas asociaciones sobrepasaba ligeramente el 2,1% de jóvenes, no llegando las destinadas a la ayuda y cooperación al desarrollo al 1% ¹⁵⁶.

¹⁵⁶ J. M. González-Anleo, «Relaciones e integración», en *Jóvenes españoles 2005*, Fundación Santa María, Madrid 2006, pp. 127 y ss.

La implicación ecológica no parece diferenciarse mucho de los anteriores casos, a pesar del creciente bombardeo mediático originado por la aceleración del deterioro medioambiental. La juventud tiene tanto motivos de preocupación como responsabilidades especiales respecto al medio ambiente: por un lado, ella será la que viva en los años venideros el efecto de los destrozos medioambientales que se están produciendo en la actualidad y, por otro, la que se verá obligada (como futuros adultos) a comprometerse con nuevas formas de acción y activismo que sean capaces de generar respuestas efectivas ¹⁵⁷.

De nuevo, al igual que sucede con otras causas sociales, el panorama no es muy halagüeño. En el plano de la acción colectiva no se detecta un movimiento significativo de la juventud, con una participación menor al 2% en grupos ecologistas, de protección de la naturaleza y de animales, porcentaje aún menor que el registrado quince años antes, en 1989. Dada la escasa tendencia asociativa juvenil y el papel destacado de los jóvenes en la actual sociedad consumista, principal artífice de gran parte del deterioro medioambiental, quizá fuera más significativo en este terreno atender antes a los datos relativos al comportamiento ecológicamente responsable y al consumo responsable. Sin embargo, los datos en este terreno no parecen contrariar lo visto en el caso de la acción colectiva. De especial interés resultan aquí los resultados del proyecto dirigido por UNESCO/UNEP a finales del 2000 entre diez mil jóvenes en 24 países sobre consumo responsable. Veamos brevemente dos de las conclusiones más importantes de este informe ¹⁵⁸:

– Aunque casi la mitad de los jóvenes (48%) reconoce que sus propias acciones (en abstracto) tienen un impacto medioambiental, no parecen ser conscientes de la relación entre sus actividades concretas de consumo (uso de agua, energía o transporte) y ese impacto. Sólo entre el 7 y el 11% de ellos veía la relación entre ambos extremos del proceso. Es significativo, en este sentido, que casi el 40% reconociera que el cuestionario realizado por estas organizaciones les había otorgado la primera oportunidad para pensar sobre su propio consumo.

– La gran mayoría de los jóvenes, el 78%, afirma tomar sus decisiones a la hora de adquirir un producto en base a su calidad, el 71% por el precio, un 48% por la moda, y sólo el 40% por cuestiones medioambientales. Es llamativo que sean los jóvenes de los países desarrollados, en teoría más concienciados por los medios de comunicación, los que en menor proporción tienen en cuenta este último tipo de consideraciones, con

apenas el 20% de ellos que afirman pensar en la cuestión medioambiental en el momento de la compra.

Es evidente, como subraya la propia ONU en relación con la educación ambiental, que ésta tiene frente a sí un enemigo contra el que es muy difícil luchar: la propia sociedad consumista. En el mismo período en el que gobiernos y organizaciones no gubernamentales han sacado adelante cada vez más proyectos de educación ambiental, la sociedad de consumo se ha hecho más y más fuerte, extendiéndose por los cinco continentes gracias al proceso de globalización, pudiéndose hablar de una auténtica lucha entre los esfuerzos de aquéllos frente a el poder de ésta. En estas circunstancias es difícil imaginarse, tal y como señala el propio informe, un cambio de las mentalidades y de los estilos de vida predominantes de los jóvenes por lo menos en un futuro próximo

159

¹⁵⁷ ONU, o. c., pp. 131 y ss.

¹⁵⁸ UNESCO y UNEP, «Youth, sustainable consumption patterns and life styles», pp. 13 y ss., disponible en <http://unesdoc.unesco.org/images/0012/001242/124238e.pdf>.

¹⁵⁹ ONU, o. c., p. 139.

Anexo:

Música joven

Un amigo para todas las estaciones

When the music's over

When the music's over

When the music's over

Turn out the lights

For the music is your special friend Dance on fire as it intends

Music is your only friend

Until the end.

(When the music's over - The Doors) **Vivo a mi manera**

I would tell you about the things

They put me through

The pain I've been subjected to

But the Lord himself would blush

The countless feasts laid at my feet

Forbidden fruits for me to eat

But I think your pulse would start to rush

Now I'm not looking for absolution

Forgiveness for the things I do

But before you come to any conclusions

Try walking in my shoes

Try walking in my shoes

You'll stumble in my footsteps

Keep the same appointments I kept

If you try walking in my shoes

If you try walking in my shoes.

(*Try walking in my shoes* - Depeche Mode)

Jesus died for somebody's sins but not mine
wild card up my sleeve
thick heart of stone
my sins my own
they belong to me, me
people say «beware!»
but I don't care
the words are just
rules and regulations to me, me.

(*Gloria* - Patti Smith) People try to put us d-down

(Talkin' 'bout my generation)

Just because we get around

(Talkin' 'bout my generation)

Things they do look awful c-c-cold

(Talkin' 'bout my generation)

I hope I die before I get old

(Talkin' 'bout my generation)

This is my generation

This is my generation, baby

Why don't you all f-fade away

(Talkin' 'bout my generation)

And don't try to dig what we all s-s-say

(Talkin' 'bout my generation)

I'm not trying to cause a big s-s-sensation (Talkin' 'bout my generation)

I'm just talkin' 'bout my g-g-g-generation (Talkin' 'bout my generation).

(*My Generation* - The Who)

Si lo que quieres es vivir cien años

no pruebes los licores del placer.

Si eres alérgico a los engaños

olvídate de esa mujer.

Compra una máscara antigás,

mantente dentro de la ley.

Si lo que quieres es vivir cien años

haz músculos de 5 a 6.

Y ponte gomina que no te despeine

el vientecillo de la libertad.

Funda un hogar en el que nunca reine

más rey que la seguridad,

evita el humo de los clubs,

reduce la velocidad,

si lo que quieres es vivir cien años
vacúnate contra el azar.
Deja pasar la tentación,
dile a esa chica que no llame más
y si protesta el corazón
en la farmacia puedes preguntar:
¿tienen pastillas para no soñar?
Si quieres ser Matusalén
vigila tu colesterol;
si tu película es vivir cien años
no lo hagas nunca sin condón.

(Pastillas para no soñar - Joaquín Sabina)

You've got your mother in a whirl She's not sure if you're a boy or a girl

Hey babe, your hair's alright

Hey babe, let's go out tonight

You like me, and I like it all

We like dancing and we look divine You love bands when they're playing hard You
want more and you want it fast They put you down, they say I'm wrong You tacky thing,
you put them on

Rebel Rebel, you've torn your dress Rebel Rebel, your face is a mess

Rebel Rebel, how could they know? Hot tramp, I love you so!

Don't ya?

(Rebel Rebel - David Bowie) Sí que ha conseguido
algo que no puedo nombrar.

Porque en este día

va a ser un día especial.

Les dice a sus amigas:

«Prefiero estar muerta que aburrirme así; voy a probar algo nuevo».

Hoy no quiero ser yo.

No me importa lo que va a pasar.

No voy a seguir así ni un día mas.

No me importa lo que va a pasar.

Les dice a sus amigas:

«algunas de esas cosas no estarían mal;

quiero probar algo nuevo».

Les dice a sus amigas:

«prefiero estar muerta que aburrirme así; voy a probar algo nuevo».

Hoy no quiero ser yo.

(Nuevas Sensaciones - Los Planetas) **Placer, pequeño tesoro**

Everybody's looking for someone to follow Finding the whole thing hard to swallow

Everybody's looking for a reason to live

If you're looking for a reason

I've a reason to give
Pleasure, little treasure.

Everybody's looking for a new sensation
Everybody's talking about the state of the nation
Everybody's searching for the
promised land
Everybody's failing to understand
Pleasure, little treasure.

Everybody's looking for a reason to live
If you're looking for a reason
I've a reason to give
Pleasure, little treasure.

(Pleasure, little treasure - Depeche Mode)

Lo que hicieron antes
se convierte en algo normal.
Ya no es excitante
intentaremos algo más.
Les dice a sus amigas:
«Algunas de esas cosas no estarían mal; quiero probar algo nuevo».
You were my queen and I was your fool, Riding home after school.
You took me home
To your house.
Your father's at work,
Your mama's out shopping around.
Check me into your room.
Show me your thing.
Why'd you do it baby?
Getting softer—slow it down, etc.
Now you show me your thing.
Wrap your legs around my neck,
Wrap your arms around my feet,
Wrap your hair around my skin.
I'm gonna huh—all right, ok, yeah.
It's getting harder—It's getting too darn fast, etc. Come on, now, let's get it on.
Too late, too late, too late, too late, too late, Make me feel all right!

(Gloria - Van Morrison)

Me paso el día bailando

Bailando.
Me paso el día bailando. Y los vecinos mientras tanto
no paran de molestar.
Bebiendo.
Me paso el día bebiendo.
La coctelera agitando,
llena de soda y vermut.

Tengo los huesos desencajados,
el fémur tengo muy dislocado;
tengo el cuerpo muy mal,
pero una gran vida social.

Bailo todo el día,
con o sin compañía.
Muevo la pierna, muevo el pie,
muevo la tibia y el peroné;
muevo la cabeza, muevo el esternón,
muevo la cadera siempre que tengo ocasión.
(*Bailando* - Alaska)

Drogas

Away from the big city
Where a man can not be free
Of all of the evils of this town
And of himself, and those around
Oh, and I guess that I just don't know
Oh, and I guess that I just don't know
Heroin, be the death of me
Heroin, it's my wife and it's my life
Because a mainer to my vein
Leads to a center in my head
And then I'm better off and dead
Because when the smack begins to flow
I really don't care anymore
About all the Jim-Jim's in this town
And all the politicians makin' crazy sounds And everybody puttin' everybody else down
And all the dead bodies piled up in mounds 'Cause when the smack begins to flow
Then I really don't care anymore
Ah, when the heroin is in my blood
And that blood is in my head
Then thank God that I'm as good as dead Then thank your God that I'm not aware And
thank God that I just don't care.

(*Heroin* - Lou Reed) Que con las tripas ruiendo y que rujen
Los pies congelaos
Y una hostia que no veas
Y empecé a maquinar pa'mañana
Y ya ves! Tener planta a mi vera

¡Moneíllas! ¡calderilla! Poco más me solía caer Después de lo menos cinco horitas
cantando en la calle pa'na de «parner»
Hay pa comer, pa comer!
Que ya ves tú si no es pa comer...

¿Y todavía el garrulo de turno viene
y me pregunta que si es pa comer?
¿Qué no será pa'meterse heroína, speed,
cocaína o un porro de hachís?
¡Vamos ya! ¡vamos ya! Arrecojo y me voy mosqueá.
Y fue justo a la noche siguiente
En la Manola tomando café
Cuando vino el compare Matías
y otro coleguilla del moro también.
Nos pasemos una noche mu alegre,
marihuana, aceite y hachís
Y tocando unas bulerías y alguna rumbilla y palma que te di
¡Vamos ya! ¡Vamos ya!
Que vaya juerga nos vamos a dar.
Y después a las seis de la mañana
Camino del querjo y muy mareá
Con 50 gramitos de hachís que a mí
mi compare me dio pa fumá
¡Ay pa fumar! ¡pa fumar! eso es lo que me creía yo.
(*Na en la nevera* - Ojos de Brujo)

Religión

¿Y las religiones?
Ponme una de cada, que están rebajadas
en El Corte Inglés.
¿Y cuál es la mejor?
Mire usted, la mía,
porque es de cajón
que algo tiene que haber. Llámalo equis,
me parece bien.
Llámalo energía,
mejor todavía.
¿Y los curas?
Ésos ni en pintura
¿Y el tarot y la astrología?
Me los hice ayer en la peluquería.
¿Y el dinero?
El único Dios verdadero.
¿Y Lutero y Buda y Mahoma?
Con su pan se lo coman.
¿Y qué opinas del Papa de Roma?
Ése... un particular.
(*Como te digo una «co» te digo la «o»* Joaquín Sabina)

Sobre la bandera del racismo el etnocidio construyó su religión y predicó
la moral esclava, el perdón en la desidia
y la base cultural de la expropiación.
Y así el edén se reinventó (¡gritá, gritá!)
mientras socializa sobre la tradición.
(*Dios ha muerto* - Shaila Durcal)

Si no hay dios, ¿qué es eso que el pecho te llena, qué es eso que quita la pena?
Si tu mano esta cerca y la puedo sentir
contigo hace falta pasión, con dios hace falta la fe y en mi cama hacen falta dos almas;
los cuerpos estorban y sobra la piel.
sé y enseñame a ser
ve y enseñame a ver
miente si un día te marchas
de la forma que entraste en mi ser.
Miedo a saber, miedo a conocer
miedo a un día perder
el regalo que un día
mi dios decidió concederme en forma de mujer. ¡Ah! si no hay dios por qué estas hoy
aquí dime ¡sí! quién hizo el milagro de ser yo feliz ¡ah! no lo puedo explicar, no lo
puedo explicar.
(*Si no hay dios* - Kannon)

Conflicto

There is a war between the rich and poor, a war between the man and the woman.
There is a war between
the ones who say there is a war
and the ones who say there isn't. Why don't you come on back to the war, that's right,
get in it,
why don't you come on back to the war, it's just beginning.
(*There is a war* - Leonard Cohen)

Amigos

What do I do when my love is away
(Does it worry you to be alone?)
How do I feel by the end of the day,
(Are you sad because you're on your own?)

No, I get by with a little help from my friends Mm, I get high with a little help from
my friends Mm, gonna try with a little help from my friends

Do you need anybody
I need somebody to love
Could it be anybody
I want somebody to love

Would you believe in a love at first sight Yes, I'm certain that it happens all the time
What do you see when you turn out the light I can't tell you but I know it's mine.

(With a little help from my friends - Beatles)

Sólo un minuto tal vez un segundo
todo puede cambiar y todo tu mundo
encerrado en un puño se te puede escapar y ese adiós que tantas veces utilizaste en tu
besarme en tu portal
ahora me hace llorar
y te fuiste no se por qué razón
sólo sé que destruiste mi corazón
y ya no existe para mí nadie más
y la herida que me hiciste ha dejado de sangrar sólo en mis amigos puedo confiar
Porque si mi amor se fue
mis amigos están aquí
y si tengo que beber
mis amigos están aquí
y si no me encuentro bien
mis amigos están aquí
y si no me siento bien y el sentido voy a perder mis amigos sabrán qué hacer.
Siempre es lo mismo, es como un espejismo siempre la herida en el mismo sitio
es que no lo ves, es una mujer
y tus amigos que siguen unidos
sólo esperando estrecharte en sus brazos
y ayudarte otra vez
y ya no quedan lágrimas ni dolor
sólo un vaso de cerveza y una canción
y en cualquier fiesta encontrarás un amor, o dos o tres los que tú quieras, los que te pida
el corazón abrázate a tus amigos haz como yo.

(Mis amigos - Hombres G) Eima, cuanto quieras estáte aquí
Eima, no lo tienes que pedir
Eima, cómo yo explicarte...
todo lo importante que significaste para mí y el que no te quiera y te busque
mal me encuentre a mí.

Hey, tú ya no te acuerdas,
en la misma juerga y en distinto lugar
tuviste que salir por piernas,
y sacarme para fuera para poder respirar. No me des las gracias, no,
yo lo hago por ti igual que tú lo harías por mí, sin pedirlo y sin decirlo,
sin pagarlo, aquí está mi hombro
si quieres echarte a dormir.

(Eima - Muchachito Bombo Infierno)

Amor Mundo

Déjame atravesar el viento sin documentos, que lo haré por el tiempo que tuvimos...
porque no queda salida, porque pareces dormida, porque buscando tu sonrisa estaría toda

mi vida. Quiero ser el único que te muerda en la boca. Quiero saber que la vida contigo no va a terminar. Déjame que te cierre esta noche los ojos, y mañana vendré con un cigarro a la cama. Porque no tengo más intenciones que seguir bebiendo de esta copa que no está tan rota. Quiero ser el único que te muerda en la boca. Quiero saber que la vida contigo no va a terminar. ¡Porque sí, porque sí, porque sí!

Porque en esta vida

no quiero pasar más de un día entero sin ti.

(*Sin documentos* - Los Rodríguez) Don't hold back, cause you woke up in the mornin', with the mission to move, so i make it harder. don't hold back, if you think about it,

so many people do, be cool man, look smarter. don't hold back, and you shouldn't even care, bout those losers in the air, and their crooked stares. don't hold back, cause there's a party over here, so you might as well be here, where the people care. don't hold back...

(...)

world, the time has come to... push the button world, the time has come to... push the button world, the time has come to... push the button world... my finger, is on the button my finger, is on the button my finger, is on the button push the button.

Hey, aún recuerdo aquel viernes que te entró la pálida, casi sin poderme avisar, sujetándote la frente, cuesta abajo, cuesta arriba se te hacía el caminar. No me des las gracias, no, yo lo hago por ti igual que tú lo harías por mí, sin pedirlo y sin decirlo, aquí está mi hombro si quieres echarte a dormir.

(*Galvanize* - Chemical Brothers)

Lecturas recomendadas

B AUDRILLARD, J., *La sociedad de consumo, sus mitos sus estructuras*, Plaza y Janés, Barcelona 1974.

BOCOCK, R., *El consumo*, Talasa, Madrid 1995.

BRUCKNER, P., *La miseria de la prosperidad. La religión de mercado y sus enemigos*, Tusquets, Barcelona 2002.

C ANTERAS MURILLO, A., *Jóvenes y sectas. Un análisis del fenómeno religioso-sectario en España*, Ministerio de Asuntos Sociales, Madrid 1992.

— *Sentido, valores y creencias en los jóvenes*, INJUVE, Madrid 2003.

C OURTRIGHT, D. T., *Las drogas y la formación del mundo moderno. Breve historia de las sustancias adictivas*, Paidós Contextos, Barcelona 2002.

MEJÍAS QUIRÓS, I., y RODRÍGUEZ SAN JULIÁN, E., *Jóvenes entre sonidos. Hábitos, gustos y referencias musicales*, INJUVE, FAD, Madrid 2003.

M EJÍAS QUIRÓS, I., RODRÍGUEZ SAN JULIÁN, E., MÉNDEZ GA- GO, S., y PALLARÉS GÓMEZ, J., *Jóvenes y sexo. El estereotipo que obliga y el rito que identifica*, INJUVE, FAD, Madrid 2005.

ONU, *World Youth Report 2005, Young People Today and in 2015*, disponible en

<http://www.un.org/esa/socdev/ unyin/documents/wyr05part2.pdf>.

IV Los jóvenes y la sociedad

1. La dialéctica de las generaciones

de integración o alienación, de concordia o de conflicto, de paz o de lucha.

En la segunda parte de *Para comprender la juventud* se han revisado los diferentes términos y conceptos con los que se suele abordar el fenómeno de la «juventud»: grupo de edad, subcultura, clase social y categoría social. Ha podido quizás extrañar que no se haya incorporado a este repertorio el término «generación», dada la frecuencia con la que se habla y, sobre todo, se ha hablado de ella, y dados los adjetivos que la han acompañado: «generación joven», «escéptica», «silenciosa», «X», «de la madriguera», «neoestoica» y otros, hasta el punto de que «juventud» y «generación» parecen compañeros inseparables. En efecto, casi nunca se habla ni se escribe sobre la «generación madura» o la «vieja generación», salvo para contraponerlas a la «generación joven». Esta contraposición expresa claramente que la relación entre «juventud» y «generación» tiene un carácter dialéctico: cuando se habla de la «generación joven» se la suele considerar casi siempre en términos de su oposición, conflicto o lucha con las generaciones de mayor edad. Es decir, lo que realmente interesa o preocupa en esos análisis es la relación entre los jóvenes y la sociedad. Relación

1.1. Juventud y generación joven

Una generación, en cuanto grupo humano, es el círculo de contemporáneos que en una fecha concreta conviven y ejecutan una variación más o menos profunda del mundo en que habitan. Los «contemporáneos» deben entenderse aquí en sentido cultural y no puramente biológico. Es decir, lo que identifica a un grupo de individuos como una generación es su experiencia común, la misma influencia sociocultural decisiva, los mismos problemas históricos a los que como generación se enfrentan. Se puede hablar así de «generación biológica» y «generación cultural» o «sociológica».

– *En un sentido biológico*, los hijos siempre suceden a sus padres, siempre son «otra» generación, pero sus formas de vida y sus perspectivas, en condiciones históricas pacíficas, pueden ser prácticamente las mismas; la generación en sentido biológico no tiene significación política.

– *En un sentido sociológico*, una generación consiste en un grupo de personas de la misma edad que en sus años formativos han conocido las mismas experiencias históricas, compartido las mismas esperanzas y desesperanzas, y experimentado una desilusión común con respecto a los grupos de mayor edad, hacia los cuales se define su sentido de oposición.

La conciencia generacional introduce frecuentemente fisuras insalvables entre las generaciones biológicas. El movimiento estudiantil de Berkeley, en 1964, proclamaba: «No se puede confiar en nadie más allá de los 30 años». Muchos años antes, Pyotr Tkachev, líder estudiantil en San Petersburgo, pedía la ejecución de los mayores de 25, y Mijailovitski, una generación más tarde, establecía la demarcación mortífera en los 35 años. Parece evidente que la duración de una generación está determinada social, no

biológicamente ¹.

Desde otra perspectiva, la de Ortega y Gasset, la generación es también una suerte de compromiso dinámico entre la masa y los individuos egregios que establecen el sentido de la altitud histórica, según esta definición magistral:

«Una generación no es un puñado de hombres egregios, ni simplemente una masa; es como un nuevo cuerpo social íntegro, con una minoría selecta y su muchedumbre, que ha sido lanzado sobre el ámbito de la existencia con una trayectoria vital determinada [...] La generación es el concepto más importante de la historia, y, por así decirlo, el gozne sobre el que ésta ejecuta sus movimientos» ².

Una nota fundamental de la definición orteguiana, importante para entender el sentido en el que se podría hablar de los jóvenes como generación ³, es la de «modo integral de existencia», caracterizado por una *nueva sensibilidad vital*. La subcultura juvenil consiste, fundamentalmente, en una nueva sensibilidad moral y espiritual, diferente a la del mundo adulto en determinados aspectos, aunque las diferencias sean o puedan parecer superficiales. Otro gran estudioso del tema de las generaciones,

¹ L. S. Feuer, *The Conflict of Generations. The Character and Significance of Student Movements*, Basic Books, Inc. Publishers, Nueva York 1969, pp. 25-26.

² J. Ortega y Gasset, *El tema de nuestro tiempo*, Obras completas III, Alianza, Madrid 1983, p. 147.

Mannheim, rechazó la concepción romántica de generación como dialéctica de la élite y de la masa –en la que Ortega se inspiró–, pero coincidió con él en su afirmación de que en determinadas coyunturas históricas pueden aparecer fenómenos de conexión generacional, con especial significación en la configuración de la sociedad. La gente de una generación tiende a ver el mundo de forma muy diferente a la de otras generaciones, y esta experiencia única y compartida por otros grupos de edad facilita o incluso provoca el cambio social ⁴.

Los que tratan con los jóvenes en el terreno educativo y pastoral, o simplemente como objeto de estudio, se pueden con todo derecho plantear una cuestión inquietante: la joven generación que hoy día ocupa las aulas, los talleres o la calle ¿portan en su mentalidad, en las líneas clave de su subcultura, el germen de un cambio social digno de ese nombre, o se limitarán a reproducir la sociedad en la que viven, exigiendo, en contrapartida, un lugar confortable y gratificante en ese mundo, aunque de vez en cuando lo demonicen y las avanzadillas radicales, los jóvenes antisistema, antiglobalización y similares, lleguen a atacarlo?

Se ha insistido en la importancia del «acontecimiento generacional» en la formación de las generaciones, y así, Francisco Ayala define la «generación» como un complejo espiritual fraguado dentro de los límites no demasiado rígidos de la coetaneidad, con homogeneidad de formación y una experiencia común de un *acontecimiento decisivo*, esto es, de un acontecimiento histórico» ⁵.

³ Es dudoso que se pueda considerar a los jóvenes como «generación» en sentido orteguiano, porque el maestro español da a entender que hasta los 30 años –precisamente el término final de la juventud– no se puede hablar de generación en sentido estricto, ya que en la élite generacional de los «hombres egregios», núcleo de toda generación, se suceden dos etapas: de 30 a 45 años, la «etapa de gestación», y de 45 a 60, la «etapa de predominio y mando». Los jóvenes quedarían fuera del escenario histórico, en una vaga etapa de pregestación, como quizás

podría interpretarse.

⁴ K. Mannheim, «El problema de las generaciones», *REIS*, abril-junio 1993, pp. 210-221.

⁵ F. Ayala, *Tratado de sociología*, Aguilar, Madrid 1961, 2ª edición, pp. 234-235.

Con otras palabras: en la conciencia de una generación (sociológica) juega un papel fundamental el *acontecimiento generacional*: la «Larga Marcha» para los estudiantes chinos de los años treinta, la depresión de 1929 para los jóvenes alemanes, la Guerra Civil española, la guerra de Vietnam para los jóvenes norteamericanos, y tantos otros grandes acontecimientos generacionales. Está por dilucidar cuál puede ser el «gran acontecimiento configurador» de la actual generación joven y, si por primera vez en la historia, un mismo acontecimiento ha marcado decisivamente a regiones enteras del planeta.

1.2. La lucha de generaciones en la historia

de atacó las virtudes de sus padres asociadas con el «hacer dinero»: la moderación fue considerada cobardía, la modestia necedad, la anarquía libertad y la insolencia buenos modales. Pero la democracia se quebró y fue reemplazada por la *tiranía*, el gobierno del tirano.

El conflicto generacional es para Platón, en definitiva, el mecanismo causal del cambio político, y para los clásicos, en general, cada forma de gobierno parece criar y cultivar dentro de sí misma su propia forma de contradicción generacional. Aristóteles completó el pensamiento de Platón desde una aguda perspectiva psicológica, dejándonos un precioso retrato de la juventud, tal como el maestro griego la conocía o se la imaginaba:

La lucha de generaciones es un fenómeno recurrente en la historia de los hombres, y los grandes pensadores de la Antigüedad, Platón y Aristóteles, relataron con mano maestra el papel decisivo de esos choques como factor primario e independiente del cambio político ⁶. A lo largo de la historia del pensamiento occidental, esta idea ha reaparecido en muchas ocasiones en diferentes formas, desde la tesis marxista de los cambios de los modos de producción hasta la postura de Max Weber sobre las transformaciones del sistema social.

Para Platón, la lucha de generaciones constituía virtualmente el mecanismo básico del cambio político, el factor desequilibrante en el sistema de gobierno, el agente primordial de las formas políticas. Si la *aristocracia* cedió el paso a la *timocracia* ⁷, esto se debió a que los hijos de los aristócratas se alienaron de sus padres, proceso en el que intervinieron, afirma Platón, las esposas de los propietarios y los sirvientes, desprestigiando a los padres ante sus hijos. Pero los timócratas fueron desautorizados a su vez a los ojos de sus hijos como causantes de la ruina del Estado, y sobrevino la *oligarquía*; ésta acabó rindiéndose a la *democracia* cuando una generación rebel

RETRATO DE LA GENERACIÓN JOVEN SEGÚN ARISTÓTELES

El conflicto generacional surge básicamente del carácter de las generaciones (de los viejos y de los jóvenes). Los jóvenes aman el honor y la victoria más que el dinero, al que estiman poco, pues no saben todavía lo que significa vivir sin él. El idealismo juvenil se fundamenta en la camaradería y la amistad. Los jóvenes se consideran a sí

mismos una élite capaz de realizar lo que otros no han realizado, y tienen ideas elevadas porque aún no han sido «humillados por la vida» y por sus inexorables limitaciones. Piensan en términos de idealismo moral más que de realismo social, y sus vidas están reguladas por sentimientos morales más que por razonamientos. Sobreestiman sus propios conocimientos y siempre están seguros de lo que saben. Ésta es la razón por la que tienden a la exageración. Sienten lástima de los demás porque piensan que todo el mundo es honesto y, de alguna forma, mejor que él mismo...

⁶ L. S. Feuer, *The Conflict of Generations*, o. c., pp. 27-30.

⁷ Gobierno en el que ejercen el poder los que tienen cierto nivel de propiedad y de renta.

Frente a este retrato de los jóvenes —¿idealizado?— los mayores serían hombres desilusionados, materialistas e indiferentes, porque han vivido muchos años, han sido engañados, han cometido errores y la vida, para ellos, es un mal negocio. Son escépticos, cínicos, peseteros, mezquinos, poco generosos...

Aristóteles depositó su confianza en los hombres jóvenes, que ni confían en cualquiera ni desconfían de todos, sino que juzgan a la gente correctamente, combinando en sí mismos las cualidades de la juventud y de la vejez: los hombres de 45 años, momento de la vida en el que no intervienen las ideologías de tipo juvenocrático ni gerontocrático.

La Revolución francesa y el período napoleónico fueron los factores primordiales que rompieron el equilibrio generacional en Europa ⁸. Florecieron en Alemania y en Italia movimientos juveniles y sociedades secretas de jóvenes imbuidos de un entusiasmo romántico y de un sentido de destino y de misión, jóvenes que hablaban de muerte y de suicidio, de terrorismo y conspiraciones para derrocar la autoridad. Mazzini marcó el camino en Italia, y sus ideas, inspiradas en Lord Byron, en Rousseau y en el *Werther* de Goethe, recorrieron media Europa. La joven Italia levantó una barrera entre las generaciones, excluyendo a los mayores de 40 años y proclamando que su misión no se limitaba a la liberación de Italia, sino a la liberación de los jóvenes de la opresión de los mayores. En 1834 Mazzini intentó fundar la «Joven Europa», una organización internacional de jóvenes a escala continental.

La conciencia generacional nació, no cabe duda, durante la reacción política generalizada que siguió a la Revolución francesa. La generación joven había oído hablar en su niñez de los grandes acontecimientos de la Revolución francesa y eran los herederos de los héroes o de las víctimas. Ahora todo lo que veían era el nuevo orden burgués, tímido, insípido. La joven generación anterior había recorrido el continente creando con sus ejércitos una nueva Europa y un nuevo sueño de libertad. Ahora gobernaba la burguesía bajo la omnipotencia de los intereses económicos y la persecución del dinero. Surgió una «escuela romántica», alimentada por los sentimientos de protesta contra la sociedad burguesa, una generación autoconsciente, ávida de pasión, vida y sangre, cuyo objetivo supremo era derribar la tradición, la conformidad, el orden y el formalismo. La conciencia generacional, en el sentido de generación antagónica, apareció cuando las expectativas nacidas de la Revolución fueron frustradas.

1.3. La herencia y el legado de las generaciones

La generación joven es siempre una heredera del legado de las generaciones anteriores. Incluso cuando pretende desterrar el pasado a una historia olvidada y «remota». Un recorrido por las generaciones que se han sucedido en Europa en los dos últimos siglos da cuenta de este imperativo, del que es difícil sustraerse.

La primera generación dotada con unas cualidades específicas y nuevas fue la *generación de la sensibilidad*, representada por el *Emilio* de Rousseau y el *Werther* de Goethe. Se habían cumplido una serie de condiciones previas para que hablar de una generación joven tuviera sentido⁹: ruina del sistema corporativo medieval y ascensión de la burguesía, comienzos de la industrialización y separación consiguiente del trabajo en las fábricas y la vivienda familiar, disolución de la gran familia antigua, la «casa completa», en la que vivían el bisabuelo, la abuela, la madre, el hijo, el mozo y las criadas, los oficiales y los aprendices. Surgía, imparable, el individualismo.

A esta generación siguió la *generación romántica*, nacida en el fervor de la conmoción revolucionaria de Europa, y que combinó en su corta vida el entusiasmo, el desengaño, el sentimiento de las «ilusiones perdidas», la vuelta a la pasión individual y el desacuerdo con el mundo burgués capitalista.

A la generación romántica sucedieron generaciones diversas, menos emblemáticas, caracteriza

⁸ L. S. Feuer, *The Conflict of Generations*, o. c., pp. 33-35. ⁹E. Fischer, *Problemas de la generación joven*, Ayuso, Madrid 1975, pp. 18-20.

das por un vaivén y una lucha entre el ajuste y reconciliación con la nueva realidad social y el enfrentamiento crítico con ella, hasta llegar a una *generación nihilista*, de pesimismo desesperado.

Antes de la Primera Guerra Mundial, los jóvenes siguieron dos rutas generacionales distintas: unos huyeron de la gran ciudad, de la casa paterna y de la responsabilidad social; un segundo grupo se rebeló abiertamente contra el mundo de sus padres, deseando que volara hecho añicos. La vanguardia de esta generación estuvo constituida por los expresionistas, surrealistas y futuristas, en la punta de lanza del arte. Se podría hablar de una *generación de la huida rebelde*.

Tras la Revolución rusa de octubre surgió una juventud convencida de que la voluntad es todopoderosa, de que se puede configurar de nuevo el mundo desde sus cimientos y de que la política —la «conquista del Estado»— es el medio más eficaz para esa reconstrucción. Entró en la historia la *generación del futuro*, de fuerte arraigo en media Europa. El legado de esta generación fue la tragedia de los conflictos armados, domésticos e internacionales que asolaron Europa hasta mediados del siglo XIX.

La Segunda Guerra Mundial dejó una Europa en escombros y una población sumida en el desengaño de las esperanzas más elevadas: la desvalorización de todos los valores se convirtió en la vivencia fundamental. Pero la recuperación material de los países europeos no trajo consigo ninguna recuperación moral. Las generaciones de la posguerra han recibido nombres bien conocidos: la *generación perdida*, la *generación silenciosa*, la *generación escéptica*, la *generación opaca*... En ellas confluyen contradicciones importantes: la adaptación y la repulsa a la sociedad, el conformismo y la rebeldía «sin

causa». Pero el material explosivo se iba acumulando hasta desembocar en la *generación joven actual*, dividida, al menos en teoría, entre el consumismo y la diversión anestésicos, y el rechazo frontal de un mundo que los jóvenes perciben plagado de injusticias y opresiones y enfrentado trágicamente con su propia supervivencia por culpa de la codicia y el despilfarro consumista. Ya no se trata de los problemas de una sociedad concreta, porque el «pensamiento único» y la globalización han convertido los problemas nacionales en un Único Problema con dos caras: la supervivencia ecológica y la supervivencia moral.

El imperativo histórico que carga sobre los hombros de una generación joven las expectativas y los desengaños de la generación anterior se percibe nítidamente en la generación joven que hoy está haciendo historia. En los jóvenes de comienzos del siglo XXI los estudios e investigaciones sobre la juventud encuentran sin dificultad huellas de las generaciones que desde los años sesenta se han ido sucediendo en el mundo occidental, con las inevitables variaciones impuestas por las diferentes coyunturas de cada país. El caso de la sociedad española es una perfecta ilustración:

Una perspectiva diacrónica de la juventud española: las tres herencias

Herencia de los sesenta

– Su entorno fue de expansión económica y de abundancia. Pero debido al régimen autoritario y cerrado, fue también un entorno de conflicto y de rechazo al sistema.

– Generó nuevos valores y contravalores (los valores surgen muy frecuentemente del conflicto). Entre ellos destacan la autenticidad, la autonomía personal, la solidaridad y la contestación al poder en todas sus manifestaciones.

– Consagró el modelo del joven auténtico («había que ser así»): crítico, utópico, radical, insumiso, pacifista («haz el amor y no la guerra») y transgresor de las normas establecidas y del «orden social».

Herencia de los setenta

– Su entorno sociopolítico fue la transición política española, con sus aciertos y desaciertos y, en especial, con su renuncia a una ruptura total con la política de la etapa franquista.

– El entorno cultural y moral estuvo marcado por el desencanto, el «pasotismo» y la renuncia a la utopía.

– Los nuevos valores y contravalores favorecidos por los jóvenes fueron el éxito socioeconómico como vía de «salvación», y el consumismo compulsivo y compensador de las renunciadas exigidas por el entorno global.

– El modelo de joven fue el individualista posesivo y narcisista.

Herencia de los ochenta

– El entorno sociopolítico estuvo marcado por la bonanza económica, la incorporación a Europa y la instalación en la sociedad del modelo socialista.

– Los jóvenes comenzaron a vivir la dura experiencia de la «espera», de la moratoria social, de la falta de roles y responsabilidades, de la ausencia de proyectos de futuro y de modelos vitales.

– Aparecieron o se reforzaron los valores del consumo, tanto material como educativo

(explosión del número de estudiantes en la universidad), el «individualismo grupal» (la madriguera lúdica como forma de vivir), el vértigo de la diversión y el «vivir a tope».

La juventud actual ha heredado los tres legados de las generaciones jóvenes, prescindiendo de ciertos valores, debilitando otros y exacerbando el consumismo y el vértigo de la diversión, cobijados bajo el manto de la libertad, la autonomía y la permisividad, valores supremos de la axiología juvenil. Emergen, muy refugiados en pequeñas minorías, la solidaridad, el ecologismo y las protestas antisistema. Se percibe entre los jóvenes una sobrevaloración de la salud en dos aspectos cruciales: el miedo por el riesgo del sida, y la preocupación por la perfección y belleza corporal. La identidad generacional, traducida en el «culto a los amigos», reemplaza a la identidad de clase y de partido como referencia política y social, y se refleja en su decisión de preservar los nichos de relación propios. Entre las chicas se consolida con fuerza el valor del rol profesional como condición esencial de la autorrealización y plenitud personales. Se va imponiendo como valor básico la tolerancia, la aceptación del otro con diferentes ideas en el ámbito político o religioso, aunque persiste la desconfianza ante los extranjeros. *Es la generación del presentismo*, alimentado por su justificado pesimismo ante el futuro, sobre el que mantienen muy pocas expectativas. Este débil ánimo refuerza el pasotismo heredado de la generación de los setenta y los ochenta.

2. La generación joven, ante la sociedad de la globalización y del riesgo

En tanto los estudiosos se ponen de acuerdo sobre cuál es el «gran acontecimiento» que ha marcado a la generación joven, si alguno merece tal nombre, de lo que no cabe dudar es del fuerte impacto en todo el mundo juvenil de un contexto sociocultural caracterizado por el riesgo social y la globalización. La juventud ha tenido el duro privilegio de recibir este doble impacto al mismo tiempo. El riesgo y la globalización, estrechamente relacionados con las nuevas tecnologías, desde la informática, internet y las técnicas de la información y de la comunicación, a la nanotecnología y la biotecnología, están transformando aceleradamente las estructuras políticas, las instituciones sociales y los estilos de vida de todos los habitantes del planeta. Pero los jóvenes son especialmente sensibles y vulnerables a estos cambios, dada su especial situación de espera y moratoria, con una identidad y un estatus indefinidos, y una ciudadanía no realizada y cercana, en muchos casos, a la exclusión social.

2.1. Riesgo social y juventud

Aunque el «riesgo» ha sido estudiado como un factor importante en la teoría económica, en la praxis de los seguros y en la teoría de los grupos pequeños, interesa aquí como un rasgo clave en la teoría de la sociedad posmoderna, en la que tres hechos han dado origen al concepto de la sociedad del riesgo (Ulric Beck). En las sociedades postindustriales, al romperse vínculos de pertenencia como la familia y la clase social, el individuo tiene un abanico más amplio de oportunidades vitales, pero debe afrontar por ello mismo más riesgos vitales; en segundo lugar, ese mismo deterioro de instituciones como la familia ha desanudado las solidaridades colectivas que aseguraban contra los riesgos; en tercer lugar, la ciencia y la técnica son ellas mismas causas de riesgos mayores de los que se pensaba que podrían predecir y ayudar a evitar (energía atómica,

agujero de ozono...). Aparece así y se instala plenamente en la sociedad industrial el «riesgo social».

La relación de los jóvenes con el riesgo social plantea de entrada una cuestión previa: ha cambiado la perspectiva de las políticas de niñez y de juventud, que están pasando de considerar a los jóvenes como sujetos pasivos, consumidores de símbolos juveniles y portadores de amenazas para la sociedad adulta, a reconocer en ellos a *sujetos activos*, poseedores de derechos humanos y de poderes potenciales, que la sociedad debe respetar y fomentar, si quiere progresar. En otras palabras: de mera categoría social o grupo de edad en transición y espera, se tiende crecientemente a ver a la juventud como una categoría sociopolítica. Los riesgos como horizonte juvenil no se van a limitar meramente a los consabidos del fracaso estudiantil, las drogas o el pasotismo y alergia a las instituciones, sino que se englobarán en una palabra temible: *exclusión* de la ciudadanía.

La *infraciudadanización*, como algunos la denominan, consiste en la creciente dificultad de muchos jóvenes para adquirir el capital social, simbólico y cultural al que tienen derecho como miembros de la sociedad. El *capital social* es el conjunto de recursos actuales y potenciales relacionados con la posesión de una red de relaciones y de normas, más o menos institucionalizadas, de mutuo conocimiento y reconocimiento, que permiten a las personas coordinar sus acciones para lograr los objetivos deseados; la sociabilidad, en otras palabras, vista como fuente de poder e influencia. El *capital simbólico* consiste en el prestigio social y la identidad pública del sujeto, comunidad o grupo cultural. Y el *capital cultural*, en las habilidades y competencias para desarrollar acciones en algún dominio o espacio específico que tiene dicho sujeto, grupo o comunidad (Bourdieu).

La situación económica y social influye de forma decisiva en el grado de adquisición de la ciudadanía plena por parte de los jóvenes. La precariedad de la ciudadanía se hace más hiriente en los países o regiones en los que los jóvenes se ven obligados a emigrar, a aceptar trabajos precarios bajo condiciones de riesgo, a enfrentarse con el fantasma del paro, a consumir insuficientes servicios educativos, de salud e incluso de diversión. La eventual percepción juvenil de enormes diferencias entre jóvenes urbanos y rurales, varones y mujeres, de clase alta y de clase baja, de mayorías o de minorías étnicas, etc., no hace sino agravar la conciencia de no ciudadanía o de ciudadanía incompleta, cerrándose así el vicioso círculo de la *exclusión social*.

La exclusión social puede entenderse como la marginación o acceso deficiente al triple capital, social, simbólico y cultural, que permite a una persona ser considerada como adulto, ser titular de derechos sociales y disfrutar de las oportunidades económicas y sociales de que disfruta el resto de la población. La exclusión social es el resultado de un proceso de acumulación y evolución de factores de riesgo en circunstancias históricas particulares, y está estrechamente ligada a las zonas de desafiliación o desvinculación social (Castel, 1995). Es decir, fallan o son extremadamente débiles los soportes o vínculos sociales: la familia, el trabajo y las redes sociales, formales o informales.

Considerar a los jóvenes como sujetos especiales de la vulnerabilidad y del riesgo

social puede significar un retroceso en la concepción política de la juventud, al enfatizar exclusivamente las dimensiones de juventud-problema, juventud-víctima o juventud-sujeto pasivo, ignorando o descuidando la nueva concepción de la juventud como sujeto activo, portador de potencialidades y capacidades, actor social con derecho a una ciudadanía plena. Pero el «riesgo social» es una realidad que no cabe ignorar en el mundo de los jóvenes españoles y latinoamericanos. Los factores de riesgo social – entendido éste como una característica o circunstancia de la persona joven que implica una mayor vulnerabilidad a la exclusión relativa o total– aparecen con mucha mayor frecuencia en el mundo joven, como puede visualizarse en el cuadro siguiente:

FACTORES DE RIESGO SOCIAL QUE AFECTAN ESPECIALMENTE A LOS JÓVENES a) *Factores socioeconómicos que limitan la inclusión social:*

- Fracaso escolar, baja escolarización o abandono escolar que influye en las posibilidades de acceso al mercado laboral en buenas condiciones.
- Desempleo o integración inestable del joven en el mercado de trabajo, o falta de equipamiento productivo o de tierras en el caso de la juventud campesina.
- Existencia de barreras culturales –idioma, forma de vestir, hábitos y usos sociales...– que pueden dificultar el acceso a una amplia gama de empleos de mayor nivel y mayor prestigio.
- Responsabilidad del hogar (tareas domésticas, cuidado de los hermanos más pequeños...) que reduce las probabilidades de las personas jóvenes, muy en especial de las mujeres, de insertarse en el mercado laboral y en la vida pública.
- Embarazo adolescente, en todos los estratos sociales.

b) *Factores institucionales que limitan la participación juvenil:*

- Desconfianza juvenil en el sistema institucional por desinterés, anomia o desconocimiento, por pertenecer a la periferia social. La proxemia o tendencia a valorar sólo lo próximo al joven potencia esta desconfianza en las instituciones y hacia los lugares donde se toman las decisiones que afectan a sus vidas jóvenes.
 - Nivel bajo de actividad, relación, participación y experiencia social y organizativa. El bajo nivel de asociacionismo juvenil explica el sentido de este factor. La carencia de contactos sociales con adultos y con coetáneos genera aislamiento y carencia de motivación.
 - Inexistencia de redes de apoyo (centros y grupos juveniles organizados, programas y proyectos para jóvenes, actividades, etc.) por la ausencia o insuficiencia de una política de juventud adecuada.
 - Desintegración y desestructuración familiar.
 - Baja calidad educativa diferencial, que atenta contra la igualdad de oportunidades y crea divisiones en el mundo juvenil.
 - Machismo y actitudes negativas hacia el trabajo extradoméstico de la mujer, que anula sus posibilidades de desarrollo profesional y de vida pública.
- c) *Factores culturales que favorecen la exclusión*

social:

- Acceso insuficiente a los bienes culturales en todos sus aspectos: lectura de libros,

revistas y periódicos.

- Uso frecuente de drogas, desde el alcohol a la cocaína y el éxtasis.
 - Vacío de valores positivos e integradores, presencia peligrosa de modelos alienantes a través de los MCM, y ausencia de proyectos de vida.
 - Sentimientos de exclusión social y de la imposibilidad de salir de ella.
 - Baja autoestima debida a episodios de fracaso académico y social, y a la dificultad para forjarse una identidad sólida por situaciones de desarraigo y de carencia de redes sociales de apoyo, especialmente de padres y de amigos.
 - Baja habilidad lingüística, predictor de dificultades en la escuela y en la empleabilidad.
- Con estas mismas consecuencias puede considerarse riesgo social el uso de un idioma indígena, en sí mismo un valor y una ventaja, pero que frecuentemente se convierte en un impedimento para la inclusión social.
- Dificultades para el desarrollo de la identidad sexual por ausencia de una educación sexual temprana y por la falta de espacios normales de convivencia heterosexual.

Los expertos aseguran que la presencia de dos o más factores de los señalados puede ser indicativa de «alto riesgo social». En esta situación de alto riesgo se encuentran los jóvenes que abandonaron los estudios formales y que están desempleados, los jóvenes transgresores o en conflicto con la ley, muchos jóvenes inmigrantes procedentes de otros países o de zonas rurales –expuestos al duro impacto del desarraigo–, los jóvenes indígenas en diversos países latinoamericanos, y los llamados «jóvenes de la calle», en progresivo aumento en bastantes países latinoamericanos debido al éxodo rural y el empobrecimiento de amplias capas de la sociedad. Este tipo de jóvenes se dedica a menudo a una amplia gama de actividades de la economía subterránea o negra, incluyendo la venta de baratijas, la pequeña delincuencia y la prostitución.

2.2. Globalización y juventud: relaciones ambiguas

La generación joven está creciendo en un mundo marcado por las nuevas tecnologías, la globalización y la desigualdad creciente, generada ésta por un proceso de desarrollo que acerca más a la gente, suprimiendo barreras creadas por la modernidad (Beck), pero que, al mismo tiempo, ensancha las divisiones. Se ha creado el término *globalización* para expresar esta simultaneidad y aparente contradicción. La globalización implica la muerte de la autarquía y separación milenaria entre los Estados y los países, la inmersión de los individuos y los grupos en formas de vida transnacionales, a menudo no queridas, incomprendidas e incluso rechazadas, y el tener que vivir y actuar superando todo tipo de separaciones entre Estados, religiones y continentes ¹⁰. Los individuos y los grupos tienden a vivir en un mundo común, más homogéneo, con fronteras políticas y culturales más diáfanos, y, como reacción a esta disolución de lo propio y peculiar, conceden mayor valor e importancia a lo local y comunitario. Es el sentido del nuevo término *glocalización*.

La globalización es pluridimensional. Puede hablarse de globalización económica, política, jurídica, ecológica, cultural, etc. La generación joven se encuentra prendida de forma muy especial en las redes de la globalización económica y de la cultural.

La globalización económica consiste esencialmente en la creación de redes

financieras y monetarias de ámbito mundial, en el papel cada día más importante de las empresas multinacionales y transnacionales, y, sobre todo, en el aumento de los flujos financieros, todo ello con una autonomía cada vez mayor respecto del control de los Estados. La prepotencia de estas instituciones económicas ha derivado en una asimetría escandalosa en la libertad de los mercados: la de bienes, servicios y capital avanza a una gran velocidad, en tanto que la libertad y movilidad laborales, que afecta directamente a los jóvenes, encuentra obstáculos de todo tipo.

La globalización cultural encaja perfectamente en el nuevo paradigma cultural, que está sucediendo al paradigma político y al social, y cuyo eje central está formado por los conceptos de información, revolución tecnológica y comunicación (Touraine) ¹¹. Esta globalización, de especial valor para entender la situación de millones de jóvenes en el mundo actual, consiste en la emergencia de un sistema cultural mundial originado por múltiples factores sociales y culturales: el sistema de comunicación planetaria por satélites, la consolidación de pautas globales de consumo y de consumismo, el cultivo de estilos de vida cosmopolitas, la emergencia de deportes de ámbito mundial, como los Juegos Olímpicos y las Ligas transnacionales de fútbol, la extensión del turismo mundial, el declive de las soberanías nacionales, el reconocimiento de la crisis ecológica planetaria, la extensión del concepto de derechos humanos, el ecumenismo y, por encima de todo, la *nueva conciencia del mundo como un único espacio común*.

Desde la perspectiva del mundo joven debe tenerse en cuenta la coexistencia de dos grandes constelaciones culturales, cuyos perfiles se dibujan con mayor nitidez si se tiene en cuenta quién detenta el dominio de las TIC (técnicas de información y comunicación):

- El *grupo dominador*, dueño de esas técnicas y creador de esa cultura, mezcla fascinante de informática, estilos de vida y de despilfarro consumista, cine, televisión y literatura, sexo y moda, dicotomía y división del mundo en buenos y malos, etc. Han creado y propagado la cultura *Mcworld*, el estilo Hollywood. Son los países info-ricos (ricos en información). Frente a ellos:

- Los *grupos y países marginados*, los países y grupos info-pobres, los jóvenes, que sufren la globalización como precariedad, como dificultad para obtener un empleo digno y estable, como éxodo migratorio obligado a los países ricos, como pobreza y carencia de servicios sociales.

La globalización y la juventud mantienen una relación ambigua. La simple palabra «globalización»,

¹⁰ U. Beck, *Qué es la globalización*, Paidós, Barcelona 1997, pp. 28 y ss.

¹¹ A. Touraine, *Un nouveau paradigme pour comprendre le monde*, Fayard, París 2005, pp. 9-16.

con todo lo que representa, sintetiza como ninguna otra la incertidumbre de ser joven a comienzos del siglo XXI. Las viejas certezas del mundo moderno han desaparecido, y las experiencias vitales de los jóvenes se han hecho tenues y frágiles. La joven generación se encuentra así embarcada en un proceso de construcción de su propia identidad en un mundo muy inseguro, y esta inestabilidad subyacente potencia las

tensiones y la falta de control que los jóvenes experimentan cada día.

En un mundo globalizado, los jóvenes, replegados muchas veces sobre las señas territoriales de su identidad –el grupo étnico, la banda, la comunidad local, el pueblo, la región–, pueden experimentar la globalización de una forma muy negativa:

«Ser local en un mundo globalizado es un signo de privación social y de degradación. Las molestias de una existencia localizada se agravan por el hecho de que al estar los espacios públicos fuera del alcance de la vida localizada, las localidades están perdiendo su capacidad para proporcionar y negociar sentido, y se están haciendo crecientemente dependientes para la donación de sentido y para la interpretación de acciones que no es capaz de controlar»¹².

La globalización puede intensificar las divisiones sociales, y los jóvenes, que están luchando para establecerse en un nuevo contexto social, el mundo intimidatorio de los adultos, pueden ser especialmente vulnerables al riesgo de la segregación y de la exclusión. Los estudiosos del fenómeno, sin embargo, avisan: los efectos de la globalización no son imparables, y la globalización es un proceso ante el cual los jóvenes pueden negociar activamente sin resignarse a la pasividad, como a veces erróneamente se asume.

En los países avanzados, el impacto de la globalización puede conducir a un drástico declive de los empleos en la industria, lo que suele traducirse en la disminución de un trabajo seguro y con sentido para muchos jóvenes. Una de las políticas ensayadas en algunos países avanzados es el énfasis en la formación profesional en la enseñanza secundaria no obligatoria, a fin de regular y suavizar las transiciones juveniles al mercado laboral.

La cultura global juvenil es un campo fértil en paradojas. La cultura local de muchas minorías indígenas de Latinoamérica de otros lugares es hoy un producto de la interacción, una cultura no enteramente cerrada, localizada pero tampoco enteramente globalizada. La cultura global es, desde esta perspectiva, una combinación de esfuerzos locales para beneficiarse de elementos de la globalidad y de esfuerzos marcadamente interactivos que contribuyen a la inmensa interconexión del espacio global¹³. Y una buena parte de la cultura global es cultura juvenil, en cuanto el consumismo ha unido a los jóvenes a lo largo y ancho del mundo hasta el punto de configurar un sistema de valores dominante. Los medios audiovisuales de carácter global han hecho que muchos jóvenes se encuentren más familiarizados con las construcciones de Hollywood que con aspectos fundamentales de sus propios países, y esos jóvenes utilizan a menudo la cultura global y el consumismo como lenguaje para relatar sus propias historias de vida. No debe olvidarse que las agencias que producen y transmiten las noticias del mundo son occidentales en un 90%, que los productos de los MCM americanos representan el 75% de todo lo que se transmite por radio y televisión en el mundo, y que el 35% del mercado de libros está ocupado por los productos americanos. La cultura global devora estos productos y los ofrece a los jóvenes en los rincones más insospechados del planeta.

La cultura global consumista proporciona a la joven generación un recurso para configurar su identidad en la vida cotidiana. En los países en los que la cultura

«invasora» se enfrenta a través de los MCM con la autóctona, la modernidad con la tradición, puede hablarse de «hibridismo», como una zona de fermento simbólico en el que las relaciones de poder cultural se reinscriben de forma latente. La globalización tiende a crear un mercado uniforme y global que ofrece a los jóvenes la oportunidad de experimentar un sentido de pertenencia mediante el consumo de los «bienes» culturales transmitidos. Pero, de nuevo la paradoja, al despertar en los

¹² Z. Bauman, *Globalization: The Human Consequences*, Polity Press, Cambridge 1998, pp. 2-3.

¹³ D. Massey, «The Globalization of Culture», en S. Skelton y G. Valentine (eds.), *Cool Places: Geographies of Youth Studies*, Routledge, Londres 1998, pp. 121-129.

jóvenes consumidores unas expectativas que a menudo no pueden ser satisfechas, surgen la alienación, la frustración, la deprivación relativa y, potencialmente, el conflicto y la delincuencia.

El problema es agudo, sobre todo en los países en vías de desarrollo, donde muchos jóvenes contemplan las imágenes del consumismo «por cielo, tierra, mar y aire», pero tienen que contentarse con las promesas de bienes y de estilos de vida, de «un mundo posible también para ellos» pero inaccesible. La publicidad –hay jóvenes para quienes cuenta más la publicidad que el mismo cine y las series de televisión– hace creer que todo es posible en una cultura global consumista. La juventud vive en una sociedad en la que las multinacionales y las agencias de publicidad compiten con la familia y la escuela por ser la institución de mayor influencia en la vida de los jóvenes. Pero los esfuerzos por la supremacía crean y ahondan divisiones sociales entre los jóvenes, debido al acceso diferencial a los bienes de consumo espejados.

Junto con las divisiones sociales dentro de un mismo país, la globalización crea lo que ha sido llamado la *geometría del poder*: lo que beneficia a un país puede afectar negativamente a otros, y lo que satisface las necesidades de un grupo social puede crear problemas a otros grupos ¹⁴. En no pocos países destaca un grupo joven educado y multilingüe, capaz de estudiar y trabajar en diferentes países y que se enriquece así con la experiencia de diversas culturas, y junto a él, la gran mayoría de jóvenes que no han tenido tales oportunidades, por falta de capacidad, de nivel académico o de recursos financieros.

Los nuevos medios de comunicación e información y, en general, las nuevas tecnologías han jugado un papel clave en la construcción de la denominada *cultura juvenil posmoderna*, que aliena a los chicos y las chicas proporcionándoles un mundo de hiperestimulación individualista generado por los teléfonos móviles, las consolas de juegos e internet, con los que la escuela y las actividades y entretenimientos tradicionales no pueden competir.

Pero no todo es negativo en esa cultura juvenil posmoderna, pues muchos jóvenes han visualizado

¹⁴ D. Massey, *Place and Gender*, Polity Press, Cambridge 1994.

y definido el mundo globalizado como un campo de batalla para la acción social. Los contactos juveniles transnacionales, vía internet y encuentros y reuniones internacionales, han contribuido a anudar vínculos duraderos de solidaridad global.

Desde esta perspectiva hay que entender las protestas juveniles globales antisistema y anticapitalismo, no sin recordar que la capacidad de autoexpresión procurada por los medios de comunicación global no significa por sí misma poder e influencia.

La última paradoja de la ambigua relación entre los jóvenes y la globalización puede sintetizarse así: los jóvenes se sienten crecientemente ciudadanos de una cultura global, pero, al mismo tiempo, luchan para ser aceptados como ciudadanos con plenitud de derechos en sus propios países. Tanto en los países desarrollados como en los que están en vías de desarrollo muchos jóvenes sufren marginación por falta de poder económico, por su deficiente estatus jurídico y por su experiencia cotidiana de desigualdad económica y social. En la medida en que la economía global se expande y descarta personas improductivas, la gente joven sufre un proceso doloroso de redefinición.

En conclusión: la generación joven tiene inevitablemente una experiencia negativa de la globalización. La globalización brinda oportunidades, pero la oportunidad positiva de un joven se traduce inevitablemente en la pérdida de oportunidades para otro. La pregunta clave que se hacen muchos jóvenes es si merece la pena pagar un precio como éste.

3. La generación joven frente a la sociedad

Con la expansión de la modernidad cobraron especial relieve dos tipos humanos magníficamente tratados por Simmel, el extranjero y el pobre, como encarnaciones de la *objetividad* impuesta por la metrópolis. Ambos tipos se definen por su doble posición en relación con la sociedad: por una parte, como sujetos, se sitúan frente al círculo social en una relación de exterioridad que les impide integrarse plenamente en la sociedad, y, por otra, como eslabones de una cadena teleológica de derechos y de deberes, están dentro de la sociedad ¹⁵. El extranjero y el pobre son las dos figuras marginales características de la sociedad moderna.

En la sociedad posmoderna ambas figuras se funden en un nuevo tipo, el turista, que, al igual que el vagabundo, está de paso en la sociedad. El turista sólo cuenta con su propia biografía para unir los lugares por los que ha transitado, como el vagabundo, pero a diferencia de éste el turista vive su extraterritorialidad como un privilegio, como independencia, como el derecho a vivir y elegir libremente. Cualquiera que sea su rutina diaria, para el turista sólo es una colección de sensaciones exóticas ¹⁶. Muchos jóvenes viven hoy como *turistas sociales*, de paso por una sociedad que apenas les interesa ni como proyecto ni como comunidad. Y al mismo tiempo aparecen en el «escenario social» nuevas formas de comunidad y de identificación colectiva, dando lugar a la lógica del desarrollo de nuevas identidades basadas en el particularismo étnico, regional y religioso, en las que los símbolos tradicionales son reemplazados por los contemporáneos, como el *rock* o la moda, y donde la adhesión tradicional es sustituida por el bricolaje cultural y el caleidoscopio individualista ¹⁷. Al joven «turista social» las viejas instituciones le dejan completamente indiferente, y si pretenden entrometerse en su vida provocan la deserción o el rechazo.

La deserción juvenil de las instituciones no expresa al 100 por 100 la enredada maraña de necesidades, rechazos, «amores no correspondidos» y actitudes favorables –

de todo hay en la viña de la juventud— que relaciona a los jóvenes con las instituciones. Los siguientes apartados pretenden desenredar esa maraña:

- 1) El contexto político y cultural de la nueva sociedad.
- 2) Ciudadanía juvenil y derechos humanos.

¹⁵ H. Béjar, *El ámbito privado. Privacidad, individualismo y modernidad*, Alianza, Madrid 1990, pp. 104 y ss.

¹⁶ Z. Bauman, *Postmoderne Ethik*, Hamburger, 1995, pp. 357 y ss.

¹⁷ G. Lipovetsky, citado por J. M. González-Anleo Sánchez, «Relaciones e integración», en *Jóvenes españoles 2005*, Fundación Santa María, Madrid 2005, p. 114.

- 3) El déficit juvenil de participación.
- 4) La deserción juvenil de las instituciones.
- 5) Los jóvenes, el asociacionismo y los nuevos movimientos sociales.

3.1. El contexto político y cultural de la nueva sociedad

La participación de los jóvenes en la vida institucional de la sociedad, o su exclusión y marginación, está teniendo lugar en una sociedad muy diferente a la que conocieron sus padres. Las grandes transformaciones que a juicio de Giddens, el inspirador *volens nolens* de la Tercera Vía de Blair, han sacudido todos los órdenes de la vida han sido las siguientes:

– La globalización —ya ha sido vista—, que ha supuesto una compresión del espacio y del tiempo en la vida de los hombres, acrecentando la importancia de la acción a distancia y creando una nueva sociedad, cosmopolita y global, que se infiltra en el tejido de la cotidianidad y de las pautas locales de comportamiento.

– El impacto abrumador de la ciencia y la tecnología sobre lo que hacemos, sobre la naturaleza y sobre casi todos los procesos naturales —el nacimiento, la nutrición, el envejecimiento, la misma muerte—, obligando al hombre por primera vez en la historia a preocuparse no tanto por lo que la naturaleza puede hacerle, sino por lo que él ha hecho, está haciendo y puede hacer con la naturaleza.

– La transformación de la misma vida cotidiana debido al fin de la tradición y de las costumbres que durante siglos habían estructurado la vida de las gentes. Afirma textualmente el sociólogo británico: «Vivir el fin de la tradición significa encontrarnos en un mundo en el que ya no vivimos nuestra vida como destino, en el que la cuestión de quiénes somos, de lo que debemos llegar a ser y de cómo debemos vivir está establecida cada vez menos como una cuestión de destino (...) Vivir tras el fin de la naturaleza y tras el fin de la tradición nos brinda muchas oportunidades nuevas, pero también genera muchos dilemas, angustias y dificultades, probablemente las angustias clave de nuestra época»¹⁸.

– La dramática transformación de muchas instituciones venerables —la Iglesia, la familia, el ejército...— en «cascarones vacíos», sin el sólido y valioso contenido que en otros tiempos las sacralizaron. Las instituciones han sido objeto de una despiadada deconstrucción, empezando por la de la familia, que será descrita posteriormente. La buena gente ha dejado en muchos casos de reconocer en las instituciones así deconstruidas, desde la patria y la religión al arte y el trabajo, el rostro y la identidad de las instituciones a cuya sombra protectora y cálida había transcurrido la mayor parte de

sus vidas.

La «sociedad nueva» en la que la generación joven tiene que construir su identidad y vivir sus proyectos o desvivir la ausencia de los mismos es producto de una «gran ruptura» social, en la que se debilitan los lazos sociales, los valores comunitarios se deshacen y comienza a emerger un nuevo orden basado en el individualismo instrumentalizador, que penetra con su lógica todo el tejido social. Los protagonistas «privilegiados» de esta gran ruptura son las generaciones más jóvenes, los ciudadanos por excelencia de la posmodernidad ¹⁹.

Las generaciones de la posguerra han contraído una especie de morbo que las incapacitará para valorar, mantener y reforzar los vínculos comunitarios. Afirma Putnam, autor famoso de *Solo en la bolera*: «Es como si las generaciones de la posguerra hubieran estado expuestas a algún tipo de rayos X anticívicos que redujeron en ellas de manera permanente y creciente la probabilidad de establecer vínculos con la comunidad» ²⁰.

Estas transformaciones han tenido lugar en una sociedad posmoderna y posmaterialista. La mayor seguridad física, política y económica de los países occidentales, su prosperidad económica, la sombra protectora del Estado de bienestar – con diferencias y excepciones notables, especialmente en los países latinoamericanos– y el prodigioso consumismo de masas han trasladado las preocupaciones tradicionales de las poblaciones, ancladas en la seguridad física y económica, hacia ámbitos nuevos: estéticos, relacionales y muy vinculados a la calidad de vida. Surgen así los valores posmaterialistas, especialmente en el mundo joven: el deseo de mayor participación en la vida social, el populismo y renacimiento del interés por las raíces, las tradiciones y las fiestas de los pueblos, el predominio de los valores expresivos sobre el dinero y otros valores instrumentales y materialistas, la preocupación personal por la ecología y la sostenibilidad en el desarrollo, la libertad de expresión, –de la sexual muy especialmente–, el derecho a disponer del cuerpo sin intromisiones políticas y religiosas ²¹.

En los países latinoamericanos, con mayor intensidad, pero también en España y en los países europeos, persisten con todo su esplendor los viejos y sólidos valores materialistas, en la conciencia y en la praxis social: el culto al dinero y al éxito socioeconómico, la obsesión por el crecimiento económico, la preocupación por el orden social y la seguridad. Desde los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos y del 14 de marzo de 2004 en España, ha renacido con fuerza la obsesión por la seguridad física, que Ronald Inglehart consideraba un valor «materialista» perteneciente al pasado histórico del mundo occidental. De todas formas, los valores posmaterialistas y los materialistas coexisten en la gran mayoría de los ciudadanos, pero de lo que no puede dudarse es de la emergencia y lenta consolidación de los primeros, como han puesto de relieve diversas investigaciones de ámbito nacional y transnacional ²².

¹⁸ A. Giddens, *Un mundo desbocado*, UNED, Madrid 1998, pp. 18-20.

¹⁹ F. Fukuyama, *La gran ruptura*, Ediciones B, Barcelona 1991.

²⁰ R. Putnam, *Solo en la bolera. Colapso y resurgimiento de la comunidad norteamericana*, Galaxia Gutenberg, Barcelona 2003, p. 340.

²¹ F. Andrés Orizo, *Los nuevos valores de los españoles*, Fundación Santa María, Madrid 1991, pp. 41-46.

²² J. Díez Nicolás, «La escala de posmaterialismo como medida del cambio de valores en las sociedades contemporáneas», en *España 2000. Entre el localismo y la globalización*, Fundación Santa María, Madrid 2000, p. 291.

El clima cultural que ha hecho posible el triunfo de la sociedad posmoderna y posmaterialista es el *relativismo y el individualismo*. Los jóvenes consumen ávidamente estas dos drogas en la calle, en los MCM y en sus mismas familias. El «todo vale» juvenil es un síntoma exacto de la intoxicación relativista. Los jóvenes dominan magistralmente el vocabulario del individualismo en su rechazo de la heteronomía, de toda norma de fuera y que no provenga de su propia experiencia o del grupo de amigos, de pares, siguiendo la lógica de la «horizontalidad cognitiva». El cristianismo enriqueció el humanismo grecolatino al enraizar su idea clave del individualismo en la noción de «persona», que implica una dimensión social y solidaria. En el mundo joven, esta dimensión social se encuentra hoy sólo en minorías cognitivas que viven plenamente la solidaridad con todas sus exigencias, muchas veces con inspiración cristiana más o menos explícita. Pero la mayoría de los jóvenes han sido capturados por un *individualismo «blando»*, narcisista, de carácter permisivo. Es, en el fondo, el hedonismo del hombre *present-oriented* (Riesman), presentista de disfrute y gratificación inmediata, como aparecen caracterizados los jóvenes en la mayor parte de las investigaciones.

Muy de acuerdo con este individualismo «blando» se sitúa la que podría llamarse «pedagogía del conformismo». Los padres, recuerdan las *Encuestas europeas de valores* de 1980, 1990 y 2000, educan a sus hijos para el conformismo, la adaptación a la sociedad, los buenos modales, la obediencia, etc. Valoran bastante menos la imaginación y la independencia, valores fundamentales del individualismo «duro». Y prácticamente ignoran la determinación, la perseverancia, el trabajo duro y la abnegación, virtudes clave del individualismo «duro» ²³. Chicos y chicas individualistas, autónomos, independientes, emancipados en cuanto se presente la ocasión, pero con un individualismo «blando» y autocomplaciente. Los padres los prefieren así: con cualidades, virtudes y valores que les faciliten una buena adaptación a la sociedad para poder situarse fácilmente en ella, antes que hombres y mujeres dotados de valores orientados a la forja de individuos autónomos, sólidos y fuertes.

Frente a esta valiosa minoría y frente a la gran masa de individualismo blando y de libre disfrute, destacan los jóvenes herederos del individualismo «duro», competitivo, lanzados al éxito socioeconómico, cuyo lejano origen hay que buscarlo en la ética calvinista. Pueblan las mejores escuelas de negocios y de asuntos legales y jurídicos de Estados Unidos y de Europa, dominan varias lenguas, tienen ya contactos internacionales, se preparan para el mundo de los negocios y de las grandes empresas, han conseguido encontrar un nicho confortable en el vasto mundo de la globalización económica. Pero viven igualmente, como sus colegas de la gran masa, el hedonismo permisivo.

El clima espiritual de la sociedad occidental está contaminado también por el

relativismo, denunciado enérgicamente por Benedicto XVI. En la sociedad occidental las figuras de la trascendencia están confundidas, y con la palabra «valor», entendida como preferencia colectiva de mayor o menor consistencia y densidad, hemos entrado en el nuevo espacio de una modernidad desvinculada de lo trascendente, ya sea bajo las figuras explícitamente religiosas (Dios) o de las más profanas, como la historia, la razón y la naturaleza. El hombre actual ha sido devuelto a sí mismo, en una situación de total relativismo, debido al hundimiento de las bases del juicio, tanto especulativo como moral, y de incapacidad para apelar a algo que no sean sus propios recursos para orientar su vida y para comprender el universo y el destino del mundo. En este «campo de ruina de los conceptos morales» pierden todo su sentido las normas, el imperativo categórico y el mismo bien. Y surgen así los valores sociológicos como referentes habituales y últimos del comportamiento de individuos, grupos y colectividades²⁴.

Los jóvenes han bebido este relativismo en múltiples fuentes: en los *bestsellers* de divulgación filosófica y ética; en la literatura actual, plagada de antihéroes y de protagonistas moralmente ambiguos y

²³ F. Andrés Orizo, *España 2000. Entre el localismo y la globalidad*, o. c., p. 145.

²⁴ P. Valadier, *La anarquía de los valores*, PPC, Madrid 1999, pp. 5-12.

humanamente fragmentados; en la enseñanza predominantemente laicista y secularista; en unos MCM divulgadores de la corrupción social y política. Los resultados inmediatos han sido, entre otros, una enorme confusión sobre las líneas definitorias del bien y del mal, y una pronunciada tendencia a la permisividad alentada por ese relativismo.

El relativismo moral de la generación joven, heredado de los adultos, ha sido puesto de manifiesto en numerosas investigaciones y estudios. La *Encuesta europea de valores* volvió sobre el tema en 1999, proponiendo a los europeos dos alternativas, *dogmática* la primera —«existen líneas absolutamente claras sobre lo que es el bien y el mal y se aplican siempre a todas las personas»—; la segunda *relativista*, de corte «situacionista»: «Lo que está bien y está mal depende completamente de las circunstancias del momento». Las respuestas se inclinaron claramente por la alternativa del relativismo moral, y sólo algo menos de la tercera parte optó por el dogmatismo o fundamentalismo moral. Pero los jóvenes apoyaron abiertamente la segunda alternativa, casi las dos terceras partes, y tan sólo algo más de una quinta parte se apuntan a la tesis fundamentalista²⁵. La Iglesia católica parece haber perdido la batalla en este terreno, pues entre los mismos jóvenes que se declaran católicos los partidarios del fundamentalismo ético no llegan a la tercera parte, y la gran mayoría se declaran relativistas²⁶.

Sobre este relativismo moral se ha levantado el complaciente edificio de la permisividad, producto complejo de cambios y minirrevoluciones de la segunda mitad del siglo XX: la gloriosa explosión de derechos humanos que ha tenido lugar en Occidente desde la Declaración de San Francisco en 1948; el pluralismo cultural y el aumento de la tolerancia, pese a brotes episódicos de racismo; la revolución contracultural de los años sesenta, que, al deslegitimar la influencia de las instituciones y

de su autoridad para dictar y sancionar normas –Estado, Iglesia, educación, familia, etc.–, ha abierto amplios

²⁵ M. Silvestre, «Los valores básicos de la sociedad», en *España 2000. Entre el localismo y la globalidad*, o. c., pp. 36-37.

²⁶ J. González-Anleo, «La religiosidad de los jóvenes: creencias, ritos y comunidad», en *Jóvenes 2000 y religión*, Fundación Santa María, Madrid 2004, p. 51.

espacios de comportamiento en los que el individuo puede moverse a sus anchas; y, finalmente, el rechazo social de todo tipo de represión institucional, considerada como una fuente mayor de los males psíquicos y sociales que aquejan a los individuos y a la sociedad, sobre todo en el terreno de la autoexpresión y de la libertad sexual. La divulgación barata de teorías marxistas, psicoanalíticas y sociológicas ha causado estragos en un público juvenil poco preparado para ese *tsunami* de ideas, hipótesis y especulaciones sobre la libertad sexual, la muerte de la familia, la «nueva reforma», el fin de las instituciones, la era poscristiana, etc.

Uno de los efectos más llamativos de este maremagno ha sido la creciente permisividad y tolerancia juvenil hacia comportamientos y actitudes condenados por las leyes y los códigos, o, cuando menos, mal vistos por la sociedad hasta hace relativamente pocos años: la homosexualidad, el aborto, la prostitución, el sexo premarital, el vandalismo callejero, etc. En el Informe de la Fundación Santa María de 2005 se dibuja un panorama heterogéneo. Los comportamientos relacionados con la vida privada son, con la excepción de la violencia de género, ampliamente tolerados y justificados por los jóvenes: el divorcio, el tener hijos (la mujer) fuera del marco de una pareja estable, la eutanasia y la adopción de niños por homosexuales y lesbianas. La permisividad descende algunos puntos, no muchos, en relación con el aborto y las relaciones sexuales de menores, todavía en el ámbito de la vida privada. Los comportamientos menos tolerados, de permisividad negativa, son los marcados por la violencia (terrorismo y maltrato de la pareja), y asimismo los más cercanos a la ética civil: aceptar un soborno, engañar en los impuestos, hacer ruido impidiendo descansar a los vecinos, el vandalismo callejero, etc. ²⁷.

Éste es el contexto social y cultural que le ha tocado vivir a los jóvenes, y en este clima germinan y crecen sus amores y desamores de la sociedad adulta, sus rechazos y sus preferencias hacia el repertorio de actividades, filiaciones y compromisos institucionales que se abren ante sus ojos.

²⁷J. Elzo, «Valores e identidades de los jóvenes», en *Jóvenes españoles 2005*, Fundación Santa María, Madrid 2005, pp. 24 y ss.

3.2. Ciudadanía juvenil y derechos humanos

Una señal negativa de la identidad juvenil es lo que en un apartado anterior se ha llamado «infraciudadanía». Los jóvenes se repliegan cada vez más hacia su vida privada, lo que parece lógico si se tiene en cuenta el escaso atractivo de las ofertas que les hace la sociedad de los mayores para participar en la vida social y, sobre todo, en la política.

La ciudadanía hacia la que transitan los adolescentes y jóvenes puede ser concebida como la meta final de este período, lo que invita a abandonar la concepción de la juventud como una sala de espera y adoptar una perspectiva más dinámica. En efecto, la

ciudadanía es un conjunto de prácticas, lo que implica dinamismo, que definen a una persona como miembro de pleno derecho de una sociedad. Desde un punto de vista formal, la ciudadanía puede consistir en la posesión individual de algún título o documento oficial, como un pasaporte. Desde un punto de vista sustantivo, se trata de un proceso cuyo objetivo final es el disfrute de derechos y obligaciones propios de los miembros de una comunidad, que a su vez, a través de sus instituciones, se obligan a responder a esos derechos individuales.

Los jóvenes adquieren legalmente esos derechos ciudadanos de forma gradual, con la edad, pero el disfrute real de los mismos está determinado en gran medida por la estructura social de desigualdad: clase social, género, lugar de residencia, discapacidades y desventajas varias. Puede así hablarse de diversos tipos de ciudadanía, característicos de los jóvenes según su ubicación en esta estructura de desigualdades, diferentes en los diferentes países. Para Chile, por ejemplo, se han distinguido las siguientes, que, con ligeros cambios, pueden probablemente ser válidas para todos los países de la región²⁸:

– *Ciudadanía denegada*, típica de los sectores excluidos, a los que se les niega la posibilidad práctica de ejercer la ciudadanía: los jóvenes así excluidos

²⁸ M. M. Sandoval, «La relación entre los cambios culturales de fines de siglo y la participación social y política de los jóvenes», en Sergio Balardini, *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo*, CLACSO (Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales), Buenos Aires 2000.

se enfrentan con la difícil tarea de superar la autonegación generada por el desprecio de la cultura dominante hacia su propia identidad.

– *Ciudadanía de segunda clase*, frecuente en los sectores a los que no se niega explícitamente la ciudadanía pero al intentar ejercerla se encuentran con una serie de barreras que se la dificultan. Entre esas barreras destaca la discriminación de parte de las instituciones gerontocráticas.

– *Ciudadanía despreciada*, rechazada por los mismos jóvenes, por idealismo, egoísmo o pasividad. Si la ciudadanía ofrecida es de segunda clase, la situación se agrava, pues los jóvenes perciben entonces al Estado y a las instituciones como algo «para otros», y a su oferta de ciudadanía como una «falsa promesa».

– *Ciudadanía latente*, aquella para cuya adquisición y ejercicio los jóvenes no encuentran ninguna motivación, aunque poseen una disposición favorable a la participación.

– *Ciudadanía construida* es aquella que construye y adquiere el individuo joven mediante el aprendizaje de códigos, conocimientos y ensayos prácticos.

La ciudadanía de primera clase implica la plenitud de los derechos civiles, políticos y sociales (Marshall, 1973). Los jóvenes encuentran en su tránsito hacia esa ciudadanía plena obstáculos muy diferentes, unos que tienen que ver con el desarrollo democrático, otros, más frecuentes, con el nivel económico, y unos terceros, con la profundidad de las desigualdades sociales reinantes en cada país.

Los *derechos civiles*, conquistados tras largas luchas y aún no reconocidos plenamente en algunos países, se refieren a los derechos de los individuos ante la ley: la libertad de expresión, de religión, de igualdad ante la ley, de propiedad, de movilidad residencial en el país. En algunos casos la conquista o concesión de algunos de estos

derechos ha sido puramente formal durante algún tiempo, no *de facto*, como sucedió con los negros en Estados Unidos tras la Guerra Civil americana y con minorías étnicas en Latinoamérica.

Los *derechos políticos* –el derecho universal al voto en las elecciones, de desempeñar un cargo público, etc.– han costado igualmente muchas luchas con el Gobierno y con los grupos dominantes. Durante largos períodos el derecho a la participación política ha estado restringido a los hombres, a una minoría opulenta, a los alfabetos, etc., siendo negado a las mujeres y a las minorías étnicas, a los no propietarios, a los que no sabían leer y escribir.

Los *derechos sociales*, los últimos en desarrollarse, y aún no reconocidos en muchos países o instalados de forma deficiente en otros, se refieren a la prerrogativa de todo ciudadano para disfrutar de un nivel mínimo de bienestar social y de seguridad económica. La ampliación y universalización de estos derechos constituyen lo que se llama el Estado del bienestar, que requiere para su existencia y su eficacia un nivel suficiente de desarrollo económico, la voluntad política de atenuar las desigualdades sociales propias de los sistemas capitalistas mediante una redistribución de la riqueza nacional a través de beneficios materiales a los menos capacitados (enfermos, excluidos, desempleados, incapacitados, ancianos, etc.), y una Administración pública eficiente, encargada de manejar los fondos públicos asignados. Los derechos sociales no cesan de ampliarse, y los ciudadanos de reclamarlos: pensiones de jubilación, seguros de enfermedad y de desempleo, universalización de la enseñanza hasta los 16 o más años, atenciones sanitarias, trabajo, vivienda, etc.

La situación de los jóvenes españoles y latinoamericanos frente al ejercicio de estos derechos está muy lejos de ser satisfactoria y uniforme. Los derechos civiles son disfrutados por la gran mayoría, aunque no se puede ignorar la existencia de grupos de jóvenes que viven o malviven en exclusión social y que en su experiencia vital desconocen *de facto* lo que significa el derecho de propiedad o la igualdad ante la ley, derechos civiles básicos. En muchos casos el derecho a la movilidad residencial encuentra para su realización obstáculos insalvables. Las leyes restrictivas de la emigración hacen difícil y costosa la salida del propio país, y la falta de un empleo estable y suficiente impide abandonar el hogar paterno a partir de los 20 o 25 años, como muchos jóvenes desearían y como lo hacen sus colegas juveniles de Europa o Estados Unidos.

En la sociedad española de los últimos años, el penoso acceso a una vivienda propia para realizar en solitario o en pareja un proyecto de vida emancipada exige a los jóvenes contraer créditos hipotecarios casi vitalicios, lo que los amarra a un lugar fijo, impidiendo de hecho su movilidad laboral y territorio (véase en las páginas 216-217 un extracto del artículo de Enrique Gil Calvo, «Una generación hipotecada»).

El clima en el que los jóvenes ejercen hoy su libertad y sus derechos políticos y religiosos es en general favorable, con las excepciones conocidas, dictadas por las diferencias de género, la marginación, la condición de etnias oprimidas, etc. El informe *Jóvenes españoles 99*, de la Fundación Santa María, se interesó por este problema y

solicitó a los jóvenes de 15 a 24 años una respuesta sobre el grado de libertad que disfrutaban para sus opciones en diversos ámbitos²⁹. La gran mayoría –en torno al 90%– calificó de «total» su grado de libertad en el ámbito político, religioso, sexual, de diversión y de estudio. La excepción tuvo lugar en el ámbito del trabajo: una tercera parte negó la existencia de esa libertad. Este dato apunta al corazón del problema de la ciudadanía juvenil: la *precariedad en el empleo de muchos jóvenes*. Sólo un empleo estable y con una remuneración adecuada permite la independencia personal, sienta las bases legítimas para ejercer derechos hasta entonces poseídos sólo en un plano puramente formal (obtener créditos en los bancos, firmar hipotecas y contratos, adquirir determinados bienes, etc.) y añade al elenco de los derechos civiles y políticos ya poseídos algunos de los derechos sociales que el Estado de bienestar atribuye hoy a los ciudadanos, como el seguro de desempleo y otros en la misma línea. Un apartado posterior vuelve sobre el problema actual de los jóvenes en el mercado de trabajo.

3.3. El déficit juvenil de participación

Muchos jóvenes, se ha comentado ya y se verá con mayor detalle en un apartado posterior, han desertado de las instituciones, viven plácidamente en el «desierto de inversiones» del que habla Lipovetsky, se muestran reacios a invertir tiempo, dedicación, esfuerzo y vida en instituciones para ellos caducadas, que no les dicen nada ni les dan nada. La institución política es, probablemente, la que con mayor rigor sufre este desaire juvenil.

²⁹ J. González-Anleo, «Familia y escuela en la socialización de los jóvenes españoles», en *Jóvenes españoles 99*, Fundación Santa María, Madrid 1999, p. 143.

La participación política, en cuanto buen termómetro del consenso y consentimiento ciudadano, está estrechamente relacionada con la legitimidad del gobierno. De ahí la importancia de la socialización de los jóvenes en una cultura política de ciudadano, que reconozca a la participación política la función esencial que desempeña. Y, junto con la importancia de esta socialización, la no menor de la proximidad de la política a los intereses, preocupaciones y necesidades de los jóvenes, que se declaren fervientes partidarios de las instituciones cercanas, próximas, abiertas, no burocratizadas.

Pero esta participación política no es demasiado exigente. No lo es, en absoluto, como los movimientos juveniles de protesta de los años sesenta y setenta. En efecto, hay que distinguir entre una participación «fuerte», que en grupos y organizaciones menores ha tomado a menudo la forma de «cogestión» o incluso de «autogestión», y una participación «débil», que consiste en la intervención más o menos intensa y regular en las actividades características de un grupo o asociación, de forma que el sujeto tenga la posibilidad real de intervenir eficazmente en o sobre las decisiones de mayor relieve que se adopten en el centro del gobierno de dicho grupo o colectividad. La participación política suele ser de este segundo tipo, y consiste en la intervención personal en las votaciones, en la inscripción en un partido o sindicato, en la presencia más o menos activa en alguna asociación política, en la adhesión a los objetivos y programas de algún partido, etc.

El cambio que ha tenido lugar en el mundo juvenil no es fácil de definir. En los

sesenta los jóvenes estudiantes del mundo occidental democrático adoptaron con entusiasmo la democracia directa y participativa en sus movimientos de contestación y de protesta. Una de las ideas clave era la exigencia de que todos los debates y decisiones tuvieran lugar en reuniones cara a cara de todo el grupo. En los movimientos antinucleares y por la paz de los setenta, y en los comprometidos con el ecologismo de la década siguiente, la «democracia directa» y la participación fueron también mitos irrenunciables. La participación fue convertida en un deber de todo joven auténtico. Pero la generación de los ochenta presentó ya indicaciones muy claras de «pasotismo» y rechazo de la participación directa, como reacción, precisamente, al deber tiránicamente impuesto de participar en una serie interminable de protestas, manifestaciones, enfrentamientos con las fuerzas de orden público, «asambleas», reuniones, encuentros, comisiones, etc.

Los politólogos reconocen a la democracia participativa su capacidad para dar cohesión al grupo y para vincular a sus miembros en la toma de decisiones siempre que el tamaño del grupo no sea excesivo (no más allá de los 500 individuos). Señalan, sin embargo, que el principal obstáculo para la continuidad y eficacia de la democracia participativa es, precisamente, la complicación y lentitud del proceso, sobre todo el delicado y fundamental proceso de «toma de decisiones». El problema surge aquí cuando se piensa en el talante vital de una juventud presentista, pragmática y «proxémica», que exige soluciones «¡ya!» a sus problemas: paro, vivienda, deficiencias en los equipamientos para los jóvenes, etc.

La participación política, en sentido estricto, define el grado en que los ciudadanos ejercen los derechos políticos que les son constitucionalmente conferidos, y se refiere y mide por el número de los que votan, la afiliación a los partidos políticos, el apoyo a sus líderes y representantes, la pertenencia a grupos y asociaciones cívicas, a sindicatos y a movimientos sociales diversos, las actividades a favor de tal o cual partido político y de su programa, la contribución financiera, el grado de interés y de información sobre la vida política, etc. El fuerte déficit de participación política y social de los jóvenes se puede entender mejor si se tienen en cuenta a) la breve historia de la construcción social de la ciudadanía, y b) la pérdida de sentido de muchas instituciones, debido a la crisis de valores de la sociedad occidental, que desalienta la participación juvenil.

a) La ciudadanía se ha ido construyendo lentamente en el mundo occidental, desde el siglo XVIII con el avance de los derechos civiles, en Francia y en Estados Unidos, desde una fuerte referencia a la idea de nación: ciudadanía y nacionalidad llegan a considerarse casi como sinónimos. Aparecen distinciones que tendrán larga vida: ciudadanos activos y pasivos, y ciudadanos de primera y segunda clase. En una segunda fase, la revolución industrial consolidó los derechos políticos, como la participación en los procesos políticos para ciudadanos hasta entonces pasivos, como los trabajadores y las mujeres, la asociación libre, la proliferación de sindicatos obreros y de asociaciones, etc. El desarrollo de los Estados de bienestar, ya en la tercera etapa, hizo posible la incorporación de los derechos sociales, que suavizó la tensión entre la ciudadanía y el estatus social con sus desigualdades económicas y sociales legitimadas por el

capitalismo, ya plenamente triunfante en esta etapa (Marshall).

Estas tres etapas no se han sucedido a un ritmo uniforme en el mundo occidental, y todavía hay países en los que la tercera etapa, la del Estado de bienestar y los derechos sociales, está lejos de haberse consolidado. Esta precariedad explicaría la apatía de los jóvenes hacia la participación en las instituciones encargadas, en principio, de procurar a todos los beneficios de un Estado de bienestar moderno.

b) La pérdida de sentido de muchas instituciones y su conversión en «cascarones vacíos» (Giddens) debido a dos factores. En primer lugar, los grandes cambios económicos, políticos y sociales de la sociedad occidental en los dos últimos siglos, han debilitado en la conciencia de las jóvenes generaciones muchos de los valores para cuya realización, defensa y fortalecimiento nacieron precisamente esas instituciones. Entre las cosas que realmente importan a los jóvenes, la política y la religión suelen figurar en los últimos lugares, sobre todo entre los jóvenes españoles. En segundo lugar, algunas de esas instituciones han perdido, por su parte, capacidad para encarnar y transmitir esos valores y para realizar los objetivos para los que fueron creadas.

3.4. La desertión juvenil de las instituciones

Los jóvenes han desertado de las instituciones, y de forma pronunciada de las instituciones políticas y de las religiosas. Es un hecho constatado por estudios e investigaciones en muchos países, tanto desarrollados como en vías de desarrollo. Y es un hecho de consecuencias muy serias, tanto para los jóvenes «desertores» como para la sociedad, pues afirman Berger y Luckmann con frase decisiva: «La tarea de las instituciones consiste en acumular sentidos y ponerlos a disposición del individuo, tanto para sus acciones en situaciones particulares como para toda su conducta de vida». Gracias a las instituciones las sociedades pueden conservar sus reservas de sentido, trasmitiéndoselas a los individuos y a las comunidades en las que aquéllos crecen, trabajan y mueren, y proporcionándoles modelos valiosos de vida a los que pueden recurrir para orientar su conducta, aprendiendo así a cumplir con las expectativas asociadas a los roles que desempeñarán a lo largo de su vida.

La *deserción juvenil de las instituciones* –política, iglesias, matrimonio, servicio militar, incluso escuela– no es probablemente una novedad en los escenarios sociales, y el rápido recorrido realizado en esta cuarta parte ha ofrecido más de una indicación de la lucha de las generaciones jóvenes con la sociedad de los adultos. Con sus contornos actuales la desertión juvenil de las instituciones se inició con la revolución de Mayo del 68, la lucha en la universidad y la contracultura *hippy*, asegura Caplow. Al Estado le vino muy bien, pues se quedó sin competidores tradicionales en su secular lucha por dominar al individuo y ejercer un monopolio de hecho sobre mentes y comportamientos.

Se plantea de entrada un interrogante clave: ¿han sido los jóvenes los que han desertado de las instituciones donadoras de sentidos, o han sido las instituciones las que, al vaciarse de sentidos o concentrarse en sentidos triviales y sin interés vital, han desertado de su secular misión, siendo por ello abandonadas? Las investigaciones sugieren cinco respuestas, no excluyentes entre sí:

a) Los intereses profundos de los jóvenes, las «grandes importancias», se han alejado

de los objetivos perseguidos por las instituciones clásicas para centrarse en la familia, los amigos y el disfrute del tiempo libre: el yo disfrutando de la vida, de su vida, en un entorno cálido y protector, el de la familia y el grupo de amigos. Tienen relevancia también «la salud», el «trabajo» y «el dinero», pero los datos sugieren que su importancia es de carácter predominantemente instrumental. Sin salud, sin dinero y sin empleo económicamente remunerador, el disfrute de la vida no pasa de ser una entelequia, piensan los jóvenes... y los adultos.

b) Los valores de los jóvenes –tema que se ha examinado con mayor profundidad y detalle en la tercera parte– están estrechamente vinculados a las instituciones sociales, bien como elementos fundamentales de las mismas, junto con las creencias, pautas y modelos de comportamiento (Durkheim, Cooley, Chapin...), bien como mecanismos de defensa, propagación y enaltecimiento de esos valores. La crisis de determinados valores va unida inexorablemente a la crisis de las instituciones correspondientes.

Entre los valores de los jóvenes, medidos por la importancia que atribuyen a diversas dimensiones de la trama social en la que desarrollan su vida, suelen aparecer destacados la familia, el trabajo, los amigos, el tiempo libre, la salud, el consumo, el dinero, la religión y la política. En el *survey* europeo del 2000, los jóvenes concedían la siguiente importancia a diversas dimensiones de su vida:

Tabla 1

Importancia concedida por jóvenes europeos a diversos aspectos de la vida

España Francia Alemania

Grecia

Italia Gran Bretaña

Familia Amigos

Tiempo libre

Política Trabajo Religión 76 83 65 78 86 87 50 61 58 54 51 67

46 46 44 43 42 54

5 6 5 8 7 4

59 69 43 57 57 44

7 6 8 25 29 9

Fuente: J. Elzo, *Jóvenes españoles 2005*, o. c., p. 44.

Los tres puntos destacados en esta tabla son: primero, la «soberanía» indiscutible del valor «familia» y «amigos» –lo pequeño, lo cálido, lo próximo– en la vida juvenil, sin excepciones. Segundo, la insignificancia, también indiscutible, de la política. Tercero, la poderosa influencia de la secularización, triunfante en la mayor parte de los países occidentales, con algunas diferencias, en la importancia atribuida por los jóvenes a la religión.

Ciñéndonos al ámbito de este libro, interesa señalar, por último, los cambios que han tenido lugar en la juventud española en la última década en relación con los valores que se encuentran en la base de algunas instituciones. Ha descendido la importancia del trabajo, de los estudios y de la religión, ha aumentado la de la familia, y se mantiene en una baja estima la política, como puede verse en el gráfico 1:

c) La deserción afecta especialmente a las instituciones «totalizantes»: la política y la religión, que tienden, por lo general, a monopolizar o controlar la vida de sus afiliados, dictándoles la «teoría de la realidad», lo «que es bueno y es malo», los derechos y los deberes, atribuyéndose asimismo autoridad para asignar roles diversos a jóvenes y adultos. Pero no puede excluirse que la deserción juvenil de la política y la religión sea debida al agotamiento de sentidos y de respuestas válidas de que adolecen hoy esas y otras instituciones. Los jóvenes se encuentran en un momento vital en el que la búsqueda de sentidos y de valores es primordial en la construcción de su identidad. A los adultos se les supone

—¿gratuitamente?— una identidad ya construida, más o menos exitosamente.

d) El desinterés juvenil por el mundo institucional de la sociedad adulta puede estar motivado por el carácter crecientemente burocrático que ha ido parasitando a la mayor parte de las instituciones sociales. Burocratización implica automáticamente anonimato en las relaciones, ausencia de encuentro y de diálogo, torpemente sustituidos por un contacto formal y frío entre «funcionarios» y «clientes». Los jóvenes, como ya se ha visto y como lo dicen investigaciones y estudios recientes, valoran en gran medida la proximidad y la «proxemia» de las instituciones y los grupos en los que se insertan. Por eso mismo tienen en gran estima a las ONG's, presuntamente desprovistas del andamiaje de la burocratización. Puede hablarse de un «retorno» de la pequeña

Gráfico 1

Grandes importancias (muy importantes)

80 80₇₆
 70 70 70
 63 60 60⁵⁹ 57 53
 50
 40 56 55
 49
 50
 46 52₄₉
 42 41 49
 37 ⁵² 1994
 41⁴⁴ 1999
 30 2005
 20
 10 7
 4
 7
 11 6 6

⁰ Familia Amigos Trabajo y
 conocidos
 Ganar Llevar Tiempo dinero una vida libre/

moral y de ocio digna
Tener una vida
sexual
satis
factoria Estudios, Política Religión formación
y
competencia
profesional

Fuente: *Jóvenes Españoles 2005*, o. c., p. 115.

comunidad, de la *Gemeinschaft*, del grupo pequeño, siguiendo el pensamiento de Tönnies y el nostálgico estudio de Bellah sobre los «hábitos del corazón» y la añoranza de las pequeñas comunidades («*small towns*») en los Estados Unidos.

e) El lenguaje de las instituciones clásicas ha envejecido, se ha quedado anquilosado, se ha vuelto incapaz de transmitir a las jóvenes generaciones los profundos temblores existenciales que desencadenaron la acción social, política y religiosa de los fundadores –revolucionarios, profetas, héroes y mártires– de los grandes movimientos políticos y religiosos que han hecho historia. Este anquilosamiento es un proceso normal de rutinización del lenguaje que los jóvenes resienten de forma más aguda por su amor a la novedad y a la autenticidad. Y porque, hasta cierto punto, ellos han «creado» un nuevo lenguaje que los respetables prohombres de las instituciones apenas entienden y dominan. Estos cambios sociales e institucionales han provocado en los jóvenes una *drástica desconfianza* en las instituciones, sobre todo en aquéllas con objetivos orientados a la donación de sentido y de proyecto a la existencia individual y colectiva, como la política y la religión, que, por añadidura, pretenden controlar expresiones y conductas. La generación joven, «generación de la sospecha» (Bruckner), ya no se fía de promesas, pues cualquier sonrisa, gesto, puede ser tomado por calculado, cargado de segundas intenciones mercenarias³⁰. El pragmatismo juvenil, certificado por estudios e investigaciones, se traduce en falta de confianza en «las cosas que no te resuelven problemas concretos»³¹.

³⁰ P. Bruckner, *La miseria de la prosperidad. La religión del mercado y sus enemigos*, Tusquets, Barcelona 2002, p. 143.

³¹ A. Canteras Murillo, *Sentidos, valores y creencias de los jóvenes*, INJUVE, Madrid 2003, p. 80.

El colofón de estas actitudes de sospecha y pragmatismo juveniles puede ser considerado como una minirrevolución juvenil contra las instituciones, muy diferente de la rebelión contracultural de las generaciones juveniles de los sesenta. Éstas optaron por el enfrentamiento directo con las instituciones. Las nuevas generaciones parecen decir, sencilla y crudamente: «Dejadnos vivir nuestra vida en paz. No tenéis derecho a inmiscuirnos en nuestras vidas». Desde esta rebeldía *light*, posmaterialista y, en consecuencia, sin el menor matiz de entusiasmo activista, plantan cara volviendo la cara, convirtiendo su indiferencia y deserción de las instituciones sociales en una forma nueva de vida, en una *minirrevolución a-institucional*³².

Las instituciones que mayor confianza suscitan en los jóvenes son las donadoras de

nuevos sentidos, las ONG, adornadas además en el imaginario juvenil con rasgos que las hacen simpáticas, sean o no enteramente exactos: independencia de instancias oficiales, desinterés y dedicación a objetivos profundamente humanistas. Vienen en segundo lugar las que les proporcionan a los jóvenes la satisfacción de derechos sociales fundamentales, como el sistema de enseñanza y el sistema de Seguridad Social. En la sociedad del riesgo y de la inseguridad callejera, la policía tiende a suscitar menos desconfianza que en tiempos pasados, como es el caso de España. Son poco dignas de confianza la mayor parte de las instituciones de carácter político: sindicatos, parlamentos central y autonómico y la corona, así como aquellas que los jóvenes asocian inmediatamente con la guerra: el ejército y la OTAN. Finalmente, las instituciones más desacreditadas y que suscitan menos confianza son las empresas multinacionales y la Iglesia católica, situada invariablemente por los jóvenes españoles en último lugar hace ya más de una década y en pronunciado declive, más llamativo en cuanto que el resto de las instituciones no ha sufrido esa regresión en la confianza juvenil.

La familia aparece en muchas investigaciones como la institución que mayor confianza merece a los jóvenes, como se verá en la cuarta parte. La familia no es una institución en sentido estricto –sí lo es el matrimonio–, pero en el discurso popular la familia se sitúa a la cabeza de la lista de las instituciones, y en algunos países a una distancia sideral del resto de las instituciones, sobre todo de las políticas. El caso de México es paradigmático: la familia recibe el máximo de confianza entre todas las instituciones –el 77% de jóvenes confía en ella–, seguida a larga distancia por la universidad (30%), los maestros (24%) y la Iglesia católica (20%). En cambio el gobierno y los políticos han sido borrados sin piedad de la lista (0 y 1% de jóvenes dicen confiar en ellos), y poco más confianza reciben la policía (4%) y los banqueros (7%)³³.

El informe *Jóvenes españoles 2005* ofrece los siguientes datos, de cuyo análisis procede el comentario anterior.

Tabla 2

Evolución de la confianza juvenil en las instituciones 1994-2005 (mucho + bastante)

Instituciones 1994 2005

Organizaciones de voluntariado	54 69
Sistema de enseñanza	59 60
Sistema de Seguridad Social	– 54
Policía	51 51
Unión Europea	– 50
ONU	– 47
Prensa	47 46
Administración de Justicia	– 43
Sindicatos	34 38
Corona (Monarquía)	– 37
Parlamento de las CC. AA.	37 37
Fuerzas Armadas	32 37
OTAN	– 36

³²J. M. González-Anleo Sánchez, «Relaciones e integración», o. c., p. 124.

³³E. Luegno González, *Valores y religión en los jóvenes*.

Los niveles latinoamericanos de confianza en las instituciones difieren bastante de los españoles, como ha certificado el estudio de Tomás Calvo Buezas, basado en la «Encuesta Escolar» de 1993-1994 a 35.516 escolares de centros públicos y privados (la encuesta fue igualmente aplicada a 5.168 jóvenes españoles y 2.132 portugueses) ³⁴.

Los resultados de la investigación, incluidos los jóvenes españoles y portugueses, confirman la alergia juvenil a las instituciones, con algunas diferencias significativas entre España y el resto de los países:

- Hay una notable proporción de jóvenes que no cree en ninguna institución, sobre todo en España, el 44%, frente al 30% en Portugal y el 29% en Latinoamérica.
- La Iglesia recibe un alto voto de confianza, el máximo, pero no así en España.
- El trípode institucional democrático –poder legislativo, judicial y ejecutivo– obtiene bajísimos porcentajes de confianza en todo el ámbito investigado, destacando Portugal con niveles algo más favorables.
- Los partidos políticos y los sindicatos se desploman vertiginosamente en el *ranking* de confianza juvenil, con porcentajes que no exceden del 5%.

Entre los países iberoamericanos las diferencias son muy significativas, y hacen sin duda referencia al pasado reciente o a la situación actual de esos países desde la perspectiva sociopolítica. La Iglesia es la institución sobre la que existe mayor unanimidad, aunque el grado de secularización, de laicismo y de anticlericalismo en sus diversas formas ha dejado

³⁴ T. Calvo Buezas, *Valores en los jóvenes españoles, portugueses y latinoamericanos*, Ediciones Libertarias, Madrid 1997. La muestra comprende alumnos de los últimos cursos de primaria, de bachillerato y de escuela profesional, de centros públicos (clases populares) y privados (clases medias/altas), siendo la mayoría, el 73%, de una edad entre los 14 y 19 años. La gran mayoría pertenece a ciudades grandes y medianas, y sólo el 12% a pueblos rurales, aunque hay que advertir que los colegios de secundaria, tanto en España como en Latinoamérica, suelen estar situados en las ciudades medianas y grandes, no en las pequeñas poblaciones rurales. La distribución por sexos es totalmente simétrica, pero no así la referida a la clase social, pues predomina ampliamente la clase media (68%) frente a la clase obrera (16%).

una huella bien visible en las juventudes de varios países, como Uruguay, España, Brasil, Portugal, Argentina y Bolivia, donde los niveles de confianza no llegan al 60%, siendo los jóvenes uruguayos y españoles los menos propicios a depositar confianza en sus Iglesias.

Tabla 3

Confianza de los jóvenes iberoamericanos en las instituciones

Instituciones Latinoamérica España Portugal

La Iglesia

Ejército/Policía Gobierno

Jueces

Parlamento

Partidos políticos Ninguna de éstas 67 40 54 15 22 30 10 7 12

9 15 22

5 5 6

3 2 5

29 44 30

Fuente: T. Calvo Buezas, o. c., p. 210.

Llama la atención la altísima confianza en la Iglesia de los jóvenes de las repúblicas centroamericanas, donde, con la curiosa excepción de Costa Rica, los porcentajes de jóvenes «confiados» se sitúan por encima del 75%. La media de confianza es muy alta: el 63,6% de los jóvenes asegura que confía en la Iglesia. La investigación no aclara qué iglesia o iglesias son las más favorecidas por la confianza juvenil, ausencia que exige una mayor prudencia en la interpretación de estos datos referidos a «la Iglesia».

La policía y el ejército son mirados con general desconfianza, pero ante estas instituciones, con tantas complicidades en los episodios de violencia, golpes de Estado, guerras o miniguerras civiles, regímenes dictatoriales o autoritarios, las diferencias, lógicamente, se disparan. El nivel de confianza se sitúa en torno al 10% en las repúblicas centroamericanas y en Paraguay, que, en el momento del trabajo de campo de la investigación, acababa de salir de un golpe militar. En tres países –Chile, Ecuador y Portugal– la confianza llega al 25% o más de jóvenes. La media de confianza se sitúa en el 16,3.

Uno de los pilares de la sociedad democrática moderna, el poder judicial, aparece en la investigación muy desacreditado: en catorce países no llega al 10% el porcentaje de jóvenes que confía en los jueces, siendo Paraguay, Colombia, Venezuela y Bolivia los países más «desconfiados». La media de confianza puede situarse en un 10,5.

En la política en su más amplia acepción –gobierno, partidos, participación, etc.– la actitud de los jóvenes es de desinterés casi total, como se verá en un apartado próximo.

Puede aventurarse que mientras menos institucionalizada y más alejada de los poderes políticos y económicos está una organización, más fácilmente recibirá la aprobación y la confianza por parte de los jóvenes. Tal puede ser el caso del favor que gozan los movimientos sociales de trabajadores por parte de la juventud en Paraguay. Mientras que sólo el 13% de los jóvenes confían en los sindicatos, el 48% confían en los movimientos de trabajadores, y el 61% en las organizaciones campesinas, que son las organizaciones que tienen menor poder económico y político ³⁵.

«Confianza» en las instituciones y «legitimidad» son realidades estrechamente vinculadas, hasta el punto de que un elevado grado de desconfianza en aquéllas induce la sospecha de un déficit de legitimidad democrática. En la sociedad chilena, según el estudio de Mario Sandoval del año 2000, la confianza/legitimidad de la Iglesia y de los MCM es muy alta entre los jóvenes, el 84 y 83%, respectivamente, mientras que desciende al 64% en relación con las instituciones del orden público, las fuerzas armadas y la policía, sigue descendiendo hasta situarse levemente por encima del 50% para las organizaciones de la vida productiva –empresas y sindicatos–, y cuando se pasa a juzgar

al sistema político los porcentajes descienden aún más: el 50% reconocen la legitimidad del Gobierno, los parlamentarios obtienen sólo el 32% y los partidos el 27%.

³⁵ P. Marielle y otros, *Democracia: Confianza en instituciones, preferencias electorales y comportamiento reproductivo*, BASE-IS, Asunción 1997 (URL: <http://www.clacso.org>).

3.5. Los jóvenes, el asociacionismo y los nuevos movimientos sociales

Las asociaciones son, en muchos casos, las «hermanas menores» de las instituciones. Asociaciones de antiguos alumnos, scouts, grupos deportivos, clubes políticos, «Jóvenes Generaciones Socialistas», Juventudes de Acción Católica, y un sinnúmero de grupos o grupúsculos de índole cultural, benéfica o social, reclutan jóvenes en un esfuerzo de la sociedad para el encuadramiento deportivo, político, religioso o social de la juventud. En más de una ocasión estos grupos nacen con genuina espontaneidad, al margen de las instituciones, en un esfuerzo juvenil de hallar su propia identidad y un proyecto de acción en el vértigo de la gran ciudad, anónima, indiferente u hostil. Las bandas, pandillas, *maras* y similares responden a este tipo de asociacionismo. Aunque los límites sean muy difusos, conviene tener en cuenta esta distinción básica entre *grupos* –más espontáneos, con mayor independencia de las instituciones y sin intervención de los adultos– y *asociaciones*, en las que, aun compuestas por jóvenes, es reconocible e incluso oficial la participación de las instituciones sociales en su formación, ideología, actividades, programas, financiación, etc.

La importancia de los grupos juveniles procede de las funciones que desempeñan en la sociedad, sobre todo en las grandes urbes y conglomerados urbanos. Los grupos satisfacen necesidades juveniles de seguridad, protección, amistad y reconocimiento, que la desestructuración de muchas familias y el distanciamiento institucional de las preocupaciones de los jóvenes han dejado desatendidas. El grupo proporciona al adolescente y al joven un estatus, un áncora en la sociedad de los grandes trasvases migratorios y de la globalización, y se adapta mucho mejor que las instituciones, e incluso que buena parte de las asociaciones juveniles, a las limitaciones y desventajas sociales de sus miembros, especialmente de los que viven una exclusión más o menos pronunciada.

Grupos y, sobre todo, asociaciones de jóvenes actúan como eficaces agencias de socialización de los adolescentes y de los jóvenes, aunque en el caso de no pocos grupos fronterizos o instalados en la marginación la socialización recibida lo sea en una contracultura o en una cultura delincuente. Desde la perspectiva de la educación cívica de los niños y de los jóvenes, tan urgida en muchos países, los grupos y las asociaciones pueden convertirse en vehículos inestimables e irremplazables de transmisión de valores y de normas básicas de comportamiento ciudadano: tolerancia, solidaridad, respeto al otro, responsabilidad, diálogo, etc.

Las asociaciones y grupos de jóvenes facilitan y promueven la adhesión individual a la gran organización, demasiado abstracta y lejana para conseguir ese objetivo por sí misma, y sin necesidad de que sus valores y objetivos reales sean interiorizados y aceptados en su integridad por los miembros jóvenes. Lo comprobó Shills en sus investigaciones con jóvenes ex combatientes de la II Guerra Mundial, leales y

combativos debido a su identificación personal con su grupo, pero sin comulgar necesariamente con la «gran ideología» del partido. Muchas veces, sin embargo, algunos grupos y asociaciones juveniles son instrumentalizados al servicio de los objetivos de las instituciones y organizaciones sociales que los han puesto en marcha, como las iglesias, los partidos políticos y similares.

Los datos españoles hasta mediados de la década de los noventa sitúan en una tercera parte, aproximadamente, la proporción de jóvenes que pertenecen a algún tipo de asociación³⁶. Teniendo en cuenta el número de jóvenes ex afiliados, puede decirse que algo más de la mitad de los jóvenes españoles no tienen ninguna experiencia asociativa, aunque parece que aumenta la tasa de multifiliación. Los chicos muestran una tendencia mayor que las chicas al asociacionismo, quizás por la importancia destacada de los grupos deportivos en el repertorio de asociaciones juveniles. En España el asociacionismo juvenil es reconocidamente bajo, sobre todo en comparación con el europeo y, sobre todo, con el norteamericano. Hay también países latinoamericanos con tasas superiores a la española, como Chile, donde las encuestas nacionales apuntan a un 50% de participación juvenil en grupos y asociaciones, lo que desmentiría la repetida denuncia de apatía social de la juventud³⁷.

En el asociacionismo juvenil español predominan las asociaciones deportivas, seguidas de las culturales-educativas, las de carácter regional o local, las religiosas y las de objetivos benéfico-sociales. El informe del INJUVE del año 2004 ofreció los siguientes datos:

Tabla 4

Pertenencia de los jóvenes españoles a asociaciones

Pertenece actualmente Ha pertenecido Nunca ha pero ya pertenecido no pertenece

Deportiva	12,6
Cultural	4,1
Recreativa	
o club social	3,4
Religiosa	2,8
Estudiantil	2,4
Sindical	1,8
Musical	2,0
Asociación	
o colegio	
profesional	1,6
Excursionista	1,6
Ecologista	1,5
Benéfica	
o asistencial	1,4
Partido u	
organización	
política	1,2

Cívica 1,1 16,7 70,2 5,8 90,6
 5,4 90,3
 5,8 90,6
 5,9 90,8
 1,1 96,2
 4,0 93,2
 1,3 93,3
 4,9 92,7
 2,0 95,6
 2,8 94,9
 1,0 96,8 1,4 96,5

Fuente: *Juventud en España. Informe 2004*, INJUVE, Madrid 2005, p. 584.

³⁶La solidaridad de la juventud, INJUVE, Madrid 1995, pp. 65-69.

³⁷ M. M. Sandoval, «La relación entre los cambios culturales de fines de siglo y la participación política y social de los jóvenes», o. c.

El asociacionismo juvenil depende en gran medida de la familia. En el estudio citado en la tabla, el 45% de los hijos de padres pertenecientes a alguna asociación eran también asociados, mientras que sólo el 15% lo eran cuando los padres no estaban asociados. Además de la familia influye, lógicamente, la presencia de asociaciones en el lugar de residencia y la abundancia de información sobre las diferentes asociaciones. Esta doble razón explica por qué los jóvenes de las grandes ciudades suelen tener tasas de asociacionismo más altas que los de zonas rurales. En esta misma línea operan la clase social, el nivel de estudios y un elevado nivel de religiosidad.

Los jóvenes no se asocian por algunos de los motivos ya expuestos, pero cuando se les consulta suelen señalar la escasez de tiempo, la dedicación a los estudios, la falta de interés y razones parecidas. Se ha argumentado, en defensa de los jóvenes, que la «calle», la vida y los encuentros en la calle, tan frecuentes, bulliciosos y festivos en algunos países, como España, suplen con creces al déficit de asociacionismo, en relación con las altas tasas de pertenencia a asociaciones que se registran en los países anglosajones y centroeuropeos. La tradición de la «calle» como lugar de encuentro y de intercambio de amistad y de experiencias es prácticamente inexistente en estos países.

Los nuevos movimientos sociales potencian y enriquecen, en teoría, el asociacionismo juvenil, brindando a los jóvenes actividades y proyectos valiosos, junto con las asociaciones o instituciones que en muchas partes del mundo trabajan en ese sentido. El pacifismo, la ayuda al Tercer Mundo, la defensa de derechos humanos, la ecología, etc., figuran de forma destacada entre ellos. Los jóvenes simpatizan en general con esos movimientos, aunque se han producido en las últimas décadas cambios importantes que explican las variaciones en esa simpatía. La cosmovisión axiológica juvenil ha atravesado por tres etapas distintas ³⁸:

– La primera, entre 1960 y 1968, en la que los jóvenes aportan ideas claramente utópicas para transformar el mundo de acuerdo con los ideales que les fueron inculcados

en su adolescencia, con fe en el futuro y reivindicación de un espacio propio, privado y público, en el que desenvolverse con plena autonomía, acabando con todo tipo de opresión. El utopismo reinante y la preocupación absorbente por la libertad y autonomía propias difuminaron los emergentes movimientos sociales.

– La segunda, de 1968 a 1982, en que la capacidad de convocatoria de las grandes causas internacionales llega a su máximo histórico. Se pasa del utopismo a la ejecución de los programas políticos. El ascenso de los movimientos ciudadanos y políticos orienta a la mayoría de los jóvenes hacia prácticas de resistencia más activas y hacia estrategias para conseguir sus libertades.

– En la tercera etapa, desde 1983 hasta comienzos de los noventa, destaca la lenta muerte de los proyectos políticos, que van cediendo protagonismo a actividades más puntuales y concretas, como la lucha contra el sida, contra las drogas, contra el hambre, contra la discriminación de género, etc. Comienzan a borrarse las referencias a posiciones políticas, pues los nuevos objetivos sociales mencionados no logran dinamizar el compromiso político de los jóvenes. Se acentúa la abstención política de los jóvenes, que proyecta un rotundo mensaje de desconfianza no ya en un partido político concreto, sino en la política y en los proyectos políticos.

Más allá de estas tres etapas axiológicas se puede pensar en una nueva etapa que ha modificado hasta cierto punto el escepticismo juvenil anterior. Sucesos como la plataforma por el 0,7, la masiva participación de los jóvenes en muchos lugares del mundo contra la guerra de Irak y la emergencia de los llamados nuevos movimientos sociales globales, propiciados por las nuevas tecnologías de la comunicación, sobre todo por internet, han venido a cubrir el vacío ideológico abierto tras la caída del Muro de Berlín³⁹. En la nueva etapa, que podría llamarse *emocional y circunstancial*, se pone en marcha el juego político de

³⁸ M. Martín Serrano, *Historia de los cambios de mentalidades de los jóvenes entre 1960 y 1990*, INJUVE, Madrid 1994.

³⁹ F. Javaloy, «Movimientos sociales globales. La epopeya del siglo XXI», en Andrés Canteras Murillo (coord.), *Los jóvenes en un mundo en transformación. Nuevos horizontes en la sociabilidad humana*, INJUVE, Madrid 2004, pp. 205-218.

lo menos malo, sin fervores políticos como en los de etapas anteriores, y con la sensación de inseguridad y de lejanía tanto con los centros de decisión política como con las instituciones y los problemas globales. Es una consecuencia inevitable de la globalización de la protesta y del descontento juveniles.

Los movimientos sociales de esta nueva etapa encuentran una ayuda eficaz en las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. Los jóvenes son capaces de poner hoy en marcha todo tipo de movimientos puntuales y de violencia variable – ¿eficaces?– en pro de cualquier «causa»: la guerra de Irak, la convocatoria para la celebración de un «botellón», la protesta contra cualquier medida del Gobierno, sobre todo en el ámbito de la política educativa, la escasez de viviendas, etc. Véase el recuadro siguiente:

LA CRUZADA DE LOS «REBELDES SIN CASA»

El descontento de los jóvenes españoles está muy relacionado, lógicamente, con las grandes preocupaciones juveniles: el paro, la vivienda y la inmigración, sobre todo. Y el difícil y disparatado acceso a la vivienda ha dado origen en los últimos tiempos a lo que un periódico español (*El País*, 22-octubre-2006) ha denominado «la cruzada de los rebeldes sin casa». Miles de jóvenes, convocados por internet, móviles y correos electrónicos, pusieron en marcha un amplio y difuso movimiento de *webs*, talleres, charlas, publicaciones, difusión de mensajes, carteles, camisetas, pancartas y pegatinas, convocando a sentadas en toda España. Consigna: «Por una vivienda digna. Pásalo». Es la nueva estrategia del descontento juvenil, bien fundada en la estadística: el 78% de los jóvenes entre 18 y 34 años dice que no vive donde le gustaría por razones económicas, el 63% ve muy difícil o prácticamente imposible independizarse, el 52% que posee una vivienda lo ha hecho mediante la petición de un crédito, y el 57% ha acudido a la ayuda económica de los avales de la familia. Su eslogan lo resume todo: «El cielo está enladrillado: contra el *mobbing* y la violencia inmobiliaria y urbanística». Pero la nueva moral política, emocional y circunstancial típica de los movimientos sociales actuales corre el grave peligro de fusionarse con la sociedad consumista y del espectáculo, hasta el punto de que en algunos momentos apenas puede reconocerse como algo diferente. «La moral altruista se combina más y más con la fiesta, el *rock*, el espectáculo y las variedades»⁴⁰. Es la era de la solidaridad de manifestaciones *rave*, de maratones televisivos altruistas y solidarios, de protesta de *botellón*, en la que la implicación personal y colectiva juvenil, el sacrificio y todo lo sospechoso de presentar un plan estructurado de acción para el futuro tiene cada vez menor relevancia.

La mayor parte de los nuevos movimientos sociales gozan del favor juvenil, especialmente las organizaciones de apoyo a enfermos del sida, pro-derechos humanos, ecologistas y pacifismo. Es muy probable que el fervor juvenil por algunos de estos movimientos dependa en gran medida del esfuerzo de esas organizaciones para salir a la calle –los movimientos de *gays* y lesbianas, en particular, «publicitar» su actividad y captar socios a través de las mismas técnicas de mercado que algunos de esos movimientos, como los ecologistas, denigran ácidamente.

«Fervor» y «compromiso personal» son cosas muy distintas. El porcentaje de jóvenes que aprueba con mayor o menor fervor los movimientos sociales actuales apunta en algunos casos a la unanimidad. Constituyen una notable excepción, entre los jóvenes españoles, los movimientos pro-vida (contra el aborto) y los nacionalistas, debido quizás, en este último caso, a los excesos y radicalismos de algunos sectores nacionalistas. Pero el compromiso personal con las asociaciones y grupos que encarnan en la praxis social esos movimientos es absolutamente decepcionante, como se ha visto anteriormente al hablar del asociacionismo juvenil. Entre 1990 y 2005, según los informes de la Fundación Santa María, ha subido 7 puntos porcentuales la proporción de jóvenes españoles que no pertenecen a ninguna asociación, ha bajado la pertenencia a grupos ecologistas, se han mantenido sin variaciones los minúsculos porcentajes de chicos afiliados a grupos benéficos y de ayuda a los demás, y rozan el cero absoluto los relativos a otros movimientos sociales de gran significación en el panorama actual⁴¹:

⁴⁰ G. Lipovetski, «Conclusion: les jeunes et les métamorphoses de l'individualisme démocratique», en G. Berilos y A. Richard, *Les 15-21 ans, acteurs dans la cité*, Syros, París 1995, p. 197.

Ayuda y cooperación

al desarrollo del Tercer Mundo

Derechos humanos

Antiglobalización

Feministas

1% 1%

0,2% 0,3%

4. Los jóvenes y la política

Comprender el alarmante desinterés de los jóvenes por la política, las instituciones políticas, los partidos políticos y los conciudadanos que viven la política como profesión exige profundizar en la transformación que se ha producido en la vida política del mundo moderno y en las estrategias que muchos perciben hoy más eficaces para conseguir introducir en la sociedad los cambios que los jóvenes juzgan más urgentes y necesarios.

4.1. El nuevo contexto político de los jóvenes

Los jóvenes se encuentran con la política en un contexto nuevo, diferente al que conocieron las generaciones anteriores, incluso la generación de sus padres. La «década milagrosa», en la que «todo parecía posible», contempló atónita el rol que jugaron los jóvenes estudiantes universitarios en el derrocamiento de los gobiernos de Vietnam del Sur, Bolivia, Sudán y Corea del Sur. Años antes, en países de la órbita comunista como Hungría, Checoslovaquia y Polonia, los estudiantes y sus publicaciones fueron decisivos en la propagación de ideales de liberación; en Rusia el descontento político de los estudiantes de las universidades de Moscú contribuía a reblandecer la ideología oficial, y en China, durante la campaña de las «Cien Flores», el Partido animó la crítica interna y durante cinco semanas intelectuales y estudiantes tuvieron al Partido bajo auténticos ataques críticos que hicieron temer a sus dirigentes la pérdida del control sobre la juventud. En los países democráticos del mundo occidental, los movimientos estudiantiles de Mayo del 68 reavivaron la tesis de que, liquidado por aburguesamiento el protagonismo revolucionario de la clase obrera, había llegado el turno de los intelectuales y los estudiantes como «la agencia inmediata y radical» del cambio revolucionario (Wright Mills).

La sintonía de los jóvenes, estudiantes sobre todo, con la política y con los movimientos radicales de cambio social ha sido interpretada desde diversos ángulos ⁴². La inseguridad de su estatus —son biológicamente maduros pero socialmente no reconocidos como tales— impide su plena integración en la sociedad; se les inculca el idealismo, la ética ideal de principios, la moralidad en términos absolutos (Max Weber), a la vez que se les define como socialmente irresponsables cuando pretenden actuar de acuerdo con los ideales que se les inculcaron en la familia y en la escuela y que los adultos no practican; carecen aún de contactos estrechos con las instituciones adultas, es decir, la experiencia no los ha «endurecido», sus libidos están sin anclar, su contacto con los estándares políticos y morales de la sociedad aún es abstracto, toman los valores e

ideologías del mundo adulto con total seriedad, y perciben mejor que sus mayores los duros contrastes con la realidad de la pobreza y de la discriminación; los movimientos radicales les proporcionan un «*rationale* ideal para romper con sus familias, sobre todo si éstas son percibidas como defensoras de un sistema reaccionario.

Treinta años después de aquella década «en la que todo parecía posible», el marco de referencia político se ha embarullado, las líneas divisorias de ideologías y partidos no están tan definidas como en el pasado. Debido a la creciente complejidad de la sociedad y del mismo mundo político, las refe

⁴¹J. M. González-Anleo Sánchez, «Relaciones e integración», en *Jóvenes españoles, 2005*, o. c., p. 136.

⁴²S. Martin Lipset y S. S. Wolin (eds.), *The Berkeley Student Revolt*, Garden City, Nueva York 1965, pp. 1-9.

rencias clásicas –Occidente y Este, izquierda y derecha, socialismo y sociedad de mercado libre, soberanía nacional y globalización, naciones y grandes regiones políticas– han saltado por los aires. El potencial de movilización y de activismo político no ha disminuido, sobre todo en el seno de la juventud, pero se estructura desde lógicas y estrategias relativamente nuevas ⁴³.

En la sociedad española la política de las izquierdas y de las derechas se diferencia poco entre sí, y, en consecuencia, el posicionamiento político de adultos y de jóvenes no se guía ya por la tradicional definición de la izquierda como favorable al cambio social y a la implicación del Estado en la economía y la sociedad, y de la derecha como interesada en el mantenimiento del *statu quo*. El posicionamiento político sería expresión de una perspectiva del mundo, de una sensibilidad social y cultural de amplio espectro ⁴⁴.

La cuestión social y la cuestión política han ido siempre juntas y, muy frecuentemente, mezcladas, pero en la actualidad puede decirse que la cuestión social se ha convertido en el árbitro de la cuestión política. La población, en general, se ha ido progresivamente distanciando de ideologías y, sobre todo, de fraseologías políticas abundantes en el *marketing* de los partidos. Sobre todo los jóvenes, acosados por los problemas del paro, de los empleos precarios –temporales, inseguros, fuera del control sindical, abusivos en sueldos y horarios...– y de las crecientes desigualdades sociales y educativas, entre otros problemas sociales. Su compromiso y sus intereses políticos no han desaparecido, pero se han ido distanciando de los partidos políticos y de las formas tradicionales de participación política para aproximarse cautelosamente a las asociaciones y a las acciones puntuales, en función de sus propios intereses individuales, y su contribución política adopta frecuentemente la forma de autoexpresión individual: la protesta, la manifestación, la «calle» como escenario, la comunicación cara a cara o «móvil a móvil» y vía internet.

4.2. Importancia de la política para los jóvenes

En este contexto no debe extrañar que los jóvenes sitúen a la política en uno de los puestos más bajos de su jerarquía de valores y nieguen su confianza a las instituciones políticas: gobierno, partidos, parlamentos, etc. A mediados de la década de los noventa sólo el 21% de los jóvenes españoles atribuía importancia (mucho+bastante) a la política, porcentaje que a finales de la década había descendido al 16%, frente al 98% de la

familia o el 89% de los estudios y la formación⁴⁵. En el 2005, debido probablemente a la agitación y el revuelo del escenario político doméstico, en el que los jóvenes habían jugado un papel notorio, el porcentaje había subido al 25%, ocupando la religión el último puesto de la lista⁴⁶.

La política tiene muy poco que «decir» a los jóvenes. En el *ranking* de «lugares» donde se oyen las cosas importantes para forjarse una interpretación del mundo, la política ha ocupado en la última década un puesto casi invisible, junto con Iglesia: sólo entre el 4 y el 7% de jóvenes españoles la mencionaron, frente al 50% que apuntaron a la familia, el 35% a los amigos e idéntico porcentaje a los medios de comunicación de masas. Incluso «la calle» tiene al parecer más «voz» que la política, es decir, que los partidos y otras instituciones de la estructura política del país, con televisiones y periódicos afines a sus posturas ideológicas.

Este alejamiento mayoritario de las preocupaciones políticas se debe a causas distintas. Los jóvenes mencionan el simple desinterés e indiferencia, el desengaño y la desconfianza, y el desprecio puro y duro. El grupo de desengañados y desconfiados, una quinta parte de los jóvenes de 15 a 24 años según un trabajo reciente⁴⁷, vive de espaldas a cualquier tipo de preocupación social y se resiente de un «desengaño generacional». Pero algo más de la

⁴³ A. Muxel, *L'Experience politique des jeunes*, Presses de Sciences Politiques, París 2001, pp. 38 y ss.

⁴⁴ M. Valls Iparraguirre, «Jóvenes y política», en *Jóvenes españoles 2005*, o. c., pp. 314-315.

⁴⁵ *Jóvenes españoles 99*, o. c., p. 58.

⁴⁶ *Jóvenes españoles 2005*, o. c., p. 36.

⁴⁷ Fundación de Ayuda a la Drogadicción, *Jóvenes y política. El compromiso con lo colectivo*, FAD, INJUVE y Obra Social de Caja Madrid, Madrid 2006.

tercera parte de los jóvenes se muestra francamente interesada en la política y motivada para la participación, bien admitiendo el sistema democrático y las fórmulas establecidas, aunque con ciertas críticas, bien asumiendo un compromiso para el cambio rayano en la ruptura del sistema actual.

El clima político de escasa valoración de la política se traduce en desconfianza de las instituciones y de los hombres que a ella se dedican más o menos profesionalmente, y en una muy baja afiliación política, como puso de manifiesto el informe *Jóvenes españoles 2005*.

– La mayoría de los jóvenes están convencidos de que «la política no tiene nada que ver con ellos». La lejanía de las instituciones políticas, por una parte, y la voluntaria «reclusión» de los jóvenes en su vida privada –estudios, amigos, ocio y diversiones– favorecen este convencimiento. Y la sociedad, caracterizada por un individualismo exacerbado y hedonista y un consumismo que induce actitudes de valoración casi exclusiva de lo inmediato, puntual y propio, refuerza esa convicción juvenil de la inutilidad de la política.

–A esa mayoría se une la multitud de jóvenes que piensan que «la política tiene poca relevancia», ya que «la posibilidad de que influya en la sociedad es nula». Los problemas sociales que los jóvenes perciben como tales –sida, drogas, paro, vivienda,

inmigración, violencia doméstica, falta de futuro, etc.— parecen fuera del alcance de la política tal como la juzgan los jóvenes o, más grave aún, fuera del interés real de los políticos;

– La razón de fondo de este desaliento juvenil ante la política es, sin duda, la convicción juvenil de que «los políticos sólo buscan sus propios intereses», juicio gravísimo, quizás alimentado por la contemplación de los debates parlamentarios, las denuncias y contradenuncias de los líderes políticos, etc.

La afiliación de los jóvenes a partidos y asociaciones políticas es muy baja, y sigue en descenso. En 1968, en un segmento reducido de la población juvenil, de 18 a 21 años, la afiliación llegaba al 8% (*Instituto de Opinión Pública*). En 1980, en los primeros y fervorosos momentos de la transición democrática, el número se elevó al 9,4% (jóvenes entre 18 y 34 años). Transcurrida una década el desplome había sido muy llamativo: el 3,2% de afiliados en el grupo etáneo de 18 a 34 años. En el 2005 no pasa del 1,2%, según el INJUVE.

Esta desconfianza y menosprecio de la política, sus instituciones y los hombres y mujeres que la sirven, no es una actitud exclusiva de los jóvenes españoles. La investigación sobre los jóvenes escolares iberoamericanos recoge datos abundantes y elocuentes sobre la situación en los países latinoamericanos.

4.3. La desconfianza en el gobierno y en los partidos políticos

En el gobierno confía solamente uno de cada diez jóvenes. El resultado general, no por ya conocido, deja de ser preocupante, explica perfectamente el que la «política» ocupe un lugar tan bajo en la jerarquía de valores de los jóvenes. Las denuncias de corrupción y la ineficacia en la resolución de los eternos problemas de la pobreza, extremas desigualdades sociales, marginación y carencia de equipamientos pueden explicar esta desconfianza radical de los jóvenes en sus gobiernos, con muy significativas diferencias entre los diversos países:

– En países que viven o estrenan democracia, como Paraguay, Chile, México, El Salvador y Perú, el porcentaje de jóvenes que confían en el gobierno, dentro de los bajos valores generales, supera ampliamente la media del 10% del conjunto de países estudiados, alcanzando el 16% en Chile, el 18% en México y el 24% en Paraguay.

– En los gobiernos conflictivos (a mediados de los noventa) de Colombia, Brasil, Venezuela, Uruguay y Guatemala, la crisis de confianza juvenil es muy seria, descendiendo los porcentajes de jóvenes «confiados» al 3% en Venezuela, 4% en Brasil y 4,2% en Guatemala.

– La confianza en el gobierno en el resto de los países oscila entre el 7% de Panamá y España y el 12% de Costa Rica, Nicaragua y Portugal.

Los partidos políticos aparecen absolutamente desacreditados en el mundo juvenil. La alternativa votada mayoritariamente por los jóvenes —«No votaría por ninguno, no creo en la política ni en los partidos políticos»— recibe un 39% de adhesiones en Latinoamérica, un 43% en Portugal y un 51% en España. El resto de los partidos propuestos en la encuesta son votados con escasas diferencias en Latinoamérica, Portugal y España, con una excepción: los partidos llamados genéricamente

«nacionalistas» reciben un voto destacado en los países latinoamericanos, un 21%, que desciende a un 16% en Portugal y no supera el 8% en España. Los resultados generales aparecen en esta tabla:

Tabla 5

Intención de voto a partidos políticos

Partidos propuestos Latinoamérica España Portugal

Nacionalista,			
que defienda			
los intereses			
del propio país	21	8	16
Conservador			
de derechas,			
que defienda			
la tradición	10	9	10
Socialista			
de izquierdas,			
que intente			
el cambio social	8	11	11
Dictadura, que ponga			
orden en la sociedad	5	4	4
Régimen comunista,			
como el de Castro			
en Cuba	4	2	3
De centro,			
liberal y progresista	10	8	9
Ninguno, no creo			
en la política			
ni en los partidos	39	51	43

Fuente: T. Calvo Buezas, o. c., p. 225.

El partido preferido en América Latina es un partido nacionalista, que defienda los intereses del país: uno de cada cinco jóvenes votaría por un partido de estas características, sin profundizar en qué se entiende en cada país y qué entienden los mismos jóvenes por «los intereses del país». Los países más nacionalistas, desde este punto de vista, son México, Nicaragua, Costa Rica, República Dominicana, Argentina y El Salvador, donde el porcentaje de jóvenes «nacionalistas» supera el 25%. En el extremo opuesto figuran Colombia, Ecuador, Chile y España, cuyos jóvenes no parecen sentir demasiada simpatía por los partidos nacionalistas: menos del 15% votaría por ellos.

En lógica consonancia con las ansias de libertad y autonomía que caracterizan a los jóvenes, las dictaduras, de derechas o de izquierdas, no les seducen, dato destacado en el perfil sociopolítico de los jóvenes latinoamericanos e ibéricos. Votaría por una dictadura «que ponga orden en la sociedad» apenas uno de cada veinte jóvenes. Los más

partidarios de este sistema de gobierno, en torno al 6%, son los jóvenes de Perú, Guatemala, El Salvador y México; los más reacios a la dictadura son los de Colombia, Costa Rica y Panamá, donde no pasan del 3%.

Un insignificante 3,2% de jóvenes votaría por un régimen comunista como el de Castro en Cuba. Pero las diferencias pueden ser significativas, desde el 7% de jóvenes bolivianos que votarían por un partido comunista a una intención de voto por debajo del 2% en la juventud española, colombiana y costarricense.

Los jóvenes españoles se ubican preferentemente en el centro político, una tercera parte en el centro izquierda y casi una sexta parte en la extrema izquierda, quedando menos del 10% para la derecha, moderada y extrema. La distribución de preferencias políticas es bastante similar a la de sus padres, lo que significa que se va produciendo una convergencia intergeneracional en cosmovisiones, cultura y valores (Elzo, 1999). En todo caso, la juventud española se muestra decididamente a favor de la democracia, percibiéndose una notable progresión desde mediados de los noventa, cuando sólo se manifestaban así las dos terceras partes de los jóvenes, hasta el momento actual (2005), en que lo hacen más del 80%.

Al final de esta exposición sobre las actitudes de los jóvenes iberoamericanos y de los españoles, hay que contemplar los datos sobre la desconfianza juvenil en la política con prudencia. No faltan quienes piensan que la generalización de los sentimientos de desconfianza y desafección política podría llegar a ser preocupante para la propia legitimidad del sistema político⁴⁸. Voces más tranquilas, como la de Innerarity (2002), aseguran que la apatía política, dentro de ciertos límites, es soportable, que las democracias pueden soportar un alto grado de desinterés y que forma parte de la normalidad democrática un cierto aburrimiento. No puede negarse que los jóvenes forman parte de la legión de los «aburridos».

5. La generación joven y el mercado de trabajo

Una proporción considerable de jóvenes ha finalizado sus estudios o los ha abandonado antes del tiempo oficial y se ha enfrentado por primera vez en su vida con el mercado de trabajo y, más ampliamente, con una nueva institución, el sistema económico. El resto de las instituciones –el gobierno, el parlamento, la Iglesia, los partidos políticos, el ejército...– están «fuera» del joven; se recibe su influencia, se vive bajo su control, pero no se pertenece directamente a ellas. Pero todos los jóvenes viven ya en una sociedad de consumo o consumista, y, tarde o temprano, acabarán trabajando en una empresa, en una oficina, en un comercio o pequeña empresa familiar, en una explotación agrícola o en la granja de la familia. O lucharán por entrar en un mercado de trabajo difícil y, en muchos casos, explotador. No tiene nada de exagerado el término «luchar», pues, sin la menor duda, el empleo es para los jóvenes la puerta grande, entrecerrada pero necesaria, de la entrada definitiva o cuasidefinitiva en el mundo adulto.

Estudio del Sistema de Valores Europeos de 1999 halló para España que la casi totalidad de la población trabajadora, *fuera cual fuera su trabajo*, manifestaba que el trabajo era importante en sus vidas porque les proporcionaba más felicidad, mayor

libertad de control y elección sobre su vida, mayor satisfacción con ésta, y era fuente de desarrollo personal y de integración social.

Para los jóvenes el empleo, sobre todo el empleo estable, es, además, la clave para la emancipación familiar, la disponibilidad de recursos propios, la posibilidad de formar un hogar, un acceso más fácil y cómodo a diferentes aspectos del consumo, vedados a los que carecen de empleo, etc. En definitiva, la inserción en una sociedad donde la economía es la institución rectora, que discrimina entre los que «pueden» y los que «no pueden».

A finales de la década de los noventa la situación de la juventud española en relación con la economía era la siguiente ⁴⁹:

Población total De 15 a 29 años 8.882.200

(100%)

Activos 4.966.600 (56,3%)

Ocupados 3.307.200 (37,5%)

Parados 1.659.500 (18,8%)

Estudiantes 2.940.100

(33,3%)

Inactivos 3.704.300 (42%)

Tareas del hogar 383.100

(4,3%)

5.1. Los jóvenes y el trabajo

Otros

381.100 (4,3%)

El trabajo es un eje básico de la vida del hombre, y como tal es reconocido por la gran mayoría. El

Población contada aparte 151.300

(1,7%)

⁴⁸ J. Benedicto y F. Reinares, *Las transformaciones de lo político*, Alianza, Madrid 1992, citado por Maite Valls Iparraguirre, «Jóvenes y política», en *Jóvenes españoles 2005*, o. c., p. 327.

⁴⁹ R. Álvarez, M. J. Azofra y M. Cuesta, *Economía y juventud*, INJUVE, Madrid 1999, p. 15.

La situación ocupacional de los jóvenes españoles de 15 a 29 años puede describirse así:

–Estudiantes 45,3%

–Trabajadores 37,8%

–Desempleados 11,3%

–Tareas domésticas 3,2%

– Otras ocupaciones 2,3%

Esa tercera parte larga de jóvenes trabajadores

–todos los que se dedican exclusiva o principalmente al trabajo– son en su gran mayoría trabajadores por cuenta ajena; el 11% de «autoempleados» son en su mayoría propietarios o gerentes de hostelería o comercio, trabajadores cualificados o profesionales laborales. Entre los trabajadores por cuenta ajena, el 81%, predominan los

trabajadores cualificados y semicualificados (27%), el personal administrativo y de los servicios (14 y 23%, respectivamente), y los comerciantes y vendedores (13%). Las mujeres sobresalen en el sector administrativo y de los servicios, y los hombres en el de trabajadores cualificados y semicualificados.

5.2. Problemas y valores en el mundo del trabajo

Más que los números, que varían fácilmente de un año para el otro, para comprender a los jóvenes interesan sobre todo dos aspectos del mundo de trabajo juvenil: los problemas que encuentran los jóvenes en el mercado laboral, y los valores y el sentido que asignan al trabajo, junto con la satisfacción que obtienen de él.

El primer problema que los jóvenes encuentran en el mercado del trabajo es la falta de trabajos. O, más precisamente, la escasez de trabajos dignos de ese nombre, de «trabajos valiosos», según el certero juicio de Goodman, quien hablaba de la redundancia de los jóvenes» como uno de los grandes problemas de la juventud de su época (los años sesenta): «En nuestra sociedad, tal como es, no hay suficientes trabajos valiosos. Hay una situación de casi pleno empleo, que puede durar varios años, y con todo una gran mayoría de jóvenes están no-empleados, inútiles, desde un punto de vista racional. Todo el mundo lo sabe (que sobra trabajo inútil, que la semana de trabajo podría ser de 20 horas sin perjuicio para la economía), pero nadie quiere hablar demasiado porque no sabemos cómo arreglarlo. En consecuencia, estamos viviendo una especie de mentira... La verdad desnuda es que hoy muchos de nosotros somos inútiles... En esta atmósfera paradójica crecen nuestros jóvenes»⁵⁰.

La precariedad laboral constituye un gravísimo problema que afecta a la mayor parte de los jóvenes. El Consejo Nacional de la Juventud afirma que «la precariedad laboral es un concepto muy amplio; no tiene por qué ser sinónimo de temporalidad. Abarca más situaciones, como la de trabajar durante 14 horas diarias en un puesto fijo o la de sufrir la movilidad forzosa». Faltan algunos elementos en esta definición. Así, uno de los aspectos de la precariedad del empleo menos tenido en cuenta es la brecha entre la cualificación profesional y el tipo de trabajo buscado y conseguido. Los datos apuntan a una actitud general de resignación por parte de los jóvenes. En el grupo de los que buscan empleo, casi la mitad busca «cualquier empleo», sólo una quinta parte se atreve a solicitar un empleo relacionado con sus estudios, y una cuarta parte busca un empleo con esas características pero están abiertos a otras oportunidades.

En relación con otros aspectos importantes de la precariedad laboral, el informe del INJUVE de 2003 certifica que los jóvenes están más dispuestos que los adultos a aceptar empleos que supongan cambiar de residencia, con ingresos inferiores a los que corresponden por el nivel de cualificación que tienen, e incluso con una categoría laboral inferior a la esperada. Pero, según el Observatorio de Inserción Laboral, aunque más del 40% de los jóvenes menores de 30 años se considera sobrecualificado y explotado, la mayoría se manifiestan satisfechos con el trabajo que han encontrado⁵¹. Hay una actitud básica de derrotismo laboral en la generación joven que explica su desinterés por una sociedad de la que tan poco esperan y a la que, con o sin razón, tan injusta perciben.

⁵⁰ P. Goodman, *Growing up absurd. Problemas of Youth in the Organized System*, Random House, Nueva

York 1956, pp. 29-32.

⁵¹ *Vida Nueva*, 11 de noviembre de 2006, p. 40.

Pero el desempleo es, antes y por encima de la precariedad laboral, y con mucho, el primer problema del mercado laboral con el que se enfrentan hoy los jóvenes. A comienzos de los años 2000 había en España 920.700 jóvenes parados, que representaban el 18% de la población activa de 16 a 29 años, una tasa de paro superior en 7 puntos a la media nacional. Las mujeres superaban en 7 puntos la tasa de paro de los varones: 22% frente a 15%. La duración media del paro ronda los 10 meses, y depende en cierta medida del nivel de estudios, desde los seis meses y medio de los jóvenes con estudios superiores a casi el doble, 11,1 meses, entre los que sólo poseen estudios secundarios.

En los países iberoamericanos la situación de los jóvenes en el mercado laboral puede calificarse sin ambages de «crítica», con peligro cierto para su inclusión social a corto y largo plazo ⁵². El informe *Juventud e inclusión social en Iberoamérica* sugiere como causa última «la debilidad del desarrollo productivo y del crecimiento económico (que) se refleja en una heterogeneización de las estructuras laborales que afecta a gran parte de la fuerza laboral, y en un grado aún mayor a los y las jóvenes. Son tres las formas de exclusión laboral en que se expresa la debilidad de los procesos socioproductivos y, por consiguiente, de la inclusión laboral y social»:

- El desempleo abierto, cuyo impacto va mucho más allá de lo estrictamente laboral, ya que el empleo es una fuente principal de ingresos, proporciona integridad social, conlleva legitimidad y reconocimiento social, facilita los contactos y la integración a redes, facilita la participación en acciones colectivas, etc.

- Las ocupaciones de baja productividad y en malas condiciones laborales, que aumentan con la ausencia de redes de protección.

⁵² Comisión Económica para América Latina y el Caribe. Organización Iberoamericana de la Juventud, *Juventud e inclusión social en Iberoamérica*.

- Y los empleos de condiciones precarias, caracterizados por las bajas remuneraciones, escasa seguridad social y graves deficiencias en relación con la estabilidad, la salud ocupacional y los derechos laborales.

El desempleo, primera forma de exclusión laboral, afecta a los jóvenes en mucha mayor medida que a los adultos, duplicando en los noventa la tasa de desempleo general: el 19,6% frente al 8,2%. Pero hay países en los que la tasa media de desempleo juvenil – 15 a 24 años– supera con creces ese 19,6%: alrededor del 50% en Nicaragua, y por encima del 50% en México, Costa Rica y Uruguay. Situación más preocupante aún es la del grupo de 15 a 19 años, que en 1999 presentaba tasas de desempleo juvenil del 37% en Colombia, 35,9% en Argentina y 29,2% en Chile.

El deterioro del desempleo juvenil iberoamericano ha castigado más a las mujeres jóvenes que a los hombres: 22% frente al 18%. Y, dato aún más preocupante, el porcentaje de jóvenes que no estudian, ni trabajan ni buscan hacerlo alcanzó el 20,8% del grupo juvenil, de nuevo de forma más acentuada entre las mujeres jóvenes, 27,9%, que entre los hombres, 12%.

La segmentación o desigualdad del desempleo tiene un claro sesgo desfavorable para

los jóvenes con menor nivel educativo y procedentes de hogares más pobres. Los jóvenes de familias de mayores ingresos y con mejores logros educativos tienen un destino laboral mejor en términos de ingresos, condiciones de trabajo, movilidad y prestigio social. Hay que mencionar aquí una clara distinción entre los jóvenes informatizados y los jóvenes que no lo están. Los primeros, privilegiados, manejan mejor que los adultos las nuevas técnicas de comunicación y se adaptan mejor a mercados desregulados y flexibles, por lo que suelen incorporarse como profesionales de «carrera veloz» o emprendedores exitosos. La gran masa de los segundos tiene que contentarse con trabajos precarios y pobres, o con empleos formales de baja especialización y salarios comparativamente bajos.

La segmentación del desempleo no discrimina únicamente a los jóvenes con bajos logros educativos y de familias pobres. Hay también segmentación *por género* (a igual nivel de educación o capacitación, las mujeres latinoamericanas siguen percibiendo ingresos inferiores a los varones), *por espacio* (los jóvenes rurales latinoamericanos tienen muchas menos oportunidades que los urbanos por el mero hecho de vivir alejados de los enclaves de la modernidad), *por redes* (los jóvenes de familias urbanas y de ingresos medios y altos acceden con más facilidad a los buenos empleos por contactos familiares, de compañeros de escuela, de empresa o de la tecnocracia estatal) y por el *color de la piel* (en promedio, los jóvenes indígenas y afrodescendientes tienen empleos más precarios y de ingresos más bajos que el resto).

La juventud española padece también la segmentación del mercado laboral, con algunas diferencias con la latinoamericana. Las mujeres jóvenes ganan un 27% menos que los varones (680 euros frente a 865, en 2004), y el desempleo les afecta casi el doble que a ellos. La segmentación por redes actúa de forma algo distinta en la juventud española: en la búsqueda del primer empleo, mientras aún se está estudiando, la mayor parte de los empleos conseguidos se consiguen por las redes informales, familiares, amigos y conocidos; cuando ya se han concluido los estudios, las vías más importantes para conseguir empleo son las redes formales, especialmente la autopresentación en las empresas.

Los datos españoles sobre la segmentación del empleo coinciden en líneas generales con los latinoamericanos, con algunas diferencias. A finales de 2003 había en España algo más de 4 millones de jóvenes ocupados, es decir, que el 52% de los jóvenes entre 15 y 29 años tenía empleo. Según datos del informe del INJUVE de 2004, el 41% de los jóvenes sólo trabaja, y el 12% trabaja y estudia simultáneamente. Se está produciendo una notable feminización de la población trabajadora juvenil: el peso de las mujeres entre los jóvenes ocupados ha pasado del 39% en 1990 al 43% en 2003. Uno de los rasgos básicos del mercado de trabajo en el que se mueven los jóvenes es la elevada tasa de temporalidad: más de la mitad de los jóvenes asalariados (el 52%) tiene un contrato de carácter temporal, aunque esta proporción ha ido descendiendo desde 1995, cuando alcanzó el 64%. Esta temporalidad afecta de modo especial a los más jóvenes (el 81% de los asalariados) y disminuye notablemente hasta el 44% de los comprendidos entre los 25 y los 29 años.

La temporalidad en el empleo –los jóvenes españoles que sufren esta lacra han pasado como media por 3,6 empleos a lo largo de su corta vida activa– significa algo más serio que inseguridad e inestabilidad. «Los hijos de la desregulación», como han sido llamados, «están viviendo una experiencia de acceso a la edad adulta inédita y difícil de comprender. Son una vertiente de la corrosión del carácter, en expresión de Richard Sennet, de las clases trabajadoras del nuevo capitalismo»⁵³. Los minicontratos, trabajos eventuales, empresas de trabajo temporal, etc., desembocan fatalmente en currículos fragmentados, listas de empleos cortos, inestables y sin hilván que revele una acumulación de saber y de experiencia profesionales. El crecimiento económico de los últimos años ha producido abundancia de estas ocupaciones que proporcionan ingresos sustanciales pero sin regularidad ni cuantía suficientes para permitir la emancipación, por lo que estos jóvenes tienen una considerable capacidad de gasto que se vuelca hacia el consumo ocioso y ostentoso. El estilo de vida de estos jóvenes, de clases bajas y medias bajas, sobre todo, alcanza su máxima expresión los fines de semana y la noche, convertidos en espacios de identificación de grupo y de generación, en «tiempos» que hay que exprimir al máximo, gastando cuanto se tiene, llevando las sensaciones al límite hasta que el cuerpo aguante. De ahí las significativas expresiones: «romper», «desparramar», «a morir», «vivirlo a tope»...

Un rasgo importante de esta inédita «cultura laboral» de la generación joven es la desaparición de la vieja «ética calvinista» de valoración casi sagrada del trabajo y del esfuerzo personal. Éste fue dañado en la sociedad española –dicen los expertos– por la LOGSE, que devaluó en la práctica el esfuerzo, la competitividad y el trabajo duro, y, además, el raquítico horizonte laboral que se abre ante muchos jóvenes ha destruido en ellos el sentido sagrado del trabajo duro, del esfuerzo, de la perseverancia, etc. El *ethos* del trabajo, alumbrado por el protestantismo, ha sido sustituido entre los jóvenes por la moral del consumismo como el *summum bonum*, y la ética de la competitividad como el medio de conseguir ese bien supremo (López Aranguren). Muchos padres, como se verá más adelante a propósito de la familia, se han prestado suicidamente a esta labor de descrédito de la ética del trabajo como vocación y esfuerzo.

⁵³ F. Conde y J. A. Gómez Yáñez, «Los hijos de la desregulación», en *El País*, 22-enero-2001.

Por debajo de las cifras de minicontratos o de empleos temporales de a veces ridícula duración se percibe una peligrosa bifurcación de las expectativas sociales, con un serio impacto en el terreno de la igualdad, como ya se comentó anteriormente a propósito de la «segmentación» del mercado laboral. Las generaciones de clase alta y parte de las medias mantienen la confianza en el modelo meritocrático –el ascenso social vía formación y estudios superiores y *masters* en el extranjero, sin olvidar el esfuerzo y el trabajo personal–, pero amplios segmentos de clases medias bajas y bajas han perdido toda su fe en ese modelo, y con esa pérdida, su capacidad para generar proyectos de inserción valiosa en la vida adulta y en la sociedad, de cuyo futuro se desentienden.

Dos datos más sobre la precariedad laboral juvenil confirman la situación de crisis del mercado laboral de los jóvenes en los países iberoamericanos. El primero, que el

moderado crecimiento del empleo juvenil se ha producido exclusivamente en el sector informal, en la economía subterránea, lo que ha conducido a un aumento de la informalidad laboral entre los jóvenes ocupados urbanos, del 42% al inicio de los años noventa al 47% a fines de los mismos. El segundo, que la contratación temporal de los jóvenes es muy alta, hasta el punto de que el 64% de los jóvenes trabajadores entre 16 y 24 años sólo poseen trabajos ocasionales, tasa que desciende ligeramente al 52% de los jóvenes entre 16 y 29 años.

Tanto el desempleo como la precariedad laboral ayudan a comprender el presentismo juvenil y su intensa orientación a disfrutar del tiempo libre «a tope». Para muchos jóvenes sin empleo o con empleos precarios el futuro no existe, sólo el presente, pues la estabilidad del empleo es la condición inexcusable para poder imaginar y planear el futuro: hogar, familia, hijos, relaciones sociales, etc.

Pero más allá del presentismo vital y del hedonismo juvenil, inducidos por la precariedad laboral y el desempleo, la amenaza más grave que planea sobre muchos miembros de las generaciones jóvenes es la exclusión social, sobre todo cuando el desempleo va unido a la salida del ámbito educativo. Pueden distinguirse en este sentido al menos dos grupos con mayores problemas:

- Los adolescentes y jóvenes que trabajan y no pueden seguir estudiando; se trata de jóvenes con menos de 10 años de educación, o sea, con muy bajas posibilidades de aspirar a posiciones con ingresos que les permitan una movilidad social positiva. Siguen representando en los países latinoamericanos entre el 20 y el 50% del total de jóvenes, según los países.

- Los jóvenes que ni estudian ni trabajan, menos que en los años noventa, pero siguen representando entre el 12 y el 40% en los hogares pobres, y entre el 2 y el 10% en los hogares de ingresos más elevados (CELADE, 2000).

Una fuerte limitación de las expectativas laborales y de la promoción social se ceba en el segmento femenino de 15 a 29 años que se dedica a las tareas domésticas en exclusivo. En América Latina representan algo más del 31%, frente al 17,5% en España, según la *Encuesta de población activa* de 2003.

6. El comportamiento antisocial de los jóvenes

El comportamiento o conducta juvenil que no se ajusta al conjunto de las normas y de los valores sociales es a menudo parte de su proceso de maduración y crecimiento, tendiendo a desaparecer espontáneamente en el paso a la fase adulta en la gran mayoría de los individuos.

Riyadh Guidelines (ONU)

El comportamiento antisocial, violento en ocasiones, ha sido considerado algo consustancial a la propia juventud hasta que sobrepasa un determinado límite. Es conveniente recordar en este sentido que la adolescencia primero y más adelante la juventud son fases de adaptación del nuevo individuo a una sociedad ya formada, con sus leyes y normas, sus códigos cívicos, éticos, estéticos y su rígida estructura. Una sociedad, puede decirse, pactada sin la participación, opinión o aprobación del propio

joven, pero que éste ha de aceptar y a la que ha de adaptarse sin causar demasiados problemas. Además, esta situación de adaptación social viene acompañada en la adolescencia de tres *grandes duelos* ⁵⁴: el duelo por el cuerpo infantil, asistiendo como espectador impotente a los violentos cambios que se dan en su propio organismo; el duelo por la identidad infantil, que dará paso a una identidad inestable, convulsionada por los procesos adolescentes, y, por último, el duelo por los padres de la infancia. La sociedad actual, además, con su baja tolerancia a las frustraciones (y este tipo de duelos supone uno de los mayores exponentes de frustración) no asienta las bases necesarias ni las directrices apropiadas para que el adolescente y el joven puedan enfrentarse a estos duelos. Desde este punto de vista, adolescentes y jóvenes podrían ser considerados, como tantas veces se hace, tanto a pie de calle como en medios de comunicación o desde algunos entornos políticos y académicos, como una bomba de relojería. Este malestar en la cultura característico de la juventud, en su propio cuerpo y en su ambiguo rol social, no desemboca en la mayor parte de los casos, sin embargo, en una conducta antisocial propiamente dicha, limitándose en su mayor parte a meros flirteos con este tipo de conductas.

6.1. La amplitud del concepto «conducta antisocial»

Al abordar el tema de la conducta antisocial de los jóvenes, la primera dificultad que se plantea radica precisamente en la amplitud del concepto en sí, es decir, en la amplia paleta de conductas por él englobadas; la variedad de fenómenos sociales en los que se agrupan y toman forma estas conductas, así como la gran diversidad de factores implicados en su proceso de cristalización, que pueden ser rastreados desde aquellos puramente ideológicos hasta los que atañen a la mera supervivencia del individuo; desde fenómenos relacionados con el macroentorno cultural, político o económico hasta las experiencias individuales, familiares y grupales. Esta amplitud del concepto invita a hacer una serie de precisiones.

A raíz de la anterior visión del joven como individuo que necesita adaptar su comportamiento a una sociedad *pactada* de antemano, la primera distinción que cabría plantear es la que diferencia entre un *comportamiento reivindicativo*, impulsado por un afán de transformación de la sociedad, y otro, que habría que denominar *asocial o disocial*. Sin embargo, esta diferenciación entre comportamientos reivindicativos y asociales encuentra gran número de problemas cuando se trata de transformarla en indicadores empíricos, ya que en la mayor parte de los casos las acciones en sí son comunes a ambas formas de comportamiento antisocial.

Además de la anterior diferenciación, es conveniente distinguir unos cuantos conceptos clave que serán utilizados en las próximas páginas. Las conductas que pueden ser consideradas *antisociales* están en contraposición con las que cabría denominar *prosociales*, encaminadas a procurar un bien social, ya sea en individuos particulares o en la sociedad general, como pueden ser, por ejemplo, las diferentes formas de altruismo. Por el contrario, la agresión, entendida como una acción dirigida a hacer daño a un individuo o grupo, es una de las acciones antisociales más comúnmente utilizada para definir este último concepto. La agresión puede ser considerada en este sentido

como una materialización de la amenaza, latente o explícita, que también entra dentro del comportamiento antisocial, mientras que la violencia puede ser entendida como el estado de las relaciones sociales que para su mantenimiento o alteración precisa de esta amenaza, bien sea de forma implícita o explícita. Por su parte, la violencia simbólica entraña una manifestación de fuerza, insultos, la proyección de grandes prejuicios contra un grupo o la consideración altamente negativa de un grupo o de una persona⁵⁵.

Además de la agresión en sí o de las amenazas o violencia simbólica, la conducta antisocial puede

⁵⁴ A. Monserrat y M. T. Muñoz, «Violencia y familia», en *Revista de Estudios de Juventud*, nº 62, INJUVE, septiembre 2003, p. 52.

⁵⁵ C. Fernández Villanueva, *Jóvenes violentos*, Icaria, Barcelona 1998, pp. 46-47.

adoptar muchas otras formas, como el vandalismo, dirigido tanto a objetos materiales públicos, institucionales o privados, la disrupción, el absentismo escolar e incluso la picaresca asociada a los exámenes⁵⁶.

Es evidente que hacer una pintada en una fachada o tomar esporádicamente alguna sustancia de las consideradas drogas blandas son ambas actividades muy diferentes de matar a alguien a palos o violar a una compañera de clase. Una diferenciación de gran trascendencia en este sentido es la que se da entre la conducta antisocial violenta y la no violenta. Ahora bien, esta diferenciación lógica sólo puede ser realizada con cierta precaución, ya que, habitualmente, cuanto mayor sea el número de infracciones que cometa una persona, mayor es la probabilidad de que al menos una implique violencia. Como consecuencia, dado el alto número de este tipo de conductas registradas entre delincuentes reincidentes, es muy probable que entre ellas se den algunas violentas, existiendo, por lo tanto, una necesaria asociación entre delincuencia persistente y delito violento. Por otro lado, los factores de riesgo personales y familiares que favorecen la conducta antisocial, violenta y no violenta, parecen ser en términos generales semejantes, aunque los violentos tienden a mostrar rasgos de alto riesgo, destacando entre ellos la delincuencia de los padres, la deficiente supervisión, la falta de armonía matrimonial, etc.⁵⁷.

Existe, además, una considerable heterogeneidad en los patrones antisociales. Si atendemos, en primer lugar, a su persistencia en el tiempo, una gran mayoría de los jóvenes-adultos han participado en actividades antisociales en algún momento de sus vidas, mientras que solamente una ínfima parte de ellos han persistido en este tipo de conductas. Desde este punto de vista, un amplio abanico de conductas delictivas pueden ser consideradas como estadísticamente normales, ya que la mayoría de los individuos han realizado en algún momento un acto por el cual podrían haber sido denunciados y detenidos, no siendo estos actos en nada diferentes de los cometidos por individuos que comparecen ante los tribunales. Hay que tener en cuenta en este sentido, además, que un gran número de comportamientos antisociales, aunque sean así considerados en pleno derecho, atendiendo a las normas y los valores de toda la sociedad, no son definidos como tales por numerosas subculturas. Uno de los casos más importantes de este caso lo constituyen, por ejemplo, los grupos de protesta civil.

Asimismo, un comportamiento antisocial no supone necesariamente una patología estable. Una personalidad psicopática no siempre corresponde a una persona agresiva o violenta. Es a partir de los 20 años cuando la persistencia de ciertas conductas antisociales y/o violentas llevaría a un diagnóstico de trastorno de personalidad. La edad de inicio de los problemas es un factor de gran importancia. Cuando empiezan en la adolescencia, que es lo más corriente, es menos probable que se mantengan en la edad adulta. Sin embargo, la persistencia y gravedad de las conductas antisociales parece tener que ver con su inicio en la infancia y con ir asociado a otros problemas ⁵⁸.

Pese a la dificultad evidente de establecer de forma clara y contundente la división entre un comportamiento antisocial *normal* y otro que se sitúe más allá de los límites de la normalidad, se detectan cada vez con mayor fuerza importantes desplazamientos de estos límites en las actuales sociedades en las que impera la anomia. «Quien es educado por una sociedad anómica», plantea Gil Villa, «¿cómo podrá amar la norma, tener algún apego por la ley? Antes lo contrario, la norma será algo que uno se puede saltar, sobre todo si desaparecen los obstáculos morales» ⁵⁹. Según este autor, nuestras sociedades están siendo testigos de un aumento sin precedentes del comportamiento antisocial, combinado con el deterioro de los clásicos factores predictivos a éste asociados. Frente al modelo antiso⁶⁰

⁵⁷ M. Rutter, H. Giller y A. Hagell, *La conducta antisocial de los jóvenes*, Cambridge University Press, Cambridge 2000, pp. 154-155.

⁵⁸ A. Álvarez-Cienfuegos y F. Egea, «Aspectos psicológicos de la violencia en la adolescencia», en *Revista de Estudios de Juventud*, nº 62, INJUVE, septiembre 2003, p. 42.

⁵⁹ F. Gil Villa, *Juventud a la deriva*, Ariel, Barcelona 2007, p. 61.

cial anarquista, representado por sus padres o abuelos, y característico de las sociedades autoritarias, el autor propone, de la mano de Ernst Jünger, la emergencia de una nueva generación *anarca*, característica de sociedades que pecan de falta de autoridad. Al joven *anarca*, a diferencia de los anarquistas, no le gusta la sociedad, llegando a expulsarla de sí mismo. No trabaja a su favor; no está ni a favor ni en contra de la ley, y aunque la conoce, no la reconoce, despreciando todo tipo de prescripciones y obediendo la norma cuando no le queda más remedio o cuando le interesa.

6.2. Variables explicativas

del comportamiento antisocial juvenil

Una profunda comprensión del fenómeno del comportamiento antisocial juvenil, así como el desarrollo de medidas y programas efectivos de prevención de estos comportamientos, ha de pasar necesariamente por un análisis equilibrado de las explicaciones de dicho fenómeno, tratando de dar mayor peso a la investigación científica realizada sobre el tema, y restándosela, en la medida de lo posible, a la fuerte carga ideológica y política de la que el tratamiento de este tema ha adolecido y sigue adoleciendo. La tarea de deslizar ambos discursos, sin embargo, no es simple en absoluto, al estar ambos imbricados desde la formulación de los primeros bocetos explicativos. La aproximación a este fenómeno queda necesariamente inserta en la

cosmovisión e ideología individual, poniendo en juego toda la compleja maquinaria que aquéllas necesariamente implican, desde las diferentes concepciones sobre la naturaleza del ser humano hasta el alcance y la fuerza de los efectos sociales sobre el individuo.

La diversidad de perspectivas y de enfoques disciplinares poco ayuda en este empeño. Así, por ejemplo, mientras para *los* criminalistas la conduc

Conducta antisocial

Maltrato

Violencia Agresión

Fuente: C. del Barrio, A. Barrios, K. van del Meulen, H. Gutiérrez, «Las distintas perspectivas de estudiantes y docentes acerca de la violencia escolar», en *Revista de Juventud*, INJUVE, septiembre 2003, pp. 65-79.

ta antisocial juvenil incluye todo agravio protagonizado por los jóvenes contra la ley, quedando la gran mayoría de las variables explicativas y de sus actores relevantes relegados a un segundo término, para los sociólogos y psicólogos estas últimas ocupan un lugar central en sus estudios, contemplando el concepto desde un marco más amplio e incluyendo en su análisis variables y actores desestimados por los anteriores como irrelevantes. En las próximas páginas abordaremos estas variables psicológicas y sociológicas que de mayor aceptación, han disfrutado en los últimos años de investigación, tratando, de nuevo, en la medida de lo posible, de evitar los sesgos anteriormente mencionados.

a) *Genética y rasgos individuales*

Probablemente ningún otro factor como el de las influencias de la genética y de los rasgos específicamente atribuibles al individuo ha agitado tanto las pasiones en el campo de la política y en el científico. Tanto el predominio de las perspectivas sociológicas como el reconocimiento de la extraordinaria extensión de los actos antisociales, comentada anteriormente, pusieron en duda durante la segunda mitad del siglo XX las influencias de carácter genético o individual. Hoy en día, por el contrario, con la mayor influencia de la psiquiatría biológica y el refuerzo de una investigación empírica sobre las características individuales, una gran parte del discurso científico se centra en el estudio de los determinantes genéticos y biológicos, los factores neuropsicológicos, y los vínculos de estos tipos de comportamientos con el trastorno mental. Es necesario tener en cuenta que la relación entre lo genético/biológico puede darse de diversas formas, y que el aislamiento de los diferentes factores es, en gran medida, una labor muy compleja, ya que, en primer lugar, los padres transmisores de los genes son al mismo tiempo aquellos que brindan al hijo un entorno de crianza, haciéndose complejo distinguir, por lo tanto, entre calidades genéticamente transmitidas y riesgo ambiental. Asimismo, las características genéticamente transmitidas influyen tanto en la sensibilidad hacia los elementos ambientales como en la manera en que las personas interactúan con su entorno y lo configuran.

Las investigaciones sobre la influencia genética en el comportamiento antisocial se remontan a los años sesenta, al hallarse en un estudio un exceso de la anomalía cromosómica XYY entre los delincuentes, en comparación con el total de la población.

Este hallazgo condujo a la creencia popular errónea de que los individuos XYY eran psicópatas extremadamente violentos. Más adelante, no obstante, pudo comprobarse que XYY no es, directamente, el causante ni del comportamiento antisocial ni del violento, sino que, junto con muchos otros factores, es un rasgo que puede incrementar la probabilidad de conducta antisocial. Hoy es ampliamente aceptado que los efectos genéticos de ninguna forma actúan directamente sobre la conducta antisocial. No hay ningún gen de ésta, ni es probable que se pueda llegar a encontrar. Los genes que contribuyen a una mayor o menor tendencia a desarrollar una conducta de este tipo son, por el contrario, variaciones de genes que todo el mundo tiene, no genes enfermizos, y tendrán que ver en mayor medida con dimensiones protectoras o de riesgo, y no con ninguna conducta desviada como tal, es decir,

«tienen que ver con variaciones de características normales que todos poseemos en algún grado. Las que tienden a llevar a una mayor probabilidad de conducta antisocial se denominan dimensiones “de riesgo”, y las que van asociadas a una menor probabilidad, dimensiones protectoras. De este modo, las dimensiones podrían aplicarse a características temperamentales o de personalidad que suponen indirectamente un mayor riesgo de conducta antisocial»⁶⁰.

A diferencia de los factores específicamente genéticos, la influencia del cociente de inteligencia (CI) en las conductas antisociales, esbozada ya en los años setenta, sí se ha demostrado pertinente, encontrando un CI ligeramente inferior (aunque dentro del registro medio) entre los delincuentes que entre los que no lo son. Es decir, un niño que tenga un CI de 100 tiene una mayor probabilidad de mostrar conducta antisocial que otro que tenga 130. Si bien en un primer momento se dio por supuesto que este fenómeno era debido a una procedencia familiar con niveles económicos y culturales más bajos, hoy en día esta hipótesis ha sido descartada, como también lo ha sido la de que el factor determinante, antes que el CI, era el fracaso escolar. Sí se ha demostrado, en cambio, una fuerte relación entre el CI y una variable de gran peso en la explicación de la conducta antisocial: la hiperactividad.

⁶⁰ M. Rutter, H. Giller y A. Hagell, o. c., p. 194.

Los estudios realizados con niños con hiperactividad y la consecuente dificultad para la atención y la concentración muestran un índice muy elevado de desarrollo de conductas antisociales antes ya de la adolescencia, así como una mayor probabilidad de que estas conductas se extiendan a la vida adulta, si bien esta persistencia en edades más avanzadas está en estrecha relación con las experiencias familiares y otras características individuales. Además, la hiperactividad se asocia con relaciones deficientes con los coetáneos, y con problemas cognitivos de diversa índole, que afectarán más adelante al rendimiento académico. Si bien, como se acaba de apuntar, no pueden detectarse influencias genéticas directas sobre el comportamiento antisocial, la hiperactividad actúa de enlace entre ambas, estando ésta estrechamente relacionada con los factores genéticos. Por otro lado, esta asociación solamente parece darse entre la hiperactividad y la conducta antisocial no violenta, no habiéndose podido detectar una relación con las conductas específicamente violentas.

Otra serie de rasgos de personalidad, aparte de la hiperactividad, también se asocian con el desarrollo posterior de comportamientos antisociales, aunque en estos casos las conclusiones no sean tan claras como en el anterior caso⁶¹. Así, por ejemplo, la falta de control, la fuerte impulsividad, la timidez, la agresividad o las dificultades para posponer la satisfacción, todas ellas desarrolladas en tempranos estadios de crecimiento, han sido tenidas en cuenta a la hora de explicar este tipo de comportamientos, aportando resultados contradictorios o paradójicos. Se ha demostrado, por ejemplo, que la timidez constituye en sí misma un factor de protección frente a los comportamientos antisociales siempre y cuando no aparezca mezclada con la agresividad, en cuyo caso sí se convierte en un factor de riesgo. Otros rasgos, por el contrario, como la fuerte impulsividad, la búsqueda de sensaciones, la falta de control y la agresividad, sí han resultado ser buenos indicadores, a esas edades, de una posterior conducta antisocial.

b) *La familia*

A pesar de la influencia de los factores individuales es necesario no olvidar que la conducta del niño y del adolescente ha de ser estudiada también como reflejo de un contexto, inserta en una realidad tanto espacial como temporal. El proceso de socialización de cada individuo describe una trayectoria idiosincrásica. En la socialización de las conductas antisociales, y más concretamente en las violencias, influyen de manera determinante dos procesos inherentes a la transmisión de patrones comportamentales en el seno de la sociedad: la endoculturación y la educación.

La *endoculturación* es el proceso de aprendizaje mediante el cual la generación de mayor edad invita, induce y constriñe a la más joven a adquirir los modos tradicionales de pensamiento y conducta. Todas las personas que pertenecen a sistemas culturales en los que la familia constituye la piedra angular de las relaciones sociales están subordinadas a ésta. La endoculturación es un proceso continuo e imperceptible, a la vez consciente e inconsciente, en el que las ideas, los hábitos de conducta y los patrones comportamentales de una generación permean las mentes en proceso de desarrollo⁶².

El *proceso de socialización*, que se verá desde otra perspectiva más completa en la quinta parte del libro, se produce por medio de las instituciones que conforman a la sociedad, la familia en primer lugar, y después la escuela y otras instancias, como los medios de comunicación, los grupos de amigos, etc. Este proceso tiene como función primordial, aunque no la única, garantizar la reproducción de la ideología dominante. Una de las teorías más significativas en lo referente a la socialización, la de Albert Bandura, explica cómo adquirimos nuevas

⁶¹ M. Rutter, H. Giller y A. Hagell, o. c., pp. 206 y ss. ⁶² A. Montero Gómez, «Adolescencia y violencia», en *Revista de Estudios de Juventud*, nº 73.

conductas observándolas en otras personas. El niño y el adolescente que observan una conducta, almacenan esta información en su memoria, pudiéndola o no reproducirla más tarde, influyendo fundamentalmente el éxito o el fracaso conseguidos por la persona a la que observa. La realización de conductas está relacionada, por lo tanto, con la imitación de aquellos que pasan a ser modelos para el niño.

Desde esta teoría, familia y escuela son los agentes de socialización más poderosos

en las primeras fases de desarrollo⁶³. Sin embargo, la aparente unidireccionalidad de este proceso no es tal en la realidad, debiéndose incluir también la influencia del comportamiento del niño en las conductas de sus padres y profesores, y, por lo tanto, volviendo a incluir los factores individuales en la configuración del entorno. Los niños y adolescentes que se comportan de forma difícil o socialmente desaprobadas pueden influir en los comportamientos de terceras personas, al motivar un rechazo o condiciones educativas más estrictas o punitivas. Dicho de otra forma, el comportamiento del niño también modela el entorno que influye en el niño. Las influencias familiares pueden ser, sin embargo, de diversa índole. Rutter, Giller y Hagell sistematizan en seis grandes bloques, tal y como se sigue, estas influencias⁶⁴:

– *Padres adolescentes*: diferentes estudios han puesto de manifiesto que el hecho de nacer de un progenitor adolescente no casado es un buen indicador de un mayor riesgo de conducta antisocial. En este caso, gran parte del riesgo para los hijos se deriva de las características de las personas que se convierten en progenitores a una edad temprana, así como de la relación con otros riesgos, como las dificultades para la crianza, el acortamiento de la educación, la pobreza y, en muchas ocasiones, la falta de apoyo de una pareja.

– *Hogares deshechos*: desde el comienzo de la investigación sobre la conducta antisocial, los hogares deshechos han tenido un especial protagonismo como factores de riesgo. Sin embargo, la misma variable «hogar deshecho» es ya excesivamente amplia y multifacética, al existir muchos escenarios en la que se puede aplicar este término. En la previsión de comportamientos antisociales destaca el divorcio o la separación de los padres, mientras que prácticamente no influye la pérdida por muerte de uno de los cónyuges. Repetidas separaciones o cambios de cuidador, así como el conflicto y la discordia familiar, son las formas de hogar deshecho más poderosas de todos los predictores familiares. Esto se explica por el alto nivel de conflictividad familiar que caracteriza a las familias con múltiples cambios y separaciones.

También los niños y adolescentes puestos a cargo de instituciones como consecuencia de algún tipo de ruptura familiar muestran un alto índice de conducta antisocial. Estos comportamientos, por otro lado, tienden ya a manifestarse en el propio seno familiar. En una investigación sobre la violencia de los jóvenes en la familia realizada en el año 2005, el 66% de los menores denunciados pertenecían a organizaciones familiares fuera del núcleo originario, y el 77% de las familias habían vivido experiencias que modificaron las características del núcleo familiar (separación de los progenitores, formación de nuevas parejas, problemas de relación con los hijos, etc.)⁶⁵.

– *Malos tratos, coerción y hostilidad*: los niños y adolescentes que experimentan abusos físicos o sexuales o desatención por parte de los padres, sufren tanto problemas emocionales como sociales y de conducta que tienen una gran repercusión en los trastornos de personalidad antisocial. La conversión de un hijo en víctima en la primera infancia hace que aumente el riesgo de posterior delincuencia. Un estilo de crianza coercitivo, hostil y excesivamente severo va fuertemente asociado a un mayor riesgo de

conducta antisocial. Se ha llegado a demostrar, incluso, que estas formas de educación tienen mayores repercusiones que los propios malos tratos, derivándose antes de unos patrones de crianza hostiles permanentes que de si la disciplina incluye o no el abofetear o pegar a los niños.

⁶³ A. Bandura, *Aprendizaje social y desarrollo de la personalidad*, Alianza, Madrid 1980.

⁶⁴ M. Rutter, H. Giller y A. Hagell, o. c., pp. 253 y ss.

⁶⁵ F. Romero Blasco y otros, *La violencia de los jóvenes en la familia: una aproximación a los menores denunciados por sus padres*, Àmbit Social i Criminològic, Generalitat de Catalunya, Departament de Justícia, Barcelona 2005, pp. 201-203.

Además, los actos coercitivos de los progenitores tienden a suscitar reacciones coercitivas en los propios hijos. Una exposición crónica a estos estilos de interacción, a la violencia y a la hostilidad, pueden fomentar su aceptación por parte del niño, que contempla su uso de forma más positiva que otros que no han experimentado este tipo de educación y que no presentan signos de comportamiento antisocial. Los niños víctimas de abusos tienen más posibilidades que los demás de reaccionar a las dificultades que se les plantean con la agresión. Asimismo, los niños con este tipo de experiencias presentan un desarrollo social deficiente que, en general, supone malas reacciones y una manera ineficaz de solucionar los problemas sociales.

– *Crianza y supervisión ineficaces*: los padres de niños antisociales no logran hacer un seguimiento de éstos, no saben dónde están ni qué están haciendo, tienden a dar órdenes ambiguas o poco claras, se dejan influenciar por su propio estado de ánimo a la hora de establecer medidas disciplinarias, mostrando al mismo tiempo un estilo coercitivo poco relacionado con las necesidades y los sentimientos de sus hijos. Aunque la teoría de la coerción se centra en cómo se promueve la conducta antisocial a través de rígidos esquemas coercitivos de educación, un cierto grado de agresividad y de afirmación personal ha sido también reconocido como necesario para el normal desarrollo del niño. La supervisión de los padres juega un papel de gran relevancia en este proceso.

– *Tamaño de la familia*: las familias numerosas, con cuatro hijos o más, también se muestran como factor de riesgo, pudiéndose determinar diferentes mecanismos por los que el tamaño influye en los comportamientos posteriores. Si embargo, el tamaño de la familia está estrechamente relacionado con otros rasgos familiares ya vistos: disciplina y supervisión de los hijos laxa (dada la dificultad para realizar esta tarea cuando el número de hijos es excesivo), influencia que en este contexto pueden tener los hermanos o hermanas con comportamientos antisociales, etc.

c) *El grupo de iguales*

desarrollo del niño y del adolescente. Su importancia como factor de riesgo asociado al comportamiento antisocial juvenil se explica precisamente por este hecho. La mayor parte de los comportamientos antisociales protagonizados por jóvenes forman parte de un amplio repertorio de actividades y comportamientos surgidos en el seno grupal: la gran mayoría de este tipo de comportamientos no se llevaría a cabo si los individuos que los protagonizan no formaran parte de ciertos grupos. Aunque uno de los presupuestos básicos adoptado por bastantes corrientes psicológicas en la actualidad considera los

procesos psicológicos como anclados en el propio sujeto, el criterio de identidad se basa precisamente en la toma de conciencia realizada por los individuos no en cuanto individuos, sino en cuanto entidad social diferenciada, de tal forma que se perciben y definen como grupo con una identidad común (valores, normas, actitudes) ⁶⁶.

El carácter gregario de este fenómeno, sin embargo, no explica por sí solo el comportamiento antisocial, ya que, previamente a la socialización dentro del grupo, éste ha sido elegido antes por el individuo. Sin embargo, la investigación sobre el tema demuestra que pese a existir poderosos mecanismos de selección, mediante los cuales los individuos antisociales tienden a elegir unos amigos similarmente antisociales, las características de éstos ejercen una no menor influencia sobre las posibilidades que tiene el joven de persistir en este tipo de actividades o dejarlas de lado.

Otro elemento importante a tener en cuenta a la hora de determinar la influencia del grupo de coetáneos es el período de edad en el que estas influencias se dejan sentir con mayor fuerza. Al igual que sucede en relación con otro tipo de modelado, como pueden ser los gustos musicales o estéticos, la influencia del grupo sobre el joven se revela más en el período de la adolescencia que en la infancia, desapareciendo paulatinamente a medida que el joven va adentrándose en fases más tardías. Mientras los rasgos individuales, genéticos y de personalidad, así como las características familiares, tienen mayor

Junto con la familia, el grupo de pares constituye la agencia socializadora con mayor fuerza en el peso en el desarrollo de este tipo de conductas en la fase de la primera infancia, una vez entrada la adolescencia, el grupo de amigos proporciona las relaciones privilegiadas por el individuo, con una enorme inversión de tiempo, quedando el grupo familiar relegado a un segundo plano y sin la posibilidad real de supervisión que tenía en las anteriores fases de desarrollo. Durante los años de adolescencia, además, muchas actitudes ya percibidas aún sin forma específica, como la agresividad u otros tipos de conductas perturbadoras, adquirirán unas formas y unos ritos específicos.

⁶⁶ J. C. Turner, «El redescubrimiento del grupo social», en J. C. Turner, *Redescubrir el grupo social*, Morata, Madrid 1990.

La paulatina pérdida de importancia del grupo a medida que el joven abandona la adolescencia dependerá mucho de las características de las relaciones establecidas en este período. Así, por ejemplo, es habitual que un grupo comience perdiendo fuerza en el momento en el que se desarrollan relaciones de pareja más estables que los meros escarceos nocturnos característicos de la pubertad. Por otro lado, sin embargo, la elección de la pareja no es en absoluto ajena al grupo de coetáneos, jugando éste un papel determinante en ella. Es muy probable que las personas cohabiten con parejas de su mismo grupo de amigos o conocidos, lo que tendrá importantes repercusiones en el desarrollo tardío de la conducta antisocial del joven, que con bastante seguridad escogerá a otra persona con comportamientos antisociales similares a los que él mismo ha desarrollado en el seno del grupo.

Una última consideración sobre la influencia del grupo ha de partir de la distinción entre grupo y banda. Aunque no existe una línea divisoria clara entre agrupamientos de

jóvenes antisociales y bandas delictivas o criminales, éstas implican, en su praxis cotidiana, una mayor estructuración y jerarquización, con roles más perfilados y metas más delimitadas y consensuadas. La línea divisoria entre unas formas de agrupación y otras suele implicar un mayor o menor proceso de maduración, siendo dos fases de un mismo proceso, como espléndidamente se muestra en el clásico *Érase una vez en América*.

Pese a esto, lo que se aplica a los individuos y a su evolución en el comportamiento delictivo puede ser aplicado también en el caso de los grupos: la gran mayoría de los grupos que presentan un perfil antisocial no evolucionan en bandas organizadas, sino que simplemente flirtean con este tipo de conductas, apartándose de ellas una vez dejada atrás la adolescencia. En otros casos, algún miembro especialmente conflictivo deja el grupo para unirse a una banda organizada con la que continúa su trayectoria antisocial, avanzando en su incursión en comportamientos delictivos de mayor calado social. Hay agrupamientos, sin embargo, que han creado una fuerte controversia en el mundo académico precisamente por tener características difícilmente identificables dentro de uno u otro modelo. En este sentido, bandas como las de *skinheads* o las de los *hooligans* de fútbol han hecho más que evidente la dificultad para establecer un límite claro entre ambas. Mientras algunos opinan que este tipo de grupos están perfectamente estructurados, que se marcan objetivos y que presentan una ideología fuertemente interiorizada, otros estudiosos del tema rechazan este modelo, considerando que estas agrupaciones no encajan con el modelo de banda organizada, adecuándose mejor al de tribu urbana, cuyo fin, a diferencia de las anteriores, es el desprecio a los otros, a los diferentes, la agresión y la violencia gratuita e incontenida⁶⁷. La realidad probablemente engloba ambas opciones dependiendo del grupo, dado que el fenómeno de las tribus urbanas, como las anteriormente citadas, abarca una amplia paleta de formaciones sociales, desde la más casual y desvertebrada hasta bandas propiamente dichas, dependiendo de la mayor o menor implicación de los miembros, de la adhesión a las metas o a la ideología, etc.

La influencia del grupo radica precisamente en este proceso identitario de vinculación tanto a valores, metas e ideología como a una estética o una música específicas, claras diferenciadoras entre un nosotros y un ellos. Este proceso de formación de identidad es permanente, poniendo en juego un conjunto de elementos de gran importancia⁶⁸:

⁶⁷ J. Urra, «Adolescencia y violencia. Tópicos y realidades», en *Revista de Estudios de Juventud*, nº 62, INJUVE, septiembre 2003, p. 15.

⁶⁸ C. Fernández Villanueva, *Jóvenes violentos*, Icaria, Barcelona 1998, pp. 211 y ss.

– *Imagen de grupo*, la representación escénica tanto del propio grupo como de su estructura y de las relaciones entre sus miembros. Es la imagen de los miembros del grupo en un lugar determinado y con un sentimiento común, es decir, la creación de una imagen de unidad que confiere tranquilidad y que puede aportar formas y símbolos específicos que lo representen. En los casos de los grupos deportivos puede tratarse de la imagen del club, con la historia de sus triunfos, sus momentos cumbre, etc., que se

traduce en la expresión «vivir el club», «sentir los colores», etc.

– *Relación entre iguales*, que remite a la idea de «colegas», grupos uniformes pese a procedencias diversas (clase social, región, etc.), en los que no hay jefes, ni deberes ni deudas, y en los que todos tienen los mismos derechos y la misma posición en la acción del grupo, entienden de forma similar la ley y ésta les somete por igual a todos. La presencia entre los grupos de este imaginario no implica una verdadera igualdad. Sin embargo, los jóvenes integrantes manifiestan su creencia en ésta, conferida por la pertenencia a una vivencia común.

– *Imagen paterna*: pese a la creencia en la igualdad, no es excluida la existencia de líderes carismáticos, personas con un prestigio especial para los miembros del grupo, investidas de afecto y respeto. Estos líderes se corresponden con la imagen paterna, un padre imaginario en el doble sentido de omnipotente y, al mismo tiempo, ilusorio. No son líderes instrumentales ni por lo común dirigen actividad alguna en el sentido de dar órdenes o establecer objetivos, sino que, más bien, son personas en las que se cree y en las que se vuelca una cierta veneración.

– *Escenario de interacción*, que incluye los ambientes, los centros de reunión, los sitios donde se celebran acciones grupales, que adquieren dimensiones de representación imaginaria al tomar connotaciones especiales para el grupo, afectivas, simbólicas o metafóricas, siendo por ello mucho más que simples espacios. Un bar, un estadio, una discoteca o incluso *no lugares*, como un parque o una esquina, pueden no convertirse nunca en parte del imaginario grupal o pueden adquirir estatus de lugar de comunión en él. En muchos casos la idea del «nosotros» se extiende a este espacio, fortaleciendo el sentido de pertenencia y proveyendo de un marco imaginario para las actividades, de unas coordenadas espaciales: refugios, marcas de identidad y símbolos de unidad, madrigueras imaginarias.

– *Los otros*: además de una definición propia de *los otros*, parte indispensable en la mayoría de los grupos de la formación de la propia identidad o autodefinición, se construye una versión imaginaria de éstos, a los que se toma como referencia en los momentos de rivalidad. Priman las perspectivas despectivas, el menosprecio: sin inteligencia, cobardes, sin moral, inferiores, etc. Como es lógico, esta construcción del otro permite la legitimación de la violencia contra ellos, tanto simbólica como materializada en actos de agresión concretos. En bastantes ocasiones, este imaginario proviene de un enfrentamiento histórico y pasa a formar parte de una tradición en la que los nuevos dentro del grupo serán aleccionados.

– *Ideología*: paralelamente a la adhesión a las ideologías de determinados partidos políticos, existen otros elementos imaginarios entre los que destacan la visión de un futuro ideal, la proyección en éste de un orden social ilusorio, puro y uniforme –al no tener cabida en él lo diferente–, representación ideal de la perfección y la pureza. Este orden ideal de cosas suele presentarse más como una utopía sentimental que como un proyecto lógico, ya que no suele someterse a principios de coherencia y racionalidad. Por su fuerte carga emocional, estas imágenes futuras quedan ligadas a una acción inmediata y rara vez a un plan de acción meditado y racionalizado.

d) *Medios de comunicación social*

Sumergirse en la historia del debate sobre los efectos de los medios de comunicación en la violencia infantil y juvenil, desde la televisión hasta las *nuevas pantallas* mediáticas, supone no solamente contemplar choques científicos y metodológicos, sino también luchas de intereses como en pocos campos de investigación se han conocido. Es posible que ésta sea la razón por la que, casi cinco décadas después de que comenzase esta línea de investigación en los Estados Unidos, aún pueden encontrarse hoy en día ampliamente difundidas y aceptadas las teorías más opuestas.

Esta discusión, además, encuentra en su raíz el clásico dilema de ¿qué fue primero, el huevo o la gallina? No se puede negar que la violencia existe en la sociedad y que, por lo tanto, los medios la reflejan, hasta el punto de que en muchas ocasiones las imágenes violentas visualizadas en un documental sobre la situación actual del mundo o en un programa de noticias superan con creces a las de cualquier película o programa violento. Y a su vez, los niveles de violencia se ven agrandados en los medios, al ser mayores los niveles de audiencia ante las informaciones morbosas y, en general, ante todo aquello que atenta contra los valores sobre los que se asienta la convivencia. Debido a la anterior dificultad y a otras de carácter metodológico, hoy en día la comunidad científica internacional afronta con extraordinarias precauciones la relación entre el consumo de imágenes violentas y los comportamientos antisociales.

Resulta difícil imaginarse sin embargo, que medios de comunicación en los que se invierten grandes sumas de dinero precisamente *para influir*, especialmente en la población joven, no tengan fuertes efectos sobre los espectadores. Cada año sumas escandalosas son invertidas en todo el mundo en publicidad dirigida al cambio de actitudes o a la implantación de modelos de vida específicos; los políticos, por su parte, desvían una parte importante de los presupuestos electorales para hacerse un hueco en la programación, convencidos de que de esta forma pueden influir en el comportamiento electoral. Y, sin embargo, sigue existiendo una fuerte resistencia a aceptar los efectos de los medios en la conducta violenta de niños y jóvenes. Es evidente que la falta de una clara relación de causalidad lineal y unívoca no exime a los medios de sus responsabilidades sociales en la difusión de los valores vinculados a la violencia ⁶⁹.

⁶⁹ M. Garrido Lora, «40 años de investigación de los efectos de la violencia en prensa y televisión», en *Razón y Palabra*, n° 27, 2002, disponible en <http://www.razonypalabra.org.mx/anteriores/n27/mgarrido.html>.

No hay que olvidar, en este punto, que los medios de comunicación, en aspectos clave, superan como agentes socializadores a los que generalmente se consideran fundamentales: familia, religión, educación ⁷⁰. Concretamente, la televisión está a la cabeza en el porcentaje de jóvenes «devotos» y en el tiempo dedicado por los mismos en los días laborables (96% de los jóvenes; tiempo medio: 129 minutos), por delante de «charlar con la familia» (89%; 96 minutos), «escuchar música» (81%; 96 minutos), «oír la radio» (80%; 119 minutos), etc. ⁷¹. Esto da ya una primera idea del enorme poder potencial que tienen los medios de comunicación sobre los jóvenes. Un poder, además, que se extiende a medida que, gracias a las nuevas tecnologías, a una televisión cada vez más centrada en los niños y adolescentes, a la expansión del mercado de videojuegos y,

por supuesto, a un poder adquisitivo cada vez mayor de las generaciones jóvenes, éstas se han convertido en sus mejores y más mimados clientes.

De la misma forma que en la infancia se aprenden comportamientos por la observación de aquello que los demás hacen y dicen, es normal que los medios en general y la televisión en particular enseñen de la misma manera comportamientos a los niños y adolescentes. Y ¿qué es lo que se ve en televisión? Uno de los estudios más exhaustivos realizados en España por Javier Urra, Miguel Clemente y Miguel Ángel Vidal pone de manifiesto la gravedad de la situación actual ⁷²:

- La mayoría de los dibujos poseen en algún momento alguna manifestación de violencia.

- Pese a que la violencia está presente en gran número de programas, los tres tipos más violentos son las películas, los dibujos animados y las series, o dicho de otra forma, la programación predilecta de los niños y jóvenes.

- El tipo de violencia más frecuentemente mostrada es la física, seguida por la verbal. Suele tratarse, además, de una violencia sin explicaciones ni, en numerosas ocasiones, elementos desencadenantes.

⁷⁰ P. González Blasco, «Relaciones sociales y espacios vivenciales», en *Jóvenes españoles 99*, Fundación Santa María, Madrid 1999, p. 194.

⁷¹ F. Conde Gutiérrez del Álamo y J. Callejo Gallego, *Juventud y consumo*, Instituto de la Juventud, Madrid 1994, p. 65.

⁷² J. Urra, M. Clemente y M. Á. Vidal, *Televisión: impacto en la infancia*, Siglo XXI, Madrid 2000, pp. 56-69.

Reducir el impacto que tienen los medios de comunicación en el comportamiento antisocial de niños y jóvenes a los contenidos violentos emitidos es, sin embargo, perder de vista un amplio espectro de influencias, ya que no solamente aquéllos fomentan este tipo de comportamientos. Los anteriores autores subrayan la importancia de los medios como elemento capital del consumo ⁷³, tanto del de los propios medios como de aquello que se anuncia o simplemente se muestra, desde productos concretos hasta estilos de vida y valores consumistas. Este aspecto puede ser considerado, junto a los contenidos violentos difundidos, uno de los más importantes en la forma como los medios moldean los comportamientos antisociales de los jóvenes, al proponer una serie de expectativas, señalando un paraíso de mercancías y estilos de vida que, tal y como son expuestas, parecen accesibles a todos. Frente a lo mostrado por los medios, muchos jóvenes que crecen en un entorno de pobreza y con dificultades para encontrar un trabajo son víctimas de una tensión que impulsa a la delincuencia y a los comportamientos antisociales. Surge de esta forma una clara contradicción entre las expectativas crecientes de la población, especialmente de la más joven, y los medios precarios disponibles que la sociedad les ofrece para alcanzarlos. Como es lógico, esta tensión adquiere un enorme protagonismo en países en vías de desarrollo. Sobre esta situación, escribe Julio Mejía ⁷⁴:

Los medios de comunicación llevan esta contradicción a situaciones extremas; a los jóvenes se les muestra que se puede alcanzar el bienestar y la abundancia, y, al mismo tiempo, las oportunidades para lograr y realizar las expectativas y aspiraciones en nuestra

sociedad son limitadas y excluyentes. El resultado en el joven pandillero es la frustración, resignación, rechazo, además de que acentúa la conciencia de ser un grupo social marginado, que no tiene los medios disponibles por la sociedad para acceder o realizar sus expectativas

⁷³ *Ibíd.*, p. 68.

⁷⁴ J. Mejía, «Medios de comunicación y violencia. Los jóvenes pandilleros de Lima», en *Espacio Abierto*, julio-septiembre, vol. 14, 2005, número 003, Maracaibo, p. 398.

vas. Los medios de comunicación potencian el sentimiento de privación que viene experimentando el joven pandillero, al comparar sus carencias y necesidades con la situación de abundancia de recursos que muestra la sociedad.

6.3. Grupos y escenarios antisociales

La comprensión del comportamiento antisocial de los jóvenes requiere tener en cuenta, además de las variables y factores presentados en el apartado anterior, los grupos y escenarios que proporcionan a los jóvenes el clima y el nicho adecuados. En las páginas siguientes se examinan algunos de los escenarios sociales más relevantes, con una atención especial al fenómeno de las *maras* y pandilleros en América Latina.

a) *Pandilleros y maras en América Latina, la violencia de la exclusión*

El fenómeno de los jóvenes integrados en grupos delincuentes, mínimamente extendido hasta el momento en Europa, es probablemente la cara más visible del comportamiento antisocial juvenil en América Latina. Los datos hoy disponibles sobre su posible arraigo en países como España, donde, a causa de la inmigración, han aparecido ya grupos de este tipo en barrios marginales, han dado lugar a muchas especulaciones sobre la posibilidad de que en un futuro no muy lejano estos grupos se asienten también en Europa. Aunque estas hipótesis no pueden ser tajantemente descartadas, dado que este tipo de trasplantes no son en absoluto nuevos en la historia de las migraciones, las causas profundas que se encuentran en el origen de estos grupos distan aún mucho de las condiciones presentes en los países europeos.

Las formas que adquiere el comportamiento antisocial juvenil en América Latina son muy variadas a lo largo de su extensa geografía: sicarios colombianos, maras centroamericanas, pandillas juveniles mexicanas, ecuatorianas, venezolanas; grupos de niños y jóvenes armados de las favelas en Brasil, etc. Bajo esta diversidad, sin embargo, pueden encontrarse muy similares factores que han contribuido a su desarrollo y que anclan profundamente tanto en la historia de la región como en la situación actual de la juventud, factores ambos difícilmente comparables con los que se dan en países europeos. El fenómeno pandillero ha de ser entendido fundamentalmente, por lo tanto, como producto de las condiciones sociales y culturales que se han venido gestando a lo largo de los años en estos países ⁷⁵.

Por un lado, este tipo de grupos puede considerarse un reflejo y reproducción de la cultura de violencia fuertemente arraigada en sus países de origen. Muchos de estos grupos de jóvenes surgen tras conflictos armados y en el marco de la violencia como medio preferente de superación de conflictos. Influyen también en su emergencia la familiaridad con las armas, un exacerbado machismo y una cultura de la revancha y de la

venganza a flor de piel. Muchos niños y jóvenes integrantes de estos grupos han estado ellos mismos expuestos a la guerra o a conflictos armados de diversa índole, o pertenecen a familias que han padecido sus consecuencias. Actualmente, incluso en aquellos países que hace años no sufren en su propio territorio ningún conflicto armado, esta violencia se refleja nítidamente en las estructuras sociales: gobierno, policía, instituciones, grupos sociales, etc. Esta cultura de la violencia es en ocasiones la mejor aliada de la pobreza como alternativa viable para salir de ella.

Por otro lado, la juventud latinoamericana vive inmersa en otra forma de violencia, quizás más determinante que la anterior, en la que se enmarca y toma forma: la *violencia del olvido* ⁷⁶, la amnesia y el descuido que sufren los jóvenes por parte tanto de las autoridades responsables como por el resto del sistema social en numerosos países latinoamericanos, especialmente en los centroamericanos y andinos. La grave exclusión que padecen los jóvenes de estos países en materia de distribución de ingresos, participación social y política, y situación de pobreza, que en algunos países afecta a más de la mitad de la población juvenil, hace que su mera existencia esté inmersa en una vivencia permanente de exclusión. Una rápida ojeada a los informes del PNUD, el programa de las Naciones Unidas para el desarrollo, basta para determinar las proporciones de esta exclusión en materias como la educación, el trabajo o el acceso a los servicios de salud. Varios países ostentan en la actualidad elevadas tasas de analfabetismo y escasos niveles de retención escolar, a lo que se suma la creciente masificación de la enseñanza y un considerable deterioro de la calidad de ésta. Por su parte, las tasas de desempleo duplican y hasta triplican las tasas medias globales, y en algunas regiones equivalen a diez veces las tasas de desempleo adulto en la misma región. A esta situación laboral se suman las precarias condiciones en las que trabajan los jóvenes, con remuneraciones muy por debajo de las de los adultos, inestabilidad laboral y muy reducida cobertura en seguros laborales ⁷⁷.

Son numerosos los autores que contemplan las actividades de estos grupos como respuesta a las condiciones de violencia, pobreza y exclusión que acaban de ser examinadas. «No fueron ellos quienes eligieron la violencia», escribía a finales del siglo pasado Gustavo de Roux, investigador y político, «fueron elegidos por ella» ⁷⁸. En este sentido, quizás más importante que el hecho de que esta afirmación pueda ser constatada objetiva y empíricamente, es el hecho de que refleja fielmente la percepción que de su situación tienen los propios jóvenes integrantes de estos grupos: «Robar no es robar, sino recuperar», declaran miembros de pandillas en Chile ⁷⁹. Aunque bien conscientes de la ilegalidad de sus acciones, los pandilleros se ven a sí mismos como luchadores, y a su pandilla, no como *otro camino*

⁷⁵ M. Santacruz Giralt y A. Concha, IUDOP, Eastman, *Barrio adentro: la solidaridad violenta de las pandillas*, San Salvador, 2001.

⁷⁶ A. Soto, «Los jóvenes y la violencia del olvido», en *El Cotidiano*, septiembre-octubre, vol. 19, n° 121, México 2003.

⁷⁷ E. Rodríguez, *Los jóvenes y la violencia urbana en América Latina y Caribe: Dimensiones y particularidades de un fenómeno complejo y desgarrador*, UNESCO/INFOJUVE, Montevideo 1996, pp. 10 y ss.

⁷⁸ G. Roux, «Ciudad y violencia en América Latina», en *Ciudad y Violencia en América Latina*, PGU/Alcaldía de Cali, Cali 1993.

⁷⁹ INJUV, *Informe final proyecto de investigación Pandillas juveniles en la región metropolitana*, Santiago de Chile 1998.

posible para la integración en una sociedad que les deja de lado, sino *como el único camino*. Si la aceptación de valores y normas sociales puede ser contemplada como una ofrenda que han de hacer individuos y grupos a la sociedad a cambio de su integración en ella, como pago por contraprestaciones tales como unos derechos o unos servicios, estos grupos juveniles son una prueba fehaciente de la dificultad de una sociedad en inculcar estos valores y estas normas sin cumplir, al mismo tiempo, su parte del contrato social.

Estas pandillas o bandas, integradas habitualmente por una media de 20 o 30 jóvenes, sin embargo, no nacen y se desarrollan en solitario como microsociedades alternativas al resto de la sociedad, sino que surgen dentro de complejas estructuras. Pueden distinguirse, en este sentido, los siguientes niveles o agrupaciones de segundo orden⁸⁰:

- *Naciones, clanes, asociaciones y organizaciones*: son grupos juveniles más extensos y organizados que obedecen a una cadena de mando según su antigüedad y méritos. Cuentan con un mínimo de cien integrantes y se dividen en células, con una organización piramidal y jerárquica similar a la que rige en el ejército. La pertenencia a los diferentes grupos es mostrada por collares o tatuajes que los identifican.

- *Imperios*: consisten en una alianza o unión de diferentes grupos organizados que tienen una dirección compartida por los diferentes líderes.

- *Bandas delictivas adultas*: en muchos casos estas pandillas, así como los clanes y organizaciones a las que pertenecen, mantienen estrechas relaciones con bandas delictivas compuestas por adultos.

Un buen ejemplo de lo visto anteriormente lo constituyen las *maras* en Centroamérica. La policía guatemalteca dio por primera vez el nombre de *maras*, derivado de las conocidas marabuntas, hormigas de origen brasileño que arrasan por millones todo lo que se pone a su paso, a los jóvenes que en 1985 se movilizaron contra el aumento del precio del transporte. A partir de este momento el fenómeno comienza a extenderse, formándose pandillas de jóvenes que, a día de hoy, controlan amplias zonas de la capital y de sus alrededores. En algunos países, como Guatemala, se calcula que los delitos cometidos por estos grupos constituyen alrededor de la tercera parte del total de delitos urbanos. Las edades de sus integrantes oscilan entre los 12 y los 27 años, asumiendo el papel de líderes los jóvenes adultos. Los integrantes más jóvenes, por el contrario, suelen estar en período de prueba, así como aquellos que ingresan procedentes de otras maras. Al igual que las bandas juveniles estadounidenses, los *gangs*, las *maras* tienen una estructura muy jerarquizada. Al ingresar en ellas, los más jóvenes reciben entrenamiento en el uso de armas blancas y de fuego, e incluso bombas, sistemas de comunicación y otros conocimientos indispensables a la hora de realizar las actividades delictivas más características de estos grupos: robo de tiendas y casas, compraventa de los objetos robados, venta de drogas y armas, secuestros, etc., creyendo que no tienen a

su alcance medios de autodefensa mejores ni más justos que el robo «a los burgueses», lo que hace pensar en una cierta «conciencia de clase»⁸¹. La aceptación es diferente en el caso de aquellos que provienen de otras *maras*, teniendo que pasar por ritos iniciativos, en muchos casos de gran violencia. En la *mara* 18 (Barrio 18), por ejemplo, una de las más extendidas por Centroamérica, el tránsito ha de soportar fuertes golpes durante 18 segundos.

Los vínculos transnacionales entre *maras* son muy fuertes. A diferencia de las pandillas callejeras anglosajonas o afroamericanas ubicadas en Estados Unidos, las *maras*, al igual que muchas otras bandas latinas, mantienen y fortalecen sus vínculos con el país de origen, además del vínculo entre ellas. La *mara* Salvatrucha, una de las más conocidas internacionalmente, despliega su actividad en más de 27 estados en los Estados Unidos, donde se encuentra su cúpula operativa, encontrándose presente, además, en Canadá y México.

⁸⁰ N. Curbelo, «Las expresiones culturales como agentes de cambio en grupos juveniles violentos», pp. 5 y ss., disponible en http://www.gencat.net/interior/dialects2004/ponencias/Nelsa_Curbelo_esp.pdf.

⁸¹ E. Rodríguez, *Los jóvenes y la violencia urbana en América Latina y Caribe: Dimensiones y particularidades de un fenómeno complejo y desgarrador*, UNESCO/INFOJUVE, Montevideo 1996, p. 48.

b) Movimiento antiglobalización y okupas: «otro mundo es posible»

El movimiento internacional antiglobalización (altermundista o movimiento de resistencia global, como también se le conoce) surge como respuesta a la globalización neoliberal, dándose cita en él colectivos generalmente situados a la izquierda del espectro político, como algunos sindicatos, ecologistas, indigenistas e intelectuales de la vieja y la nueva izquierda. Todos ellos comparten el núcleo ideológico central del rechazo al capitalismo y al modelo económico neoliberal, exigiendo una sociedad más justa, la democratización de las instituciones económicas, la limitación del poder de las multinacionales y una redistribución más equitativa de la riqueza entre el Norte y el Sur y dentro de la estructura social de cada sociedad.

No es un movimiento organizado y no existen cabecillas ni líderes reconocidos como tales, en concordancia con su ética de inspiración anarquista o afín. Esta enorme diversidad interna lo convierte en un movimiento de movimientos, característica apuntada numerosas veces como debilidad estratégica por sus detractores y como una inestimable riqueza por sus defensores frente a otros sistemas que históricamente han terminando relegando sus principios fundamentales a un segundo término en pro de la homogeneización ideológica, abocada a una pronta parálisis creativa y de acción. Frente a esta alternativa, el movimiento antiglobalización ha preferido hasta el momento afirmar su identidad plural y global.

Como tantas veces sucede, a causa de la especial idiosincrasia mediática, el movimiento antiglobalización salta a escena, a pesar de tener una ya larga trayectoria de trabajo, en noviembre de 1999, fecha en que millares de personas bloquearon el Centro de Convenciones de Seattle, tratando de impedir el comienzo de la Tercera Conferencia Ministerial de la OMC, cuyo objetivo era la profundización en la liberalización comercial y financiera. La llamada «batalla de Seattle», que llegaría a inspirar canciones de éxito de grupos juveniles, fue un punto de inflexión para el movimiento en sentidos

bien distintos: supuso, en primer lugar, la primera gran victoria del movimiento, ya que se consiguió un bloqueo parcial de la cumbre por primera vez en la historia. Como contrapartida, y en segundo lugar, este éxito provocó una fuerte reacción de las autoridades, que llevó a una reacción policial de nuevo sin precedentes. Las imágenes de los disturbios, que se saldaron con más de 500 detenidos y millones de dólares en daños materiales, dieron la vuelta al mundo. Fue en este momento cuando los medios de comunicación mundiales, habituados a la noticia puntual y espectacular, acuñaron el término «antiglobalización». A partir de entonces las citas de la OMC, de las Naciones Unidas, del Banco Mundial o del FMI lo fueron también del movimiento antiglobalización y de los medios de comunicación del mundo entero: en febrero del 2000 en Bangkok, en abril y septiembre de este mismo año en Washington y en Praga, respectivamente; más adelante vendrían Salzburgo, Génova, Porto Alegre, Gotenburgo, Barcelona...

A partir de Seattle, la gran mayoría de estas concentraciones terminaron en altercados violentos, protagonizados en su gran mayoría por jóvenes. Ya en Praga se contaron más de 150 heridos y 900 detenidos. En Génova, pese al dispositivo de seguridad establecido por las autoridades italianas, la ciudad terminó convirtiéndose en un campo de batalla, culminando con la muerte de un joven manifestante italiano por disparos de la policía. Más adelante, en la cumbre de Gotenburgo, la policía sueca abrió fuego real y los incidentes terminaron con varios manifestantes gravemente heridos. Los representantes insisten en que los protagonistas de estas trifulcas poco o nada tienen que ver con ellos y que la relevancia adquirida por los actos violentos responde más a una maniobra de desprestigio, que tiene como fin desviar la atención de las reivindicaciones de fondo, acallando voces que ponen en peligro intereses económicos bien establecidos. Se pueden distinguir, con Bartolomé Martín, varios momentos diferenciados en la trayectoria mediática de este movimiento: un primer momento, la «prehistoria», en la que la visibilidad mediática es mínima, anterior a Seattle; una segunda etapa, a lo largo del año 2000, en la que el acento es puesto en los incidentes violentos; una tercera en la que se populariza la posibilidad de alternativas a la globalización, y, a partir de los atentados del 11 M, una última etapa en la que las acciones quedarán subsumidas en un segundo plano dentro del movimiento contra la guerra ⁸².

El recorrido histórico de los *movimientos okupas* guarda grandes semejanzas con el del movimiento antiglobalización, lo que no es sorprendente, dado el fuerte vínculo existente entre ambos. *Okupación*, escrito con ka con el fin de reivindicar sus orígenes contraculturales *punk*, consiste en la apropiación de un edificio o lugar abandonado con la intención de utilizarlo como vivienda o lugar de reunión. Según su ideología, el establecimiento de personas en edificios desocupados no es un acto inmoral, dado que no aceptan la propiedad privada, en especial cuando no sirve a intereses colectivos. Recordemos que España ocupa actualmente y desde hace ya bastantes años la primera posición en Europa en casas desocupadas, casi el 15% del total de viviendas. Más allá de la simple ocupación de edificios, el fin del movimiento es el de liberar espacios del *sistema dominante*: reconstruir los espacios y los tiempos, rescatar el espectáculo

circense como expresión cultural, crear normas y valores diferentes a los que rigen en la sociedad. Los tres ejes de su filosofía son: antifascista, antirracista y pacifista.

Numerosos actos antiglobalización son organizados en los centros ocupados, llegando sin embargo las conexiones entre ambos movimientos mucho más allá de una colaboración casual. Los *okupas* buscan crear alternativas asociativas y culturales en los barrios en los que viven, ofreciendo un buen ejemplo de diversidad y autogestión acorde con su ideología anarquista de base, pudiendo ser considerado como un movimiento social urbano. De hecho, otra característica más que comparten con el movimiento antiglobalización es que el término «movimiento okupa» puede ser considerado una creación mediática no aceptada por los integrantes de las ocupaciones, que prefieren el plural, «movimientos sociales». El nacimiento de estos movimientos puede ser establecido a mediados de los años ochenta en el caso de España, años en los que aparecen los primeros asentamientos en Madrid, Barcelona y Bilbao, extendiéndose a lo largo de los años noventa. Esta primera fase se enmarca en un período de crecimiento económico especulativo, primero, y de crisis generalizada, después, que afecta especialmente a los jóvenes en situación de desempleo. La efervescencia de las ocupaciones, junto con los desalojos, las detenciones, los juicios públicos y la criminalización mediática, llega a finales de los noventa. Para explicar el surgimiento y expansión del movimiento hay que tener en cuenta las *relaciones contextuales* en las que surge⁸³:

- El movimiento aparece enmarcado dentro de un movimiento ciudadano previo que reivindicaba activamente mejoras en la vivienda y en los equipamientos públicos, así como la autogestión vecinal de los centros sociales creados para la juventud, mujeres, ancianos, centros culturales, etc. Esta autogestión no fue conseguida en la mayor parte de los casos, y muchos jóvenes, sintiéndose excluidos, reaccionaron a esta situación con ocupaciones.

- Situación jurídico-penal de la *okupación* y actuación de los organismos del Estado: desde 1870 la ocupación no violenta de inmuebles no constituía un delito y la legislación vigente desde 1973 hasta 1995 mantenía esta tipificación. En 1996 se aprueba un nuevo Código Penal que la penaliza duramente, tramitándose a partir de este momento todo delito relacionado con la ocupación por lo penal, pudiendo comportar penas de prisión.

- Las primeras ocupaciones sirvieron de modelo para la creación de un número mayor de éstas. Además, como ha sido apuntado anteriormente, los espacios ocupados son lugares relativamente permanentes donde realizar charlas, asambleas de diferentes colectivos, conciertos, etc., por lo que la colaboración en red es una de sus mayores fuerzas expansivas. Otros colectivos (artísticos, feministas, etc.) cuentan en estos espacios con un lugar para sus reuniones y para la celebración de fiestas para su financiación.

⁸² J. Bartolomé Martín, «Imagen pública e identidad colectiva plural del movimiento antiglobalización en el Estado español», p. 7, disponible en <http://www.ecologistasenaccion.org/IMG/doc/>.

⁸³ M. Martínez López, «Para entender el poder transversal del movimiento okupa: autogestión, contracultura y colectivización urbana», en *VII Congreso Español de Sociología*, Salamanca, pp. 6 y ss.

c) *Skinheads, ultras: la caza del otro* **CANCIONES SKIN**

Los orígenes del movimiento *skin* se remontan a los *rude-boys* jamaicanos, que a mediados de los años sesenta se unen a los *mods* británicos, con los que no solamente compartían gustos musicales, sino tendencia a la violencia, convirtiéndose en la versión ruda de estos últimos, sobre todo al masificarse el fenómeno *hippy*, primer grupo de contrareferencia *skin*. Sus primeras víctimas fueron los pakistaníes, cuya inmigración se había incrementado por aquellos años. Sin embargo, el carácter racista de los *skin* tardaría aún unos años en emerger tal y como la conocemos hoy en día. Los primeros *skins* no eran ni racistas ni antirracistas, ni de izquierdas ni de derechas, sino un reflejo de la juventud obrera inglesa, por lo que, en un primer momento, no era en absoluto extraño encontrar *skins* blancos y negros en las mismas bandas. Lo que daba identidad a estos grupos, además de las características propias de esta clase social, era la violencia y el vandalismo: destrozo de coches, autobuses, trenes y todo tipo de establecimientos, enfrentamientos con estudiantes y policías, etc. En los setenta, este panorama cambiaría, comenzando a asociarse este movimiento con grupos británicos de extrema derecha. Por su parte, la aparición del *punk* a finales de los setenta ofrece nuevas coordenadas de identidad a los *skinheads*, lo que da fe de la importancia de la música para estos grupos. El *ska* o *reggae* deja paso a una música más cercana al *punk* denominada *oi!*, que, en opinión de los integrantes del movimiento *skin*, devolvería su fuerza originaria a un *punk* ya comercializado y gravemente aquejado de agotamiento creativo.

Más adelante, en la década de los ochenta, coincidiendo con el aumento del paro en numerosos países europeos y con la emergencia de una nueva sensibilidad frente al fenómeno de la inmigración, el movimiento comenzará a expandirse por toda Europa, así como por América del Norte. Además, durante estos años los medios de comunicación comienzan a hacerse eco del movimiento, promoviendo su relación con la ideología nazi, atrayendo de esta forma a gran cantidad de jóvenes integrantes de las juventudes fascistas que se ven así reconocidos en la moral y la estética *skin*,

Por España

No puede ser que cada mañana Sea el fin de nuestra nación
Todos los días te llega la prensa Llena de páginas de corrupción

Por España, defiéndete

Por España, skinhead

Por España, defiéndete

Tú eres la crema de nuestra nación

Trabajas duro día o noche

Sin horario ni cotización

Cada año cobras menos

Tienes derecho a una vida mejor

Por España eres capaz

De dar algo más que tu vida

Con España vives y sueñas

Llevas España en el corazón

Revolución

Siempre con promesas que nunca se cumplirán Siempre engañando al pueblo por el capital Siempre jodiendo la vida al trabajador Siempre con dinero negro
Sus cuentas ven aumentar

Nunca te dieron siquiera una oportunidad Ni una casa ni un trabajo para vivir con dignidad En ellos has confiado
Y ahora te han vuelto a engañar
Pero has escarmentado y ahora van a pagar

Yo ya estoy harto de tanta corrupción Ya estoy harto de tanta manipulación Ya no creo en los sucios políticos

Yo ya estoy harto
¡Revolución!

Ahora eres un skinhead
Y has aprendido a luchar
Con tus camaradas llegarás hasta el final

Fuente: «Primera Línea», *España, ¡despierta ya!*

siendo muchos reclutados por organizaciones racistas de extrema derecha como el National Front. En este momento se produce la gran escisión dentro del movimiento, ya que muchos de ellos se opusieron a esta filiación y radicalizaron su ideología anti-nazi.

Nacen, de esta forma, los Sharp (Skinheads Against Racial Prejudices), una rama del grupo que adopta la ideología y los símbolos de corte de izquierdas, rechaza la violencia y cuya máxima pretensión es la lucha contra los nazis, que, en su opinión, secuestran el verdadero espíritu *skin*. Sin embargo, por mucho que estos grupos de *skinheads* aboguen por desligar el movimiento de las agresiones racistas, éstas son una de las señas de identidad más significativas del mismo, por la que se los reconoce y con la que se autoidentifica la mayoría. Paradójicamente, los incidentes xenófobos protagonizados por estos grupos quedan en un segundo plano frente a los enfrentamientos entre grupos de diferentes ideologías, en este caso contra los *sharp* o los *punkies*. Hoy en día, pese a seguir siendo éstas las dos categorías más conocidas y numerosas, el movimiento *skin* se ha desgajado en numerosos subgrupos: Tradicionales, Oi!, Pielés, Punky-cabezas rapadas, Pielés de Hardcore, Cabezas rapadas gay, Apolíticos, etc.

Otra seña de identidad de gran importancia para estos grupos, indisociable de sus gustos musicales, es su estética, muy cercana a la exhibida por el director Stanley Kubrick en su película de culto *La naranja mecánica*: camisetas ajustadas, chaquetas tres cuartos, pantalones Levi's o Wangler de pierna recta azules o blanqueados, asemejando los pantalones de camuflaje, y botas del Dr. Martens. Los tatuajes también son muy apreciados entre los *skin*: crucifijos en las cabezas rapadas, *bulldogs*, martillos cruzados, bates, palos, nudillos, armas de fuego y otros elementos de artillería o lemas de canciones *oi!*

En la escena española, este grupo hace su aparición a mediados de los años ochenta, estrechamente vinculado al entorno futbolístico y a las oleadas juveniles de xenofobia, como nuevo traje de la vieja extrema derecha, que, sin embargo, se desentiende oficialmente de ellos. Aunque en un principio sólo exhiben su potencial agresividad a

través de sus símbolos, ofrecidos como una moda más incluso por grandes almacenes, ya a finales de los ochenta esta agresividad comienza a traducirse en hechos ⁸⁴. Hasta la fecha, la Oficina de Solidaridad con las Víctimas del Movimiento contra la Intolerancia ha informado, orientado y atendido más de 600 casos de violencia protagonizados por estos grupos (*Movimiento contra la Intolerancia*: 2006). En España, los *skin* más conocidos son los Ultra Sur, jóvenes *fans* del Real Madrid que manifiestan, además de su incondicional apoyo a su equipo (apoyo que en ocasiones, lamentablemente, es correspondido), un españolismo visceral, fundamentalmente en contra de sus enemigos por excelencia, los catalanes, y contra el Barcelona Club de Fútbol.

Difícilmente puede tacharse de exageración afirmar que, tanto en las sociedades europeas como latinoamericanas, el fútbol es mucho más que simplemente un deporte. Comparado por numerosos sociólogos con una seudoreligión, se ha detectado una poderosa influencia de este deporte en la expresión de orgullo nacional o regional, en la fuerza catalizadora de rivalidades de diversas raíces, en la creación de identidades colectivas, etc. Junto a las anteriores propiedades, la mayor influencia del fútbol sobre los jóvenes ultras es su poder para dividir el mundo en amigos y enemigos: «No se puede ser aficionado de verdad», escribe Bernardo Bayona, «sin utilizar el “nosotros” en la conversación (hemos ganado, nos han pitado mal...). La pertenencia a un equipo confiere identidad. Identidad que hay que reestablecer constantemente, externalizar confrontándola con otra, porque es relativa a sus contrarios, sin los cuales no tendría sentido» ⁸⁵.

Los jóvenes ultras no se comportan permanentemente como tales, sino que tienen unos tiempos y unos lugares para hacerlo, especialmente antes, durante y después del partido de fútbol, de acuerdo con unas pautas impensables fuera de este marco. Las acciones de los jóvenes ultras en los estadios y fuera de ellos siguen una serie de pautas fijas que, unas vez conocidas, permiten ser anticipadas. Antes del partido siempre se reúnen para entrar juntos al estadio. Cuando se trata de un partido importante, como una final, el grupo entero desfila hacia el estadio, escoltado por la policía. Ya en el estadio se producen los primeros choques sonoros: palmas, cantos y coreos, que se intensificarán en cuanto los jugadores, tanto los propios como los del equipo contrario, sean nombrados. Se sienten intérpretes privilegiados de los que dependen el ambiente y el impulso que reciben los jugadores. Tras el primer tiempo comienzan las tensiones y, con ellas, se intensifica la agresividad simbólica hacia los jugadores y seguidores del equipo contrario. Las agresiones físicas comenzarán una vez haya terminado el partido, cuando se encuentren cara a cara con sus *rivales*. También entra en el ritual el robo de bufandas a los seguidores del equipo contrario, la quema de papeleras, los asaltos a coches, etc.

⁸⁴ C. Feixa, M. Costa y J. Pallarés, «Movimientos juveniles en Cataluña: de los okupas a los revers», en *II Forum d'Estudis sobre la Joventut*, Universidad de Lleida, 1999.

⁸⁵ B. Bayona Aznar, «Rituales de los ultras del fútbol», en *Política y Sociedad*, nº 34, Madrid, p. 156.

Pese a que actualmente la relación entre fútbol y nacionalismo se ha debilitado, dados los procesos de globalización que favorecen una configuración del campo social del fútbol, que se desplaza desde los patrones internacionales, dominantes hasta ahora,

hacia formas de un carácter marcadamente más transnacional ⁸⁶, la fuerza del vínculo entre ambos ha sido y sigue siendo una de las características que mayor atractivo tienen para los jóvenes extremistas. En el transcurso de los años, el fútbol ha ido adquiriendo el carácter de acontecimiento simbólico de profundas implicaciones geopolíticas, actuando como nuevo catalizador de pasiones nacionales de nuevo cuño, tan atractivas para estos grupos.

d) *Violencia escolar*

Se ha contemplado hasta este punto la violencia relacionada con grupos juveniles concretos que poseen motivaciones, objetivos e incluso una ideología determinada. El análisis de la violencia escolar, sin embargo, ha de dejar a un lado los elementos empleados en los anteriores casos y centrarse tanto en la propia institución, en su estructura y sus relaciones de poder, como en los grupos que la forman y los individuos concretos, sus características y sus carencias. De otra manera, difícilmente podría comprenderse un fenómeno tan complejo como, para muchos, tan cotidiano.

Las conductas violentas dentro del ámbito escolar son un fenómeno conocido desde hace ya mucho tiempo, no siendo, sin embargo, hasta hace pocas décadas cuando comienza a difundirse, tanto en Europa como en el continente americano, la sensación de que estas conductas están haciéndose cada día más presentes, igual que sucede fuera de los muros escolares. No cabe duda de que este fenómeno puede explicarse en parte por la amplia difusión que en las últimas décadas ha encontrado en los medios de comunicación, así como en el sensacionalismo, insano morbo incluso, con el que la información es difundida (que, como ha sido demostrado en numerosos casos, propicia la amplificación de este fenómeno). No obstante, atribuirlo todo a una simple sensación, a un espejismo mediático, sería simplificar excesivamente un problema de gran complejidad y que, además, ha sido detectado no en un país aislado, sino en la mayoría de las sociedades desarrolladas y en vías de desarrollo.

En España, la emergencia de este fenómeno coincide en los últimos años, quizá no por mera casualidad, con la disminución de la violencia de las dos instituciones que históricamente han detentado no solamente el poder, sino también el derecho a ella como instrumento de socialización: la familia y la institución escolar. En la misma proporción en que aumentan en los últimos años todas las formas de violencia (entre amigos, la protagonizada por desconocidos, agentes privados o policía) disminuye la de padres a hijos y la de profesores a alumnos ⁸⁷. La violencia en las escuelas, por lo tanto, dejando a un lado la violencia estructural ejercida por

⁸⁶ S. Villena Fiengo, «Gol-balización, identidades nacionales y fútbol», AA.VV., *Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina*, Buenos Aires 2003, p. 260.

⁸⁷ *Jóvenes 2005*, Fundación Santa María, Madrid 2006.

ACTORES DE LA VIOLENCIA ESCOLAR *Víctima Verdugo*

«Está perdido. Es víctima desde que lo recuerda y los demás lo reconocen porque es más tímido y tiene miedo: del profesor, de los compañeros, de la hora del recreo que le enfrenta con

ellos.

La víctima lleva un cartel que lo anuncia. Frente a la primera broma, que no esperaba, no sabe cómo reaccionar y da pistas al resto; sólo muestra el sufrimiento y nada de la rabia que también siente. Algo le sucede; es más débil, más torpe o con más problemas. Se da cuenta de que es así, pero no sabe cómo solucionarlo. Cada mañana ir al instituto es un sufrimiento que sólo él conoce, y además no puede hablar con nadie, porque sería una manera de reconocer su fracaso; ni si quiera con sus padres, porque tampoco quiere que ellos lo sepan, por miedo o por pudor.

En casa es un chico que habla poco y pasa mucho tiempo en su cuarto. Si tiene hermanos menores, ellos recibirán la rabia que en el colegio se tragó. Los padres han sido sobreprotectores. Le han visto débil y han intentado construirle un mundo amable. Le han hecho los deberes cuando a él no le daba tiempo, porque temía el castigo, y han llamado a otros padres para buscarle los amigos que al final no ha tenido. Ignoran muchas de las cosas que suceden en el colegio y no entienden por qué pasa tanto tiempo en su cuarto o es tan agresivo con sus hermanos. Se dan cuenta de que algo sucede, pero piensan que es cosa de la edad y que ya pasará. Interiormente tienen la sensación de que su hijo es menor de la edad real que tiene y están contentos de que así sea, aunque no lo aceptarían si alguien se lo dijera.

Para los profesores pasa desapercibido, no molesta. No va bien en los estudios, pero tampoco mal y va pasando los cursos sin dar guerra. Alguna vez le han llamado la atención por su pasividad y parece reaccionar por poco tiempo. La víctima lo pasa mal en su papel, pero no sabe cómo salir de él. Opta por acercarse al verdugo pa

«No es buen estudiante y tiene claro que no le gusta estudiar, pero quiere marcar territorio. Es de los mayores de la clase o tiene aspecto de serlo y, en cualquier caso, él o ella quieren sentirse mayores y sus identificaciones son con los de los cursos superiores. El tabaco, las pastillas, maquillarse y enfrentarse a los profesores son marcas de una identidad conseguida no sin esfuerzos.

Necesita dos cosas el verdugo: una víctima y un grupo que le reconozca como autoridad en lo suyo. Una y otra cosa van unidas. Agredir a la víctima es avisar de su existencia: o se está conmigo o se está contra mí, y ateneos a las consecuencias. Es un mensaje que se hace oír en los primeros días del curso y que le otorga el papel que deberá defender, convirtiéndose en jefe del grupito y obligándose a serlo y a defenderlo el resto del curso.

En casa es un chico o chica difícil. Podía serlo ya desde niño: inquieto, enfadado cuando no se salía con la suya. Egoísta, en sus demandas no toleraba las esperas. Cuando quería algo parecía estar en su derecho de tenerlo inmediatamente. Su pensamiento reflejaba la omnipotencia que los demás terminaban por permitirle.

Más adelante, en casa, se peleaba con su madre, a la que podía insultar porque no se sentía querido, y esa noche quería dormir con ella porque tenía miedo. Con el padre podía tener más respeto, aunque las personas que les conocían pensaban que más que respeto era miedo a que pudiera quitarse el cinturón cuando se acababa su paciencia.

Se ha dado cuenta de que la violencia tiene su recompensa y de que lo que no se tiene se puede coger si alguien lo permite. Pedirle, por ejemplo, algo a un compañero para que pueda entrar en su grupo y sentirse a salvo de sus agresiones o de las de los otros. Cuando ya se ha adquirido «prestigio», ni siquiera hay que explicar: sólo saber a quién se puede pedir.

ACTORES DE LA VIOLENCIA ESCOLAR (continuación)

ra ver si éste le acepta y así dejar de ser siempre víctima. No suele dar resultado, pero si las circunstancias le permiten cambiar de papel, la víctima puede ser más peligrosa que cualquier verdugo, porque a sus víctimas les hará pagar todos sus sufrimientos.

A la víctima hay que buscarla para ayudarla». A veces disfruta con la violencia que ejerce, con ese sentimiento de poder que desde niño le ha permitido tener lo que desea, con la sumisión del otro o con la admiración del grupo, que no se atreve a hacer lo que él, pero le admira desde la distancia.

Para los profesores son alumnos imposibles que van de colegio en colegio y de expediente en expediente sin aceptar ninguna autoridad. Acercarse, entrando en el reto que él plantea, es llevar las de perder, porque el profesor deberá controlar sus actos. Si se es duro, él lo será más; si es blando, lo aprovechará para salirse con la suya. Intentar acuerdos con él permite pequeñas treguas que generan esperanzas pronto decepcionadas.

El verdugo sabe que no necesita ayuda, porque pedirla sería admitir lo que más teme: que su omnipotencia no es sino el disfraz que le protege de todos los miedos, de los que ni siquiera sabe. Sólo en el límite del conflicto, y cuando ya todo parece estar perdido, acepta que a lo mejor está equivocado».

Espectadores

«Son el grupo que sigue al verdugo. No se atreven a serlo directamente pero participan de la ceremonia y a través de ella expresan todos sus sentimientos agresivos; aquellos que les acercan al verdugo. Tienen claro que no quieren ser víctimas y no tanto que no quieren ser verdugos. Desde una mayor o menor distancia participan de lo que sucede. Algunos tan cerca que le disputarán al verdugo el papel principal, ocupando su

lugar o aprendiendo los trucos que les permitirán ejercer de tales en otro contexto, ¿quizás en vacaciones? Los que están más lejos se sienten mal consigo mismos cuando participan de la violencia. Les disgustan algunos aspectos o todos de la violencia que ven, pero todavía temen más poder ocupar el lugar de la víctima, y eso les obliga a mirar para otro lado. Sonríen al verdugo cuando éste les mira directamente y ayudan a la víctima cuando nadie les ve. En el mejor de los casos, avisan al profesor de lo que está ocurriendo.

Son el grueso de la clase».

Fuente: Avellanosa Caro, Avellanosa Peña, 2003, pp. 60-62.

Gráfico 2

Incidencia de comportamientos antisociales en el colegio

Hablan mal de mí 31,6 Me insultan 27,1 Me ponen mote ofensivo 26,7 Me esconden cosas 16

Me ignoran 10,5

No me dejan participar 8,6

Me amenazan para meter miedo 6,4

Me roban cosas 6,3

Me pegan 3,9

Me rompen cosas 3,5

Me acosan sexualmente 0,9

Me obligan con amenazas 0,6

Me amenazan con armas 0,5

05 10 15 20 25 30 35

Fuente: *Informe Defensor del Pueblo*, UNICEF 2007.

el sistema educativo o las escuelas, se centra en la convivencia de los alumnos entre sí, lo que constituye la primera causa de tensión para el personal docente, más importante que las relaciones con los alumnos o con los padres. Diferentes estudios han puesto de manifiesto que, aunque las formas graves de violencia son más bien escasas, las formas más leves, los comportamientos que atentan contra la buena convivencia dentro de las aulas, están muy generalizadas, incluyendo todo un conjunto de actuaciones que van desde hablar mal de los compañeros, los insultos, el uso de mote ofensivo, hasta la amenaza y el robo. Menos habituales son, en comparación, los comportamientos propiamente violentos, como las palizas, el acoso sexual o las amenazas con armas, todos ellos con menos de un 4% de incidencia.

El incremento de las tensiones y del clima de violencia que se viene produciendo en los últimos años en las aulas tiene en parte su explicación como reflejo de la violencia social en el entorno escolar. No hay que olvidar en este sentido que, pese a las diferencias registradas por diferentes estudios entre, por ejemplo, escuelas públicas y privadas o escuelas localizadas en barrios acomodados y escuelas de barrios marginales, éste es un fenómeno lo suficientemente extendido como para limitar sus causas profundas a las propias escuelas. La institución escolar no es impermeable, por lo que las tensiones y los conflictos sociales penetran en el contexto escolar, siendo en función de

éste como se han de entender gran parte de los conflictos que estallan en su interior: como la difusión en el interior de los centros del mismo tipo de relaciones que se desarrollan en el exterior. En la última encuesta del defensor del Pueblo en colaboración con UNICEF se recoge con claridad la convicción que tienen los jefes de estudios de esta relación escuela-sociedad. Al ser preguntados por las razones de la violencia en las aulas, el 89,7% la sitúa en la sociedad y el 77,3% en el aumento de la intolerancia en la sociedad, frente a aspectos predominantemente relacionados con la escuela, como la «falta de disciplina escolar» (73,3%) o la «ampliación de la edad de escolarización» (62,7%)⁸⁸.

Un buen ejemplo de esto es la violencia racista en las aulas, de la que son víctimas muchos de los hijos de inmigrantes que progresivamente van incorporándose a las escuelas e institutos. Estos alumnos no son solamente víctimas de la violencia escolar, sino de un racismo cada vez más extendido en la sociedad española y que se desarrolla como un reflejo en la escuela. La institución no puede mantenerse al margen de las tensiones que se generan fuera de las aulas. Lo que aporta la escuela en estos casos, básicamente, es un espacio de contacto, en muchas ocasiones el único, entre diferentes colectivos. Lo mismo sucede con las incivildades: los insultos, el desprecio a la autoridad, la necesidad e incluso la obligación de mostrar comportamientos agresivos y una personalidad *fuerte*, el relativismo moral de valores y conductas, o la intransigencia tanto frente a los diferentes como a los *débiles*, tienen mucho más que ver con las características de nuestra sociedad que con la escuela o con lo que en ella se realiza⁸⁹.

Las cuestiones relacionadas con la difusión de comportamientos violentos en el ámbito escolar son muchas y muy diversas: van desde la competitividad y la aceleración en nuestra sociedad, hasta las tensiones y conflictos sociales que se generan, la crisis de los sistemas de autoridad, el papel, espacio y actitudes que se atribuyen a los jóvenes, los cambios de valores, la definición de la masculinidad, las transformaciones en la estructura familiar, el paro, la degradación de barrios y ciudades, la exclusión social, etc.⁹⁰.

⁸⁸ Defensor del Pueblo/UNICEF, *Violencia escolar: el maltrato* 2006, Defensor del Pueblo, Madrid 2007.

⁸⁹ C. Serra i Salamé, «Conflicto y violencia en el ámbito escolar, más allá del mito de los jóvenes violentos», *Jóvenes, Revista de Estudios sobre Juventud*, julio-diciembre, México D. 2003, pp. 55-56.

⁹⁰ *Ibid.*, p. 56.

A estas influencias sociales se suman las características propias del centro escolar. Tal y como se vio al comienzo de este apartado, son numerosos los efectos, relacionados de una u otra forma con la institución escolar, que influyen en el desarrollo de jóvenes antisociales. El bajo rendimiento cognitivo y educativo, por ejemplo, constituye un factor de riesgo de gran importancia, así como los efectos que pueda tener la institución sobre el absentismo y los logros académicos, mecanismos indirectos de riesgo o de protección ante este tipo de conductas.

Los hallazgos de la investigación internacional sobre esta materia ponen de relieve al menos dos tipos de mecanismos de gran importancia en este terreno⁹¹. El primer tipo

tiene que ver con la composición del conjunto de alumnos, punto que tiene gran importancia, debido al hecho de que los niños, y más adelante los adolescentes, harán muchas de sus amistades dentro de su grupo de coetáneos de la escuela. Las características de este grupo, como ya se ha desarrollado con mayor detalle al comienzo de este apartado, determinan en gran medida el comportamiento de los niños. Pero más allá de los propios grupos y su influencia, la composición misma del conjunto de alumnos también es una característica de gran importancia en la formación de los comportamientos antisociales. Un elevado predominio de alumnos de bajo rendimiento, por ejemplo, hará más probable un mayor índice de delincuencia.

En el segundo tipo de mecanismos se incluyen las características de la escuela como institución social y pedagógica que actúa a nivel de aula, de departamento y de todo el centro. En este segundo bloque encontramos rasgos positivos, como unos buenos modelos de comportamiento profesoral (buenas interacciones personales, buena receptividad para las necesidades de los alumnos, etc.), unas expectativas de los alumnos adecuadamente altas, con una respuesta eficaz, una enseñanza interesante y bien organizada, un correcto uso de las tareas para casa, unido a un seguimiento adecuado del progreso de los alumnos, condiciones favorables a la participación del alumnado, una atmósfera ordenada, con una forma de llevar el aula hábil y no coercitiva, y un estilo de liderazgo que proporcione dirección pero que al mismo tiempo se muestre receptivo a las ideas del alumnado y del resto del personal. Además de las anteriores, se han detectado en los estudios sobre el tema del acoso escolar características de la escuela tradicional que contribuyen o por lo menos facilitan el incremento del riesgo. Díaz Aguado subraya las siguientes ⁹²:

⁹¹ M. Rutter, H. Giller y A. Hagell, o. c., pp. 323 y ss.

–Tendencia a minimizar la gravedad de las agresiones entre iguales, al considerarlas bien como normales, bien como meros problemas sin importancia que han de solucionar los mismos alumnos entre ellos, sin la intromisión de los adultos. Especialmente entre los chicos, se mantiene la creencia, profundamente sustentada por estereotipos culturales, de que estas formas de violencia son un camino adecuado (o por lo menos no tan malo) para *curtirse* e ir adquiriendo las habilidades necesarias para más adelante batallar en un mundo duro.

– El tratamiento tradicionalmente dado a la diversidad, actuando como si no existiera: estar en minoría, ser percibido como diferente, tener un problema o incluso destacar por alguna cualidad envidiada incrementan la probabilidad de ser elegido como víctima de acoso. Se ha observado, además, que los chicos que llevaron a cabo acciones antisociales graves en la juventud y en la edad adulta, se diferenciaban del resto desde los ocho años, entre otros aspectos, por haber sido rechazados por sus compañeros de clase.

– Insuficiencia de la respuesta que la escuela tradicional suele dar cuando se produce la violencia entre escolares, que deja a las víctimas en muchas ocasiones sin la ayuda necesaria para salir de la situación. Esta reacción institucional, además, puede ser y de hecho es comúnmente interpretada por los

⁹² M. J. Díaz-Aguado, «Por qué se produce la violencia escolar y cómo prevenirla», en *Revista Iberoamericana de Educación*, n° 37, enero-abril 2005, pp. 25 y ss.

agresores como apoyo implícito. En muchas ocasiones, la definición implícita del rol del profesor y del resto del personal de la escuela, centrado en la impartición de una determinada asignatura o en funciones muy concretas, dificultan este tipo de acciones a favor del alumnado.

Anexo:

Para internarse en el laberinto de las actitudes juveniles ante la sociedad

1. Política, no; causas justas, sí

Motivos por los que los jóvenes españoles sienten que vale la pena movilizarse o arriesgarse %

Por conseguir trabajo 65

Para conseguir el fin de las guerras 35

Para poder tener acceso a la vivienda 33

Por un mejor reparto de la riqueza 25

Por los derechos de los más débiles 22

Por la protección del medio ambiente 18

Para evitar los robos y la delincuencia 18

Por la mejora de los servicios públicos 14

Para la mejora de las condiciones
de los inmigrantes 13

Para preservar mi derecho a divertirme 10

Para poder hacer lo que me apetece 6

Para que los inmigrantes

no nos quiten trabajo 5 Para defender mis convicciones

religiosas y/o morales 5 Para que no se rompa la unidad de España 4

Fuente: Fundación de Ayuda contra la Drogadicción e INJUVE, *Jóvenes y política. El compromiso con lo colectivo*, Madrid 2006.

2. Los números de la crisis

Las estadísticas son a veces más elocuentes que los términos con los que se describe la dolorosa crisis económica por la que está atravesando la juventud de América Latina. Los tres cuadros siguientes describen mejor que cualquier argumento tres problemas muy concretos: la irregular incorporación de los jóvenes a la actividad económica, sobre todo de las mujeres, la evolución negativa de las tasas de desempleo entre 1990 y 1999, y la diferencia de estas tasas por género, con una clara desventaja de las mujeres.

La tabla siguiente nos permite visualizar el drama de la inseguridad laboral de los jóvenes, plasmada en las cifras de paro. Entre 1990 y finales de la década, el paro juvenil ha crecido en casi todos los países latinoamericanos, desbordando el 25% de toda la población juvenil en siete países, entre ellos Argentina, Colombia y Venezuela.

Tabla 8

Desempleo juvenil en Latinoamérica entre 1990 y 1999

1990 1999

Tabla 7

Tasas de participación de jóvenes (15 a 24) en la actividad económica (2004)

Hombres Mujeres

Argentina (Gran BA) Bolivia

Brasil

Chile

Colombia

Costa Rica

Ecuador

El Salvador

Guatemala

Honduras

México

Nicaragua

Panamá

Paraguay

Perú

Rep. Dominicana Uruguay

Venezuela

61 45 51 39 70 53 40 31 61 51 59 35 59 44 55 36 71 42 63 40 61 37 72 40 60 39 67 51
56 45 64 49 61 44 65 42

Fuente: CEPAL/CELADE, Santiago de Chile. Argentina (15-24 años) 22 36 Bolivia (20-29) 10 6 (1995) Brasil (18-24) 9 15 Chile (20-24) 12 21 Colombia (20-29) 15 26 Costa Rica (15-24) 10 13 Ecuador (15-24) 14 23 El Salvador (15-24) 19 16 Honduras (10-24) 11 10 México (20-24) 4 5 Panamá (15-24) 29 30 Paraguay (20-24) 14 13 Perú (14-24) 5 17 Uruguay (14-24) 27 28 Venezuela (15-24) 18 28

Fuente: OIT, sobre información de las encuestas de los hogares de los países.

La siguiente tabla pone de manifiesto que las mujeres se encuentran en clara desventaja cuando se trata del empleo. La excepción la constituyen las repúblicas centroamericanas, Paraguay, Perú y México, donde las tasas de desempleo de las mujeres son muy semejantes a las de los hombres.

Tabla 9

Tasas de desempleo de los jóvenes, en torno al año 2003

Hombres Mujeres

Argentina (Buenos Aires) 32 36

Bolivia 9 13

Brasil 18 27

Chile 19 26

Colombia 29 36

Costa Rica 15 19

Ecuador 17 26

El Salvador 15 10

Guatemala 8 10
Honduras 11 13
México 11 8
Nicaragua 22 21
Panamá 27 35
Paraguay (Asunción) 21 22
Perú 10 12
Rep. Dominicana 25 42
Uruguay 28 41
Venezuela 24 35

3. Una generación hipotecada

Entre las grandes preocupaciones de los jóvenes españoles figuran en lugar muy destacado los problemas del paro y de la vivienda. La adquisición de la vivienda exige en la gran mayoría de los casos el recurso a la hipoteca con un período de amortización muy largo. Dada la precariedad del empleo juvenil, esto se traduce en (1) mayor dependencia de la familia; (2) institucionalización del matrimonio para que la pareja estable comparta los costes y riesgos de la amortización; (3) conservadurismo privatizador; (4) inmovilismo localista y nacionalista; y 5) sustitución del modelo meritocrático por el consumismo y la pauta de la satisfacción inmediata.

«...A la actual cohorte de jóvenes que se disponen a formar familia entrados en la treintena habría que llamarla generación H o generación hipotecada, como forma gráfica de identificar su programación vital (...), pues se trata de una generación que no sólo ha contraído hipotecas inmobiliarias casi vitalicias, en la medida en que su plazo de cancelación alcanza ya los 50 años, sino que además ha hipotecado en sentido figurado casi su entera biografía.

En efecto, para esta generación la hipoteca se ha convertido en el peaje a pagar como nuevo rito de paso hacia la integración adulta. (...) ¿A qué se debe esta preferencia juvenil por la compra de vivienda en vez de alquiler? Hay tres explicaciones coincidentes. La primera es la escasez y carestía de los pisos en arriendo, dada la naturaleza especulativa de nuestro mercado inmobiliario. La segunda se debe a los factores culturales derivados del modelo latinomediterráneo. (...) Y la tercera se debe al clima de inseguridad laboral e incertidumbre de futuro, que aconseja a los jóvenes protegerse frente al riesgo de despido y de divorcio mediante la compra de una vivienda en propiedad (...) De ahí que la propiedad de la vivienda actúe como un seguro de vida destinado a proteger y garantizar el futuro adulto.

Todo ello explica que los jóvenes españoles prefieran seguir conviviendo con sus padres hasta que puedan estar en condiciones de adquirir una vivienda en propiedad. Pero (...) esto sólo puede hacerse mediante un crédito hipotecario con período de amortización muy largo. Pero hipotecarse a largo plazo exige disponer de un empleo fijo o estable: algo fuera del alcance para la mayoría de los jóvenes «milleuristas», de ahí que muchas veces necesiten el concurso de sus progenitores (o de sus abuelos) para que avalen y garanticen el pago del crédito hipotecario, lo que refuerza la dependencia

familiar de los jóvenes. Y aún así, la obtención del crédito hipotecario resulta muy difícil si no se plantea entre dos, mediante la firma solidaria con una pareja estable con la que compartir los costes y riesgos de la amortización. (...) Los jóvenes no se casan con sus parejas, sino con sus hipotecas, y esto explica que la cohabitación en España sea mucho más baja que en el resto de Europa, pues nuestros jóvenes prefieren el matrimonio institucional como la forma más segura de garantizar el futuro de sus hipotecas.

Pero esta hipoteca generalizada también tiene graves consecuencias sociales y políticas. Entre estas últimas cabe señalar el sesgo ideológico en sentido conservador que con sus hipotecas adquiere esta generación dedicada el resto de su vida a defender y asegurar con uñas y dientes el valor de su apreciada propiedad privada. Un conservadurismo privatizador que se ve además doblado con un estéril inmovilismo localista y nacionalista, pues, encadenados a sus hipotecas vitalicias, los jóvenes se resisten a emigrar de los nichos inmobiliarios que habitan, desaprovechando las oportunidades de movilidad social y geográfica que les brinda la globalización. (...) Existe otro efecto hipotecario todavía más insidioso, que es el ejercido sobre la formación del carácter de la juventud.

El retraso hipotecario de la emancipación juvenil ha invertido la metodología educadora, que antes era meritocrática (carrera de sacrificios disciplinarios, con aplazamiento de las recompensas hasta después del acceso al estatus adulto) y hoy es consuntiva: acceso inmediato a todas las gratificaciones sin proporción a los sacrificios realizados y con mucho adelanto sobre la adquisición del estatus adulto.

Nuestros adolescentes adelantan hasta edades cada vez más tempranas su precoz acceso anticipado a todos los consumos inmediatamente gratificantes, como el sexo y los demás entretenimientos placenteros. Por lo tanto, estos incentivos ya no pueden actuar como premios diferidos que estimulan el esfuerzo sostenido por madurar y hacerse mayor (...), lo cual supone invertir la secuencia temporal entre las dos actividades de consumo (satisfacción de necesidades) y realización (desarrollo de capacidades) que, según Jon Elster, estructuran la programación biográfica de la buena vida. Lo progresivo es anteponer la realización sobre el consumo para utilizar a éste como incentivo aplazado. (...) En cambio, el actual método posmoderno invierte la secuencia temporal entre ambas instancias, cayendo en la regresión aparente de poner el carro delante de los bueyes. Ahora se adelanta a la etapa juvenil un copioso consumo pasivo y gratuito (ética del ocio) mientras se pospone la realización activa hasta muy avanzada la edad adulta. (...).

Un método de socialización anticipada inspirado en la lógica del crédito hipotecario que permite disfrutar del consumo juvenil antes de que haya que pagarlo en el futuro con realizaciones adultas, colocando así al joven de por vida en posición deudora».

(Enrique Gil Calvo «Una generación hipotecada», en *El País*, 7 de noviembre de 2006)

4. ¿Cómo prevenir la violencia desde las relaciones que se establecen en la escuela?

– Adaptar la educación a los actuales cambios sociales, desarrollando la colaboración

a múltiples niveles, de forma que sea posible afrontar los complejos retos sociales que la educación vive hoy. Para conseguirlo, hay que redefinir los papeles a partir de los cuales se estructura la interacción educativa, dando al alumnado un papel más activo en su propia educación, permitiendo que el profesorado incremente su autoridad, y poniendo en marcha nuevos esquemas de colaboración entre la escuela y la familia, así como con el resto de la sociedad. Estos objetivos exigen promover nuevos contextos que ayuden a la búsqueda conjunta de soluciones para una meta compartida, como es la de mejorar la educación, basados en el respeto mutuo entre los distintos agentes educativos, porque si la escuela no está hoy aislada de los problemas que se producen fuera de ella, tampoco debería estarlo para las soluciones.

– Mejorar la calidad del vínculo educativo y desarrollar el «*empowerment*». Los estudios sobre el origen de la violencia llevan a destacar la falta de calidad del vínculo educativo como una de sus principales causas. Para prevenirla desde la escuela, es imprescindible que el profesorado desarrolle su poder de referencia, así como distribuir el protagonismo académico entre el alumnado, incrementando con ello lo que suele denominarse en distintos foros internacionales como «*empowerment*». La escuela debe promoverlo, favoreciendo que cada alumno/a defina y desarrolle sus propios proyectos escolares. Los procedimientos educativos participativos, como el aprendizaje cooperativo en grupos heterogéneos, son de gran eficacia para conseguirlo. El fortalecimiento de las personas encargadas de la educación, sobre todo del profesorado, debe ser destacado también como una condición básica para mejorarla.

– Desarrollar alternativas a la violencia en los contextos y en los individuos. La violencia puede ser utilizada para responder a funciones psicosociales cuando se carece de alternativas. Por eso, y para prevenirla, es preciso desarrollarlas estableciendo contextos y procedimientos alternativos en el sistema escolar (como las asambleas de aula que pueden llevarse a cabo en las tutorías) y en la familia, por medio de los cuales y de forma normalizada (sin que nadie se sienta amenazado en ellos) puedan expresarse las tensiones y las discrepancias y resolverse los conflictos sin recurrir a la violencia (a través de la comunicación, la negociación, la mediación...), en donde las víctimas puedan encontrar la ayuda que necesitan sin ser estigmatizadas por ello; y promoviendo alternativas en todos los individuos (alumnado, profesorado...) mediante habilidades que permitan afrontar la tensión y resolver los conflictos sin recurrir a la violencia.

– Romper la conspiración de silencio sobre la violencia escolar, e insertar su tratamiento en un contexto normalizado orientado a mejorar la convivencia. Entre las condiciones que contribuyen a la violencia escolar, destacan tres características de la escuela tradicional: la justificación o la permisividad de la violencia entre chicos como forma de resolución de conflictos entre iguales; el tratamiento habitual que se da a la diversidad actuando como si no existiera; y la falta de respuesta del profesorado ante la violencia entre escolares, que deja a las víctimas sin ayuda y que suele ser interpretada por los agresores como un apoyo implícito. Dicha falta de respuesta está relacionada con la forma tradicional de definir el papel del profesorado, especialmente en secundaria, orientado de manera casi exclusiva a impartir una determinada materia. Y, como

sugieren los propios profesores, podría superarse si recibieran el apoyo y la formación adecuados para afrontar el tipo de problemas que conducen a la violencia desde una perspectiva de ciudadanía democrática. En este ámbito hay que situar el establecimiento de contextos normalizados, orientados a mejorar la convivencia, en los que las víctimas puedan encontrar la ayuda que necesitan y los agresores recibir una adecuada disciplina, porque, de lo contrario, la impunidad de la violencia contribuye a su incremento.

- Enseñar a condenar toda forma de violencia, favoreciendo una representación que ayude a combatirla. Conviene orientar el rechazo a la violencia desde una perspectiva que incluya tanto su repudio de forma general, con independencia de quién sea la víctima y quién el agresor, como un tratamiento específico de sus manifestaciones más frecuentes: la violencia de género y la violencia entre iguales, ya sea en la escuela, ya en el ocio. Las medidas disciplinarias deben contribuir a lograr ese objetivo, ayudando a generar cambios cognitivos, emocionales y conductuales que permitan que el agresor se ponga en el lugar de la víctima, que se arrepienta de haber empleado la violencia y que intente reparar el daño originado. La eficacia de estos tres componentes mejora cuando se integran en un mismo proceso.

- Favorecer la identificación con el respeto a los derechos humanos, estimulando el desarrollo de la capacidad para ponerse en el lugar del otro, motor básico de todo el desarrollo socioemocional, y que en sus niveles más evolucionados se extiende a todos los seres humanos, así como la comprensión de los derechos universales y la capacidad de usar esa comprensión en las propias decisiones morales, coordinando dichos derechos con el deber de respetarlos. Al incluir el rechazo a la violencia dentro de tal perspectiva, conceptualizándola como una grave amenaza a los derechos humanos, se favorece su comprensión como un problema que afecta a cualquier individuo, puesto que pone en peligro el nivel de justicia necesario para que se respeten también sus derechos.

- Incluir actividades específicamente dirigidas a prevenir la victimización dentro de los programas de prevención de la violencia, enseñando a decir «no» en situaciones que puedan implicar abuso; pedir ayuda cuando se necesite; y estar preparado emocionalmente para no sentirse culpable cuando se es víctima.

- Educar en la ciudadanía democrática, mejorando la coherencia entre los valores que se pretenden enseñar y la práctica educativa. Uno de los principales obstáculos que debe superar hoy la educación es el que ha sido denominado currículum oculto. El incremento de los problemas de indisciplina descritos en los últimos años, sobre todo por el profesorado de secundaria, pone de manifiesto que el currículum oculto ha perdido eficacia como forma de control y que para superar estas dificultades es necesario avanzar en la construcción de la democracia desde la escuela, una de las mejores herramientas para luchar contra la violencia y la exclusión. Por todo ello, es preciso incrementar la participación del alumnado en la construcción y en la aplicación de las normas que regulan la convivencia, y mejorar la eficacia educativa de la disciplina.

- Poner a disposición del profesorado los medios que permitan adaptar la escuela a una situación nueva. Para llevar a la práctica los principios expuestos, es preciso desarrollar condiciones que permitan a los profesores llevarlas a cabo. En tal sentido,

conviene tener en cuenta la necesidad de apoyarlos, facilitando que adquieran las habilidades necesarias para conseguirlo y creando condiciones que posibiliten la cooperación entre ellos sin caer en la frecuente tendencia a sobrevalorar sus posibilidades para desarrollar objetivos muy complejos sin los medios necesarios, ni en la tendencia contraria, infravalorando la capacidad de unos profesionales para adquirir las habilidades necesarias que permitan adaptar la educación a las exigencias de la situación actual.

María José Díaz-Aguado, «Por qué se produce la violencia escolar y cómo prevenirla», en *Revista Iberoamericana de Educación*, nº 37, enero-abril 2005, pp. 17-47.

Lecturas recomendadas

ÁLVAREZ, R., AZOFRA, M. J., y CUESTA, M., *Economía y juventud*, INJUVE, Madrid 1999.

C ONDE GUTIÉRREZ DEL ÁLAMO, F., y CALLEJO GALLEGO, J., *Juventud y consumo*, INJUVE, Ministerio de Asuntos Sociales, Madrid 1994.

EDUCACIÓN PARA LA CIUDADANÍA, nº 13 de la revista *Educación y Futuro*, octubre 2005.

FERNÁNDEZ VILLANUEVA, C. (ed.), *Jóvenes violentos*, Icaria, Barcelona 1998.

F UNDACIÓN DE AYUDA A LA DROGADICCIÓN, *Jóvenes y política. El compromiso con lo colectivo*, FAD, INJUVE y Obra Social de Caja Madrid, Madrid 2006.

G ARCÍA ESPEJO, M. I., *Recursos formativos e inserción laboral de los jóvenes*, Madrid 1998, CIS.

GONZÁLEZ-ANLEO, J., «Familia y escuela en la socialización de los jóvenes españoles», en *Jóvenes españoles 99*, Fundación Santa María, Ediciones SM, Madrid 1999.

GONZÁLEZ-ANLEO SÁNCHEZ, J. M., «Relaciones e integración», en *Jóvenes españoles 2005*, Fundación Santa María, Ediciones SM, Madrid 2006.

I NFORME SOBRE POLÍTICAS DE JUVENTUD EN ESPAÑA, Instituto de la Juventud, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Madrid 1999.

R UTTER, M., GILLER, H., y HAGELL, A., *La conducta antisocial de los jóvenes*, Cambridge University Press, Cambridge 2000.

URRA, J., CLEMENTE, M., y VIDAL, M., *Televisión: impacto en la infancia*, Siglo XXI, Madrid 2000.

V La difícil socialización de la juventud: la familia y la escuela

1. La socialización de los jóvenes 1.1. Los cambios en la socialización: de la adaptación a la experimentación

La socialización, como dicen los sociólogos, y el aprendizaje social, como prefieren los psicólogos, es un proceso rico, complejo y un tanto arriesgado, pues muchas de las experiencias que comparten hoy los jóvenes tienen un perfil bifronte, de enriquecimiento personal y de riesgo evidente. La experiencia de la sexualidad es un caso paradigmático de esta ambivalencia. La complejidad de la socialización de los jóvenes procede de tres fuentes:

- La prolongación del período «juventud», debida al retraso de la emancipación por las dificultades de conseguir un empleo estable y bien remunerado y una vivienda adecuada.

- La ampliación de la etapa de formación de los jóvenes, impuesta por las crecientes exigencias de los empleos y ocupaciones de una sociedad tecnificada.

- La multiplicación de las fuentes de información y de «experiencias» juveniles, debida a la omnipresencia y casi omnipotencia de los MCM, a la consolidación de la importancia del grupo de amigos, a la ampliación de los espacios y medios de ocio puestos a disposición de los jóvenes, y al consumismo.

La socialización ha sido tradicionalmente entendida como un proceso de adaptación del individuo a la sociedad como grupo de referencia total. El individuo se incorpora a la sociedad, que le brinda, como «compañero activo, funciones de acogida, protección y dirección, marcándolo con sus expectativas, asignándole roles que interesan a la sociedad y controlándolo con diversas sanciones. Se trataría, desde esta óptica, de un proceso esencialmente pasivo, estrechamente emparentado con el concepto de educación popularizado por Durkheim y revisado posteriormente por los sociólogos de la educación: «La acción ejercida por las generaciones adultas sobre las todavía inmaduras para la acción social, cuyo objetivo es suscitar y desarrollar en el niño cierto número de disposiciones físicas, intelectuales y morales que le exigen tanto la sociedad política en su conjunto como el medio especial al que cada niño es particularmente destinado.»¹.

¹ E. Durkheim, *Education et Sociologie*, Presses Universitaires de France, París 1964, p. 41.

Esta forma de entender la socialización ha sido superada –no totalmente descartada, la socialización tiene todavía mucho de ese proceso durkheimiano de acondicionamiento pasivo, diseñado por los poderes de la sociedad y puesto en última instancia a su servicio– por una concepción más dinámica, interactiva, que concibe al niño y al joven como un actor social inserto en un sistema de interacción, primero con su familia, luego con sus amigos y sus grupos de iguales, y, finalmente, con sus compañeros en la escuela y en los espacios de ocio y diversión. A medida que se va debilitando la influencia de la familia, se desarrolla en el niño el sentido del respeto mutuo, de justicia y de

reciprocidad, al encontrarse en situaciones en las que sólo puede conseguir el respeto a sus derechos personales a través y por medio de su propio respeto a los derechos de los demás.

Desde esta nueva perspectiva, la socialización aparece como un proceso activo y dinámico de adaptación personal ante situaciones y experiencias nuevas, que impulsan al joven a flexibilizar sus recursos cognitivos y a modificar las pautas normativas previamente adquiridas, en la familia o en la escuela. De esta forma, la socialización primaria, que tiene lugar durante la infancia, es en parte superada y en parte enriquecida por la socialización secundaria, que se desarrolla durante la adolescencia y la juventud, e incluso durante toda la vida desde que todos los hombres nos hemos sentado a los pupitres de la «sociedad del conocimiento».

Este enfoque rechaza la concepción del sujeto como algo predominantemente pasivo y mero receptáculo de estímulos y de información, y lo concibe en una interacción activa con su entorno. Las nuevas experiencias y mensajes que va recibiendo en etapas posteriores son asimiladas e integradas en una estructura cognoscitiva y normativa existente que le proporciona cauces de acomodación personal a las demandas del ambiente. Es decir, esta estructura cognoscitiva y normativa se encuentra en permanente reorganización.

Desde la perspectiva de la interacción es más fácil comprender los cambios de personalidad de los niños y adolescentes, de su forma de ser, de carácter, o como quiera llamárselos, que desconciertan con tanta frecuencia a los padres y a los educadores y profesores: la socialización secundaria está reemplazando a la socialización primaria. Es cierto que algunos estratos profundos de la personalidad, sobre todo ciertos valores muy interiorizados, resisten fácilmente al choque de las nuevas situaciones y experiencias que van asaltando al adolescente a lo largo de su existencia. Otros estratos, en especial el constituido por las opiniones y por actitudes poco consistentes, son más fácilmente modificados ante las exigencias impuestas por situaciones y experiencias hasta entonces inéditas.

Para comprender los cambios en las actitudes de los jóvenes, a menudo bruscos e «inexplicables», hay que tener en cuenta el llamado «postulado de la optimización», que afirma que en una situación determinada el actor social se orienta a ajustar su comportamiento lo mejor posible a sus preferencias e intereses. La idea de la optimización o del equilibrio dice que el individuo tiende a buscar la solución óptima de acuerdo con sus recursos y sus experiencias, y en función de cada situación.

Así como la situación del niño y del adulto es habitualmente estable y poco expuesta a sobresaltos, la situación del adolescente y del joven está abierta a una sucesión tal de imprevistos encuentros y experiencias nuevas –en la escuela, en el trabajo, en los grupos que frecuenta, en la calle y lugares de diversión donde pasa buena parte de su tiempo...– que la optimización le impone cambios frecuentes de actitudes e incluso de valores, al menos de los menos profundos. La «solución óptima» no tiene necesariamente que ser objetiva, es decir, no tiene por qué coincidir con la solución que un observador externo –el padre, el profesor, el amigo...– dictaminaría para el interesado.

Al demorarse la conquista del espacio social externo por los jóvenes, sustancia y objetivo de la emancipación, se ha prolongado considerablemente la duración del período de socialización, que ha adquirido rasgos peculiares, muy diferentes a los de la socialización de las generaciones precedentes, la de los «abuelos» y una buena parte de los padres. La socialización estaba entonces fundada sobre la identificación del adolescente con el estatus y el rol del padre, y sobre la transmisión de una generación a otra de representaciones, valores, estilos y diseños de vida. En la clase media operaba con cierto éxito el mecanismo de la socialización anticipatoria que pretendía asegurar una posición social, bien por la transmisión del patrimonio, bien por la obtención de títulos y diplomas².

La nueva socialización atiende más al itinerario biográfico personal, a las trayectorias juveniles que se inician en torno a los 15 años y concluyen con la efectiva integración de los jóvenes en la sociedad adulta. En ese itinerario biográfico la identificación con los modelos familiares es reemplazada por la experimentación: el aprendizaje social se realiza predominantemente a través de las experiencias vitales que van surgiendo en diferentes ámbitos –convivencia con los pares, contactos con los adultos, espacios de ocio y diversión, la vida sexual, las «catedrales del consumismo» (Ritzer)...– y bajo la influencia de las viejas y nuevas agencias de socialización, como la familia, la escuela y los medios de comunicación de masas.

El decisivo papel de las experiencias es facilitado por el inédito grado de autonomía de los adolescentes y jóvenes, que se quieren y hasta cierto punto se saben libres para descartar o utilizar los elementos transmitidos por los agentes socializadores. En los estudios sobre la juventud es hoy frecuente la presencia de jóvenes que sólo aceptan –o dicen aceptar– las normas que proceden de ellos mismos, que proceden, al menos, de su propia voluntad, aunque el origen real de tales normas sea la familia o la escuela.

Este proceso personal de recepción, descarte y elaboración del «patrimonio» cultural procedente de las anteriores generaciones es realizado por el joven en función de su itinerario biográfico personal, más versátil y dinámico que en el pasado, a través de experiencias y experimentaciones, de ensayos, errores y aciertos, hasta llegar a una definición satisfactoria de la identidad personal. La identidad personal alcanzada posee una nota muy acentuada de apertura, una identidad abierta, con sus riesgos imprevisibles y su indudable fascinación.

1.2. Etapas y riesgos de la socialización

El apartado anterior ha distinguido entre agentes de socialización, a través de los cuales los niños, adolescentes y jóvenes se ponen en contacto personal con el mundo de ideas, representaciones, conocimientos, creencias, normas y valores que constituyen la cultura de la sociedad en que tienen que desplegar y desarrollar sus recursos personales, y los espacios de socialización, en los que los adolescentes y jóvenes hoy se mueven con una libertad inédita, y en los que viven sus propias experiencias. No es fácil trazar una línea claramente divisoria entre agentes y espacios de socialización, pues en el itinerario biográfico del joven aparecen a menudo entrelazados: la familia, por ejemplo, es al mismo tiempo agente –transmite normas y modelos de vida– y espacio de experiencias y

vivencias, de acogida y solidaridad.

Los agentes y los espacios se van debilitando o van reforzando su presencia a lo largo de la trayectoria biográfica juvenil. Y surgen nuevos espacios y agentes a medida que el niño se convierte en adolescente y el adolescente en joven. La sexualidad latente se convierte en vida sexual compartida, la escuela secundaria en universidad o centro de formación profesional, los juegos escolares en las prácticas de ocio y diversión en bares, discotecas y similares, o en la calle, con la vivencia de la «noche» como tiempo libre y mágico. Teniendo en cuenta el paso de la edad y estas transformaciones de agentes y espacios socializadores, Comas Arnau distingue diversas etapas en la socialización juvenil, con características psicosociales típicas³:

– La primera, la *adolescencia*, es la etapa previa a la mayoría legal de edad y va arrebatando terreno a la hasta ahora considerada niñez, pues chicos y chicas de 13 y 14 años participan ya de algunas pautas sexuales y de diversión típicas de los adolescentes y jóvenes, como han puesto de manifiesto los *Informes de la juventud* realizados en España por el

² O. Galland, *Sociologie de la Jeunesse*, Armand Colin, París 1997, pp. 159-163.

³ D. Comas Arnau, «Las experiencias de la vida: aprendizajes y riesgos», en *Informe Juventud en España 2004*, INJUVE, Madrid 2005, pp. 282-286.

INJUVE y por la Fundación Santa María. Algunas experiencias, como la del sexo o del alcohol, acarrearán consigo muchas veces más riesgos que beneficios.

– La segunda, la *juventud* en sentido estricto, se extendería más o menos entre los 19 y los 23 años. Suele coincidir para muchos jóvenes con la entrada en el mundo laboral, con todo el conjunto de nuevas experiencias implicadas en esa entrada, una disciplina más dura, nuevos compañeros de diferente edad, una jerarquización más estricta, horarios prolongados, un sentido incipiente de realización personal, etc. En bastantes casos los jóvenes vivirán la experiencia «gloriosa» de la emancipación.

– La tercera, la *madurez*, entre los 24 y los 29 años, es una etapa caracterizada por el predominio numérico de los jóvenes trabajadores, bien plenamente emancipados de la familia de origen, bien en una convivencia más o menos obligada con ella.

El factor edad es fundamental para la delimitación de estas tres etapas, pero hay que tener en cuenta otros tres factores estructurales de importancia comparable a la edad: los estudios, la convivencia con la familia de origen y el trabajo. El modelo resultante de cruzar estas cuatro variables independientes puede visualizarse en el siguiente cuadro:

Jóvenes adolescentes 15-18 años

Jóvenes

en transición 19-23 años

Jóvenes adultos 24-29 años

1 Estudiantes

Familia origen 2 Estudiantes Familia origen

3 Trabajadores

Familia origen 4 Trabajadores Familia origen

5 Trabajadores emancipados

La condición de joven adolescente estudiante (1), que vive con su familia de origen, cede el paso a partir de los 19 años a dos nuevas categorías, aunque ambas siguen conviviendo con su familia de origen: los jóvenes en transición que estudian (2) y los jóvenes en transición que trabajan (3). Al llegar al último ciclo evolutivo aparecen dos grandes categorías, formadas ambas por trabajadores pero diferenciadas por su situación de convivencia; la primera, los jóvenes adultos trabajadores que viven con su familia de origen (4), y la segunda, los jóvenes adultos trabajadores ya emancipados (5).

En cada una de estas etapas se acumulan experiencias inéditas, propias de los nuevos estatus y roles que el adolescente y el joven va asumiendo progresivamente, y otras facilitadas por los nuevos «territorios» conquistados: la autonomía y libertad, la mayoría de edad, el mundo del trabajo, los grandes y estimulantes espacios del ocio y la diversión, la vida sexual apenas controlada por los adultos, los grupos, asociaciones y movimientos abiertos a los jóvenes, etc. Y con las nuevas experiencias aparecen ventajas y riesgos también inéditos hasta ese momento. Comas ha hecho notar que en sus programas, libros de textos escolares, campañas, folletos institucionales y similares, los adultos suelen insistir unilateralmente en los riesgos de algunas de estas experiencias juveniles, olvidando sus posibles beneficios. Así sucede, en especial, con la sexualidad y las drogas.

El caso de la sexualidad de adolescentes y jóvenes se enfoca habitualmente desde la perspectiva del riesgo: los embarazos no deseados y las enfermedades de transmisión sexual, enfatizando las medidas preventivas y soslayando los eventuales beneficios para la conquista personal de la riqueza sexual de la personalidad.

En el contacto con las drogas ilegales, sea como ensayo o como hábito, los riesgos son evidentes, pero no debe olvidarse que «el probar éxtasis, por ejemplo, es básicamente una experiencia que puede implicar tanto protección, es decir, no volver a probar o no volver a salir con el grupo que consume habitualmente, como riesgo, porque se inicia el consumo habitual» ⁴ (esta afirmación de Comas parece francamente discutible).

⁴ D. Comas, o. c., p. 281.

El problema del alcohol consiste, fundamentalmente, en que «está ahí, en nuestra sociedad, produciéndose una oferta amplia y accesible, a cualquier edad, del mismo», sin que hagan falta motivos especiales para su consumo, aunque los jóvenes suelen mencionar una mejor integración en el grupo de amigos. De hecho, su consumo es muy elevado en la juventud española actual: el 58% beben actualmente alcohol, el 12% no beben pero han bebido, la tercera parte nunca ha bebido, sobre todo los chicos de 15 y 16 años. Al ya famoso «botellón» de los fines de semana sólo acude una sexta parte de los jóvenes, y de ellos sólo el 1,5% realizaba consumos muy abusivos, en tanto que del resto de los bebedores (los que beben en locales), el 25% arroja una tasa de consumo muy abusivo... ⁵

1.3. La transmisión de valores y creencias

La transmisión de valores y creencias hay que entenderla como un proceso de adaptación personal del sujeto ante situaciones nuevas, en interacción activa con el

entorno. Los nuevos mensajes e informaciones que va recibiendo de éste son asimilados en una estructura cognoscitiva y normativa preexistente. Esta asimilación e interiorización ha sido explicada desde diversos enfoques:

– Hoy se tiende a desechar el *enfoque del refuerzo*, que postula un sujeto esencialmente pasivo que, bajo el control de un agente socializador –la familia, la escuela, los grupos de iguales, etc.– se encuentra sometido a un flujo de recompensas y castigos que refuerzan positiva o negativamente las respuestas esperadas.

– Más aceptable es el *enfoque de la imitación*: los individuos aprenderían unos de otros por observación directa. La clave de este enfoque es la elección personal y libre por el sujeto de un modelo social, en el contexto de situaciones relacionales interpersonales, bien con personas que demuestran un afecto especial al sujeto, los «otros significativos»,

⁵ D. Comas, o. c., pp. 433-440.

bien con personas de su entorno social, admiradas por el sujeto.

– Igualmente interesante es el *enfoque del desarrollo cognoscitivo*, que concibe el sujeto socializado como un ser inicialmente vacío y plasmable que, alcanzada una cierta fase de crecimiento, está en condiciones de ejercer una acción crítica sobre todo lo que le rodea y de emprender una acción de control sobre su contexto o entorno. El individuo se forja una representación cognoscitiva del entorno, es decir, un sistema de creencias sociales acerca del contenido de dicho entorno.

Esta «capacidad crítica» es la que explica la actitud de los jóvenes ante los mensajes que desde muchas instancias –la familia, la escuela, los libros, los MCM, etc.– llueven sobre él. Los estudios recientes han comprobado la resistencia de la familia a ser superada como transmisor privilegiado de ideas clave para la configuración de la interpretación del mundo por parte de los jóvenes. Los grupos de amigos siguen ascendiendo puestos como grandes transmisores, aunque las ideas que transmiten a sus amigos y colegas han nacido probablemente en otros lugares, como la misma familia, la escuela o los medios de comunicación de masas. El papel de los amigos y de la «calle» sería, más bien, de remodelador o modulador de los mensajes procedentes de aquellas agencias, según criterios de valor propios de la cultura juvenil, como se ha visto en un capítulo precedente.

La Iglesia y los partidos políticos, asociaciones de carácter ideológico en un amplio sentido, han dejado prácticamente de contar como agencias de socialización para la juventud española. La juventud latinoamericana parece seguir rutas muy diferentes, como certifican los estudios que han tocado este tema. La escuela, los MCM y los libros ocupan un lugar intermedio en la jerarquía de influencias, pero el papel de la escuela, agente formador por excelencia, es muy desairado. Al parecer, sobre la interpretación de la vida y del mundo los libros de texto y los profesores tienen pocas cosas importantes que comunicar a la actual generación juvenil. Merece la pena recordar aquí los datos del informe *Jóvenes españoles 1999* de la Fundación Santa María:

Tabla 1

Dónde se dicen las cosas importantes sobre la interpretación del mundo

1989 1999 Diferencia

En la familia
 Entre los amigos En la escuela
 En los MCM
 En los libros
 En la iglesia

23 53 +30 31 47 +16 14 19 +5 34 34 = 28 22 -6 16 4 -12

Fuente: *Jóvenes españoles 99*, Fundación Santa María, Madrid 1999, p. 125 y 320.

Los jóvenes latinoamericanos coinciden con los españoles en la alta valoración de la familia como fuente de orientación, en tanto que los amigos, a diferencia de la juventud española, son mucho menos valorados. Hasta tal punto es valorada la familia que las otras agencias socializadoras apenas cuentan en comparación. Destaca, sin embargo, la posición de la Iglesia, más estimada que en España:

Tabla 2

**Instituciones orientadoras en la vida: ¿Dónde se dicen las cosas más importantes para orientarse en la vida?
 (encuesta escolar iberoamericana)**

Instituciones

propuestas Latinoamérica España Portugal (doble elección)

En la familia 70
 En la escuela 13
 En la Iglesia 11
 Con los amigos 7
 En los medios
 de comunicación 5
 En ningún sitio 2
 73 71
 24 17 8 5
 17 12
 11 4 4 2

Fuente: T. Calvo Buezas, *Valores en los jóvenes españoles, portugueses y latinoamericanos*, Ediciones Libertarias, Madrid 1997, p. 193.

1.4. Agentes y etapas de la socialización

La familia, la Iglesia, la escuela, los MCM y los grupos de amigos son los agentes de socialización más importantes en el ámbito de la adolescencia y la juventud. Pero conviene distinguir tres momentos en el proceso evolutivo, porque a cada momento le corresponden agentes de socialización propios.

– En la *socialización primaria*, durante la infancia, se interiorizan los elementos básicos de la vida social –el lenguaje, la identidad de nombre, de género y de clase–, y, dada su difusividad y su larga duración, se inicia la formación de la personalidad en todos sus aspectos, muy en especial el concepto de sí mismo como persona a través del comportamiento y de las actitudes de los demás. En esta etapa la familia es el agente de socialización más importante, seguida por la escuela y el grupo de iguales, cuya

influencia es de tipo difuso e inclusivo.

– La *socialización secundaria* corresponde a las funciones y roles que se van a desempeñar en la vida adulta, y de ella se encargan de forma específica las instituciones educativas, económicas y políticas, que transmiten valores y normas específicas, y los grupos de amigos, de gran influencia en la actual generación juvenil. Intensifican además su influencia los MCM, ya presentes de forma incipiente en la socialización primaria.

– La *socialización terciaria* está adquiriendo una gran relevancia en la era de la globalización y de las grandes oleadas migratorias. Cuando un joven quiere o se ve forzado a asumir una nueva cultura, con sus valores, normas, modelos y estilos de vida propios, se enfrenta con la llamada transculturación, proceso que le permite integrarse en sociedades o sistemas de referencia distintos a los aprendidos en la socialización primaria y secundaria. Aquí pueden jugar un papel clave las iglesias, los medios de comunicación social y determinadas organizaciones sociales relacionadas con el trabajo y la educación de mayores.

Para comprender la situación de los jóvenes miembros de bandas radicales, como las *maras*, es útil el concepto de «desocialización» o proceso por el que la socialización del individuo es eliminada al ingresar en una organización totalitaria o «institución total» que le hace perder su yo social anterior y adquirir otro nuevo mediante un proceso que Irving Goffman llamó de «mortificación», frecuente en los campos de concentración, prisiones, residencias para enfermos mentales y, en otras épocas, monasterios y noviciados.

2. La familia como agente de socialización

En los países hispanos hay consenso sobre la centralidad de la familia en el proceso de socialización de los niños, adolescentes y jóvenes. Ya hemos visto que los datos españoles confirman esta centralidad, y los del estudio de Calvo Buezas sobre la juventud iberoamericana resaltan asimismo el papel de la familia como «institución orientadora», muy por encima de las demás agencias de socialización. Los grupos de amigos y la televisión le disputan a la familia esta primacía orientadora, y es posible que los móviles e internet se hayan incorporado recientemente a esta encarnizada «lucha» por ganar el «alma» de los chicos y adolescentes, aunque carecen de algunas condiciones básicas de influencia de las que anda sobrada la familia bien constituida: las relaciones cálidas y la condición de «otros significativos» para el niño y el joven.

La socialización, en cuanto complejo proceso de transmisión de valores, normas de comportamiento, pautas de estilo, modelos de vida y conciencia de los derechos y las obligaciones del individuo en cuanto niño y adolescente, primero, y en cuanto joven ciudadano, después, recorre tres etapas, y en las tres la familia desempeña una función privilegiada.

En primer lugar, el niño se pone en contacto con las normas de conducta no en abstracto, sino por medio de su observación e imitación de la conducta de los demás. Pero no todas las personas del entorno infantil tienen sobre él el poder sugestivo de presentación eficaz de pautas de conducta. Para que el niño se interese por ellas e inicie el milagroso esfuerzo de interiorización personal de las mismas, es preciso que las

perciba como personas que signifiquen mucho para él, bien por su posición destacada en el reducido círculo familiar, bien por algún rasgo personal que atrae al niño de forma especial: simpatía, cariño, fuerza, generosidad, una habilidad concreta... Esas personas se convierten para el niño en sus «otros significativos», cuya conducta y palabras merece la pena adoptar o reproducir.

En segundo lugar, el niño capta progresivamente «definiciones de la situación» propia de su condición social: la importancia del «juego limpio», el valor de los buenos modales, la feminidad o, desgraciadamente también, el machismo, etc.

En tercer lugar, los «otros significativos» se presentan ante el niño como modelos de vida, modelos de conducta que más tarde los cuentos y películas infantiles se encargan de interpretar y modificar, las instituciones secundarias, sobre todo la escuela y los grupos de iguales, de reforzar, y en más de un caso anular y reemplazar, y todo el sistema de sanciones, de inculcar y mantener. Esta temprana presentación de modelos de vida y de acción sigue siendo importante en la formación de la personalidad de los niños y adolescentes, a pesar de los cambios sobrevenidos en la estructura y las funciones de las familias –cesión de las funciones educativas a otras instituciones, mayor simetría en las relaciones familiares, doble carrera, doméstica y profesional, de la mujer, debilitación del papel del padre, etc.–, y de la inmersión de los chicos y chicas en un maremagno de mensajes, informaciones y experiencias debidos a su mayor autonomía y a su fácil acceso a las nuevas tecnologías de la comunicación. La definición clásica y abreviada de socialización: «Presentar, interpretar, ejemplificar, inculcar y exigir modelos de conducta que respondan al esquema de valores dominantes en una sociedad determinada», va dejando de tener validez para los chicos hoy, debido a los antedichos cambios operados en la familia y al relativismo cultural característico de la actual sociedad. No hay consenso en los adultos sobre qué modelos inculcar ni sobre los valores en los que pueden basarse esos modelos.

En sus esfuerzos para educar a sus hijos, la familia se enfrenta hoy con dilemas de no fácil solución. El más importante, bien conocido, podría ser llamado el «dilema cronológico» y afecta a la gran mayoría de los padres, que, por pertenecer a una generación distinta, muy distinta a veces, de la de sus hijos, tienden a transmitirles los mismos valores y normas que ellos bebieron de pequeños, empleando además las mismas técnicas que fueron utilizadas con ellos. Ante el dilema y la confusión mental que les suele acompañar, la mayor parte de los padres suelen optar por alguna de estas tres alternativas: el *absentismo educativo*, tan frecuente hoy, sobre todo en familias de escasa cultura; la *pseudomodernización*, sin un cambio real en la mentalidad de los padres, que se limitan a seguir la moda cultural o toman prestados en libros y revistas los valores «políticamente correctos»; y la «*conversión*» real de los padres al nuevo esquema de valores y técnicas educativas. Otros dilemas pueden verse en la página 254.

2.1. Cómo es hoy la familia que transmite valores, normas y modelos

La eficacia de la socialización familiar depende ante todo de la configuración de la misma familia. No transmiten por igual los modelos de vida, el rol masculino o

femenino, las normas de comportamiento, las aspiraciones vitales y las demás piezas de ese complejo y delicado *puzzle* en que consiste la socialización, una familia estructurada y otra desestructurada, una biparental y otra monoparental, una con un solo hijo y otra «numerosa», una asimétrica y autoritaria y otra simétrica, etc. Pero por encima de estas diferencias sobrevuela una crisis generalizada de la familia tal como la conocieron las generaciones de los padres y de los abuelos, crisis a la que apuntan numerosos datos demográficos: familia reducida, descenso de la nupcialidad y la natalidad, retraso de la edad de matrimonio y del nacimiento del primer hijo, lógica disminución del número de hijos, incremento del número de familias monoparentales y recombinadas, presencia creciente de hogares unipersonales.

La familia española ha experimentado todos estos cambios en un período muy corto de tiempo, lo que ha desconcertado a muchos padres a la hora de transmitir valores, normas, modelos y roles a sus hijos. Los niños crecen sin saber muy bien a qué atenerse sobre el valor del matrimonio y su inseparabilidad, sobre la importancia de los hijos para el padre y la madre, sobre el papel de la madre en el hogar —¿consagrada al marido, los hijos y la casa o dividida en su tiempo y sus afanes entre su hogar y su profesión fuera de casa?—, sobre el sentido del noviazgo y del matrimonio, sobre la preferencia entre el matrimonio civil y el religioso, sobre la legitimidad del matrimonio por libre, y sobre otras cuestiones íntimamente relacionadas con la sexualidad, la fidelidad conyugal, el aborto, etc.

Los cambios que con mayor contundencia han incidido sobre la familia española han sido los siguientes:

— El *descenso de la tasa de nupcialidad*, que ha pasado del 7,80 en 1960 a un 5,12 en el 2000. Los chicos se plantean con razón el sentido del compromiso matrimonial de larga duración, de la preparación para el mismo mediante el noviazgo o alguna fórmula similar, del valor de la castidad prematrimonial, etc. Como efecto probable de estas dudas, y de factores socioeconómicos bien conocidos como el difícil acceso a la vivienda y la proliferación de empleos precarios o empleos «basura», se ha retrasado la edad media del matrimonio. En 1900 los hombres contraían matrimonio a los 27,7 años y las mujeres a los 25,5, hoy lo hacen a los 30,2 y 28,2, respectivamente. El enorme espacio entre la llegada a la sexualidad, adelantado para chicos y chicas por diversas circunstancias

— alimentación y ejercicio físico, sobre todo— y el acceso al matrimonio hacen extremadamente difícil para los padres y educadores transmitir a los hijos principios y normas prácticas de conducta sexual y sentimental que les ayuden a madurar integralmente.

El declive de la nupcialidad desde los años sesenta, sin la presencia de las razones clásicas —guerras, masivas crisis económicas, etc.—, se debe a que el casarse está perdiendo su función reguladora de las relaciones de pareja y, por tanto, una buena parte de su viejo significado. Los factores de esta pérdida son la creciente individualidad, que debilita todos los vínculos sociales; el cambio de normas legales y sociales sobre la cohabitación, el mayor dominio técnico de la fecundidad, con la debilitación

consiguiente del miedo al embarazo y al matrimonio «de penalti», las modificaciones en las leyes de la herencia, y, de forma muy especial, los cambios en la legislación del matrimonio y del divorcio, que han minado la seguridad que proporcionaba el matrimonio al cónyuge más débil –la mujer–⁶. No es imposible que esta misma «desacralización» del matrimonio haya incitado a no pocos jóvenes a contraerlo, por considerarlo una ceremonia trivial, sin el carácter profundamente serio de algo «para toda la vida».

– El *estatus matrimonial* de los españoles merece una atención especial. En el año 2001 había en España 14.270.656 hogares, de los que el 21% constaba de un solo miembro, debido bien a situaciones de viudedad, bien al incremento del número de solteros libres. El número de hogares con dos miembros ascendía al 25,2%, y los hogares con tres o cuatro miembros representaban el 21% cada uno. La familia numerosa había disminuido drásticamente en el paisaje familiar de España, con sólo un 8% de parejas con tres o más hijos, siendo el tamaño medio del hogar 2,9 personas, aun así uno de los mayores de Europa.

– Un cambio que ha afectado frontalmente a los chicos y chicas ha sido el vertiginoso *aumento de los divorcios y separaciones*. A comienzos del siglo XXI su número era 134.931, casi el 1 por cada mil habitantes, todavía por debajo de la mayor parte de los países europeos. Más allá de los problemas morales y religiosos del divorcio, el impacto sobre los hijos es muy considerable. Según el defensor de Menores de la Comunidad de Madrid, el 35% de divorcios y separaciones les afectan traumáticamente, y aparece con frecuencia el SAP (síndrome de alienación paternal) cuando uno de los progenitores, caso al parecer bastante frecuente, denigra sistemáticamente al otro y le culpa de la ruptura del matrimonio.

– Uno de los cambios de la familia que más incide en la educación de los hijos y en la vida de los miembros es el *aumento de los nacimientos fuera del matrimonio*. Aquí sí es preciso una breve nota sobre la evolución de este fenómeno. En 1998 era ya del 11,7, en el 2002 había ascendido al 21,4, todavía lejos de los porcentajes de los países de Europa nórdica y central, pero muy por encima de Italia y Grecia.

– Preocupa a los padres y a la sociedad en general el *incremento de la maternidad adolescente*⁷. Las investigaciones sobre este problema han destacado tres consecuencias negativas de esta maternidad: *para la salud*, pues el incompleto desarrollo corporal de las adolescentes redunda en una mayor probabilidad de anemia de la madre y de mortalidad de los hijos. La atención médica se suele retrasar en estos embarazos, dado el frecuente contexto de marginación social y no aceptación por parte de la embarazada. *El futuro profesional* suele también salir perjudicado, pues, en general, las jóvenes madres abandonan los estudios en mayor proporción que sus compañeras, y por tanto su situación es peor a la hora de incorporarse al mercado de trabajo, y los empleos conseguidos suelen ser menos gratificantes y peor retribuidos. A medio y largo plazo la misma *vida matrimonial* sufre las consecuencias de estos embarazos prematuros, pues se potencia la vulnerabilidad psicológica de la mujer, el matrimonio es más conflictivo, existe una mayor propensión al divorcio, el recurso al aborto es más frecuente, y todos

estos efectos son acumulativos en las siguientes generaciones. El definitiva, son los hijos los que acaban pagando una buena parte de la factura.

– Asociado al problema de la maternidad adolescente, *se denuncia el aumento en el número de abortos* de chicas menores de 20 años. El número general de abortos ha pasado de 42.000 en 1991 a 54.000 en el 2000, pero preocupan lógicamente más a los padres y los servicios de salud los abortos de adolescentes, que en España han crecido notablemente desde la promulgación de la ley orgánica de 1985. Esta ley permite la interrupción voluntaria del embarazo en tres supuestos –riesgo para la salud física

⁶Á. Valero, en *Escritos de teoría sociológica en homenaje a Luis Rodríguez Zúñiga*, CIS, Madrid 1992, pp. 1131-1133. ⁷ M. Delgado, *La fecundidad de las adolescentes*, CSIC, Instituto de Demografía, Madrid 1994, pp. 51-52.

o psíquica de la madre, presunción de taras físicas o psíquicas en el feto, o cuando el embarazo es el resultado de una violación. Datos de la década de los ochenta nos dicen que el número de abortos practicados al amparo de los supuestos legales –al margen quedan los abortos clandestinos– ascendía para el conjunto nacional casi al 4% de todos los nacimientos en todas las edades, mientras que para las adolescentes se elevaba a algo más del doble, el 8,19.

– Como consecuencia de la cultura del divorcio fácil y liberado de traumas, de la libertad sexual premarital y del aumento de embarazos y nacimientos fuera del matrimonio, han aumentado en gran medida las *familias desestructuradas*, sobre todo en países con grandes déficit en los servicios del Estado de bienestar, y en contextos sociales marcados por el desempleo, la marginación, la miseria, la infravivienda y el infrabarrío, etc. Estas familias, en las que es muy difícil una adecuada socialización de los hijos, llamadas también familias asociales, aisladas, caóticas, problemáticas o desorganizadas, se caracterizan por las siguientes circunstancias: el padre no cumple su rol esencial, pues abandona el hogar o nunca ha formado parte de él, hasta el punto de hablarse de «padres periféricos»; las relaciones entre los miembros de la familia se han deteriorado, es decir, se han vaciado de comunicación, calor humano y ayuda mutua, o degeneran en formas perversas, como el incesto, una asimetría extrema, en forma de machismo o de autoritarismo antidemocrático; han dejado de cumplirse funciones constitutivas de la familia como la socialización; el clima familiar carece de armonía y de atractivo, por la frecuencia de conflictos, la ausencia de diálogo por exceso de «ruidos» en la comunicación, la violencia de género, etc.; la familia ni encarna ni transmite a los hijos normas, valores o modelos de buena ciudadanía y de «deseabilidad social».

Viene a coronar este cortejo de cambios, algunos de ellos muy relacionados con el talante permisivo y progresista de la cultura actual, la aparición de *formas atípicas o alternativas de la familia*, a las que desde unos sectores de la sociedad se pretende llamar familias de pleno derecho, y desde otros se les niega tal derecho, basándose en una tradición secular que reservaba los derechos y privilegios de la familia para las parejas heterosexuales, estables, seriamente comprometidas, abiertas a los hijos y consagradas a su crianza y educación, teniendo en cuenta su contribución a la supervivencia de la sociedad y a la socialización de los hijos para convertirse en buenos ciudadanos.

La lógica de los nuevos modelos familiares, se afirma con frecuencia desde una perspectiva progresista, es muy sencilla: la familia nuclear, antes predominante, se ha vuelto minoritaria y la vida familiar se ha convertido en una serie de episodios distintos con personas diferentes a lo largo del ciclo vital. El niño podrá ser educado por su padre y su madre en la infancia, posteriormente por un único progenitor, luego, quizás, por la nueva pareja formada tras la separación... Tendrá hermanos, medio hermanos y «hermanos» sin ningún lazo biológico. El agente de continuidad será habitualmente la madre, bastión de la solidaridad y que proporciona al niño un marco de estabilidad. Es decir, la sociedad occidental está entrando en un modelo de perfil matrilineal.

En el pasado, la felicidad de la familia se basaba en la prosperidad del hogar, la buena salud de los esposos, la supervivencia y buena educación de los hijos y la ausencia o control de la violencia y el conflicto. La institución estaba por encima del individuo, la familia compensaba la debilidad del Estado, y las familias eran más felices que en la actualidad porque su satisfacción provenía de expectativas modestas más que de la satisfacción de deseos exorbitantes. En la actualidad coexisten muchos modelos familiares porque se ha generado un contexto cultural nuevo sobre valores nuevos: el individualismo, el pluralismo relativista, la devaluación de las instituciones y una nueva visión de la mujer y de su papel en la sociedad.

Los actuales modelos familiares han existido siempre, pero no como modelos –algo digno de imitación y de seguimiento–, sino como variantes mal asimiladas, en general, por la sociedad, sólo toleradas e incluso sancionadas y perseguidas. Lo nuevo es su presencia pública y su legitimación social. Una lista bastante completa de estas nuevas formas de convivencia o coexistencia sexual y sentimental comprende las relaciones prematrimoniales, las parejas de hecho, las comunas, las parejas homosexuales, los hogares unipersonales, las parejas sin hogar, las parejas o matrimonios de *commuters*, las parejas abiertas, las familias monoparentales, la poligamia e incluso la prostitución como forma permanente de vida (Alberto Moncada). Desde el punto de vista de la socialización de los jóvenes interesan aquí de forma especial las parejas de hecho, las familias monoparentales y las parejas formadas por homosexuales.

a) Las *parejas de hecho* van entrando con empuje en la sociedad española. En el año 2002, entre los jóvenes de 18 a 49 años, el 14% de los varones y el 11% de las mujeres vivían en parejas de hecho, pero si el tramo de edad era entre 18 y 29 años, los porcentajes respectivos ascendían al 47% de los hombres y el 36% de las mujeres. El número total de parejas de hecho sobrepasaba ampliamente el medio millón, el doble que diez años antes. La breve duración de estas uniones, unos dos años y medio (Meil), confirma la opinión frecuente de que estas parejas constituyen un «matrimonio a prueba».

La clave de esta alternativa «familiar» es un doble imperativo de nuestro tiempo. El primero, el imperativo de la felicidad inmediata, la compulsión de que la cohabitación ha de ser amorosa e idílica o no ser, y la creencia en una relación extática. El segundo, el imperativo de la autenticidad, que impone una cohabitación libre en nombre de lo auténtico, lo sincero, lo genuino... La práctica no suele coincidir con la teoría ni con las

ilusiones, pues la cohabitación continua, a lo largo de años, con enfermedades, infidelidades, hipotecas, desempleo, familias colaterales, etc., sufre también un inevitable desgaste de rutinización y desencanto (Giner). Pero aquellos imperativos culturales se imponen sobre los dudosos esfuerzos de los padres y de la Iglesia para socializar a los chicos y chicas en los valores cristianos tradicionales sobre la sexualidad, y son una fuente de conflictos entre los jóvenes, sus familias y, sobre todo, con la doctrina de la Iglesia católica.

b) Las *familias monoparentales*, un total de medio millón, están encabezadas por las mujeres divorciadas, seguidas por las mujeres solteras, unas 150.000. Los problemas para la socialización de los hijos son evidentes: mala situación económica en general; frágil dependencia económica de la eventual pensión pasada por el ex marido, en el caso de las divorciadas; falta de un modelo masculino para los niños; estigma social para éstos en bastantes ocasiones, etc. Los estudios de la Fundación Santa María han puesto de manifiesto que la gran mayoría de los adolescentes y jóvenes están de acuerdo con la idea de que un niño necesita un hogar con un padre y una madre para crecer felizmente, pero la mayoría, igualmente, acepta la idea de que una mujer tiene perfecto derecho a tener un hijo como madre soltera. La incoherencia cultural es patente, sus consecuencias para las chicas pueden ser traumáticas, y los padres y educadores parecen no percatarse de la contradicción de «valores» existente en el mundo juvenil.

c) Las *parejas homosexuales* que conviven en el mismo hogar son de momento una porción mínima de las nuevas formas de convivencia que se proclaman «familias». Hasta el año 2001 habían sido censadas en torno a 10.000, con una relación aproximada de dos parejas gays por una lesbiana.

En los países latinoamericanos la situación es similar a la española⁸. Las principales tendencias son la reducción del tamaño de la unidad familiar, el descenso y retraso de la nupcialidad, el aumento de la maternidad precoz y de las uniones consensuales, así como el de las familias monoparentales, los hogares unipersonales y las familias reconstituidas. De gran importancia para un proceso normal de socialización de los hijos hay que añadir a estas tendencias el gran cambio que se ha operado en las funciones tradicionales de la familia latinoamericana: la reproducción sexual y la regulación de la sexualidad. Pese a que estas funciones siguen estando vigentes, su desempeño se ha visto alterado por la reducción en el número de hijos, el aumento de nacimientos fuera del matrimonio y el ejercicio de la sexualidad fuera igualmente del mismo.

En varios países de la región se ha registrado un aumento notable de la maternidad adolescente (CEPAL/CELADE, 2002), mucho más frecuente en los grupos marginados, lo que afecta a las probabilidades de salir de la pobreza en varias generaciones, ya que dificulta la inserción laboral de los progenitores, se asocia con embarazos y procesos de socialización más precarios, e incluso tiende a influir negativamente en el nivel económico de los progenitores, que, en ocasiones, terminan por asumir parte importante del proceso de crianza. Además, este aumento de la maternidad adolescente afecta sobre todo a las edades más tempranas –hacia finales de los años noventa al menos una de cada cinco adolescentes de 17 años había sido madre en países donde la fecundidad total ha

descendido notablemente, como Brasil, Colombia y la República Dominicana–, precisamente en aquellas edades en las que supone más riesgos y complicaciones, y en las que el embarazo ocurre cada vez más al margen del matrimonio e incluso al margen de una unión más o menos estable, como fruto de un encuentro episódico. Así, las madres solteras constituyen el grupo mayoritario entre las madres adolescentes en algunos países latinoamericanos. Finalmente hay que subrayar que la maternidad en estos casos no suele conducir a la emancipación de la familia de origen, pues la mayoría de las madres adolescentes conviven con sus padres o sus suegros, y se dedican a tareas domésticas, abandonando la escuela pero sin ingresar en el mercado del trabajo. Los datos de México, por ejemplo, son estremecedores: sólo el 4% de las algo más de 110.000 mujeres de 17 años con hijos asistían a la escuela, proporción que superaba el 50% entre las que no tenían hijos.

⁸ I. Arriagada, *Políticas sociales, familia y trabajo en la América Latina de fin de siglo*, Naciones Unidas, Comisión Económica para América Latina y el Caribe, Santiago de Chile 1997.

Las consecuencias negativas para la socialización de los hijos ya han sido examinadas anteriormente. Aquí hay que subrayar el círculo vicioso entre la fecundidad adolescente y la exclusión social, sobre todo en mujeres de escasos recursos. Por descontado que el coste humano y social del embarazo adolescente lo pagan las chicas casi exclusivamente, dada la cultura predominante en la que el varón se desliga de responsabilidades ante las consecuencias de sus relaciones sexuales.

Los casos de España y Portugal invitan a descartar el fatalismo –no hay solución a este problema– y el «naturalismo»: la fecundidad adolescente sería algo normal, natural. En los dos países ibéricos la fecundidad total, tanto la total como la precoz, ha caído sostenidamente mediante el conocimiento y uso creciente de medios anticonceptivos, desde la iniciación sexual misma.

Aunque las funciones de producción económica, de educación y del cuidado de la salud han sido traspasadas en gran parte por la familia a otras instituciones, las recurrentes crisis económicas que han sacudido a muchos países latinoamericanos han operado una reversión de este proceso. El empleo domiciliario y por cuenta propia, la educación preescolar y las atenciones de la salud han colocado sobre las espaldas de muchas familias una gravosa carga, lo que se refleja en una extensión laboral del trabajo doméstico, habitualmente a cargo de las mujeres.

En los países latinoamericanos predomina la *familia nuclear*, compuesta por uno o ambos padres con o sin hijos, fluctuando entre el 71% de Brasil, Bolivia y México y el 55% en Paraguay. En este tipo de familia la jefatura corresponde al padre en la mayoría de los casos. Las *familias extensas*, conformadas por otros parientes además de los padres e hijos, oscilan entre el 13% de Argentina y el 31% de Venezuela. Las *familias compuestas*, que incluyen personas que no son parientes en hogares nucleares o extensos, constituyen una categoría residual, excepto en Paraguay. Estos dos tipos de familia son los tradicionales por excelencia, que el proceso de urbanización trasladó del campo a la ciudad, aunque en ciertos momentos se deben más bien a estrategias de las familias para enfrentarse con las crisis económicas por las que han atravesado las

sociedades latinoamericanas. A este ámbito familiar pertenecen las *familias monoparentales*, de jefatura femenina habitualmente, y que han ido aumentando con el tiempo debido a diversos fenómenos: incremento de la fecundidad adolescente no asociada al matrimonio, migración laboral de los esposos y situaciones de viudez. Como ya se ha comentado anteriormente, la socialización de los hijos presenta en este tipo de hogares dificultades especiales. Finalmente, los *hogares sin núcleo*, es decir, sin relación de filiación entre sus miembros, alcanzan entre el 4% y el 6%, y los *unipersonales*, entre el 3% y el 15%. Véase la tabla siguiente:

Tabla 3

Tipos de hogares y familias. Áreas urbanas latinoamericanas. 1994 Tabla 4

Familias urbanas latinoamericanas según dos niveles de pobreza. 1994

Países Unipersonal Nuclear Extensa Compuesta Sin núcleo Países Indigentes Pobres no indigentes

Argentina 15,3 66,6 13,2 0,5 4,5

Bolivia 7,6 71,2 15,7 1,7 3,8

Brasil (1993) 7,9 70,9 16,2 1,0 4,0

Chile 8,0 64,1 22,4 1,4 4,2

Colombia 5,0 64,2 22,5 2,8 5,5

Costa Rica 5,8 67,1 20,2 3,2 3,7

Honduras 3,4 58,2 29,1 4,7 4,7

México 6,0 70,8 18,5 0,5 4,3

Panamá 8,2 60,7 22,8 2,7 5,8

Paraguay 7,8 54,9 24,1 8,5 4,8

Uruguay 15,2 62,9 15,7 1,2 5,0

Venezuela 5,5 57,0 30,7 2,6 4,4

Argentina 1,5 8,7 Bolivia 14,2 27,1 Brasil (1993) 16,3 22,5 Chile 6,3 17,4 Colombia 16,2 24,4 Costa Rica 5,6 12,4 Honduras 40,8 28,8 México 6,2 22,8 Panamá 8,7 16,5 Paraguay 14,8 27,6 Uruguay 1,1 4,7 Venezuela 13,5 27,4

Fuente: CEPAL, Tabulaciones especiales de las encuestas de hogares (I. Arriagada, *Políticas sociales, familia y trabajo en la América Latina de fin de siglo*, Naciones Unidas, Santiago de Chile 1997).

Fuente: CEPAL, Tabulaciones especiales de las encuestas de hogares (I. Arriagada, *Políticas sociales, familia y trabajo en la América Latina de fin de siglo*, Naciones Unidas, Santiago de Chile 1997).

Estos cinco tipos de familia se asocian diferencialmente con la pobreza y adoptan estrategias también diferentes para enfrentarse con ella y ajustarse a las situaciones provocadas por las crisis económicas de los años ochenta y noventa. Los procedimientos de aumentar («allegamiento») y disminuir («familias expulsoras») el tamaño de los hogares con parientes y no parientes obedecieron a claras estrategias de supervivencia. El mayor riesgo de pobreza se encuentra en las familias extensas y compuestas, seguidas por los hogares nucleares. Los hogares unipersonales son los que tienen menor riesgo. Pero en todos los casos la jefatura femenina está asociada con una mayor probabilidad de

pobreza.

La pobreza en su doble modalidad –indigencia y pobreza no indigente– azota particularmente a Centroamérica, Bolivia, Paraguay y Venezuela, situándose Honduras a la cabeza. Véase la tabla 4:

En la transición juvenil a la edad adulta la nota dominante de la familia española es doble: por una parte, los padres retienen a los hijos en casa, no los empujan ni estimulan para la emancipación, prolongan la etapa llamada del «nido familiar», y, por otra parte, los jóvenes construyen su identidad personal desde la convivencia del hogar, menos orientada a la autonomía, con un sometimiento mayor a la disciplina de los padres. El trabajo de Sandra Gaviria sobre el «modelo español» de transición juvenil, en fuerte contraste con el francés y con el de la mayor parte de los países europeos, profundiza en esta cuestión, trascendental en el proceso de socialización de los jóvenes⁹:

⁹ S. Gaviria, *Juventud y familia en Francia y en España*, CIS, Madrid 2007, pp. 216-221.

– En España, la mayoría de los jóvenes quedan en casa de los padres hasta el momento del matrimonio y son pocos los que viven en parejas de hecho. Quedarse en el hogar paterno, aun teniendo un sueldo y los medios para ser independientes, no pone en tela de juicio su autonomía o su estatuto de adultos. Se van de la casa paterna, aun dependiendo de ella económicamente, cuando van a estudiar a otro lugar. Los padres tienen tendencia a retener a sus hijos y protegerlos hasta el momento del matrimonio, y desean que sus hijos actúen conforme a sus valores. Perciben como un fracaso el hecho de que el hijo se vaya de casa para vivir solo.

– La actitud protectora de los padres se refleja material y simbólicamente en que no empujan a sus hijos para que trabajen para pagarse sus estudios, no les piden que participen económicamente en los gastos de la casa, empujan a sus hijos al ahorro y asumen, sobre todo la madre, las tareas del hogar.

– Pero hay reglas y obligaciones para los hijos que a veces limitan su intimidad, sobre todo la sexual, ya que los padres no aceptan que los hijos tengan vida sexual en el hogar. Las estrategias varían desde la prohibición y la culpabilización al chantaje afectivo y la amenaza.

– Si no hay sintonía, los hijos intentan evitar el conflicto, mediante la mentira y la negociación, desde el presupuesto de que su felicidad es menos importante que la de sus padres.

– El matrimonio es un rito de paso, el momento de la salida del hogar familiar y de que los padres consideren a los hijos como adultos autónomos e independientes. Cuando se casan, los jóvenes siguen manteniendo relaciones intensas con su familia, se ven regularmente y se rinden servicios mutuos, pero se ven ya como individuos frente a sus padres y se atreven a criticarlos abiertamente.

– La excepción al modelo es la pareja de hecho, poco frecuente (8% en 1999). Normalmente los jóvenes lo deciden tras haber vivido ya un tiempo el uno en la casa del otro y de avisar a los padres, aunque tienen que soportar fuertes presiones familiares para casarse rápidamente. Los padres no aprueban generalmente la vida en la pareja de hecho y así lo hacen saber, y utilizan diversas estrategias más o menos explícitas para

conseguir que se casen: si hay fiestas piden a los hijos que vengan en pareja, les prohíben dormir juntos si la pareja va de visita, emplean el chantaje afectivo.

– En la vida de pareja de hecho, los dos miembros ocupan recíprocamente un lugar central como el otro significativo, pero no son los únicos, pues los amigos y los padres, sobre todo la madre de la familia, juegan también ese mismo rol.

– Los jóvenes españoles que viven en pareja saben que no están casados y se protegen afectivamente no apostándolo todo en la pareja.

2.2. La desestructuración de la familia y la nueva cultura familiar

Dado el rápido ritmo de cambio social del contexto puede observarse cómo los hijos forman familias de tipo distinto de aquéllas en las que nacieron, e incluso las familias de una misma generación se diferencian entre sí de acuerdo con la etapa del ciclo de vida en el que se encuentren, lo que origina una gran heterogeneidad en las estructuras familiares. Pero todos los datos del apartado anterior indican que la crisis de la familia va más allá de la desconcertante heterogeneidad de la familia actual, y debe entenderse como un doble proceso, de desestructuración y de reestructuración.

Elementos, funciones y tareas de la familia que en otros tiempos aparecían indisolublemente ligados

– familia y patriarcalismo, sexo y reproducción, hombre y ganapán, mujer y hogar, hijos y sumisión, matrimonio y monogamia, familia y matrimonio, matrimonio e indisolubilidad, sexo y matrimonio– han sido dislocados. Se instauran así con creciente aceptación y legitimación social nuevas formas de convivencia sexual, llamadas por muchos «nuevas familias o alternativas familiares», como las parejas de hecho o las familias monoparentales; irrumpe con fuerza la cultura del divorcio, que acaba convirtiéndolo en un incidente más en la vida de la pareja, sin dramatismos ni tragedias; aparece la familia reciclada; la mujer encuentra libre su camino a la «doble carrera»

– trabajo extradoméstico y doméstico, en difícil conjunción–; la familia simétrica y democrática va reemplazando a la tradicional familia patriarcal y autoritaria, etc.

La tan debatida crisis de la familia tradicional no puede reducirse a un cambio demográfico, más o menos espectacular, de tasas de nupcialidad y natalidad, de aumento de divorcios y de hogares sin hijos, o de aumento de las parejas de hecho y del número de hogares de solteros «liberados». Por debajo de todos estos cambios, alienta, poderosa, una cultura familiar totalmente nueva y, hasta cierto punto, inédita en la historia de los últimos siglos. Hay que rendirse a la evidencia. Los elementos de esa cultura pueden sintetizarse así:

– Se va imponiendo una nueva definición de la familia, en función de las demandas emergentes de la sociedad, de la evolución de la cultura sexual y de la misma dinámica de la familia, que cambia continuamente a medida que avanza en su ciclo vital, sus miembros crecen, maduran, envejecen y, lógicamente, cambian sus necesidades e intereses.

– El rasgo central de la nueva familia es su carácter de *proceso dinámico* que provee el sostén necesario para la subsistencia física y psicológica del hombre, es decir, para que los procesos de reproducción biológica y social (nacimiento, crecimiento,

socialización, maduración y envejecimiento) se desarrollen de forma normal.

– El dinamismo de la familia está estrechamente ligado a los cambios en la sociedad, que obligan a la familia a responder con adaptaciones de toda índole: económicas, sociales, institucionales, etc. Una sociedad en la que, por ejemplo, predominan numéricamente los mayores y ancianos, como las europeas, tenderá a definir la familia de forma muy diferente a como lo hacen aquellas en las que sobreabundan los niños y adolescentes. Y la socialización de éstos será también diferente.

La nueva cultura familiar ha desembocado en cambios importantes para comprender los nuevos problemas en la socialización del niño y del adolescente: una nueva feminidad abierta a la vida pública y profesional, una paternidad «descentrada», es decir, despojada de su patriarcal aura de dominio y autoridad sobre la esposa y los hijos; y la gran permisividad juvenil, especialmente en el terreno sexual y del ocio, que hace más difícil la transmisión de roles masculinos y femeninos a los hijos y estimula la formación de parejas de hecho, con los consiguientes embarazos de adolescentes y la proliferación de familias monoparentales. Estos cambios están teniendo un fuerte impacto en los roles y modelos de hombre y de mujer que los chicos aprenden en el seno de sus familias, y en la maduración de la personalidad adolescente y juvenil.

a) La *nueva feminidad* es una invención reciente, probablemente no más allá de tres décadas. *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir y el ya clásico de Friedman sobre la *Mística de la feminidad* abrieron el fuego. La explosión de derechos humanos posterior, en los años sesenta del pasado siglo, acabó afectando al mundo de las mujeres, y las investigaciones feministas hicieron visible la amplitud que iban tomando los roles de la mujer. Al comienzo de este período el cambio del rol femenino consistió solamente en una agregación de nuevas tareas, en el ámbito extradoméstico, a las tradicionales de siempre. La nueva cultura femenina se definió, finalmente, como un complejo así constituido: independencia económica de la mujer + libertad y autonomía + seguridad en sí misma + desempeño de tareas extradomésticas al mismo nivel que los hombres + capacidad para asumir las mismas responsabilidades que el varón. Son palabras mayores, y se puede comprender que han influido poderosamente en la socialización de los niños y adolescentes.

Esta nueva feminidad, junto con la elevación del nivel educativo de las jóvenes, que en algunas especialidades universitarias han superado en número a los jóvenes, ha introducido un giro radical en las expectativas sociales de las chicas. El modelo tradicional de esposa, madre y cuidadora del hogar carece hoy de atractivo para muchas de ellas, y sus madres encuentran cada vez más difícil inculcar un rol de mujer que satisfaga las nuevas aspiraciones femeninas. No han pasado por esa experiencia, y el nuevo rol es mucho más complejo y abierto que el que ellas recibieron de sus madres y han desempeñado durante toda su vida.

b) La *paternidad* ha sufrido un fuerte proceso de desinstitucionalización; está surgiendo, exageran algunos, la familia sin padre, y la familia se está configurando en torno a la madre, ya que muchos hombres no aceptan un largo compromiso de 15 o más años en el hogar, necesario para criar y educar al hijo. Cada día hay más niños criados

sólo por la madre, hasta el punto de que se ha llegado a hablar de la «*fatherless society*» (Blackerhorn, 1996). El declive de la paternidad se debería a que cada vez abarca menos deberes y tareas; los padres ya no transmiten su oficio o su saber y experiencia profesionales a sus hijos, no juegan con ellos –los niños juegan solos o con sus pares–, no educan en valores, no proponen modelos de ser hombres. La paternidad se ha devaluado en el hogar porque el padre ha perdido autoridad, y fuera del hogar, porque el rol de padre ha ido perdiendo estima social. Hay una tercera razón del declive de la paternidad: en la cultura popular se juega con la vieja fantasía de «sexo sin responsabilidad» (*Play Boy*, James Bond y todos sus seguidores...), mientras que la cultura de la calle glorifica al sexo depredador, típico de los barrios marginados.

A pesar del declive generalizado de la paternidad se observan ya indicios del nacimiento de una nueva paternidad o masculinidad, más amplia y humana, liberada de las limitaciones impuestas secularmente por el machismo. Es muy posible que este nuevo tipo de padre influya muy favorablemente en la socialización de los hijos, revalorizando el rol del hombre en la familia y creando un nuevo tipo de relaciones paterno-filiales, en las que el padre gane en capacidad de diálogo con los hijos, hoy muy superada en general por la madre, que goza de más confianza en el hogar.

«El “nuevo padre” asiste al nacimiento de sus hijos. Desde el comienzo participa activamente, al igual que la madre, en los cuidados físicos y psicosociales de los hijos. Está involucrado en las actividades cotidianas en el hogar: alimenta a sus hijos, los baña y viste, los consuela cuando lloran y los cuida cuando están enfermos. El “nuevo padre” trata de compartir todas las actividades maternas y dedica igual tiempo a los hijos varones que a las niñas, mientras que la mujer asume la responsabilidad económica parcial (a veces total) del sustento de la familia»¹⁰.

c) *La permisividad juvenil*, mezcla de tolerancia hacia comportamientos mal aceptados por la sociedad, y de tendencia a justificarlos e incluso reivindicarlos, es hoy bastante más alta que la de las generaciones adultas. La juventud española es de las más permisivas de Europa, al menos de boquilla, en un plano algo retórico, quizás sin traducción total y directa en la vida real de los chicos, porque está de moda aparecer y proclamarse liberado y progresista. Ha subido la permisividad en el terreno sexual y biopolítico –ante el aborto, adulterio, prostitución, eutanasia, consumo de drogas, anticoncepción, sexo premarital, suicidio, homosexualidad y divorcio– y se mantiene más bien baja la permisividad cívica: fraude en los impuestos, cohecho y soborno, no pagar el billete en el transporte público, los ruidos y jaleos nocturnos, etc. El contraste con los índices de permisividad de los adultos es considerable, lo que dificulta la transmisión de modelos de persona y las normas de comportamiento, y es origen de conflictos en el seno de la familia.

2.3. La convivencia familiar

En este nuevo y revuelto contexto familiar, las relaciones de los hijos con los padres ofrecen un fascinante panorama. En general, los hijos tienen en gran estima la vida familiar, como han comprobado numerosas investigaciones, del CIS, de la Fundación Santa María, del INJUVE, en España, y sus equivalentes en los países latinoamericanos,

como las del Instituto de la Juventud, de Chile, y el Instituto Mexicano de la Juventud. En la sociedad española la *familia es la fuente máxima de satisfacción vital y de estabilidad emocional*. Para los jóvenes, como se ha visto, la familia es el foro privilegiado de recepción de las ideas clave para la vida y para la interpretación del mundo. Y con esta alta valoración van aparejadas elevadas exigencias y expectativas.

¹⁰ S. Coltrane, *Family Man. Fatherhood, Housework and Gender Equity*, Oxford University Press, New Cork 1996 (citado por I. Arriagada, o. c., pp. 8 y 9).

Así, casi por unanimidad, entre el 85 y el 95% de los jóvenes, en 1999, coincide en que el «tiempo dedicado a la educación de los hijos es la tarea más importante de los padres», en que la familia proporciona la estabilidad afectiva que no se encuentra en los otros ámbitos de la vida, y en que la familia es muy-bastante importante.

El rasgo más destacado es el de los nuevos modelos de las relaciones familiares, más abiertos, simétricos y democráticos que los de un reciente pasado. Los estilos parentales son una de las claves, junto con una cálida dedicación a los hijos, de una correcta socialización de los jóvenes. Las investigaciones pertinentes arrojan los siguientes resultados ¹¹:

– *Un estilo de control rígido, impositivo y punitivo* tiende a estar asociado con comportamientos antisociales entre los adolescentes. El castigo físico parece tener efectos positivos en adolescentes con pocos problemas de conducta, pero tiene efectos inversos en los de conducta antisocial, acentuando la ansiedad, los problemas afectivos, la falta de madurez y, en general, los comportamientos antisociales.

– *El control estricto, consistente y firme* tiene efectos positivos si va acompañado por un intercambio cálido y abierto que da explicaciones y razones de las reglas establecidas, pues así se legitiman las exigencias paternas. Si no va acompañado por estas condiciones, el control estricto tiene los mismos efectos que el coercitivo y rígido.

– *La inducción y la democracia* son estilos de prácticas ¹² positivas de la «parentalidad». La inducción se refiere al intento de los padres de legitimar su autoridad, justificándola con referencia a las necesidades de otras personas y explicando las razones para la restricción. Este estilo tiende a crear

¹¹ G. N. Holmbeck y otros, «Parenting Adolescents», en M. H. Bornstein (ed.), *Handbook of Parenting*, vol. I, Lawrence Erlbaum, Nueva Jersey 1997, pp. 91-117.

¹² Las prácticas son las diferentes acciones que deben realizarse en la «parentalidad»; por ejemplo, alimentar, cuidar, aconsejar, orientar, controlar, castigar, etc. Los *estilos* son las formas como se realizan estas actividades: en forma seria, seca, amenazante, impositiva, amable, comprensiva, considerada, respetuosa, etc.

conciencia social, solidaridad y responsabilidad social en los jóvenes, y es particularmente importante en adolescentes cuyo desarrollo cognitivo se va haciendo más complejo e incisivo. Las prácticas democráticas, en ambientes abiertos y cálidos, permiten a los hijos opinar y expresar sus ideas, el que sean tomadas en serio y respetadas, incluso las que cuestionan las posiciones y la autoridad paternas. Estas prácticas ayudan a los adolescentes a desarrollar confianza en sí mismos, madurez, tolerancia y respeto a las opiniones ajenas.

– *La supervisión continua de los hijos*, no intrusiva, junto con la calidez y la aceptación parental, indica a los hijos que sus padres se comprometen seriamente con

ellos y su desarrollo, lo que tiene efectos positivos sobre su autoestima, su ajuste social y su madurez. Por el contrario, los estilos restrictivos de los padres en la interacción familiar, el control vertical y rígido, limitativo de la independencia de los hijos, impiden el desarrollo óptimo de los adolescentes.

– *La entrega de información y el desarrollo de destrezas sociales* forman también parte de la responsabilidad de los padres. Pero se sabe relativamente poco sobre las prácticas y los estilos en este terreno, en particular en relación con la sexualidad y en el área de las relaciones interpersonales. El problema se agrava porque los jóvenes reciben informaciones erróneas en la calle, de sus amigos y de otras fuentes no fiables.

– *El desarrollo de la individualidad de los hijos* se promueve a través de la comunicación abierta en la familia y la aceptación paternal de opiniones opuestas, y la habilidad de los adolescentes para formular y expresar opiniones personales, y sentirse personas íntegras e independientes de sus padres y hermanos.

Las investigaciones empíricas nos dicen que la familia actual se ha abierto, en general, a un modelo de relaciones familiares más simétrico y democrático. Parece, según datos recientes, que el tradicional modelo autoritario ha entrado en declive, sustituido por un modelo democrático o de apoyo, caracterizado por un clima familiar armonioso y distendido, en el que prevalecen el diálogo, la comunicación y la recompensa. Al ser el niño en la mayoría de las sociedades del mundo occidental un bien escaso, aunque sea voluntariamente escaso, pero más deseado que en la época de «los que Dios quiera», la prevalencia del modelo democrático es fácilmente comprensible. Influye además el hecho de que los padres se deciden a la aventura de traer un hijo al mundo a una edad más tardía, y, por lo tanto, con una preparación psicológica mejor y una situación económica más próspera, en general.

Compite con el modelo democrático una degeneración del mismo, el *modelo permisivo*, o *modelo laissez faire*, según la terminología tradicional. Se trata de un modelo algo errático, sin pautas coherentes de conducta con los hijos y con un mensaje latente de impotencia y desbordamiento en la tarea educativa, definida por la apatía y el desinterés. En el estudio del Ministerio Español de Asuntos Sociales se propone la cuantificación siguiente de los modelos citados¹³:

- Modelo autoritario
- Modelo permisivo
- Modelo democrático
- Modelo mixto

20% 7%

41%

32%

Es muy verosímil que el modelo permisivo esté bastante más extendido hoy de lo que indican los números de 1994, y que en el 32% de modelo mixto se oculten muchas familias permisivas, caracterizadas por haberse limitado a la función parental de crear y mantener un clima familiar gratificante, pacífico y armonioso, descuidando en aras de la concordia familiar la función, también esencial, de inculcar y controlar las normas,

valores y modelos que hacen del niño una persona bien integrada en la sociedad, un buen ciudadano ¹⁴. Pero el predominio en la sociedad española de la familia democrática y armónica parece indiscutible, como han certificado los numerosos estudios de la Fundación Santa María sobre la juventud. En el año 1999, en una batería de cuestiones sobre el estilo educativo factual de los padres, el 73% de los jóvenes eligió respuestas que sugerían un estilo democrático y participativo, el 12% un estilo autoritario, y el 13% un estilo permisivo.

La permisividad paternal implica un mayor poder de decisión personal de los jóvenes, como la Encuesta Nacional de la Juventud realizada en México en el año 2000 por el Instituto Mexicano de la Juventud ha puesto de manifiesto. Las grandes decisiones, que afectan a toda la familia, siguen estando en manos del padre, de la madre o, sobre todo, de ambos, y aunque la autonomía juvenil es mayor en el ámbito privado —«tener novio», «vestir como tú quieres»—, todavía pesa sobre los jóvenes la prohibición paternal o la necesidad de permiso para ciertas actividades, como el fumar y beber alcohol, el llegar tarde a casa o el salir de casa con los amigos. Sin embargo, el estilo paternal es predominantemente democrático, como pone de relieve la siguiente tabla:

Tabla 5

Actitudes de los padres en México cuando sus hijos les agradan y les molestan

<i>Actitudes cuando les agradan</i>	
<i>(siempre+a veces)</i>	
Actitudes	%
% cuando les %	
molestan	
No dicen nada	
Me dicen palabras de aliento	
Me abrazan o besan	
Me dan un premio	
Me conceden algo que deseo	
Otra	
66,4 No dicen	
ni hacen nada	10,5
Platican	88,4
contigo	67,2
74,3 Te pegan	4,1
57,7 Te castigan	10,4
67,9 Otra	7,9
25,8 Total	100
,0	

Fuente: *Encuesta Nacional de Juventud 2000* (ENJ), Instituto Mexicano de la Juventud, México 2000, p. 11.

¹³ *Relaciones padres-hijos*, Ministerio de Asuntos Sociales, Madrid 1994, pp. 30-31.

¹⁴ E. Martín López, *Padres light*, Rialp, Madrid 1993, pp. 71-79.

El estilo democrático y participativo se fundamenta psicológicamente en la buena calidad de las relaciones entre padres e hijos en la sociedad actual. Lejos quedan los divisivos enfrentamientos de los años sesenta y setenta alentados por la «rebelión juvenil» de Mayo del 68. En el informe del año 2005 sobre los jóvenes, el estudio de la Fundación Santa María halló que la valoración de diversos aspectos de la vida familiar

merecía de los jóvenes un sobresaliente neto:

- El 90% juzgaban muy buenas–buenas las relaciones afectivas en la familia.
- El 89% calificaban de muy buenas–buenas las atenciones materiales.
- El 83% estimaban muy buena–buena la comunicación entre los miembros de la familia.
- Y el 89% pensaban que la estabilidad y la seguridad en la familia era muy buena–buena.

Los datos de países latinoamericanos coinciden con estos hallazgos. La Encuesta Nacional de la Juventud 2000, del Instituto Mexicano de la Juventud, reveló que los jóvenes mexicanos de 12 a 29 años estimaban en sus padres, sobre todo, el apoyo y la solidaridad, seguidos de la responsabilidad y el espíritu de trabajo. Los jóvenes chilenos, según la Tercera Encuesta Nacional de la Juventud del 2000, del Instituto Nacional de la Juventud, evaluaban muy positivamente las relaciones con sus padres, más con la madre que con el padre. Los aspectos mejor valorados en éstos eran el «respeto por la vida privada» y el «apoyo ante problemas», y los menos valorados, siempre con un «notable», la «comprensión de tus problemas», la «comunicación» y «el tiempo que pasa contigo». La madre obtuvo mejores puntuaciones, con un «sobresaliente» en todos los tópicos, menos en el tiempo que pasa con los hijos.

Los conflictos actuales, poco frecuentes, se originan sobre todo en el ámbito doméstico: falta de colaboración en las tareas domésticas, cuestiones de dinero, dedicación a los estudios, horas de llegada al hogar familiar por la noche, hora de levantarse... Las «grandes» razones –ideas políticas y sociales, actitudes religiosas– apenas son mencionadas. La mayoría de los jóvenes declara que «se llevan» muy bien con sus padres (*Jóvenes españoles 1999*, de la Fundación Santa María, Madrid). En la base de esta ausencia de conflictos importantes subyace la concordancia de las mentalidades de los hijos y de sus padres, excepto en el «coto privado» del ocio, los amigos y la relación sexual y de pareja. Los datos nos dicen que la mayor parte de los jóvenes españoles concuerda con sus padres en el espacio privado (valoración del trabajo, la familia y el dinero) y en el público (ideas políticas y creencias religiosas), y se distancian bastante más, como se ha dicho, en el espacio íntimo.

El acuerdo de los jóvenes con los padres en las familias latinoamericanas sigue, en general, la misma tónica que en la sociedad española. En la Tercera Encuesta Nacional de Juventud del Instituto Nacional de la Juventud de Chile ¹⁵, los jóvenes de 15 a 29 años mostraban su acuerdo mayoritario con sus padres en los cinco aspectos relevantes que les fueron propuestos, con alguna variación respecto a la encuesta de 1994:

1994 2000

Planes y proyectos futuros 77,8 78,7

Permisos en general 73,8 66,3

Diversión y empleo

del tiempo libre 67,4 59,1

Opiniones sobre sexualidad 65,4 67,0

Asuntos políticos 60,0 57,8

Las buenas relaciones padres-hijos, la sobresaliente evaluación de la familia y la práctica ausencia de conflictos serios no quiere decir que el modelo de familia que la mayoría de los jóvenes ha vivido en su familia de origen haya desplazado del imaginario juvenil otras alternativas sentimentales y sexuales. Lo cierto es que la vida sexual de los jóvenes se ha emancipado hoy de muchos controles tanto internos –valores, normas, sentido cristiano de la castidad y la virginidad– como externos: padres y madres vigilantes, presiones de la comunidad y del ambiente social, etc. La actual libertad juvenil en el terreno sexual no quiere decir que otras épocas de la historia de nuestros pueblos no hayan conocido una situación semejante. Los datos más recientes confirman que la experiencia sexual de los jóvenes es ya muy avanzada a partir de los 18 años, cuando las relaciones sexuales completas vienen a ser la norma en la vida juvenil, como puede verse en la tabla siguiente:

¹⁵ *Tercera Encuesta Nacional de la Juventud. Informe Ejecutivo Final*, Instituto Nacional de la Juventud, Santiago de Chile 2001, p. 108.

Tabla 6

Relaciones sexuales de los jóvenes españoles por género y edad

Total Varones Mujeres 15-17 18-20 21-24 25-29

Completas 81,0 82,0 79,0 28,0 75,0 91,0 96,0

Incompletas 5,0 5,0 4,0 13,0 9,0 2,0 1,0

No ha tenido 14,0 12,0 15,0 57,0 16,0 6,0 1,0

Edad media 17,6 17,3 18,0 15,3 16,8 17,7 18,1

Fuente: *Informe 2004 Juventud en España*, INJUVE, Madrid 2005, p. 389.

La encuesta chilena de la juventud profundiza en el tema y pregunta a los jóvenes sobre las condiciones para tener relaciones sexuales. Predomina el deseo («que ambos lo deseen») sobre el amor («si hay amor entre ambos»): 51% sobre 37%. Muy pocos, el 8%, mencionan el estar casados, lo que indica una de las disyunciones más importantes que se han producido en este ámbito, la del sexo y el matrimonio. Hecho revelador de la creciente igualdad entre los dos géneros es la insignificante diferencia de las actitudes masculina y femenina en este terreno, prueba inequívoca del desvanecimiento de la virginidad como valor de la mujer no casada. Aún menos importante es el «compromiso de casarse o vivir juntos», el 4,3%, lo que sugiere el declive del noviazgo, en cuanto esta relación implicaba por lo general una promesa implícita de matrimonio. *La encuesta mexicana del Instituto de la Juventud* revela que el noviazgo persiste en la sociedad mexicana –el 38% de los jóvenes tienen actualmente (2000) novia–, pero sólo el 12% ve el noviazgo como «una manera de tratar a alguien antes de casarse», y la mayor parte lo definen exclusivamente en términos de «compartir sentimientos y amor», aunque muy pocos aceptan en él las relaciones sexuales completas.

2.4. Éxito y fracaso de la socialización en familia

Los jóvenes valoran su familia, califican de excelente o buena la convivencia familiar y no crean conflictos llamativos en el seno del hogar. Pero la socialización como transmisión de valores, modelos y normas no puede calificarse de totalmente exitosa. Las razones son muy diversas, y se refieren tanto a la propia familia como al contexto

social y económico en el que realizan sus tareas de socialización.

En primer lugar, con mucha frecuencia los mismos padres no saben cuáles son los valores y modelos que la sociedad, tal como funciona hoy, demanda, y que la formación integral de sus hijos exige. Interviene aquí una contradicción, ya comentada, que explica muchos de los fracasos de los jóvenes en la sociedad actual: la estructura socioeconómica en la que proyectan y empiezan a construir su futuro es una *estructura dura*, pero la cultura que los rodea, envuelve y condiciona es una *cultura blanda*. La estructura socioeconómica demanda jóvenes competitivos, fuertes, perseverantes, agresivos, amantes del trabajo duro y lanzados al éxito. Pero la cultura, más o menos posmoderna, encarece y transmite algo muy diferente, casi opuesto: el hedonismo, la «buena vida», la permisividad, el ocio, el «pasarlo bien»... La encuesta europea de valores ha incluido en sus investigaciones¹⁶ una lista de las cualidades que se pueden hacer desarrollar a los niños en casa. El resultado para España es revelador: la determinación y perseverancia, el trabajo duro y la abnegación, junto con la fe religiosa, figuran en los cuatro últimos lugares de la lista confeccionada por los españoles.

En segundo lugar, si bien los hijos en general valoran su familia por encima de todas las instituciones sociales, lo cierto es que aumenta el número de familias desestructuradas, bien sea por las condiciones de marginación y de pobreza, bien por el duro impacto de las separaciones y divorcios, bien por el incremento de familias monoparentales, subproducto de la nueva sexualidad que los países occidentales han inaugurado. Y las familias desestructuradas encuentran graves dificultades para transmitir los valores, modelos y normas «correctos». Los padres, muy frecuentemente, no han sido educados en esos valores y normas, porque la «desestructuración» es acumulativa, se hereda, casi como se heredan los genes. También abundan los casos en los que las crisis económicas, el desarraigo social, la huida de las zonas rurales a las grandes urbes y otros procesos igualmente desquiciantes han roto familias originalmente bien estructuradas y dificultado en consecuencia la socialización de los hijos.

¹⁶ *España 2000, entre el localismo y la globalidad*, Fundación Santa María, Madrid 2000, p. 145.

En tercer lugar, el frenesí de la vida laboral y la «doble carrera» de muchas madres a las que su trabajo extradoméstico obliga a dejar a sus hijos en guarderías, escuelas infantiles o cuidadores en su propio hogar, han dificultado la comunicación de los padres con los hijos. Aunque la familia, como ya se ha visto, sigue siendo el foro privilegiado de transmisión de ideas clave sobre la vida y la interpretación del mundo, el grupo de amigos, de pares, va ganando terreno rápidamente, y los MCM, incluidos internet y el móvil, van igualmente convirtiéndose en poderosos medios de transmisión de ideas e incluso de valores. Los hallazgos más relevantes son los siguientes:

—El Informe 2005 de la Fundación Santa María distinguió entre los jóvenes españoles tres ámbitos o terrenos de comunicación: el de los estudios y el futuro profesional, el de las cuestiones sexuales y el religioso. En el primero los padres están presentes como los consejeros por excelencia, y los amigos apenas cuentan. En el terreno sexual desaparecen prácticamente los padres —su gran asignatura pendiente en la educación de sus hijos, ¡siempre suspendida!—, y los hermanos y amigos se encaraman a los dos

primeros lugares; muy probablemente sus consejos se basan en las experiencias y tanteos personales, con los riesgos consiguientes. En el terreno religioso los consejeros brillan por su ausencia, los padres son citados sólo por la cuarta parte de los chicos y chicas, y más de la tercera parte responde simplemente «nadie». Parece que el tema no les interesa o que lo reservan para un diálogo interior, en el hondón de su propia conciencia.

– En los países iberoamericanos la mayor o menor frecuencia del diálogo depende probablemente del nivel de desarrollo económico y social de cada país. Así, los jóvenes chilenos, según la Tercera Encuesta Nacional de la Juventud del 2001, cuentan sobre todo sus problemas a los amigos –el 40% de los jóvenes–, a su madre, el 35%; a su pareja, el 28%; a su padre, sólo el 14%. En México, en fuerte contraste, más de la tercera parte de los jóvenes platican frecuentemente con su padre sobre temas de estudios y trabajo, y en torno al 25% sobre religión y sentimientos. La frecuencia de la plática con la madre es bastante mayor, incluido el tema del sexo.

La experiencia fundamental de los jóvenes en el seno de sus familias es la del valor de la familia. Parece, sin embargo, que el concepto juvenil de lo que es una familia resulta muy laxo y se presta a varios tipos de alternativas sexuales y sentimentales. En el fondo, es lo que la misma sociedad y muchos medios de comunicación de masas les están transmitiendo. Así, en el informe *Jóvenes españoles 2005* se pidió a los jóvenes que se pronunciaran sobre en qué consiste una «auténtica familia». El resultado fue revelador: la gran mayoría de los jóvenes consideran una familia auténtica tanto la fundada sobre el matrimonio como la pareja de hecho, y la misma familia monoparental, tanto presidida por la madre como por el padre. Incluso las dos terceras partes de los jóvenes consideran auténtica familia la pareja homosexual, gay o lesbiana, con o sin hijos adoptados. Parece que el concepto de familia se va diluyendo en formas y alternativas varias, alejadas tanto de la familia tradicional como de la concepción cristiana de la misma.

Del concepto al proyecto personal hay, lógicamente, una distancia considerable. Interrogados sobre la forma de convivencia preferida, casi la mitad de los jóvenes españoles optaron por el matrimonio religioso, algo menos de la cuarta parte por el civil, y el resto por la unión libre o por no contestar. En todo caso, la convivencia antes de cualquier tipo de unión parece ser una condición imperativa para la mitad de los jóvenes. La idea tradicional de un matrimonio «para toda la vida» es aceptada incondicionalmente por pocos jóvenes, una quinta parte. El resto, o reconocen «circunstancias» que lo hacen inviable» –la tercera parte de los respondentes– o lo dejan a la libre voluntad de ambos... Lo que sí se impone con fuerza es el hijo como objetivo del matrimonio: el 89% de los chicos y el 92% de las chicas admiten que les «gustaría tener un hijo».

3. La escuela como ámbito de convivencia y agencia de socialización

La escuela en sus diversos niveles es para los niños, adolescentes y jóvenes un rico y prolongado ámbito de convivencia, en el que los profesores y los compañeros constituyen una comunidad educativa más o menos bien integrada. En ella los amigos se convierten en un instrumento de socialización por medio de experiencias compartidas, prácticas sociales de toda índole, no siempre educativas en sentido positivo, rumores,

pláticas, encuentros y desencuentros, etc. Es, además, una agencia de socialización en valores, modelos y pautas de comportamiento a través de la enseñanza y de la convivencia con los profesores. En principio, debería ser la agencia de socialización determinante en la transmisión de ideas y valores, bien sea mediante una enseñanza transversal de aquéllos, bien mediante materias específicas de ética, educación ciudadana, enseñanza de la religión y similares. Pero la escuela ha sido objeto de numerosas críticas desde el punto de vista de los resultados de la socialización como buenos ciudadanos de los niños y jóvenes que la sociedad le confía. Una buena parte de esas críticas se resumen en el segundo apartado de este capítulo sobre la denuncia de la escuela como espacio de reclusión más que de liberación.

3.1. La enseñanza a comienzos del siglo XXI

Debido a los cambios económicos, políticos y sociales de las últimas décadas, sobre todo la necesidad de recursos humanos bien preparados técnicamente, el tránsito a la democracia en España y en diversos países de Latinoamérica, y a la extensión de derechos humanos a todos los sectores de la sociedad, sin olvidar la tímida entrada en la nueva sociedad de la información basada en las TIC y el nuevo papel de la mujer en la sociedad, no puede extrañar que la enseñanza aparezca como la institución más compleja, sobrecargada, sensible y explosiva de la sociedad: por su enorme volumen, por sus variadas funciones, por sus recursos financieros y humanos, y por sus múltiples relaciones activas y pasivas con el resto de las instituciones sociales. Su entorno es turbulento, porque las demandas de los partidos y de los políticos, de los grupos de presión –sindicatos, asociaciones de padres de familia, corporaciones de profesores...– que pretenden influir en sus objetivos y en la asignación de sus recursos son muchas veces contradictorias y excluyentes. La institución «juega» con un bien precioso para la sociedad: los niños y los jóvenes. En ella se enfrentan dos valores consagrados por la modernidad: la libertad y la igualdad, de difícil armonía, sobre todo cuando se trata de diseñar modelos de enseñanza y de asignar recursos para la promoción social. Y en sus niveles más altos, la universidad, la sociedad se juega la baza definitiva de la creación de ideas-para-el-bien-vivir, tecnología, investigadores y científicos para llevar esas ideas a la vida real y cotidiana, y contribuir así al bienestar social y a la calidad de vida de los ciudadanos.

El sistema educativo español aparece atravesado por conflictos ideológicos de raíces muy antiguas que reaparecen con ocasión de cualquier medida, legal o presupuestaria, de las autoridades educativas. Y la enseñanza tiene un sorprendente poder de movilización popular, permanente en los medios y muy frecuente en las calles de las grandes ciudades. Siempre, sea cual sea el partido que gobierne, aparecerán disidentes, descontentos con la ley, reglamento, asignación presupuestaria o disposición oficial de turno. Y la dinámica educativa despierta un eco resonante en las familias. No podía menos de ser así, pues los padres de los alumnos suelen mostrarse exigentes con los profesores y autoridades educativas y extrañamente complacientes con sus hijos. Numerosos informes dan fe de esta contradicción. El del INCE de 1997 lo puso de manifiesto: la gran mayoría de los padres de los alumnos de ESO se mostraba satisfecha con el rendimiento escolar de sus

hijos, pero la cifra no cuadraba ni de lejos con los datos reales del fracaso escolar entre los 14 y los 16 años ¹⁷.

¹⁷ INCE, 1. *Elementos para un diagnóstico del Sistema Educativo Español. Informe Global*, MEC-INCE, Madrid 1998, p. 158.

En el umbral del nuevo siglo se multiplican los problemas, pero también las oportunidades del sistema de enseñanza. Los de atención y solución más urgente son los siguientes:

1. Por su propia condición de institución al cargo de los miembros de la sociedad menos «hechos», más frágiles e inmaduros, *el* sistema educativo tiende a cargar sobre sus anchas espaldas muchos problemas, deficiencias y malestares que afectan directamente a ese grupo. El gamberrismo juvenil, el fracaso escolar, las barreras a la promoción social, la rendición incondicional y acrítica de niños y adolescentes a la «perversa» influencia de la televisión, las actitudes intolerantes y racistas, la adicción al alcohol y las drogas, la misma maldición de los nacionalismos radicales y fanáticos..., tantas cosas y tantas situaciones ante las que muchos proclaman el pecado mortal de omisión de la escuela y de los profesores.

2. La mejora de la calidad como reto prioritario del sistema educativo es preocupación muy extendida entre todos los países, incluso entre los que no han alcanzado niveles satisfactorios de escolarización. El reto encuentra ante sí un obstáculo de difícil superación: lograr una educación de calidad compatible con los principios de equidad social y de libertad. Compatibilizar igualdad y libertad exige cambios difíciles en el sistema educativo: motivar a los profesores con estímulos y recompensas adecuados, modificar algunos planes de estudios o parte de los mismos, repensar y rediseñar algunas asignaturas, reforzar la autoridad de los maestros, incorporar a los padres y a la sociedad civil en las tareas pedagógicas... Demasiados intereses profesionales, posiciones adquiridas, inercias y apatías enraizadas, entramados legales y reglamentarios..., para que no surjan resistencias de toda índole.

3. En España ha surgido un nuevo problema, fruto de la descentralización administrativa y, especialmente, educativa: la dispersión y fragmentación de la enseñanza, que algunos llegan a denominar «federalización» de la enseñanza, que afecta a la unidad política del país tal como está hoy establecida. Afecta igualmente a la igualdad de oportunidades para los chicos y jóvenes a la hora de optar a un puesto de trabajo para el que se exijan determinados conocimientos que, por los diferentes desarrollos curriculares, no se adquieren de forma equiparable en algunas comunidades autónomas. Afecta, finalmente, al mismo progreso y adaptación del joven estudiante, que, al cambiar de residencia, puede encontrarse en su nueva escuela con desajustes en su ciclo de estudios.

4. Un problema, más bien una oportunidad problemática, ha sido la irrupción de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. Aparece el «ciberestudiante» con una poderosa herramienta en sus manos, aplicable por igual al juego, al estudio, a la amistad virtual y al trabajo. Pero las TIC han inducido un giro copernicano en la noción y la práctica clásica de la comunicación, basada en el principio de que «unos pocos

hablan a muchos», pues por primera vez en la historia, gracias al ordenador y a internet, «muchos hablan a muchos». El papel del profesor no podrá ser ya el mismo. Ni el del alumno. El enemigo más peligroso será el aluvión de información que reciba a través de internet. «Información» y «conocimiento» rivalizarán entre sí, y las oleadas siempre crecientes de información podrán ahogar el conocimiento. El rol central del profesor será enseñar al alumno cómo transformar en conocimiento y saber la masa de información.

5. Un problema especialmente delicado que afecta a la cohesión social es la integración de los hijos de los inmigrantes. No está claro el modelo de integración de los inmigrantes que la sociedad española favorece: el francés de *integración desde arriba*, que hace hincapié en la asimilación en la nación y la sociedad; el inglés de *integración desde abajo*, en el que se concede gran autonomía a las comunidades extranjeras emigradas para que conserven su cultura y sus líderes a cambio de que respeten las reglas del juego social del país receptor; el norteamericano, *híbrido* en el que confluyen los dos modelos anteriores, y en virtud del cual se integran en el país grandes masas de emigrantes que conservan algunos vestigios culturales propios, pero, en contrapartida, se mantienen barreras sociales entre los grupos étnicos y no se consigue fácilmente la integración. Sea cual sea el modelo finalmente adoptado, la escuela es y será siempre un agente de socialización de primer orden para una integración armoniosa, que incluya el respeto debido a las diferencias e identidades propias de los emigrantes.

6. Problema final: el declive de las humanidades en la enseñanza, olvidando que la enseñanza de las humanidades es la condición básica de la educación integral que persigue todo sistema educativo digno de ese nombre, el eje vertebrador de la formación de la persona humana. Es, asimismo, el contrapeso necesario al implacable dominio de las llamadas «ciencias duras» y de la «tiranía de los laboratorios» de la que habló Ortega y Gasset.

Una característica común a la juventud de los países desarrollados es el alto nivel de escolaridad que las transformaciones políticas, económicas y sociales han ido promoviendo a lo largo del siglo XX, con diferencias notables entre los mismos países que hoy se pueden considerar de pleno desarrollo. En los países que luchan por incorporarse a esta plenitud, la escolaridad ha rescatado a los niños y los jóvenes de la plaga tan frecuente en el siglo XIX y el mismo siglo XX: el analfabetismo, y con grandes esfuerzos los va sentando en los bancos de la escuela secundaria y en las aulas universitarias. En 1960, recuerda el trabajo ya citado de Undiks y sus colaboradores, *Juventud urbana y exclusión social*, el analfabetismo afectaba a un 22% de la población latinoamericana, en 1970 sólo al 14,25%, y en 1980 era residual, persistiendo en Perú, con el 6,6%, y en Brasil (15,7%) ¹⁸. En España el analfabetismo era todavía una vergüenza a comienzos del siglo XX, con un 45% de analfabetos. La situación evolucionó rápidamente: 17% en 1950, el 9% en 1970, el 7% en 1982, y el 1,9% de varones y 4,6% de mujeres en los noventa.

El gravoso legado de años de desatención de la enseñanza, que tan caro están pagando los países hispanos, España incluida, en forma de retraso científico y técnico en relación con los países más avanzados, se ha traducido en un deficiente nivel de estudios

de la población adulta. En 1999 la situación española era la siguiente:

- El 11% sólo tenía estudios inferiores a la educación primaria.
- El 31% educación primaria.
- El 23% educación secundaria obligatoria.
- El 15% educación secundaria postobligatoria.
- El 21% educación superior.

La situación de los países latinoamericanos es muy diversa, con notables diferencias entre los diferentes países –Chile, Argentina, Panamá y Perú en cabeza, las repúblicas centroamericanas más rezagadas–, y entre las zonas urbanas y las rurales. La tabla siguiente da cuenta de estos contrastes:

Tabla 7

Años de estudio de la población latinoamericana de 15 a 24 años según zonas urbanas y rurales (en torno al 2003)

Países Zonas urbanas Zonas rurales

Argentina (GBAires) Bolivia
 Brasil
 Chile
 Colombia
 Costa Rica
 Ecuador
 El Salvador
 Guatemala
 Honduras
 México
 Nicaragua
 Panamá
 Paraguay
 Perú
 Rep. Dominicana Uruguay
 Venezuela

Fuente: CEPAL.

10,5 –
 10,1 6,6 8,4 9,4
 10,9 9,4 9,8 6,5 9,0 7,1 9,7 – 9,2 6,0 8,2 4,5 7,9 4,9
 10,0 8,2 7,9 4,3 4,2 7,4 9,6 6,6
 10,6 7,8 9,6 7,8 9,6 – 9,0 6,0 (1994)

¹⁸ Undiks y otros, o. c., p. 38.

Los años de estudio de la población de un país dependen del esfuerzo mantenido durante muchos años para escolarizar a la población infantil y juvenil, y este esfuerzo está vinculado a la continuidad de una política educativa que es capaz de crear las suficientes plazas escolares para una población cuyo crecimiento, en algunas épocas, desborda las mejores previsiones. Tal es el caso de bastantes países latinoamericanos.

Otro factor fundamental, además de la política educativa, es la *escolarización efectiva* de los niños y adolescentes obligados legalmente a seguir determinados estudios. Las difíciles condiciones económicas de muchas familias, en las que la ayuda infantil para algunas tareas domésticas y extradomésticas es necesaria para la subsistencia familiar, así como la incultura de las mismas familias, la falta de ejemplos entre los mayores y los problemas de una comunicación vial adecuada hacen a veces difícil dicha escolarización efectiva.

La matrícula escolar en los países latinoamericanos es muy dispar, como puede observarse en la tabla siguiente, en la que aparecen los datos de UNICEF y del Banco Mundial con los porcentajes de estudiantes en relación con la población en edad escolar. Se trata de la tasa bruta de escolaridad, por lo que la tabla incluye estudiantes con edad superior a la normal. Véase la tabla 8:

Tabla 8

Tasas de escolaridad en América Latina en los años noventa

Primaria hombres Primaria mujeres Secundaria hombres Secundaria mujeres Terciaria

Argentina				
Bolivia				
Brasil				
Chile				
Colombia				
Costa Rica				
Cuba				
Ecuador				
El Salvador				
Guatemala				
Honduras				
México				
Nicaragua				
Panamá				
Paraguay				
Perú				
Rep. Dominicana				
Uruguay				
Venezuela				
110	108			
99	95			
100	96			
104	102			
103	103			
109	108			
97	97			
99	98			
94	94			

100 89

96 98

107 117

101 104

106 102

113 110

123 121

93 93

113 110

90 93

73 81 47 40 34 25 31 36 14 72 78 34 70 75 20 47 50 31 78 85 19 53 55 18 30 35 18 26

24 8 29 37 13 64 64 18 45 53 12 60 65 33 42 45 10 72 67 29 34 47 23 77 92 35 33 46 28

Fuente: UNICEF, *Estado mundial de la infancia 2002*; para la «terciaria», Banco Mundial, *World Development Indicators*, 2002.

Los datos españoles coinciden con esta prolongación de la escolaridad reflejada en la tabla. A finales de la década de los noventa la escolarización era total en el nivel primario, como en la gran mayoría de los países latinoamericanos, se aproximaba al 90% en la etapa de 14 a 18 años, y rondaba el 40% para el grupo juvenil de 18 a 24 años ¹⁹.

Una novedad de creciente importancia es el aumento de presencia de alumnos latinoamericanos, hijos de emigrantes, en la escuela española. En el curso escolar 2000-2001 el volumen de menores extranjeros escolarizados era relativamente débil: 133.000 alumnos matriculados en niveles no superiores del sistema educativo, con una notable diferencia según el nivel educativo:

- En educación infantil, 20 de cada mil alumnos eran extranjeros.
- En educación primaria, 23 de cada mil.
- En educación secundaria obligatoria, 19 por mil.
- En educación postobligatoria, 9 por mil.

En el curso 2004-2005, según datos del Ministerio de Educación, en los niveles no universitarios estudiaban 459.291 alumnos extranjeros, de los cuales el 45% procedían de países latinoamericanos, muy por encima del 19% originarios, ellos o sus familias, de países africanos, Marruecos en cabeza. Para muchas escuelas españolas, en imparable declive numérico debido a la baja natalidad desde hace dos décadas, la presencia de alumnos latinoamericanos, muy similares a los españoles por su cultura, religión y, sobre todo, lengua, ha supuesto una verdadera revitalización.

La calidad de la enseñanza es el gran reto de todos los sistemas educativos, tanto en los países avanzados como en los menos desarrollados. La calidad de la educación requiere, no es ocioso recordarlo, pensando en la situación de algunas regiones latinoamericanas, alumnos sanos y bien alimentado; motivación familiar y social suficiente; profesores bien formados y motivados, lo que implica niveles elevados de prestigio social y remuneración económica; locales y material didáctico adecuados; planes de estudio adaptados a las exigencias de un mundo en veloz proceso de globalización y de una sociedad de la información y del conocimiento, sin olvidar las

demandas de los localismos sociales y culturales que la globalización, paradójicamente, acarrea; gobierno, administración y gestión de los centros escolares según principios democráticos de participación de toda la comunidad educativa; respeto por la comunidad y la cultura local, y participación escolar en ellas.

Dos indicadores preciosos de la calidad educativa, entre otros, son el gasto en educación y el número de alumnos por profesor. En España, el gasto público en educación alcanzó su cúspide en 1993, con 3 billones 130.000 millones de pesetas, el 4,9 del PIB. En el año 2001 el gasto había descendido al 4,5% del PIB, algo más de 29.000 millones de euros. Pero el gasto total en enseñanza, incluido el gasto de las familias, en aumento, llegó al 5,6% del PIB, según el Consejo Escolar del Estado. Es de justicia recordar que entre 1993 y 2001 ha descendido el número de alumnos en el sistema escolar español, desde 7.939.490 a 6.783.179, en niveles ante universitarios, es decir, un millón y medio menos de alumnos. Quizás por esta razón, aunque ha disminuido el gasto público de educación, el gasto por alumno ha crecido más de un 20% entre 1995 y 2000. A pesar de este crecimiento, el gasto español sigue siendo todavía uno de los más pequeños entre los países de la OCDE, sobre todo en el ámbito de la universidad. En el año 2006 el gasto medio por alumno era en España de 5.385 dólares, mientras que la media de la OCDE se elevaba a 6.821.

En los países latinoamericanos el gasto público en educación, según el Institute for Statistics, de la UNESCO ²⁰, varía mucho, desde el 1,1% del PIB, en Ecuador, en el 2001, hasta el 6,5 en Bolivia y el 8,7 en Cuba, en el 2002 y el 2000. Véase la tabla 9:

¹⁹ J. González-Anleo, «La realidad actual de la educación en España», en *Ponencias del Quinto Congreso de Educación y Gestión*, Ediciones SM, Madrid 1999, p. 15.

²⁰ CEPAL, *Anuario estadístico de América Latina y el Caribe*, 2005.

Tabla 9

Gasto público en educación de países latinoamericanos en % del PIB (2002)

Argentina 4,3
Bolivia 6,5
Brasil (2001) 4,4
Chile 4,4
Colombia 5,4
Costa Rica 5,2
Cuba (2000) 8,7
Ecuador (2001) 2,2
El Salvador 2,9
Guatemala (2000) 1,7
México 5,4
Nicaragua 3,2
Panamá 4,6
Paraguay 4,4
Perú 3,1
Rep. Dominicana 2,4

Uruguay 2,6

Fuente: CEPAL, *Anuario estadístico de América Latina y El Caribe*, 2005.

El número de alumnos por profesores es otro indicador clave de la calidad de la educación. A finales de siglo, en 1998, la *ratio* profesor/alumnos en la enseñanza privada española era 17,8, mayor que la de la pública, 13,6. Los datos de los sistemas de enseñanza de los países latinoamericanos son muy diversos. Los datos de la UNESCO revelan grandes diferencias, desde países con *ratios* equiparables a las de los países desarrollados en el terreno educativo, como es el caso de Cuba, y en menor medida Argentina, y países muy atrasados en este aspecto, como sucede con Guatemala y Nicaragua. Véase el siguiente cuadro, en el que las *ratios* profesor/alumnos altas son indicativas de una calidad educativa deficiente, y las bajas señalan una calidad educativa mejor:

Ratios profesor/alumnos Primer nivel Segundo nivel

Argentina

Bolivia

Brasil

Chile

Colombia

Costa Rica

Cuba

Ecuador

Guatemala

Honduras

México

Nicaragua

Panamá

Paraguay

Perú

Rep. Dominicana Uruguay

Fuente: CEPAL, *ibíd.*

17 17

21 24

24 19

33 33

27 21

23 21

11 12

19 13

30 14

34 –

27 17

35 34

24 16

27 12

25 19

39 31

21 18

3.2. La prolongación de la escolaridad: libertad o reclusión

La escuela puede ser vista desde el ángulo de la libertad. Libera de ignorancias y, en principio, de prejuicios; prepara para el ejercicio de la libertad; proporciona cauces para la comunicación y el diálogo liberador; contribuye al desarrollo total del individuo en el marco de una sociedad pluralista y libre; permite que todos puedan participar en la vida activa y en la economía, emancipándose así de totalitarismos y autoritarismos políticos o sociales que coartan la libre autonomía del individuo... Así rezan algunas de las hipótesis sobre las funciones de la educación en el siglo XXI, según la Comisión Internacional para la Educación en el siglo XXI²¹.

²¹ *Seminario Educación y Cohesión Social, Comisión Internacional para la Educación en el Siglo XX, Grupo de Trabajo de Educación de la Comisión Española de UNESCO, Alicante, diciembre 1994, p. 4.*

Hasta aquí los datos que invitan al optimismo, a la visión de la escuela como promesa de libertad para la juventud latinoamericana y española. Pero hay otra perspectiva menos optimista: la educación formal que se traduce en una escolaridad prolongada puede representar un riesgo para muchos jóvenes al convertirse en una reclusión difícilmente soportable para muchos alumnos. En general, para el niño, el adolescente y el joven el período de escolarización fundiría maravillosamente la convivencia con los amigos, tan supervalorados en esa etapa de la vida, la apertura de la mente a nuevos horizontes, la satisfacción de la curiosidad intelectual, patente o latente en los niños y adolescentes, sobre todo, y la preparación para el ejercicio profesional de habilidades personales. De ahí su valor y la satisfacción general de los estudiantes con esta etapa de su vida. Pero la escuela cumple también tres cometidos ineludibles: 1) una función cultural, de transmisión de conocimientos, de objetivos sociales, de valores, normas e ideales; 2) una función (antipática) de selección, estableciendo una clasificación gradual de competencias, y 3) una función de integración en la sociedad, mediante la asignación de derechos y deberes, de nuevos roles que se superponen, con mayor o menor violencia, a los roles propios de la infancia y de la familia. Estas tres funciones no siempre encajan con las actitudes y valores típicos de la juventud actual. Al menos con el *talante hedonista* de muchos jóvenes, que valoran por encima de todo el tiempo de ocio, la diversión, la convivencia con los grupos de amigos, etc. Los jóvenes con *talante calvinista*, que valoran los estudios como una prueba para su propia superación, no abundan tanto como quisieran los padres y los profesores.

Desde esta segunda perspectiva la escuela, sobre todo a partir de una cierta edad, aparece como una reclusión, de la que hay que escapar como sea: abandonando los estudios antes de cumplir con lo dispuesto en la legislación escolar de cada país (*drops outs*), dejando de estudiar al concluir la etapa de la enseñanza obligatoria o, sencillamente, resistiéndose al estudio dentro de la misma escuela y manifestando esa

resistencia con un grave desinterés por los estudios, con frecuentes actos de indisciplina, incluso de violencia contra los profesores (*objetores escolares*).

En esta misma línea, el abandono de los estudios, los bajos rendimientos y el fracaso escolar, junto con otros déficit de calidad y relativos a la igualdad de oportunidades, no parecen perdonar a ningún país. Los datos son elocuentes.

– El *Informe Pisa* ha puesto de relieve que España, sólo por delante de Portugal y Malta, es el país de la UE que sufre el mayor fracaso escolar entre los 18 y los 24 años y el que presenta la más baja proporción de población con nivel de enseñanza secundaria superior. El nivel de conocimientos en cultura matemática, literaria y científica de los quinceañeros españoles es dramáticamente bajo. Uno de cada cuatro estudiantes no consigue acabar la educación secundaria obligatoria (ESO) y obtener el título de graduado en esta etapa, siendo la media de la UE el 20%. El abandono escolar entre los jóvenes de 18 a 24 años ha evolucionado negativamente, afectando al 29,8% en 2003; finalmente, el gasto público en educación representa en España el 4,4% del PIB, siendo 5,2% la media en la UE ²².

– La percepción del fracaso escolar cae como una losa sobre la motivación, los estímulos y las expectativas de un número importante de adolescentes y jóvenes españoles. En los niveles preuniversitarios se sentían muy fracasados el 9% y bastante fracasados el 27%, y en la universidad el porcentaje de los que se percibían como fracasados, mucho o bastante, llegaba al 8% (*Informe Juventud en España 2000*, INJUVE).

–La disparidad es la nota destacada de la valoración global de la escolaridad en los países de América Latina. La *ratio* combinada de la enseñanza primaria, secundaria y terciaria en el curso 2002-2003 (que alcanzaba 1,00 en algunos países europeos, como Noruega, y valores muy altos en el resto: el 0,97 en España y Francia, el 0,96 en Alemania y el 0,94 en Portugal), reflejaba perfectamente la disparidad de los sistemas escolares en los países latinoamericanos. Argentina, Brasil, Chile, Perú y Cuba ostentan índices similares a los europeos, en todo caso por encima de 0,80, pero cuatro países se quedaban por debajo de 0,70: El Salvador, Nicaragua, Honduras y Guatemala ²³.

²² OCDE, *Informe PISA 2003*.

²³ *Índice de Desarrollo Humano, UNESCO: Institute for Statistic, 2005*.

– Uno de los indicadores clásicos de calidad de la enseñanza es el número de alumnos por profesor en la enseñanza primaria. La disparidad es de nuevo la nota dominante. Portugal, Cuba y España encabezan la lista, con 15 o menos alumnos por profesor, seguidos muy de cerca por Paraguay, Argentina, Venezuela y Colombia, todos por debajo de una *ratio* de 25. Entre 25 y 30 figura la mayor parte de los países latinoamericanos. Por encima de 30, Brasil, Honduras, Nicaragua y la República Dominicana. El último, Guatemala, con 38,2 alumnos por profesor, más del doble que los primeros países mencionados ²⁴. La *ratio* profesor/alumno es un predictor, que pocas veces falla, del nivel de aprendizaje, sobre todo cuando el entorno social del niño – región, barrio, adultos con los que se relaciona habitualmente, familia, etc.– adolece de carencias culturales, ausencia de estímulos y de modelos, etc.

Estas disparidades, déficit e indicadores de calidad deficiente y de fracaso escolar se reflejan inexorablemente en el tipo de ciudadano joven que las sociedades española y latinoamericanas están enviando al ruedo de la vida política y económica. Producto humano de la «reclusión» escolar, del retraso de la entrada en el matrimonio y de la prolongación de la juventud, más pronunciada en España que en la mayoría de los países latinoamericanos, es el triple espécimen de joven que, a punto de dejar la juventud, se agolpa a las puertas de la madurez y del empleo que le permita acceder a una vivienda propia y contraer matrimonio o vivir con su pareja estable. Ruiz Olabuénaga lo ha descrito así²⁵:

1. Uno de cada cuatro pueden ser calificados de ciudadanos adultos, en cuanto han concluido exitosamente su etapa escolar, han conseguido un empleo estable y han formado una célula familiar fija.

2. La mitad de los jóvenes se apropian sólo de una ciudadanía precaria, bien porque no han contraído matrimonio ni formado una familia propia, bien porque su prolongada reclusión escolar los retiene alejados del mundo del empleo. Su familia corre el riesgo de convertirse en una especie de familia-hotel, más que una familia-hogar, y su frecuente convivencia sexual se asimila fácilmente a una «boda a crédito»: coexistencia sexual + no compromiso legal de convivencia.

3. Uno de cada cuatro acaba constituyendo la «tribu» de los «libertos»: son mayores de edad, han abandonado los estudios, pero, sometidos al paro, no han conseguido la soñada autonomía económica. Escribe Olabuénaga:

«Son un ejército de ciudadanos preadultos, políticamente libres y en plenitud de derechos ciudadanos pero socialmente esclavizados a la subvención del paro y al soporte familiar, del que no pueden liberarse. Gozan de todos los derechos democráticos menos del derecho a salir de la juventud y a asentarse como hombres adultos».

A pesar de los tintes algo sombríos de esta descripción, en la que seguramente no encajan muchos jóvenes españoles y menos aún la mayoría de sus coetáneos latinoamericanos, no se percibe en la juventud –hay excepciones– una fermentación potencialmente explosiva y conducente a una protesta social rupturista con el sistema. No faltan protestas, tanto locales como internacionales, pero en general los jóvenes forman una sociedad autocomplaciente, con altos niveles de satisfacción y felicidad, en especial en los países con mayor nivel de vida y con más recursos económicos a disposición de los jóvenes, para su uso y disfrute. Los jóvenes, en expresión feliz de Olabuénaga, son una especie de «inmigrantes ilegales en una sociedad de la que se sienten excluidos más por el miedo y el egoísmo de los adultos que por sus discrepancias generacionales»²⁶.

Las chicas sobresalen en el mundo estudiantil por encima de los chicos. Hay más universitarias que universitarios, menos abandonos y fracasos escolares entre ellas, tasas superiores de graduadas en la educación secundaria obligatoria y en el bachillerato... Profesores, psicólogos y sociólogos tratan de encontrar una explicación satisfactoria a datos tan elocuentes:

²⁴ [http://www.guiadelmundo.org.uy/cd/themes/disparidades en la educ.html](http://www.guiadelmundo.org.uy/cd/themes/disparidades%20en%20la%20educ.html).

²⁵J. I. Ruiz Olabuénaga (dir.), *La juventud liberta*, Fundación BBVA, Bilbao 1998, pp. 51-55.

²⁶J. I. Ruiz Olabuénaga, o. c., p. 57.

Tabla 10

Tasa bruta de graduados en ESO y en Bachillerato (2003)

Enseñanza secundaria obligatoria Bachillerato

Hombres 46 43 Mujeres 54 63 Fuente: Ministerio de Educación, Madrid 2003.

El «éxito» femenino se debe, al menos en parte, a que el abandono de los estudios es notablemente superior entre los hombres. De 18 a 24 años dejan los estudios prematuramente el 35% de los hombres, más de la tercera parte, frente a sólo el 22% de las mujeres. El deseo de encontrar un empleo, ligado a un mayor atractivo de la emancipación, impulsa al abandono prematuro, aunque, sin duda, hay otras causas y factores.

Los datos sobre jóvenes españoles matriculados en la universidad son igualmente elocuentes. En el año 2005 la población femenina con estudios superiores era mayor que la masculina, y ya en el curso 2004-2005 las mujeres, con el 58%, se embolsaban la mayor parte de los títulos universitarios.

Psicólogos, sociólogos y profesores se quitan la palabra entre sí para tratar de ofrecer una explicación. Las más verosímiles son las siguientes:

- El feminismo, las diversas medidas políticas para acelerar la igualdad entre hombres y mujeres, y el clamor universal por dicha igualdad han estimulado en las mujeres el afán y la voluntad por salir de su situación de inferioridad educativa e incluso superar a los chicos. Este empeño es una inagotable fuente de motivación para los estudios.

- Las mujeres dominan mejor el lenguaje porque desde siempre han tenido que encargarse de la tarea, fundamental para la familia y para la sociedad, de convertir a un bebé incapaz de nada en un ser capaz de entender su entorno y manipular a los adultos para salir adelante. Y lo han hecho con la herramienta ideal e imprescindible que es el lenguaje.

- Por esta misma razón las mujeres son mejores negociadoras que los hombres, más dotadas para la relación social, instrumento precioso a la hora de relacionarse con los profesores y con los compañeros de clase.

- La experiencia ha enseñado a las mujeres que por diversas razones, entre ellas los prejuicios de índole machista, para obtener un empleo tienen que destacar, que presentar un currículo más rico que el de los varones para conseguir lo mismo.

Los mismos jóvenes reconocen en las chicas cualidades propias que explican su mayor éxito en los estudios. El informe *Jóvenes españoles 99* destacó estas cinco cualidades, percibidas predominantemente como femeninas: paciencia, constancia, atención a los detalles, sensatez e intuición. Los chicos destacarían solamente por su mayor dotación para ejercer la autoridad. Cualidades compartidas por ambos géneros aproximadamente por igual serían la capacidad de lucha, la inteligencia, la capacidad de trabajo y la capacidad de resolver problemas²⁷.

3.3. La convivencia en la escuela

y la socialización

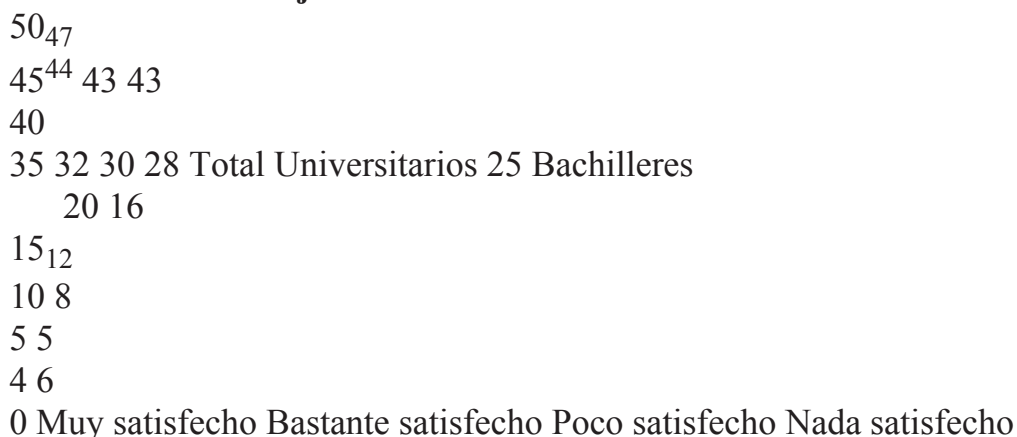
La convivencia de los chicos y chicas en la escuela es, en general, gratificante. No es de extrañar, por tanto, que la enseñanza sea la institución que recibe una nota de confianza más alta por parte de los jóvenes, dejando al margen la familia, que en sentido estricto es un grupo más que una institución. El aspecto de la escuela que proporciona mayor grado de satisfacción es el trato con los compañeros, los amigos, seguido de la preparación y capacitación para el trabajo que se supone que proporciona la escuela. El resto de los aspectos de la vida escolar o producen una satisfacción moderada o pueden considerarse, en cierta medida, obstáculos a una satisfacción total con los estudios, sobre todo, como es lógico, el conjunto de normas que rigen la organización y vida de la escuela.

La satisfacción con los estudios parece ser mayor a medida que se avanza en los mismos, quizás porque en la vida universitaria se alcanza una libertad personal y una autonomía que hacen las normas y la disciplina escolares más llevaderas. Un estudio del Centro de Investigaciones Sociológicas así lo certifica:

²⁷ *Jóvenes españoles 99*, Fundación Santa María, Madrid 1999, p. 177.

Gráfico 1

Satisfacción de los jóvenes con sus estudios



Fuente: CIS, 1991, pp. 23-25.

Uno de los factores que fundamentan la satisfacción con los estudios es la motivación, estrechamente relacionada con el esfuerzo personal y con el rendimiento. Hay que reconocer que la preocupación por la educación no es, precisamente, una nota destacada de la sociedad española en su conjunto, ni de los políticos, ni de los padres ni de los jóvenes. Un estudio ²⁸ sobre la situación del profesorado no universitario puso de manifiesto, a comienzos de los años noventa, que más de la mitad de los profesores,

²⁸ P. González Blasco y J. González-Anleo, *El profesorado en la España actual*, Fundación Santa María, Madrid 1993, p. 91.

el 58%, valoraban negativamente la motivación para los estudios de la mayoría de sus alumnos. La homogeneidad de las respuestas –profesores de diferentes niveles de enseñanza, de diferentes comunidades autónomas, de centros públicos y privados, todos coincidían en la baja motivación de sus estudiantes para los estudios– indica que se trata de un problema generalizado, con carácter de «problema nacional», aunque ni los

medios ni los políticos lo reconozcan como tal, a pesar de informes internacionales como el PISA, al que ya se ha hecho referencia.

El nivel de desmotivación de los alumnos, tal como es percibido por los mejores testigos, sus profesores, puede deberse a muchos factores. El modelo de Lawler²⁹, sobre un esquema de Vroom, hace intervenir en el proceso motivacional tres factores: la *expectativa*, que es la probabilidad aceptada por el sujeto de que una determinada acción o serie de acciones logre un resultado determinado; la *instrumentalidad*, que se refiere a la adecuación, igualmente valorada por el sujeto, de que ese resultado proporcione determinadas recompensas; y la *valencia*, que es el valor subjetivo que el sujeto atribuye a esas recompensas.

– En el proceso motivacional de los estudiantes, la *expectativa* está influida por el autoconcepto de la propia capacidad, inteligencia y otras habilidades, concepto reforzado o debilitado por la valoración externa procedente de sus padres y profesores, y se refiere a la probabilidad de conseguir resultados escolares valiosos, como evaluaciones positivas, paso al curso siguiente, algún título académico, etc.

– La *instrumentalidad* aparece condicionada, positiva o negativamente, por las pasadas experiencias escolares del estudiante y por su percepción de la objetividad y el espíritu de justicia de sus maestros.

– La *valencia*, o valoración subjetiva de las recompensas asociadas con sus logros académicos, tiene un carácter diverso según el nivel académico, el tipo de estudios y la propia personalidad. Y las recompensas son muy variadas: la cualificación para posteriores estudios o para un futuro trabajo, la satisfacción de los padres, la aprobación de los profesores, el valor intrínseco del «saber y valer más», el prestigio en la escuela, etc. ¿Valoran estas recompensas los jóvenes españoles hoy? Puede dudarse, a la vista de:

- La perspectiva probable de trabajos «basura» y empleos precarios.
- La escasa estima social y mediática del saber y del espíritu científico.
- La existencia en el ambiente escolar de fuentes más gratificantes y más fáciles de prestigio.

²⁹ E. E. Lawler, *Motivation in Work Organizations*, California Books, Monterrey 1973.

- El ejemplo negativo y desalentador de los «mileuristas»³⁰.

• La transmisión familiar de virtudes «fáciles», como la independencia, la tolerancia, los buenos modales... y el culpable silencio paternal sobre el trabajo duro, la perseverancia y la abnegación, virtudes fuertes sin las que el éxito escolar es muy difícil o imposible.

Entre las recompensas capaces de alimentar la motivación y el trabajo duro de los jóvenes figuran los títulos académicos y un puesto de trabajo atractivo. En la sociedad española puede hablarse de un auténtico *fetichismo de los títulos*, como «efecto perverso» del orden social. La política educativa de expansión de las plazas escolares y de creación de universidades al compás de las demandas localistas ha desembocado en una incontenible inflación de títulos escolares. Y con la inflación, inexorablemente, la devaluación y el círculo vicioso: si ahora los títulos y los grados valen menos, hay que acumular más para tener el mismo valor que se tendría sin la devaluación, lo que

aumenta la cantidad de títulos y vuelve a devaluarlos. La frecuente aglomeración de jóvenes en algunos niveles y especialidades produce cierto «efecto desplazamiento» de los titulados inferiores por los superiores, pero la devaluación no significa que sea menos rentable la inversión en educación, pues a pesar de estas dificultades los jóvenes de mayor nivel educativo siguen estando mejor situados que el resto de los jóvenes desde el punto de vista del empleo.

Las razones para estudiar son hoy predominantemente instrumentales, y las que pueden llamarse expresivas –realización y satisfacción personal, obligación moral, servicio a la sociedad, obtención de un nivel cultural satisfactorio...– ocupan un lugar muy secundario. Prueban ese carácter instrumental y utilitario de los estudios los primeros puestos ocupados por el título y el trabajo en la lista de razones para estudiar que jerarquizan los jóvenes ³¹. La «rentabilidad» de los títulos explica su fuerza motivadora para los jóvenes. Aparte de su fascinación propia, el título atrae y motiva por su vinculación con el trabajo/empleo, lo que explica que la mitad de los jóvenes mencionen esas dos razones en primer lugar.

³⁰ «El *mileurista* es aquel joven de 25 a 34 años, licenciado, bien preparado, que habla idiomas, tiene posgrados, másteres y cursillos. Normalmente iniciado en la hostelería, ha pasado grandes temporadas en trabajos no remunerados, llamados eufemísticamente becarios, prácticos, *trainings*, etcétera. El *mileurista* no ahorra, no tiene casa, no tiene coche, no tiene hijos, vive al día. A veces es divertido, pero ya cansa. El *mileurista* ha ido a Europa este verano, en uno de esos vuelos baratos..., ha pagado lo mismo por un café, incluso menos por la comida, que en su ciudad. Pregunta, investiga, y allí los alquileres son parecidos, y piensa que España está ya a nivel europeo. Pero lo malo es que se ríen cuando dice que gana “*nine hundred and ninety seven euros*”» (carta de Carolina a *El País*, a mediados de agosto de 2005, creando el término *mileurista*, hoy ya popularizado).

Pero se plantea aquí una cuestión de excepcional importancia para la socialización de los jóvenes: ¿qué ven hoy los jóvenes en el trabajo? La Encuesta Europea de Valores de 1999 ³² ha puesto de relieve que en la década 1990-1999 se ha producido un gran incremento de los aspectos lúdicos del trabajo –ausencia de agobio, buenas vacaciones, fin de semana libre– sobre todo para los jóvenes, aunque los aspectos directamente relacionados con la seguridad sigan siendo los más valorados: ingresos, seguridad en el empleo y buenas condiciones materiales y físicas. Pero los jóvenes valoran también por encima de la media los aspectos del trabajo asociados con el «desarrollo personal» (iniciativa, promoción, logro e interés del trabajo en sí mismo). La socialización deberá tener en cuenta la escasa importancia que conceden los jóvenes al sentido social del trabajo y a la concepción del trabajo como una obligación moral y social.

Anexo:

Para recordar a los clásicos y ampliar ideas 1. Rousseau: el proceso de socialización en la adolescencia

En el terreno de la educación en su sentido más amplio, es decir, de la socialización de los niños,

³¹ *Jóvenes españoles 1999*, o. c., pp. 170-171.

³² M. Ayerbe, «El trabajo», en *España 2000. Entre el localismo y la globalización*, Fundación Santa María, Madrid 2000, pp. 167-168.

adolescentes y jóvenes, Rousseau es un clásico, y su novela *Emilio* representa el punto de partida de la pedagogía moderna, desde el conocimiento del niño, de sus

necesidades y de sus posibilidades. El principio que domina todo el pensamiento del filósofo ginebrino es bien conocido: el hombre recibe todo el bien de manos de la naturaleza y sólo por la sociedad y sus instituciones es corrompido; por consiguiente, el ser humano que está creciendo debe ser mantenido lejos de influencias que puedan deformarlo. De ahí que la educación sea negativa, consiste en mantener alejadas todas las influencias de la vida social que pueden perturbar ese proceso. Su método educativo es liberal, aunque algunos no dudan en motejarlo de «libertario». El maestro interviene lo menos posible, pone al alumno en contacto con la naturaleza y deja que ésta actúe libremente. El niño descubre el mundo por sí mismo, sus cualidades se desarrollan espontáneamente, en el momento más oportuno, sin que nada le sea impuesto. Este método no ha podido aplicarse nunca a la letra, pero en él se han inspirado muchas técnicas educativas.

Como más pertinente al contenido de este capítulo dedicado a la socialización se ofrecen a continuación unos párrafos selectos del libro de Jean Jacques Rousseau *Emilio o de la educación* (Barcelona, Fontanella, 1973) tocantes al «nacimiento de la sociabilidad», objetivo fundamental del proceso de socialización.

«La debilidad del hombre es lo que hace que sea un ser sociable; nuestras comunes miserias son las que llevan nuestros corazones a la humanidad, nada le deberíamos si no fuéramos hombres. Todo es signo de insuficiencia; si cada uno de nosotros no tuviera necesidad de los demás, jamás pensaría en unirse a ellos. Así, de nuestra misma debilidad nace nuestra frágil dicha. Un ser auténticamente feliz es un ser solitario...

De lo antedicho se sigue que nos apegamos a nuestros semejantes, no ya por el sentimiento de sus placeres, sino por el de sus penas, porque en ellas vemos mejor la identidad de nuestra naturaleza y la garantía del afecto que nos profesan. Si nuestras necesidades comunes nos unen por interés, nuestras miserias comunes nos unen por afecto. El aspecto de un hombre feliz inspira menos amor que envidia... En cambio, ¿quién no se apiada del desdichado que ve sufrir? ¿Quién no le quisiera librar de sus males si fuera suficiente un deseo? La imaginación nos coloca en el puesto del miserable más que en el del hombre feliz, y sentimos que el primero nos afecta más que el último...

A los dieciséis años el adolescente ya sabe qué es padecer, porque ya ha padecido, pero apenas sabe qué padecen otros seres, pues verlo sin sentirlo no es saberlo, y, como he repetido infinidad de veces, el niño que no imagina lo que sufren los demás no conoce otros males que los suyos. Pero cuando el primer desarrollo de los sentidos enciende en él el fuego de la imaginación, comienza a identificarse con sus semejantes, a conmoverse y sufrir con sus dolores. Entonces la triste pintura de la humanidad doliente debe despertar en su corazón la primera ternura... De este modo nace la piedad, primer sentimiento relativo que mueve el corazón humano, según el orden de la naturaleza...

Para excitar y mantener esta naciente sensibilidad y para guiarla o seguirla en su natural inclinación, ¿qué debemos hacer, pues, sino ofrecer al adolescente objetos propios para que pueda actuar la fuerza expansiva de su corazón, que le dilate y le extienda por los demás seres...? Es decir, en otros términos, excitar en él la bondad, la humanidad, la conmiseración, la beneficencia, todas las atractivas y dulces pasiones que

naturalmente placen a los hombres, e impedir que nazcan la envidia, la codicia, el odio, todas las pasiones repulsivas y crueles que no sólo anulan, por así decirlo, sino que también destruyen la sensibilidad y son el tormento de quien las sufre.»

Respecto a la transmisión de la imagen de Dios a los niños:

«En Suiza vi una buena y piadosa madre de familia tan convencida de esta máxima (“los hombres no conciben otro Dios que el de los niños») que no quiso instruir en la religión a su hijo en la primera edad por temor a que, descontento con esta grosera instrucción, desechara otra mejor cuando tuviera uso de razón. Ese niño siempre oía hablar de Dios con recogimiento y reverencia, y en el momento en el que él deseaba hablar le imponían silencio, como si se tratara de un tema demasiado sublime y grande para él. Esta reserva aguijoneaba su curiosidad, y su amor propio anhelaba el momento de conocer un misterio que con tanto celo le ocultaban. Cuanto menos le hablaban de Dios y menos le permitían que hablase, más se ocupaba de Él, y veía a Dios en todas partes.»

2. Los grandes dilemas

en la socialización familiar de los hijos

Como en todo proceso largo y complejo en el que intervienen actores sociales con intereses diferentes, en la socialización primaria familiar aparecen con frecuencia dilemas o problemas bipolares ante los que muchos padres no saben responder. Los tres dilemas más frecuentes son: a) el dilema de la paz familiar vs. la transmisión y mantenimiento de normas de comportamiento; b) el dilema de la continuidad vs. el cambio social; c) el dilema del particularismo vs. el universalismo.

a) El primer dilema, *paz familiar frente a mantenimiento de normas*, se va haciendo más frecuente a medida que aumenta en la sociedad juvenil, sobre todo en los países más desarrollados y en las zonas urbanas, la independencia de los chicos, que cada vez conviven con sus compañeros y amigos más que con su propia familia y reciben de aquéllos una parte creciente de su información y de las pautas de vida. Pero los padres tienen que mantener un clima familiar de paz, armonía y buen entendimiento, clima necesario para la eficacia de la tarea socializadora y para la estabilidad sentimental y emocional, que son las dos funciones clave de la familia en la sociedad occidental, y tan valoradas por los mismos chicos. Por otra parte, tienen que inculcar pautas y normas sociales a sus hijos a fin de educarlos como miembros valiosos de la comunidad, ciudadanos excelentes, personas bien integradas en la sociedad y con recursos óptimos (nivel educativo y cultural, habilidades, actitudes...) que les permitan triunfar en la vida.

Pero muchas veces, por circunstancias diversas, la paz y las normas entran en conflicto y algunos padres acaban por sacrificar el clima de paz y concordia en aras de la transmisión de las normas y el control de los comportamientos. Son las familias *autoritarias*. O, por el contrario, renuncian a inculcar normas, valores y control de la conducta de los hijos a fin de mantener la paz y la concordia familiares. Son las familias *permisivas*. El equilibrio y justo medio no es fácil; exige diálogo, comunicación padres-hijos, flexibilidad y... sentido del humor.

b) El segundo dilema es una constante en la sociedad y en los grupos y asociaciones: la

continuidad frente al cambio. La familia es por naturaleza una institución tradicional y conservadora, quizás por su visión cuasi biológica de transmisión y protección de la vida. Los padres han sido socializados en su momento histórico de acuerdo con valores y normas vigentes en su época y siguiendo técnicas consagradas por la tradición. La tentación inconsciente de muchas familias, en todos los tiempos, es la de transmitir a sus hijos esos mismos valores y normas, empleando idénticas técnicas y métodos. El riesgo evidente es la inadecuación de estos valores a los retos y problemas reales de la sociedad en la que les ha tocado vivir a los hijos. Ortega y Gasset se refirió indirectamente a este problema en su crítica a la «anacronía de la pedagogía». Las alternativas que se abren a la práctica socializadora de los padres son muy variadas, pero pueden sintetizarse en estas tres:

- Absentismo educativo de los padres, que se perciben a sí mismos impotentes a la hora de transmitir los nuevos valores, normas y estilos de vida. Los padres «pasan» de socializar a los hijos porque se encuentran absolutamente desconcertados ante unos cambios de creencias, valores y pautas que no comprenden y en los que, muchas veces, no creen. Su reacción, muy comprensible, es la del relativismo moral y social en su comportamiento personal, y la del absentismo educativo en el terreno de las relaciones con sus hijos. Una consecuencia lógica es el auge de la familia permisiva, ya mencionado.

- Seudomodernización de los padres, que, sin alterar desde dentro sus propios valores y creencias, operación nada fácil, siguen torpemente las modas educativas de los nuevos tiempos (camaradería con los hijos, libertades sin límites, ausencia de control...) o «piden prestados» a otros agentes de socialización (libros para «ser buenos padres», manuales de educación, consejeros familiares, revistas para la familia, programas para padres educadores o simples consejos de charlatanes televisivos...) los nuevos valores y las nuevas técnicas que hay que emplear para socializar a los hijos con éxito y adaptarlos convenientemente a la nueva sociedad y sus exigencias.

- «Conversión» auténtica de los padres al nuevo esquema de valores y técnicas educativas, e incluso invención por ellos mismos de fórmulas educativas más modernas y adaptadas a las exigencias de los nuevos tiempos.

c) El tercer dilema plantea la elección entre el *particularismo frente al universalismo*. La familia es, en general, un grupo o institución particularista, es decir, pone por encima de todo la lealtad con la propia familia, el trato preferencial a los miembros de la familia, el espíritu de familia, los deberes recíprocos, etc. En fuerte contraste, la sociedad, en especial las sociedades modernas y democráticas, son mucho más universalistas, aunque abunden las sociedades particularistas e incluso familistas, como es en gran medida la italiana.

La sociedad moderna se rige generalmente por principios universalistas, tratando en principio a todos los individuos según derechos comunes a todos y no otorgando otras preferencias –en los cargos, beneficios, recompensas, honores, etc.– que las dictadas por los méritos, esfuerzos y valores que los hombres desarrollan de forma desigual a lo largo de la vida. El conflicto está patente, sobre todo, si el centro de enseñanza, además de la

familia, se estructura siguiendo los patrones de un grupo primario, con rasgos muy particularistas, mientras que la sociedad sigue fórmulas semejantes a las que siguen los grupos secundarios, más universalistas. Las tres alternativas más frecuentes a este dilema son:

- La sociedad es también particularista, aunque habitualmente no tanto como la familia. En principio no surgiría el dilema, ya que existiría una congruencia más o menos completa entre la socialización familiar y el talante mismo de la sociedad.

- Familia y sociedad se diferencian por el tipo de socialización que brindan a los jóvenes, en cuyo caso tarde o temprano estallaría el conflicto, y el joven tendría que aceptar unos valores y normas contrapuestos a los aprendidos en la interacción familiar.

- La familia socializa en valores particularistas, pero la acción conjunta de los demás agentes de socialización, sobre todo el centro educativo, reduce o elimina el excesivo particularismo incorporado a lo largo de la socialización familiar.

Tabla 11

Tasa de analfabetismo de la población latinoamericana de 15 y más años, según el sexo (2005)

3. El capital humano

de los países latinoamericanos

Los «milagros» económicos y la rápida reconstrucción de Alemania y de Japón después de su derrota total en la II Guerra Mundial son atribuidos al capital humano que sobrevivió a los desastres de la guerra. Se entiende habitualmente por «capital humano», según las teorías de Gary S. Becker y Jacob Mincer, la inversión en educación y formación profesional de la población, de acuerdo con estos tres principios: a) que estudiar es rentable; b) que la educación es productiva, y c) que la gente estudia porque cree que es rentable. Los principios a) y b) se ven avalados por la fuerte relación entre escolarización y crecimiento económico y por las tasas positivas de rendimiento privado. La teoría del capital humano ha sido objeto de numerosas críticas por parte de los economistas y los sociólogos marxistas de la educación, que la consideraron responsable de la legitimación del «individualismo burgués».

A pesar de críticas y condenas, merece la pena detenerse un momento en algunos datos que interesan tanto al economista de la educación como al mismo educador. Las tablas siguientes responden a indicadores muy valorados por la sociología de la educación, sea cual sea su postura ante la teoría del capital humano: el analfabetismo de la población, los años de estudio de los jóvenes de 15 a 24 años y la asistencia escolar de niños y jóvenes.

El analfabetismo va dejando de ser un problema de primera categoría en la mayor parte de los países latinoamericanos, aunque lo sea todavía en la mayor parte de la región centroamericana: El Salvador, Guatemala, Nicaragua, Honduras y República Dominicana. Las diferencias entre hombres y mujeres son muy notables en Guatemala, Bolivia y Perú, países con una muy fuerte presencia indígena. Véase la tabla siguiente:

Países Total Hombres Mujeres

Argentina Bolivia

Brasil
 Chile
 Colombia 2,8
 11,7
 11,1
 3,5
 7,1
 Costa Rica 3,8
 Cuba 2,7
 Ecuador 7,0
 El Salvador 18,9
 Guatemala 28,2
 Honduras 22,0
 México 7,4
 Nicaragua 31,9
 Panamá 7,0
 Paraguay 5,6
 Perú 8,4
 Puerto Rico 5,4
 Rep. Dominicana 14,5
 Uruguay 2,0
 Venezuela 6,0
 América Latina y el Caribe 9,5
 2,8 2,7 6,2 17,0 11,3 11,0 3,4 3,6 7,2 6,9 3,9 3,7 2,6 2,8 5,6 8,3 16,4 21,2 20,9 35,4 22,4
 21,7 5,7 9,1 32,2 31,6 6,4 7,6 4,8 6,4 4,4 12,3 5,7 5,1 14,7 14,4 2,5 1,6 5,8 6,2 8,8 10,3
 Fuente: CEPAL, *Anuario estadístico de América Latina y el Caribe*, 2005.

Más significativo aún que las tasas de analfabetismo es el número medio de años que han frecuentado la escuela los jóvenes de 15 a 24 años, que constituyen el capital humano de la sociedad. La tabla 12 presenta la media de años de estudio de estos jóvenes según el género y según el hábitat rural y urbano. Las diferencias más notables son las siguientes:

- Chile, Argentina, Perú, Panamá y Bolivia presentan los índices más altos, significativos, en principio, de una población juvenil más educada y preparada para su inserción en la ciudadanía y en la vida laboral. Guatemala, Nicaragua, Honduras y Brasil, en el extremo puesto, tienen los índices más bajos.

- Las diferencias según el género son poco significativas, pero llama la atención que en bastantes países de la región –Chile, Argentina, Panamá y Venezuela, por ejemplo– el número de años de estudio es superior entre las mujeres.

Otro indicador importante del capital humano es la tasa de asistencia escolar. La tabla 13 tiene una doble función: en primer lugar, contrastar las diferencias entre los países latinoamericanos, desde el 85% de Chile y Bolivia al 64% de Honduras y el 67% de Guatemala, y, en segundo lugar, poner de relieve las diferencias, en el interior de cada

país, entre el 20% más rico de la población y el 20% más pobre, comparación que arroja diferencias abismales en bastantes países, sobre todo en el grupo de edad de 13 a 19 años.

Tabla 12

Años de estudio de la población latinoamericana de 15 a 24 años (zonas urbanas y rurales, en torno al año 2003)

Países Zonas urbanas Zonas rurales

Argentina

(Gran Buenos Aires)

Bolivia

Brasil

Chile

Colombia

Costa Rica

Ecuador

El Salvador

Guatemala

Honduras

México

Nicaragua

Panamá

Paraguay

Perú

Rep. Dominicana Uruguay

Venezuela

Fuente: CEPAL.

10,5 –

10,1 6,6 8,4 5,8

10,9 9,4 9,8 6,5 9,0 7,1 9,7 – 9,2 6,0 8,2 4,5 7,9 4,9

10,0 8,2 7,9 4,3

10,2 7,4 9,6 6,6

10,6 7,8 9,6 7,8 9,6 – 9,0 6,0 (1994)

4. «Los niños son más listos que nunca»

La preocupación primera de los políticos de la educación y de los profesores y padres de familia es la calidad de la enseñanza, una vez que los déficit de escolarización se han ido superando lenta y penosamente en la mayor parte de los países occidentales. Pero muchos profesores y padres de alumnos se quejan de los malos resultados escolares de sus hijos y acusan a los centros de enseñanza de deficiencias y errores en la planificación de la enseñanza, en la provisión de medios, en los métodos didácticos actuales. Es frecuente también que las críticas se vuelquen en las propias familias, porque no motivan a sus hijos, no crean un clima de estudio en el hogar familiar, no controlan y estimulan el esfuerzo de los chicos o no colaboran con los profesores. Algunos entendidos denuncian

la tiranía de la televisión y de los juguetes electrónicos de que disfrutaban tantos chicos y chicas, y que, según dicen, impiden a los alumnos centrarse esforzadamente en sus estudios. Vicente Verdú, sociólogo y periodista español, piensa, como lo han hecho antes que él no pocos pedagogos, que en el fondo de estas críticas late un profundo desconocimiento de cómo aprende hoy el chico. Su conclusión es la que encabeza este anexo: «Los niños son más listos que nunca». ¿Alguien está en desacuerdo?

«Todos los padres lo saben: los niños de ahora son más listos que los de antes. La propia ciencia lo avala: hace veinte años los diferentes tests de inteligencia registraban para el alumno común un resultado en torno a los 100 puntos, pero actualmente son casi 120. En menos de dos décadas se ha ganado una quinta parte

Tabla 13

Asistencia escolar en % de la población latinoamericana de la misma edad, en zonas urbanas y rurales (en torno al 2003)

Países

Total Grupo de 7 a 12 años

20% más pobre 20% más rico Grupo de 13 a 19 años

Total 20% más pobre 20% más rico

Argentina 79

Bolivia 85

Brasil 78

Chile 85

Colombia 68

Costa Rica 77

Ecuador 73

El Salvador 73

Guatemala 67

Honduras 64

México 68

Nicaragua 70

Panamá 81

Paraguay 74

Perú 73

Rep. Dominicana 84

Uruguay 77

Venezuela 67

Fuente: CEPAL.

74 89

84 88

75 91

81 94

64 85

73 90

68 87

66 87

63 78

50 86

62 86

62 79

78 89

64 87

38 33 61 43 23 74 28 20 55 35 19 68 24 13 53 43 30 61 30 17 50 26 11 50 26 11 44 27

10 51 28 12 50 32 15 52 36 23 55 32 14 62

7477342461

83

64

63 89 44 34 61 95 35 13 73 78 34 21 55

de inteligencia. ¿Continuaremos, pues, afirmando que la especie se degrada, que la sociedad se empobrece y que el saber va de mal en peor? Los niños resultan ser más inteligentes porque crecen en un entorno más diverso y repleto que les enriquece tanto como les exige hacerse más sabios. Las intrigas de los telefilmes o los videojuegos actuales multiplican al menos por tres el grado de complejidad que veíamos, hace treinta años, en las series de televisión.

Frente al repetido diagnóstico de los adultos empeñados en descalificar a los adolescentes porque no leen, se opone la evidencia de que el conocimiento no se obtiene ya en las profundidades de la cultura escrita, sino en las superficies del plano audiovisual (...). Este sistema de conocimiento (la lectura), unido a la atención intensiva, ha sido desplazado gradualmente por el conocimiento y la experiencia extensiva. Se aprende ahora no tanto por la profundidad de la lectura como de la superficialidad de la vista, el oído y el olfato. Se aprende panorámicamente, abigarradamente, y no polarizadamente. (...).

Lo superficial fue indisolublemente asociado a lo trivial, y lo profundo a lo importante. Lo relevante, sin embargo, ahora es el saber extensivo, múltiple, en superficie, y los posibles planes de estudio deberían tenerlo en cuenta. Hasta hace poco, podíamos decir que todo el saber se hallaba encerrado en los libros. Ahora, todo el saber que de verdad importa se encuentra en las pantallas y sus metáforas. Los adultos formados en los libros no podemos llegar a saberlo bien. No podemos llegar bien a ese saber. De hecho, cada vez mayor número de empresas de nueva planta se basan en encuestas dirigidas a adolescentes para orientar sus producciones».

(Vicente Verdú: «Los niños son más listos que nunca», *El País*, 26 de enero de 2006)

Libros recomendados

ALBERDI, I., *La nueva familia española*, Taurus, Madrid 1999.

D ELORS, J., y otros, *La educación encierra un tesoro. Informe a la UNESCO de la Comisión Internacional sobre la Educación para el Siglo XXI*, Santillana – Ediciones UNESCO, Madrid 1996.

ELZO, J., *El silencio de los adolescentes*, Temas de Hoy, Madrid 2000.

GARCÍA GARRIDO, J. L., y otros, *La sociedad educadora*, Fundación Independiente, Madrid 2000.

GAVIRIA, S., *Juventud y familia en Francia y en España*, CIS, Madrid 2007.

GONZÁLEZ-ANLEO, J., «Familia y escuela en la socialización de los jóvenes españoles», en *Jóvenes españoles 99*, Ediciones SM, Fundación Santa María, Madrid 1999.

OROZ FUNES, J., y otros, *Calidad y libertad en la enseñanza. Ponencias del Tercer Congreso de Educación y Gestión*, Ediciones SM, Madrid 1996.

RELACIONES PADRES-HIJOS, Ministerio de Asuntos Sociales, Madrid 1994.

VI La religión, la Iglesia y los jóvenes

1. ¿Una juventud a la deriva religiosa?

1.1. Los problemas de la religiosidad juvenil

Los estudios sociológicos realizados en los últimos años sobre la religiosidad de los jóvenes en el mundo occidental coinciden en la quiebra de la socialización religiosa de la juventud, bien la directa, de las mismas iglesias, bien la indirecta, a través de las familias, la enseñanza y los medios de comunicación de masas. La Iglesia católica ha perdido mucha relevancia en el mundo juvenil español e hispanoamericano, mientras que otras iglesias, en especial las evangélicas, dan prueba de una admirable vitalidad. En esta quiebra el impacto de la creciente secularización ha sido determinante. Hay que distinguir aquí la secularización externa, la de la sociedad y la cultura, que no ha perdonado a ninguna religión institucionalizada, y la llamada secularización interna, la de la misma Iglesia, sus líderes y ministros, que ha afectado sobre todo a las viejas iglesias protestantes (*main line*) y a la Iglesia católica, y nada o casi nada a las jóvenes confesiones evangélicas.

Lo que revelan los estudios sobre la religiosidad juvenil es el escaso atractivo del triple mensaje de la Iglesia católica –de sentido, de salvación y de comunidad moral– sobre los jóvenes. Las multitudinarias concentraciones juveniles con motivo de los viajes de Juan Pablo II a España y muchos países latinoamericanos han podido despistar a miembros de la jerarquía católica que no han tenido en cuenta la fuerte resistencia hedonista y presentista de los jóvenes a puntos clave del mensaje pontificio, los relativos a la vida sexual, en especial, y las demandas del papa al compromiso de acción con la Iglesia.

Desde la pastoral juvenil se lamenta la ausencia de medios e instrumentos – actividades eclesiales, grupos juveniles, acciones sociales...– capaces de suscitar en el confuso mundo de los jóvenes las fidelidades y compromisos necesarios para vitalizar la Iglesia y hacerla atractiva a los jóvenes que permanecen fuera o que nunca han entrado. La cultura juvenil es hoy icónica, dinámica y lúdica. Y el joven se comunica de una forma interactiva, dialógica, participativa, no unidimensional. Su lenguaje es predominantemente audiovisual y golpea, de forma consciente o inconsciente, a los sentidos, la sensibilidad, las emociones y sentimientos. Los encuentros y fiestas de los jóvenes, su dominio de internet y de los *chats* y similares, su uso y abuso de los teléfonos móviles, todo el complejo mundo de la comunicación juvenil, pone de manifiesto que la actual socialización religiosa de la juventud está anclada en unos parámetros poco operativos y, en algunos casos, petrificada en formas superadas¹.

Hay que recordar, finalmente, el desbordamiento e incluso un cierto desvanecimiento de la oferta eclesial ante el embate de la oleada, auténtico tsunami, de las «religiones de sustitución» que la sociedad brinda hoy a los jóvenes: ecología, tecnología, consumo, culto al cuerpo y al sexo, etc.

El Informe *Juventud en España* del año 2004, elaborado por el INJUVE, ha

confirmado la validez de las afirmaciones hasta aquí expuestas: el porcentaje de chicos entre 15 y 24 años que se declaran católicos practicantes se ha reducido a la mitad en un período mínimo, del 2000 al 2004, pasando del 28 al 14% ². Por su parte, los datos de las encuestas de valores europeos de 1981 a 1999 han constatado que la juventud española de 18 a 29 años, en el marco evolutivo de una modernidad tardía pero acelerada, que ha roto un catolicismo hasta ahora superprotegido, es la que menos importancia concede en Europa a la religión. En 1999 el porcentaje de jóvenes españoles que atribuía mucha o bastante importancia a la religión quedaba en el 22%, frente al 28% de Francia, el 51% de Portugal, el 50% de Irlanda y el 58% de Italia ³. Y no pocos hallazgos del informe de la Fundación Santa María de 2005 ⁴ apuntan en la misma dirección: la secularización y descristianización de la juventud española se han acelerado desde finales del siglo pasado.

¹ P. J. Gómez Serrano: «Jóvenes sin preguntas religiosas: una cuestión de “teocomunicaciones”», en *La Iglesia y los jóvenes a las puertas del siglo XXI*, Verbo Divino, Estella 2002, pp. 146-147.

² *El País*, 19 de enero de 2005.

³ O. Galland y B. Roudet (dirs.), *Les jeunes Européens et les valeurs*, La Decouverte, París 2005, pp. 71 y 232-23.

⁴ En la muestra del estudio *Jóvenes 2000 y religión* estaban incluidos los jóvenes de 13 y 14 años, grupo etáneo que por razones técnicas y para seguir en la misma línea muestral de los informes de 1984, 1989, 1994 y 1999, ha desaparecido en el estudio del 2005. La participación de esos chicos más jóvenes influyó sin duda en que algunos datos –de identificación católica, de asistencia a los servicios religiosos, de aceptación de creencias cristianas, etc.– fueran más positivos que los obtenidos en el informe de 1999.

1.2. La identidad religiosa de los jóvenes

En los últimos años la mayoría de los jóvenes españoles de 15 a 24 años han dejado de considerarse católicos de hecho, aunque, como la población española de la que forman parte, más de las dos terceras partes se definen como tales, frente a las otras dos alternativas: creyentes de otra religión o no creyentes. El estudio del CIS de 2002 cifra en el 66% la proporción de jóvenes que se definen como católicos, por debajo de todos los demás grupos de edad ⁵. Pero si se profundiza en estas cifras algo espectaculares y que tranquilizan a no pocas mentes eclesásticas, el resultado es muy diferente. Hace diez años, en 1994, ante una amplia panoplia de seis alternativas, desde «católico muy practicante» hasta «no creyente, ateo», se declaraban católicos de diversa «intensidad» el 77% de chicos y chicas españoles; hoy lo hace el 49%. Un descenso de casi 20 puntos en sólo diez años no es de desdeñar. Véase la tabla siguiente:

Tabla 1

Evolución de la autoidentificación religiosa juvenil 1984-2005

Autoidentificación 1984 1994 1999 2005 religiosa

Muy buen católico	32	22	22	8
Católico practicante	16	16	22	8
Católico				
no muy practicante	26	27	22	39
Católico				
no practicante *	29	32	32	–
Indiferente	19	11	15	18
Agnóstico –	4	6	7	

Ateo 6 7 11 21

Otra religión 1122

N. (3.343) (2.028) (3.853) (4.000)

* En el año 2005 la categoría «católico no practicantes» ha sido eliminada del cuestionario.

Fuente: Informes de la Juventud de la Fundación Santa María.

⁵ A. Pérez-Agote y J. A. Santiago García, *La situación de la religión en España*, CIS, Madrid 2002. o. c., p. 29.

La religiosidad de los jóvenes latinoamericanos es superior a la de sus colegas españoles. El 43% de los colegiales latinoamericanos se declara católico practicante, frente al 34,5% de los españoles, aunque las diferencias entre los países de Latinoamérica son muy considerables. El estudio de Calvo Buezas cifra estas diferencias en casi 40 puntos, los que van del porcentaje de Uruguay, con la juventud menos religiosa, al de México, con un 60% de jóvenes que se autoconsideran católicos practicantes⁶. Véase la tabla 2 con los resultados de los 21 países estudiados.

Los jóvenes que se confiesan protestantes evangélicos representan el 5,1% de la muestra estudiada, con diferencias notables entre los países estudiados. España y Portugal presentan los menores porcentajes de jóvenes protestantes evangélicos (0,7 y 1,3%), frente a los países del Caribe, con porcentajes que oscilan entre el 8% de la República Dominicana y el 16,9% de Honduras. Las juventudes latinoamericanas con porcentajes menores son Argentina (3), Colombia (2,7), México (2,6), Paraguay (2,5), y Venezuela (1,9).

Los creyentes en otras religiones, con una media de 5,4%, varían desde el 1,8% de España, Portugal y Paraguay, a porcentajes cercanos al 10% de la población juvenil. Bolivia figura en cabeza, con el 10,1%, seguida de cerca por Honduras (9,4), El Salvador (9,4), República Dominicana (9,0) y Brasil (8,7).

Las juventudes más secularizadas, con mayores porcentajes de indiferentes y ateos, son las de Portugal, Uruguay, España, Paraguay, Brasil y Bolivia, con porcentajes entre el 8 y el 14%. En una línea descendente de secularización figuran las de Costa Rica, Guatemala, Argentina, Chile, Honduras, El Salvador, República Dominicana y Venezuela, con porcentajes entre el 5 y el 6%. Finalmente, figuran como juventudes menos secularizadas las de México (4,7), Colombia (4,7), Puerto Rico (4,6), Ecuador (4,4), Nicaragua (4,4), Perú (4,1) y Panamá (3,4).

Tabla 2

Autoconsideración religiosa de los jóvenes iberoamericanos. Católicos practicantes y no practicantes (%)

Países Católicos Católicos practicantes no practicantes

Uruguay 21 32

Brasil 45 28

España 35 42

Portugal 35 40

Honduras 38 25

Bolivia 38 26

Guatemala 39 35

Argentina 40 42
 Costa Rica 41 36
 El Salvador 41 31
 Chile 41 37
 Rep. Dominicana 44 33
 Perú 45 34
 Colombia 47 40
 Panamá 48 37
 Puerto Rico 48 29
 Ecuador 49 32
 Paraguay 50 34
 Venezuela 52 32
 Nicaragua 52 23
 México 60 26

Fuente: Tomás Calvo Buezas, *Valores en los jóvenes españoles, portugueses y latinoamericanos*, o. c., p. 145.

⁶ T. Calvo Buezas: *Valores en los jóvenes españoles, portugueses y latinoamericanos*, Ediciones Libertarias, Madrid 1997, pp. 144-145. El estudio del profesor Calvo Buezas manejó una muestra de 43.816 jóvenes, con una mayoría de 73% entre los 14 y los 19 años, un nutrido grupo de doce/trece años y una minoría (4,5%) que sobrepasan los 19 años. Fueron en rigor 21 muestras nacionales, España y Portugal incluidos.

La pertenencia a una religión es un indicador clásico de religiosidad, pero no tiene en cuenta a los creyentes en Dios pero alejados de toda religión institucionalizada. El número de estos jóvenes va muy probablemente en ascenso, debido al descrédito de algunas religiones fuertemente institucionalizadas, a la pérdida de confianza en sus líderes y en las normas y directrices que de ellos emanan. La III Encuesta Nacional de la Juventud, elaborada por el Instituto Nacional de la Juventud de Chile, profundiza en esta cuestión y ofrece los siguientes resultados (porcentajes):

- Jóvenes que no creen en Dios 4,8
- Creen en Dios y no se sienten cercanos a ninguna iglesia 26,3
- Creen en Dios y se sienten cercanos a la Iglesia católica 53,0
- Creen en Dios y se sienten cercanos a la Iglesia evangélica 11,7
- Creen en Dios y se sienten cercanos a los Testigos de Jehová 1,3
- Creen en Dios y se sienten cercanos a la Iglesia mormona 1,2
- Creen en Dios y se sienten cercanos a otra religión o iglesia 1,6

El mapa religioso juvenil español presenta tres «regiones» bien diferenciadas, «tres juventudes»: un reducido grupo de jóvenes, algo más del 10%, que «cumple» regularmente con la asistencia a la iglesia, los «católicos fieles», si así se los puede denominar; un grupo más numeroso, cerca del 40%, de jóvenes que se consideran católicos, aunque sólo ocasionalmente o prácticamente nunca asista a la iglesia; y el nutrido y creciente grupo de jóvenes que se declaran indiferentes, agnósticos o ateos. Este perfil religioso de la juventud española nos invita a comparar la situación religiosa de la juventud española con otras juventudes del mundo occidental.

1.3. El paisaje espiritual de los jóvenes

El paisaje espiritual de los jóvenes (18 a 30 años) de las sociedades occidentales, sin incluir a las latinoamericanas, ha sufrido un fuerte cambio, que Fulton describe de la forma siguiente ⁷:

⁷ J. Fulton, *Young Catholics at the New Millennium: The Religion and Morality of Young Adults in Western Countries*, University College Dublin Press, Dublín 2000, citado por John Cornwell, *Breaking Faith, The Pope, the People and the Fate of Catholicism*, Penguin Books, Londres 2002, pp. 111-114.

– Pueden distinguirse tres grandes tipos de jóvenes: los nucleares, los mediocres o regulares más superficiales, y los distantes. Con otros nombres: los miembros participantes regulares, los participantes ocasionales y los «apóstatas» (*lapsed*), como eran llamados en otros tiempos.

– La religiosidad de los católicos nucleares no es más débil que la de generaciones anteriores, pero sí diferente, sin el síndrome de culpabilidad de éstos. No estamos, sin embargo, ante una generación de jóvenes frívolos ni de devotos de una religión superficial.

– La fe de los católicos ocasionales o mediocres sí es superficial, al ser inducida desde fuera más que desde dentro, situación ésta más frecuente en los países de monopolio católico (el caso de España, hasta muy recientemente).

– El sentido juvenil de lo sagrado se ha desplazado a nuevos lugares y nuevos temas. Lo sagrado persiste en espacios de la religión institucional, como la música, la liturgia, los sacramentos o la devoción a la Virgen y a los santos, pero los jóvenes católicos se comprometen preferentemente en movimientos de protección a la naturaleza, la abolición de la pobreza, la ayuda a los sin techo, a los marginados y a los pobres. (Stark tranquilizaba a los afligidos por el desencanto eclesial de las nuevas generaciones asegurando, con palabras muy similares a las empleadas aquí por Fulton: «Dios no ha muerto; sólo ha cambiado de residencia».)

– Los obispos y el clero han contribuido ciertamente a la emergencia de estos nuevos compromisos, pero parece existir una brecha entre la posición de la Iglesia institucional respecto a la moralidad personal, por una parte, y las ideas y praxis de los jóvenes católicos, por otra. Puede decirse que son mucho más «protestantes» en sus perspectivas religiosas, y mucho menos distantes de los jóvenes secularizados que lo fueron la mayoría de los jóvenes de generaciones anteriores, cuando las diferencias culturales entre creyentes y no creyentes eran mucho más tajantes que en la actualidad.

¿Dónde se sitúa la juventud española? Se puede ubicar entre el cristianismo «confesante» y el «cristianismo cultural», en la honorable compañía de Portugal y Grecia, lejos de los países más religiosos

–Italia, Irlanda, Austria y Suiza–, pero alejada también de los países en los que ha triunfado el humanismo secular, cuya guía espiritual es, incontestablemente, Francia. Nuestra distancia del país vecino es indudable y las diferencias son todavía bien significativas, aunque tienden a acortarse.

¿Se ha cumplido el temor de una rápida aceleración de la secularización y descristianización juveniles en España? Sin la menor duda, si centramos la atención en el crecimiento de los porcentajes de no creyentes y, muy especialmente, en el de los jóvenes ateos. Un salto del 11 al 21% de jóvenes ateos, en un quinquenio, de 1999 al

2005, es un «salto religioso mortal», y aún más si le agregamos los incrementos del porcentaje de «indiferentes» y agnósticos. Se ha producido un cambio muy rápido, debido al impacto de un período sociopolítico muy crítico. Los cambios y rupturas en la evolución de actitudes y comportamientos pueden deberse a la edad, a la generación o al período, o una mezcla de los tres. En otras palabras, se modifican las actitudes por el envejecimiento, por el reemplazo generacional o por el impacto de un período de particular relevancia, en el caso español el período de 1999 a 2005.

Es posible que los cambios políticos que recientemente han tenido lugar, con una clara orientación laicista, la impopular postura de la Jerarquía en cuestiones tan socialmente visibles y polémicas como el matrimonio de los homosexuales, y las movilizaciones de los jóvenes contra la guerra de Irak y por otros motivos, hayan acelerado el proceso de secularización, ya en marcha desde hace bastantes años. Es decir, intervienen sinérgicamente en esta aceleración los impactos del talante de una nueva generación y los de un período sociopolítico de peculiar intensidad.

Sea cual haya sido el impacto de los sucesos puntuales que en estos últimos cinco años han golpeado la conciencia pública en el terreno cultural, social y religioso, no debe olvidarse, sobre todo, el penetrante impacto del legado de la «generación *progre*» en la sensibilidad e ideario de los jóvenes de hoy⁸. La ge

⁸ J. González-Anleo: *Cuatro Generaciones de españoles ante la Iglesia hoy*, Fundación Pablo VI, Lección inaugural del Curso Académico 2004-2005, Madrid, pp. 29-33.

neración «progre», de 1975 a 1990, la más numerosa de todas las que se han sucedido en la sociedad española, con 10 millones y medio de pertenecientes, fue un período en el que se fueron consolidando actitudes y productos culturales de dudoso valor ético y estético, como la «movida», cierto tipo de cine y literatura rupturistas con valores establecidos, una permisividad hedonista generalizada, un anticlericalismo de baja estofa, todo ello lejos del noble concepto de progreso. El legado de la generación «progre» se reconoce a su vez deudor de la herencia de Mayo del 68, sobre el que Michel Houellebecq ha tenido la audacia de decir que fue una impostura, una verdadera calamidad para la sociedad francesa, y que de ese movimiento se ha derivado en forma degradada la «generación de los hijos de los sesentayochistas: el laxismo total»⁹.

Los jóvenes de 15 a 24 años se van perfilando como una «generación laxista», es decir, permisiva y extremadamente tolerante con todo tipo de comportamientos que generaciones anteriores han considerado «desviados», particularmente en el ámbito del derecho a disponer del propio cuerpo y de la propia intimidad, de la sexualidad y de la orientación espiritual. La Iglesia sigue siendo vista, valorada y, en muchos casos y por muchos jóvenes, condenada, en cuanto institución represora, dominante, «excesiva», dicen los sociólogos¹⁰. Por eso cada vez se la escucha menos y se confía menos en ella. Todavía en 1989 el 16% de los jóvenes la consideraba uno de los lugares donde se dicen «las cosas importantes sobre ideas e interpretaciones del mundo», porcentaje que descendía precipitadamente al 4% en 1994, al 3% en 1999 y al 2,2% en este informe del 2005. Pareja suerte ha corrido la confianza en la Iglesia. En 1989 figuraba en el quinto puesto en la lista de las nueve grandes instituciones de la vida española, en 1994 había

descendido al penúltimo, en 1999 se colocaba en el último, y ahí sigue plácidamente instalada en el 2005, con la mitad de los jóvenes que le niegan totalmente su confianza.

⁹ *El País*, 16 de octubre de 2005.

¹⁰ Y no sólo los sociólogos. Hace pocos años se preguntaba Ratzinger, entonces cardenal: «¿Por qué la Iglesia resulta desagradable a tantas personas, e incluso a los creyentes, a personas que hasta hace poco podían ser consideradas entre las más fieles o que, aun sufriendo, lo siguen siendo todavía hoy? [...] Para la mayoría de la gente el descontento con la Iglesia se manifiesta a partir de la constatación de que es una institución como tantas otras y que, como tal, limita mi libertad [...] Las vallas que alza la Iglesia tienen un doble peso, pues penetran hasta la esfera más íntima y personal» (J. Ratzinger, *Ser cristiano en la era neopagana*, Encuentro Ediciones, Madrid 1995, p. 14).

No debe extrañar, en vista de todo lo dicho, que en este brevísimo período de cinco años se haya acelerado el proceso de secularización y distanciamiento de la Iglesia y del «ser católico» en el mundo juvenil español.

El nuevo mapa religioso juvenil ¹¹, diferente del de los años anteriores a la transición política de los setenta, está coloreado religiosamente en Andalucía, Castilla y León, Extremadura, Aragón, Castilla-La Mancha y Navarra, color que se difumina en las comunidades menos religiosas: Cataluña, País Vasco y Madrid. En el ámbito juvenil, Andalucía, Castilla y León y Castilla-La Mancha aparecen ligeramente más religiosas que el resto ¹². Por el número de jóvenes que se declaran no creyentes o ateos destacan el País Vasco, Cataluña y Madrid. Cataluña presenta el porcentaje de jóvenes practicantes más débil de todo el país, el 3%. Llama la atención el número de jóvenes que no contestan a esta cuestión en comunidades como Cataluña, Galicia y Madrid, entre el 5 y el 7%.

2. La socialización religiosa de los jóvenes

El papel de las iglesias en la socialización de los niños y de los jóvenes es doble. Por un lado, el esencial, tratan de inculcarles un conjunto de creencias cristianas que den pleno sentido a sus vidas en todas sus dimensiones, así como de introducirlos e in

¹¹ J. González-Anleo: «Jóvenes y Religiosidad», en *Jóvenes españoles 2005*, Fundación Santa María, Madrid 2006, p. 256.

¹² Los resultados de las comunidades autónomas han de ser tomados con reserva dada la fragmentación que acompaña al análisis de toda variable con 17 valores, como es este caso. Salvo excepciones contadas, sólo se incluyeron en el análisis las comunidades autónomas de mayor población: Andalucía, Cataluña, Galicia, Madrid, la Comunidad Valenciana y el País Vasco.

tegarlos en una comunidad de salvación que, sustentada en prácticas y ritos religiosos comunitarios, haga posible y fecunda una vida inspirada en los valores del Evangelio. Por otro lado, las iglesias transmiten y refuerzan valores sociales de gran relevancia para la vida individual y para la sociedad. Este segundo aspecto del complejo papel de las iglesias justifica su importancia y su tratamiento como agente de socialización. En breves palabras: el papel educador de la Iglesia no se limita a formar cristianos, miembros fieles y activos de la comunidad eclesial, sino que se extiende al ámbito de la ciudadanía, la potencian, en ocasiones la sanan, y siempre la enriquecen. En no pocos casos ambas tareas aparecen estrechamente unidas en la vida real.

Los valores sociales de la religión, derivados de sus funciones para el individuo y la sociedad, son fundamentalmente éstos:

– El valor de un sentido de la existencia, mediante la oferta de un cosmos sagrado y trascendente, que da respuesta a los problemas últimos de la existencia: finitud, mal, sufrimiento, culpa.

– Los valores de apoyo, consuelo y reconciliación.

– Los valores de negociación y afirmación de la identidad personal, tantas veces quebrantada por los azares de la vida.

– Los valores de maduración del individuo mediante ritos de tránsito: bautismo, confirmación, matrimonio y últimos auxilios, que preparan y fortalecen para los cambios de estatus existencial.

– Los valores de legitimación de la sociedad y de sus requisitos funcionales: orden, solidaridad y responsabilidad.

– Los valores de alivio de tensiones y posibles conductas disruptivas de los socialmente fracasados.

– Los valores de crítica, cambio y superación de los valores establecidos, del *statu quo*, del orden injusto (función profética de la religión).

Los valores de salvación plantean serios problemas a las iglesias porque en una sociedad secularizada y pluralista se multiplican las alternativas seculares de salvación, con un especial atractivo para la gente joven. Sólo la religión hace una oferta integral de salvación, aunque ofertas salvíficas ante problemas concretos –la angustia, el hambre y el sufrimiento, la enfermedad, la infertilidad, los espíritus malevolentes...– se pueden encontrar en otras técnicas de salvación del hombre, desde la magia y la medicina hasta la tecnología. Pero la religión retiene en exclusividad la pretensión de salvar al hombre del sinsentido de la existencia, de la desesperación cuando fallan sus esfuerzos parciales de salvación, y del sentimiento y angustia de su desaparición final.

En épocas pasadas la religión católica se enfrentaba, sobre todo, con los poderes políticos y con el mundo no totalmente dominado de los viejos cultos paganos. En la época actual la religión compite con la ciencia y la tecnología, liberadoras de las amenazas a la vida y al bienestar; con residuos de las ideologías totalitarias del siglo XIX que para algunos pueden constituir una respuesta a un profundo sentimiento de impotencia; con los movimientos nacionalistas radicales que tienden a investir a la nación, pueblo o etnia de cualidades y valores absolutos y exclusivos, casi religiosos, y especialmente para el mundo juvenil, con la gran evasión del consumismo y el ocio hedonista. Los movimientos sociales pueden responder muchas veces, por diferentes que sean sus ideologías básicas y sus objetivos y prácticas, a las necesidades agudamente percibidas por muchos jóvenes de dirección, de pertenencia a un grupo vivo y significativo, de proyección y desplazamiento de las dudas y las culpas, y de sentido de la existencia personal.

Los ingredientes de la identificación religiosa y de la misma idea de religiosidad han llegado al joven a través de múltiples canales: familia, amigos, escuela, MCM, la calle, etc. La socialización religiosa de los jóvenes españoles ha sufrido una quiebra impresionante, que en no pocos casos se ha convertido sencillamente en ausencia de transmisión del mensaje cristiano. ¿Causas y factores? El primero, la proliferación de

padres secularizados, que ya no transmiten creencias ni valores cristianos, sumidos en una vasta ignorancia religiosa o en una creciente indiferencia. Y la hostilidad en ciertos sectores oficiales a la enseñanza de la religión, que no ha contribuido precisamente a llenar el vacío producido por la dejadez de tantas familias.

Pero la gran novedad en el proceso de socialización de los niños y jóvenes hoy es la importancia desmesurada que reviste la experiencia personal, sacralizada desde la revolución de los años sesenta. El chico y la chica tantean por aquí y por allí, rechazan autoridades y normas «desde arriba», proclaman la suprema validez de sus propias normas, que suelen estar irresistiblemente influidas por el grupo de amigos, la calle, algún programa o serie de televisión, el mensaje de la música juvenil, los *comics*, etc. Pero el contacto persona a persona sigue siendo fundamental.

Desde esta perspectiva, *Jóvenes españoles 2005* ha preguntado a los jóvenes sobre sus «confidentes» o personas a quienes acuden cuando precisan consejo o apoyo en cuestiones profesionales, sexuales, religiosas, etc. Da idea del escaso relieve que la «cuestión religiosa» reviste para los jóvenes el hecho de que el 37% de los chicos y chicas consultados señalan que no consultan a nadie sobre estos temas o problemas, mientras que en los demás terrenos el porcentaje de desinteresados no llega al 10%. En la lista de «importancias», de cosas importantes, los jóvenes sitúan a la religión en último lugar: el 49% le asigna «ninguna importancia». Incluso la política, muy poco estimada en general, les parece a los jóvenes españoles de los últimos años más importante que la religión. En ambos casos, muy lejos de los porcentajes de jóvenes que hablan de la gran importancia de la familia, de los amigos, del dinero o del ocio y tiempo libre, todos por encima del 50%.

Entre los confidentes en cuestiones religiosas, los padres son citados por el 26% de los jóvenes, y siguen siendo los que más consultas reciben y consejos proporcionan, seguidos a distancia por los amigos, que aparecen en el 9% de casos, y por el novio o pareja.

No es de extrañar la posición privilegiada de los padres en esta materia, no sólo por la valoración altamente positiva que los jóvenes españoles hacen de la familia, sino porque la distancia entre los padres y los hijos en materia religiosa es cada vez más reducida. La tercera parte de los chicos y chicas afirma que piensan igual que sus padres, una cuarta parte que piensan algo distinto, y no llega a la tercera parte los que se distancian notablemente. Alguien sospechará, no sin fundamento, que dada la penetración de la secularización en la vida española, padres e hijos se van diferenciando cada vez menos en sus opiniones y actitudes religiosas, algo que no sucedía cuando en los albores de la rebelión juvenil de los sesenta las generaciones de padres e hijos se enfrentaron, sobre todo, por cuestiones ideológicas: política y religión. Las distancias entre padres e hijos son hoy grandes en el bloque de cuestiones juveniles íntimas: sexo, relaciones de pareja y tiempo libre/ocio, y más bien reducidas en el ámbito ideológico: religión y política, siendo muy pequeñas en las demás materias, como el valor del dinero, el trabajo, el papel de la mujer y la familia. En el terreno religioso las distancias entre padres e hijos se estiran notablemente en los grupos de jóvenes menos religiosos o

nada religiosos, lo que significa probablemente que se ha producido una cierta ruptura con el ambiente familiar.

Otro espacio privilegiado de socialización religiosa es, indiscutiblemente, la enseñanza religiosa. Uno de cada diez jóvenes españoles no ha asistido a estas clases, pero entre los no creyentes o ateos la frecuencia se eleva al 20%. La cuestión central en este pequeño sector de la investigación no era la asistencia o no, sino la valoración realizada por los mismos jóvenes sobre la utilidad de la enseñanza religiosa recibida. El resultado general es poco estimulante: sólo el 9% le reconoce mucha utilidad, el 27% habla de «alguna» y la mitad se despacha con un «prácticamente no me ha servido de nada o casi nada». Las chicas son algo más apreciativas que los chicos, y los más jóvenes que los mayores.

3. ¿Creyentes pero no practicantes?

3.1. El deterioro de las prácticas religiosas

La expresión original, algo diferente de la del subtítulo, es de Grace Davie (*believing without belonging*), aplicada a su país, el Reino Unido, aunque su validez se va extendiendo como una mancha de aceite en el agua. La situación religiosa de algunos países, Francia en cabeza, sugiere que también el lecho rocoso de la religiosidad, las creencias, puede sufrir fracturas y derrumbamientos considerables a medida que se desvanece la memoria religiosa. Una buena parte de la juventud española se encuentra ya al borde de la fractura, y la juventud latinoamericana le sigue de cerca, aunque algunos países, como Paraguay, Puerto Rico, Chile y Guatemala, presentan datos más optimistas. El gráfico y la tabla siguientes dan cuenta del declive religioso que se está produciendo.

Tabla 3

Creencias religiosas de la juventud iberoamericana

Creencias propuestas^{Total} España Portugal^{Latinoamérica}

En Dios 95 82 84 En vida después
de la muerte 55 58 46

En el demonio 35 25 24

En el infierno 36 23 26

En el cielo 67 51 55

En el pecado 63 48 51

Media de creencia 58 48 48

Fuente: Tomás Calvo Buezas, *Valores en los jóvenes españoles, portugueses y latinoamericanos*, Ediciones Libertarias, Madrid 1997, p. 166.

En el ámbito global de la juventud iberoamericano, según el estudio de Calvo Buezas, el cuadro general de creencias confirma la distancia entre España y Portugal, por una parte, y los países de América Latina, por otra, aunque, como se verá más adelante, la juventud de algunos países latinoamericanos se aproxima ya bastante a la española y portuguesa:

Entre los países latinoamericanos las diferencias en el nivel de creencias son muy notables. Paraguay, Chile, Puerto Rico y Guatemala son los países cuyas juventudes manifiestan una adhesión mayor al conjunto de creencias cristianas, mientras que

Uruguay, Bolivia, Venezuela y Brasil figuran en el extremo opuesto. Pero la adhesión a las creencias no lo dice todo sobre la religiosidad. Un índice global

Gráfico 1

Actitudes religiosas de los jóvenes españoles 2005

Asisten a misa al menos ¹¹una vez al mes

Se consideran católicos ³⁹no muy practicantes

Se consideran católicos ⁹practicantes

Rezan alguna vez ⁵³

Creen en la resurrección ¹⁷de los muertos

Creen en una vida ³²después de la muerte

Creen en el Dios revelado ⁴²en Jesucristo

Creen en Dios ⁵⁵

0 10 20 30 40 50 60 %

Fuente: *Jóvenes españoles 2005*, Fundación Santa María, Madrid 2005.

de indiferencia religiosa ¹³, puramente indicativo, construido sobre las medias de los indiferentes + ateos, de los que nunca o casi nunca asisten a misa y de los que no rezan nunca o casi nunca, arroja resultados bastante diferentes de los relativos a las creencias religiosas (ver recuadro de página 270).

La postura juvenil frente a la creencia central del cosmos sagrado, la *existencia de Dios*, exige un breve comentario. La inaccesibilidad de Dios para el hombre de hoy se debe a los cambios en la concepción del mundo, que antes se estructuraba gradual y jerárquicamente en esferas ordenadas, con Dios en la cima. El triunfo arrollador del método científico ha impuesto una cosmovisión positivista que proclama que la realidad sólo es accesible por esta vía metodológica. Desde esta cosmovisión el mundo ha perdido sus contornos metafísicos, es sólo mundo a secas, todo él obediente a las mismas leyes, y con las mismas cualidades y estructuras; la tierra no es el fundamento, el cielo no es el «cielo». Y el desarrollo de la historia y de la antropología ha reducido al cristianismo a un capítulo más de la historia general de las religiones ¹⁴. Desde esta perspectiva, la oferta

¹³ T. Calvo Buezas, o. c., pp. 169 y 171. ¹⁴ J. Ratzinger, *Palabra en la Iglesia*, Sígueme, Salamanca 1976, pp. 73-76.

de sentido del mensaje eclesial ha sufrido el impacto de la posmodernista explosión del cosmos sagrado, hoy más que nunca un «caos sagrado», como lo atestiguan las «religiones a la carta», el «bricolaje de religiones», la «religión *light*», la «religión implícita», las «transacciones simbólicas», y similares. Un «caos» que el mensaje de la Iglesia católica no ha conseguido esclarecer y ordenar.

Índice de indiferencia religiosa

(de mayor a menor)

Media global de aceptación de creencias

(de menor a mayor)

Uruguay

Portugal
 España
 Chile
 Argentina
 Brasil
 Paraguay
 Bolivia
 Puerto Rico
 El Salvador
 Costa Rica
 Honduras
 México
 Perú
 Rep. Dominicana Guatemala
 Venezuela
 Panamá
 Nicaragua
 Ecuador
 Colombia
 42,7 31,9 27,8 21,2 20,8 17,2 14,9 12,5 11,9 11,8 11,8 11,5 11,2 10,8 10,3 10,2
 9,4
 9,3
 9,1
 8,8
 8,1

Uruguay 42,9 Portugal 47,6 España 47,6 Nicaragua 50,9 Bolivia 51,4 Venezuela 51,8
 Brasil 52,4 Argentina 52,8 Ecuador 54,0 Rep. Dominicana 58,2 México 58,4 El Salvador
 59,2 Perú 60,3 Honduras 61,1 Panamá 62,8 Colombia 62,7 Chile 64,9 Guatemala 66,7
 Puerto Rico 67,0 Costa Rica 72,1 Paraguay 75,7

En efecto, sólo el 2,2% de los jóvenes españoles menciona a la Iglesia católica (sacerdotes, parroquia, obispos) como uno de los lugares en los que oyen las cosas más importantes para forjarse personalmente una interpretación del mundo y de la vida. La ridícula cifra es alucinante. Lo es aún más la caída desde el 16% del *Informe de 1989*. Y se convierte en un dato incomprensible si se atiende a la «resurrección» de la política como foro o lugar de recepción de «mensajes». En el *Informe de 1989* había sido nombrada por el 16% de jóvenes, en 1994 sólo por el 4% y, en vista de esta caída, en 1999 no se incluyó en la lista de «lugares». Pero en este *Informe de 2005*, vuelta a incluir, el 6% de jóvenes la citan como lugar de recepción de ideas clave. La política de estos últimos años, es decir, los mensajes y la praxis de los partidos políticos españoles, ha removido al parecer la sensibilidad o la conciencia de muchos, jóvenes sobre todo, en una dirección antisistema, laicista y «progresista»¹⁵. Pero hay factores más decisivos a la hora de buscar una explicación a este desencuentro entre los jóvenes y la Iglesia.

Gómez Serrano afirma que es «el tipo de vida cotidiana en la que nos movemos», y habría que enfatizar que el tipo de vida cotidiano en que hoy se mueven los jóvenes les brinda unas «religiones de sustitución» que antaño brillaban por su ausencia, aunque la vida cotidiana fuera tan agitada y excitante como pueda serlo ahora.

Los jóvenes españoles han abierto una brecha, una ancha escisión, entre lo que ellos entienden por religión y lo que entiende la doctrina oficial; entre las normas de la Iglesia, incluso cuando se confiesen sus miembros, y sus propias pautas, normas y valores. Se ha llegado a afirmar que existe ya en la Iglesia católica una fractura real, una especie de gran cisma entre los conservadores y los progresistas, concretamente en el terreno del control de la natalidad, la moral sexual en general, el incierto futuro del sacerdocio, la separación de la Iglesia de los divorciados vueltos a casar («secularizados a la fuerza», los ha llamado un sociólogo español), etc.

¹⁵ Escribo «progresista» con comillas porque no pienso que el progresismo actual, del que tanto presumen algunos partidos, grupos y periódicos, tenga mucho que ver con el progresismo tradicional de una humanidad encaminada hacia un futuro más perfecto, hacia una utopía de felicidad, igualdad, libertad y desarrollo integral de la persona. El progresismo actual, heredero en gran medida del Mayo del 68, está fabricado con materiales muy dispares, y entre ellos se han colado el culto a la transgresión, la permisividad, los contravalores de la «movida», el decimonónico anticlericalismo, el pasotismo, etc. (véase Juan González-Anleo, *Cuatro generaciones de españoles ante la Iglesia hoy*, o. c., pp. 28-33).

3.2. ¿En qué creen los jóvenes hoy? Veamos la evolución, a la baja, de las creencias de los jóvenes españoles desde 1984 hasta hoy:

Tabla 4

Evolución de las creencias religiosas de los jóvenes españoles

2005 1999 1989 1984

Dios 55 65 71 71

Vida después de la muerte 32 42 42 42

Infierno – 21 16 15

Cielo – 34 32 27

Pecado 28 36 38 36

Resurrección de los muertos 17 24 – – Resurrección de Jesucristo 27 – – –

Reencarnación 18 27 – – N 4.000 2665 3079 2239

Fuente: *Jóvenes españoles 2005*, o. c., p. 266.

Los datos más relevantes de este proceso de deconstrucción, que atenta a la solidez e integridad del edificio de creencias, son «testarudos», se repiten monótonamente en todos los informes. En éste del 2005 los datos refuerzan la hipótesis del deterioro de creencias religiosas: 1) prácticamente la mitad de los jóvenes rechaza la existencia de Dios; 2) casi las tres cuartas parte de los jóvenes dicen no creer en la «resurrección de Jesucristo», piedra angular de la fe cristiana, sin la que ésta se vacía (san Pablo); 3) la tercera parte asegura que cree en una vida después de la muerte, pero sólo el 17% en la resurrección de los muertos. La resurrección de los muertos, creencia omnipresente a lo largo de tantos siglos de cristianismo, parece reemplazada en parte por la reencarnación, entiendan lo que entiendan los jóvenes españoles por ella, pero que en todo caso no exige una resurrección personal, tal como es entendida en la doctrina cristiana; 4) la creencia en el pecado pierde partidarios, casi 10 puntos desde 1999. El ámbito del

pecado puede presentarse a muchos jóvenes como un territorio personal e íntimo que la Iglesia, piensan ellos, quiere controlar y someter a sus definiciones y prescripciones. De ahí, quizás, la pérdida de su «popularidad». No es de extrañar, por ello, que suban las cotas de permisividad juvenil ante comportamientos antes considerados pecado y hoy, sencillamente, una «desviación puramente social», más o menos tolerada: las relaciones sexuales entre menores, la prostitución, el aborto, el suicidio, la eutanasia, el fraude fiscal, etc.

La fórmula que el cuestionario del 2005 utiliza para presentar a los jóvenes el tema de sus creencias pecaba quizás de un carácter excesivamente dicotómico: «Crees o no crees». Un enfoque algo diferente, más benévolo, ha sido el del trabajo del CIS de 2002. La cuestión era similar, pero la dicotomía era rota por la oferta de tres alternativas: «creo firmemente», «más bien creo» y «creo con dudas». Las respuestas del grupo de 18 a 24 años no son tan pesimistas como las anteriores, como se puede observar en el cuadro siguiente ¹⁶:

% de jóvenes de 18 a 24 años que creen («creo firmemente» y «más bien creo»)

Dios	58
Virgen María como Madre de Cristo	52
Cielo	36
Infierno	22
Purgatorio	19
Ángeles	28
Diablo	19
Milagros	28
Apariciones	23
Pecado	38
Espíritu Santo	29

¹⁶ A. Pérez-Agote y José A. Santiago García, *La situación de la religión en España*, CIS, Madrid 2002, pp. 50-51.

Una palabra más sobre la creencia fundamental, la de la existencia de Dios. Además de la importancia del descenso porcentual de creyentes desde 1999 –del 65 al 55%–, más importante es aún el dato de que entre todas las concepciones que despliegan la riqueza del concepto «Dios», la que más sufre es, precisamente, la más «cristiana»: la de un Dios «que se ha dado a conocer en Jesucristo». Esta concepción retrocede 18 puntos, las demás concepciones positivas en torno a 12, mientras que la concepción negativa y radical, «para mí Dios no existe», avanza 6 puntos.

Una cuestión clave del cuestionario de *Jóvenes españoles 2005* permite profundizar en el concepto que los jóvenes tienen de Dios. Se ha presentado a los jóvenes una batería de ideas sobre ese «algo o alguien superior a los hombres del que a veces se oye hablar». Para cada alternativa se debía señalar el acuerdo o desacuerdo personal. El resultado general puede sintetizarse así (respuesta múltiple: el total porcentual excede el 100%):

– El 83% de los jóvenes eligieron *alternativas o concepciones negativas*: «Paso de Dios», «No tengo motivos para creer en él», «Para mí Dios no existe».

—El 75% optaron por *alternativas de cierto carácter panteísta y naturalista*: el Ser supremo sería «Lo que hay de positivo en los hombres y las mujeres», o «Fuerzas o energías que no controlamos, en el universo, y que influyen en la vida de los hombres y las mujeres». Hay que observar que los adeptos a esta idea vagamente espiritualista sólo contaron con dos alternativas, mientras que los partidarios de la concepción negativa dispusieron de tres, y los de la idea tradicionalmente cristiana, de cuatro.

—El 139% se decantaron por las *concepciones tradicionales del mundo cristiano* y de mayor o menor relieve en la actualidad: «Dios existe y se ha dado a conocer en la persona de Jesucristo», «Dios es algo superior que creó todo y de quien depende todo», «Dios es nuestro Padre bondadoso que nos cuida y nos ama», y «Dios es el Juez supremo, de Él dependemos y Él nos juzgará».

¿Qué puede haber sacudido con tanta fuerza la mentalidad juvenil que la imagen cien por cien cristiana de Dios —«Dios existe y se ha dado a conocer en la persona de Jesucristo»— haya sufrido una caída tan grave, de 18 puntos en relación con los datos de 1999, y de 28 puntos si nos referimos al Informe de 1994? En la actualidad, menos de la mitad de los jóvenes españoles dicen creer en un Dios revelado en Jesucristo, aunque todavía las ideas tradicionales de Dios como Ser supremo, Creador, Padre y Juez tengan cómoda cabida en el imaginario juvenil. La secularización había «respetado» hasta ahora la clave de bóveda de la religiosidad tal como ha sido entendida y vivida por muchos durante veinte siglos de cristianismo.

Se ha especulado mucho sobre la influencia que puede tener la experiencia educativa sobre la religiosidad, y se han manejado con frecuencia dos hipótesis contrapuestas. La primera: las personas que estudian más años se exponen más a las enseñanzas religiosas y serían por tanto más religiosas. *La segunda*: la socialización escolar lleva a una postura más autónoma o individualista frente al hecho religioso. Esta hipótesis parece ser la que funciona, según los datos de 2002 que maneja Amando de Miguel¹⁷. Los datos de *Jóvenes españoles 2005* confirman también esta hipótesis. No se trata del factor edad, de importancia relativa excepto en la creencia en «Dios que se ha dado a conocer en la persona de Jesucristo», sino del peso de los estudios, que influye en la mayor aceptación de las ideas negativas sobre un posible Ser supremo. El que los estudios se hayan realizado en un centro público o privado carece prácticamente de relevancia en este terreno.

3.3. Los jóvenes españoles no religiosos

Hace veinte años los jóvenes no religiosos eran en España una minoría, respetable pero minoría: el 27%. Diez años después eran ya un holgada tercera parte. En la actualidad se han convertido en casi la mitad, el 42%. Si el tránsito de la creencia en Dios al ateísmo en sus diversas formas continúa a este ritmo, pronto los jóvenes creyentes en Dios serán minoría en España. La cuestión que ahora interesa es no tanto la clásica de «¿crees en Dios», sino «¿por qué no crees en Dios?».

¹⁷ A. e I. de Miguel, *Las mentalidades de los españoles a comienzos del siglo XXI*, CIS, Madrid 2004, pp. 85-86.

La cuestión sobre las razones para creer, en general, fue planteada en la investigación *Jóvenes 2000 y religión*. El 29% de los jóvenes respondieron entonces que eran

creyentes por propio convencimiento, por fe, pero otros tantos se remitieron a la educación recibida de pequeños, y una mayoría relativa, el 35%, «se encogieron de hombros» y contestaron: «Es mejor creer en algo que no creer»¹⁸. Es verosímil que muchos jóvenes de los que concretaron las razones para su creencia en esos términos tan vagos, o en la impronta de la socialización religiosa recibida, sean víctimas fáciles de la descristianización en acelerada marcha en el universo juvenil.

– Las razones para no creer en Dios que afectan al 42% de los jóvenes del 2000 son las siguientes:

- El 40%, porque Dios es una invención de los curas y la Iglesia.
- El 31%, porque Dios es una superstición como otra cualquiera.
- El 28%, porque si Dios existiera no habría tanto mal en el mundo.
- El 20%, porque tengo cosas más importantes que pensar.
- El 8%, porque los científicos coinciden en la no existencia de Dios.

Las razones de carácter más racional, como pueden ser el problema del mal y el presunto consenso de los científicos sobre la no existencia de Dios, son mencionadas sólo por una tercera parte de los jóvenes, mientras que los estereotipos consabidos de Dios como superstición o como invención de la Iglesia y de los curas arrastran el 70% de preferencias. Aparece de nuevo la sospecha de que el rechazo va dirigido no tanto a esta creencia específica, sino al mensajero, la Iglesia católica. Se trata quizás de jóvenes sin antenas para lo sagrado, sin la menor sensibilidad para lo religioso, para quienes Dios es una noción que está por completo fuera de su horizonte¹⁹, pero, sobre todo, de ateos o agnósticos *antieclesiales*, lo que coincide con una observación de Amando de Miguel a propósito del libro de Gironella *Nuevos cien españoles y Dios*: el agnosticismo español es, sobre todo, un anticlericalismo.

4. ¿Un paisaje espiritual juvenil sin iglesias y sin misas?

La parroquia, el templo, la capilla, están dejando de formar parte del paisaje espiritual de los jóvenes españoles. No están solos en este olvido. Es el paisaje religioso de toda Europa el que está sufriendo este cambio. Los trabajos del Grupo para el Estudio de los Valores Europeos, con sus investigaciones de 1980, 1990 y 2000, dan fe de esta transformación de la vieja Europa. Entre 1980 y 2000 las pérdidas de asistencia a la iglesia de los siete países europeos con mayor presencia católica han oscilado entre la máxima caída, la de Irlanda, que partía de un alto nivel de cumplimiento con la misa dominical, y la mínima de Francia, que poco más podía caer ya y aun así ha registrado una pérdida de 4 puntos. Italia parece ser el único país ganador, con un aumento de cinco puntos, desde el 36% de 1980 al 41% de 2000. España ha descendido del 41% en 1980 al 26% en 2000, con una pérdida similar a la de Irlanda.

4.1. El descenso general de la práctica religiosa

En el paisaje espiritual de los jóvenes españoles están desapareciendo rápidamente las iglesias. En el informe de 2005 de la Fundación Santa María el 5% de los jóvenes declaraba que iba a la iglesia una vez a la semana o más, y el 5% una vez al mes. En total el 10%, la mitad de los registrados cinco años antes. Los frecuenta los fines de semana, siempre que no limite su asistencia o su personal celebra

¹⁸ *Jóvenes 2000 y Religión*, o. c., pp. 56-57.

¹⁹ J. I. González-Faus e Ignacio Sotelo, *¿Con Dios o sin Dios? Razones del agnóstico y del creyente*, Ediciones HOAC, Madrid ²2003, pp. 187-188.

ción de la eucaristía, un grupo selecto de jóvenes ya comprometidos con la Iglesia.

El paisaje espiritual de los jóvenes latinoamericanos es todavía bastante diferente al español. El estudio de Calvo Buezas nos ofrece la siguiente tabla comparativa de la asistencia a la Iglesia de los jóvenes españoles, portugueses y latinoamericanos.

Las diferencias en el gran conjunto iberoamericano son muy notables, desde el 8% de jóvenes de Uruguay que asisten regularmente –una vez a la semana– a la iglesia hasta el 57% que lo hacen en México. En grandes líneas pueden distinguirse tres grupos de países:

– Asiste a la iglesia en torno a la *mitad de los jóvenes* en la región centroamericana, sobre todo en: México (57%), Honduras, El Salvador, Costa Rica, Nicaragua, República Dominicana, Guatemala, Puerto Rico y Ecuador (47%).

– Asiste a la iglesia entre la *tercera parte y la mitad de los jóvenes*: Perú (40%), Colombia, Venezuela, Paraguay, Bolivia y Panamá (36%).

– Asiste a la iglesia menos de la *tercera parte de los jóvenes*: en general los países más desarrollados: Portugal (34%), Brasil, España, Argentina, Chile y Uruguay (8%).

4.2. Por qué no van los jóvenes a la iglesia ¿Qué ha sucedido en el camino de la Iglesia para que el 70% de los jóvenes españoles y el 25% de

Gráfico 2

Asistencia a la iglesia de los jóvenes iberoamericanos

45

40

35

30

25

20 Latinoamérica España

Portugal

15

10

5

0 Una vez Una vez Fiestas Una vez Hace años Nunca por semana al mes al año

Fuente: Tomás Calvo Buezas, *Valores en los jóvenes españoles, portugueses y latinoamericanos*, Ediciones Libertarias, Madrid 1997, p. 155.

los jóvenes latinoamericanos ya no lo transiten nunca o prácticamente nunca? Es cierto que las fiestas, las grandes solemnidades y las «ocasiones comprometidas» resisten bastante mejor, lo que daría la razón en parte a las voces que insinúan la conveniencia de acabar con la obligación semanal y convertir la misa en una ceremonia de especial encuentro y especial significación y compromiso. El *estigma* que conlleva el término «obligación» en el mundo juvenil no es fácil de eliminar. Precepto, mandamiento, obligación y rito chocan hoy frontalmente con la sensibilidad y el cuadro

de valores de la generación joven.

Hay más razones del despego, incluso del menosprecio y desdén, que sufre hoy la eucaristía, el sacramento de los sacramentos, en el que confluyen los tres grandes mensajes de la Iglesia católica.

Una primera razón se refiere al *tiempo disponible*. Los procesos de industrialización y urbanización dislocaron los tiempos sagrados con su idolatría del trabajo y la consiguiente eliminación de fiestas religiosas, incluidos los domingos, en los primeros tiempos del capitalismo salvaje. Llegó después la sociedad del consumismo desaforado, que ha convertido los fines de semana en tiempo consagrado al dios Ocio y la diosa Diversión, y quedó proclamada, finalmente, la sociedad juvenil, que, al menos la española, ha convertido los fines de semana en un coto cerrado y vallado, «ciudad prohibida» para todo tipo de actividades impuestas por la sociedad, no digamos por la Iglesia católica, «ciudad prohibida» dedicada en exclusiva al encuentro con los amigos, la fiesta, la diversión y el «botellón». No queda tiempo, ni cronológico ni, sobre todo, psicológico, para ningún otro tipo de actividades, a no ser que permitan la más absoluta libertad y espontaneidad. Vale la pena recordar lo que en *Jóvenes españoles 99* llamó acertadamente Javier Elzo el «autismo social de los jóvenes»:

«...en la utilización del tiempo libre durante los fines de semana el problema mayor no está (aunque también) en la ingesta abusiva y compulsiva de alcohol y otras drogas, con las consecuencias sabidas, sino en una especie de autismo social, aderezado de fusión orgiástica de pares, que los deja tirados para hacer algo de lo que dicen que es fundamental en la vida y que solamente puede llevarse a cabo durante las horas diurnas»
20.

Una segunda razón nos remite al *desprestigio de los ritos salvíficos*, al haber prácticamente desaparecido del imaginario juvenil (y no sólo juvenil) la noción misma de *salvación cristiana*. Al joven se le ofrecen hoy diversos tipos de salvación, todos ellos en directa competencia con la salvación cristiana. Ésta, como liberación del pecado y de la muerte²¹, como victoria final sobre el mal, como entrada en una plenitud de amor y de vida con Dios y con los hermanos hombres, como compromiso con un mundo más justo, no ha conseguido calar en la sensibilidad juvenil ni en su repertorio de grandes preocupaciones. Frente a ella han levantado orgullosamente la cabeza la *salvación del mundo pobre*, que inspira a la mayor parte de los movimientos antiglobalización y antisistema, y un sinnúmero de ONG, de gran atractivo para muchos jóvenes; la *salvación de la naturaleza*, presente y actuante en los grupos ecológicos y la *salvación del cuerpo y de la mente*, dirigida a la plena realización y plenitud del hombre, objetivos salvadores que muchos jóvenes persiguen con verdadera pasión y un enorme gasto de tiempo, esfuerzo y dinero a través de grupos, asociaciones, publicaciones de autosuperación y autoayuda y, sobre todo, en gimnasios y clubes que con sus actividades «salvan» al hombre y a la mujer joven de las amenazas de un envejecimiento prematuro, de una figura antiestética, de una precariedad o inferioridad física, etc.

Una tercera razón de la *pérdida de estima juvenil por la misa* concierne a la misma Iglesia. Algunos teólogos posconciliares vituperaron el simple cumplimiento ritual de la

obligación semanal cuando no se traducían en un cambio interior. Se llegó a decir: «El ir a misa y comulgar, pagar imágenes, promover bendiciones, dar limosnas, pertenecer a grupos piadosos o reuniones bien, y al mismo tiempo formar parte activa de mundos injustos, son actitudes típicas de mala práctica religiosa»²². Los jóvenes demuestran hoy una aguzada sensibilidad para percibir esa «mala práctica religiosa» y esos «mundos injustos», y, aunque de alguna forma pertenezcan también a ellos, no soportan las actitudes de hipocresía de los mayores, sobre todo si están en posiciones de poder, político, económico o eclesiástico.

²⁰ *Jóvenes españoles 99*, o. c., p. 432.

²¹ Conviene recordar aquí que la muerte como hecho biológico les coge importa poco a los jóvenes y que sólo el 28% de ellos cree hoy en el pecado. El psicoanálisis colectivo del mundo occidental, realizado no se sabe muy por quién o por quiénes, ha liberado del sentido de culpa a la gran mayoría de nuestros conciudadanos. *La tentación de la inocencia*, título del conocido libro de Pascal Bruckner, los ha convertido más bien en «víctimas» de otros, víctimas de todos los poderes represores, las religiones incluidas.

Poulat se atreve a mencionar, como razón de descrédito de la misa y de otras prácticas tradicionales, una «reforma litúrgica precipitada», que favoreció el desplome de la devoción al Santísimo Sacramento, la aparición de dudas sobre la Presencia Real, la «protestización» de la misa, que acabó convirtiéndose en una cena de amigos cristianos, la proliferación de «libertades» de muchos sacerdotes en la celebración de la misa, etc.²³.

En Francia, cuyo catolicismo tanto ha influido en grupos, revistas e intelectuales católicos españoles, florecieron también estas controversias sobre el valor de la misa dominical, fundadas, según Delestre, en las dudas del clero de aquellos tiempos posconciliares sobre su rol propio y la validez de la actividad tradicional en la parroquia. Hubo sacerdotes que juraban que «no querían seguir siendo “distribuidores de sacramentos”, que la misa era el mayor obstáculo a la evangelización, que, desde luego, no era obligatoria y que una “buena acción” durante la semana eximía de ir a misa. Y en su testamento, l’abbé Pierre se preguntaba: ¿Vale la pena ir a misa para encontrar a unas cuantas viejas? ¿No sería mejor convocar al pueblo a tres o cuatro asambleas, cada año, y no sería eso más vigorizante para la vida interior de los jóvenes que el obligarles a asistir todos los domingos a una cosa que les parece artificial?»²⁴.

La asistencia masiva a misa con ocasión de fiestas locales y patronales, romerías, visitas a santuarios, etc., ha hecho que ciertos autores vuelvan sus ojos a los «cultos locales», en los que en algunos casos han encontrado una expresión adecuada sentimientos regionalistas e identidades locales. En España, afirman, no se ha producido con la misma contundencia que en Europa el repliegue de lo religioso a la esfera de lo privado; su singularidad más destacada sería «un encuentro de la tradición y de la modernidad que, en lugar de representar una alternativa dolorosa, se ha convertido en el lugar de una intensa creatividad»²⁵. Pero, con excepción de Galicia y Andalucía, las comunidades donde parecen más fuertes los sentimientos regionalistas, Cataluña y el País Vasco, destacan precisamente por su menor porcentaje de jóvenes que declaran asistir a misa en tales ocasiones y fiestas.

A la juventud con tendencias o simpatías izquierdistas no parece agradarle el

contacto con la Iglesia. Los datos permiten asegurar, una vez más, que los niveles más altos de religiosidad –o menos bajos, si ha de hablarse con exactitud– se correlacionan linealmente con las posiciones políticas de centro, derecha y extrema derecha.

¿A qué se debe la enorme desgana de los jóvenes, incluso de los que se declaran católicos, para asistir a misa? Los jóvenes de 2005 tienen pocas dudas: el 49% confiesa que «la misa no me dice nada» y el 14% viene a decir lo mismo desde otro ángulo: «la misa es muy aburrida». El resto de las razones alegadas, en tono menor, se reparten entre la falta de interés por la religión, el 26%; la falta de tiempo, el 10%, y el conocido tópico «se puede ser religioso sin ir a misa». Las dos terceras partes de los jóvenes abundan en un mismo argumento: la misa en sí misma se ha convertido en un «sinsentido» para el mundo juvenil, porque no dice nada o porque es muy aburrida.

²² A. de Miguel, *Dos generaciones de jóvenes 1960-1998*, INJUVE, Madrid 2000, p. 348.

²³ A. Delestre, *Les religions des étudiants*, L'Harmattan, París 1997, p. 81.

²⁴ *Ibid.*, pp. 79-84.

²⁵ M. Albert-Llorca, «Renouveau de la Religion locale en Espagne», en Grace Davie y Danièle Hervieu Léger, *Identités religieuses en Europe*, La Découverte, París 1996, pp. 251-252.

4.3. El reducto privado de la espiritualidad: la oración

La oración es el reducto privilegiado de la religiosidad no institucional. Por ese mismo carácter privado e íntimo no es fácil penetrar en ese reducto, en su riqueza, complejidad y vitalidad, que, como afirma Marcel Mauss, exceden con mucho a las de todos los otros fenómenos religiosos: «La oración [...] tiene una historia maravillosa, (es) infinitamente flexible, ha revestido las formas más variadas [...] ha cumplido los más diversos roles»²⁶.

La oración representa en cierta manera el núcleo más íntimo de la religiosidad, en el que confluyen misteriosamente creencias, sentimientos, esperanzas, nostalgias religiosas y necesidades profundamente hincadas en el hondón del alma y en la biografía de cada persona. A pesar de esta nota de intimidad personal de la oración, despojada de carácter institucional, no hay datos que permitan confirmar el tópico de que la religiosidad interior ha ido ocupando el hueco dejado por la religiosidad exterior, eclesial, con sus ritos y sus normas. De ser así, los jóvenes que nunca o casi nunca asisten a la iglesia «compensarían» esta ausencia con momentos de oración personal, a solas. El trabajo de Calvo Buezas sobre la juventud iberoamericana sugiere lo contrario²⁷: la media global de los que no rezan a solas nunca o casi nunca es exactamente la misma de los que no asisten nunca o casi nunca al templo. Los datos del informe *Jóvenes españoles 2005* confirman este paralelismo: los jóvenes que se declaran practicantes rezan más del doble que los «no muy practicantes» y veinte veces más que los que se declaran ateos²⁸. Ya lo había comprobado Bertrand en su investigación sobre la oración en Francia, y parece que lo dicta el sentido común: «Mientras menos se practica, menos se reza»²⁹.

²⁶ M. Mauss, cit. por Antoine Delestre, *Les religions des étudiants*, L'Harmattan, París 1997, pp. 84-87.

²⁷ T. Calvo Buezas, o. c., pp. 158-165.

²⁸ J. González-Anleo, «Jóvenes y religiosidad», en *Jóvenes españoles 2005*, Fundación Santa María, Madrid 2005, p. 286.

²⁹ M. Bertrand, *Pratique de la prière dans la France contemporaine*, Les Editions du Cerf, París 1993, p. 33.

Los jóvenes españoles rezan bastante menos que la población en general. La tercera parte de los españoles no reza nunca, pero en el universo juvenil la proporción se eleva al 42%, prácticamente la misma que en los años 1994 y 1999, aunque con una diferencia: sumando los porcentajes de todas las formas de oración que se proponían a los jóvenes en el cuestionario, el total era 196 en 1999 y 146 en el 2005, aunque en este año se añadió a la lista de alternativas una más, la oración en la parroquia.

La forma de oración que predomina entre los jóvenes es la oración de petición, seguida muy de cerca por las fórmulas tradicionales como el padrenuestro o el avemaría, y la oración libre y espontánea. La meditación y la oración en la parroquia vienen a continuación, y proporciones menores de jóvenes señalan la acción de gracias, la lectura meditativa de un texto religioso y la oración comunitaria.

5. Los jóvenes y la Iglesia:

¿una generación eclesialmente perdida?

5.1. La imagen juvenil de la Iglesia católica

Uno de los datos más destacados del informe de 2005 sobre los jóvenes españoles de la Fundación Santa María es la penosa imagen juvenil de la Iglesia católica como institución y la consiguiente negativa a concederle una confianza que, desde el punto de vista de no pocos, se merece por su dedicación a los pobres y marginados, estilo sencillo y modesto de vida, y apertura a los problemas sociales de la sociedad. Todo ello, pese a sus reconocidas deficiencias y tropiezos.

Los jóvenes se aferran a una imagen triste y negativa de la Iglesia católica, jaleada con mucha frecuencia por ciertos MCM y políticos, enfatizan sus contravalores, olvidan o no justiprecian sus valores, dejan de confiar en ella y, finalmente, se alejan y le niegan adhesión y compromiso en sus obras y actividades, incluida la vocación religiosa o sacerdotal. Veamos ante todo los datos esenciales que guían la elaboración de este apartado:

ASPECTOS POSITIVOS

- Creen que la Iglesia ayuda a pobres y marginados 51%
- Creen que sus normas ayudan a vivir más moralmente 35%
- Creen que la Iglesia ofrece un hogar espiritual a los hombres 31%
- Pertenecen a grupos o movimientos religiosos 4%
- Han pensado a menudo o alguna vez en la vida consagrada 5%

ASPECTOS NEGATIVOS

- No confían en la Iglesia 80%
- Creen que la Iglesia es demasiado rica 79%

- Creen que es demasiado anticuada en materia sexual 82%
- Creen que se mete demasiado en política 69%
- No se consideran miembros de la Iglesia 70%

La Iglesia ha ido perdiendo uno de sus capitales o patrimonios de mayor valor, incommensurable con otros de tipo material e incluso artístico: la confianza de la gente, a medida que el virus de la descristianización ha ido contagiando a los países de la vieja Europa.

La pérdida de confianza se ha ido precipitando sobre todo en los países antaño más católicos, con la probable excepción de Italia. Así, el porcentaje de gente confiada era del 78% en Irlanda en 1980 y es ahora del 58%. Y en España la caída ha sido algo menor, de 16 puntos, probablemente porque el punto de partida o nivel de confianza en 1980 era bastante más bajo que en Irlanda. Así, el 58% de los españoles confiaba mucho o bastante en la Iglesia en 1980 y el 42% lo hace en la actualidad.

La respuesta de la Iglesia a las necesidades y expectativas de la gente ha jugado un papel crucial en esta retirada de la confianza, quizás más por su tono autoritario y poco benévolo que por su mismo contenido. Las encuestas del Estudio del Sistema de Valores Europeos ofrecen datos elocuentes. Los dos países en los que la caída de la confianza ha sido mayor, Irlanda y España, presentan resultados muy parecidos que apuntan a un revelador paralelo entre la caída de la confianza y el descenso en la satisfacción con las respuestas de la Iglesia en el terreno moral y social ³⁰:

% que confía mucho o bastante en la Iglesia 1980 2000

% que juzga satisfactorias las respuestas de la Iglesia 1980 2000

España Irlanda 51 42 78 58 48 41 53 39

¿Y los jóvenes? La cruda verdad es que desde hace al menos 25 años los jóvenes confían muy poco en la Iglesia católica. Hace diez años confiaba el 32%, en 1999 el 29%, apenas se percibía el descenso, y hoy solamente el 20%. Los últimos años han sido, desde este punto de vista, devastadores. No hay que olvidar que entre 1999 y 2005 ha disminuido en general la confianza de los jóvenes españoles en las instituciones y que algunas tan prestigiosas como las ONG y el Sistema de Enseñanza han cedido 3 y 6 puntos, respectivamente. Pero la Iglesia, que ya en 1994 y 1999 portaba el farolillo rojo en la larga procesión de las instituciones sociales, ha perdido 9 puntos: del 29 al 20%.

La confianza o desconfianza de los jóvenes hacia la Iglesia se alimenta a lo largo de la vida con sus vivencias y experiencias con la Iglesia «próxima», los sacerdotes, religiosos y religiosas, profesores de colegios de la Iglesia, etc., con los que han entrado en contacto en actividades diversas: catequesis, enseñanza de la religión, ritos religiosos, etc. Esas experiencias y vivencias, que pueden iniciarse desde los primeros años escolares, se suelen reforzar más tarde con el «descubrimiento», a veces difícil de digerir, de unas normas y un magisterio eclesiástico difícil igualmente de encajar con derechos y libertades interiorizados por la gran mayoría de los jóvenes: derecho total a

mi propio cuerpo, a la plena libertad de pensamiento y de conciencia, a dictarme yo mis propias normas desde experiencias personales «a las que tengo pleno derecho», etc. La crítica y la valoración de la Iglesia completan finalmente la postura juvenil, que se despliega en actitudes de identificación y adhesión, o de rechazo más o menos radical.

³⁰Elaboración de las tablas originales de las encuestas del sistema de valores europeos de 1980 y 1999.

a) La mayoría de los jóvenes españoles ha tenido contactos con la Iglesia, y sólo el 10% asegura que apenas los ha tenido. Este porcentaje es ampliamente superado entre los que se confiesan ateos y, lógicamente, por una tercera parte larga de los pertenecientes a «otras religiones». El recuerdo juvenil es predominantemente neutro: sólo ha dejado en la mayoría de los casos un poso de indiferencia. ¿Se puede trasladar esta indiferencia, tal como es percibida por una mayoría relativa de los jóvenes, a los mensajes e ideas transmitidas, a la calidad misma de los ritos y prácticas, a las vivencias personales de índole religiosa? Un dato revelador es ese 43% de jóvenes cuyo recuerdo de sus experiencias y vivencias con la «iglesia próxima» está teñido de indiferencia, 12 puntos por encima de la cifra de 1999. Una tercera parte califica de positivas esas experiencias y el 9% de negativas.

b) Un elemento sobresaliente de la religiosidad juvenil es la sintonía de los jóvenes con las normas del magisterio de la Iglesia. Esa sintonía, o su ausencia, colorea las experiencias y vivencias de los jóvenes, y depende del progreso en los estudios y en la vida laboral y de las aperturas mentales y sociales consiguientes. Representa un grado más avanzado en la confianza juvenil en la Iglesia, en la identificación con ella y en la participación y compromiso con sus actividades.

La sintonía juvenil con las directrices de la Iglesia ha ido disminuyendo de forma sostenida en los últimos años. En 1994 se mostraba de acuerdo el 36% de los jóvenes, en 1999 era sólo el 28, y actualmente es el 17. Hay que advertir del elevado porcentaje de chicos y chicas que no saben o, simplemente, no contestan a esta pregunta, el 12%, sobre todo los más jóvenes.

c) La valoración de la Iglesia como institución es un elemento clave de la postura juvenil ante ella. La Iglesia propone a los hombres mensajes de sentido, de salvación y de comunión o comunidad moral. En el catolicismo el núcleo o corazón de esos tres mensajes es la creencia en un Dios Padre bondadoso que nos cuida y nos ama, un Dios revelado en la persona de Jesucristo. En páginas anteriores se ha visto que algo menos de la mitad creen en ese Dios. Pero nos enfrentamos ahora con un hallazgo que matiza el sentido de ese porcentaje: más de la mitad de los jóvenes dice que «incluso sin la Iglesia se puede creer en Dios», y no aceptan fácilmente la definición de la religión que les propone la Iglesia, es decir, rechazan el monopolio eclesial para definir el cosmos sagrado y a Dios, el centro del mismo. Desde este presupuesto, se entiende el acuerdo de los jóvenes con la idea de que la creencia en Dios no está vinculada necesariamente a la pertenencia a la Iglesia, como antes ya se había visto el parecer juvenil de que la misa no es necesaria para ser muy religioso. Los jóvenes de hoy, incluso los católicos, piensan que la Iglesia no es necesaria para creer en Dios, ya que Dios y la relación del hombre con Él, la religión, en suma, están por encima de la Iglesia y de sus ritos.

5.2. El compromiso de los jóvenes con la Iglesia y con sus obras

La confianza de los jóvenes en la Iglesia, su recepción y aceptación de las normas y directrices del magisterio y su valoración positiva de los aspectos de la misma desembocan naturalmente en una postura de identificación con la Iglesia, de fidelidad a su doctrina y de compromiso con sus tareas y objetivos.

La mitad de los jóvenes españoles se identifican como católicos, pero de esa mitad no todos se consideran miembros de la Iglesia, pues sólo el 29% del total de jóvenes, cerca de la tercera parte, suscriben esa declaración, que tiene algo de juramento: «Soy miembro de la Iglesia católica y pienso seguir siéndolo». En el informe *Jóvenes 2000 y religión* afirmaba haber recibido el sacramento de la confirmación una tercera parte de los jóvenes consultados. Es verosímil que no se trate de una mera coincidencia y que el hecho de haber recibido la confirmación robustezca el sentido de pertenencia a la Iglesia.

La identificación con la Iglesia católica puede expresarse de diversas formas, entre las que destacan por su condición de compromiso, dedicación y entrega personales la pertenencia a grupos o asociaciones de carácter religioso y la vocación a la vida sacerdotal y religiosa. La pertenencia de los jóvenes a movimientos y grupos religiosos se inscribe en el marco más amplio del asociacionismo juvenil, que, desde hace mucho tiempo, no goza precisamente de buena salud. Su lugar lo ocupan las redes más o menos casuales de amigos, los contertulios de las *movidas* que surgen en los rincones más insospechados del paisaje urbano, y la calle, que en España, se ha dicho con acierto, reemplaza a las asociaciones juveniles que florecen con mayor esplendor en otros países. A pesar de la amplia libertad para crear todo tipo de grupos y organizaciones, no se han registrado progresos notables desde que finalizó el monopolio de hecho de las congregaciones marianas, los movimientos juveniles de Acción Católica y las «Juventudes» del régimen franquista. La evolución del asociacionismo juvenil español, tal como aparece retratado por los informes de la Fundación Santa María desde 1984, adolece de cierta monotonía, como puede verse en el siguiente cuadro:

Pertenencia a asociaciones de los jóvenes españoles

1984 1994 2005

Religiosas 6 4 4

Grupos culturales y artísticos 7 6 4

Organizaciones juveniles

(scouts, guías...) 5 6 3 Sociedades y clubes deportivos 17 14 6 Grupos ecologistas, de protección

de los animales y similares 2 2 2 Otras 4 5 10 Fuente: *Jóvenes españoles 84, 94 y 2005*, Fundación Santa María, Madrid.

Los grupos y asociaciones religiosos tienen una muy digna y respetable posición en la lista de las asociaciones juveniles españolas. En 2005, pese a no recibir ayudas y subvenciones oficiales del gobierno central o de los gobiernos autonómicos, compiten muy ventajosamente con los sectores juveniles de los partidos políticos y de los sindicatos, que no agrupan en conjunto más que el 2,3% de los jóvenes. Al 4,1% de los grupos juveniles católicos habría que sumar muchos miles de jóvenes de grupos

benéficos, de cooperación con el Tercer Mundo, de defensa de derechos humanos, y de ONG diversas, como los grupos antiglobalización, cuya inspiración y sostenimiento son en muchos casos de origen religioso. El 4,1% de jóvenes pertenecientes a grupos y asociaciones católicos equivale en números absolutos a 250.000, aproximadamente. La cifra es impresionante y representa en principio uno de los recursos más potentes de la Iglesia católica, que ninguna otra institución de la sociedad iguala ni de lejos ³¹.

Comunidades parroquiales 1,2% Scouts católicos 0,6%
Fraternidades de
congregaciones religiosas 0,5%

Acción Católica 0,3% Cooperadores salesianos 0,3% Comunión y Liberación 0,2%
Cofradías y hermandades 0,2% Neocatecumenales 0,2% Otras asociaciones y grupos 0,6%

³¹ «La mitad de los grupos que protestarán en la cumbre del G-8 que se celebrará en Génova entre el 20 y el 27 de julio son católicos», la mayoría, lógicamente, de nacionalidad italiana, informaba el diario *El País* (12 de julio de 2001). No se tienen noticias sobre la participación de los jóvenes españoles, pero la inspiración provenía, en última instancia, del Vaticano y de los alegatos de Juan Pablo II a los poderosos de este mundo para que «escuchen a los pobres del mundo».

5.3. La vocación a la vida consagrada

En 1999 el 6,4% de los jóvenes españoles declaraba en la encuesta del informe de la Fundación Santa María que «habían pensado en la vida religiosa o sacerdotal como una posibilidad en la vida». El 5,9 lo habían pensado «alguna vez» y el 0,5% «a menudo». Pueden parecer muchos o pocos, pero en números absolutos el 5,9% venía a significar unos 350.000 chicos y chicas, de 15 a 24 años, a cuyos jóvenes horizontes se había asomado alguna vez, como un pensamiento inicial y quizás algo errático, la idea de la vocación a la vida consagrada. Pero para un 0,5%, unos 30.000 jóvenes, la idea se había perfilado con alguna mayor consistencia. En el informe de 2005 los resultados ofrecen un interesante contraste: disminuyen los chicos y chicas a quienes se les ha pasado por la imaginación casualmente, un 3,5%, pero aumenta ligeramente el porcentaje de los que han consagrado al asunto una atención mayor, 1,1%. En total, el 4,6% de jóvenes, frente al 6,4 y 5,6 de 1999 y 2002.

¿Está agotada la cantera de las vocaciones religiosas y sacerdotales en España, país hace pocas décadas de enorme fecundidad vocacional, por razones muy dispares y no todas genuinamente religiosas? No se puede hablar de agotamiento, y en la misma España, por no hablar de otros países más fecundos hoy desde este punto de vista, hay significativas diferencias entre las distintas regiones y diócesis. Ahora bien, quizás sería difícil recordar otro momento de nuestra historia reciente en el que hayan concurrido tantos factores negativos para la eclosión de vocaciones a la vida consagrada. Además de los conocidos factores demográficos y culturales, desde la fuerte caída de la natalidad y la consiguiente reducción del número de jóvenes hasta la sólida implantación del individualismo, el hedonismo y otros elementos de la posmodernidad, han surgido en la Iglesia factores hasta ahora inéditos, que Witteberg resume así ³²:

—La pérdida de legitimidad de la vida religiosa al desvanecerse en gran medida la doctrina que la con

³² P. Witteberg, *The Rise and Fall of Catholic Religious Orders*, State University of New York Press, Nueva York 1994, pp. 204 y ss.

sideraba un estado superior al de los seglares, que daba sentido pleno a los votos y a la vida de comunidad.

–La falta de claridad de la identidad del religioso y, muy en especial, de su específico rol frente al del seglar.

– La concepción moderna de la propiedad, la sexualidad y la autonomía personal en la toma de decisiones como requisitos imprescindibles de una auténtica madurez humana, del desarrollo integral del hombre y de la mujer.

– Los cambios que han tenido lugar en la estructura de la comunidad religiosa, ya que para muchos religiosos y religiosas insertos en el mundo profesional, el grupo de referencia, que inculca sentidos y valores, es el formado por los colegas profesionales, más que su comunidad religiosa.

Anexo:

Respuestas al desafío eclesial de la socialización religiosa juvenil

1. Para una mejor socialización religiosa de los jóvenes

El declive de la religiosidad juvenil ha sido producido por factores muy diversos, tanto de índole social y cultural como de origen eclesial. La secularización, la posmodernidad, el relativismo y el consumismo hedonista han generado un clima irrespirable para la delicada planta de la religiosidad, juvenil o adulta. Y la secularización interna, la de la misma Iglesia, junto con polémicas y minicisms entre conservadores y progresistas católicos, han contribuido a deteriorar aún más el clima cultural en el que aquella planta germina y crece.

Los jóvenes se encuentran con un problema que la mayor parte de sus mayores no conocieron: la socialización religiosa, la transmisión de creencias y valores cristianos, la memoria cristiana transmitida de generación en generación, la conciencia de formar parte de un linaje católico. Todo esto ha sufrido el impacto del relativismo ambiente y, en bastantes países, del laicismo oficial. La quiebra de la socialización religiosa es un factor fundamental en el declive de la religiosidad de los jóvenes y una de las claves de la aridez del paisaje religioso juvenil.

En los textos que a continuación siguen se transcriben algunas de las «pistas para la evangelización de los jóvenes hoy» que propuso Pedro José Gómez Serrano en su colaboración a la XII Semana del Instituto de Teología Pastoral, de la Universidad Pontificia de Salamanca (Verbo Divino, Estella 2002, pp. 145-49).

1. El bosque no nos deja ver los árboles. El peligro que acecha a los diagnósticos socioculturales es pensar que las personas reales coinciden con el retrato robot de las tendencias destacadas por cada análisis. Nada más lejos de la realidad. Cada ser humano, cada joven, es único, como únicas son sus circunstancias, experiencias, elecciones y trayectorias vitales (...) De ahí se desprende la atención personalizada como criterio básico de la acción pastoral (...).

2. Otro aspecto que, mirando al futuro, me parece esencial consiste en cuidar los elementos que crean un ambiente fraterno: acogida, imagen, clima, calidad de las

relaciones, respeto a la libertad de cada persona... Los jóvenes permanecen allí donde se encuentran a gusto porque se sienten bien acogidos y rechazan los ámbitos autoritarios, rígidos, burocráticos o aburridos (...).

3. La tarea prioritaria que hoy tiene planteada la pastoral de juventud consiste en ayudar a los jóvenes a despertar a la realidad y a criticar los sucedáneos de salvación que se les presentan por doquier: interrogar, provocar, denunciar, analizar, contemplar, profundizar, buscar alternativas (...) Las iniciativas que se orientan a recuperar la profundidad y la seriedad de la vida y los interrogantes que ésta plantea deberían ocupar un lugar destacado en una Iglesia que se sienta escuela de lucidez e iniciadora a la experiencia de la trascendencia en lugar de administradora de lo sagrado o integradora de personas de orden en la sociedad (...).

4. Estamos en la época de la comunicación interactiva, no unidimensional: escuchar, dialogar, buscar juntos, compartir, facilitar la expresión y la comunicación. Son actitudes ineludibles para convertir a la Iglesia en un lugar habitable. Resulta inconcebible que la mayoría de los jóvenes acepten pertenecer a una institución que parece tener todo sabido, que teme la discusión, que pone cortapisas al diálogo y sospecha de toda novedad (...).

5. Hemos de crear lenguajes compatibles y permutables. Con demasiada frecuencia esperamos que nos entiendan usando un vocabulario que no tiene vigencia social. Para comunicar hay que usar el lenguaje del destinatario: el audiovisual, el escrito y el oral. Estos últimos fueron dominantes en el pasado para la transmisión de la fe y siguen siendo necesarios porque permiten, mejor que el primero, la comunicación de vivencias, la interpelación profunda y la reflexión racional. Sin embargo, el lenguaje que domina nuestra cultura es el audiovisual, y éste apela, de manera consciente e inconsciente, a nuestros sentidos, a nuestra sensibilidad, a nuestras emociones, a nuestros sentimientos. No persigue convencer, sino seducir. (...)

6. Saltan a la vista las enormes posibilidades actuales del mundo simbólico juvenil y nuestro raquitismo expresivo. El aire que respiran muchos chicos y chicas está lleno de música, imágenes, pósteres, fiesta, parábolas, gestos, sensaciones, cuentacuentos... Al carácter sacramental de la Iglesia le corresponde encontrar formas simbólicas que evoquen a Dios, ciertamente, de un modo que «llegue a la interioridad» y no se quede en la provocación de sensaciones fuertes o en el impacto puramente estético. Sin embargo, parece que hemos perdido la fecundidad y la creatividad de otras épocas pasadas para generar esos lenguajes (...).

7. Reevangelizar la vida cotidiana. Es otro requisito elemental para revitalizar la pastoral. La fe es gratuita, pero no inútil. Por la insistencia en reconocer la autonomía de los distintos ámbitos de la realidad (...) hemos convertido la fe en algo casi superfluo, referido al ámbito específico de lo religioso y de las cuestiones últimas. Y un criterio muy sensato de los jóvenes es pensar que «algo vale si se usa, si sirve para algo». Lo religioso no interesa porque se percibe alejado de los asuntos cotidianos. Y sin querer instrumentalizar la fe, hay que sostener que, en Jesús, se descubre con claridad que la experiencia de Dios tiene enormes consecuencias prácticas que afectan a toda la persona: es capaz de inspirar un estilo de vida radicalmente novedoso y una práctica solidaria

eficaz (...).

8. La opción por la calidad, la profundidad y la solidaridad en la forma de afrontar la experiencia de la vida frente a la dinámica de las rebajas, la superficialidad y el individualismo, puede ser otro criterio que inspire nuestra pastoral de juventud (...). Más diversión y entretenimiento gratuito no necesitan los jóvenes, y nosotros no poseemos ni los recursos ni materiales para competir en un terreno que tampoco parece prioritario para la fe cristiana. La sabiduría evangélica presenta, por el contrario, un camino que a primera vista puede sorprender por su exigencia y riesgo, pero que, una vez recorrido, descubre la verdadera vocación a la que hemos sido llamados los seres humanos.

9. La ética del Evangelio ha de entenderse como nacida del amor de Dios como oportunidad y estímulo para crecer y vivir más y mejor, no como ley. Tocamos aquí otro de los prejuicios más extendidos entre los jóvenes y puede no carecer de fundamento. Muchos tienen la impresión de que la religión es enemiga del disfrute de la vida y de que las instituciones religiosas pretenden controlar los comportamientos y la conciencia. Como es lógico, se resisten a caer en sus redes. Creo que plantear la exigencia evangélica de vivir el amor en plenitud como algo opuesto a gozar de la vida (la experiencia inmediata que tantos jóvenes perciben como positiva) ha sido un error mayúsculo. El Evangelio no existe para reprimir las posibilidades de la existencia, sino para hacer más posible una vida más plena, que, para sorpresa de una sociedad bastante narcisista y egocéntrica, se realiza en la entrega a los demás y en el reconocimiento agradecido de la fuente de la vida (...).

10. La vida cristiana es una proposición alternativa, culturalmente hablando, y no un modo de socialización en el orden establecido. Así ha de ofrecerse este enorme regalo. A pesar de la crisis de la mentalidad utópica, hemos de afirmar el valor contracultural de la fe cristiana, y más en una sociedad con un alto nivel de desarrollo material como la nuestra, que genera frecuentemente actitudes de autosuficiencia, individualismo y exclusión. Cada vez más, ser creyentes va a significar asumir unos valores y una concepción de la vida que se sitúan a contracorriente de los mayoritarios. La pastoral de juventud que no sea capaz de educar en una espiritualidad de la resistencia cultural y en una fuerte pertenencia comunitaria se verá permanentemente amenazada por la huida al gueto o por la disolución de la fe (...).

2. Mensaje del Concilio Vaticano II a los jóvenes (1965)

Finalmente, es a vosotros, jóvenes de uno y otro sexo del mundo entero, a quienes el Concilio quiere dirigir su último mensaje. Porque sois vosotros los que vais a recibir la antorcha de manos de vuestros mayores y a vivir en el mundo en el momento de las más gigantescas transformaciones de su historia. Sois vosotros los que, recogiendo lo mejor del ejemplo y de las enseñanzas de vuestros padres y de vuestros maestros, vais a formar la sociedad de mañana; os salvaréis o pereceréis con ella.

La Iglesia, durante cuatro años, ha trabajado para rejuvenecer su rostro, para responder mejor a los designios de su fundador, el gran viviente, Cristo, eternamente joven. Al final de esa impresionante «reforma de vida» se vuelve a vosotros. Es para vosotros los jóvenes, sobre todo para vosotros, porque la Iglesia acaba de alumbrar en su

Concilio una luz, luz que alumbrará el porvenir.

La Iglesia está preocupada porque esa sociedad que vais a constituir respete la dignidad, la libertad, el derecho de las personas, y esas personas son las vuestras.

Está preocupada, sobre todo, porque esa sociedad deje expandirse su tesoro antiguo y siempre nuevo: la fe, y porque vuestras almas se puedan sumergir libremente en sus bienhechoras claridades. Confía en que encontraréis tal fuerza y tal gozo que no estaréis tentados, como algunos de vuestros mayores, de ceder a la seducción de las filosofías del egoísmo o del placer, o a las de la desesperanza y de la nada, y que frente al ateísmo, fenómeno de cansancio y de vejez, sabréis afirmar vuestra fe en la vida y en lo que da sentido a la vida: la certeza de la existencia de un Dios justo y bueno.

En el nombre de este Dios y de su hijo, Jesús, os exhortamos a ensanchar vuestros corazones a las dimensiones del mundo, a escuchar la llamada de vuestros hermanos y a poner arduamente a su servicio vuestras energías. Luchad contra todo egoísmo. Negaos a dar libre curso a los instintos de violencia y de odio, que engendran las guerras y su cortejo de males. Sed generosos, puros, respetuosos, sinceros. Y edificad con entusiasmo un mundo mejor que el de vuestros mayores.

La Iglesia os mira con confianza y amor. Rica en un largo pasado, siempre vivo en ella, y marchando hacia la perfección humana en el tiempo y hacia los objetivos últimos de la historia y de la vida, es la verdadera juventud del mundo. Posee lo que hace la fuerza y el encanto de la juventud: la facultad de alegrarse con lo que comienza, de darse sin recompensa, de renovarse y de partir de nuevo para nuevas conquistas. Miradla y veréis en ella el rostro de Cristo, el héroe verdadero, humilde y sabio, el profeta de la verdad y del amor, el compañero y amigo de los jóvenes. Precisamente en nombre de Cristo os saludamos, os exhortamos y os bendecimos.

(7 de diciembre de 1965)

3. Juan Pablo II a los jóvenes «Mirar el mundo con ojos nuevos»

Si sabéis mirar el mundo con los ojos nuevos que os da la fe, entonces sabréis salir a su encuentro con las manos tendidas en un gesto de amor. Sabréis descubrir en él, en medio de tanta miseria y tanta injusticia, presencias insospechadas de bondad, fascinadoras perspectivas de belleza, motivos fundados de esperanza en un mañana mejor. Si dejáis que la Palabra de Dios entre en vuestro corazón y lo renueve comprenderéis que no es necesario rechazar todo lo que los adultos, y en particular vuestros padres, os han transmitido. Sólo hay que discernir con sabiduría cada cosa, para descartar lo que es caduco y conservar lo que es válido y duradero. Más aún, descubriréis cuánta gratitud debéis a los que os han precedido, porque también ellos han esperado, luchado, sufrido. Y todo esto lo han hecho por vosotros. Ésta es, en efecto, la verdad: las jóvenes generaciones de ayer, las de vuestros padres y vuestros abuelos, afrontaron fatigas, dolores, renunciaron por vosotros, con la esperanza de que se os ahorrasen las pruebas que se abatieron sobre ellos. Quizá no han conseguido transmitirnos la mejor parte de sí. Pero, si abríis los ojos, descubriréis el amor que ha inspirado sus intentos y podréis reconocer en el pasado una fuerza más que un peso; una propuesta y una posibilidad más que un condicionamiento.

Si sabéis responder a la llamada de Dios descubriréis –y muchos de vosotros sin duda lo habéis hecho– que la verdadera juventud es la que da Dios mismo. No la de la edad, anotada en el registro oficial, sino la que desborda de un corazón renovado por Dios. Descubriréis que el más joven puede ponerse al lado del mayor que él y entablar un diálogo dando y recibiendo algo con enriquecimiento recíproco y alegría siempre nueva.

Descubriréis que el más pobre, el más probado en el propio cuerpo, el más desprovisto humana y socialmente, puede ser en realidad el primero en el Reino de los Cielos, puede ser aquel o aquella de cuya mediación se sirve Dios para traer la salvación al mundo.

Descubriréis que un enfermo, un moribundo, puede unir su vida a la de Cristo y contribuir a cambiar el curso de las cosas lo mismo que el más fuerte y el más sabio. Descubriréis dónde está la verdadera fuerza que puede transformar el mundo.

La verdadera fuerza está en Cristo, el Redentor del mundo. Éste es el punto central de todo el discurso. Y éste es el momento de plantear la pregunta crucial: Este Jesús que fue joven como vosotros, que vivió ejemplarmente en una familia y conoció a fondo el mundo de los hombres, ¿quién es para vosotros? ¿Es sólo un hombre, un gran hombre, un reformador social? ¿Es sólo un profeta mal comprendido entre los suyos (Jn 1,11), y contestado en su tiempo (Lc 2,34), y, por esto, condenado a muerte? ¿O no es, más bien, el «Hijo del hombre», esto es, el hombre por excelencia, que en la realidad de la carne asume y resume las vicisitudes, las tribulaciones de los hombres sus hermanos, y a la vez, como «Hijo de Dios», las rescata y redime todas? Yo sé que Cristo hombre y Dios es para vosotros el punto supremo de referencia. ¡Lo sé! (...)

Es esencial, pues, creer en Cristo hombre y Dios: en Cristo muerto y resucitado; en Cristo redentor y que recapitula toda la humanidad. Si es viva e inquebrantable vuestra adhesión a Él, os resultará más fácil resolver los problemas –pequeños y grandes– que se presentan en nuestra vida tanto de individuos como de representantes de la nueva generación. En toda circunstancia de la vida jamás olvidéis que Dios amó tanto al mundo que dio su Hijo unigénito para nosotros (Jn 3,16). Buscad en vuestra fe las razones de esperar y el modelo de reaccionar que es propio de los discípulos de Cristo.

Vigorizad, pues, vuestra fe; revividla si es débil. ¡Abrid las puertas a Cristo! Abrid vuestros corazones a Cristo, acogedlo como compañero guía de vuestro camino.

En su nombre, estaréis en disposición de preparar un porvenir más sereno, más humano para vosotros y para vuestros hermanos. Está en vosotros, sobre todo en vosotros, consagrarle el tercer milenio, que ya se perfila en el horizonte humano.

Amadísimos jóvenes de lengua española: Vuestra presencia en Roma durante estos días del Jubileo ha sido una abierta profesión de fe en Cristo: Él no es solamente un gran hombre o un reformador social. Es el Hijo de Dios que se hizo hombre como nosotros. Él es el Redentor del hombre, que con su muerte ha redimido a todos haciéndolos hijos de Dios. Avivad vuestra fe en Cristo, queridos jóvenes, y sacad de Él inspiración para vuestra vida. El mundo ofrece muchos ejemplos de mal, de injusticia, de opresión del hombre, de muerte y amenazas de catástrofes. Vosotros debéis denunciar el mal, pero

sobre todo debéis vivir el bien; debéis denunciar la cultura de muerte que aflige al mundo con la eliminación de tantos seres aún no nacidos, con la guerra, con la marginación de los inhábiles y ancianos. Frente a todo ello, elegid la vida y no sucumbáis a la cultura de muerte que es también la droga, el terrorismo, el erotismo y otras formas de vicio. Pedid vuestro puesto en la sociedad, pero sabed colaborar con las generaciones pasadas, que lucharon como vosotros y por vosotros. En una palabra: abrid el corazón a Cristo. Y con la fe y amor a Él, hacedle vuestro compañero de viaje, trabajando para que el próximo milenio sea más pacífico, más justo, más moral y solidario.

(Jornada Mundial de los Jóvenes, abril de 1984)

«¡Abrid las puertas al Redentor!»

«Muy queridos jóvenes “¡Abrid las puertas al

Redentor!” Me viene a los labios espontáneamente este llamamiento que hice al mundo al comienzo de mi pontificado y que después elegí para lema y guía de la celebración de este año santo extraordinario. Me salta espontáneamente a los labios esta tarde en este encuentro con vosotros, que habéis venido en representación de los jóvenes de todo el mundo. Dais testimonio de que el mensaje de Cristo no os deja indiferentes. Intuís que en su palabra puede estar la respuesta que vais buscando ansiosamente. Aun en medio de interrogantes y dudas, perplejidades y desánimos, percibís en lo hondo de vuestro corazón que Él posee la clave capaz de resolver el enigma que anida hoy en todo ser humano. (...)

A Cristo se le descubre dejándole caminar junto a nosotros en nuestro camino. Es ésta mi invitación: dejad, queridísimos jóvenes, que Cristo se ponga a vuestro lado con la palabra de su Evangelio y la energía vital de sus sacramentos. La suya es presencia exigente. Puede parecer una presencia incómoda al principio y podéis sentir os tentados de rechazarla. Pero si tenéis el coraje de abrirle las puertas del corazón y acogerlo en la vida, descubriréis en Él el gozo de la verdadera libertad, que os da la posibilidad de construir vuestra existencia sobre la única realidad capaz de resistir al desgaste del tiempo y de lanzaros más allá de las fronteras de la muerte, la realidad indestructible del amor».

(Jornada Mundial de los Jóvenes, abril de 1984)

Lecturas recomendadas

C ANTERAS, A., y otros, *Jóvenes y sectas. Un análisis del fenómeno religioso-sectario en España*, Ministerio de Asuntos Sociales, Madrid 1992.

C EREZO, J. J., y GÓMEZ SERRANO, P. J., *Jóvenes e Iglesia. Caminos para el reencuentro*, PPC, Fundación Santa María, Madrid 2006.

GONZÁLEZ-ANLEO, J. (dir.), *Jóvenes 2000 y religión*, Ediciones SM, Fundación Santa María, Madrid 2002.

L A IGLESIA Y LOS JÓVENES A LAS PUERTAS DEL SIGLO XXI, *XII Semana de estudios de teología pastoral*, Verbo Divino, Estella 2002.

JUVENTUD, CREENCIAS Y SECTAS, nº 53 de la *Revista de Estudios de la Juventud*, Madrid 2001.

Bibliografía

A BOOT-CHAPMAN, J., y REBERTSON, M., «Youth, Leisure and Home: space, place and identity», en *Society and Leisure*, vol. 24, nº 2, otoño 2001, pp. 485-506.

A DELL PITARCH, J., «La música popular contemporánea y la construcción de sentido: más allá de la sociología y la musicología», en *Revista Transcultural de Música*, 1997, disponible en <http://www.sibetrans.com/trans/trans3/adell.htm>

A GENTE DEL CASTILLO, R., «La anorexia y los medios de comunicación», en *Revista de Estudios de Juventud*, Madrid, diciembre 1999, pp. 63-68.

A GUIAGA ROUSTAN, J., «El ocio de la juventud y las familias», en *Revista de Estudios de Juventud*, INJUVE, nº 50, Madrid 2000, pp. 43-51.

A GUILERA, A., *Preferencias musicales de la juventud escolar de Santiago*, Facultad de Artes de la Universidad de Chile, Santiago de Chile 1974.

AGUIRRE BAZTÁN, A. (ed.), *Psicología de la adolescencia*, Marcombo, Barcelona 1994.

ÁLVAREZ-CIENFUEGOS, A., y EGEA, F., «Aspectos psicológicos de la violencia en la adolescencia», en *Revista de Estudios de Juventud*, nº 62, septiembre 2003, INJUVE, pp. 37-44.

A LBERDI, I., *La nueva familia española*, Taurus, Madrid 1999.

ALBERT-LLORCA, M., «Renouveau de la Religion locale en Espagne», en DAVIE, G., y HERVIEU LÉGER, D., *Identités religieuses en Europe*, La Découverte, París 1996.

A LLERBECK, K., y ROSENMAYR, L., *Introducción a la sociología de la juventud*, Kapelusz, Buenos Aires 1979.

ÁLVAREZ, R., AZOFRA, M. J., y CUESTA, M., *Economía y Juventud*, Instituto de la Juventud, Madrid 1999.

ALVIRA MARTÍN, F., y CANTERAS, A., *El suicidio juvenil*, INJUVE, Madrid 1997.

ANDRÉS ORIZO, F., *Sistemas de valores en la España de los 90*, Fundación Santa María, Ediciones SM, Madrid 1991.

ANTEZANA, L., «Fútbol: Espectáculo e identidad», en *Motus Corporis*, Ed. Gama Filho, vol. 8, Río de Janeiro, mayo 2001.

A RNOLD-CATHALIFAUD, M., THUMALA, D., y URQUIZA, A., «La solidaridad en una sociedad individualista», *Teoría*, vol. 15 (1), 2006, pp. 9-23.

A RRIAGADA, I., *Políticas sociales, familia y trabajo en la América Latina de fin de siglo*, Naciones Unidas, Comisión para América Latina y el Caribe, Santiago de Chile 1997.

A VELLANOSA, I., y AVELLANOSA, B., «Los actores de la violencia escolar», en *Revista de Estudios de Juventud*, nº 62, INJUVE, septiembre 2003, pp. 59-64.

AYALA, F., *Tratado de sociología*, Aguilar, Madrid 1961.

A YERBE, M., «El trabajo», en *España 2000. Entre el localismo y la globalidad*, Fundación Santa María, Ediciones SM, Madrid 2000.

BACA LAGOS, V., *Imágenes de los jóvenes en los medios de comunicación de masas*, INJUVE, Madrid 1998.

B ACCHIOCCHI, S., *La música rock y el cristiano, un estudio acerca de los principios bíblicos de la música*, Biblical Perspectives, Santiago de Chile 2000.

BANDURA, A., *Aprendizaje social y desarrollo de la personalidad*, Alianza, Madrid 1980.

B ARRIO, DEL, C.; BARRIOS, A.; VAN DEL MEULEN, K., y GUTIÉRREZ, H., «Las distintas perspectivas de estudiantes y docentes acerca de la violencia escolar», en *Revista de Juventud*, INJUVE, septiembre 2003, pp. 65-79.

B ARTOLOMÉ MARTÍN, J., «Imagen pública e identidad colectiva plural del movimiento antiglobalización en el Estado Español», 2007, disponible en <http://www.ecologistasenaccion.org/IMG/doc/>

BAUDRILLARD, J., *La sociedad de consumo, sus mitos sus estructuras*, Plaza y Janés, Barcelona 1974.

———, *Cultura y simulacro*, Cairos, Madrid 1998. ———, *El sistema de los objetos*, Siglo XXI, México 1997.

BAUMAN, Z., «Industrialism, consumerism and power», en *Theory, Culture and Society*, 1 (3), 1983, 34-41. ———, *Postmoderne Ethik*, Hamburger, Hamburgo 1995.

———, *Globalization. The Human Consequences*, Polity Press, Cambridge 1998.

———, *Identidad*, ed., Losada, Madrid 2005.

BAYONA AZNAR, B., «Rituales de los ultras del Fútbol», en *Política y Sociedad* 34, Madrid 2000, pp. 155-173. BECK, U., *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*, Paidós, Barcelona 2003.

B ÉJAR, H., *El ámbito privado. Privacidad, individualismo y modernidad*, Alianza, Madrid 1990.

BENNETT, A., y PETERSON, R. A. (eds.), *Music Scenes. Local, Translocal, and Virtual*, Vanderbilt University Press, Nashville 2004.

BERGER, P., *Invitación a la Sociología*, Limusa, México 1989.

B ERLÍN, I., *Cuatro ensayos sobre la libertad*, Alianza, Madrid 1969, 2000.

BIMBELA, J. L., *Sociología del Sida. Jóvenes y Sexualidad en Andalucía*, CIS, Madrid 2004.

BLACKBURN, R., *Student Power*, Penguin Books, Baltimore 1969.

BLANCH, A., «Pensamiento español y fe cristiana», en *V Informe Sociológico sobre la situación social de España*, FOESSA, Madrid 1994.

BLOOM, A., *The closing of the American mind*, Touchstone, Nueva York 1987.

BOCOCK, R., *El consumo*, Talasa, Madrid 1993, 1995.

BOFARULL, I., «Adolescentes: entre el ocio comunitario y el ocio global», Congreso Luces en el Laberinto Audiovisual (Congreso Iberoamericano de Comunicación y Educación), Huelva, octubre 2003.

BRÉE, J., *Los niños, el consumo y el marketing*, Paidós, Madrid 1993, 1995.

BRETÓN, D., *Antropología del cuerpo y modernidad*, Nueva Visión, Buenos Aires 1995.

BRUCKNER, P., *La tentación de la inocencia*, Anagrama, Barcelona 1996.

———, *La miseria de la prosperidad. La religión de mercado y sus enemigos*, Tusquets, Barcelona 2002.

- CALLEJO, J., «Consumo y ocio de los jóvenes: bailando lambada entre tiburones», en *Nuevas pautas de ocio de los jóvenes*, Diputación Foral de Gipuzkoa, San Sebastián 1999, pp. 70-99.
- , «La lógica mediática del consumo de los jóvenes», en *Sociedad y Utopía*, nº 15, 2000, pp. 191-206.
- CALVO BUEZAS, T., *Valores en los jóvenes españoles, portugueses y latinoamericanos*, Ediciones Libertarias, Madrid 1997.
- CAMPBELL, C., *The romantic ethic and the spirit of modern consumerism*, Blackwell publishers, Oxford 1987, 1995.
- CANTERAS MURILLO, A., *Jóvenes y sectas. Un análisis del fenómeno religioso-sectario en España*, Ministerio de Asuntos Sociales, Madrid 1992.
- , *Sentido, valores y creencias en los jóvenes*, INJUVE, Madrid 2003.
- , «La diferenciación de sentidos en las sociedades complejas: creencias y valores de los jóvenes», en CANTERAS MURILLO, A. (coord.), *Los jóvenes en un mundo en transformación, nuevos horizontes en la sociabilidad humana*, INJUVE, Madrid 2004.
- CASAL, J., y otros, «Aportaciones teóricas y metodológicas a la sociología de la juventud desde la perspectiva de la transición», en *Papers. Revista de Sociología*, nº 79, 2006.
- CASTILLO CASTILLO, J., «Los jóvenes y la sociedad de consumo», en *Revista del Instituto de la Juventud*, nº 20, Madrid 1968, pp. 7-18.
- , *Sociedad de consumo a la española*, Eudema, Madrid 1987, 1997.
- CAVALLI, A., y GALLAND, O., *L'Allongement de la Jeunesse*, Actes Sud, Poitiers 1993.
- CEPAL, *Anuario Estadístico de América Latina y el Caribe*, CEPAL, Santiago de Chile 2005.
- CEREZO, J. J., y GÓMEZ SERRANO, P. J., *Jóvenes e Iglesia. Caminos para el reencuentro*, Fundación Santa María, Ediciones SM, Madrid 2006.
- COLTRANE, S., *Family Man. Fatherhood, Housework and Gender*, Oxford University Press, New Cork 1996.
- COMAS ARNAU, D., «Nuevas pautas en la utilización del tiempo libre en los jóvenes», en Diputación Foral de Gipuzkoa, *Nuevas pautas de ocio de los jóvenes*, San Sebastián 1999, pp. 10-15.
- , «Las experiencias de la vida: aprendizajes y riesgos», en INJUVE: *Juventud en España*, Informe 2004, Madrid 2005, pp. 277-478.
- CONDE, F., y GÓMEZ YÁÑEZ, J. A., «Los hijos de la regulación», en *El País*, 22 enero 2001.
- CONDE GUTIÉRREZ DEL ÁLAMO y CALLEJO GALLEGOS, *Juventud y consumo*, Instituto de la Juventud, Madrid 1994.
- C ONTRERAS, G. R., «Análisis del consumo abusivo de drogas en la juventud chilena», Psicodrama, Universidad de Chile, 2000, disponible en <http://www.psicodramachile.cl/TEXTOS%20NUEVOS%20PSICODRAMA/publicacion%20JOVENES.doc>
- COUPLAND, D., *Generación X*, Biblioteca de Bolsillo, Barcelona 1995, 1991.
- C ORNWELL, J., *Breaking Faith: The Pope, The People and the Fate of Catholicism*,

Penguin Books, Londres 2002.

COURTRIGHT, D. T., *Las drogas y la formación del mundo moderno. Breve historia de las sustancias adictivas*, Paidós Contextos, Barcelona 2002.

CURBELO, N., «Las expresiones culturales como agentes de cambio en grupos juveniles violentos», 2004, disponible en http://www.gencat.net/interior/dialegs2004/ponencias/Nelsa_Curbelo_esp.pdf

CHARAC DE BRICEÑO, J., «Adolescente, cuerpo, iniciación», Nuevo Milenio, Boletín Antropológico, nº 49, mayoagosto 2000, Universidad de los Andes, pp. 53-72.

DE CERTEAU, M., «Making do: Uses and tactics», en LEE, M., *Consumer Reader*, Blackwell Publishers, Oxford 1984, 2000, pp. 162-174.

DEFENSOR DEL PUEBLO/UNICEF, *Violencia escolar: el maltrato entre iguales en la educación secundaria obligatoria 1999-2006*, Defensor del Pueblo, Madrid 2007.

DAHRENDORF, R., *En busca de un Nuevo orden. Una política de libertad para el siglo XXI*, Paidós, Barcelona 2005.

DELESTRE, A., *Les religions des étudiants*, París 1997, L'Harmattan.

DELGADO, M., *La fecundidad de las adolescentes*, CSIC. Instituto de Demografía, Madrid 1994.

D ELORS, J., y otros, *La educación encierra un tesoro. Informe a la UNESCO de la Comisión Internacional sobre la educación para el siglo XXI*, Santilla. UNESCO, Madrid 1996.

D ESARROLLO HUMANO, *Índice de desarrollo humano*, UNESCO, Institut for Statistics, 2005.

DÍAZ-AGUADO, M. J., «Diez condiciones básicas para prevenir la violencia desde la adolescencia», en *Revista de Estudios de Juventud*, nº 62, septiembre 2003, INJUVE, pp. 21-36.

—, «Por qué se produce la violencia escolar y cómo prevenirla», en *Revista Iberoamericana de Educación*, nº 37, enero-abril 2005, pp. 17-47.

D ÍEZ NICOLÁS, J., «La escala de postmaterialismo como medida del cambio de valores en las sociedades contemporáneas», en *España 2000. Entre el localismo y la globalidad*, Ediciones SM, Fundación Santa María, Madrid 2000.

D ÍEZ NICOLÁS, J., y INGLEHART, R., *Tendencias mundiales de cambio en los valores sociales y políticos*, FUNDESCO, Madrid 1994.

D ISPARIDADES EN LA EDUCACIÓN,
[http://www.guiadelmundo.uy/cd/themes/disparidades en la educación.html](http://www.guiadelmundo.uy/cd/themes/disparidades%20en%20la%20educaci3n.html)

DOCKENDORFF, C., *Solidaridad: la construcción social de un anhelo*, UNICEF, Santiago de Chile 1993.

DUMAZEDIER, J., *Sociology of leisure*, Elsevier, Amsterdam 1974.

DURKHEIM, E., *Education et Sociologie*, Preces Universitaires de France, París 1964.

DUREX, *Informe Durex 2005*, 2005, disponible en <http://www.durex.com/es/gss2005results.asp?intMenuOpen=8>

EDUCACIÓN PARA LA CIUDADANÍA, nº 133 de la revista *Educación y Futuro*, octubre 2005.

EDUCACIÓN Y COHESIÓN SOCIAL, *Seminario de Educación y Cohesión Social*, Comisión Internacional para la Educación en el Siglo XX, Grupo de Trabajo de Educación de la Comisión española de la UNESCO, Alicante, diciembre 1994.

ELZO, J., *Jóvenes españoles 99*, Fundación Santa María, Ediciones SM, Madrid 1999.

——, *El silencio de los adolescentes*, Ediciones Temas de Hoy, Madrid 2000.

——, «Valores e identidades de los jóvenes», en *Jóvenes españoles 2005*, Fundación Santa María, Ediciones SM, Madrid 2005.

——, *Los jóvenes y la felicidad*, PPC, Madrid, 2006. EL PAÍS, 24 octubre 1994

——, 16 agosto 1997

——, 22 enero 2001

——, 12 julio 2001

——, 8 marzo 2005

——, 16 octubre 2005

——, 24 mayo 2006

ERIKSON, E. H., *Childhood and society*, W. W. Norton, Nueva York 1950.

——, *Identity, Youth and Crisis*, Faber, Londres 1968. ESPAÑA 2000, *Entre el localismo y la globalidad*, Fundación Santa María, Universidad de Deusto, Madrid 2000.

ETTRICH, K. U., «Werte und Konsumverhalten im Jugendalter», en *Zeitschrift für Kinder und Jugendschutz*, 9.

Jahrgang, Ausgabe 01/2002, 2002, pp. 2-4.

FALCÓN, E. D., *¿Cómo ven el mundo los jóvenes?*, Cuadernos de Cristianisme i Justícia, Barcelona 2002.

F ARIN, K., *Generation-klick.de jugendsubkulturen heute*, Ed. Beck, Múnich 2001.

FEATHERSTONE, M., «The body in consumer culture», en FEATHERSTONE, M., y otros, *The Body, Social Process and Cultural Theory*, Sage, Londres 1982, 1991, pp. 170-196.

FEIXÁ, C.; COSTA, M., y PALLARÉS, J., «Movimientos juveniles en Cataluña: de los ocupas a los ravers», en II Fòrum d'Estudis sobre la Joventut, Universidad de Lleida 1999.

FERCHHOFF, W., *Jugend an der Wende vom 20. zum 21 Jahrhundert. Lebensformen und Lebensstile*, Opladen, Leske/Budrich 1999.

FERNÁNDEZ VILLANUEVA, C. (ed.), *Jóvenes violentos*, Icaria, Barcelona 1998.

FEUER, L. S., *The Conflict of Generations. The Character and Significances of Student Movements*, Basic Books, Nueva York 1969.

FINKIELKRAUT, A., *La derrota del pensamiento*, Anagrama, Barcelona 1987.

FISCHER, E., *Problemas de la generación joven*, Ayuso, Madrid 1975.

FISKE, J., *Understanding Popular Culture*, Unwin Hyman, Boston 1989.

FOUCHARD, G., y DAVRANCHE, M., *Enquête sur la jeunesse*, Gallimard, París 1968.

FREYRE ROMÁN, E., «La sexualidad del adolescente y problemas asociados», 2004, disponible en http://www.acadnacmedicina.org.pe/publicaciones/an_al_agodic04/01trabajos_incorporacion/Elodoro_Freyre_Roman.pdf

FRITH, S., *La sociología del rock*, Júcar, Madrid 1978, 1980. FRITH, S., *Sounds effects. Youth, leisure and the Politics of*

- Rock'n'Roll*, Pantheon, Nueva York 1981.
- FUKUYAMA, F., *La gran ruptura*, Ediciones B, Barcelona 1991.
- FULTON, J., *Young Catholics at the New Millenium, The Religion and Morality of Young Adults in Western Countries*, University College Dublin Press, Dublín 2000.
- GALLAND, O., *Sociologie de la jeunesse*, Armand Colin, París 1997.
- GALLAND, O., y ROUDET, B., *Les jeunes Européens at leurs valeurs*, La Decouverte, París 2005.
- G ANTER, R., «De cuerpos, tatuajes y culturas juveniles», en *Espacio Abierto*, enero-julio, año/vol. 15, nº 1 y 2, Asociación Venezolana de Sociología, Maracaibo, Venezuela 2006, pp. 427-453.
- G ARCÍA BARTOLOMÉ, M., «Reflexiones sobre la situación de la juventud en la sociedad rural», en *Revista de Estudios de la Juventud*, INJUVE, Madrid 2000.
- GARCÍA ESPEJO, M. I., *Recursos formativos e inserción laboral de los jóvenes*, CIS, Madrid 1998.
- G ARCÍA FERRANDO, M., *Posmodernidad y deporte: entre la individualización y la masificación. Encuesta sobre hábitos deportivos de los españoles 2005*, Consejo Superior de Deportes y CIS, Madrid 2006.
- G ARCÍA ROCA, J., *Constelaciones de los jóvenes, síntomas, oportunidades, eclipses*, Cristianismo y Justicia, Barcelona 1994.
- G ARRIDO LORA, M., «40 años de investigación de los efectos de la violencia en prensa y televisión», en *Razón y Palabra*, nº 27, 2002, disponible en <http://www.razonypalabra.org.mx/anteriores/n27/mgarrido.html>
- G ABRIEL, Y., y LANG, T., *The unmanageable consumer. Contemporary Consumption and its fragmentations*, Sage publications, Londres 1995.
- G AINES, D., *Teenage wasteland: suburbia's dead end kids*, Pantheon, Nueva York 1991.
- GAMELLA, J.; ROLDÁN, A.; y ROMO, N., «La “fiesta” y el “éxtasis” drogas de síntesis y nuevas culturas juveniles», en *Revista de Estudios de Juventud*, nº 40, INJUVE, 1997, pp. 17-36.
- G ANTER SOLÍS, R., «Cuerpos suspendidos: cartografías e imaginarios de la piel en los jóvenes urbanos», *Polis, Revista de la Universidad Bolivariana*, año/vol. 8, nº 011, Santiago de Chile 2005.
- , «De cuerpos, tatuajes y culturas juveniles», en *Espacio Abierto*, enero-junio, año/vol. 15, nº 1 y 2, Asociación Venezolana de Sociología, Maracaibo, Venezuela 2006, pp. 427-453.
- G ARRIDO, L., y REQUENA, M., *La emancipación de la juventud en España*, INJUVE, Madrid 1997.
- GAVIRIA, S., *Juventud y familia en Francia y en España*, CIS, Madrid 2007.
- GHIARDO, F., «Acercándonos al sentido del uso de drogas y la prevención desde los jóvenes», en *Última Década*, nº 18, abril 2003, pp. 123-151.
- GIDDENS, A., *La transformación de la intimidad: sexualidad, amor y erotismo en las*

sociedades modernas, Cátedra, Madrid 1993, 1998.

——, *Un mundo desbocado*, UNED, Madrid 1998. ———, *Sociología*, Alianza, Madrid 2004.

GIL VILLA, F., *Juventud a la deriva*, Ariel, Barcelona 2007. GNIELCZYK, P., «Jugend und Konsum», en *Haushalt&Bildung*, Hohengehren, Schneider Verlag, 2005, Tomo 1.

G ÓMEZ SERRANO, P., «Jóvenes sin preguntas religiosas: una cuestión de “teocomunicaciones”», en *La Iglesia y los jóvenes a las puertas del siglo XXI*, Verbo Divino, Estella 2002.

G ONZÁLEZ BLASCO, P., «Relaciones sociales y espacios vivenciales», en Fundación Santa María, *Jóvenes españoles 99*, Ediciones SM, Madrid 1999.

——, «Familia y jóvenes», en G ONZÁLEZ BLASCO, P., *Jóvenes españoles 2005*, Fundación Santa María, Madrid 2006, pp. 185-240.

G ONZÁLEZ BLASCO, P., y G ONZÁLEZ-ANLEO, J., *El profesorado en la España actual*, Fundación Santa María, Ediciones SM, Madrid 1993.

G ONZÁLEZ-ANLEO, J., *Introducción a la sociología*, CECA, Madrid 1975.

——, *Para comprender la sociología*, Verbo Divino, Estella 1994.

——, «Efectos sociales del desempleo», en *Corintios XIII*, nº 83, julio-septiembre 1997.

——, «La realidad actual de la educación en España», *Ponencias del Quinto Congreso Español de Sociología*, 1999.

——, «Familia y escuela en la socialización de los jóvenes españoles», en *Jóvenes españoles 99*, Fundación Santa María, Ediciones SM, Madrid 1999.

——, «Los jóvenes frente a las instituciones», en *Veintiuno. Revista de Pensamiento y Cultura*, verano 2002.

——, *Cuatro Generaciones de españoles ante la Iglesia hoy*, Lección inaugural del curso académico 2004-2005, Fundación Pablo VI, Madrid 2004.

——, «La religiosidad de los jóvenes: creencias, ritos y comunidad», en *Jóvenes españoles 2005*, Fundación Santa María, Ediciones SM, Madrid 2006.

——, «Relaciones e integración», en *Jóvenes Españoles 2005*, Fundación Santa María, Ediciones SM, Madrid 2006, pp. 111-184.

G ONZÁLEZ-FAUS, J. I., y SOTELO, I., *¿Con Dios o sin Dios? Razones del agnóstico y del creyente*, 2ª edición, Ediciones HOAC, Madrid 2003.

G OODMAN, P., *Growing up absurd, Problems of Youth in the Organized System*, Random House, Nueva York 1956.

GREEN, A. M. (ed.), *Des jeunes et des musiques. Rock, rap, techno...*, L'Harmattan, París 1998.

HANDY, Ch., *El espíritu hambriento*, Apóstrofe, Barcelona 1997.

HAIM, A., *Les suicides d'adolescents*, Payot, París 1969.

H EILBORN, M. L., «Sexual practices in youth: analysis of lifetime sexual trajectory and last sexual intercourse» *Cad. Saúde Pública*. [online]. 2006, vol. 22, nº 7, 2006, pp. 1471-1481, disponible en http://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0102311X2006000700011&lng=pt&nrm=iso&tlng=en.

- HERMANN, K., *Los estudiantes en rebeldía*, Rialp, Madrid 1996.
- HERRERO, M. N., «Adolescencia, grupo de iguales, consumo de drogas y otras conductas problemáticas», en *Revista de Estudios de Juventud*, nº 62, INJUVE, 2003, pp. 81-92.
- HOLLINGSHEAD, A. B., *Elmtown's Youth*, Science Edition, Nueva York, 1949.
- HOLMBECK, G. N., y otros, «Parenting Adolescents», en BORNSTEIN, M. H. (ed.), *Handbook of parenting*, vol. I, Lawrence Erlbaum, New Jersey 1997.
- HORMIGOS, J., y MARTÍN CABELLO, A., «La construcción de la identidad juvenil a través de la música», en *RES*, nº 4, 2004, pp. 259-270.
- HÜRRELMANN, K., *Lebensphase Jugend. Eine Einführung in die sozialwissenschaftliche Jugendforschung*, Juventa, Weinheim-Múnich 2004.
- INCE, *Elementos para un diagnóstico del Sistema Educativo Español*, MEC-INCE, Madrid 1998.
- INJUV, *Informe final proyecto de investigación Pandillas juveniles en la Región Metropolitana*, Santiago de Chile 1998.
- INJUVE, *Informe Juventud en España 2004*, INJUVE, Madrid 2005.
- INSTITUTO MEXICANO DE LA JUVENTUD, *Encuesta nacional de juventud*, México D. F. 2000, disponible en <http://www.oij.org/pdf/EncuestaNacionalJuventudMEXICO.pdf>
- INSTITUTO NACIONAL DE LA JUVENTUD, *Tercera encuesta nacional de juventud*, Gobierno de Chile, Santiago de Chile, 2001, disponible en <http://www.oij.org/pdf/EncuestaNacionalJuventudchile.pdf>
- JAMESON, F., *Teoría de la posmodernidad*, Trotta, Madrid 1998.
- JAVALOY, F., «Movimientos sociales globales: una epopeya del siglo XXI», en Canteras Murillo, A. (coord.), *Los jóvenes en un mundo en transformación, nuevos horizontes en la sociabilidad humana*, INJUVE, Madrid 2004, pp. 205-221.
- JÓVENES ESPAÑOLES 1989, Fundación Santa María, Ediciones SM, Madrid 1989.
- JÓVENES ESPAÑOLES 94, Fundación Santa María, Ediciones SM, Madrid 1994.
- JÓVENES ESPAÑOLES 99, Fundación Santa María, Ediciones SM, Madrid 1999.
- JÓVENES ESPAÑOLES 2005, Fundación Santa María, Ediciones SM, Madrid 2006.
- JÓVENES Y POLÍTICA, *El compromiso con lo colectivo*, Fundación de Ayuda a la Drogadicción, INJUVE y Obra Social de Caja Madrid, Madrid 2006.
- JÓVENES 2000 Y RELIGIÓN, Fundación Santa María, Ediciones SM, Madrid 2002.
- JUÁREZ, M., y otros, «Población, estructura y desigualdad social», en *Informe sociológico sobre la situación social de España*, FOESSA, Madrid 1994.
- JUVENTUD, CREENCIAS Y SECTAS, nº 53 de la *Revista de Estudios de la Juventud*, Madrid 2001.
- JUVENTUD RURAL, *Revista de Estudios de la Juventud*, nº 48, 2000.
- KENISTON, K., «YOUTH: A new stage in life», en MUUSS, R. E., *Adolescent Behaviour and Society*, Random House, Nueva York 1975.
- LAESPADA, M. T., y PALLARÉS, J., «¿Qué hacen?», en *Revista de Estudios de Juventud*, INJUVE, nº 54, 2001, pp. 47-62.
- LAUGHEY, D., *Music and Youth Culture*, Edinburg University Press, Edimburgo 2006.
- LASCH, C., *The Culture of Narcissism*, Norton, Nueva York 1979.

- LAWLER, E. E., *Motivation in Work Organizations*, California Books, Monterrey 1973.
- LEE, S. S., y PETERSON, R., «Internet-based virtual music scenes: The case of P2 in Alt. Country Music», en BEN- NETT, A., y PETERSON, R. A. (eds.), *Music Scenes. Local, Translocal, and Virtual*, Vanderbilt University Press, Nashville 2004, pp. 187-204.
- LEÓN, J., *Los efectos de la publicidad*, Ariel Comunicación, Barcelona 1996.
- LEVI, G., y SCHMITT, J. C., *Historia de los jóvenes, II, La Edad Contemporánea*, Santillana, Taurus, Madrid 1996.
- LEWIN, K., «The Field Theory Approach to Adolescence», en SEIDMAN, J. M. (ed.), *The Adolescence. A Book of Readings*, Holt, Rinehart and Winston, Nueva York 1960.
- LIPOVETSKY, G., *El imperio de lo efímero*, Anagrama, Barcelona 1987, 1990.
- , «Conclusión: les jeunes et les métamorphoses de l'individualisme démocratique», en BERILOS, G., y RI- CHARD, A., *Les 15-21 ans, acteurs dans la cité*, Syros, París 1995.
- , *La era del vacío*, Anagrama, Barcelona 2003.
- LIPSET, S. M., y WOLIN, S. (eds.), *The Student Revolt*, Garden City, Anchor Books, Nueva York 1965.
- L ÓPEZ DE LERA, D., e IZQUIERDO ESCRIBANO, A., «Transformaciones demográficas y nuevas formas de convivencia», en *Sociedad y Utopía*, nº 6, 1995.
- L ÓPEZ RUIZ, J. A., «Ocio y tiempo libre», en GONZÁLEZ- BLASCO, P. (dir.), *Jóvenes españoles 2005*, Fundación Santa María, Madrid 2006.
- M ANNHEIM, K., «El problema de las generaciones», en *REIS*, abril-junio 1993.
- MARGULIS, M., y URRESTI, M., «Moda y juventud», en Mario Margulis (ed.), *La juventud es más que una palabra. Ensayos sobre cultura y juventud*, Biblos Buenos Aires, Buenos Aires 1996.
- MARIELLE, P., y otros, *Democracia. Confianza en Instituciones, preferencias electorales y comportamiento reproductivo*, BASE-IS, Asunción 1997.
- MARTÍN LÓPEZ, M. J., *Padres light*, Rialp, Madrid 1993.
- , «Mitos y realidades sobre los comportamientos de riesgo en el ocio juvenil», en Diputación Foral de Gipuzkoa, *Nuevas pautas de ocio de los jóvenes*, San Sebastián 1999, pp. 50-59.
- MARTÍN SERRANO, M., *Los valores actuales de la juventud en España*, INJUVE, Madrid 1991.
- , *Historia de los cambios de mentalidades de los jóvenes entre 1960 y 1990*, INJUVE, Madrid 1992.
- MARTÍN SERRANO, M., y VELARDE HERMIDA, O., *Juventud 96 en cifras*, Instituto de la Juventud, Madrid 1997.
- M ARTÍNEZ ARIAS, R.; FERNÁNDEZ-ALBA LUENGO, A., y SALGA- DO RUIZ, A., «Patrones de ocio en la comunidad de Madrid. Conductas de riesgo: de Tomb Raider al botellón», en Consejo Económico y Social, *Colección Estudios*, nº 24, Madrid 2003.
- M ARTÍNEZ LÓPEZ, M., «Para entender el poder transversal del movimiento okupa: autogestión, contracultura y colectivización urbana», en *VII Congreso Español de Sociología*, Salamanca 2001.
- M ASSEY, D., *Place and Gender*, Polito Press, Cambridge 1994.

- , «The Globalization of Culture», en SKELTON, T., y VALENTINE, G. (eds.), *Cool Places. Geographic of Youth Studies*, Routledge, Londres 1998.
- MCNAIR, B., *Striptease Culture. Sex, media and the democratisation of desire*, Routledge, Londres 2002.
- MEJÍA, J., «Medios de comunicación y violencia. Los jóvenes pandilleros de Lima», en *Espacio Abierto*, julio-septiembre, vol. 14, nº 003, Maracaibo 2005, pp. 389-404.
- MEJÍAS QUIRÓS, I., «Jóvenes ante el sexo: valores y expectativas asociadas», en *Revista de Estudio de Juventud*, nº 63, Instituto de la Juventud, diciembre 2003, pp. 21-26.
- MEJÍAS QUIRÓS, I., y RODRÍGUEZ SAN JULIÁN, E., *Jóvenes entre sonidos. Hábitos, gustos y referencias musicales*, INJUVE, FAD, Madrid 2003.
- MEJÍAS QUIRÓS, I.; RODRÍGUEZ SAN JULIÁN, E.; MÉNDEZ GAGO, S., y PALLARÉS GÓMEZ, J., *Jóvenes y sexo. El estereotipo que obliga y el rito que identifica*, INJUVE, FAD, Madrid 2005.
- MÉNDEZ GAGO, S., «La educación sexual en la sociedad de consumo», en *Revista de Estudio de Juventud*, nº 63, Instituto de la Juventud, diciembre 2003, pp. 85-94.
- MEETH, D., «Konsumismus oder: die abschüssige Bahn der Normalität», en REINBOLD, K. (ed.), *Konsumrausch: der Heimliche Lehrplan des Konsumismus*, AGJ, Freiburg 1994, pp. 79-101.
- MIGUEL, A. DE, *Dos generaciones de jóvenes 1960-1998*, INJUVE, Madrid 2000.
- , *Las mentalidades de los españoles a comienzos del siglo XXI*, CIS, Madrid 2004.
- MILES, S., *Consumerism as a way of life*, Sage Publications, Londres 1998.
- , *Youth lifestyles in a changing World*, Open University Press, Buckingham 2000.
- MILES, S.; ANDERSON, A., y MEETHAN, K., *The Changing Consumer. Markets and Meanings*, Routledge, Londres y Nueva York 2002.
- MINISTERIO DE SANIDAD Y CONSUMO, «La interrupción voluntaria del embarazo y los métodos anticonceptivos en jóvenes», 2006, disponible en <http://www.msc.es/novedades/docs/interrupcion2006.pdf>
- MITTERAUER, M., *A History of Youth*, Blackwell, Oxford 1993.
- MONTSERRAT, A., y MUÑOZ, T., «Violencia y familia», en *Revista de Estudios de Juventud*, nº 62, septiembre 2003, INJUVE, pp. 51-58.
- MONTERO GÓMEZ, A., «Adolescencia y violencia», en *Revista de Estudios de Juventud*, nº 73, 2006, pp. 109-115.
- MORADILLO, F., «Adolescentes, drogas y valores, materiales educativos para la escuela y el tiempo libre», *Revista Española de Salud Pública*, CCS, 2001, 389-392.
- MORÍN, E., «La industria de la canción», en Morín, E., *Sociología*, Tecnos, Madrid 1994.
- MOVIMIENTO CONTRA LA INTOLERANCIA, *El mapa del odio en España*, 2006, disponible en <http://www.movimientocontralaintolerancia.com/>.
- MUCHOW, H. H., *Sexualreife und Sozialstruktur der Jugend*, Ed. Rowohlts Deutsche Enzyklopädie, Hamburgo 1959.
- MUXEL, A., *L'Experience politique des jeunes*, Presses de Sciences Politiques, París 2001.

OCDE, *Informe PISA 2003*, 2003.

OEDT, *Informe anual 2006, El problema de la drogodependencia en Europa*, 2006, disponible en <http://www.pnsd.msc.es/Categoria3/coopera/pdf/Informe2006.pdf>

O ELKERS, J., «Kinder, Erziehung und Konsum, Vortrag in der Elternbildung» Gossau, 28 de junio 2005, disponible en http://www.paed.unizh.ch/ap/downloads/oelkers/Vortraege/193_Gossau.pdf

ONU, *World Youth Report 2005, Young People Today and in 2015*, 2005 disponible en <http://www.un.org/esa/socdev/nyin/documents/wyr05part2.pdf>

O NUDD y otros, *Jóvenes y drogas en países sudamericanos, un desafío para las políticas públicas. Primer estudio comparativo sobre uso de drogas en la población escolar secundaria de Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Chile, Ecuador, Paraguay, Perú y Uruguay*, Tesis Graf, Lima 2006.

O RIZO, F., y ELZO, J., *España 2000, entre el localismo y la globalización. La encuesta europea de valores en su tercera aplicación, 1981-1999*, Fundación Santa María, Ediciones SM, Madrid 2000.

O ROZ, J., *Calidad y libertad en la enseñanza. Ponencias del Tercer Congreso de Educación y Gestión*, Ediciones SM, Madrid 1996.

O RTEGA, F., y otros, *La flotante identidad sexual. La construcción del género en la vida cotidiana de la juventud*, Instituto de Investigaciones Feministas y Universidad Complutense de Madrid, Madrid 1993.

ORTEGA Y GASSET, J., *El tema de nuestro tiempo, Obras Completas*, vol. III, Alianza, Madrid 1983.

—, «¿Qué son los valores?», *Obras Completas*, vol. VI, Madrid 1983, pp. 315-335.

OSM, «La sexualidad de los jóvenes desde la perspectiva de los padres», 2006, disponible en http://www.msc.es/organizacion/sns/planCalidadSNS/pdf/equidad/IVES_Juventud_Monografico_Padres.pdf

PALLARÉS GÓMEZ, J., y FEIXÁ PAMPOIS, C., «Espacios e itinerarios de ocio juvenil nocturno», en *Revista de Estudios de Juventud*, INJUVE, nº 50, Madrid 2000, pp. 23-41.

PALLARÉS GÓMEZ, J., y CÍMBRANOS, F., «La marcha, la pugna por el espacio», en *Revista de Estudios de Juventud*, INJUVE, nº 54, Madrid 2001, pp. 35-45.

PAZ, S. D., «Los jóvenes y la redefinición local del consumo», en *Última Década*, Cidpa, Valparaíso diciembre 2004, pp. 105-117.

PÉREZ-AGOTE, A., y SANTIAGO GARCÍA, J. A., *La situación de la religión en España*, CIS, Madrid 2002.

PÉREZ TORNERO, J. M.; TROPEA, F., y SAN AGUSTÍN, P., y otros, *La seducción de la opulencia, publicidad, moda y consumo*, Paidós, Barcelona 1992.

PETERSON, R., y BENNETT, A., «Introducing Music Scenes», en BENNETT, A., y PETERSON, R. A. (eds.), *Music Scenes. Local, Translocal, and Virtual*, Vanderbilt University Press, Nashville 2004, pp. 1-16.

PIQUER, I., «La fábrica de inteligencia», en *El País Semanal*, nº 1294, 15 julio 2001.

PIÑA MENDOZA, C., «El cuerpo, un campo de batalla. Tecnologías de sometimiento y

resistencia en el cuerpo modificado», en *El Cotidiano*, julio-agosto, año/vol. 20, nº 126, Universidad Autónoma Metropolitana, México 2004.

PNSD, *Encuesta domiciliaria 2005-2006*, 2006, disponible en [http://www.pnsd.msc.es/Categoria2/observa/pdf/Do miciliaria2005-2006.pdf](http://www.pnsd.msc.es/Categoria2/observa/pdf/Do%20miciliaria2005-2006.pdf)

POLÍTICAS DE JUVENTUD, *Informe sobre políticas de juventud*, INJUVE, Madrid 1999.

PRIETO LACACI, R., *Asociacionismo juvenil. Espacio rural e intermedio*, Instituto de la Juventud, Madrid 1992.

PUTNAM, R., *Solo en la bolera. Colapso y resurgimiento de la comunidad norteamericana*, Galaxia Gutenberg, Barcelona 2003.

RAMÍREZ GOICOECHEA, E., *De jóvenes y sus identidades. Socioantropología de la etnicidad en Euskadi*, CIS, Madrid 1991.

RATZINGER, J., *Palabra en la Iglesia*, Sígueme, Salamanca 1975.

—, *Ser cristiano en la era neopagana*, Encuentro Ediciones, Madrid 1995.

REIMER, B., «Youth and modern lifestyles», en FORNÄS, J., y BOLIN, G., *Youth Culture in Late Modernity*, Sage, Londres 1995.

RELACIONES PADRES-HIJOS, Ministerio de Asuntos Sociales, Madrid 1994.

REMENTERÍA, I., «Prevenir en drogas: paradigmas, conceptos y criterios de intervención», en *Serie Políticas Sociales*, nº 53, ONU-CEPAL, División de Desarrollo Social, Santiago de Chile 2001.

REQUENA, M., «Juicios morales y prejuicios sociales», en MARTÍN SERRANO, M. (dir.), *Historia de los cambios de mentalidades de los jóvenes entre 1960-1990*, INJUVE, Madrid 1994.

REQUILLO, R., *En la calle otra vez. Las bandas: identidad urbana y usos de la comunicación*, Iteso, México 1991.

REVILLA CASTRO, J. C., *La identidad personal de los jóvenes. Pluralidad y autenticidad*, Entinema, Madrid 1998.

RITZER, G., *El encanto de un mundo desencantado, revolución de los medios de consumo*, Ariel Sociedad Económica, Barcelona 1999, 2000.

RODRÍGUEZ, A., «Los valores de los jóvenes y su compromiso con las instituciones y con la transformación social», en CANTERAS MURILLO, A. (coord.), *Los jóvenes en un mundo en transformación, nuevos horizontes en la sociabilidad humana*, sociabilidad humana, 228.

RODRÍGUEZ, E., *Los jóvenes y la violencia urbana en América Latina y Caribe: Dimensiones y particularidades de un fenómeno complejo y desgarrador*, UNESCO/inFOJUVE, Montevideo 1996.

RODRÍGUEZ SAN JULIÁN, E., «Sexo y riesgo. La dialéctica entre el placer y la razón», en *Revista de Estudios de Juventud*, nº 63, Madrid 2003, pp. 27-36.

ROJAS MARCOS, I., «Jóvenes felices», en *El País*, 20 octubre 2005.

ROMERO BLASCO, F., y otros, *La violencia de los jóvenes en la familia: una aproximación a los menores denunciados por sus padres*, Àmbit Social i Criminològic, Generalitat de Catalunya, Departament de Justícia, Barcelona 2005.

ROUSSEAU, J. J., *Emilio o de la educación*, Fontanella, Barcelona 1973.

ROUX, G., «Ciudad y violencia en América Latina», en *Ciudad y Violencia en América Latina*, PGU/Alcaldía de Cali, Cali 1993.

RUIZ OLABUÉNAGA, J., «Ocio y estilos de vida», en JUÁREZ, M. (dir.), *V Informe sociológico sobre la situación social en España*, Fundación FOESSA, Madrid 1994, pp. 1881-2073.

——, *Juventud liberta*, Fundación BBVA, Bilbao 1998.

RUTTER, M., GILLER, H., y HAGELL, A., *La conducta antisocial de los jóvenes*, Cambridge University Press, Cambridge 2000.

S AN SEBASTIÁN CABASÉS, J., «Aspectos históricos en la medicina sobre los trastornos alimentarios», en *Revista de Estudios para la Juventud*, diciembre 1999, pp. 17-21.

S ÁNCHEZ CORRAL, L., *Semiótica de la publicidad, narración y discurso*, Síntesis, Publicidad y Relaciones Públicas, Madrid 1997.

S ÁNCHEZ PARDO, L.; MEJÍAS QUIRÓS, I., y RODRÍGUEZ SAN JU- LIÁN, E., *Jóvenes y publicidad. Valores en la comunicación publicitaria para jóvenes*, FAD/INJUVE, Madrid 2004.

S ANDOVAL, M. M., «La relación entre los cambios culturales de fines de siglo y la participación social y política de los jóvenes», en BALARDINI, S., *La participación social y política de los jóvenes en el horizonte del nuevo siglo*, CLACS, Buenos Aires 2000.

S ANTACRUZ GIRALT, M., y CONCHA-EASTMAN, A., *Barrio adentro: la solidaridad violenta de las pandillas*, IUDOP, San Salvador 2001.

S CHNAPP, A., «La imagen de los jóvenes en la ciudad griega», en LEVI, G., y SCHMITT, J. C. (dir.), *Historia de los jóvenes, I, De la antigüedad a la era moderna*, Taurus, Madrid 1996, pp. 25-72.

S CHÄFERS, B., *Jugendsoziologie, Einführung in Grundlagen und Theorien, 7. Aktualisierte und überarbeitete Auflage*, Leske+Burich, Opladen 2005.

S EDEÑO VALDELLÓS, A. M., «Música e imagen: aproximación a la historia del video musical», en *Área Abierta*, nº 3, julio 2002.

S ERRA I SALAMÉ, C., «Conflicto y violencia en el ámbito escolar, más allá del mito de los jóvenes violentos», en *Jóvenes, Revista de Estudios sobre Juventud*, México D. F., julio-diciembre 2003, pp. 48-61.

S ILVESTRE, M., «Los valores básicos de la sociedad», en *España 2000. Entre el localismo y la globalidad*, Fundación Santa María, Ediciones SM, Madrid 2000.

S IMMEL, G., «Zur Psychologie der Mode. Soziologische Studie», en SIMMEL, G., *Schriften zur Soziologie, Eine Auswahl*, Suhrkamp Taschenbuch Wissenschaft, Frankfurt 1895, 1983, pp. 131-140.

SLATER, D., *Consumer Culture and Modernity*, Policy Press, Cambridge 1997.

S OLIDARIDAD DE LA JUVENTUD, INJUVE, Madrid 1995. SOTO, M. A., «Los jóvenes y la violencia del olvido», en *El Cotidiano*, septiembre-octubre, vol. 19, nº 121, México 2003, pp. 35-43.

SPRANGER, E., «Psicología de la edad juvenil», *Revista de Occidente*, Madrid 1966.

SUPPER, M., *Der «heimliche Lehrplan» in der Verbrauche*

erziehung durch Werbung und Medien, Peter Lang, Frankfurt am Main, 2000.

T ERCEA ENCUESTA NACIONAL DE LA JUVENTUD (2001): *Informe Ejecutivo Final*, Instituto Nacional de la Juventud, Santiago de Chile.

T ORREGROSA, J. R., *La juventud española: conciencia generacional y política*, Ariel, Barcelona 1972.

TOURAINÉ, A., *Un nouveau paradigme pour comprendre le monde*, Fayard, París 2005.

TURNER, B., «The discourse of Diet», en FEATHERSTONE, M., y otros, *The Body, Social Process and Cultural Theory*, Sage, Londres 1982, 1991, pp. 157-169.

TURNER, J. C., «El redescubrimiento del grupo social», en TURNER, J. C., *Redescubrir el grupo social*, Morata, Madrid 1990, pp. 45-72.

TRILLA BERNET, J., «Ocio y tiempo libre en la historia», en *Nuevas pautas de ocio de los jóvenes*, Diputación Foral de Gipuzkoa, San Sebastián 1999, pp. 60-69.

UNDIKS, A., y otros, *Juventud urbana y exclusión social. Las organizaciones de la Juventud Poblacional*, Humanitas, Buenos Aires 1990.

UNESCO; UNEP, «Youth, sustainable consumption patterns and life styles», 2000, disponible en <http://unesdoc.unesco.org/images/0012/001242/124238e.pdf>

URRA, J., «Adolescencia y violencia. Tópicos y realidades», en *Revista de Estudios de Juventud*, nº 62, septiembre 2003, INJUVE, pp. 11-20.

URRA, J.; CLEMENTE, M., y VIDAL, M., *Televisión: impacto en la infancia*, Siglo XXI, Madrid 2000.

URRY, J., *The Tourist Gaze*, Sage, Londres 1990.

VAKNIN, S., *Malignant Self Love. Narcissism Revisited*, Lidija Rangelovska, Skopje 1999, 2003.

VALADIER, P., *La anarquía de los valores*, PPC, Madrid 1999.

VALDIVIA, C., «La familia», en ANDRÉS ÓRIZ, F., y ELZO, J., *España 2000, entre el localismo y la globalidad. La encuesta europea de valores en su tercera aplicación* encuesta europea de valores en su tercera aplicación 156.

VALERO, A., en *Escritos de teoría sociológica en homenaje a Luis Rodríguez Zúñiga*, CIS, Madrid 1992.

V ALLS IPARAGUIRRE, M., «Jóvenes y política», en *Jóvenes españoles 2005*, Fundación Santa María, Ediciones SM, Madrid 2005.

V ATTIMO, G., *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica de la cultura contemporánea*, Gedisa, Barcelona 1986.

V ERDÚ, V., «Los niños son más listos que nunca», en *El País*, 26 enero, 2006.

VILLENA FIENGO, S., «Gol-balización, identidades nacionales y fútbol», en VV. AA., *Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina*, CLACSO, Buenos Aires 2001, pp. 257-271.

WICKE, P., *Rock Music. Culture, aesthetics and sociology*, Cambridge university Press, Cambridge 1987, 1990.

WILLIAMS, R., *Cultura y sociedad*, Nueva Visión, Buenos Aires 1958, 2001.

WITTEBERG, P., *The Rise and Fall of Catholic Religious Orders*, State Univesity of New

York Press, Nueva York 1994.

WORLDWATCH INSTITUTE, *La situación del mundo 2004, La sociedad de consumo*, Icaria, Barcelona 2004.

WYN, J., y WHITE, R., *Rethinking youth*, Sage Publications, Londres 1997.

YIANNIS, G., y LANG, T., *The Unmanageable Consumer: Contemporary Consumption and Its Fragmentation*, Sage, Londres 1995.

ZORRILLA CASTRESANA, R., *El consumo del ocio. Una aproximación a la teoría del tiempo libre desde la perspectiva del consumo*, Servicio Central de Publicaciones, Gobierno Vasco, Bilbao 1990.

Índice

Presentación	9	9
I. El nuevo protagonismo de la juventud.17		17
1. El perfil sociodemográfico de los jóvenes españoles y latinoamericanos	17	17
1.1. La población juvenil en España y		17
1.2. El protagonismo negativo de la juventud	19	20
1.3. De la juventud rural a la juventud urbana	22	23
1.4. Las migraciones internacionales de los jóvenes	25	26
2. La juventud prolongada y el síndrome de Peter Pan	27	29
3. El protagonismo juvenil en el intercambio con los adultos	32	36
3.1. Los jóvenes en el plano económico	33	37
a) Dependencia económica juvenil y empleo	33	37
b) Consumo juvenil y gastos privados	35	39
c) Explotación de los jóvenes como carne de cañón o de sexo	36	41
3.2. El intercambio jóvenes-sociedad en el plano político	37	43
3.3. El intercambio jóvenes-sociedad en el plano social y cultural	39	45
4. Un protagonismo simbólico: el estilo de vida juvenil		51
5. ¿Una juventud feliz?	45	53
Anexo: Bailando con números	48	57

II. La difícil identidad de la juventud	53	61
1. Pubertad, adolescencia y juventud	53	61
1.1. El juego de las ambigüedades	53	61
1.2. La pubertad, largo umbral de la adolescencia	54	62
1.3. La adolescencia, tránsito difícil y turbulento	56	64
2. La juventud: perspectivas y teorías	61	70
2.1. El nacimiento científico del concepto «juventud»	61	70
2.2. Perspectivas teóricas y criterios conceptuales	63	73
a) La juventud como categoría social	63	73
b) La perspectiva funcionalista: juventud como grupo de edad	64	74
c) La perspectiva conflictivista	65	75
d) La juventud como subcultura	66	77
e) Una propuesta metodológica: la juventud como itinerario hacia la emancipación		80
3. Imágenes y definiciones de la juventud	70	81
3.1. Los sociólogos buscan una definición	70	82
a) Dependencia frente a autonomía	71	83
b) Subordinación frente a tendencia igualitaria	72	84
c) Transitoriedad frente a permanencia	72	85
d) Idealismo frente a realismo	73	85
3.2. Hablan los jóvenes	73	86
3.3. Se preocupan los adultos; informan y desinforman los MCM	74	88
4. La compleja identidad de los jóvenes ..	78	92

4.1. La identidad como problema sociológico	78	93
4.2. La identidad como desafío para los jóvenes	79	94
4.3. La identidad juvenil como imagen, representación y proyecto	82	98
Anexo: Todo el mundo habla de la juventud	84	101
III. Las claves del fenómeno social «juventud»		105
1. La música que aman los jóvenes, su		105
1.1. Música como signo de identidad juvenil	87	105
a) Jóvenes del mundo entero, ¡uníos!	87	105
b) «Sympathy for the Devil»: la rebeldía siempre renovada	89	107
1.2. La música como hecho social juvenil.....	91	110